

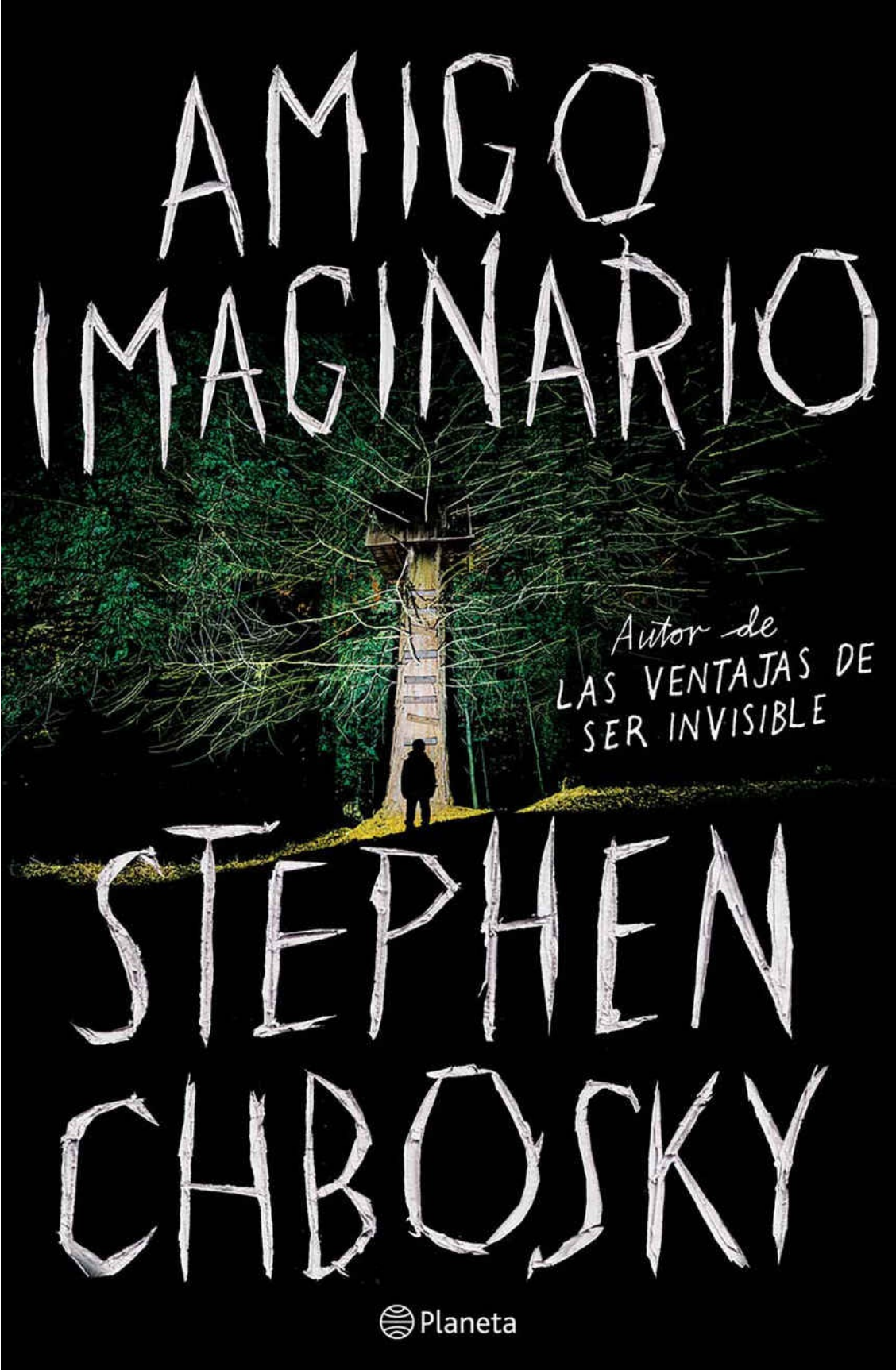
# AMIGO IMAGINARIO

*Autor de*  
LAS VENTAJAS DE  
SER INVISIBLE

STEPHEN  
CHABOSKY

# AMIGO IMAGINARIO

*Autor de*  
LAS VENTAJAS DE  
SER INVISIBLE

A person is standing at the base of a tree at night. The tree is illuminated with a green light, and the person is silhouetted against the light. The background is dark, suggesting a forest at night.

STEPHEN  
CHABOSKY

 Planeta

STEPHEN CHBOSKY

# AMIGO IMAGINARIO

 Planeta

# ÍNDICE

Parte I. Hoy

Parte II. Los sueños se hacen realidad

Parte III. Mejores amigos por siempre

Parte IV. Ver para creer

Parte V. Dormido

Parte VI. Corre por tu vida

Parte VII. La sombra de la muerte

Epílogo

Agradecimientos

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

*Para Liz  
y todas las madres del mundo*

Hace cincuenta años...



*No dejes la calle. eLLos no pueden atraparte si no dejas la calle.*

El pequeño David Olson sabía que estaba en problemas. En cuanto su madre volviera con papá, le iba a ir mal. Su única esperanza eran las almohadas bajo su cobija, que daban la impresión de que seguía acostado. Era algo que hacían en los programas de televisión. Pero en ese momento no importaba. Había salido a hurtadillas de su habitación y se había lastimado el pie al resbalarse mientras bajaba por la enredadera. Pero no fue tan grave. No como lo que se hizo su hermano mayor jugando fútbol. No era tan grave.

El pequeño David Olson cojeaba por la calle Hays, con el rocío en su cara y la niebla a los pies de la colina. Miró la luna. Estaba llena. Era la segunda noche seguida que estaba llena. Era una luna azul. Eso le había dicho su hermano mayor. Como esa canción con la que mamá y papá bailaban a veces. Antes, cuando eran felices. Antes, cuando no le tenían miedo a David.

*Blue Moon.*

*I saw you standing alone.*

El pequeño David Olson escuchó algo entre los arbustos. Por un instante, pensó que podría ser otro de esos sueños. Pero no lo era. Sabía que no lo era. Se había obligado a mantenerse despierto. Pese a los dolores de cabeza. Tenía que ir ahí esa noche.

La luz de los faros de un auto que pasaba iluminó la niebla. El pequeño David Olson se escondió detrás de un buzón mientras salía música rock and roll desde el viejo Ford Mustang. Luego, las risas de unos adolescentes. Estaban reclutando a muchos chicos para el ejército y manejar ebrios era cada vez más común. O al menos eso era lo que decía su papá.

—¿David? —susurró una voz. Sisserró. Sisseó.

¿Lo dijo alguien? ¿O simplemente lo escuchó?

—¿Quién anda ahí? —preguntó David.

Silencio.

Seguro estaba en su cabeza. No era un problema. Al menos no era la mujer siseante. Al menos no estaba soñando.

¿O sí?

David observó la esquina con el enorme farol en Monterey Drive, bajo la colina. Los adolescentes se fueron por ahí y se llevaron consigo todo sonido. Fue

entonces cuando vio la sombra de una persona. En medio del charco de luz que formaba el farol había una silueta. Esperando y silbando. Silbando y esperando. Una canción que sonaba un poco como

«Blue Moon».

A David se le erizaron los pelos de la nuca.

*No te acerques a esa esquina.*

*Aléjate de esa persona.*

El pequeño David Olson tomó un atajo por los jardines.

Se acercó de puntitas a una vieja cerca. *No dejes que se acerquen. Tampoco que te vean. No estás en la calle. Es peligroso.* Arriba, a través de una ventana, vio que una niñera se besaba con su novio mientras un bebé lloraba. Pero sonaba como un gato. Aún no estaba seguro de que no estuviera soñando, pero cada vez era más difícil saberlo. Pasó por debajo de la cerca y los pantalones de su pijama se embarraron de pasto mojado. Sabía que no podría ocultárselos a su mamá. Tendría que lavarlos por su cuenta. Como si de nuevo estuviera mojando la cama. Cuando lavaba las sábanas cada mañana. No podía dejar que su madre supiera. Ella haría preguntas. Preguntas que él no podía responder.

No en voz alta.

Avanzó por la pequeña arboleda detrás de la casa de los Maruca, junto a los columpios que el señor Maruca había armado con sus hijos. Tras un día de trabajo pesado, siempre había Oreos y un vaso de leche esperando. El pequeño David Olson los ayudó un par de veces. Le encantaban las Oreos. Especialmente cuando estaban algo viejas y se ponían blandas.

—¿David?

Ahora el susurro era más alto. Miró hacia atrás. No había nadie. Echó un vistazo hacia el farol más allá de las casas. La sombra ya no estaba ahí. Aquella silueta podría estar en cualquier parte. Podría estar detrás de él. *Por favor, por favor, que no sea la mujer siseante. Por favor, que no esté dormido.*

Crac.

Una ramita se quebró justo detrás de él y el pequeño David, olvidando que tenía el pie lastimado, empezó a correr. Cortó camino por el jardín de los Pruzan, directo hacia Carmell Drive, y dobló a la izquierda. Podía escuchar perros jadeando. Acercándose. Pero no había perros. Solo eran sonidos. Como en los sueños. Como el gatito llorando. Lo perseguían, así que corrió con más fuerzas, azotando el pavimento mojado con sus pequeños botines. Plas, plas, plas, como los besos de la abuela.

Cuando al fin llegó a la esquina de Monterey Drive, dio vuelta a la derecha.



Corrió por en medio de la calle, como una balsa sobre el río. *No dejes la calle. Ellos no pueden atraparte si estás en la calle.* Podía escuchar los sonidos a cada lado. Pequeños siseos. Y perros jadeando. Y lamiendo. Y gatitos. Y esos susurros.

—¿David? Aléjate de la calle. Te van a lastimar. Ven al jardín, aquí es seguro.

Era la voz de la mujer siseante. Lo sabía. Su voz siempre era linda al principio. Como la de una maestra sustituta queriendo caer bien. Pero en cuanto la veías, dejaba de ser linda. Se volvía toda dientes y una boca siseante. Peor que la bruja mala. Peor que cualquier otra cosa. Con cuatro patas como un perro o un largo cuello de jirafa. Sssss.

—¿David? Tu mamá se lastimó los pies. Los tiene todos cortados. Ven a ayudarme.

Ahora la mujer siseante estaba usando la voz de su mamá. No era justo. Pero eso hacía. Incluso podía verse como ella. La primera vez funcionó. Se acercó a ella en el jardín y ahí lo atrapó. Después de eso, no durmió en dos días. Después de que se lo llevó a la casa que tenía ese sótano. Y ese horno.

—Ayuda a tu madre, pedazo de mierda.

Esta vez era la voz de su abuela. Pero no era su abuela. David podía sentir los dientes blancos de la mujer siseante. *No los mires. Mantén la vista al frente. Sigue corriendo. Llega al callejón. Puedes hacerla desaparecer para siempre. Llega hasta el último farol.*

—Ssssssssss.

David Olson miró hacia el último farol en el callejón. Y luego se detuvo.

La sombra había vuelto.

La silueta estaba en medio del chorro de luz del farol. Esperando y silbando. Silbando y esperando. Sueño o no, esto era malo. Pero David ya no podía detenerse. De él dependía todo. Si quería llegar al punto de reunión tendría que pasar junto a la persona del farol.

—Ssssssssss.

La mujer siseante estaba aún más cerca. Detrás de él. De pronto, David Olson tuvo frío y sintió su pijama húmeda, pese al abrigo. Lo único que podía hacer era seguir caminando. Ser valiente como su hermano mayor. Ser valiente como los chicos que estaban reclutando. Ser valiente y seguir caminando. Un pasito. Dos pasitos.

—¿Hola? —dijo el pequeño David Olson.

La silueta no dijo nada. La silueta no se movió. Solo inhaló y exhaló, y su respiración formaba

Nubes.

—¿Hola? ¿Quién eres? —preguntó David.

Silencio. El mundo contuvo la respiración. El pequeño David Olson metió el dedo gordo del pie en el charco de luz. La silueta se movió.

—Lo siento, pero necesito pasar. ¿Está bien?

De nuevo, silencio. David metió el pie un poco más en la luz. La silueta comenzó a darse la vuelta. David consideró volver a casa, pero tenía que terminar. Era la única forma de detenerla. Metió el pie completo a la luz. La silueta se movió de nuevo, como una estatua despertando. Luego metió toda la pierna. Otro movimiento. Finalmente, David no pudo más y entró a la luz. La figura corrió hacia él. Gimiendo y con los brazos estirados. David cruzó el círculo. La figura seguía detrás de él. Lamiendo. Gritando. Sintió cómo sus largas uñas lo alcanzaban, y justo cuando estaba por tomarlo del cabello, él se deslizó por el pavimento como en el beisbol. Se raspó la rodilla, pero eso no importaba. Estaba fuera de la luz. La silueta dejó de moverse. David estaba al otro lado de la calle. La calle cerrada con la cabaña de madera y la pareja de recién casados.

El pequeño David Olson desvió la vista del camino. Era una noche silenciosa. Apenas algunos grillos. Un poco de niebla que iluminaba el camino hacia los árboles. Se sentía aterrado, pero no podía detenerse. Todo estaba en sus manos. Tenía que terminarlo o la mujer siseante saldría y su hermano mayor sería el primero en morir.

El pequeño David Olson abandonó la calle y avanzó.

Cruzó la cerca.

Hacia el campo.

Hasta adentrarse en el bosque de la calle Mission.

Parte I

---

Hoy

*¿Estoy soñando?*

Eso fue lo que pensó el niño cuando la vieja vagoneta Ford pasó por un tope y lo despertó de golpe. Tenía esa sensación de cuando estás muy cómodo en la cama, pero de pronto necesitas ir al baño. Entrecerró los ojos debido al sol y miró hacia la autopista de peaje de Ohio. El calor de agosto hacía que de ella emanaran vapores que se movían como las olas de la alberca a la que su mamá pudo llevarlo gracias a que estuvo saltándose el almuerzo por un tiempo.

—Perdí más de un kilo —le había dicho ella con un guiño. Ese fue uno de los días buenos.

Frotó sus ojos cansados y se incorporó en el asiento del copiloto. Le encantaba ir adelante cuando su mamá conducía. Sentía como si fuera parte de un club. Uno muy especial formado por él y esa mujer delgada y *cool*. La miró, enmarcada por el sol de la mañana. Su piel estaba pegada al asiento de vinil por el calor y, como traía una blusa *halter*, sus hombros estaban enrojecidos. De sus jeans cortados en shorts sobresalían sus piernas pálidas. Así, con el cigarro en la mano, se veía glamorosa. Como las estrellas de las películas antiguas que veían en sus viernes de películas. A él le encantaba que las colillas de los cigarros tuvieran labial rojo. Los maestros en Denver decían que los cigarros hacen daño. Cuando se lo dijo a su mamá, ella respondió en broma que los maestros hacen daño y siguió fumando.

—En realidad, los maestros son importantes, así que olvida que dije eso —se corrigió.

—De acuerdo —dijo él.

Observó cómo apagaba su cigarro y encendía otro de inmediato. Solo hacía eso cuando estaba preocupada. Y cada vez que se mudaban, se preocupaba. Quizá esta vez sería diferente. Desde que su papá murió, eso era lo que ella siempre decía. Esta vez será diferente. Pero nunca lo era.

Además, en esta ocasión estaban huyendo.

Le dio una calada a su cigarro y el humo pasó ondeando junto a las gotitas de sudor que el calor de agosto provoca en su labio superior. Mantuvo la mirada fija sobre el volante, perdida en sus pensamientos. Le tomó un rato darse cuenta de

que su hijo estaba despierto, y luego sonrió.

—Qué mañana más hermosa, ¿no? —susurró.

Al niño no le interesaban las mañanas en lo más mínimo, pero a su mamá sí, por lo que a él también.

—Sí, mamá. En verdad que sí.

Ya siempre le decía mamá. Ella le pidió que dejara de decirle mami tres años atrás. Dijo que eso lo empequeñecía, y que jamás querría que su hijo fuera pequeño. A veces le pedía que le mostrara sus músculos, así que él apretaba con fuerza sus bracitos flacuchos para que sus bíceps no se vieran tan planos. Fuerte como su padre en aquella fotografía de Navidad. La única fotografía que tenía de él.

—¿Tienes hambre, amigo? —preguntó ella.

El niño asintió.

—Hay un descanso más adelante en la autopista, a la altura del límite estatal. Estoy segura de que ahí habrá un merendero.

—¿Tendrán hot cakes con chispas de chocolate?

El chico recordaba los hot cakes con chispas de chocolate de Portland. Habían pasado dos años de eso. Había un merendero bajo su departamento en la ciudad y el cocinero siempre les daba hot cakes con chispas de chocolate. Desde entonces habían estado en Denver y en Michigan, pero él nunca se olvidó de ese manjar ni del buen hombre que los preparaba. No sabía que otros hombres que no fueran su papá podían ser buenos hasta que conoció a ese.

—Si no tienen, compramos unos M&M's y se los ponemos a los hot cakes, ¿está bien?

Ahora el niño estaba preocupado. Nunca la había escuchado decir eso. Ni siquiera cuando se mudaban. Siempre se sentía culpable cuando se mudaban. Pero aun en los días en que se sentía más culpable, le decía que el chocolate no era desayuno. Le decía eso incluso cuando ella desayunaba sus licuados de chocolate de SlimFast. Y no, esos no cuentan como chocolate. Él ya se lo había preguntado.

—Está bien —dijo él, y sonrió con la esperanza de que no fuera cosa de una sola vez.

Miró hacia la autopista. Una ambulancia y una vagoneta hacían que el paso fuera más lento. Unos paramédicos vendaban con gasas la cabeza ensangrentada de un hombre. Al parecer se había cortado la frente y quizá se le hubieran caído algunos dientes. Cuando avanzaron un poco más, pudieron ver al ciervo sobre el cofre de la vagoneta. Su cornamenta seguía enterrada en el parabrisas. El animal

tenía los ojos abiertos, se retorció y se sacudía como si no supiera que estaba muriendo.

—No lo veas —ordenó su mamá.

—Perdón —respondió él, desviando la mirada.

No quería que su hijo viera cosas malas. Ya había visto demasiadas en su vida. Especialmente desde que murió su papá. Así que el niño la miró a ella y observó su cabello bajo el fular. Ella le decía bandana, pero a él le gustaba pensar que era un fular, como los que usaban en las películas antiguas que veían los viernes. Observó el cabello de su madre y luego el suyo, café como el de su papá en la única foto que tenía, la de Navidad. No recordaba mucho de su padre. Ni siquiera su voz. Solo el olor a tabaco en su camisa y el olor de su crema para afeitar Noxzema. Eso era todo. Tampoco sabía mucho sobre su padre, únicamente que debió ser un gran hombre, porque así eran todos los padres. Grandes hombres.

—¿Mamá? —preguntó el niño—. ¿Estás bien?

Ella le ofreció su mejor sonrisa, pero en su rostro había miedo. Igual que ocho horas atrás cuando lo despertó en plena noche y le dijo que empacara sus cosas.

—Rápido —susurró.

El niño hizo lo que se le ordenó. Echó todo lo que tenía en su saco de dormir. Cuando bajó de puntitas a la sala, vio que Jerry dormía en el sofá. Se tallaba los ojos con los dedos, esos dedos tatuados. Por un momento, casi despertó, pero no lo hizo. Y mientras Jerry dormía, ellos se fueron al auto. En la guantera guardaron el dinero del que Jerry no sabía. Se había quedado con todo lo demás. Se fueron en el silencio de la noche. Durante la primera hora, su madre puso más atención al espejo retrovisor que hacia el camino.

—¿Mamá? ¿Nos encontrará? —preguntó el pequeño.

—No —respondió ella y encendió otro cigarro.

El niño miró a su madre. Y, bajo la luz de la mañana, al fin vio que lo rojo en su mejilla no era maquillaje. El sentimiento lo abrumó. «No puedes fallar», se dijo a sí mismo.

Esa era su promesa. Miró a su madre y pensó: *Yo te voy a proteger*. No como cuando era muy pequeño y no podía hacer nada. Ahora era más grande. Y sus brazos no siempre serían planos y flacuchos. Haría lagartijas. Crecería por ella. La protegería. Por su papá.

*No puedes fallar.*

*Debes proteger a tu madre.*

*Eres el hombre de la casa.*

Miró por la ventana y vio un viejo espectacular con forma trapezoidal. En el desgastado letrero se leía EN PENNSILVANIA ENCONTRARÁS A UN AMIGO. Y quizá su madre tenía razón. Quizás esta vez sería diferente. Era su tercer estado en dos años. Quizás esta vez sí saldría bien. En cualquier caso, él sabía que no podía decepcionarla.

Christopher tenía siete años y medio.



Llevaban una semana en Pensilvania cuando pasó.

La madre de Christopher dijo que había elegido el pueblito de Mill Grove porque era pequeño, seguro y tenía una excelente escuela primaria. Pero, en el fondo, Christopher pensaba que quizá lo eligió porque parecía alejado del resto del mundo. Una sola carretera de entrada y de salida. Rodeado de árboles. No conocían a nadie ahí. Y si nadie los conocía, Jerry no podría encontrarlos.

Mill Grove era un excelente escondite.

Lo único que su madre necesitaba era un trabajo. Cada mañana, Christopher la veía pintarse los labios y hacerse un buen peinado. La veía ponerse sus lentes para parecer inteligente y agobiarse por el agujero en la axila izquierda de su único saco para entrevistas. Lo que estaba roto era la tela, no la costura. Así que no había nada que hacer más que ponerle un segurito y rezar.

Después de comerse sus Froot Loops, su mamá lo llevaba a la biblioteca pública a que eligiera un libro para leer ese día mientras ella revisaba los anuncios de trabajo en el periódico. El libro del día era su «pago» por comer Froot Loops. Si leía un libro para practicar su vocabulario, podía comerlos. Si no lo hacía, le daban crema de trigo con leche (o algo peor). Por eso siempre se aseguraba de leer bien el libro.

Cuando su mamá ya tenía apuntadas algunas ofertas de trabajo prometedoras, volvían al auto y se iban a distintas entrevistas. Ella le decía a Christopher que quería que la acompañara para que tuvieran una aventura. Solamente ellos dos. Decía que el viejo Ford era un tiburón terrestre y que iban a buscar a su presa. La verdad era que no había dinero para pagar a una niñera, pero a él eso no le importaba porque estaba con su mamá.

Y entonces se iban «de cacería» y mientras conducía, su madre le lanzaba preguntas sobre las capitales estatales, problemas de matemáticas y vocabulario.

—La primaria Mill Grove es muy linda. Tienen laboratorio de cómputo y todo. Te va a encantar el segundo año.

Sin importar dónde vivieran, la madre de Christopher cazaba buenas escuelas públicas como otras madres cazan ofertas de refrescos (que, por alguna razón, en Mill Grove llamaban gaseosas). Y esa vez, según dijo su madre, él iría a la

mejor. El motel estaba cerca de un excelente distrito escolar. Prometió llevarlo todos los días para que no dijeran que era un «niño de motel» hasta que pudiera ahorrar lo suficiente para conseguir un departamento. Dijo que quería que tuviera la educación que ella no pudo tener. Y no había problema si a Christopher le costaba trabajo. Ese sería el año en que mejoraría en Matemáticas. Ese año todos sus esfuerzos darían fruto y dejaría de mezclar letras al leer. Y él sonrió y le creyó, porque ella creía en él.

Luego, como preparación para cada entrevista, su madre se tomaba un momento para estar a solas y repetía unas palabras que leyó en sus libros de autoayuda porque ella también estaba intentando creer en sí misma.

«Ellos quieren adorarte».

«Tú decides que este es tu trabajo. No ellos».

Cuando al fin se sentía segura, entraban al edificio. Christopher se sentaba en la sala de espera y leía su libro, como ella quería, pero las letras se le seguían revolviendo y su mente comenzaba a divagar y se ponía a pensar en sus antiguos amigos. Extrañaba Michigan. Si no fuera por Jerry, le hubiera encantado quedarse ahí para siempre. Los chicos eran agradables allá. Y todos eran pobres, así que nadie lo notaba. Su mejor amigo, Lenny *el Loco* Cordisco, era divertido y siempre se bajaba los pantalones frente a las monjas en catequesis. Christopher se preguntaba qué estaría haciendo Lenny Cordisco en ese momento. Probablemente recibiendo de nuevo los gritos de la hermana Jacqueline.

Al terminar cada entrevista, la madre de Christopher salía con un gesto abatido con el que reconocía que realmente contratarla era decisión de ellos. No de ella. Pero no había nada que hacer más que volver al auto e intentarlo de nuevo. Decía que el mundo podía intentar quitártelo todo una y otra vez.

Pero que, al final, tenías que entregarle tu orgullo.

Al sexto día, su madre se detuvo a mitad del pueblo frente a un parquímetro y sacó su confiable bolsa de papel. Esa que decía FUERA DE SERVICIO. Con ella cubrió el parquímetro y le dijo a Christopher que robar era malo, pero que las multas de tránsito eran peores. Ya se lo compensaría al mundo cuando se recuperara.

Por lo general, Christopher leía su libro en la sala de espera. Pero el sexto día, un alguacil y su asistente estaban comiendo en un merendero al otro lado de la calle. La mamá de Christopher les preguntó desde su lado de la acera si se quedarían ahí un rato más. Ellos le respondieron con un saludo militar y dijeron que vigilarían a su hijo. Y así, como recompensa por su lectura, dejó a Christopher en el parquecito mientras ella iba a una residencia de ancianos a una

entrevista de trabajo. A ojos de Christopher, el nombre de la residencia se leía...  
Sahdy Pnies.

—Shady Pines —lo corrigió ella—. Si necesitas algo, le hablas al alguacil.

Christopher se fue a los columpios. En el asiento había una pequeña oruga. Sabía que Lenny Cordisco la habría aplastado. Pero él se sentía mal cuando la gente mataba cosas pequeñas, así que fue por una hoja y puso a la oruga bajo un árbol, donde estaría fresca y segura. Luego volvió a los columpios y comenzó a tomar vuelo. Tal vez sus músculos aún no estaban fuertes, pero vaya que podía saltar.

Mientras se mecía, miró las nubes. Había docenas. Todas tenían formas distintas. Una parecía un oso. Y otra un perro. Vio formas de aves y árboles. Pero había una nube más hermosa que todas las demás.

La que parecía un rostro.

Ni de hombre ni de mujer, simplemente un rostro bello y atractivo hecho de nubes.

Y le estaba sonriendo a él.

Soltó el columpió y saltó.

Christopher imaginó que caía en la franja de advertencia. El ganador. Dos *outs*. Una atrapada increíble. ¡Ganan los Tigres! Pero ahora estaba cerca de Pittsburgh, Pensilvania, y era hora de cambiar de equipo para caerles bien a los niños. ¡Vamos, Piratas!

Tras diez minutos de columpiarse, su madre salió. Pero esta vez no tenía el gesto abatido. Solo una enorme sonrisa.

—¿Conseguiste el trabajo? —le preguntó.

—Hoy cenaremos comida china.

Tras agradecerle al alguacil por su ayuda y recibir una advertencia por su bolsa de FUERA DE SERVICIO, madre e hijo subieron a su viejo Ford, para ir a la noche de películas. El viernes era su noche. Christopher no se la perdería por nada. Y aquella sería una de las mejores en mucho tiempo. Sin Jerry. Solo su club especial de dos miembros, comida chatarra y películas viejas de la biblioteca.

Fueron al 7-Eleven para probar suerte con los números de cada viernes. Tras comprar unas cervezas, volvieron a la biblioteca para que Christopher sacara sus dos libros de práctica para el fin de semana y un par de videos para esa noche. ¿Por qué la gente paga por cosas que son gratis? Fueron a China Gate como sugirió el alguacil, pues los policías saben de comida más que nadie, y aunque la madre de Christopher ahogó un grito al ver los precios, hizo su mejor esfuerzo por ocultar esa expresión ante su hijo. Luego sonrió. Dijo que aún tenía un poco

en la tarjeta Visa, de la que Jerry no sabía nada, y que en una semana recibiría su pago. Y mientras iban de vuelta al motel, con el olor de los rollos primavera, el pollo a la naranja y el *lo mein* favorito de Christopher («¡El espagueti chino que te gusta!», decía el menú), planearon lo que harían con el dinero de la lotería, como hacían cada viernes antes de perder.

Christopher le dijo a su madre que le compraría una casa. Incluso hizo unos planos en papel cuadriculado. En ellos dibujó una casa con videojuegos y un cuarto de dulces para él. Una cancha de básquet y un zoológico interactivo junto a la cocina. Todo minuciosamente planeado. Pero la mejor habitación era la de su mamá. Era la más grande en toda la casa. Tenía un balcón con un trampolín que daba a su alberca privada. Y tenía el clóset más grande con la ropa más elegante y que no estaba rota de las axilas.

—¿Tú qué harías con el dinero, mamá? —le preguntó.

—Te conseguiría un tutor y todos los libros del mundo.

—Lo mío está mejor —dijo él.

Cuando llegaron a casa, el pequeño refrigerador del motel no funcionaba muy bien, de modo que su cerveza no se iba a enfriar a tiempo para el banquete. Así que, mientras ella veía la lotería en la pequeña televisión, Christopher fue a la máquina de hielos al final del pasillo e hizo aquello que aprendió en las películas viejas que veían juntos: tomó un poco de hielo y vertió sobre él la cerveza de su madre para que se enfriara.

—Toma, mamá. En las rocas.

No supo por qué ella rio con tantas ganas, pero le alegró verla tan feliz.

La madre de Christopher le dio un trago a su cerveza e hizo tales sonidos de estar disfrutándola que su hijo sonrió de oreja a oreja, orgulloso de haber tenido una brillante, aunque poco atinada, solución para el problema de la cerveza caliente. Cuando sus números de la lotería fallaron... DE NUEVO... ella rompió el boleto y puso un DVD en el viejo reproductor que consiguió en una venta de garaje en Michigan. La primera película comenzó. Era un musical antiguo que le encantaba de niña. Uno de sus pocos recuerdos buenos y ahora también de su hijo. Cuando terminaron su banquete y los Von Trapp estaban a salvo en Suiza, abrieron sus galletas de la suerte.

—¿Qué dice la tuya, mamá? —preguntó él.

—«Tendrás suerte en todo lo que toques».

«... en la cama», pensó ella, pero no lo dijo.

—¿Qué dice la tuya, amigo?

—La mía está en blanco.

Miró el papelito de su hijo. Su suerte en verdad estaba en blanco, salvo por una serie de números. Se veía tan decepcionado. Las galletas ya eran bastante malas, pero ¿no tener suerte?

—De hecho, esto es un buen augurio —dijo ella.

—¿En serio?

—No tener un futuro escrito es de muy buena suerte. Puedes hacer lo que quieras. ¿Me lo cambias?

Él lo pensó seriamente y tras un rato dijo que no.

Después de las negociaciones, era hora de la segunda película. Antes de que terminara y los buenos ganaran la guerra, Christopher ya se había dormido en el regazo de su madre. Ella se quedó ahí un buen tiempo, mirándolo dormir. Pensó en el viernes de películas cuando vieron *Drácula* y él fingió que no le dio miedo, aunque a partir de entonces y durante un mes entero no usó más que cuellos altos.

Pensó que hay un momento en el que se termina la niñez y deseó que ese momento estuviera muy lejos. Quería que su hijo fuera lo suficientemente inteligente para escapar de esta pesadilla, pero no tanto para darse cuenta de que realmente estaba dentro de una.

Levantó a su niño dormido y lo llevó al saco de dormir. Lo besó en la frente e instintivamente revisó que no tuviera fiebre. Luego se fue a la cocina. Cuando se terminó su cerveza en las rocas, se hizo otra exactamente igual. Porque se dio cuenta de que esa sería una noche que recordaría.

La noche en que dejó de huir.

Habían pasado cuatro años.

Cuatro años desde que encontró a su esposo muerto en una tina con mucha sangre y sin una nota. Cuatro años de luto y rabia y de sentir que actuaba como si no fuera ella. Pero ya era suficiente. Deja de huir. Tu hijo se merece algo mejor. Y tú también. No más deudas. No más hombres malos. Solo la paz de una vida que se ganó por luchar como se debe. Un padre que trabaja es un héroe para alguien. Aunque tenga que limpiar a ancianos en un asilo.

Se llevó su cerveza en las rocas a la escalera de incendios. Sintió la brisa fresca y deseó que no fuera demasiado tarde para poner su canción favorita de Springsteen y fingir que era una heroína.

Mientras se terminaba su bebida y el último cigarro que encendió, se sintió contenta y se quedó mirando cómo el humo desaparecía en la noche de agosto y las hermosas estrellas detrás de aquella nube enorme.

Aquella nube que parecía un rostro sonriendo.

### 3

La semana después de que su madre consiguió el trabajo fue la mejor que Christopher había tenido en mucho tiempo. Cada mañana miraba por la ventana y veía la lavandería al otro lado de la calle. Y el poste de teléfono. Y el farol junto al arbolito.

Y las nubes.

Siempre estaban ahí. Lo reconfortaban. Como el olor de los guantes de beisbol de cuero. O esa vez que su mamá hizo sopa de pasta Lipton en vez de Campbell's porque a él le gustaban más los fideos pequeños. Las nubes lo hacían sentir seguro. Compraran cosas para la escuela o ropa, borradores o artículos de papelería, las nubes siempre estaban ahí. Y su mamá estaba feliz. Y no había escuela.

Hasta el lunes.

En cuanto despertó el lunes, Christopher vio que el rostro de nube ya no estaba. No sabía adónde había ido, pero se entristeció. Porque ese era el día. El día en que de verdad necesitaba que las nubes lo reconfortaran.

El primer día de escuela.

No podía decirle la verdad a su mamá. Tan solo de pensar en lo mucho que ella trabajaba para que él pudiera asistir a aquellas escuelas buenas, se sentía culpable. Pero la verdad era que odiaba la escuela. No conocer a nadie no le molestaba, ya se había acostumbrado a eso. Lo que lo ponía nervioso era algo más. En resumen:

Era tonto.

Quizá era muy buen niño, pero era pésimo estudiante. Preferiría que su mamá le gritara por ser tonto como lo hacía la de Lenny Cordisco, pero no era así. Aunque llevara a casa sus exámenes de Matemáticas reprobados, su mamá siempre le decía lo mismo.

—No te preocupes. Sigue intentando. Lo vas a lograr.

Pero sí se preocupaba, porque no entendía. Y sabía que nunca lo haría. Especialmente en una escuela difícil como la primaria Mill Grove.

—Oye, vamos a llegar tarde a tu primer día. Acaba tu desayuno.

Mientras Christopher se terminaba sus Froot Loops, practicó su lectura con la



parte de atrás de la caja. La tira que venía ahí era de *Bad Cat*, la caricatura más graciosa de los domingos por la mañana. Hasta en su versión de caja de cereal era hilarante. Bad Cat va a una construcción y se roba el sándwich de un obrero. Se lo come completo. Y cuando lo atrapan, dice su famosa frase.

«Perdón. ¿Te lo ibas a terminar?».

Pero esa mañana Christopher estaba demasiado nervioso para reír. Así que inmediatamente buscó otras cosas con que distraerse. Sus ojos encontraron el cartón de la leche, que tenía la imagen de una chica perdida. En su sonrisa faltaban los dos dientes del centro. Su nombre era Emily Bertovich. Eso le dijo su mamá, porque para él ese nombre era...

Eimyl Bretvocih.

—Ya es tarde. Vámonos, amigo —dijo su madre.

Christopher se bebió la leche azucarada que quedaba en el tazón para darse valor y luego se subió el cierre de su chamarra roja. De camino a la escuela escuchó a su madre explicándole que «técnicamente» no «vivían» en el distrito escolar, por lo que de cierta manera «mintió» al decir que la dirección de su trabajo era la de su casa.

—Así que no le digas a nadie que vivimos en el motel, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo él.

Mientras el auto avanzaba por las colinas, Christopher observó las diferentes secciones del pueblo. Frente a los jardines de algunas casas, autos sobre ladrillos. Casas con la pintura descascarada a las que les faltaban algunas tejas. En la entrada, la camioneta con la casa rodante para los viajes de caza. Más o menos como en Michigan. Luego llegaron a una sección más linda. Grandes casas de piedra. Jardines bien arreglados. Autos relucientes en las entradas. Tendría que agregar eso al dibujo de la casa de su mamá en el papel cuadriculado.

Miraba al cielo en busca de nubes mientras el auto avanzaba. Ya no estaban, pero sí vio algo que le gustó. Sin importar el vecindario, siempre estaba cerca. Enorme, hermoso y lleno de árboles. Tan bello y verde. Por un momento, le pareció ver que algo pasaba corriendo. Rápido como un relámpago. No estaba seguro de qué era. Quizá un ciervo.

—¿Qué es eso, mamá? —preguntó.

—El bosque de la calle Mission —respondió.

Cuando llegaron a la escuela, su madre quiso darle un gran beso frente a todos los chicos nuevos, pero él necesitaba conservar su dignidad, así que en su lugar le dio una bolsa de papel y cincuenta centavos para su leche.

—Espérame cuando salgas. No hables con extraños. Si me necesitas, llama a Shady Pines. El número está cosido en tu ropa. Te quiero, cariño.

—¿Mamá? —Tenía miedo.

—Puedes hacerlo. Ya lo has hecho antes, ¿cierto?

—Mami...

—Dime mamá. Ya no eres chiquito.

—Pero serán más inteligentes que yo...

—La inteligencia no tiene que ver con las calificaciones. Sigue intentándolo. Lo vas a lograr.

Él asintió y le dio un beso.

Salió del auto y se acercó a la escuela. Muchos niños ya se paseaban por ahí, saludándose por primera vez después de sus vacaciones de verano. Unos gemelos se empujaban, se daban de codazos y reían. El más pequeño tenía un parche en el ojo. Dos niñas se rascaban por la comezón de sus uniformes nuevos. Una de ellas estaba peinada con dos coletas. Cuando los niños vieron a Christopher, dejaron lo que estaban haciendo y lo observaron como siempre que llegaba a un lugar desconocido. Él era la cosa nueva y reluciente en el aparador.

—Hola —dijo. Y ellos le respondieron moviendo la cabeza a manera de saludo como hacían todos los niños. Callados y desconfiados al principio. Como cualquier manada.

Christopher se fue a toda prisa a su salón y se sentó casi al fondo. Sabía que no debía sentarse al frente porque eso mostraba debilidad. «No hay que confundir la amabilidad con la debilidad», decía su madre. Quizá eso tenía sentido en el mundo de los adultos.

En el de los niños no.

—Ese es mi lugar, animal.

Christopher levantó la vista y se encontró con un chico de segundo con suéter y peinado de niño rico. Pronto se enteraría de que se llamaba Brady Collins. Pero en ese momento solo era el chico que estaba enojado porque él no conocía las reglas.

—¿Qué?

—Estás en mi lugar, animal.

—Oh. De acuerdo. Perdón.

Christopher sabía cómo era eso, así que simplemente se levantó.

—Ni siquiera peleaste. Qué animal.

—Y miren sus pantalones. Le quedan tan cortos que se le ven los calcetines — dijo una chica.

Más tarde, cuando la maestra pasó lista, Christopher escuchó su nombre: Jenny Hertzog. Pero, en ese momento, solo era una niña flaca, prognata y con un curita en la rodilla.

—¡Charcos! ¡Charcos! —decía.

A Christopher se le enrojecieron las orejas y rápidamente se pasó al único asiento que quedaba libre. Justo frente al escritorio de la maestra. Se miró los pantalones y se dio cuenta de que seguramente había crecido, pues le quedaban como los de Alfalfa en *La Pandilla*. Intentó jalárselos hacia abajo, pero la mezclilla no cedía.

—Niños y niñas, perdón por el retraso —dijo su maestra mientras entraba a toda prisa al salón.

La señorita Lasko era mayor, como una mamá, pero se vestía como si aún fuera adolescente. Llevaba falda corta, el cabello rubio al estilo de *La novicia rebelde* y el delineado de ojos más grueso que Christopher hubiera visto fuera de un circo. Rápidamente acomodó su termo sobre el escritorio con un golpe seco y escribió su nombre en el pizarrón con una caligrafía perfecta.

## Señorita Lasko

—Oye —susurró una voz.

Christopher volteó y vio a un chico gordo. Por alguna razón que no lograba descifrar, el niño estaba comiendo tocino.

—¿Sí? —le respondió, susurrando.

—No les hagas caso a Jenny y Brady. Son unos idiotas. ¿De acuerdo?

—Gracias —dijo Christopher.

—¿Quieres tocino?

—No durante la clase.

—Como quieras —replicó el chico y siguió comiendo.

Como pasa en el mundo de los niños, así fue como Christopher sustituyó a Lenny Cordisco con un nuevo mejor amigo. Resultó que Edward Charles Anderson estaba en su clase de Refuerzo para la Lectura, además de que tenían el mismo horario de descanso y de Educación Física, y demostró ser tan malo para leer como para el *kickball*. Christopher le decía Eddie, pero todos los demás lo llamaban por su apodo.

Special Ed.

Durante las siguientes dos semanas, Christopher y Special Ed se volvieron inseparables. Todos los días comían juntos el almuerzo en la cafetería (te cambio mi sándwich). Iban a su clase de Refuerzo para la Lectura con la dulce y anciana bibliotecaria, la señora Henderson, y su títere Dewey, el delfín. Reprobaban juntos los exámenes de matemáticas. Incluso iban a la misma catequesis dos noches a la semana.

Special Ed decía que los niños católicos tenían que ir a catequesis por una razón: prepararse para lo que sería el Infierno. Marc Pierce era judío y le preguntó qué significaban las siglas con las que se referían a la catequesis, CDC.

—Compañeros De Caca. —Esa fue la hilarante respuesta de Special Ed.

Christopher no sabía realmente qué significaba CDC, pero mucho tiempo atrás aprendió a no quejarse de eso. Una vez, en Michigan, se escondió entre los arbustos para no tener que ir. Su madre gritó su nombre una y otra vez. Y luego se enojó muchísimo.

—Christopher Michael Reese, ven para acá DE INMEDIATO.

Usó sus tres nombres. Y, cuando hacía eso, ya no quedaba más opción. Tenías que ir. Fin. Perdiste. Con una expresión pétrea, le explicó que su padre era católico y que se prometió a sí misma que su hijo también sería criado como católico, para que tuviera alguna conexión con su padre además de la foto de Navidad.

Christopher se quiso morir.

Cuando iban a casa esa noche, pensó en su papá leyendo la Biblia. Probablemente no se le revolvían las letras como a él. Probablemente era mucho más inteligente porque así eran los padres. Mucho más. Así que Christopher se prometió que aprendería a leer y descubriría qué significan las palabras de la Biblia para tener otra manera de estar más cerca de su papá, además del recuerdo del aroma a tabaco en su camisa.

Para elegir a qué iglesia asistir, la madre de Christopher siempre usaba la estrategia de la Guerra Fría del presidente favorito de su abuela, Ronald Reagan. Confía, pero verifica. Así fue como encontró la iglesia de St. Joseph en Mill

Grove. El padre Tom acababa de salir del seminario. No tenía ningún escándalo. No había estado en otra parroquia. El padre Tom estaba bien. Era un buen hombre. Y Christopher necesitaba buenos hombres en su vida.

Pero, en cuanto a la fe de su madre, no importaba quién fuera el sacerdote. O qué tan bellas fueran sus misas. Ni la música. Su fe murió en aquella bañera junto a su esposo. Claro que, al mirar a su hijo, comprendía por qué la gente cree en Dios. Pero en la iglesia no escuchaba Su palabra. Lo único que oía eran los susurros y cuchicheos de esas buenas católicas que la veían como una madre trabajadora (o sea, como basura).

Especialmente la señora Collins.

Kathleen Collins era pura perfección. Desde su cabello café bien recogido, pasando por su traje elegante, hasta su amable aceptación de «esa gente» que Jesús realmente amaría. La familia Collins siempre se sentaba al frente. La familia Collins siempre era la primera en la fila para la Sagrada Comunión. Y si a su esposo se le desacomodaba un cabello, su dedo aparecía de inmediato para ponerlo en su lugar como la garra de un cuervo con una bella manicura.

Y en cuanto a su hijo Brady, pues de tal palo tal astilla.

Si la madre de Christopher solo tuviera que lidiar con la señora Collins los domingos, habría sido tolerable. Pero su esposo era un desarrollador de bienes raíces, dueño de medio Mill Grove, incluyendo Shady Pines, la casa de retiro en la que ella trabajaba. Puso a su esposa a cargo de ese lugar. La señora Collins aseguraba que tomó ese puesto para «contribuir a la comunidad». Pero lo que realmente significaba era que eso le permitía gritarles al personal y a los voluntarios para asegurarse de que su propia madre anciana, que sufría de Alzheimer, recibiera los mejores cuidados posibles. La mejor habitación. La mejor comida. Lo mejor de todo. La madre de Christopher había viajado lo suficiente para saber que Mill Grove era un pequeño estanque. Pero para la familia Collins bien podría ser el océano Pacífico.

—¿En qué estás pensando, mamá? —susurró Christopher.

—En nada, cariño. Pon atención —dijo.

Justo antes de que el padre Tom convirtiera el vino en sangre con unas cuantas palabras bien elegidas, les dijo a sus feligreses que Jesús los amaba a todos, desde Adán y Eva. Esto hizo que Special Ed comenzara a cantar la cancioncilla del restaurante Chili's.

—*I want my baby back baby back baby back! Adam's baby back ribs!*

Esto se ganó unas carcajadas estruendosas, especialmente de parte de los papás de Special Ed.

—Muy buena, Eddie. ¡Qué listo es mi bebé! —dijo su madre, sacudiendo sus brazos rollizos.

El padre Tom y la maestra de catequesis, la señora Radcliffe, suspiraron como si se hubieran dado cuenta de que la disciplina de Special Ed quedaba por completo en sus manos.

—La primera comunión va a ser genial —dijo Special Ed en el estacionamiento después de la misa—. Nos darán dinero y hasta podremos tomar vino.

—¿En serio? —preguntó Christopher—. ¿Eso es cierto, mamá?

—Es parte de la comunión. Pero será jugo de uva —respondió.

—No importa. Puedo tomar vino en mi casa. Adiós, señora Reese —dijo Special Ed antes de irse hacia la mesa en la que sus padres estaban vendiendo postres.

De camino a casa, Christopher pensó en la misa. En que Jesús amaba a todos. Hasta a los malos. Como Jenny Hertzog y Brad Collins. Y Jerry. Le pareció algo increíble porque él no podría amar a alguien como Jerry. Pero lo intentaría, porque eso es lo que debes hacer.

Cuando volvieron al motel, le sujetó la puerta abierta a su madre, quien le sonrió y le dijo que era un caballero. Y al levantar la vista antes de entrar, la vio. Flotando por ahí. Y cuando una estrella fugaz pasó por donde estaba la nube, pareció como si hubiera guiñado un ojo.

El rostro de nube.

Normalmente, Christopher no hubiera pensado mucho al respecto. Las nubes eran normales. Pero todos los días, cuando su mamá lo llevaba a la escuela, cada vez que pasaban por el bosque de la calle Mission por la tarde, cuando iban a catequesis, el rostro de nube estaba ahí.

Y siempre era la misma cara.

A veces grande, a veces pequeña. Una vez estaba escondida detrás de las otras figuras en las nubes. Un martillo o un perro o una mancha de tinta como las que un hombre le enseñó después de que su padre se ahogó accidentalmente en la tina. Siempre estaba ahí. Ni mujer ni hombre, solo un bello rostro hecho de nubes.

Y Christopher podría jurar que lo estaba mirando.

Se lo habría contado a su madre, pero ella tenía suficientes preocupaciones respecto a él. Podía soportar que su mamá pensara que era tonto, pero no se arriesgaría a que pensara que estaba loco.

No como su papá.



Las lluvias comenzaron el viernes.

El trueno despertó a Christopher de una pesadilla. El sueño fue tan aterrador que de inmediato lo olvidó, pero se quedó con la sensación. Como si alguien estuviera detrás de su oreja, haciéndole cosquillas. Echó un vistazo a la habitación del motel. El letrero neón de la lavandería hacía parpadear las cortinas del frente.

Pero no había nadie.

Miró el reloj que estaba junto a su madre, dormida en la otra cama individual. Decía que eran las 2:17 a. m. Intentó volver a dormir, pero por alguna razón no pudo. Así que solo se quedó ahí, con los ojos cerrados y la mente dando vueltas.

Y escuchando el golpeteo de la lluvia.

Llovía tanto que no podía descifrar de dónde venía. Se le ocurrió que podría secar los océanos.

—¡Charcos! ¡Miren sus pantalones! ¡Charcos! ¡Charcos!

Las palabras le llegaron y su estómago se hizo un nudo. En unas cuantas horas volvería a la escuela. La escuela implicaba ir al salón. Y el salón implicaba...

A Jenny Hertzog y Brady Collins.

Lo esperaban cada mañana. Jenny para decirle cosas y Brady para pelear con él. Christopher sabía que su mamá no quería que se peleara con nadie. Siempre le decía que él no se iba a convertir en un rufián violento como los hombres de su familia. Ni siquiera lo dejaba tener pistolas de juguete.

—¿Por qué no? —preguntó Special Ed a la hora del almuerzo.

—Porque mi mamá es *pacifista* —dijo Christopher.

—¿No quieres decir pacifista? —respondió Special Ed.

—Sí. Eso. Pacifista. ¿Por qué conoces esa palabra?

—Porque mi papá los odia.

Por eso, Christopher ponía la otra mejilla y Jenny Hertzog estaba ahí, esperándolo para burlarse de él y de los otros chicos en la clase para tontos. Su mamá le pediría que no dijera tontos. Nunca digas tontos. Pero al final de cuentas no importaba. Estaba en la clase de los tontos y Jenny era especialmente cruel con los estudiantes tontos. A Eddie le decía Special Ed. A Matt le puso

Perico Pirata por su parche en el ojo. Su hermano gemelo, Mike, era el mejor atleta de la escuela, pero a Jenny le gustaba decirle Mike Dos Mamás o Mike Machorras, dependiendo de su estado de ánimo, porque los gemelos tenían dos mamás y ningún papá. Pero Christopher era el chico nuevo, así que le tocaba lo peor. Cada clase en el salón comenzaba con Jenny Hertzog señalando sus pantalones y canturreando:

—¡Charcos! ¡Charcos!

Era tan horrible que Christopher le pidió nuevos pantalones a su mamá, pero cuando vio en su rostro que no podía pagarlos, fingió que estaba bromeando. Luego, durante el descanso, le decía a la señora de la cafetería que no quería leche para poder guardar diario sus cincuenta centavos y comprarse unos pantalones. Christopher ya tenía 3.50 ahorrados.

Pero no estaba seguro de cuánto costaban los pantalones.

Fue a preguntarle a la señorita Lasko, pero ella tenía los ojos rojos y el aliento le olía igual que a Jerry después de una noche en el bar. Así que esperó hasta que terminaran las clases y fue a buscar a la dulce y anciana señora Henderson.

La señora Henderson era callada como un ratón, demasiado incluso para una bibliotecaria. Estaba casada con el maestro de Ciencias, el señor Henderson. Su nombre de pila era Henry. A Christopher le parecía raro que los maestros tuvieran nombres de pila, pero lo aceptaba. Henry Henderson.

Cuántas «E».

Cuando Christopher le preguntó a la señora Henderson el precio de los pantalones, ella le dijo que podían usar la computadora para averiguarlo. La mamá de Christopher no tenía una, así que eso era fantástico. Entraron a internet y buscaron la palabra pantalones. Revisaron todas las tiendas y vio que las cosas costaban mucho dinero: \$18.50 por unos pantalones en JCPenney.

—¿Cuántos cincuenta centavos es eso? —le preguntó a la señora Henderson.

—No lo sé. ¿Cuántos? —dijo ella.

Christopher era casi tan malo para las matemáticas como para leer, pero, como buena maestra, en vez de darle la respuesta, la señora Henderson le dio un lápiz y una hoja, y le dijo que lo averiguara. Volvería en un rato para ver cómo iba. Así que él se quedó ahí, sumando de cincuenta en cincuenta centavos. Dos días son cien centavos. Eso es un dólar. Tres días son ciento cincuenta centavos. Eso es un dólar y cincuenta centavos. Con siete dólares en su alcancía, podría...

hola

Christopher miró la computadora, que hizo un ruidito. Y en la esquina izquierda apareció una ventana que decía MENSAJE INSTANTÁNEO. Aunque sabía

que eso significaba mensaje instantáneo. Alguien le estaba escribiendo.

hola

Buscó a la señora Henderson, pero no la encontró por ninguna parte. Estaba solo. Miró de nuevo la pantalla. El cursor parpadeaba y parpadeaba. Sabía que no debería hablar con extraños. Pero eso no era exactamente hablar, así que dio un toquecito con el cursor en su mano derecha. Toque, toque.

«Hola», escribió Christopher.

¿quién eres?

«Christopher».

hola, christopher. un gusto conocerte. ¿dónde estás?

«Et soy ne la bliblioteca».

tienes problemas con las letras, ¿verdad? ¿en qué biblioteca?

«En la ecsuela».

¿a cuál escuela vas? no me digas. a la primaria de mill grove, ¿no?

«Como supsite?».

adiviné. ¿te gusta la escuela?

«Esta bein».

¿a qué hora sales hoy?

Christopher se detuvo. Algo estaba mal.

«Quién eres?», escribió.

Silencio. El cursor parpadeaba.

«Quién eres?», escribió de nuevo.

Silencio otra vez. Christopher observó el cursor parpadear y parpadear. El aire estaba silencioso y quieto. Pero podía sentir algo, cierta tensión. Como cuando te quedas demasiado tiempo bajo las cobijas.

—¿Hola? —le preguntó Christopher a la biblioteca vacía.

Echó un vistazo a las estanterías. Pensó que alguien podría estar escondido. Comenzó a sentir pánico. Parecido a cuando estaba en Michigan y Jerry volvía del bar de malas.

—¿Hola? —repitió—. ¿Quién anda ahí?

Sintió un cosquilleo en la nuca. Como cuando su mamá le daba un beso de buenas noches. Un susurro sin palabras. Escuchó un pitido en la computadora. Volteó. Vio la respuesta de la persona.

un amigo

Cuando la señora Henderson volvió, la pantalla se puso en blanco. La anciana miró sus cuentas y le dijo que debería pedirle ayuda a la señorita Lasko. Mientras tanto, le dio tres libros para ayudarlo con su lectura durante el fin de semana. Uno era viejo y con muchas palabras. Los otros dos eran divertidos. *Bad Cat se come la Z* y *Snoopy*. Snoopy no era tan bueno como Bad Cat. Pero, aun

así, Snoopy era genial. Especialmente con su primo Spike, de Needles. Qué palabra. Needles.

Tantas «E».

Cuando sonó la campana, la señora Henderson lo acompañó hasta el estacionamiento. Él se despidió agitando una mano, y ella y su esposo se fueron a su vieja minivan. La señorita Lasko se metió a su auto deportivo rojo cereza, que debió haberle costado un millón de leches de cincuenta centavos. Uno por uno, todos los maestros se fueron. También los estudiantes. Los gemelos, Perico Pirata y Mike Dos Mamás, se lanzaban su pelotita de futbol mientras se subían al autobús de la escuela. Special Ed le lanzó una trompetilla desde el camión, lo que hizo sonreír a Christopher. Luego salió el último transporte y no quedó nadie más. Christopher miró a su alrededor buscando al guardia de seguridad.

Pero no estaba.

Y Christopher estaba solo.

Se sentó en una banquita y esperó en el estacionamiento a que su madre lo recogiera para el viernes de películas. Intentó pensar en eso en vez de en la mala sensación que tenía. Esa sensación de que estaba en peligro. Estaba nervioso ahí afuera y solo quería que su mamá llegara temprano.

¿Dónde estaba?

El trueno estalló. Christopher miró su examen de Matemáticas. 4 de 10. Tenía que esforzarse más. Tomó el primer libro. *Jardín de versos para niños*. Era viejo. Algo polvoso. Sintió cómo el lomo crujía un poco. El cuero de las pastas olía casi como un guante de beisbol. En la portada había un nombre escrito con lápiz.

D. Olson

Pasó las páginas hasta encontrar una imagen que le gustó. Luego se acomodó y comenzó a leer. Las palabras estaban revueltas.

En lo atlo del cerzeo

¿Quéin terpará sion yo?

De pronto, una sombra pasó sobre la página. Christopher levantó la vista y la vio allá arriba, bloqueando la luz.

Era el rostro de nube.

Enorme como el cielo.

Christopher cerró el libro. Las aves callaron y el aire se enfrió. Aunque fuera septiembre. Miró a su alrededor para ver si alguien lo estaba observando, pero el guardia de seguridad seguía sin aparecer, así que volvió a ver el rostro de nube.

—¿Hola? ¿Me escuchas? —preguntó.

En la distancia se oyó un rugido bajo. Un trueno.

Christopher sabía que podía ser una coincidencia. Tal vez era mal estudiante, pero era un niño inteligente.

—Si puedes escucharme, guiña el ojo izquierdo.

Lentamente, la nube guiñó el ojo izquierdo.

Christopher se quedó en silencio, asustado por un momento. Sabía que no estaba bien, que no era normal. Pero era fantástico. Un avión pasó volando e hizo que el rostro de nube cambiara y sonriera como el gato de Cheshire.

—¿Puedes hacer que llueva cuando te lo pido?

Antes de que dijera la última palabra, comenzaron a caer cortinas de lluvia sobre el estacionamiento.

—¿Y detenerla?

La lluvia se detuvo. Christopher sonrió. Le pareció gracioso. El rostro de nube debió entender que se estaba riendo, porque comenzó a llover. Y luego se detuvo. Y luego llovió. Y luego se detuvo. Christopher se rio con carcajadas de Bad Cat.

—Basta. ¡Vas a arruinar mi uniforme!

La lluvia se detuvo. Pero cuando Christopher levantó la vista, la nube comenzó a alejarse, dejándolo solo de nuevo.

—¡Espera! —gritó Christopher—. ¡Vuelve!

La nube se fue por encima de las colinas. Christopher sabía que no debía hacerlo, pero no se pudo contener y comenzó a seguirla.

—¡Espera! ¿Adónde vas?

No había ningún sonido, solo cortinas de lluvia. Pero, de algún modo, no tocaban a Christopher. El ojo de la tormenta lo protegía. Aunque sus tenis estaban empapados por la calle mojada, su sudadera roja seguía seca.

—¡No te vayas, por favor! —gritó.

Pero el rostro de nube siguió alejándose por el camino, hacia la cancha de beisbol, soltando lluvia sobre la arcilla pastosa. Lágrimas de tierra. Siguió por la autopista, donde los coches sonaban sus bocinas y derrapaban por la lluvia. Hacia otro vecindario con calles y casas que él no reconoció. Hays Road. Casa. Monterey.

El rostro de nube pasó encima de una cerca y flotó sobre un jardín. Christopher al fin se detuvo frente a un enorme letrero metálico cerca de un farol. Le tomó un largo rato descifrar las palabras, pero al fin concluyó que decían:

PROYECTO DEL BOSQUE DE LA CALLE MISSION  
PROHIBIDO EL PASO

—Ya no puedo seguirte. ¡Me voy a meter en problemas! —le gritó.

El rostro de nube se detuvo por un momento y luego se fue. Lejos, más allá de la cerca.

Christopher no sabía qué hacer. Miró a su alrededor. Vio que nadie lo observaba. Sabía que estaba mal. Sabía que no debía hacerlo. Pero pasó por debajo de la cerca. Su sudadera roja se atoró, y cuando logró soltarla, se incorporó en el terreno, cubierto de pasto mojado, lodo y lluvia. Levantó la vista, maravillado.

La nube era ENORME.

La sonrisa era de DIENTES.

Una sonrisa FELIZ.

Christopher sonrió cuando sonaron los truenos.

Y siguió al rostro de nube.

Más allá del callejón.

Por el camino.

Al interior del bosque de la calle Mission.

Christopher levantó la vista. Ya no podía ver el rostro de nube. Así de densos eran los árboles. Aún podía escuchar la lluvia, pero no caía ni una sola gota a la tierra. El suelo todavía estaba seco. Resquebrajado como piel vieja. Era como si los árboles fueran un enorme paraguas. Un paraguas que mantenía algo a salvo.

*Christopher*

Se dio la vuelta y los vellos de su nuca se erizaron.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Le respondieron el silencio y una respiración leve y superficial. Tal vez había sido el viento. Pero había algo ahí. Christopher podía sentirlo. Como cuando sabes que alguien te está observando. Tal como supo que Jerry era un hombre malo mucho antes de que su madre lo supiera.

Escuchó un paso.

Se dio la vuelta, solo era una piña que cayó de un árbol. Tuc tuc tuc. Rodó por el suelo y se detuvo en

El camino.

El camino estaba cubierto de agujas de pino. Y unas cuantas ramas torcidas. Pero no había duda. Era un camino en la tierra que años de bicicletas y caminatas y carreras habían abierto. De niños que tomaban un atajo al otro lado del pueblo. Pero ahora parecía abandonado. Como si la cerca de la construcción hubiera mantenido a los niños alejados por meses. Quizá incluso años. No había ni un par de huellas frescas.

Salvo unas.

Podía ver la marca de unos zapatos en la tierra. Christopher se acercó y puso sus pequeños tenis junto a ellas. Eran más o menos del mismo tamaño.

Eran las huellas de un niño.

Y fue entonces cuando escuchó a un niño llorando.

Christopher echó un vistazo al camino y vio que las huellas del niño seguían y seguían. El sonido provenía de esa dirección. A lo lejos, en la distancia.

—Hola. ¿Estás bien? —gritó Christopher.

El llanto se volvió más intenso.

Christopher sintió una presión en el pecho y una voz en su interior le dijo que

se diera la vuelta, volviera a la escuela y esperara a su madre. Pero el niño estaba en problemas, así que ignoró su miedo y siguió las huellas. Lentamente al principio. Con cuidado. Fue hacia un viejo arroyo con un puente de madera. Las huellas entraban al agua y salían al otro lado. Ahora eran lodosas. El niño debía estar cerca.

*Ayúdame.*

¿Era una voz? ¿Era el viento? Christopher aceleró el paso. Las huellas del niño lo llevaron junto a un tronco viejo y hueco que estaba tallado como una enorme canoa. Christopher miró al frente. No vio a nadie. La voz debió ser el viento. No tenía sentido, pero no había otra explicación, porque no veía nada.

Salvo la luz.

La luz a lo lejos, en el camino. Brillante y azul. El lugar de donde venía el llanto. Christopher comenzó a caminar hacia ella, para ayudar al niño. Con cada paso, la luz crecía más y más. Y el espacio bajo los árboles se ensanchaba. Pronto ya no hubo árboles sobre su cabeza.

Christopher había llegado al claro.

Estaba a la mitad del bosque. Un círculo perfecto de tierra cubierta de pasto. Ya no había árboles y podía ver el cielo. Pero algo andaba mal. Había entrado al bosque hacía unos minutos, cuando era de día, pero ya era de noche. El cielo estaba negro. Y las estrellas brillaban mucho más de lo usual. Casi como fuegos artificiales. La luna era tan grande que iluminaba todo el claro. Una luna azul.

—¿Hola? —gritó Christopher.

Silencio. Ni llanto ni viento ni voz. Christopher observó el claro y no vio más que el camino de huellas que llevaban al

Árbol.

Estaba al centro del claro. Torcido como la mano artrítica de un anciano. Salía de la tierra como si intentara arrancarle un pájaro al cielo. Christopher no pudo contenerse. Siguió las huellas. Fue hacia el árbol y lo tocó. Pero no se sentía como corteza o madera.

Se sentía como carne.

Se alejó de un salto. De pronto la percibió. La horrible sensación de que eso estaba mal. Todo estaba mal. No debía estar ahí. Bajó la vista buscando el camino. Tenía que salir de ahí. Su mamá estaría muy preocupada. Encontró el camino. Vio las huellas del niño. Pero había algo distinto.

Junto a ellas había unas huellas de manos.

Como si el niño anduviera a gatas.

¡Crac!



Christopher se dio la vuelta. Algo había pisado una rama. Podía escuchar que las criaturas a su alrededor empezaban a despertar. Rodeaban todo el claro. Christopher ni lo pensó. Se echó a correr. Siguió el camino para salir. Llegó a la orilla del claro y entró en el bosque, pero en cuanto puso un pie donde estaban los árboles, se detuvo.

El camino había desaparecido.

Lo buscó por todas partes, pero el cielo estaba cada vez más negro. Las nubes cubrían las estrellas. Y la luna brillaba por debajo del rostro de nube como el ojo bueno de un pirata.

—¡Ayúdame! —le gritó al rostro de nube.

Pero el viento sopló y la nube, cual sábana, cubrió a la luna. Christopher ya no podía ver nada. *Ay, Dios mío, por favor.* Cayó de rodillas y comenzó a rebuscar entre las agujas de pino. Desesperado. Buscando el camino. Las agujas se le clavaban en las palmas.

Una vez más escuchó al niño.

Pero no estaba llorando.

Se estaba riendo.

Christopher encontró el camino con sus manos y comenzó a recorrerlo a gatas. *¡Sal de aquí! ¡Rápido!* Eso era lo único que pensaba. *¡Más rápido!*

Las risitas estaban más cerca.

Christopher comenzó a correr. Se movió tan rápido que perdió el camino. Corrió en la oscuridad. Más allá de los árboles. Sus piernas cedieron al encontrarse con el arroyo. Al cruzar el puente. Se cayó y se raspó una rodilla. Pero no le importó. Siguió corriendo. A toda velocidad. Vio la luz más adelante. Eso era. Lo sabía. El farol de la calle. De algún modo había logrado encontrar la calle.

Las risitas estaban justo detrás de él.

Christopher corrió con más fuerzas hacia la calle. Hacia la luz. Corrió bajo el abrigo del último árbol. Y se detuvo al darse cuenta de que no estaba en la calle.

Sino en el claro de nuevo.

La luz no era el farol.

Era la luna.

Miró a su alrededor y sintió cosas que lo observaban. Criaturas y animales con los ojos brillantes. Rodeando el claro. La risa estaba más cerca. Era más fuerte. Christopher estaba rodeado. Tenía que salir de ahí. Encontrar una salida. Cualquier salida.

Corrió hacia el árbol.

Comenzó a trepar. El árbol se sentía como piel bajo sus manos. Como si estuviera trepando brazos en vez de ramas. Pero ignoró esa sensación. Necesitaba subir más para encontrar una salida. Cuando llegó a la mitad del árbol, las nubes se abrieron. La luna resplandeció sobre el claro.

Y Christopher lo vio.

Al otro lado del claro. Escondido detrás de las hojas y los arbustos. Parecía la boca de una cueva. Pero no era una cueva. Era un túnel. Hecho por el hombre. Con marco de madera. Atravesado por unos rieles viejos de tren. Christopher comprendió lo que eso significaba. Los rieles de tren llevan a estaciones que conducen a pueblos.

¡Podía salir!

Bajó por los brazos del árbol. Llegó al suelo. Sintió una presencia en el bosque. Los ojos puestos sobre él. Esperando a que hiciera algún movimiento.

Christopher corrió.

Con todas sus fuerzas. A toda velocidad. Sentía a las criaturas detrás de él, pero no podía verlas. Llegó a la boca y se asomó al túnel. Las vías lo recorrían como un espinazo oxidado. Vio el brillo de la luna al otro lado. ¡Una salida!

Entró corriendo al túnel. El marco de madera sostenía las paredes y el techo como el costillar de una ballena. Pero la madera era vieja. Estaba deteriorada y podrida. Y el túnel no era lo suficientemente ancho para que un tren lo cruzara. ¿Qué era ese lugar? ¿Un puente cubierto? ¿Una cloaca? ¿Una cueva?

*Una mina.*

La palabra le cayó como un balde de agua. Una mina de carbón de Pensilvania. Vio una película al respecto en la escuela. Los mineros usaban carretas y vías para extraer tierra inflamable. Siguió corriendo. Directo hacia la luz de luna al otro lado. Iba mirando las vías para saber por dónde pisar. Fue entonces cuando vio que las huellas del niño habían vuelto. Y también las risas. Justo detrás de él.

El brillo de la luna se atenuó mientras las nubes jugaban a las escondidas. El mundo se volvió negro. Christopher buscó a tientas en la oscuridad, intentando encontrar paredes para guiarse hasta la salida. Sus pies iban raspando las vías mientras toqueteaba todo como un ciego. Y al fin encontró algo. Al fin tocó algo en la oscuridad.

La mano de un niño.

No

se

supo

nada

de

Christopher



en

seis

días.

## Parte II

---

Los sueños se hacen realidad

Mary Katherine era culpable. Eso no era nada nuevo. Se había sentido culpable desde su primera clase de catequesis con la señora Radcliffe hacía más de diez años. Pero esto era realmente malo. No podía creer que hubiera permitido que se saliera tanto de control. La ley claramente establecía que los chicos no podían manejar solos después de la medianoche. Eran las 11:53 p. m. y estaba mínimo a diez minutos de su casa. ¿Cómo permitió que pasara eso?

«¡Acabas de conseguir tu licencia! ¡Qué estúpida eres!», se regañó.

¿Cuánto tiempo le tomó sacar su licencia? ¡¿Recuerdas?! Tuvo que rogarle a su madre simplemente para que se lo mencionara a su padre. Luego, cuando al fin su mamá reunió el valor necesario para echarse un par de (cajas de) vinos blancos y tener la conversación, ambas tuvieron que hacer labor de persuasión durante semanas para que su papá aceptara siquiera un permiso de conducir. Mientras que los demás chicos solo tomaban una clase de manejo, Mary Katherine tuvo que tomar dos. Mientras que los demás padres dejaban que sus hijos manejaran por la calle McLaughlin Run hacia el centro comercial y, por qué no, también por la Ruta 19, Mary Katherine seguía atrapada en el estacionamiento de la iglesia. Ni siquiera el amplio estacionamiento de Holy Ascension. ¡Estaba atrapada en St. Joseph! ¡O sea!

Para cuando la zorrita de Debbie *Ya me lo di* Dunham y el conocido borracho Michele Gorman ya manejaban hasta el centro de Pittsburgh, Mary Katherine seguía entrando y saliendo del estacionamiento de su propia casa.

—Hola, Virgen María —le decía Debbie en el vestidor de la escuela—. ¿Me darías un aventón a mi estacionamiento?

Mary Katherine estaba acostumbrada a que los chicos le pusieran apodos. «Entre más devota la chica, más fervorosos los insultos», solía decir su madre cuando Mary Katherine no lograba contener las lágrimas con el consejo de siempre de «aguantar lo que venga». Pero Debbie Dunham era la peor. Tratándose de cristianos, ella le iba a los leones. Así que cuando Mary Katherine se graduó de la secundaria católica y entró a la preparatoria pública, la transición le resultó de lo más complicada. A fin de cuentas, ser un verdadero creyente no es un camino fácil en un mundo de opción múltiple.

Lo bueno de la culpa católica es que funciona en ambos sentidos. Las calificaciones perfectas de Mary Katherine, que nunca faltara a clases, los créditos extra cuando ya tenía 99 y un puntaje altísimo en los exámenes de admisión para la universidad terminaron por ganarse a su padre. Al final, incluso él tuvo que admitir que tenía a la hija más responsable que un hombre podría desear. Le permitió hacer su examen de manejo. ¡Le fue excelente! Gracias a Dios. Y cuando su licencia llegó por correo, se veía hermosa en la foto. Sintió culpa porque la vanidad es un pecado, pero se le pasó rápido, porque tenía diecisiete años. Y tenía su licencia. Estaba en el último año de preparatoria. Iba a aplicar a Notre Dame. La vida estaba llena de infinitas posibilidades de libertad.

Tenía que llegar a casa antes de la medianoche.

Porque, si no, lo iba a arruinar todo.

El reloj anunciaba las 11:54 p. m.

—¡Carajo! —dijo, y de inmediato se persignó—. Caray —se corrigió, esperando que con eso bastara.

Mary Katherine repasó las acciones que provocaron su error. Fue con Doug al cine a la función de las 9:30. El gerente dijo que la película duraba dos horas. Es decir, terminaría a las 11:30. A las 11:27 si se salía antes de los créditos, lo que la hacía sentir culpable porque esas personas trabajaron mucho en ello. Pero, como sea, tenía tiempo suficiente, ¿no? Pero antes de la película pasaron muchos comerciales. Y más tráileres de *Bad Cat 3D* (¡como si necesitáramos otra!). Para cuando comenzó la película, ya había olvidado qué habían ido a ver. Ella quería la nueva comedia romántica de Disney. Ah, pero no. Doug necesitaba su película de desastres.

Estúpido Doug.

¿Por qué a los chicos inteligentes les gustan las películas más tontas? Él había sacado puros dieces desde el kínder. Sería el mejor promedio de la generación y podría entrar a cualquier universidad que quisiera, incluso a las laicas. Pero simplemente tenía que ver cómo casi destruían al mundo una vez más.

—Y no, Doug —dijo ella para sí misma en el auto, practicando para una pelea que en realidad nunca iba a ocurrir—. No me gusta cuando le pones chocolates de menta a las palomitas. ¡No saben mejor!

El reloj marcaba las 11:55 p. m.

¡Con un puto carajo!

Mary Katherine consideró sus opciones. Podría exceder el límite de velocidad, pero si la multaban, terminaría castigada por más tiempo. Podría pasarse uno o dos altos, pero eso sería aún peor. El único plan que tenía sentido era irse por la

Ruta 19, pero su padre le tenía prohibido manejar en autopistas. Honrarás a tu padre y a tu madre aplicaba casi todos los días, pero aquello era una emergencia. Era o recorrer la Ruta 19 durante dos minutos o llegar tarde.

Tomó la autopista.

El tráfico avanzaba muy rápido. Su corazón tamborileaba con los autos que pasaban a toda velocidad en el carril izquierdo mientras ella se mantenía en el de la derecha a los setenta kilómetros por hora permitidos. No podía arriesgarse a que la multaran. Ni un poco. Especialmente en la Ruta 19. Su padre le quitaría la licencia si eso pasara. Y nunca volvería a conducir el Volvo de su madre.

—Dios —suplicó—, si me ayudas a llegar a casa antes de la medianoche, prometo que pondré más dinero en el canasto de la colecta este domingo.

Tras decir eso, algo la sobrecogió. Una culpa vieja. Un miedo antiguo. La primera vez que pensó en eso fue después de que ella y Doug se estacionaron cerca de la primaria de Mill Grove la Navidad pasada. Se estaban besuqueando y, de la nada, Doug le tocó el seno izquierdo por encima del suéter pachón que su abuela le había dado. Apenas duró un segundo y él le aseguró que había sido un accidente. Pero ella sabía la verdad. Se enojó mucho con él. Pero, sinceramente, se enojó más con ella misma.

Porque le gustó.

No se lo dijo a Doug. Pero cuando llegó a casa esa noche, no pudo evitar repetir la escena en su mente una y otra vez. Pensando en las manos de él bajo su blusa y sobre su brasier. Y bajo su brasier. Y desnuda. Sintió tanta culpa que en serio pensó que podría embarazarse por la mano de Doug sobre su suéter pachón. Sabía que era una locura. Sabía que solo te puedes embarazar teniendo relaciones sexuales. Le dieron clases de sexualidad. Sus padres no eran de esos católicos tan locos. Y, aun así, no podía soltar el miedo. Así que le prometió a Dios que, si le evitaba la humillación de estar embarazada, confesaría sus pecados y pondría todo el dinero que había ganado como niñera en el canasto de la colecta. Al día siguiente le llegó la regla. Y se sintió tan aliviada que se echó a llorar. Esa semana confesó sus pecados al padre Tom y le dio todo el dinero de su trabajo a Dios.

Pero la experiencia la dejó abatida. Después de todo, pensar en un pecado es igual a cometerlo. Eso les había enseñado la señora Radcliffe en la catequesis. Entonces, ¿qué habría pasado si se hubiera muerto antes de confesarse y quedar limpia? Sabía cuál era la respuesta y la aterraba.

Por eso tuvo que crear un sistema de alertas previas. Algo que le avisara que lo que había hecho era tan pecaminoso que Dios la mandaría al Infierno por ello.

Durante semanas no se le ocurrió nada. Y luego, cuando comenzó a manejar sola, pasó junto a un ciervo por la carretera y entonces vino a ella.

Atropellar a un ciervo.

—Dios —dijo—, si me voy a ir al Infierno, haz que atropelle un ciervo con mi auto.

Sabía que sonaba como una locura, pero el acuerdo le quitó el miedo de inmediato. Se prometió no decírselo nunca a nadie. Ni a su madre. Ni a la señora Radcliffe. Ni al padre Tom. Ni siquiera a Doug. Era un trato privado entre ella y el Creador.

—Dios, si atropello un ciervo, sabré que he cometido un pecado tan terrible en contra de ti que te has dado por vencido conmigo. Esto me dará tiempo para enmendarme. Lamento haber disfrutado que me tocara el suéter (¡no me tocó el seno!). Lo lamento mucho.

11:57 p. m.

Lo repitió una y otra vez. Lo repitió tanto que se volvió una especie de ruido de fondo. Como esos partidos de basquetbol que su papá sintonizaba en la radio de su estudio mientras construía sus barcos en miniatura o la aspiradora de su madre, que mantenía los tapetes impecables.

11:58 p. m.

Salió de la autopista y tomó la calle McLaughlin Run. La luna estaba pálida y oscura. Mantuvo los ojos muy abiertos. Había muchos ciervos por ahí. Especialmente desde que el señor Collins comenzó a talar una parte del bosque de la calle Mission para construir su nuevo desarrollo inmobiliario. Por eso tenía que ser extracuidadosa.

11:59 p. m.

Su corazón latía deprisa y su estómago se puso tenso. Estaba a dos minutos de casa. Si no aceleraba, llegaría tarde. Pero si aceleraba, un ciervo podría lanzarse contra su auto. La única otra opción era pasarse el último alto en la cima de la colina. Desde ahí podía ver a los ciervos a casi cincuenta metros. El bosque estaba lejos de la calle. O sea que podría pasarse el alto y librarla.

12:00, medianoche.

Era el momento. Tenía que elegir. Pasarse el alto y llegar a tiempo o seguir las



reglas, llegar tarde y ser castigada.

—Dios, por favor, dime qué hacer —dijo con su voz más humilde y suplicante.

Y entonces, de repente, tuvo una sensación.

Hundió el freno.

Y se paró en seco.

De no haberlo hecho, no habría mirado sobre la colina. Y no habría visto al niño que salía del bosque. Cubierto de tierra y famélico. Esa carita que estaba en los afiches de niños desaparecidos por todo el pueblo. Si se hubiera pasado el alto, no lo habría visto.

Y definitivamente lo habría matado con su auto.

—¿Christopher? —dijo una voz—. ¿Christopher?

El niño tenía frío. Había una sábana sobre él. Delgada y rasposa como de hospital.

—¿Christopher? ¿Nos escuchas? —continuó la voz.

Él abrió los ojos. Pero le dolían como al salir de una película por la tarde. Miró a su alrededor con los ojos entrecerrados y vio las figuras de algunos adultos. Había un doctor. No podía ver su rostro, pero su estetoscopio se sentía como hielo sobre su pecho.

—Está recuperando el color —comentó el médico—. ¿Me escuchas, Christopher?

El niño entrecerró más los ojos y encontró a su madre. Borrosa por la luz. Sintió su mano tibia y suave sobre su frente. Como cuando se enfermaba.

—Aquí estoy, cariño —dijo su madre, y la voz se le quebró un poco.

Christopher intentó hablar, pero las palabras se atoraron en su garganta seca. Cada vez que intentaba tragar saliva, la sentía como lija.

—Si nos escuchas, mueve un dedo del pie, cariño —le pidió su madre.

Christopher no supo si lo movió o no. Casi no podía sentir los dedos de sus pies. Todavía tenía mucho frío. Pero supuso que funcionó.

—Excelente —exclamó el doctor—. ¿Puedes mover las manos?

Lo hizo. Las sintió algo entumidas. Como un hormigueo por todo el cuerpo.

—Christopher —dijo la voz de otro hombre—. ¿Puedes hablar?

Levantó un poco la mirada y vio al alguacil. Se acordaba de él por el día en el parque, cuando su madre consiguió el trabajo en Shady Pines. El alguacil era un hombre fuerte. Alto como el palo de spiribol de la escuela.

—¿Puedes hablar? —repitió el alguacil.

Su garganta estaba tan seca. Se acordó de cuando tuvo amigdalitis y la medicina sabía a cereza rara. Tragó saliva e intentó emitir una palabra, pero la garganta le dolía demasiado.

Christopher negó con la cabeza, no.

—No pasa nada, hijo —lo tranquilizó el alguacil—. Pero tengo que hacerte algunas preguntas. Solo asiente o niega con la cabeza, ¿de acuerdo?

Christopher asintió.

—Muy bien. Te encontraron en la orilla norte del bosque de la calle Mission. ¿Alguien te llevó hasta ahí?

Todos los adultos estaban en ascuas. Esperando su respuesta. Christopher intentó recordar, pero en su memoria no había más que vacío. No recordaba nada. Sin embargo, dudaba que alguien lo hubiera llevado al bosque. Recordaría algo así. Tras un momento, negó con la cabeza. No. Y pudo sentir cómo en la habitación volvían a respirar.

—Entonces, ¿te perdiste? —preguntó el alguacil.

Christopher pensó con gran esfuerzo, como cuando estaba practicando su lectura. Si nadie se lo llevó, seguramente se perdió. Eso tenía sentido.

Asintió. Sí, se perdió.

El doctor cambió el frío estetoscopio por unas manos ásperas y regordetas. Revisó las extremidades y articulaciones de Christopher y luego puso un velcro para medir la presión en su brazo flacucho. Christopher temió que más adelante le pidieran que orinara en un vasito. Siempre le daba mucha vergüenza cuando tenía que hacer eso.

—En el bosque... ¿alguien te lastimó? —continuó el alguacil.

Christopher negó con la cabeza. No. El doctor presionó un botón y la máquina para medir la presión soltó un chirrido y estranguló su brazo. Al terminar, el doctor le quitó el velcro con un sonido de r-r-r-r-p y garabateó unas notas. Christopher podía escuchar la pluma.

Sssh sssh sssh.

—¿Escuchaste los autos? ¿Así encontraste el camino para salir del bosque?

Christopher le echó un vistazo al cuadernillo del doctor. Comenzó a sentirse intranquilo. Como una presión en la cabeza. Un dolorcito de cabeza que solía desaparecer cuando su mamá le daba la aspirina que sabía a gis de naranja. Pero de algún modo aquello era distinto. Como si tuviera un dolor de cabeza suficiente para los dos.

—En el bosque... ¿escuchaste los autos? ¿Así encontraste el camino para salir del bosque?

Christopher volvió a la realidad. Negó con la cabeza. No.

—Entonces, ¿encontraste la salida tú solo?

Negó con la cabeza. No. La habitación se quedó en silencio.

—¿Tú no encontraste la salida? ¿Alguien te ayudó a salir del bosque?

Asintió. Sí.

—¿Quién te ayudó, Christopher? —preguntó el alguacil.

Le dio papel y lápiz para que escribiera el nombre. Christopher tragó saliva con fuerza. Luego dejó escapar un susurro casi inaudible.

—El hombre amable.

**Doctora Karen Shelton:** ¿Dónde viste al hombre amable, Christopher?

**Christopher:** En el camino, desde el claro. Estaba lejos.

**Doctora Karen Shelton:** Cuando lo viste, ¿qué pasó?

**Christopher:** Le pedí ayuda a gritos.

**Doctora Karen Shelton:** ¿Te escuchó?

**Christopher:** Nop. Solo siguió caminando.

**Doctora Karen Shelton:** ¿Y lo seguiste?

**Christopher:** Sí.

**Doctora Karen Shelton:** Habías dicho que creías que era de día, ¿verdad?

**Christopher:** Sí. El hombre iba saliendo del bosque. Y la luz estaba muy brillante, así que pensé que era de día.

**Doctora Karen Shelton:** Pero resultó que eran los faros del auto de Mary Katherine.

**Christopher:** Sí.

**Doctora Karen Shelton:** Y ¿qué pasó con el hombre amable cuando saliste del bosque?

**Christopher:** No lo sé. Yo creo que huyó.

El alguacil presionó el botón de STOP en el reproductor y observó el bosque de la calle Mission. Llevaba casi toda la tarde estacionado ahí afuera. Mirando a través del parabrisas. Escuchando la grabación. Una y otra vez. A decir verdad, ya ni sabía qué trataba de encontrar en ella. Algo más. Algo que no podía identificar.

Ya había trabajado doble turno. No sabía si el presupuesto alcanzaría para más tiempos extra suyos o de sus hombres (y dos mujeres). Especialmente considerando que no había dinero en el presupuesto para reemplazar el viejo sistema de grabaciones. Pero no importaba. Tenían que encontrar al tal «hombre amable».

Eso, claro, si existía.

El alguacil tenía sus sospechas. No se requería mucho esfuerzo para imaginar ser un niño de siete años deshidratado, hambriento, asustado. Con la necesidad

de que alguien te abrace y convencido de que las ramas del árbol parecen brazos.  
Pero debía asegurarse de que no existía un hombre amable.  
No para agradecerle a ese buen samaritano.  
Sino para ver si fue él quien se llevó a Christopher.

**Doctora Karen Shelton:** ¿Cómo era el hombre amable, Christopher?

**Christopher:** No sé. Nunca le vi la cara.

**Doctora Karen Shelton:** ¿Recuerdas algo de él?

**Christopher:** Tenía el cabello blanco. Como una nube.

El alguacil ya lo había visto muchas veces en su antiguo trabajo. En los peores vecindarios de Hill District. Había visto las cosas malas que les hacían a los niños. Los había visto mentir para proteger al culpable por miedo. O aún peor... por lealtad. Pero la doctora dijo que Christopher parecía estar sano. Al niño no le había pasado nada que hubiera dejado huellas físicas.

Pero el alguacil sabía por experiencia que no todas las heridas dejan huella.

**Doctora Karen Shelton:** ¿Te acuerdas de algo más?

**Christopher:** Cojeaba. Como si tuviera una pierna rota.

El alguacil detuvo la grabación y le echó un vistazo al retrato hablado. La doctora Shelton intentó con todos los trucos posibles, pero Christopher no logró recordar haber visto el rostro del hombre amable. El resto de su descripción era consistente. Alto. Cojeaba. Y con el cabello blanco.

Como una nube.

El alguacil le dio un trago a su vieja taza de Dunkin' Donuts y dejó que el frío y amargo café le bañara los dientes. Observó el dibujo un rato más. Algo estaba mal. Podía sentirlo en sus entrañas.

El alguacil abrió la puerta.

Salió.

Y entró al bosque de la calle Mission.

No conocía muy bien el área. No era de por ahí. Tras su último caso en Hill District, pidió que lo transfirieran. Eligió Mill Grove porque era tranquilo. Y fuera de un pequeño laboratorio de metanfetamina dirigido por un par de jueces de la feria de ciencias, consiguió lo que quería. Ningún crimen fuera de menores de edad bebiendo y de vez en vez algún adolescente desnudo en el asiento trasero del auto deportivo de papi. Nada de armas. Ni asesinatos. Ni pandillas.

Era el paraíso.

Un paraíso que apenas duró un año. Fue entonces cuando le avisaron que un

niño de nombre Christopher Reese había desaparecido y que la mamá quería hablar con el alguacil de inmediato. Así que se levantó de la cama y metió un café viejo al microondas. Le puso tres pizcas de sal para quitarle lo amargo y se lo tomó de camino a la estación. Al llegar, estaba listo para tomar la declaración de la madre, movilizar a su departamento y ofrecerle a la mujer su hombro capacitado y uniformado para que llorara en él.

Pero no había lágrimas en la madre de Christopher.

Estaba bien preparada con una foto reciente. Una lista de amigos. Actividades. Y su rutina diaria. Cuando el alguacil le preguntó si había alguien que quisiera hacerles daño a ella o a su hijo, la madre mencionó un nombre. Un exnovio llamado Jerry Davis, de Michigan.

El alguacil solo requirió un clic de su *mouse* para ver que Jerry era un posible sospechoso. Su historial era insignificante, pero suficientemente violento. Peleas en bares. Una exesposa moreteada. Golpeó a la madre de Christopher un día que estaba borracho. Luego se quedó dormido. Ella lo dejó esa misma noche. El alguacil la respetó por no esperar a ver si cumplía su promesa de no volver a hacerlo. La mayor parte de las mujeres que él conocía no haría la llamada hasta que ya fuera demasiado tarde.

—¿Cree que Jerry pudo haberse llevado a Christopher, señora Reese?

—No. Cubrí nuestro rastro. No nos podría encontrar.

Pero el alguacil quería estar seguro. Usó el teléfono fijo que no se registraba en el identificador de llamadas. Habló con el jefe de Jerry, quien le dijo que él había estado en la planta toda la semana. Y si no le creía, tenía un video para demostrárselo. El capataz le preguntó de qué se trataba todo eso, pero el alguacil decidió que lo mejor era no darle pistas a Jerry con las que pudiera encontrar a Christopher o a su madre. Por eso le mintió y le dijo que llamaba desde California. Luego le dio las gracias al hombre y colgó.

Con Jerry Davis fuera de sospechas, el alguacil siguió el debido proceso. Interrogó a maestros y alumnos mientras sus ayudantes revisaban todas las cámaras de seguridad y de tráfico en un radio de dieciséis kilómetros. Pero no había rastro del niño. Ni una señal de secuestro. La lluvia no dejó ni siquiera una huella.

Lo único que logró establecer fue que Christopher estaba afuera de la escuela esperando a que lo recogieran. Su madre dijo que la lluvia estaba terrible. No podía ver nada. Choques por todas partes. Dijo que casi parecía que el clima estaba intentando evitar que recogiera a su hijo.

**Doctora Karen Shelton:** ¿Por qué te fuiste de la escuela, Christopher?

**Christopher:** No lo sé.

**Doctora Karen Shelton:** Pero sabías que tu mamá iba a ir a recogerte. Entonces, ¿por qué te fuiste de la escuela?

**Christopher:** No me acuerdo.

**Doctora Karen Shelton:** Inténtalo.

**Christopher:** Me duele la cabeza.

Al final del sexto día, el alguacil tenía la corazonada de que simplemente alguien en un auto había agarrado al niño. Claro que seguiría buscando, pero a falta de nuevas pistas, claves o posibles sospechosos, el caso amenazaba con quedarse sin resolver. Y lo último que él quería era darle malas noticias a una buena mujer.

Por eso, cuando corrió el rumor de que Mary Katherine MacNeil encontró a Christopher en el extremo norte del bosque de la calle Mission, nadie en el departamento del alguacil podía creerlo. ¿Cómo diablos un niño de siete años caminó desde la primaria de Mill Grove hasta el otro lado de ese enorme bosque sin que nadie lo viera? El alguacil era tan ratón de ciudad que no lograba comprender cuán grandes eran mil doscientos acres, pero bastaba decir que el bosque hacía que el centro comercial de South Hills pareciera un carrito de hot dogs en comparación. Los lugareños hacían bromas de que el bosque era como el Central Park de Nueva York (si Central Park fuera grande). Parecía imposible. Pero, de algún modo, eso fue lo que pasó.

Era un milagro.

Cuando el alguacil corrió al hospital para interrogar al niño, vio a Mary Katherine MacNeil con sus padres en la recepción. Estaba llorando.

—Papá, te juro por Dios que iba a llegar a casa temprano hasta que vi al niño. ¡Jamás manejaría pasada la medianoche! ¡No me quites mi licencia! ¡Por favor!

La tía del alguacil, quien lo crio tras el fallecimiento de su madre, también era una loca de la Biblia. Así que le dio lástima esa chica y se acercó a la familia con una enorme sonrisa y un firme saludo de mano.

—Señor y señora MacNeil, soy el alguacil Thompson. No puedo ni imaginarme lo orgullosos que deben estar de su hija.

Luego le echó un vistazo a su bloc de notas para hacer que lo siguiente pareciera muy oficial.

—Los oficiales me informan que Mary Katherine llamó al departamento de policía cuando faltaban cinco para las doce. Qué suerte que fuera en ese



momento. Justo antes del cambio de turno. Así que, en su próxima multa, tan solo tráiganla a mi oficina y yo mismo la haré trizas. Su muchacha es una heroína. El pueblo está en deuda con ustedes.

El alguacil no supo si fueron sus notas, el saludo de mano o la multa perdonada, que siempre parecía mucho más que los treinta y cinco dólares que en realidad costaba, pero funcionó. La madre sonrió llena de orgullo y el padre le dio unos golpecitos en el hombro a su hija como si fuera el hijo que hubiera preferido tener. Mary Katherine bajó la mirada sin gesto de alivio, debido a lo cual el alguacil supuso que la chica estaba mintiendo cuando dijo que iba a tiempo. Pero, tras salvar a un niño, se merecía conservar su licencia.

—Gracias, Mary Katherine —dijo, y luego agregó para aliviar la culpa de la chica—: Hiciste algo muy bueno. Dios lo sabe.

Tras despedirse de la familia MacNeil, recorrió el pasillo para ver cómo estaban Christopher y su madre. Cuando la vio abrazando a su hijo dormido, se le ocurrió la cosa más extraña. Un instante antes de retomar su pose de alguacil, pensó que nunca había visto a nadie que amara más a otra persona como esa mujer a su hijo. Se preguntó qué se sentiría que lo abrazaran así en vez de recibir sermones de parte de una tía sobre la enorme carga que era. Se preguntó qué se sentiría ser amado. Aunque fuera un poco. Por ella.

**Doctora Karen Shelton:** ¿Qué te hizo entrar al bosque, Christopher?

**Christopher:** No lo sé.

**Doctora Karen Shelton:** ¿Recuerdas algo de esos seis días?

**Christopher:** No.

El alguacil pasó bajo un dosel de ramas en su camino hacia el claro. Los gruesos árboles bloqueaban la luz. Aunque era de día, tuvo que usar su linterna. Sus pies hacían tronar las ramas como si fueran huesitos de la suerte durante la cena de Acción de Gracias de su madre. Que en paz descanse.

Crac.

Se dio la vuelta y vio a un ciervo a lo lejos. Por un instante, no se movió. Solamente observó a esa pacífica criatura mirándolo. Dio un paso y el animal se echó a correr en sentido contrario. El alguacil sonrió y siguió caminando.

Al fin llegó al claro.

Levantó la vista y vio el bello sol del otoño. Recorrió el lugar lentamente, buscando cualquier evidencia de la historia de Christopher. Pero no había ramitas rotas ni quebradas. No había huellas salvo las del niño.

El alguacil pateó la tierra.

Buscando trampillas.

Buscando pasajes secretos dentro de la mina de carbón.

Pero no había nada.

Solo un árbol solitario y muchas preguntas.

**Doctora Karen Shelton:** Lamento que te duela la cabeza, Christopher. Solo tengo una pregunta más y luego podemos parar. ¿De acuerdo?

**Christopher:** De acuerdo.

**Doctora Karen Shelton:** Si nunca le viste el rostro... ¿qué te hace pensar que era un hombre amable?

**Christopher:** Me salvó la vida.

El alguacil presionó el botón de STOP en el reproductor. Salió del bosque y volvió en su auto al hospital. Se estacionó en el espacio reservado para la policía junto a la ambulancia. Luego recorrió el conocido pasillo hasta la habitación de Christopher Reese. Vio a la madre junto a su hijo. Pero ya no parecía la mujer desvelada que conocía desde hacía casi una semana. Ya no llevaba el cabello en una coleta. En vez de traer pants y sudadera, vestía jeans y un saco. Si no estuviera tan enfocado en su trabajo, esa mujer lo habría dejado boquiabierto.

—Disculpe, señora Reese —dijo el alguacil tras tocar suavemente la puerta—. Vengo de regreso del bosque. ¿Tiene un minuto?

La madre de Christopher se levantó sin hacer ruido y le indicó que fueran a la sala de espera para que su hijo pudiera dormir.

—¿Qué encontró, alguacil?

—Nada. Mire, haré que mis oficiales revisen de nuevo el bosque, pero estoy casi seguro de que confirmarán lo que me dice mi instinto.

—¿Qué es lo que usted cree? —preguntó ella.

—Quizá fue una combinación de hambre y deshidratación. Sea lo que sea, señora, según mi opinión profesional, no existe ese hombre amable. Solo un niño asustado que se perdió y, en su desesperación, vio algo que convirtió en una especie de amigo imaginario. ¿De qué otro modo se puede explicar que no haya más huellas que las de Christopher? Lo bueno es que la doctora Shelton dijo que una imaginación como la de su hijo es un indicio de gran inteligencia —agregó, intentando ser amable.

—Dígaselo a sus maestros —bromeó ella.

—Así lo haré —respondió él, también en tono de broma.

—Pero seguiré atento —dijo ella, y no fue exactamente una pregunta.

—Claro. Haré que patrullen el bosque todos los días. Si encontramos algo,

usted será la primera en saberlo.

—Gracias, alguacil. Por todo.

—De nada, señora.

Dicho eso, Kate Reese sonrió y volvió a ser la madre de Christopher. Mientras el alguacil la observaba volver a la habitación de su hijo, la recordó en aquel día de agosto. Él y su asistente estaban comiendo cuando ella llevó a Christopher a los columpios en el parque y les pidió que vigilaran a su hijo. Lo que más le llamó la atención al alguacil fue que ella no se lo pidió hasta ver sus sándwiches con una sola mordida y concluir que tenía al menos treinta minutos de niños estrella en esos dos policías. Nada más seguro que eso. No importaba si era culta o no, con ese detalle el alguacil supo que esa mujer era inteligente. Y no necesitaba que se cambiara de ropa para saber que era hermosa. Se prometió que le daría tiempo al caso para cerrarlo correctamente y luego invitaría a cenar a Kate Reese. Esperaba que llevara ese saco encantador. El que tenía un agujero bajo el brazo y que ella se esforzaba tanto en ocultar.

Christopher estaba mirando por la ventana cuando Kate entró a su habitación. Muchas lunas atrás, ella había visto al padre de Christopher hacer lo mismo. Y por un momento se olvidó del hospital y pensó en el futuro de su hijo. Día tras día se parecería más a su padre. Y un día su voz cambiaría. Y un día sería más alto que ella. Era irreal pensar que en seis años Christopher comenzaría a rasurarse. Pero así sería. Como pasa con todos los niños. Y era su deber asegurarse de que fuera tan buen hombre como era buen niño.

Eso y protegerlo.

Él se volvió y le ofreció una sonrisa. Su mano encontró la de él, y le habló en susurros. Como contándole un secreto.

—Mira, cariño. Te traje una sorpresa.

Mientras buscaba en su bolsa, vio cómo la mirada de su hijo se iluminaba. Lo conocía tan bien que sabía que estaba rezándole a Jesús y a María por que sacara una caja de Froot Loops. Llevaba dos días comiendo en el hospital. Dos días con su segundo peor enemigo. La avena.

—Es de la escuela —dijo ella y notó cómo el corazón de su hijo se contraía.

En vez de los Froot Loops, sacó un enorme sobre blanco y se lo entregó. Lo abrieron juntos y vieron a Bad Cat comiéndose las palabras «Alíciate pronto» al frente de una tarjeta gigante.

—Todos tus compañeros lo firmaron. Qué lindo, ¿no?

Christopher no dijo nada, pero en sus ojos, su madre pudo ver que entendía que obligaron a todos los niños a firmar la tarjeta como los obligaban a darles cartas de San Valentín a todos para que nadie se sintiera solo. Pese a eso, sonrió.

—El domingo, el padre Tom hizo una oración por ti. Qué amable de su parte, ¿no crees?

Su hijo asintió.

—Ah, casi se me olvida —dijo ella—. Yo también te traje una cosita.

Entonces metió la mano en su bolsa y sacó una cajita de Froot Loops.

—¡Gracias, mamá!

Era uno de esos empaques que no requieren usar un tazón. Christopher lo abrió con desesperación mientras ella sacaba una cucharita de plástico y una leche de

la cafetería. Cuando comenzó a comer, a su madre le pareció que estaba comiéndose una langosta de Maine.

—Los doctores dijeron que podrás irte a casa mañana. ¿Qué día es mañana? No recuerdo. ¿Es miércoles o jueves?

—Es viernes de películas —dijo él.

La expresión en el rostro de su hijo casi la hizo llorar. Estaba tan feliz. Nunca sabría de la cuenta del hospital por cuarenta y cinco mil dólares. Ni que el seguro de gastos médicos le negó la cobertura porque no llevaba el tiempo suficiente trabajando en Shady Pines. Ni del salario perdido por la semana que faltó al trabajo por cuidarlo. Ni el hecho de que estaban en la ruina financiera.

—Y, entonces, ¿qué quieres hacer mañana? —le preguntó.

—Ir por películas a la biblioteca —respondió Christopher.

—Qué aburrido. ¿No quieres hacer algo diferente?

—¿Como qué?

—Escuché que mañana se estrena *Bad Cat 3D* —dijo ella.

Silencio. El niño dejó de comer y miró a su madre. Nunca iban a ver estrenos. Jamás.

—Hablé con la mamá de Eddie. Iremos mañana por la noche.

Christopher la abrazó con tantas fuerzas que lo sintió hasta la médula. Los doctores le dijeron que no había señales de trauma ni de abuso sexual o de otro tipo. Físicamente estaba bien. ¿Qué más daba si su hijo necesitaba una especie de figura paterna o amigo imaginario para sentirse seguro? Considerando que las personas a veces ven el rostro de Jesús en un sándwich de queso, su hijo de siete años podía creer lo que necesitara creer. Su hijo estaba vivo. Eso era lo único que importaba.

—Christopher —dijo—. La lluvia estaba terrible. Había accidentes. Y un ciervo se lanzó contra la camioneta que iba delante de mí. Jamás te abandonaría en la escuela. Nunca lo haría. Lo sabes.

—Lo sé —respondió él.

—Christopher, ya solamente somos tú y yo. Sin doctores. ¿Te pasó algo? ¿Alguien te lastimó?

—No, mamá. Nadie. Te lo juro —le aseguró.

—Debí haber estado ahí. Lo siento.

Y luego lo abrazó con tantas fuerzas que su hijo apenas podía respirar.

Esa noche, Christopher y su madre se acostaron juntos como lo hacían antes de que ella le dijera que ya era lo suficientemente grande para encargarse él solo de

los monstruos. Mientras su madre se quedaba dormida, escuchó esa respiración que le dio la vida. Y notó que, aunque estuvieran en un hospital, su madre olía a hogar.

Christopher se volteó hacia la ventana, esperando que sus párpados se cerraran por el sueño. Miró el cielo sin nubes y se preguntó qué le habría pasado en esos seis días. Sabía que los adultos no creían que el hombre amable fuera real. Quizá tenían razón. Quizá era un «pigmento de su imaginación», como decía Special Ed.

O quizá no.

Lo único que sabía era que despertó dentro del bosque. En un enorme claro. Con un árbol. No tenía idea cómo llegó ahí ni cómo saldría. Fue entonces cuando vio lo que pensó que era el hombre amable en la distancia y lo siguió hasta salir del bosque.

El sol se convirtió en los faros de la chica amable.

Y ella gritó: «¡Gracias, Dios!».

Y lo llevó a toda velocidad al hospital.

Justo antes de que se le cerraran los ojos, miró por la ventana y vio cómo unas nubes que pasaban bloqueaban la luna. Había algo conocido en ellas, pero no podía recordar qué era exactamente. En el silencio, notó que aún le dolía un poco la cabeza. Y se sumergió en un sueño tranquilo.

—¡No! —gritó y se despertó de golpe.

Tuvo que parpadear un poco para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Vio el cartón de leche con la fotografía de Emily Bertovich. Vio la vieja televisión empotrada en lo alto del cuarto. Y a su mamá dormida a su lado en el sillón. Y entonces lo recordó.

Estaba en el hospital.

Todo estaba en silencio. La única luz era la del reloj. Su luz verde y brillante anunciaba las 11:25 p. m. Christopher casi nunca se despertaba a mitad de la noche.

Pero el sueño había sido aterrador.

Su corazón latía como si se le fuera a salir del pecho. Podía escucharlo como un tamborilero tocando dentro de su cuerpo. Intentó recordar la pesadilla, pero por más que se esforzaba, no lograba acordarse ni de un solo detalle. La única prueba era un ligero dolor de cabeza que se sentía como unos dedos huesudos apretándole las sienes. Se metió entre las cobijas para sentirse seguro, pero en cuanto su cuerpo se relajó tras la tela delgada y rasposa, sintió esa conocida presión bajo la bata del hospital.

Christopher tenía que orinar.

Las puntas de sus pies tocaron el piso frío junto a su cama y se fue caminando sobre ellas hasta el baño. Estaba por girar la manija cuando lo sobrecogió una sensación extraña. Por un segundo, pensó que si abría la puerta del baño se encontraría a alguien ahí dentro. Recargó la cabeza contra la madera de la puerta y escuchó.

La llave del agua hacía tic tic tic.

Hubiera hablado, pero no quería despertar a su madre. Así que arañó suavemente la puerta. Esperó, pero no escuchó nada. Tomó la perilla y comenzó a abrir la puerta. Luego se detuvo. Algo andaba mal. Se sentía como si hubiera un monstruo ahí dentro. O algo más. Algo que siseaba. El siseo le recordaba a un cascabel. Pero no de los que les dan a los bebés. De una víbora.

Mejor se fue al pasillo.

Caminó entre la oscuridad y el zumbido bajo de las máquinas. Echó un vistazo

a la recepción nocturna, donde estaban dos enfermeras. Una de ellas hablaba por teléfono. Era la enfermera Tammy, que siempre era muy amable y le llevaba postres extra.

—Sí, papá. Compraré las bebidas para el cumpleaños de mamá en la vinatería. Entendido, merLOT. Buenas noches —dijo la enfermera Tammy y colgó.

—¿Tu padre sabe que se pronuncia mer-LÓ? —le preguntó la otra enfermera.

—No, pero me pagó la escuela de enfermería —comentó con una sonrisa—, así que nunca lo voy a corregir.

Christopher abrió la puerta del baño de hombres.

El lugar estaba vacío. Fue al mingitorio. El más bajo. Le tomó un rato acomodarse la bata del hospital. Mientras orinaba, recordó que Special Ed siempre iba al baño después de la clase de Refuerzo para la Lectura. Se paraba a más de un metro del mingitorio e intentaba atinarle con sus meadas de «largo alcance». Extrañaba a Special Ed. ¡Apenas podía esperar para verlo al día siguiente en *Bad Cat 3D*!

Estaba tan emocionado fantaseando con la película que no escuchó cuando la puerta se abrió detrás de él.

Al llegar al lavabo, vio que no lo alcanzaba, así que se estiró lo más posible para tomar el jabón. El dispensador automático rechinó y echó una gotita en su muñeca. Se cubrió las manos con la baba jabonosa y se estiró de nuevo para activar el lavabo automático. Pero no era lo suficientemente alto. Se puso de puntitas y se estiró más, pero ni así lo lograba.

Y entonces la mano vieja apareció detrás de él y salió el agua.

—Ya viene —dijo la voz.

Christopher gritó y se dio la vuelta.

Vio a una anciana. Tenía el rostro arrugado y la espalda curvada como un signo de interrogación.

—Puedo verla. Viene por nosotros —dijo.

La mujer encendió un cigarro y, con su resplandor, Christopher vio que tenía los dientes manchados. Perfectamente parejos y amarillos. Un bastón en una mano. En la otra, el cigarro temblando por la edad y la artritis. Su mano movía el bastón. Tap tap tap.

—Los niñitos tienen que lavarse las manos para ella —dijo.

Christopher se alejó de la anciana cuando soltó el humo como si fuera un dragón.

—¿Adónde va el niñito? —preguntó la mujer y se le acercó de nuevo—. ¡Los niñitos tienen que lavarse las manos hasta que estén limpias!



La espalda de Christopher se estrelló contra la entrada del baño de discapacitados y la puerta se abrió rechinando como una verja antigua.

—¡No puedes esconderte de ella! ¡Los niñitos deben estar limpios para ella! ¡La muerte ya viene! ¡La muerte ya está aquí! ¡Moriremos el día de Navidad! — anunció.

Christopher se pegó a la pared. No tenía adónde ir. Podía sentir el aliento lleno de humo en su rostro. Comenzó a llorar. Las palabras querían salir. ¡Ayuda! ¡Basta! ¡Alguien! Pero se le atoraban en la garganta. Como aquellas pesadillas después de la muerte de su padre de las que no podía despertarse.

—¡LA MUERTE YA VIENE! ¡LA MUERTE YA ESTÁ AQUÍ! ¡MORIREMOS EL DÍA DE NAVIDAD!

Al fin, la voz de Christopher se soltó.

—¡AYÚDENME! —gritó.

En segundos, la luz del techo se encendió. El niño vio a un anciano con lentes de fondo de botella abriendo la puerta del baño para entrar hacia la luz.

—¿Qué demonios está haciendo aquí, señora Keizer? Deje de contrabandear cigarros y de asustar a este pobre niño y mueva el trasero de regreso a su cama —ordenó.

La anciana le lanzó una mirada de odio al viejo.

—No te metas. ¡Lárgate! —dijo.

—Me meto porque está espantando a un niñito al otro lado del pasillo cuando estoy intentando ver *The Tonight Show* —se quejó.

El hombre le quitó el cigarro de su artrítica mano y lo echó en el escusado. Al caer en el agua, soltó un siseo furioso.

—Ya déjese de locuras y váyase a su habitación. —Señaló hacia la puerta.

La anciana observó cómo el agua se iba ensuciando con la ceniza del cigarro. Luego se volvió hacia Christopher. Sus ojos eran negros como el carbón y se veían enojados.

—No es que una persona esté loca, niñito. Solo es una persona que te está mirando a ti.

Por un momento, sus ojos parecieron titilar. Como una vela cuando alguien abre la puerta.

—Ay, ya, jódase, vieja loca —dijo el hombre mientras la sacaba a empujones del baño.

Christopher se quedó inmóvil por un momento, sintiendo cómo el corazón le volvía al pecho. Cuando estuvo seguro de que nadie iba a volver, fue al lavabo y de algún modo consiguió que el agua comenzara a correr. Rápidamente se

enjuagó las manos y salió del baño.

Observó el pasillo largo y oscuro. La única luz provenía de una habitación al otro lado. El único sonido era el de *The Tonight Show* en una televisión. El anfitrión contaba un chiste sobre la lenta respuesta del presidente a la crisis del Medio Oriente. Y los adultos del público se reían y vitoreaban.

—Vaya que sí, carajo —soltó el anciano entre carcajadas desde su cama de hospital—. Hay que correr a ese inútil.

—Bájale al volumen, Ambrose —dijo la voz de un hombre detrás de la cortina junto a él—. Algunos intentamos dormir.

—No. Algunos intentan morirse. ¿Por qué no te vas a la m...?

De pronto, los ojos del anciano se posaron sobre Christopher, que estaba parado en la puerta.

—... al diablo.

El hombre no esperó la respuesta de su vecino.

—¿Cómo estás, hijo? —preguntó—. ¿La vieja Keizer te asustó tanto?

Christopher asintió.

—Es que tiene Alzheimer. Eso es todo. Vive en el asilo al final del pasillo. Muy divertido. Pero es inofensiva. Lo mejor es no tener tanto miedo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señor.

—No me digas señor, dime Ambrose. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. Ahora, siéntate o vete a tu habitación. Y en cualquiera de los dos casos, cállate. Me estoy perdiendo el monólogo —dijo el viejo.

A Christopher no lo dejaban quedarse despierto para ver *The Tonight Show*. Sonrió y se acomodó en el sillón para visitas. Echó un vistazo a la bandeja del anciano. Aún tenía el postre. Una enorme galleta con chispas de chocolate.

—¿Te gustan las galletas con chispas de chocolate? —le preguntó el anciano.

—Sí, señor —respondió Christopher.

—Pues a mí también. Y esa es mía. Así que ni te acerques a ella.

Christopher asintió y vio cómo Ambrose tomaba la galleta y, sin decirle nada, la partía en dos y le daba la mitad más grande. Christopher le sonrió, se comió la galleta y vio televisión con el viejo. La mayor parte del tiempo no sabía qué era lo gracioso, pero quería encajar, así que de todos modos se reía. En cierto punto, volteó a ver al hombre y notó un tatuaje de águila desteñido en su piel reseca.

—¿Dónde le hicieron ese tatuaje, señor? —preguntó Christopher.

—En el ejército. Y ya cállate. Te di la galleta para que dejaras de hablar.

—¿Estuvo en una guerra? —insistió Christopher, impávido.

—En dos —gruñó el viejo.

—¿En cuáles?

—En las buenas.

El conductor de *The Tonight Show* dijo algo sobre lo endeble de la economía y el señor Ambrose se rio tanto que comenzó a toser. Christopher observó su rostro.

—¿Qué le pasa en los ojos, señor?

—Cataratas —respondió el viejo—. Tengo cataratas.

—¿O sea que le cae agua de los ojos?

El anciano gruñó.

—¿Agua? Por Dios. Cataratas. Significa que no veo bien. Como si tuviera los ojos llenos de nubes.

Christopher se quedó helado.

—¿Cómo? ¿Nubes? —preguntó.

—Puedo ver las formas. Pero están cubiertas por nubes. Por eso estoy aquí. Atropellé un ciervo con mi auto. Ni siquiera lo vi, carajo. Me golpeé la cabeza con el tablero. Ahora sí me van a quitar la licencia. Lo sé. Ya ni siquiera podré alejarme de esa casa por cinco minutos. Hijos de perra.

Christopher sonrió por tantas maldiciones. Le encantaban. Sentía como si estuviera violando la ley. Así que se quedó callado y escuchó la perorata mientras veía las luces de la televisión bailando sobre el rostro del anciano. Tras un rato, el señor Ambrose «descansó» los ojos como lo hacen los viejos cascarrabias y luego comenzó a roncar. Christopher apagó la tele con el control remoto maltratado que el señor Ambrose tenía entre las manos.

—Gracias, junior —le dijo. Luego se dio la vuelta y continuó con sus ronquidos.

Ningún hombre le había dicho junior antes. Y eso lo hizo sonreír. Volvió al pasillo. Por alguna razón, ya no le daba miedo. Pasó por la estación de enfermeras. Tammy seguía al teléfono. Ni siquiera lo vio.

—Ya deja de llamarme, papá, por favor. Tengo que hacer mis rondas. Te prometo que llevaré el merLOT —dijo, exasperada.

Justo antes de entrar a su habitación para volver a dormir, echó un vistazo por el pasillo y vio al padre Tom. Nunca había visto a un sacerdote afuera de la iglesia, así que sintió curiosidad. Se fue de puntitas por el pasillo y se asomó para ver cómo persignaba a un anciano. La familia del hombre estaba ahí. Su esposa. Dos hijas adultas. Sus esposos. Y algunos nietos, que parecían estar en la

secundaria. Todos lloraban mientras el padre Tom le daba los santos óleos al viejo.

—Christopher —susurró la enfermera Tammy—. Vuelve a tu cama, corazón. Esto no es algo que deba ver un niño.

Lo llevó por el pasillo hasta su habitación. Pero antes de llegar, pasaron por el cuarto de la señora Keizer. La anciana estaba sentada en su cama, viendo estática en la televisión. Sus dientes amarillos se ahogaban en un vaso en la mesita de noche. Se volvió hacia Christopher y le ofreció una sonrisa enferma y desdentada.

—Ya se llevó a otro. Al final nos matará a todos —dijo.

—No le hagas caso, Christopher. No sabe lo que dice.

Cuando Christopher despertó a la mañana siguiente, no recordaba en qué momento se quedó dormido. Pero vio la luz que entraba por las ventanas, lo que indicaba que ya era viernes. Y eso significaba que se despediría del hospital. Y eso quería decir ¡*Bad Cat 3D!*

Se volteó hacia el baño. La puerta estaba abierta.

Su madre se estaba lavando las manos.

Y la sensación de siseo había desaparecido.

—Despiértate, flojillo —dijo su madre con una sonrisa—. ¿Listo para irte a casa?

Cuando la enfermera lo sacó del hospital en silla de ruedas, Christopher fingió que era el rival de Bad Cat, Ace, la ardilla voladora que siempre se mareaba en el auto. Los asientos de plástico de su viejo auto nunca se habían sentido tan bien. Su madre lo llevó al merendero junto al motel, donde él pidió hot cakes con chispas de chocolate. Normalmente, eso habría sido lo mejor de su día.

Pero no era un día normal.

Era el día de *Bad Cat 3D*. Pasó toda la mañana y toda la tarde pensando en Bad Cat y su mejor amiga, Vaca Nieves, que hacía un helado delicioso. Miró el reloj de pared y puso en práctica las clases de la señorita Lasko para saber qué hora era. El andar de los segundos hasta llegar a las 4:30 fue peor que la espera de la Navidad.

—¿Por qué Nochebuena no puede ser un día antes? —solía preguntarle a su madre.

—Porque te estarías quejando desde el 23 de diciembre —respondía ella.

A las tres en punto salieron al cine cerca de South Hills Village para tomar su lugar en la fila. Para las cuatro, la fila ya le daba la vuelta a la manzana. Special Ed llegó con su mamá. Ambos iban vestidos como personajes de *Bad Cat*. La mamá de Christopher pensó que probablemente Special Ed presionó a su madre hasta convencerla de hacer el ridículo. O eso esperaba. Ese niño ya tenía suficientes problemas en su vida como para encima tener una madre que se disfrazaba voluntariamente de un burro llamado Kicker.

Cuando al fin abrieron las puertas, Christopher se emocionó muchísimo. Le

dieron sus gruesos lentes 3D.

—¡Como un niño rico! —dijo.

Encontraron los asientos perfectos justo en medio. La mamá de Christopher fue por algo de comer y volvió con todo tipo de comida chatarra que su hijo amaba.

Para cuando terminaron los tráileres ya se habían terminado la mitad de las golosinas. Pero con cada tráiler y cada bocado de palomitas, su emoción iba creciendo. Y cuando la película comenzó al fin, los niños estallaron en aplausos.

La madre de Christopher pensó que ese recuerdo de su infancia le quedaría grabado por siempre.

Recordaba sus películas favoritas de cuando era niña. Cuando aún creía que quizá era una princesa perdida que formaba parte de una familia mucho mejor que la suya. No era verdad, pero de algún modo logró dar a luz a un príncipe.

—Te amo, Christopher —dijo.

—Y yo a ti, mamá —susurró su hijo, distraído con la película.

Ella volvió la vista a la pantalla y sonrió cuando Bad Cat se acercó a su vecino cangrejo, Leonardo da Pinci, quien estaba pintando a su novia, Gime Lisa.

—Qué buena pintura, Leonardo. ¿La ibas a terminar? —dijo Bad Cat.

Y todos los niños soltaron gritos emocionados.

Cuando la película terminó, la mamá de Special Ed insistió «por todos los cielos» que fueran con ella a cenar a TGI Fridays. Ella invitaría.

—Los niños pueden comer alitas y nosotras podemos tomar «jugo de mami» —dijo con un guiño.

Durante la cena, la mamá de Christopher escuchó a la de Special Ed, «Por todos los cielos, dime Betty», mientras margariteaba (ya es un verbo) sus historias sobre cómo casi terminó la universidad y cómo se casó con el padre de Special Ed, quien acababa de abrir su sexta, «Cuéntalas, ¡es la sexta!», ferretería en el área metropolitana.

—¿Conoces a esa P-E-R-Roble-Árbol, la señora Collins? Pues su esposo, el famoso C.E.R.D.O., se la pasa haciendo planos de desarrollos inmobiliarios y la gente siempre anda pidiendo dinero prestado para arreglar sus casas, y bueno, gracias a Dios es todo lo que tengo que decir. ¡Jódete, Home Depot! ¡Mi esposo es rico! Mesera, ¡puedo ver el fondo de mi vaso y aún puedo recordar mis problemas!

La madre de Christopher pensó que quizá Betty Anderson podría convertirse en algo así como su amiga. Algunas personas nacen para hablar. Otras para

escuchar. Y cuando ambas se encuentran, es maravilloso.

—Me caes bien, Kate —dijo Betty de camino al estacionamiento—. Eres buena para escuchar.

De vuelta a casa, Christopher se quedó dormido en el auto con la barriga llena de comida. Su madre lo llevó en brazos por las escaleras hasta su habitación del motel y lo metió en la cama.

—¿Mamá? —dijo entre sueños.

—¿Sí, cariño?

—¿Podemos volver a ver *Bad Cat*?

—Claro que sí, cariño. Cuando quieras.

Besó la frente de su hijo y lo dejó dormir. Luego se preparó una cerveza en las rocas y disfrutó la noche. Porque sabía que al día siguiente se acabaría el plazo de pago de la cuenta y no tenía dinero para saldarlo.

Cuando Christopher despertó la mañana del lunes, sus «vacaciones» habían terminado. Debía volver a la escuela. Debía volver con Brady Collins y Jenny Hertzog diciéndole «Charcos». Pero, lo más importante, volvería tras haberse perdido dos semanas enteras.

«Ahora, hasta Special Ed va a ser más inteligente que yo», pensó. Bajó la mirada. Un pequeño Froot Loop flotaba como una balsa sobre la leche.

—Paso por ti a las tres —dijo su mamá al dejarlo—. NO te vayas de la escuela.

—Sí, mamá —respondió él.

La madre de Christopher le dio un abrazo extralargo y luego lo acompañó hasta la entrada. Normalmente pasaba inadvertido hasta llegar al salón, pero esa mañana era el niño perdido. Cuando las chicas con dos coletas lo vieron, dejaron de saltar la cuerda y lo miraron fijamente. Un par de niños lo saludaron. Luego, los gemelos corrieron hacia la escuela. En cuanto lo vieron, pasó algo maravilloso.

—Oye, Christopher, atrápala —dijo Mike y le lanzó su pelotita de futbol.

Christopher no podía creerlo. Matt y Mike querían jugar con él. Levantó la vista y vio la pelota volando hacia él. Era muy malo para los deportes, pero pidió con todo su corazón que pudiera atraparla. Cuando ya estaba cerca de él y justo antes de que le diera en la nariz...

¡La atrapó!

—Lánzame la con todo, Chris —dijo Matt, el del parche en el ojo. Luego comenzó a correr.

Christopher sabía que no era capaz de hacer un lanzamiento, así que pensó rápido cómo seguir en el juego.

—¡Finta! —dijo, y le pasó la pelota discretamente a Mike.

¡Funcionó! Mike tomó la pelota y la lanzó a casi veinte metros banqueta abajo hacia su hermano. Una espiral perfecta.

Pasaron los siguientes tres minutos lanzando la pelota. Pero para Christopher, la diversión valió por un sábado entero. Resultó que era bastante bueno para las atrapadas.

De hecho, Mike y Matt, a quienes les gustaba que los llamaran los M&M's,



dijeron que además era muy rápido. Mike era mayor que Matt por tres minutos y cinco centímetros más alto. Y no permitía que eso se olvidara. Pero si alguien se burlaba de Matt, cuidado. Especialmente si lo hacían de su parche. Por alguna razón, Jenny Hertzog se salía con la suya con lo de «Perico Pirata». Pero si alguien más lo decía, Mike simplemente lo molía a golpes.

Aunque fueran de quinto.

Cuando Christopher llegó al salón, todos dejaron de hablar y posaron sus ojos sobre él. Se sentó junto a Special Ed, intentando perderse en su pupitre. Pero los M&M's lo siguieron para preguntarle qué le pasó cuando desapareció.

Por lo general, Christopher era muy tímido cuando los niños le hablaban, pero los hermanos eran sumamente amables. Así que, mientras el salón esperaba a que pasaran los cinco minutos de retraso acostumbrados de la señorita Lasko, él les contó la historia. Mientras hablaba, notó que todos estaban en silencio. Los oídos eran todos suyos.

De pronto se sintió un poco más seguro. Comenzó a agregar detalles sobre el hospital y cómo se quedó despierto hasta tarde viendo *The Tonight Show*, lo cual impresionó mucho a todos.

—¿Te quedaste despierto pasada la medianoche?! Carajo —dijo Mike.

—Carajo —repitió Matt, en un intento de parecer tan rudo como su hermano.

Christopher iba a la mitad de la historia de la anciana en el baño de hombres cuando de pronto sintió una voz.

—Cállate, mentiroso.

Al levantar la vista se encontró con Brady Collins. Se había cortado el cabello en las dos semanas que Christopher faltó a la escuela. Se veía aún más malo sin fleco.

—Finges que te perdiste. Yo sé que fuiste a ver a tu novio en el bosque, maldito mentiroso. Ya cállate —ordenó Brady.

El rostro de Christopher se volvió rojo y de inmediato se calló.

—Nos está contando su historia, Brady —dijo Mike.

—Sí, nos está contando su historia —repitió Matt.

—Así que cállate tú —dijo Special Ed con un valor recién descubierto al saber que Mike estaba ahí para defenderlo.

El salón se puso completamente tenso.

De inmediato, Christopher intentó mantener la paz.

—Está bien, chicos. Ya no hablaré.

—No, Chris. Que se joda —dijo Mike.

—Sí, que se joda —repitió Special Ed, ganándole a Matt.

Luego en el rostro de Mike se dibujó una sonrisilla perversa.

—Más vale que lleves tus nalgas a la silla antes de que les haga otra raja, Brady.

Los ojos de Brady se entrecerraron hasta convertirse en las más mínimas rendijas. Parecía violento. Hasta que la chica pecosa se rio. Y luego el *geek* de lentes se rio. Y pronto ya todos estaban riendo. Salvo Brady. Parecía enojado, avergonzado y, de pronto, pequeño. Pero seguía siendo tan peligroso como puede serlo alguien de treinta y cuatro kilos. Christopher ya había visto ese tipo de violencia en los ojos de alguien. Solo que Jerry era mucho más grande.

—Y, entonces, ¿qué pasó luego de lo de la anciana? —preguntó Mike.

Christopher comenzó a contar su historia de nuevo y estaba tan agradecido por sus nuevos amigos que hizo algo arriesgado: imitó a Leonardo da Vinci de *Bad Cat 3D*.

—¿Ibas a terminar esa historia? —terminó, haciendo su mejor imitación de Bad Cat.

Todos los niños se rieron. Su momento terminó cuando la señorita Lasko llegó al fin al salón con su termo y los ojos rojos. Tomó un par de aspirinas de una cajita de metal que tenía en su escritorio y luego dijo las dos peores palabras del mundo.

—Examen sorpresa.

Los niños se quejaron y Christopher sintió cómo su corazón se aplastaba. Su primera clase era Matemáticas. Las temidas matemáticas.

—Vamos. Hemos pasado las últimas dos semanas trabajando en las sumas. Ustedes pueden, niños y niñas —dijo la maestra mientras entregaba un montoncito de exámenes a cada niño en la primera fila. Los exámenes corrieron hacia atrás como una ola en un partido de fútbol. Christopher se hundió en su silla. Sintió la mano con uñas perfectas de la señorita Lasko sobre su hombro.

—No espero que sepas cómo hacer esto, Christopher. Solo te pido que hagas tu mejor esfuerzo. Podrás repetirlo luego, ¿está bien? —dijo.

Christopher asintió, pero no estaba bien. Siempre era pésimo en Matemáticas y ahora tenía casi dos semanas de retraso. Iba a reprobar y su mamá tendría que decir: «No te preocupes. Sigue intentando. Lo vas a lograr».

Escribió su nombre en la esquina superior derecha con un enorme lápiz verde. Luego miró el reloj. La manecilla segunda pasó a toda velocidad sobre el doce y fueron exactamente las ocho en punto de la mañana.

Christopher observó el primer problema.

$$2 + 7 = \underline{\hspace{2cm}}$$

A la señorita Lasko le gustaba comenzar con algo muy fácil para que los niños entraran en confianza.

$$2 + 7 = 9$$

Estaba seguro de que eso era correcto. Christopher le echó una ojeada al examen. Solo faltaban seis problemas. Estaba decidido a tener al menos otro acierto. Al menos uno más.

$$24 + 9 = \underline{\hspace{2cm}}$$

Se detuvo. Normalmente los nueves eran muy complicados porque no llegaban al diez. Si fuera veinticuatro más diez, sería mucho más sencillo. Treinta y cuatro. Sin problemas. Pero en ese momento se dio cuenta de algo. Solo tenía que sumar diez y quitar uno. Eso tenía sentido. Era fácil. Su enorme lápiz verde escribió la respuesta.

$$24 + 9 = 33$$

No podía creerlo. Sacó bien las primeras dos. Si tan solo pudiera acertar otra, serían tres de siete. Tres más siete son diez. Diez menos siete son tres. Observó el siguiente problema. Era de dinero.

**Si tuvieras dos monedas de 5 centavos, una de 10 y una de 25, ¿cuánto dinero tendrías?                      centavos.**

A la señorita Lasko le gustaba presentarles un reto en la tercera pregunta. Y por lo general, ahí era cuando Christopher se sentía estúpido. Pero no esa vez. Se dio cuenta de que el dinero solo eran números. Y si podía sumar dos números, podía sumar cuatro números.

**¡45 centavos!**

Estaba tan emocionado que casi saltó en su silla. Nunca había acertado las primeras tres en un examen sorpresa. Jamás.

$$36 - 17 = \underline{\hspace{2cm}}$$

La señorita Lasko se estaba haciendo la listilla de nuevo, pero él sabía qué hacer. Treinta y seis menos dieciséis menos uno.

$$36 - 17 = 19$$

Una sensación lo fue llenando lentamente. La pequeña y tímida esperanza de que quizá, solo quizá, podría llevarle un examen perfecto a su mamá. Nunca había sacado un examen perfecto. En ninguna materia. Jamás en su vida. Su mamá le compraría Froot Loops para un año entero.

**Si estuvieras en un partido de beisbol durante 1 hora y 6 minutos, ¿cuántos minutos serían?**

Otra vez, la señorita Lasko estaba siendo amable. Cualquier niño podía mirar el reloj y contar ahí, si quería. Pero Christopher no necesitaba hacer eso. Sesenta tic tic tic. Con seis más.

**66 minutos.**

Dos más. Deseaba tanto sacar todas bien. Quería que su mamá estuviera orgullosa de él. Ni siquiera le importaban los Froot Loops. Miró el siguiente problema, golpeteando el lápiz verde.

**Hay 91 personas en un barco, pero solo 85 chalecos salvavidas. ¿Cuántos chalecos más se necesitan?**

Christopher sacó los números de las palabras y vio noventa y uno menos ochenta y cinco. Y, esta vez, ni siquiera necesitó hacer lo de noventa y uno menos diez y luego sumar cuatro. No necesitó hacer nada. Simplemente lo entendió.

**6 chalecos salvavidas.**

La última pregunta. A Christopher le costó trabajo tomar el valor para mirarla. Solo necesitaba una respuesta más para sacar todas correctas. Brady Collins lo conseguía siempre. También Dominic Chiccinelli. Kevin Dorwat. Hasta Jenny Hertzog. Pero este era su momento.

**Problema para puntos extra:**

$$12 \times 4 =$$

Christopher sintió cómo su corazón se aplastaba. Apenas había comenzado a aprender a multiplicar cuando se fue al bosque. No había forma de que pudiera resolver ese problema. Así que solo se puso a pensar en el número doce. Y en

que había doce personas en la tribuna del jurado en las viejas películas que elegía su mamá para los viernes. Y que, si hubiera cuatro películas, serían cuatro juegos de doce jurados. Y que eso serían cuarenta y ocho jurados.

Christopher dejó de respirar.

La respuesta era cuarenta y ocho.

Lo supo. Como el momento exacto en que aprendió a atarse las agujetas solo o a distinguir la derecha de la izquierda (¡tu mano izquierda hace una «L»!). Su mente hizo CLIC. Todas las nubes que llenaban su cerebro desaparecieron.

### **Problema para puntos extra:**

$$12 \times 4 = 48$$

Christopher tenía que asegurarse de que aquel fuera su primer examen perfecto, así que antes de bajar su lápiz, revisó todo de nuevo. Repitió cada problema, y cuando llegó al número tres, se detuvo.

**Si tienes dos monedas de 5 centavos, una de 10 y una de 25, ¿cuánto dinero tienes?**

Ni siquiera lo notó la primera vez. Después de todo, era un examen de Matemáticas, no de Lectura. Pero había tantas letras. Y entonces se dio cuenta de que no las mezcló. Leyó la oración sin tener que descifrarla. Pensó que algo andaba mal, así que la leyó de nuevo.

**Si tienes dos monedas de 5 centavos, una de 10 y una de 25, ¿cuánto dinero tienes?**

45. O cuarenta y cinco. Cuántas letras. Catorce, para ser exactos. Pero eso no lo detuvo. Y las monedas no parecían...

mnoedas

Eran monedas. Y los centavos eran centavos, no...

cetnaovs

Su corazón latía a toda velocidad. Miró los pósters del salón. Los que le habían dado problemas todo el mes.

LREE ES FNUDAEMTAL

Ni siquiera tuvo que pensar en el sonido de cada letra. Todo pasó en su cerebro.

LEER ES FUNDAMENTAL

Todos los sonidos fueron desapareciendo.

AMÍNATE A LAEJAR A OLS NIÑSO ED LAS DORGAS

Solo quedaba el salón y el sonido de la mente de Christopher.

ANÍMATE A ALEJAR A LOS NIÑOS DE LAS DROGAS

¡Christopher podía leer!

Puso la cabeza sobre el escritorio e intentó esconder su emoción. Ya no era estúpido. Y su mamá ya no tendría que seguir fingiendo. Ya no tendría que decir: «No te preocupes. Sigue intentando. Lo vas a lograr». Al fin lo había logrado. Enorgullecería a su madre con ese examen.

No con un orgullo de mamá. Sino con un orgullo real.

Estaba por dejar su enorme lápiz verde sobre el escritorio y levantar la mano para llamar a la señorita Lasko cuando se detuvo. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que todos los demás niños seguían contestando sus exámenes. Con las cabezas agachadas y los enormes lápices verdes deslizándose como la pluma de la doctora en el hospital. La mayoría de los niños iban apenas en el problema dos, incluyendo a Brady Collins.

En ese momento fue cuando Christopher miró el reloj. El examen había comenzado a las ocho en punto de esa mañana. Ni siquiera tuvo que hacer las cuentas en su cabeza. Simplemente lo supo.

Había contestado el examen en cuarenta y dos segundos.

Estaba tan orgulloso que ni siquiera notó que comenzaba a dolerle la cabeza.

Para el final de las clases, a Christopher ya le dolía mucho la cabeza. Pero no le importaba gracias a la emoción por mostrarle a su madre sus nuevas habilidades para leer. Fue a la biblioteca a elegir sus libros de práctica. La señora Henderson estaba ahí para ayudarle como siempre. Eligió *Bad Cat se roba la letra «E»*, que ella había apartado especialmente para él. Estaba por darle otro Snoopy cuando él la detuvo.

—¿Tiene algún libro más difícil para que lo pruebe, señora Henderson?

—Déjame ver qué puedo encontrar —respondió ella con una sonrisa.

Volvió con *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson. Christopher no podía creer lo grueso que era. Por un momento consideró elegir algo menos avanzado. Pero cuando abrió el viejo libro, todas las letras se mantuvieron en su lugar el tiempo suficiente para que las leyera.

Quince hombres en el cofre del difunto...

Yo-ho-ho, ¡y una botella de ron!

Nada mal. Además, la portada se veía prometedora. ¿Piratas y tesoro? Perfecto.

—¿Quieres algo más sencillo? —preguntó la señora Henderson.

—No. Este se ve divertido —respondió.

Le agradeció y echó los libros en su mochila. El reloj al fin marcó las tres. Y la campana sonó. Los estudiantes llenaron los pasillos como hormigas en una granja. Christopher sacó su chaqueta del casillero y se despidió de Special Ed y los M&M's.

Cuando salió, el cielo estaba lleno de nubes.

Se subió al auto cuando llegó su madre, emocionado por mostrarle su primer libro de adultos. Hasta que vio la tristeza en su rostro.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, cariño —dijo.

Pero Christopher la conocía bien. Se veía cansada y preocupada. Igual que la semana antes de que huyeran de Jerry. Algo andaba mal. Pero la conocía tanto que sabía que no le iba a decir qué pasaba. No quería preocuparlo.

Y eso era algo que siempre lo preocupaba.

Todo el día quiso contarle lo de su lectura, pero nunca parecía buen momento. De camino a casa, su madre apenas habló. Y habló aún menos durante la cena. Estaba de malas porque el motel estaba muy sucio y «no puedo ser la única que limpia aquí». Para cuando las noticias de la noche terminaron con su historia principal sobre el Medio Oriente, su mamá ya se había disculpado por andar de mal humor y se había quedado dormida en su cama individual.

Christopher la dejó dormir y recogió la habitación. Esperaba que, si al despertar se encontraba con un cuarto limpio, ya no se sentiría tan preocupada por el resto de la semana. Y entonces podrían pasar una excelente noche de viernes juntos. Lo tenía todo planeado. Esperaría hasta el viernes de películas para darle la sorpresa especial a su mamá. No solo le mostraría que podía leer, sino que además ya tendría su examen sorpresa y podría enseñarle su calificación perfecta en Matemáticas. Su mamá se enorgullecería tanto que insistiría en que fueran a ver *Bad Cat 3D* de nuevo. Quizá hasta le compraría algo en McDonald's. Probablemente no. ¡Pero tal vez!

Christopher apagó todas las luces y lentamente bajó el volumen de la televisión para no despertar a su mamá, que estaba «descansando los ojos». Luego fue al escritorio a leer *La isla del tesoro* con la luz que entraba por la ventana. Quería terminar un capítulo para el viernes en honor a su mamá. Quizá hasta dos. El escritorio estaba cubierto por varias pilas de papeles. Al principio, solo recogió la taza de café, que había dejado un círculo en la hoja de arriba. Pero luego miró más de cerca y entendió qué eran.

Cuentas por pagar.

Christopher había visto a su mamá revisando los recibos varias veces. Los odiaba más que cualquier otra cosa, salvo, quizá, las multas de tránsito. Pero cuando Christopher le preguntaba qué estaba pasando, ella siempre sonreía y le decía lo mismo.

—Nada, cariño.

Tomó el primer recibo. Era de la compañía telefónica. En el pasado, ni siquiera hubiera intentado leer palabras de adultos como esas, pero ahora podía verlas.

### Tercer aviso Vencido

Volteó los recibos. Uno por uno. Hasta que la marca de café pasó de ser una mancha húmeda a un borrón semicircular. En cada cuenta, vio los pagos atrasados, las penalizaciones y los vencimientos.



**Si tienes dos monedas de 5 centavos, una de 10 y una de 25, ¿cuánto dinero tienes?**

No lo suficiente.

Christopher no podía sumar todos esos números. Eran demasiado grandes. Pero sabía que su madre no podría llevarlo otra vez a *Bad Cat 3D* por muy bien que le fuera en un examen. Y probablemente tampoco podía pagarlo la semana pasada.

De pronto se sintió muy avergonzado por todas las cosas que había gastado, como los Froot Loops. Y sus doctores y el hospital. Le costaba demasiado a su madre. Igual que su papá. Ella había cargado su funeral en la tarjeta de crédito para que lo enterraran con algo de dignidad. Y nunca pudo recuperarse. Una vez la escuchó hablando de eso con una vecina amable en Michigan tras tomarse varias cervezas. Y después, cuando le preguntó a su mamá qué pasaba, ella sonrió y le dijo: «Nada, cariño».

Igual que ese día.

Por eso, se prometió que cuando su mamá viera su examen de Matemáticas perfecto y quisiera llevarlo a McDonald's, él diría que no. Y que, si iban a un restaurante con la mamá de Special Ed de nuevo, solo pediría cosas que estuvieran «a precio de mercado» en el menú, porque si solo gastaban lo mismo que en el supermercado, sería conveniente para su mamá. Pero, sobre todo, nunca volvería al cine a ver una película 3D de ricos. Sacaría una película vieja de la biblioteca. Y le leería en voz alta a su madre para que supiera que todo su esfuerzo estaba dando frutos.

Con eso en mente, se fue de puntitas a su saco de dormir. Tomó uno de sus calcetines viejos, metió la mano y lo sacó.

Su dinero para pantalones.

Luego rodeó la cama de su mamá de puntitas y puso el dinero al fondo de su bolsa. Jenny Hertzog podía decirle «¡Charcos!» por el resto de su vida. No le importaba.

—¡Charcos! ¡Charcos! —gritó Jenny Hertzog en el pasillo.

Pero esta vez a Christopher no le molestó. Solo sintió lástima por ella, como la sentiría por su mamá. Eso no tenía sentido. Pero así se sentía. Pensó que Jenny era alguien a quien le habían dicho cosas mucho peores que «Charcos». O quizá su papá tenía muchas cuentas por pagar en casa y siempre estaba de malas. Fuera lo que fuera, estaba contento por haberle dado el dinero a su mamá. Y apenas podía esperar a que viera su primera calificación perfecta.

Cuando comenzó la clase de Matemáticas, la señorita Lasko entregó todos los exámenes. Christopher echó un vistazo por el salón. Vio que Kevin Dorwart sacó 7 de 7. Brady Collins 6 de 7. Special Ed sacó 2 de 7. Matt y Mike sacaron 5 cada uno. Pero el examen de Christopher no llegó, y él no sabía por qué. Cuando sonó la campana y todos los niños salieron al descanso, la señorita Lasko le pidió que se quedara.

—Christopher —dijo con tono serio—. Sé que faltaste dos semanas y que no quieres retrasarte. Dime, ¿copiaste las respuestas de alguien más en el examen de Matemáticas?

Christopher tragó saliva y negó con la cabeza.

—No me voy a enojar. Pero no quiero que por hacer trampa no aprendas cómo hacerlo por ti mismo. Te preguntaré una vez más: ¿copiaste las respuestas de alguien en el examen sorpresa? ¿Quizá de Kevin Dorwart? —preguntó.

—No, señorita Lasko.

Ella lo miró buscando algo en sus ojos. Christopher se sintió como una rana en la mesa de disección.

—¿Sabes? He visto a estudiantes que se sienten tan presionados por sacar buenas calificaciones que siempre les va mal. Y cuando les dicen que no importa lo que saquen, resulta que les va muy bien —dijo ella.

Luego sonrió y le entregó su examen.

—Estoy orgullosa de ti. Sigue así.

Tenía un enorme 7/7 escrito con marcador rojo. Y una estrella dorada. Y una enorme calcomanía de Bad Cat que decía «¡Eres purrrrfecto!».

—¡Gracias, señorita Lasko!

La sonrisa de Christopher era enorme, y no se podía contener. Ni siquiera pudo esperar al viernes de películas. Cuando su madre llegó al estacionamiento y lo saludó agitando una mano, él le respondió sacudiendo el examen.

—¿Qué te traes? —le preguntó su mamá—. Te ves como el gato que se comió al canario.

Y en ese momento, Christopher le entregó el examen.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

Él no dijo nada. Su mamá lo abrió. Y lo leyó. Y se detuvo. En silencio. Su primera calificación perfecta. 7 de 7. Revisó de nuevo el examen y luego volteó a ver a Christopher. En sus ojos había orgullo en vez de preocupación.

—¡Ya ves! ¡Te dije que lo ibas a lograr!

Y fue entonces cuando él le mostró su libro de *La isla del tesoro*.

—Voy en el capítulo tres —dijo.

Su mamá estaba tan orgullosa que soltó un grito y abrazó a su hijo.

—Esto es lo que le pasa a la gente que no se rinde.

Y, como Christopher había predicho, le ofreció llevarlo a ver *Bad Cat 3D* de nuevo.

—No, gracias. Hay que sacar unas películas de la biblioteca —respondió él.

Al principio ella pareció confundida, pero luego su gesto fue de alivio. Especialmente cuando su hijo le comentó que no tenía ganas de McDonald's ni de nada de otro restaurante. Quería que ella le hiciera sándwiches de queso. Y entonces fueron a la biblioteca y sacaron una copia recién adquirida de *Bad Cat 2 (Esta vez es purrrrrsonal)* y *La reina de África* para ella.

Luego fueron a la tienda por lo necesario para su banquete de sándwiches de queso. Christopher vio a su mamá meter la mano a su bolso. ¡Era el momento! Observó cómo sacaba el dinero escondido. En su rostro se dibujaron unas arrugas de confusión. No sabía de dónde había salido. Pero le alegraba que estuviera ahí. Estaba por volver a guardarlo en su bolsa para un momento difícil, pero Christopher la detuvo.

—Deberías comprar algo para ti, mamá —le dijo.

—No, estoy bien.

—En serio, hazlo —insistió él, apretando suavemente la mano de su madre, como cuando ella elegía los jitomates.

Parecía sorprendida. Christopher no era alguien que soliera insistir. Lo pensó por un momento y luego se encogió de hombros.

—Por qué no —le dijo a la cajera—. Deme un pretzel Sarris y un boleto de lotería.

La cajera adolescente le dio el mejor pretzel con chocolate del mundo y un boleto de lotería. En honor a su hijo, la mamá de Christopher decidió jugar con los números de su primer examen con calificación perfecta. Luego le entregó los cinco dólares a la chica. Le devolvieron diecisiete centavos. Ya no había más en su cartera. Vio un botecito de donaciones. Un niño la miraba desde un campo de refugiados en Medio Oriente. La mamá de Christopher echó los diecisiete centavos en el bote y se fueron de la tienda con su bolso vacío.

De camino a casa, Christopher vio que su madre iba revisando el nivel de la gasolina. Quedaba un cuarto. Qué suerte que le tocaba a la mamá de Special Ed llevarlos a catequesis, porque de otro modo, quizá no llegarían hasta la quincena.

Cuando llegaron a casa, la noche estaba fresca y tranquila. Se acomodaron lado a lado en la cocineta. Christopher observó a su mamá poniendo el queso sobre la parrilla y sonrió cuando la mantequilla comenzó a burbujear. Escuchó los hielos chocando en el vaso mientras le servía la cerveza en las rocas a su mamá. Y, como siempre, planearon qué hacer con su incontable riqueza. Él agregó un auto deportivo en la entrada de la casa de sus sueños para su mamá, como el de la señorita Lasko. Por su parte, la madre de Christopher estaba tan impresionada con su elección de *La isla del tesoro* que le prometió que le conseguiría un librero para su biblioteca personal.

Christopher encendió la televisión, la cual llenó la habitación del motel con los sonidos de las noticias de la noche. Su madre estaba volteando los sándwiches de queso cuando la sección de deportes terminó y llegó el momento de la lotería. Estaba tan concentrada en la cocina, que casi se le pasa el primer número.

Era 9.

Christopher abrió las bandejas para comer frente a la tele que compraron en una venta de garaje y las acomodó frente a las camas. Le echó un vistazo a su examen de Matemáticas, que estaba pegado en el pequeño refrigerador del motel con un par de imanes de letras.

—Mamá, ¿quieres que...?

Su madre levantó una mano para hacerlo callar. Él guardó silencio y la miró mientras retiraba el examen de Matemáticas del refrigerador y se acercaba a la tele. Las bolas de la lotería bailaban en la urna de cristal. Christopher no estaba poniendo atención.

El segundo número fue 33.

—¿Mamá? —dijo.

—Shh.

Su madre se dejó caer de rodillas, mirando al tipo de la televisión. Christopher

ya la había visto acertar dos números antes. Eso ya había pasado. Pero ahora las manos le temblaban. El vacío succionó la tercera bola.

45

—Dios mío —dijo ella en un susurro.

Christopher nunca había visto a su madre rezando en una iglesia. Pero ahora tenía los dedos entrelazados con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. El cuarto número fue succionado. Y el tipo de la tele anunció:

19

—Ay, Dios mío, por favor —dijo ella.

Christopher observó su examen con la calificación perfecta, temblando en las manos de su madre. La siguiente respuesta era 66. Su madre ya no respiraba, esperando que saliera el siguiente número.

«¡Sesenta y seis!», anunció el hombre.

La madre de Christopher no se daba cuenta, pero se estaba meciendo de atrás para adelante. Abrazó a su hijo con tanta fuerza que casi le impedía respirar. Pero él no dijo nada. No se atrevía. Su mamá estaba tensa como una tabla. Miró la siguiente respuesta de su examen. Era un 6. El siguiente número salió.

Era un 9.

—¡No! —gritó ella.

El tiempo que le tomó al vocero tomar la bola y darle vuelta para acomodarla correctamente pareció una eternidad.

«¡Seis!», anunció.

—Ay, Dios mío —dijo ella.

Solo quedaba un número. Uno solo. Las bolas bailaron en la caja de cristal. Christopher miró la última respuesta en su examen perfecto. Era 48. Su madre cerró los ojos. Como si no se atreviera a mirar. No podría soportar otra pérdida después de tantas otras.

—Dime —le pidió a su hijo.

—Ganaste, mamá.

No las vio, pero pudo sentir las lágrimas de su madre escurriéndose por su cuello. Sus brazos lo apretaban con tanta fuerza que pensó que lo podrían quebrar. Se habrían quedado así toda la noche si no fuera porque la alarma contra incendios comenzó a sonar. Corrieron a la parrilla y vieron que los sándwiches de queso estaban negros como pasas. Su mamá apagó la hornilla y abrió la ventana para dejar salir el humo.

—Está bien. Aún podemos comerlos. El queso no está tan quemado —dijo Christopher.

—Al diablo con eso —respondió su madre—. Agarra tu abrigo. Vamos a ir por un filete.

Fueron al restaurante Ruth's Chris, en el centro. Y aunque su mamá le dijo que pidiera lo que quisiera, él escogió la langosta porque decía que estaba «a precio del mercado».

—Esta es la casa más linda que hemos visto —dijo la señora Soroka mientras se acercaban a la entrada.

Era una mujer con clase. Elegante por fuera. Pero era aprendido. Kate lo sabía. De esas personas que se hacen de un vocabulario más amplio que el de su padre y fingen que vienen de otro lado. Algunas personas son más honestas fingiendo que otras cuando son genuinas. Quizás hablaba rápido, pero la señora Soroka era sincera en cada una de sus palabras.

—La entrada está un poco maltratada, pero en un par de años la van a repavimentar. Y conozco gente que le puede hacer descuentos. Las chicas tenemos que apoyarnos.

Lo dijo con un guiño y abrió la puerta del auto. Era su tercera casa del día. La primera era demasiado grande. La segunda muy pequeña. Y, como Ricitos de Oro, esperaban que la tercera fuera perfecta.

—La puerta se atora un poco —dijo la señora Soroka, sacudiendo las llaves antes de meter una en la cerradura—. Pero podemos agregarlo en la lista de arreglos y se lo pagarán.

La señora Soroka accionó la cerradura con un chasquido y abrió la puerta empujándola con el hombro. Kate se quedó detrás con Christopher por un momento, observando el agradable vecindario en otoño. Todas las casas de la calle cerrada se veían limpias y adineradas. Tan bonitas como las hojas cambiantes. Incluso había una cabaña de madera sobre la pequeña colina al otro lado de la calle. A la madre de Christopher le recordaba a un juguete de troncos de su hijo. En el ático había una anciana asomándose por la ventana. Pese a la distancia, Kate podía escuchar el crujido de su mecedora.

—¿Christopher? ¿Tierra llamando a Christopher? —dijo Kate—. Vamos.

Christopher le dio la espalda a la cabaña de madera y siguió a su madre al interior de la casa.

El lugar era hermoso. Lo que la señora Soroka llamaba una verdadera obra de arte. La sala tenía libreros empotrados en las paredes y una chimenea con espacio suficiente para una televisión de calidad y buen tamaño. Todo el lugar olía a galletas con chispas de chocolate de todas las reuniones para mostrar la

casa a posibles compradores. La señora Soroka les dijo que las galletas eran un truco que usaban los vendedores para que la gente se sintiera en casa.

—Pues está funcionando —dijo Kate en broma.

—Ni me diga. Yo era flaca antes de trabajar en esto.

La señora Soroka encendía las luces conforme iba recorriendo la casa. La emoción de Kate crecía con cada habitación. El comedor era perfecto para cuatro, pero cabrían ocho perfectamente. Incluso podría invitar gente para la cena de Navidad.

Y la cocina.

Dios mío, qué cocina.

No era un microondas y una parrilla en la habitación de un motel. Eso era el paraíso. Equipo completamente nuevo de acero inoxidable. Un lavavajillas que no chorreaba. Un refrigerador con dispensador de hielos en vez de una cubeta y un viaje al final del pasillo del motel. El lugar incluso tenía una isla en la cocina. ¡Una maldita isla en la cocina!

—¿Qué te parece, mamá? —preguntó Christopher.

—No está mal —respondió ella, intentando sonar casual.

La señora Soroka seguía hablando sobre las conexiones para lavadora, secadora y otros aparatos, pero Kate ya no la estaba escuchando. Lo que comenzó como un romance en la sala se había convertido en amor total para cuando subieron las escaleras hacia las habitaciones. Nunca había tenido escaleras. Solo en las áreas comunes de los edificios y en las salidas de emergencia.

Al fin podría decirle a su hijo que no corriera en las escaleras.

—Déjeme ver primero la habitación principal —dijo.

—Usted manda —respondió la señora Soroka con una sonrisa.

A Kate le encantó la habitación, que presentaron con la escenografía perfecta, y unas enormes ventanas. Pero el vestidor fue lo que terminó de convencerla. En su rostro se dibujó una sonrisa de gato de Cheshire y sus palmas comenzaron a sudar por la ansiedad de tener que llenar tanto espacio en el clóset. Su culpa no podría soportar tantos viajes al centro comercial. Ni siquiera a los *outlets*. Pero quizá podría ir a las tiendas de segunda mano y comprar algunas cosas.

*Basta, Kate. Te lo mereces. Respira.*

—Ahora, la segunda habitación es un tanto acogedora. Que es otra forma de decir pequeña —bromeó la señora Soroka—. Así que quizá podría ser un cuarto de visitas para sus familiares.

No tenían buenos parientes. Nunca habría visitas. Pero la señora Soroka no



necesitaba saber eso. La habitación de huéspedes sería una oficina perfecta para cuando Kate al fin volviera a la escuela. Estaba justo arriba del garaje para dos autos. Ya no volvería a recibir multas de tránsito por estar mal estacionada en la calle. Ya no necesitaría poner bolsas de papel sobre los parquímetros. Su tiburón terrestre (seminuevo certificado) tendría su propio muelle.

—Y este sería el cuarto de Christopher —dijo la señora Soroka mientras abría la puerta.

Era perfecto.

Una pequeña cama con un escritorio. Un enorme ventanal con espacio para que un niño se sentara a observar e imaginar. Un enorme clóset para su ropa. Otro aparte para los juguetes. Alfombra limpia. Todo el lugar olía a primavera. Como a limones, pero sin lo amargo.

—¿Te gusta, cariño? —preguntó.

—Me encanta, mamá.

—A mí también me encanta.

—Entonces, ¿estamos contentos? —preguntó la señora Soroka.

—Muy contentos —respondió Kate.

—¿Está lista para hacer una oferta?

Kate se quedó en silencio. El corazón le latía a toda velocidad al imaginarse con la pluma para firmar. Pero ya había recibido todo su premio y, cuando lo sumaron todo y le restaron los impuestos, estaba libre de toda deuda. Pagó la estancia de Christopher en el hospital. Pagó el funeral de su difunto esposo. Luego pagó todas sus tarjetas de crédito, como dijo Suze Orman\* en la tele. Abrió un fideicomiso para la universidad (para ambos). Y después de todo eso, aún le quedaba dinero suficiente para el enganche de aquello que Christopher siempre prometió comprarle.

Su propia casa.

Ya no huirían. Ya no se mudarían. Su hijo iba a tener un hogar.

*Tranquila, Kate. Haz las preguntas.*

—¿Es un buen trato? Sea honesta conmigo. Las chicas tenemos que apoyarnos, ¿cierto?

—Cierto. Y sí es un buen trato. La única razón por la que la están vendiendo es porque compraron una casa en Palm Springs para alejarse del invierno y de su yerno. Esta zona está por explotar. Aunque pagara más de lo que piden, sería una ganga.

Kate sabía que le estaba diciendo la verdad. Había investigado.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó a Christopher.

—Es la mejor casa que he visto en mi vida —respondió.

—Pues entonces vamos a hacer una oferta.

La señora Soroka aplaudió, emocionada.

—¡Está haciendo lo correcto! Y ¿sabe qué? ¡Aún ni le muestro la mejor parte!

La señora Soroka cruzó la habitación hacia la ventana. Abrió las cortinas y les mostró la vista. Justo debajo del cuarto de Christopher estaba un enorme patio con un árbol, un columpio de llanta, juegos y un arenero. Era el sueño de todo niño. Con el pasto corto y bien arreglado. Perfecto para jugar fútbol. Perfecto para todo.

—Piénselo —comentó la señora Soroka—. Tendrá ese patio, y además mire lo que hay detrás.

Era el bosque de la calle Mission.

Quizá Christopher había olvidado los seis días que estuvo perdido ahí, pero Kate siempre lo recordaría.

—No quiero vivir cerca de ese bosque —dijo.

La señora Soroka asintió, pues recordó la fotografía de Christopher en el periódico cuando desapareció.

—Mire, aquí entre nosotras... el señor Collins está planeando un nuevo desarrollo inmobiliario aquí a la vuelta.

—Lo sé —dijo Kate.

La señora Soroka asintió, y luego bajó la voz hasta hablar con un susurro de conspiración.

—Sí, pero ¿sabía que contrató a mi jefe para vender esas casas? ¿Y que va a construir una calle para conectar ambos lados del pueblo? En seis meses tendrá una casa en el mejor vecindario de Mill Grove que valdrá cien mil dólares más de lo que pagó por ella. Me cae bien, Kate. Y yo también soy madre. Así que no quiero que se pierda esta oportunidad. En una palabra: negociazo.

—¿Está segura?

—Créame. Para Navidad ese bosque ya habrá desaparecido.

---

## NOTAS

\* Suze Orman es una oradora motivacional y conductora de televisión estadounidense famosa por sus consejos financieros. (*N. de la t.*)

Se mudaron el día después de Halloween.

Christopher y su mamá estaban arrodillados, guardando sus vidas en cajas. Ya estaban acostumbrados a las mudanzas. Lo de Michigan había pasado hacía apenas un par de meses. Pero esta vez no estaban huyendo a mitad de la noche para escapar de Jerry. No estaban dejando un pueblo donde cada señal de tráfico le recordaba a ella a su difunto esposo.

Esta era su propia casa.

Esta era su nueva vida.

Kate empacó la vieja parrilla y los platos. Estaba tan emocionada imaginándose su nueva cocina que casi empaca por accidente los tazones de cereal con el periódico que tenía la foto de Christopher.

La *Gaceta de Pittsburgh* había sacado una nota sobre él. Kate no quiso salir en el periódico, pero sí deseaba que su hijo recibiera ese reconocimiento. Así que el niño fue a los juegos de la escuela en el descanso para tomarse una foto con su maestra, la señorita Lasko. El fotógrafo, que soñaba con ser cineasta, capturó la imagen. Y el domingo, Kate se llevó llena de orgullo todas las copias del 7-Eleven donde compró el boleto de lotería.

El examen de un niño gana la lotería.

Observó a su hijo de siete años arrastrando su saco de dormir de Bad Cat hasta la pequeña pila de cajas junto a la puerta. No tenían mucho de su vida anterior. Solo unas cuantas cosas que ella pudo echar en la cajuela de su viejo auto al prepararse para huir de Jerry. Y unas cuantas cosas nuevas para marcar el inicio de esa era.

La pandilla llegó poco después. Kate estaba muy orgullosa de que hubieran hecho tantos amigos en tan poco tiempo. Special Ed y Betty, su mamá, llegaron con el esposo para que les ayudara con la mudanza. Big Eddie tenía un corazón casi tan grande como sus senos de hombre. Pasó toda la tarde entreteniéndolos con las historias sobre cómo pagó su universidad trabajando en una compañía de mudanzas.

—En ese tiempo tenía un cuerpazo —decía a cada rato.

—Todavía tienes un cuerpazo, cariño —lo corregía Betty, cegada por el amor.

Los M&M's también fueron a ayudar, acompañados de sus dos mamás. Una señora callada de nombre Sage y una señora no tan callada llamada Virginia. Una, vegana de Connecticut; la otra, carnívora de Texas. Estaban hechas la una para la otra.

Poco a poco, el grupo pasó con esfuerzo y sudor todas las cosas a una pequeña camioneta que las ferreterías de Big Eddie prestaron amablemente.

Cuando todo estuvo empacado, Christopher y su mamá fueron a ver si no habían dejado nada. Cuando se dieron cuenta de que lo único que habían dejado en la habitación del motel eran recuerdos, se despidieron de su antigua vida.

—Nunca volveré a pagar renta —dijo ella y cerró la puerta.

Cuando su nuevo auto se detuvo en el 295 de Monterey Drive, al final de la calle cerrada, Kate y su hijo recibieron una sorpresa. Los papás de Special Ed («¡Que nos digan Betty y Eddie, por el amor de Dios!») habían sobornado a la señora Soroka con una botella de Chardonnay para que les prestara las llaves del garaje. Dos de los mejores empleados de Big Eddie habían arreglado la puerta para que fuera automática. Y cuando la mamá de Christopher estaba por bajarse para abrirla manualmente, Betty presionó el botón. Eddie fingió que era un fantasma, y eso los hizo reír a todos, y luego entraron a desempacar.

No tomó mucho tiempo, considerando lo poco que tenían. Los viajes a la camioneta se volvieron aún más cortos cuando el alguacil llegó a ayudar al terminar su turno. Él y la mamá de Christopher se habían mantenido en contacto desde que el niño salió del hospital. Cuando sus oficiales no encontraron nada en el bosque, el alguacil se aseguró de llamarla. Y antes de hacer la oferta por la casa, ella se aseguró de llamarlo a él. La seguridad de Christopher era primero. El alguacil hizo su trabajo y, tras revisar la última década de reportes, se aseguró de que la casa fuera segura. El vecindario era aún más seguro. Pero, si ella quería, la acompañaría a recorrer el área para estar triplemente seguros.

—No es necesario —dijo ella, para gran decepción de él—. Pero si quiere venir el día que nos mudemos, habrá pizza.

Trato hecho.

Durante todo ese día, Kate observó a Christopher y a sus amigos intentar portarse como hombres de verdad. Cuando el alguacil la ayudó a cargar los nuevos muebles (del *outlet*), los cuatro niños se ofrecieron a ayudarlos. Cuando Big Eddie hizo una pausa para tomarse su cerveza, ellos se dieron un descanso para tomar limonada. Y cuando la casa estuvo lista y Big Eddie encendió el asador para hacer sus famosas «salchichas envueltas» para «bajarse» la pizza, los

niños estudiaron su técnica con ojos atentos y lo escucharon hablar con el alguacil y asintieron, fingiendo que eran adultos.

Después de todo, Eddie era el único padre que todos ellos habían conocido en los últimos años.

Y el alguacil era el alguacil.

Cuando terminaron la reunión, la familia de amigos se despidió. Sage y Virginia prometieron volver el fin de semana para ayudar con la limpieza. Betty prometió volver para beber y verlas limpiar. Big Eddie dijo que si necesitaban cualquier cosa de mantenimiento para arreglar los malditos-problemas-del-primer-mes-en-una-casa-nueva, él ayudaría. Y Christopher les dijo a sus amigos que los vería el lunes.

El alguacil fue el último en irse.

—Qué amable de su parte venir a ayudarnos, alguacil —dijo Kate, estrechando la mano del hombre.

Él asintió y luego bajó la mirada. Sus pies se movían nerviosos, como los de un adolescente, y sus palabras de pronto sonaban como si su pecho albergara una cancha de raquetbol.

—Eh, sí. Yo sé cómo es esto de mudarse a un lugar nuevo y que no haya quién te ayude. Yo mismo me mudé desde Hill District hace apenas un año.

Ella asintió y él tragó saliva. Y lo intentó.

—Señora Reese... ¿ya conoce el Primanti Brothers? Es todo un clásico de Pittsburgh.

—No.

—¿La puedo llevar?

Quizá no fue tan elegante como había imaginado. Pero lo dijo.

Ella lo miró. Ese enorme oso de pronto se veía muy pequeño. Había conocido a suficientes hombres malos en su vida para reconocer uno bueno al verlo. Pero no estaba lista. Ni siquiera cerca. No después de Jerry.

—Deme tiempo, alguacil —dijo.

Para él fue suficiente.

—Tengo mucho, señora Reese —respondió con una sonrisa—. Buenas noches.

Con eso, se fue a su auto. Kate se quedó en el porche y lo vio alejarse bajo las primeras gotas de lluvia. Luego entró a la primera casa de su vida y cerró la puerta con seguro.

Mientras escuchaba el golpeteo de las gotas de lluvia en el techo, subió por sus escaleras hasta la habitación de su hijo. Christopher ya estaba en pijama, acurrucado en la cama y leyendo *Robinson Crusoe*. La señora Henderson le

recomendó ese libro porque le había encantado *La isla del tesoro*.

Kate no podía creer lo lejos que había llegado su hijo con la lectura en tan solo un mes. También en Matemáticas. Había comenzado la preprimaria poco después de la muerte de su padre. Tras tanta lucha, al fin estaba lográndolo. Quizá sus problemas con la lectura habían tenido mucho más que ver con el estrés que con otra cosa. Fuera lo que fuera, se prometió que le daría regalos especiales de Navidad a la señora Henderson y a la señorita Lasko.

Esas mujeres hacían milagros.

Se sentó junto a él y leyó unas cuantas líneas por encima del hombro de su hijo, mientras le acomodaba el cabello detrás de la oreja. Luego le echó un vistazo al cuarto, mirando las dos cosas que le prometió comprarle con el dinero de la lotería.

La primera era un librero.

Ese no salió de una tienda de descuentos ni de IKEA. Oh, no. Para el primer librero real de su hijo peinó todo el pueblo hasta encontrar una hermosa tienda de antigüedades. Le dijo que podía llevarse el que quisiera. Había varios muy hermosos. De Roble. Pino. Cedro. Pero Christopher eligió uno viejo y tapizado con un ridículo papel de patos. Era el librero equivalente al árbol de Navidad de Charlie Brown.

—Puedes llevarte el librero que quieras. ¿Por qué quieres ese, cariño? —le preguntó.

—Porque huele a guantes de beisbol.

La segunda fue un marco de plata para la foto de su padre. Lleno de orgullo, Christopher lo puso sobre el librero, como la pieza más importante de su habitación. Kate miró la fotografía. Un momento congelado en blanco y negro. El padre de Christopher sonriendo junto al árbol de Navidad. Ese fue uno de los días buenos.

Se quedó ahí durante veinte minutos, escuchando la lectura de su hijo con una voz tan suave como la lluvia de afuera. Cuando terminaron, le dio un beso en la mejilla y lo arropó.

—Christopher... le compraste una casa a tu madre. ¿Sabes quién hace eso?

—No.

—Los ganadores hacen eso.

Y tras decir aquello, apagó las luces con un «Un, dos, tres... ¡achú!». Luego volvió a la cocina. Tras unos tragos a su cerveza en las rocas, comenzó a organizar su habitación. Su propia habitación. Fuera de un par de años con su esposo, nunca en su vida había tenido un hogar seguro.

Y ahora le estaba dando uno a su hijo.

Cuando al fin desempacó lo último de su ropa, se dio cuenta de que solo llenaba un tercio de su vestidor. Normalmente Kate Reese desconfiaría de que tantas cosas buenas estuvieran pasando, pero eso era el cielo. El paraíso más absoluto. Recorrió cada decisión, cada momento que la había llevado hasta ahí, a su casa propia, escuchando a las nubes lanzando lluvia sobre su techo.

Sentía que las cosas no habrían podido salir mejor ni aunque alguien las hubiera planeado.

Christopher estaba acurrucado en su saco de dormir de Bad Cat. Mientras escuchaba el golpeteo de la lluvia, se sentía cómodo y calentito. La luz de la luna centelleaba entre los chorros de la lluvia que corrían por el ventanal, dibujando unas sombras sobre su nuevo librero y la foto de su papá. Su mamá le dijo que podría pintar las paredes del color que quisiera porque ya nunca más tendrían que preocuparse por que les regresaran el depósito. Él le dijo que quería que fueran azules con nubes. Como el cielo. O como los ojos del señor Ambrose.

Sin hacer ruido, se salió de su saco de dormir.

Se acercó al ventanal y se sentó ahí, con las piernas cruzadas y mirando hacia el patio. Hacia el columpio de llanta y el campo perfecto para jugar beisbol con los chicos.

Y hacia el bosque de la calle Mission.

Un rayo partió el cielo. La lluvia dejaba sus huellas en el cristal como lágrimas corriendo por un parabrisas. En catequesis alguien dijo que la lluvia son las lágrimas de Dios. Christopher se preguntó si lo del arca de Noé fue por enojo.

O si fue el llanto de Dios.

Abrió el ventanal. Se asomó hacia el cielo y vio las nubes. Las gotas de lluvia caían sobre la cornisa. Las sintió frías en sus mejillas rojas y encendidas. Se quedó ahí durante media hora, tan solo mirando y escuchando, se sentía especial y feliz. Había algo familiar en las nubes. Simplemente no podía recordar qué. Pero sentía como si estuvieran sonriéndole. Y él les devolvió la sonrisa.

No fue una voz. Fue el viento. Fue un susurro. No como una voz. Como la imitación de una voz. Christopher no lo escuchó, sino que recordó a alguien diciéndoselo. Pero estaba ahí. Venía del bosque.

Lo estaba llamando.

Christopher tomó sus botas y su sudadera roja del suelo. Le echó un vistazo rápido a su padre enmarcado en plata. Luego abrió la puerta de su habitación y miró el pasillo. El cuarto de su mamá estaba oscuro. Bajó de puntitas la escalera y cruzó la cocina. Ya no olía a galletas.

Abrió la puerta corrediza de cristal que daba al patio trasero. La niebla estaba más densa que antes, pero aún podía ver los árboles meciéndose con la brisa. Eso



lo tranquilizaba. Como una canción de cuna o el lado fresco de una almohada.

Sus pies tocaron el pasto frío y mojado. Avanzó entre la niebla, pasando junto al columpio de llanta, hasta el final del patio. Le echó una mirada a su casa. Vio la cabaña de madera al final de la calle. Todas las ventanas estaban oscuras. Luego se volvió hacia los árboles. Y ahí estaba. A unos pasos.

El bosque de la calle Mission.

Christopher los observó. Los árboles se mecían, tan lindos, desnudos y tranquilos. Como brazos meciéndose en la iglesia. De un lado a otro. De un lado a otro. No podía ver a nadie, pero podía sentirlos ahí. Y podía oler ese aroma a guante de beisbol, aunque el suyo estuviera guardado en una caja en la sala.

—¿Estás ahí? —susurró Christopher al fin.

Los árboles se sacudieron. Escuchó los sonidos de ramitas quebrándose. Las orejas de Christopher se pusieron rojas. Sabía que debía tener miedo, pero no lo sentía. Respiró aliviado. Porque sabía que había algo ahí. Observándolo.

—Gracias por conseguirle una casa a mi madre —susurró.

Silencio. Pero no era silencio. Lo estaba escuchando. Christopher pensó que quizá estaba justo detrás de él. Era ese cosquilleo en su nuca.

—¿Estás intentando hablar conmigo? —preguntó.

La brisa luchó contra las hojas. Él sintió una voz en el viento. No hablaba, pero podía sentir las palabras en su nuca. Como si el viento se abriera paso entre los árboles, apenas lo suficiente para entender.

Christopher entró al bosque.

La lluvia chocaba contra las hojas y corría por los troncos en pequeños ríos. Christopher no sabía adónde iba pero, de alguna manera, sus pies sí. Era como andar en bicicleta. Quizá su mente lo había olvidado, pero su cuerpo nunca lo haría.

Sus pies lo estaban llevando hacia la voz.

El corazón de Christopher dio un vuelco. No podía ver a nadie, pero podía sentir algo. Como la estática que suelta una chispa cuando las manos se tocan. Lo siguió por el bosque, y la luz en el camino se volvió más brillante. Percibió un olor. Un delicioso aroma a otoño. Como en el juego de atrapar una manzana que flota en el agua. Vio los nombres tallados en los árboles. Iniciales de amantes adolescentes de hace cientos de años. Gente que ahora era vieja.

O que estaba muerta.

Christopher llegó al claro. Se quedó ahí, en silencio, observando el enorme árbol con la forma de una mano artrítica. Vio una bolsa de plástico en el suelo cubierta de tierra. La recogió y la limpió amorosamente con la lluvia clara y fría.

La talló contra su sudadera roja hasta que la tierra dejó ver lo blanco. Luego fue hacia el árbol y colocó la bolsa de plástico blanca sobre una rama baja. Christopher la observó, bailando como un cometa en una cuerda. No podía recordar qué, pero había algo. Algo que se sentía reconfortante y que le daba seguridad. Algo como un viejo amigo.

—Hola —le dijo a la bolsa de plástico blanca.

¿me escuchas?

La bolsa de plástico blanca sonaba tan aliviada.

—Sí, te escucho —dijo Christopher.

no puedo creer que al fin alguien pueda escucharme.

El rostro de Christopher se puso rojo. Tragó saliva con dificultad.

—¿En serio eres real? —le preguntó a la bolsa de plástico blanca.

sí.

—¿No eres un pigmento de mi imaginación?

no.

—¿O sea que no estoy loco? —preguntó él.

no. llevo mucho tiempo intentando hablar con alguien, pero solo tú me has escuchado.

Christopher sintió un enorme alivio.

—¿Por qué ya te puedo escuchar?

porque estamos solos en el bosque. por eso te conseguí esa casa. ¿te gusta?

—Es la mejor casa que he visto en mi vida.

me alegra mucho.

—¿Cuándo podré verte?

pronto. pero antes necesito que hagas algo por mí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Christopher.

Luego, el niño se arrodilló al pie del árbol y contempló la bolsa de plástico blanca bailando como una cabellera al viento. Se quedó ahí durante horas. Sin notar el frío. Hablando de todo. Con su nuevo mejor amigo.

El hombre amable.

## Parte III

---

Mejores amigos por siempre

—¿Quieren construir una casa del árbol, chicos?

—¿Una casa del árbol? —dijo Special Ed, engullendo su tocino con una bebida de chocolate—. Mi papá armó una que ya venía hecha. Se emborrachó mucho y la casita se rompió.

Estaban en la cafetería. Era el día de carne a la Salisbury. Christopher no sabía exactamente qué significaba Salisbury, pero su mamá le había dado dinero para comprar una buena comida caliente en vez de su bolsa de papel con crema de cacahuete y apio de siempre. Especialmente porque en noviembre ya empezaba a hacer frío. Ya habían quitado las decoraciones de Halloween y puesto las de Acción de Gracias.

—No esa clase de casa del árbol, Ed —explicó Christopher.

Abrió su libreta y sacó con mucho cuidado los planos para mostrárselos a sus amigos. Los M&M's miraron los detallados dibujos sobre el papel cuadriculado. El techo. Las tejas negras. Las bisagras. La puerta roja. Y los escaloncitos de madera que recorrían el tronco como una escalera de dientes de bebé.

—¡Guau! Eso parece una casa de verdad —exclamó Matt con todo y el parche de ojo.

—¿Tú dibujaste todo esto? —preguntó Mike, impresionado.

Christopher asintió. La mañana del sábado se levantó con la idea de los planos. Una imagen en su cerebro que casi podía tocar. Se pasó todo el fin de semana dibujándolos con lápices de colores sobre el papel a cuadros como solía hacerlo con la casa de los sueños de su mamá. Pero esta vez no había videojuegos ni cuarto de dulces ni zoológico interactivo al otro lado de la cocina.

Esta vez era real.

—¿Vas a tener una puerta con seguro real y todo? —preguntó Mike.

—Sí. Y persianas. Y ventanas de cristal verdadero. Y una trampilla secreta con una escalera de cuerda al fondo —dijo Christopher emocionado.

—Pero ¿para qué necesitas una puerta secreta? —preguntó Matt.

—Porque es *cool*. Duh —dijo Mike.

—Déjame verlos —pidió Special Ed, arrebatándole los papeles a Matt.

Los examinó con incredulidad, como un inspector, mientras daba tragos a su chocolate. Christopher vio que Special Ed estaba embarrando de grasa de tocino las orillas de los planos. Eso lo hizo enojar un poco, pero no dijo nada. Necesitaba la ayuda de su amigo. Después de un rato, Special Ed le devolvió los papeles.

—Imposible. No podríamos construir algo así nosotros solos.

—Claro que podemos —dijo Matt—. Nuestro tío George es...

—... constructor —dijo Mike, ganándole la palabra a su hermano—. Lo

ayudamos el verano pasado. Podemos hacerlo.

—Pero ya es noviembre y hace un frío del demonio —advirtió Special Ed.

—¿Eres niña o qué? —preguntó Mike.

—No lo sé. ¿Tú eres niña? —respondió Special Ed astutamente.

—Ya, Eddie. Será nuestro club privado —dijo Christopher.

—¿Qué tiene de divertido ir a tu patio trasero y construir una estúpida casa del árbol a unos metros de tu sala calentita con una televisión real?

—Es que no la vamos a construir en mi patio trasero —susurró Christopher—. La vamos a construir en el bosque de la calle Mission.

En ese momento se habría podido escuchar la caída de un alfiler. De pronto, se hizo evidente la importancia del plan. No se trataba de una excursión a un patio. Sería una enorme aventura. Sería romper las reglas. Sería...

—Fantástico —susurró Special Ed.

—... pero eso es entrar en propiedad privada —dijo Matt.

—No me digas, Sherlock. Por eso es tan fantástico —respondió Special Ed.

—No sé —dijo Mike—. La Constructora Collins tiene bardas por todas partes.

—¿Eres niña o qué? —preguntó Special Ed. El «te la devolví» iba implícito.

—No en todas partes —aclaró Christopher—. Hay una entrada al bosque por mi patio trasero. No necesitamos brincar una barda ni nada. Pero necesitaremos herramientas.

—Fácil —dijo Special Ed, que ahora era el más entusiasta—. Mi papá tiene muchas en el garaje. Nunca las usa.

—¿Y la madera? —preguntó Christopher, aunque ya sabía la respuesta.

—La Constructora Collins tiene montones de escombros por todas partes —dijo Mike.

—Y nuestro tío tiene muchos clavos sueltos —agregó Matt, intentando decir algo importante.

Siguieron con la planeación durante el resto del almuerzo. Los chicos concluyeron que podían pedir, tomar o robar casi todo lo que necesitaban, salvo las tejas, un picaporte y las ventanas. Pero el papá de Special Ed tenía una colección de revistas *Playboy* viejas y una copiadora a color y un vecindario lleno de chicos mayores.

Así que podían conseguir el dinero.

Claro que la Constructora Collins tenía una política muy estricta de no entrar a su propiedad. Y, gracias a su papá, Special Ed sabía que el señor Collins había estado talando partes del bosque para construir subdivisiones. Así que aquello sería ilegal. Pero, por alguna razón, era parte del encanto.

—*Breaking the law! Breaking the law!* —dijo Special Ed, cantando una parte de la canción favorita de su mamá cuando estaba en la universidad.

—Pero ¿y nuestra familia? —preguntó Matt.

Ah, claro. La familia. Mmm.

No veían cómo lograr que les dieran permiso de ir solos al bosque. Especialmente después de la desaparición de Christopher. Quizá podrían convencer al padre de Special Ed, pero a sus madres jamás.

Sus amigos no encontraban la salida, pero la verdad, el problema se sentía bien en la cabeza de Christopher. Algo así como una combinación de estirarse por la mañana y rascarse la espalda. Mientras pensaba en soluciones, se dio cuenta de que durante los últimos dos minutos no le había dolido la cabeza. De hecho, se le había ocurrido una idea.

*Una pijamada.*

Claro.

Llevarían bolsas de dormir y harían una pijamada en la casa del árbol. Si cada uno les decía a sus padres que se iban a quedar con el otro, podrían trabajar toda la noche del sábado y todo el domingo. Era riesgoso. Las mamás podrían llamar para ver cómo estaban. Pero, gracias a los celulares, quizá podrían salirse con la suya. De cualquier modo, podrían trabajar durante casi dos días completos sin interrupción.

A Mike le encantó la idea. A Matt parecía darle miedo estar en el bosque, pero no se atrevió a decirlo frente a su hermano, así que aceptó.

—¿Puedo encargarme de la comida? —preguntó Special Ed.

—Claro, Eddie.

Una vez que establecieron el plan, Christopher se recargó en el respaldo de su silla y miró a sus amigos, felices y emocionados. Pero, para él, la habitación estaba casi en silencio mientras el dolor volvía poco a poco a su mente. No le molestaba. Ya había empezado a acostumbrarse. Simplemente le aliviaba que sus amigos lo ayudaran a construir la casa del árbol porque sabía que sin ellos no la podría terminar de construir a tiempo.

—Vamos, Chris —exclamó Special Ed.

Christopher volvió a la realidad y se dio cuenta de que los demás habían alzado sus bebidas, listos para brindar cuando él lo hiciera. Levantó su bebida y el chocolate de Special Ed chocó con otros tres cartoncitos de leche para brindar por la gloria de la casa del árbol. Mientras bebía su leche fría, Christopher observó la fotografía de la chica perdida impresa en el envase.

Emily Bertovich.

Ahora era tan fácil leer su nombre.

Christopher estaba tan emocionado por la casa del árbol que casi ni puso atención al subirse al camión escolar para volver a casa. No conocía a ninguno de los niños de esa nueva ruta ni del vecindario. Salvo a una.

Jenny Hertzog.

—¡Charcos! ¡Charcos! —le gritaba, a pesar de que la mamá de Christopher ya le había comprado pantalones más largos en el *outlet*.

Ambos se bajaban en una parada al final de una larga calle, junto a una vieja casa en la esquina. Jenny corrió a la casa de al lado con paredes de aluminio. Christopher se fue hasta su calle cerrada. Le echó un vistazo a la cabaña de madera al otro lado de la calle y al bosque de la calle Mission, que lo rodeaba todo.

El bosque donde construirían la casa del árbol.

Se sintió mal por no haber contado todo a sus amigos. Pero no quería que pensarán que estaba loco. Como su papá. Tampoco quería asustarlos. Pero el hombre amable le dijo otras cosas a Christopher esa noche que pasaron despiertos, hablando. La mayoría eran confusas. Algunas daban miedo.

Pero Christopher confiaba en el hombre amable. Había algo en su voz. Algo bondadoso. Cálido. Y aunque había dudado un poco, todo lo que le dijo el hombre amable era verdad. Resultó que el papá de Special Ed sí tenía un garaje lleno de herramientas. Mike y Matt sí ayudaron a su tío George a construir cosas. A Christopher lo sacaron de la clase de Refuerzo para la Lectura de la señora Henderson ese día. Jenny Hertzog se bajó en la misma parada de autobús que él.

Y tenía que terminar la casa del árbol antes de Navidad.

—Pero ¿por qué la prisa? ¿Para qué es la casa del árbol? —preguntó.  
no me creerías. tendrás que verlo con tus propios ojos.



Comenzaron un sábado.

Era un día helado a finales de noviembre y los árboles bloqueaban el poco sol que las nubes dejaban pasar. Pero los chicos estaban tan emocionados que no les importaba. La semana no pudo haber ido mejor. Los M&M's hallaron un lugar donde la Constructora Collins guardaba artículos para la construcción. Y el equipo encontró una manera para llevárselo todo al claro.

—¿Has escuchado sobre las carterillas? —dijo Special Ed en catequesis.

—¿Quieres decir carretillas? —preguntó Christopher.

—Sé lo que quiero decir —respondió Special Ed, molesto.

La falta de vocabulario de Special Ed se compensaba con su talento para los negocios. Había saqueado las cajas de herramientas de su padre y encontró dos revistas pornográficas para copiar (¡excelentes para la reventa!).

El sábado por la mañana, Christopher se despertó temprano y sacó su mochila favorita. La que tenía a Bad Cat preguntando «¿Tienes comida aquí?». Bajó las escaleras y se sentó junto a su mamá en el sofá. Estaba tan calentita como su café y olía aún mejor.

—¿Adónde vas tan temprano? —preguntó.

Desde que Christopher desapareció por una semana, su madre era extraprotectora cada vez que salía.

—Voy a pasar el rato con Eddie y los M&M's. Nos vamos a ver en la casa de Eddie. Jugaremos todo el día. Quizá hagamos una pijamada.

—¿Su madre ya lo sabe? —preguntó ella, arqueando una ceja.

Y, claro, un mensaje de texto llegó justo en ese momento.

Kate, Eddie me está rogando que lo deje hacer una pijamada. Virginia y Sage ya dijeron que sí. ¿Te parece bien?

La mamá de Christopher no tenía idea de que Special Ed fue quien escribió el mensaje y lo borró inmediatamente, justo a las 8:30 a. m. Tampoco sospechaba que los M&M's habían hecho lo mismo por su parte, para que Special Ed tuviera la noche libre. Los chicos no sabían cómo los niños se salían con la suya en los tiempos en que la gente sí hablaba en persona. Pero su plan de los mensajes de

texto funcionó a la perfección. La mamá de Christopher respondió el mensaje.

Claro, Betty. Tomaré un turno extra en el trabajo. Gracias.

Fiu.

—Mantén tu teléfono encendido —le dijo a su hijo cuando lo dejó en casa de Special Ed—. Te recogeré mañana a las diez en punto.

—Mamá, por favor...

—De acuerdo. Nueve y media.

—No, a las diez. ¡Perfecto! —dijo él antes de que las cosas empeoraran.

—Con cuidado. No salgas de la casa de Eddie. No vayas a la calle. En serio.

—Sí, mamá.

Antes de dejarlo salir del auto, lo envolvió en un abrazo.

Christopher encontró a los chicos en el garaje, donde el padre de Special Ed guardaba todo el equipo para campamentos que su familia había usado exactamente cero veces. Lleno de orgullo, Eddie les mostraba a los M&M's las ventanas que pagó gracias a las *Playboys* y que ya tenía acomodadas sobre la carretilla.

—Te dije que mi papá tenía una carterilla —señaló.

Y entonces pusieron manos a la obra.

Los chicos tomaron lámparas, linternas y unos viejos sacos de dormir que la mamá de Special Ed, por flojera, había olvidado pedirles a las personas de la limpieza que tiraran. Llenaron una de ellas con pan, crema de cacahuete y jamón picado. Echaron también unos platos de papel y cucharas desechables, además de leche y Froot Loops. Y, claro, dos bolsas de Oreos. El saco de dormir parecía un puro mal forjado.

Apenas quedaba espacio para las herramientas.

Mientras la mamá de Special Ed dormía después de su «noche de bridge», los chicos fueron hasta la entrada de la Constructora Collins en el bosque de la calle Mission. Por suerte, el guardia se encontraba haciendo sus rondas y los trabajadores estaban muy ocupados excavando en un lugar cercano, así que los chicos pudieron elegir sin problemas entre la madera del montón. Agarraron tantos tablones de 5 x 10 como pudieron y fueron a la cerca. Metieron la carretilla por debajo del alambrado y saltaron, intentando abrir un caminito en el bosque, pasando el letrero de la Constructora Collins.

Hasta la orilla del bosque de la calle Mission.

Se detuvieron. En silencio y con cuidado. Como Hansel y Gretel en las historias para antes de dormir. Cuando creían en cosas como las brujas y los

lobos.

—Quizá debimos decirles a nuestros padres adónde vamos, chicos —comentó Matt.

—¿Es broma? Mamá jamás nos daría permiso de hacerlo —dijo Mike.

—Pero si nos perdemos, nadie sabrá dónde buscarnos.

—Christopher se perdió aquí durante seis días. Él ya conoce la zona —señaló Special Ed.

Matt miró a Christopher buscando apoyo, pero él estaba observando las enormes y coloridas hojas de los árboles. El viento bailaba suavemente a su alrededor. Se sentía como si el bosque estuviera respirando.

—Sí. Ya deja de portarte como un bebé —le dijo Mike a su hermano tres minutos menor que él.

—No soy un bebé.

—Pues demuéstalo. Entra tú primero.

—De acuerdo, lo haré —dijo Matt sin moverse.

—Vamos. ¿Qué esperas? Los árboles no muerden.

—¡Dije que lo haré!

Pero Matt no se movió. Tenía demasiado miedo.

—Ya, chicos. Síganme —dijo Christopher al fin.

Él entró primero, dando por terminado el juego y rescatando la dignidad de Matt. Los niños lo siguieron bajo el túnel formado por los árboles y el bosque de la calle Mission los devoró enseguida.

Christopher siguió una vereda, intentando encontrar el camino de la Constructora Collins hacia el claro. Pero lo único que veía era que sus pies no dejaban huellas. Quizá la tierra estaba demasiado seca. Y si se perdían, nadie podría encontrarlos. Dado que el claro estaba escondido tras varios acres de árboles, nadie sabría siquiera que estaban ahí.

Por un momento, tuvo un *déjà vu*. Las huellas de un niño. Recorriendo el camino como un rastro de pan. En su cabeza, se vio a sí mismo recorriendo un sendero. Siguiendo las huellas. No sabía si había sido un sueño o no. Lo único que sabía era que probablemente no debería contarles eso a sus amigos porque le dirían que estaba loco. Algo crujió más adelante. Ramas como huesos.

—Mira, Chris —susurró Matt, señalando hacia el frente por el camino.

Un ciervo los estaba observando.

Estaba a mitad del camino, inmóvil como un adorno de jardín. Miró a Christopher a los ojos y luego comenzó a adentrarse en el bosque. En una dirección que él nunca había recorrido.

—¿Adónde va? —susurró Matt.

Christopher no respondió. Solamente lo siguió. Paso a paso. El dolor comenzaba a subir por su cuello. Hasta sus sienes. Impulsándolo a seguir adelante. Por un camino estrecho. Miró hacia su izquierda y vio...

... un refrigerador abandonado.

Estaba tirado como un esqueleto viejo. Lleno de ramas y hojas. Un nido para algo. O alguien.

—¿Chris? —dijo Special Ed, señalando hacia el frente. Parecía asustado—. ¿Qué es eso?

Christopher levantó la vista y vio al ciervo entrando a un enorme túnel. Parecía la boca de una cueva. Con marcos de madera podrida. Christopher se acercó a la vieja mina de carbón. Había algo muy familiar en ella.

—No deberíamos entrar —señaló Matt.

Pero Christopher no lo escuchó. Sentía el impulso de seguir caminando. Entró en el túnel oscuro. Los chicos lo siguieron. El mundo se volvió negro. Las vías de la vieja mina parecían topes bajo sus pies. El lugar olía como si alguien hubiera orinado en un baño con un «largo alcance».

Special Ed encendió una linterna. Christopher la tomó y la apagó.

—No. Lo vas a asustar —susurró.

—¿Yo lo voy a asustar? —preguntó Special Ed.

Los chicos siguieron al ciervo hasta la salida del túnel. Christopher bajó la vista y se encontró con las huellas de lo que parecían cientos de ciervos. Y otras criaturas que vivieron y murieron durante generaciones en ese bosque, sin saber que existía una cosa tal como el hombre. Luego miró hacia el frente.

Los cuatro chicos habían llegado al claro.

No se dieron cuenta de lo oscuro que estaba el camino porque sus ojos necesitaron tiempo para ajustarse a la luz. Parpadearon y se cubrieron la cara por un momento.

Y entonces vieron el árbol.

Era el único en unos noventa metros a la redonda. Estaba muerto en el centro del claro. Como una mano torcida que salía de la mejilla de la tierra, como un barro.

Los niños se quedaron callados. Ya se les había olvidado el ciervo, que los miraba inmóvil. Comenzaron a caminar. Poco a poco. Avanzaban en silencio hacia el árbol. Los brazos de Mike, que habían cargado todo el peso de la carretilla, de pronto se sintieron ligeros. Matt, cuya garganta había estado reseca por la sed y el último aliento de una amigdalitis que combatieron los

antibióticos, tragó y de pronto no sintió dolor alguno. A Special Ed, que llevaba cinco minutos pensando cómo evitar compartir sus dos bolsas de Oreos, de pronto dejó de preocuparle si nunca volvía a comer en su vida. Y el dolor de cabeza de Christopher, ese que no se podía apagar con Tylenol para niños ni Advil con puré de manzana, al fin abandonó el espacio detrás de sus ojos y solo le dejó alivio. No había dolor. No había miedo. Ya no.

Christopher fue el primero en llegar al árbol. Estiró una mano, casi esperando que la corteza se sintiera como piel. Pero se sentía normal. Corteza fuerte y vieja, con salientes como arrugas. Le recordó a Ambrose, aquel agradable anciano del hospital.

—La construiremos aquí —anunció Christopher.

—Da miedo —comentó Special Ed, para luego agregar rápidamente—: Qué genial.

Christopher desenrolló sus planos y se pusieron a trabajar. Mientras descargaban las cosas, se quitó la mochila de Bad Cat de los hombros y dejó que las herramientas cayeran estruendosamente. Tomó un martillo y un clavo.

—Matt. Te toca el primer clavo —dijo.

—No —respondió Matt—. Es tuyo, Chris. Tú hazlo.

Christopher miró a sus amigos. Todos estaban de acuerdo. Mike y Matt sostuvieron la primera tablilla de 5 x 10 contra el árbol. Justamente al lado de un siglo de iniciales que algunos adolescentes habían tallado en su camino hacia la adultez. WT + JT. AH + JV. Nombres en fila como casas idénticas. Johnny y Barbara. Michael y Laurie. Justo antes de enterrar el primer clavo en el árbol, Christopher vio la inicial más fresca. Una sola letra.

D.

Después de que el primer clavo penetró al árbol, los chicos comenzaron a clavar el resto de las tablas de 5 x 10. Una encima de la otra. Una pequeña escalera que recorría el árbol como una fila de dientes de bebé. Podrían haberse quedado sin madera pronto, pero Christopher ya había previsto ese problema. Los niños nunca le preguntaron de dónde salió la enorme pila de madera. Quizá ni se dieron cuenta. O quizá simplemente no los desconcertó.

Pero él ya había comenzado a construir.

De hecho, llevaba tres semanas trabajando. Hablando con el hombre amable. Yendo y viniendo de la pila de madera de Collins. Preparándose y planeando. Esperando ese momento con sus amigos. El hombre amable dijo que lo mejor era mantenerse callado sobre cosas como esa hasta que fuera necesario hacer ruido.

Por suerte, el guardia de seguridad siempre estaba en el tráiler del capataz, viendo deportes en una pequeña televisión portátil. Estaba muy ocupado gritando «sí», «no» y «¿a eso le llamas interferir, imbécil?!», así que nunca notaba al niño saqueando la pila de madera de su jefe.

Christopher deseaba hablar con el hombre amable en ese momento, pero no quería asustar a sus amigos. No tenían idea de que estaba ahí, observándolos. En cierto momento, Mike se estiró hacia la bolsa de plástico blanca para tomarla y llenarla con clavos.

—No la toques —ordenó Christopher.

De inmediato, Mike devolvió la bolsa a la rama baja y siguió trabajando. Nunca se dijo que Christopher estuviera al mando. Pero nadie lo cuestionaba. Ni siquiera Mike, y él era el más fuerte.

Por alguna razón, los niños siempre saben quién es el líder.

Mientras trabajaban, comenzó a hacer tanto viento que los árboles se mecían de un lado a otro como brazos de adolescentes en un concierto. Pese a ello, cada vez que Christopher levantaba la vista, el rostro de nube seguía ahí, sin moverse.

Parecía que simplemente los observaba mientras construían.

Tras dejar a su hijo en casa de Special Ed, a la madre de Christopher le quedó algo de tiempo libre, así que decidió tomar la ruta panorámica hacia su trabajo. Observó el cielo. Las nubes estaban majestuosas, como enormes malvaviscos que sacaron del microondas justo antes de que se quemaran. Pero no eran ni de cerca tan hermosas como el bosque de la calle Mission. Las hojas ya habían comenzado a cambiar y los árboles se veían como la paleta de un artista: revueltos y limpios al mismo tiempo. Bajó la ventanilla del auto e inhaló profundo. El frío aire del otoño era tan refrescante. El cielo, tan azul. Los árboles, tan hermosos. El momento era tan perfecto.

Y, entonces, ¿por qué estaba tan ansiosa?

A lo largo de los años, había considerado su intuición de madre como una bendición. Sin importar las circunstancias, siempre creía que esa vocecita en su cabeza cuidaba a su hijo, a ella la mantenía cuerda y a los dos los ayudaba a sobrevivir.

Y justo en ese momento, estaba vibrando como un diapasón.

Claro que era sobreprotectora. ¿Qué madre no lo era? Después de esa semana infernal en la que Christopher desapareció, bien podría haberlo tenido encerrado bajo llave durante el resto de su vida de niño y adolescente y nadie la habría culpado. Pero la vocecita que era su guía le dijo que tenía que dejarlo vivir su vida y que no podía dejarse llevar por el miedo. A veces, la palabra madre tiene la capacidad de asfixiar. En ese momento, su hijo estaba seguro en casa de Eddie, comiendo comida chatarra y jugando videojuegos. Pasaría ahí toda la noche. Y, entonces, ¿por qué se sentía tan mal?

*Quizá es porque no tienes vida propia, Kate.*

Sí, quizá era eso.

Llegó a Shady Pines, marcó su entrada y se puso a trabajar. Cuando la mamá de Christopher se preocupaba, Super Kate se comportaba como una maniática. Volteaba las camas. Limpiaba los baños. Ayudaba a las enfermeras con el señor Ruskovich, quien usaba su trastorno muscular degenerativo para manosear «accidentalmente» a las mujeres todo el día.

—Miles de perdones —decía con su mal inglés, inclinando un sombrero

imaginario.

Después del desayuno, la maniática ya había terminado con todas sus tareas y quedaba poco por hacer, salvo preocuparse por su hijo. Por suerte, era «Día de Nuevos». Así le decían las enfermeras. Un sábado al mes, Shady Pines recibía a nuevos voluntarios para que se entrenaran como ayudantes o asistentes de cocina o cualquier tarea horrible que la señora Collins pudiera imaginarse a cambio del mínimo pago de los créditos universitarios (o las horas de servicio comunitario).

Por lo general, los voluntarios estaban hechos con el mismo molde. Chicos de preparatorias cercanas que descubrieron que sus solicitudes para la universidad estaban un poco pobres porque las actividades extraescolares como «texteo», «pachequeo» y «masturbación compulsiva» no eran exactamente lo que buscaba Harvard. Esos chicos trabajaban cada sábado durante un mes. Luego recibían un certificado para la universidad. Y nunca se volvía a saber de ellos. Salvo unos cuantos católicos llenos de culpa que llegaban a quedarse hasta dos meses. El récord era de cuatro.

Era una excelente situación de «tú me das, yo te doy y todos ganamos».

El señor Collins, dueño de Shady Pines, obtenía mano de obra gratuita. Su esposa, la señora Collins, conseguía atormentar a nuevos chicos por no cuidar bien a la señora Keizer, también conocida como su madre de setenta y ocho años con demencia y, al mismo tiempo, les contaba a sus *amienemigas* del club que solo quería «retribuirle un poco a la comunidad que tanto le ha dado a su familia». Y, por otro lado, los chicos lograban enriquecer sus solicitudes universitarias que les aseguraban un brillante futuro en el que serían jóvenes por siempre.

Ganar. Ganar. Ganar.

Padre. Hijo. Espíritu Santo.

Como las solicitudes para la universidad comenzaban a inicios del año, la temporada navideña era el santo grial del voluntariado. Antes de que alguien pudiera decir «Ivy League», Shady Pines ya estaba lleno de rostros jóvenes y ansiosos que buscaban engañar a las universidades para que creyeran que eran personas comprometidas. Kate contó unos veinte rostros. Diez veces más de lo usual.

Normalmente, la mamá de Christopher se hubiera saltado la clase de orientación, pero tenía un gran interés en ese «Día de Nuevos», porque justo al frente de la manada y ataviada con una falda larga, un suéter pachón y una sonrisa nerviosa, estaba la hermosa adolescente que encontró a Christopher en la carretera después de haber desaparecido durante seis días.



Mary Katherine MacNeil.

Estaba parada junto a su novio, un pobre muchacho desangelado de nombre Doug. Ambos eran tan agradables. Tan íntegros. Tan católicamente comprometidos con el temor a Dios que no tenían ni idea de lo que la señora Collins había preparado para ellos. La madre de Christopher quería asegurarse de que les asignaran las tareas menos dolorosas, así que se les acercó discretamente.

—Hola, señora Reese —dijo Mary Katherine—. ¿Cómo está su hijo?

—Muy bien —susurró la mamá de Christopher—. Ahora, váyanse hasta atrás. No interrumpen el discurso de orientación. Ofrézcanse para la cocina.

Dicho eso, les guiñó un ojo y se escabulló a la habitación de al lado, aparentando que volteaba un colchón mientras observaba la sonrisa fingida de la señora Collins.

—Bienvenidos a orientación —dijo.

Y así comenzó el discurso que la mamá de Christopher ya había escuchado dos veces. Sobre cómo Shady Pines era una institución dedicada al cuidado de los adultos mayores. Cómo una sociedad será juzgada por la manera en que cuida a sus ancianos. Cómo su familia compró ese centro de atención a los adultos mayores porque ellos merecen dignidad (aunque los trabajadores que la ofrecen no la tengan). Mentiras y más mentiras. Bla bla bla. Country club country club. La mamá de Christopher esperó a que el primer muchacho cometiera el terrible error de interrumpir el sermón. Y, sin falta, ocurrió...

—Disculpe, señora Collins. ¿Cuándo nos darán nuestro certificado? —preguntó un chico.

La madre de Christopher vio que la voz le pertenecía nada más y nada menos que a...

Doug.

Estúpido Doug.

—Lo recibirán al final del mes —respondió la señora Collins con una sonrisa.

Doug le devolvió el gesto.

—Qué bien. Voy a aplicar en diciembre.

—Qué maravilla. Tienes tantas ganas de ayudar. Qué muchachito tan agradable. ¿Ella es tu novia? —preguntó, señalando a Mary Katherine.

—Sí, señora Collins. Hola —dijo ella.

Estaban arruinados.

—¿Quieren una tarea especial? —preguntó la señora Collins.

Arruinados.

Mary Katherine parecía un ciervo frente a los faros de un auto. Volteó a ver a la mamá de Christopher, quien negó en silencio con la cabeza. Luego volvió a mirar a la señora Collins.

—Bueno, eh... Yo soy buena en la cocina. Me encantaría trabajar ahí —respondió con dulzura.

—¿Estás segura? Esto sería algo muy especial. Estarías al cuidado de mi madre.

Jodidamente arruinados.

—Bueno, eh... qué honor —respondió Mary Katherine. Se volvió hacia Doug buscando algo. La manera de salir de aquella. Cualquier cosa. Pero él se quedó en silencio.

Y entonces ocurrió el milagro.

—Sí, vaya que es un honor, niños —dijo una voz con tono sarcástico—. Su madre es una vieja malvada y loca, igual que ella.

Se escuchó una exclamación colectiva de sorpresa, una risa nerviosa, y todos voltearon hacia la voz para encontrar al dueño de unos lentes de fondo de botella.

Era Ambrose.

El anciano del hospital.

El anciano de las cataratas.

Las nubes en los ojos.

La señora Collins se dirigió a él.

—¿Cómo se atreve?

—¿Cómo me atrevo? Mire, señora Collins, estos niños tienen que escuchar su mierda para sus solicitudes universitarias, pero yo no. Así que jódase y deje de estar intimidando, *bully* de quinta —dijo.

Los chicos se rieron.

—Cuide su lenguaje frente a los niños, señor, o será expulsado de Shady Pines.

—¿Me lo promete? —preguntó él con tono sarcástico.

Luego se volteó hacia el grupo.

—Miren, niños. Están aquí por su futuro, ¿verdad? Pues observen a todos los viejos que hay aquí. Ese es su futuro. Así que no se anden con estupideces de mierda ni pierdan el tiempo. Vayan a la universidad. Tengan sexo. Hagan dinero. Viajen. Luego, cásenle y eduquen a sus hijos para que no sean como la señora Collins o su esposo. *Capiche?*

Sin esperar respuesta, se fue cojeando con sus rodillas lastimadas y dejó una habitación llena de fans que lo adoraban. Claro que eso no evitó que Mary

Katherine y Doug recibieran la peor tarea del lugar. Tampoco evitó que la señora Collins fuera aún más abusiva con los niños y el personal porque no podía poner sus garras manicuradas sobre Ambrose. Pero sí les dio un rayito de sol para ayudarlos a sobrellevar esos días.

Como una canción para los esclavos encadenados.

Después del almuerzo, la mamá de Christopher fue a la habitación de Ambrose para limpiarla. Estaba viendo *Jeopardy!* en la televisión. Se sabía todas las respuestas y las decía a gritos. Cuando llegaron los comerciales, se volvió hacia ella.

—Vi que intentó ayudar a esa pobre niña —dijo.

—Sí. También escuché cómo la ayudó usted —le respondió Kate.

Ella sabía mucho sobre Ambrose gracias a las enfermeras. Entre sus cataratas, el glaucoma y la edad, se decía que sus ojos no iban a sanar. Su oculista le advirtió que pronto quedaría ciego. Probablemente en Navidad. Él se tomó la noticia con un buen «A la mierda. De todos modos, no tengo a nadie a quien ver». No tenía parientes. Nadie lo visitaba. Nadie lo cuidaba. No tenía adónde ir en Navidad.

Y, sin embargo, él era quien iluminaba todo el lugar.

—¿Sabe, señora Reese? Este también es su futuro. Es una buena mujer y su hijo es muy bueno. Así que no deje que todo se vaya a la mierda.

Ella asintió con una sonrisa. Luego salió de la habitación, y se llevó la sonrisa de Ambrose con ella.

Ambrose apagó la televisión y dio un trago a su agua. Puso el vaso de plástico junto a su cama. Al lado de la fotografía de la anciana bonita y arrugada. Seguía hermosa tras cincuenta años de matrimonio.

Habían pasado dos años.

Ella había muerto. Igual que su hermano cuando él era un niño. Igual que sus padres cuando era un hombre de mediana edad. Igual que los hombres con los que combatió en el ejército. La única persona a la que se atrevió a amar siendo adulto se había ido. Y ahora su única compañía se encontraba entre las paredes de Shady Pines. Todos esos ancianos que eran como niños en una guardería a la que papá y mamá nunca irían a recogerlos. Todas esas enfermeras y doctores que hacían todo lo posible por que tuvieran calidad de vida. Y la agradable señora Reese con su maravillosa sonrisa.

Su esposa había muerto.

Para entonces, todos le habían dicho de una u otra forma que necesitaba seguir

con su vida. «¿Seguir hacia dónde?», respondía él. Sabía que tenían razón. Pero su corazón se negaba. Cada mañana despertaba recordando el sonido de la respiración de su mujer. Recordando que ella nunca tiraba nada (salvo las cosas de él, claro está). Y en ese momento daría cualquier cosa por una mañana más de discutir con ella sobre los huevos con tocino. Por la oportunidad de ver su piel marchitándose. Como la suya. Y mentirse el uno al otro sobre lo hermoso que aún eran sus cuerpos. En realidad, decirse lo hermoso que sus cuerpos eran el uno para el otro.

Esa era la clase de cosas que Anne decía. Una mezcla de autoayuda y «ya supéralo» de obrera irlandesa. Ahora, cada mañana Ambrose despertaba y se daba la vuelta en la cama. Y en vez del rostro de ella, veía un vaso de plástico. Los viejos no tenían permitido tener cosas de vidrio. No después de que la madre de la señora Collins se cortó en un ataque de demencia. El anciano mantenía su mente activa pensando en escapar del lugar como Clint Eastwood en Alcatraz. Podía escapar de Shady Pines, pero no había manera de huir de la vejez. No con la cadera mala, dos ojos peores y suficiente artritis para hacer llorar a alguien de treinta años. Y sin mencionar las heridas de guerra internas y externas. En realidad, envejecer no es para los débiles. Y el dolor físico era lo de menos. Podía soportar ver a sus héroes de la infancia convirtiéndose en notas al pie de página. Incluso podía soportar ver sus recuerdos a color convertirse en imágenes en blanco y negro. Pero el anciano sabía que nunca iba a superar la muerte de su esposa mientras siguiera vivo.

Ambrose fue criado como católico, pero desde que su hermano murió cuando eran niños, pensó que ningún Dios podía permitir que pasara lo que ocurrió. Lo pensaba cada vez que veía la habitación vacía que solía ser de su hermano. Cada vez que veía a su madre llorando. Incluso a su padre. Desde ese momento, no volvió a pensar en Dios. Solo le quedó la firme creencia de que somos carbón y electricidad y nada más. Cuando te mueres, te mueres. Y su Anne estaba en un hermoso terreno que visitaba cuando el transporte podía llevarlo. Y cuando estuviera bajo tierra junto a ella, sus fotografías terminarían en la basura porque su rostro ya no significaría nada para nadie. Él era la última persona viva que la conoció y la amó. Igual que a su hermanito. Igual que a sus padres. Igual que a su esposa, quien le dijo: «No te preocupes. La muerte es solo un sueño del que ya no despiertas». Su esposa, quien le hizo prometer que le haría un funeral irlandés tradicional con este chiste: «No puedes dormir bien si no hay quien te vele».

Justo antes de cerrar los ojos para su siesta de la tarde, se tendía en la cama

como Clint Eastwood en Alcatraz. Buscando la manera de escapar de la vejez. Cubriendo a medias las nubes en sus ojos y pidiendo con todo su corazón, como hacía antes de cada siesta y cada sueño, ya no despertar. «Dios, si estás allá arriba, por favor, permíteme volver a ver a mi familia. Te lo imploro», susurraba. No sabía en qué momento se le cerraban los ojos. Simplemente los abría y se daba cuenta de que Dios lo mantenía vivo por alguna razón que solo Él sabía. Por un propósito o por castigo. O ambos. Luego se daba la vuelta...

Y veía el vaso de plástico donde solía estar su esposa.

Kate pensaba en lo agradable que era Ambrose mientras recorría Shady Pines. Observó a los ancianos en la sala. Algunos jugaban damas. Otros, ajedrez. Un poco de televisión de sábado por la tarde. Unos hablaban. Unos tejían. Casi todos sentados. Unos cuantos entusiastas ya estaban formados en la fila de la comida para ser los primeros en elegir gelatina.

*¿Sabe, señora Reese? Este también es su futuro. Es una buena mujer y su hijo es muy bueno. Así que no deje que todo se vaya a la mierda.*

Ese pensamiento no le resultaba deprimente. Era serio y realista. Sentía el reloj avanzando en su pecho. Y recordó una frase de uno de sus libros de autoayuda. Uno de los primeros que la sacaron de su horrible y pequeño pueblo con su horrible y pequeña familia.

*Solo tenemos este momento. Nada más.*

Sabía que las noches de viernes siempre serían para su hijo Christopher.

Pero quizá las noches de sábado podían ser para ella.

Se levantó y fue al teléfono. Tras un momento, marcó.

—Hola. Habla a la oficina del alguacil —dijo la voz.

—¿Puedo hablar con él, por favor? Soy Kate Reese.

—Un segundo, señora.

Se quedó ahí, escuchando la música de espera. La canción era «Blue Moon». Tras un momento, el teléfono soltó un clic.

—¿Hola? —dijo el alguacil—. ¿Está todo bien, señora Reese?

—Sí. Todo está bien.

Pudo escuchar cómo él se dio cuenta de que no lo estaba llamando por cuestiones de trabajo. Su voz cambió.

—Ah. Qué bien. Muy bien —dijo él, y luego esperó.

—Sí. Bueno, mire, eh... No tengo trabajo esta noche.

—Yo tampoco —comentó él.

Ella esperó. Sea un hombre. Dé el paso.

Y él así lo hizo.

—Hueles a que vas a salir.

Era lo que Christopher solía decirle cuando era pequeño. Ella se ponía su labial rojo y un vestidito negro. Se rociaba una nube de perfume en las muñecas y las frotaba una contra la otra hasta que la nube desaparecía. Y su hijo la seguía por el departamento con sus piecitos y decía: «Hueles a que vas a salir».

Pero él no estaba ahí en ese momento.

Kate abrió la puerta del clóset y miró su vestido nuevo para su vida nueva. Esa tarde, decidió que ya no le iba bien ninguno de sus antiguos atuendos. Ni a su cuerpo ni a su vida. Los shorts. El vestido ceñido. La falda de mezclilla de mal gusto. Todo era de la vieja Kate Reese. Quizá la nueva se merecía algo un poco mejor.

Aún tenía ahorrado algo de lo que se ganó en la lotería. No podía renunciar pronto a su trabajo, pero la hipoteca de ese mes ya estaba pagada. Las cuentas para el retiro estaban al día, junto con el fideicomiso universitario. Claro que se sentía culpable y derrochadora, como siempre que tenía que gastar dinero en ella misma. Pero esa vez decidió darse la oportunidad y ver qué se sentía despilfarrar. Solo un poco.

Así que, al salir del trabajo, fue al *outlet* de Grove City.

Después de diez tiendas, un pretzel caliente y un té helado, al fin lo encontró. Un vestido de diseñador. En el estante de remates. El precio original era de 600 dólares y con el descuento solo costaba 72.50. No podía creerlo. Fue al probador. Tenía un espejo de los que adelgazan, gracias a Dios. Se quitó su ropa blanca de trabajo y deslizó el vestido sobre su cuerpo. Luego se detuvo al verse en el espejo.

*Dios mío. Esa soy yo.*

Se veía hermosa. Se veía como si nunca en su vida la hubieran maltratado. Se veía como si los hombres siempre la llamaran después del primer encuentro. Y siempre fueran buenos con ella. Y su esposo no la hubiera abandonado. Y nunca hubiera conocido a Jerry.

Compró el vestido y encontró los mejores zapatos del mundo en el estante de remates por 12.50 dólares.

*Así es. Jodidos 12.50.*

Celebró en el área de comida con su helado de yogur favorito. De fresa. Luego volvió a casa y se pasó el resto del día sintiendo que aquello era posible. A las 7:30 se puso el vestido y los zapatos. Se observó en el espejo de cuerpo completo. Y aunque ya no se veía tan flaca como en el de la tienda, no le molestó admitirlo.

Se veía bien.

Cuando salió al restaurante donde quedó de verse con el alguacil (lo cual fue su idea, porque siempre es bueno tener un auto para escapar), decidió que no iba a hablar para nada sobre Jerry. A cuántas primeras citas había ido desde que su esposo murió en las que el tema de conversación era el bastardo con el que salía. Pensaba que eran escuchas comprensivos. Lo que en realidad estaba haciendo era darle al siguiente bastardo un rastro de migajas de pan hacia toda la mierda que estaba dispuesta a aceptar porque su luto la hacía creer que era amor.

Pero con el alguacil sería distinto. Ya no dejaría rastro de pan. Ya no daría pistas de cómo maltratarla. Sí, él sabía algunas cosas sobre Jerry por la desaparición de Christopher. Pero eso era todo. Para él, Kate era viuda. Su difunto esposo era amable y honesto y la trataba como a las mujeres de las películas. No necesitaba escuchar la palabra suicidio. Y, lo más importante, ella no necesitaba decírsela.

Se estacionó. Encontró un excelente lugar junto al espacio para discapacitados. El filete miñón de los estacionamientos. Buena señal. Entró al restaurante diez minutos antes para asegurarse de ser la primera en llegar. Pero el alguacil ya estaba en la mejor mesa junto a la ventana. Supuso que él llegó veinte minutos antes y le dio unos dólares extra al señor Wong para conseguir ese lugar.

El alguacil no la vio. No al principio. Y ella aprovechó para examinarlo por un momento. Kate Reese sabía que las personas son ellas mismas cuando no saben que alguien las está mirando. Como su esposo, cuando al llegar a casa, lo encontró hablando con la pared. O Jerry, cuando al llegar a casa, lo vio con un *six-pack* vacío. Ya le habían hecho daño demasiadas veces para no aprovechar esos treinta segundos como si fuera un examen final.

El alguacil no miró su teléfono. No leyó el menú. Simplemente recorría el lugar con la mirada. Una y otra vez. Como por hábito. Buscando amenazas. Buscando sospechosos. Quizá solo era su entrenamiento de policía, pero ella pensó que era algo más. Una especie de respuesta primitiva a un mundo que sabía que era peligroso. Un mundo que ella conocía bien. Era un hombre real. Bien plantado. Guapo y con uniforme. Sexy a la manera de los trabajadores.



Y esas manos.

Kate Reese no era sentimental respecto a nada que no fuera su hijo. Pero tenía una debilidad por las manos. Podrán decir lo que quieran, pero eso era lo que le gustaba. Le atraían los hombres reales con manos fuertes que la hicieran sentir protegida.

Las manos del alguacil eran hermosas.

Y se las estaba soplando.

*Le sudan las manos. Está nervioso.*

—Hola, alguacil —dijo ella, agitando una mano.

—Ah, hola —respondió él con demasiado entusiasmo y se puso de pie.

Instintivamente, se limpió las manos en los pantalones de vestir y estrechó la suya. Sus manos estaban suaves y secas y eran fuertes.

—Conseguí una mesa junto a la ventana. Espero que le agrade —dijo.

—Está perfecto.

Retiró la silla para que Kate se sentara. Ella no podía creerlo. Su esposo solía hacer lo mismo. No le había vuelto a pasar desde entonces.

—Gracias.

Se quitó la chaqueta para revelar su vestido de diseñador y luego tomó asiento.

—De nada. Se ve hermosa. Qué vestido —dijo él.

—Me costó 72.50 dólares en el *outlet*.

*Mierda. ¿Por qué le dije eso?*

—Fue del estante de remates. También los zapatos —agregó.

*Cállate, Kate.*

Eso se quedó en el aire por un momento. Luego, el alguacil sonrió.

—¿En cuál centro comercial? ¿El de Grove City? —preguntó él.

Ella asintió.

—Ese es el mejor. Ahí compro toda mi ropa —comentó él como si nada.

Y con eso, Kate Reese dio por iniciada la mejor primera cita que había tenido desde el padre de Christopher. No mencionó a Jerry ni una vez. Ni siquiera pensó en él. La antigua Kate Reese que soportaba a Jerry se vestía con el saco de entrevistas agujerado bajo el brazo. La nueva andaba con un hermoso vestido de diseñador y estaba con un hombre de manos excelentes que no dejó de soplarle durante toda la cena porque, por una vez en la vida de Kate, un hombre estaba nervioso por impresionarla. En vez de que fuera al revés.

Cuando Christopher llamó a su mamá, estaba confundido. No había contestado el teléfono de casa, pero sí su celular nuevo. Y la música de fondo no sonaba como la televisión. Sonaba como música de restaurante.

—¿Hola, mamá?

—Hola, cariño.

—¿Dónde estás? —preguntó Christopher.

—En China Gate.

—¿Estás sola? —preguntó, aunque ya sospechaba la respuesta.

—No. Estoy con un amigo.

Christopher sabía lo que eso significaba. Su madre siempre le decía «amigo» al nuevo tipo con el que estaba saliendo. Se encargaba de no darle un nombre a su hijo hasta que fuera algo más serio. Recordó cuando estaban en Michigan. Después de un mes de no decir nada al respecto, le dijo que su amigo se llamaba Jerry.

—Ah, qué bien —dijo Christopher.

—¿Y tú? ¿Te estás divirtiendo? ¿Te la estás pasando bien en la pijamada?

—Sí. Pero te extraño.

—Yo también te extraño, cariño.

—Tal vez mañana, al salir de la iglesia, podamos hacer algo divertido —dijo él.

—Claro que sí, cariño. Lo que tú quieras. Hasta ir a Dave & Buster's.

—Bueno. Te amo, mamá.

—Yo también te amo, cariño. Nos vemos mañana.

Tras eso, colgaron. Y siguió el silencio.

Christopher le pasó el teléfono a Special Ed y siguió trabajando. Con el rabillo del ojo, podía ver a Mike y a Matt, que le estaban enviando un mensaje a su mamá desde el teléfono de la mamá de Special Ed (que el listillo de Eddie «perdió» durante el fin de semana). Podía escuchar quedamente a Special Ed llamando a su papá del teléfono de Mike y Matt para contarle que se la estaba pasando increíble en casa de los gemelos. Y oh, no... no había visto el teléfono de su mamá. Quizá lo dejó en el salón cuando fue a hacerse el mani-pedi.

Pero Christopher apenas ponía atención. Solo quería que ese nuevo «amigo» fuera bueno con su mamá. No como los otros. Pensó en todos los gritos que había escuchado a través de las paredes. Todas las veces que le habían dicho cosas a su madre que él era demasiado pequeño para entender. Unos meses después, escuchó a unos niños mayores diciendo «zorra» en el parque. Quizá dos meses después, la palabra «carajo» se volvió «mierda». Y «tarado» se volvió «imbécil». Y las palabras los volvían mayores y más feos. Si tan solo pudiera hacer que las paredes de la casa del árbol fueran lo suficientemente gruesas, nadie podría escuchar esas malas palabras a través de ellas. Si pudiera hacerlas lo suficientemente fuertes, nadie podría volver a escuchar «Jódete, zorra» nunca más. Mientras martillaba clavo tras clavo tras clavo, no dejó de mirar la bolsa de plástico blanca.

—Vamos, chicos. Se acabó el descanso —anunció.

Nadie lo cuestionó. Los chicos simplemente volvieron al árbol. Habían trabajado así todo el día, solo se detenían para tomar un poco de Kool-Aid de cereza o comer un poco de jamón picado. Al final de la mañana ya habían clavado las vigas del suelo. La puerta secreta con la escalera de sogas quedó a la hora del almuerzo. A la mitad del día ya estaban montados los travesaños de las cuatro paredes. Aunque la temperatura bajó casi siete grados, siguieron trabajando con una concentración casi religiosa. El frío del otoño se les colaba en los huesos mientras sus mentes vagaban por las enormes ideas de los niños.

Special Ed habló sobre hamburguesas con queso. Se preguntaba por qué las de McDonald's eran mucho mejores que las de la cafetería. Pero no estaba tan contento con McDonald's por sus pays de manzana.

—¿Qué no saben que existe el caramelo? ¡O sea! —Su queja rápidamente se transformó en fantasías sobre la cena de Acción de Gracias con el famoso pay de manzana de su abuela. Solo faltaban cinco días. Mmmmmm.

Matt se preguntó cuándo dejaría de tener un ojo vago para poder quitarse el parche. Esperaba que fuera pronto para que Jenny Hertzog dejara de gritarle «¡Perico Pirata! ¡Perico Pirata!».

Mike no dijo nada sobre su apodo de «Mike Machorras». Estaba concentrado en construir la casa del árbol. Dijo que los clavos eran perfectos. Todos entraban a la primera y sin problemas. Por lo general, los clavos son difíciles. Se doblan y tienes que sacarlos y enderezarlos. Pero esos clavos no. Siempre entraban al árbol. Mike miró a su hermanito, quien le sonrió. Por alguna razón que solo ellos dos sabían, él le devolvió la sonrisa.

—¿Te acuerdas de cuando pisaste un clavo oxidado y te tuvieron que vacunar

contra el tétanos? —le dijo Mike a su hermano menor.

—Se dice tíntanos —lo corrigió Special Ed.

—Sí. Me dolió —comentó Matt.

—Pero no lloraste —dijo Mike.

—No. No lloré.

La charla pronto se convirtió en un acalorado debate sobre cuál Avenger era el mejor. Special Ed se identificaba con Hulk. A Matt le gustaba Iron Man hasta que a su hermano mayor le gustó Thor y entonces aceptó que ese era el mejor. Nadie daba con la respuesta de cómo se vería Hulk cagando. Pero todos estuvieron de acuerdo en que era lo más gracioso que habían escuchado en su vida.

Juntos decidieron que deberían asignarse un personaje cada uno. A Special Ed le tocó su amado Hulk tras convencer al grupo de que Mike era perfecto para ser Thor porque era el mejor con el martillo. Matt tenía que ser el Capitán América porque comenzó siendo un don nadie, pero se convirtió en alguien enorme y poderoso. Todo el grupo estuvo de acuerdo en que solo había un Iron Man. Christopher. Él era el líder. El más inteligente. La mente maestra.

—La votación fue anónima —anunció Special Ed.

Y eso fue todo. Los chicos no dijeron nada por el resto de la tarde. El árbol era como una madre con sus bebés en los brazos. Seguros y protegidos. Solo cuando se bajaron del árbol les llegó el frío y se dieron cuenta de que estaba helando. No sabían adónde se les había ido el tiempo. El claro era todo su mundo. Un enorme círculo protegido por árboles y nubes. Una isla en medio del océano.

La única persona que no se sentía segura era Christopher. Conforme el día se volvía noche, comenzó a ver el claro como un ciervo con ojos a cada lado, vigilando por si se acercaban los depredadores. El depredador no era visible, pero aun así podía sentirlo. Con cada golpe del martillo, podía sentir un susurro cada vez más adentro de su cabeza. Las mismas palabras que resonaban como la congregación repitiendo el Padre Nuestro con el padre Tom y la señora Radcliffe los domingos.

*No estamos avanzando lo suficientemente rápido.*

Christopher les pidió a los chicos que trabajaran con mayor velocidad. Y así lo hicieron. Con las manos lastimadas y el rostro quemado por el sol pese al frío de noviembre. Todos se veían más cansados de lo que estaban dispuestos a admitir. Especialmente Matt, que nunca quería parecer débil frente a su hermano mayor. Pero hasta él se veía agotado. Aun así, siguieron trabajando. Tarareando quedo una canción que salía de sus corazones. «Blue Moon». Hasta que, al fin, por ahí

de las once de la noche, sus cuerpos comenzaron a rendirse y la más inesperada voz de la razón habló.

—Esto es una locura. Tengo hambre —exclamó Special Ed.

—No vamos a parar —dijo Christopher.

—Por favor, Chris. Suelta el látigo. Es la primera noche —comentó Mike.

—Sí —agregó Matt.

—Tenemos que terminar esto antes de Navidad —dijo Christopher.

—¿Por qué? —preguntó Special Ed, de malas—. ¿Por qué es tan importante?

Christopher miró la bolsa de plástico blanca. Luego se encogió de hombros.

—No es nada. Tienen razón. Comamos —dijo.

Los cuatro chicos se sentaron en la rama más larga, lado a lado, como los hombres que construyeron el Rockefeller Center. Christopher había visto esa fotografía en la biblioteca con su mamá. Todos esos hombres sostenidos en una viga sobre la ciudad. Un movimiento en falso y todos morirían.

En la cena, se pasaron la cantimplora con Kool-Aid y comieron sándwiches de crema de cacahuete con mermelada de uva. Como postre, comieron Oreos con la leche helada que habían guardado en el río junto al puente. Tras un día de trabajo pesado, fueron las Oreos más deliciosas que cualquiera de ellos hubiera comido. Pasaron la siguiente hora llorando de risa al buscar el máximo eructo o pedo.

Y al mismo tiempo contando historias de fantasmas.

Matt les contó la del tipo con un garfio que todos ya habían escuchado un millón de veces. Y sin que Matt fingiera ser ese tipo (porque nadie tenía un garfio), no asustaba mucho. Pero Christopher hizo su mejor esfuerzo por parecer asustado para que Matt no se sintiera mal por su fracaso.

Luego Christopher contó la trama de la película *El resplandor*, la cual estaban pasando en la tele la noche en que Jerry se quedó dormido en el sofá. Su mamá estaba trabajando el turno de la noche en el merendero y se suponía que ese tipo tenía que cuidarlo. A Christopher le caía bien el cocinero negro y no entendía por qué, si podía ver el futuro, se fue directo hacia el hacha. Pero, fuera de eso, era una muy buena película.

La historia de Mike también fue muy buena. Comenzó con la linterna bajo su mentón.

—¿Saben por qué sepultan a los cadáveres tres metros bajo tierra? —preguntó como los tipos escalofriantes que abren los programas de terror en la televisión.

—Porque luego apestan —dijo Special Ed—. Lo vi en la televisión.

—No —aclaró Mike—. Los entierran a tres metros para que no puedan salir. Ahí abajo todos están despiertos. Y se la pasan moviéndose como gusanos para

salir. ¡Y comerse tu cerebro!

Mike prosiguió a contar la historia de un zombi que despertó bajo tierra y salió para buscar al tipo que los mató a él y a su novia con una pistola. Terminó con el zombi comiéndose el cerebro del tipo con cuchillo y tenedor. ¡A los chicos les encantó!

Excepto a uno.

—Tengo una mejor historia —dijo Special Ed con seguridad.

—Claro que no —lo retó Mike.

—Que sí. La escuché de mi papá.

Mike asintió, animándolo a hacer el ridículo. Special Ed tomó la linterna y se la puso bajo el mentón.

—Hace mucho tiempo, en este pueblo, había una casa. La casa Olson —dijo Special Ed.

Mike y Matt se callaron de inmediato. Ya habían escuchado esa historia. Special Ed continuó:

—El señor y la señora Olson estaban cenando fuera de casa. Y dejaron a su hijo mayor a cargo de su hermano menor, David, que estaba loco. Pasó toda esa noche bajando las escaleras y diciendo locuras, mientras el hermano mayor intentaba besuquearse con su novia. «Hay una bruja afuera de mi ventana». «Tiene un gato que maulla como bebé». «Hay alguien en mi clóset». Cada vez que bajaba, su hermano mayor lo obligaba a subirse enseguida para seguir besando a su novia. Aun cuando David bajó con los pantalones de la pijama manchados de pipí por el miedo, su hermano pensó que solo estaba fingiendo para llamar la atención porque últimamente había estado muy raro. Así que lo llevó a su cuarto y le cambió la pijama. Luego lo acompañó a recorrer toda la planta alta y le mostró que no había nada que temer. Pero David no le hizo caso. Siguió gritando. Al final las cosas se pusieron tan mal que el hermano mayor lo encerró en su habitación. No importaron los gritos de David ni sus patadas en la puerta, su hermano mayor no lo dejaba salir. Cuando al fin las patadas y los gritos se detuvieron, el hermano mayor bajó las escaleras para estar con su novia otra vez.

»Y fue entonces cuando escucharon el llanto de un bebé. Sonaba como si estuviera en el porche. Pero no sabían quién llevaría a un bebé hasta ahí a esas horas de la noche. O por qué. Así que fueron a la puerta principal.

»—¿Hola? —dijo el hermano mayor, asomándose por la mirilla de la puerta. Pero no vio nada. Lo único que podía escuchar era el llanto del bebé. Estaba por abrir la puerta cuando su novia lo detuvo, tomándolo por el brazo.

»—Detente—le dijo.

»—¿Qué te pasa? —le preguntó él—. Hay un bebé ahí afuera.

»—No abras la puerta —dijo ella.

»—¿De qué hablas? ¿Y si está solo? Podría gatear hasta la calle.

»—No es un bebé —le aseguró ella. Tenía el rostro pálido. Estaba aterrada.

»—Estás loca —dijo el hermano mayor.

»Ella se fue por las escaleras hacia la habitación de David.

»—¿Adónde vas?! —le preguntó él.

»—¿Tu hermano decía la verdad! —dijo ella.

»El hermano mayor abrió la puerta y se encontró con un bebé en un moisés en el porche. Se acercó a recogerlo y levantó la manta que lo cubría. Entonces lo vio... un reproductor de casetes que estaba haciendo sonar el llanto del bebé. El hermano mayor subió corriendo por las escaleras y encontró a su novia en el cuarto de David, gritando. El cristal de la ventana estaba hecho pedazos. Había huellas de manos con lodo por todas las ventanas y paredes. Su hermanito ya no estaba. Nunca lo encontraron.

Los chicos se quedaron en silencio. Christopher tragó saliva con dificultad.

—¿En serio pasó eso? —preguntó.

Los tres chicos asintieron.

—Es una leyenda local —comentó Special Ed—. Los papás nos cuentan esa historia para que nos vayamos a dormir por la noche.

—Sí, pero, en la versión de nuestro tío, en el porche había un asesino con la grabación del bebé —comentó Mike.

—Sí —agregó Matt—. Y no había novia.

Daba lo mismo. Coronaron a Special Ed como el rey de las historias de miedo. Para entonces, ya pasaba de la medianoche. El trabajo del día y sus barrigas llenas los dejaron a todos somnolientos. Como estaban asustados por las historias, decidieron que uno de ellos debía montar guardia mientras los otros dormían. Como buen líder, Christopher tomó el primer turno para que su equipo pudiera descansar.

También para tener la oportunidad de estar a solas con el hombre amable.

Miró cómo sus amigos desenrollaban sus sacos de dormir y los colocaban sobre el suelo frío. Se metieron en ellos y se pegaron unos contra los otros para mantener el calor. En unos cuantos minutos, la plática se terminó. Las linternas se apagaron. Y solo quedó la oscuridad. Y el silencio.

Christopher estaba en la casa del árbol. Echó un vistazo al claro buscando algún signo de bebés o gatos o brujas. Pero lo único que vio fue al ciervo, que lo

miró por un segundo y luego volvió a olisquear el suelo, buscando algo que comer.

Se envolvió con el saco de dormir y comió una Oreo fría, su lengua saboreó la crema blanca del relleno. Miró el bosque bajo la luz de la luna. Las hojas anaranjadas y rojas parecían una hoguera. Y en cuanto las vio, pudo percibir ese aroma a guante de cuero y el tabaco en la camisa de su padre y el pasto recién cortado y las hojas húmedas y los hot cakes con chispas de chocolate y todo lo que le gustaba oler. Levantó la vista y vio que las nubes se habían ido para dar paso a la luna. Detrás de ella había miles de estrellas.

Nunca había visto tantas. Tan brillantes y hermosas. Vio una estrella fugaz. Luego otra. Y otra. Una vez, en catequesis, la señora Radcliffe les dijo que las estrellas fugaces eran almas que estaban ascendiendo al Cielo. También vio un programa de ciencia en la televisión en el que decían que una estrella fugaz era un meteorito quemando la atmósfera de la Tierra. Pero escuchó su teoría favorita en un parque de Michigan. Se enteró de que una estrella fugaz no era más que el último aliento de una estrella moribunda y que toma seis millones de años para que la luz llegue a la Tierra, así que se sabe que la estrella está muerta. Entonces, se preguntó cuál era cuál. ¿Un alma o una estrella? ¿Y si todas las estrellas ya se habían quemado y solo nos tomaría seis millones de años saberlo? ¿Y si al día siguiente se cumplían los seis millones de años? ¿Y si estaban completamente solos? Y no hay más estrellas que el Sol. ¿Y si el Sol se quema? Y nuestra estrella fugaz puede ser vista dentro de millones de años a partir de ahora. Por un niño que está construyendo una casa del árbol con sus amigos. Y comiendo Oreos frías o lo que sea que coma la gente en otras partes del universo. ¿Todas las estrellas y todas las almas van al mismo lugar al final?

¿Así se verá el fin del mundo?

Esa idea hizo que le doliera un poco la cabeza, lo cual era raro porque nunca le dolía cuando estaba en el árbol. Pero esa idea era distinta. Y lo llevó a otras mejores. Como pensar en hogueras cálidas. Y su cama calentita en casa. Y lo bien que se sentía la mano de su madre cuando le acariciaba el cabello mientras él dormía. Llevaba veinte días casi sin dormir, pues pasaba las noches despierto llevando madera al árbol como preparación para la obra. Pero en ese momento tenía más sueño que nunca.

Mientras sus ojos se iban cerrando contra su voluntad, Christopher tuvo un *déjà vu* sobre el árbol. Como si ya hubiera dormido ahí. Creyó que podía sentir la mano de su madre tocándole el cabello como lo hacía a veces cuando tenía fiebre. Pero su mamá no estaba ahí. Solo estaban las ramas del árbol. Y esas no



se movían lo suficiente como para acariciarle el cabello a alguien.  
Y sin duda no se sentían como piel.

christopher. despierta.

Christopher abrió los ojos y miró la bolsa de plástico blanca, que estaba crujiendo debido a la brisa.

hola.

Le dio mucha alegría que el hombre amable hubiera regresado, pero no se atrevió a decir nada. No quería que sus amigos pensarán que estaba loco.

no te preocupes. tus amigos están dormidos. no pueden escucharnos.

Christopher lanzó una mirada hacia el claro. Vio a sus amigos acurrucados en el suelo.

—¿Dónde estabas? —susurró.

he estado aquí, vigilándote. lo estás haciendo muy bien.

—Gracias —dijo Christopher.

¿estás cansado o puedes seguir construyendo?

Christopher miró su teléfono. Solo había dormido diez minutos, pero de algún modo se sentía como si se hubiera despertado tarde un domingo. Tenía los músculos tensos y adoloridos. Pero por alguna extraña razón no estaba cansado.

—Puedo seguir construyendo —dijo al fin, alegremente.

perfecto. vamos a la pila de madera a traer provisiones para mañana.

Christopher bajó por los escalones que eran como dientes de bebé. Luego tomó una ramita y agarró con ella la bolsa de plástico blanca.

Él y el hombre amable salieron juntos del claro.

Ya había recorrido ese camino una docena de veces. Pero algo era distinto. Algo andaba mal. Sentía ojos puestos en él. Los ojos de los ciervos. Y otras criaturillas. Las ramas crujían bajo sus pies como huesos frágiles. Le pareció que podía escuchar una respiración detrás de él. Como cuando jugaba al escondite e intentaba no respirar demasiado fuerte. Pensó que alguien estaba cerca. Una respiración superficial. Como la de un niño.

Recordó la mano de un niño.

La risa de un niño.

¿Fue un sueño? ¿O fue real?

encontré un atajo. da vuelta aquí.

Christopher siguió la bolsa de plástico blanca. Anduvo sobre troncos hasta que se tropezó con una rama. Encendió la linterna en la profundidad del bosque y

creyó que dos ramas eran un par de brazos que iban a estrangularlo. Quería gritar, pero no se atrevió. El hombre amable ya le había advertido sobre esa sensación. Cuando el viento no se siente como viento, tienes que ser extremadamente cuidadoso.

especialmente cuando se siente como una respiración.

—¿Chrissssssstopher? —silbó el viento detrás de él.

Pudo sentirlo en su cuello. Quería voltear, pero sabía que no debía hacerlo. Tenía miedo de que, si lo hacía, se convertiría en una estatua de sal. O de piedra. O todas las cosas malas de las que el padre Tom y la señora Radcliffe hablaban en misa y en catequesis. Una serpiente. Un niño.

—Sssssss —silbó el viento detrás de él.

Christopher se echó a correr hacia la zona de la Constructora Collins. Vio el farol de la calle adelante. Alta y azul. Corrió con todas sus fuerzas y justo cuando el siseo alcanzó su nuca, salió del bosque...

... y llegó a la calle.

Miró hacia atrás. No vio más que árboles. Ni ojos ni cuerpos. Seguro su mente le estaba jugando chueco. O no.

—¿Qué fue eso? —le preguntó al hombre amable.

tenemos que apresurarnos.

Christopher fue hacia la pila de madera. Por suerte, el guardia de seguridad estaba dormido en el tráiler del capataz. Tomó la madera de 5 x 10 más larga que pudo encontrar y la sacó. La madera cayó y se azotó contra el suelo. Vio cómo el guardia de seguridad se reacomodaba en su silla, pero sin despertar. Solo estaba hablando en sueños como solía hacerlo Jerry cuando se emborrachaba.

—¿Christopher? —dijo el hombre dormido.

Los vellos de la nuca se le erizaron. Vio los ojos del hombre moverse bajo sus párpados como si estuviera soñando.

—¿Qué haces con la madera? —susurró el guardia.

Christopher comenzó a alejarse.

—¿Qué haces aquí? —susurró el guardia en sueños.

Christopher volvió al bosque de puntitas. Tomó el pedazo de madera más grande y lo arrastró bajo el cobijo de la oscuridad.

—En serio no deberías estar aquí —susurró el guardia—. O vas a terminar igual que él.

El niño sintió el corazón en la garganta.

ay, dios.

El hombre amable sonaba aterrado.

quédate quieto. no te muevas.

El guardia se levantó y empezó a andar como sonámbulo.

—Igual que él, Chrissstopher —siseó el guardia.

no hables. pasará pronto.

El guardia fue directo hacia el niño. Olisqueando el aire. Se detuvo justo frente a él y se dejó caer de rodillas. Abrió los ojos, pero estaban en blanco. No tenía pupilas. Estaban blancos como una bola de billar.

O como una nube.

—¡IGUAL QUE EL BEBÉ! —gritó el guardia—. ¡AAAAAAAH!

Tras decir eso, el guardia cerró los ojos y volvió al tráiler.

recoge la madera. rápido.

Christopher salió como rayo. Arrastró el largo pedazo de madera bajo los árboles hasta llegar al sendero. Cuando al fin estuvieron a salvo en el claro, se dirigió a la bolsa de plástico blanca.

—¿Qué fue eso?

El hombre amable no dijo nada.

—¿Qué quiso decir con eso de que «vas a terminar igual que él»?

no lo sé.

—Sí lo sabes. Voy a terminar igual que el bebé. ¿Qué significa eso?

por favor, christopher. no me preguntes eso.

—Dime —exigió Christopher—. O dejaré de trabajar.

La bolsa de plástico blanca flotó con el viento en la rama que el niño llevaba en la mano. Hubo un largo silencio, y luego, una voz triste y resignada dijo:

no te puedo decir. pero puedo mostrártelo. solo recuerda...

podemos tragarnos nuestro miedo o dejar que nos devore.

*¿Qué fue ese ruido?*

Matt se incorporó. Estaba dentro de su saco de dormir, cubierto como un hombre dentro de un tronco vacío. Su mano instintivamente se fue hacia su frente, que estaba llena de sudor.

Por la pesadilla.

Estaba pegado al suelo como una trampa para moscas. La tierra se convirtió en arenas movedizas. No podía levantarse ni correr. Se estaba ahogando en la calle. La arena le cubría los pulmones.

Gritaba mientras su hermano moría.

Asomó la cabeza fuera del saco de dormir y miró las estrellas. La luna azul iluminaba el claro como una linterna. Brillante como un sol muriendo en el cielo. Un ciervo lo estaba mirando. Matt se levantó de golpe. El ciervo se asustó y se echó a correr hacia la vieja mina, que parecía la boca de un gigante que se tragó al animal entero.

Matt se salió de su saco de dormir y el aire helado de noviembre cubrió su pijama. Fue entonces cuando lo sintió. Humedad. Había mojado la cama de nuevo. Y no lo hizo en su casa. Lo hizo en una pijamada frente a sus amigos. Como un bebé, pensó. Como un estúpido bebé.

Mike se burlaría por el resto de su vida.

Asustado, echó una mirada a la carretilla cerca del árbol. Pensó que quizá si tomaba su mochila, podría ponerse otros pantalones térmicos encima antes de que Mike despertara. Se acercó al árbol evitando cada ramita que pudiera quebrarse. Pasó de puntitas junto a su hermano, que dormía profundamente, y tomó su mochila. Se alejó de Mike. Volvió hacia el túnel. Con cada paso, se iba acercando más hasta que sus ojos vieron algo bajo el brillo de la luna. Una figura agazapada en las sombras. Escarbando en la arena.

Era Christopher.

Y estaba hablando solo.

—Sí, puedo escuchar el llanto del bebé —susurró.

Matt olvidó lo de la ropa limpia y se acercó sigilosamente a Christopher, que estaba cavando en la tierra como un perro enterrando un hueso. Cuando se

acercó más, vio una ramita con la bolsa de plástico blanca colgando de ella.

—No quiero ver. Me da mucho miedo —susurró Christopher.

—¿Christopher? ¿Estás bien? —dijo Matt.

Christopher se dio la vuelta rápidamente. Parecía sorprendido.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó.

—Acabo de llegar. ¿Qué tienes en los ojos? —dijo Matt.

—¿A qué te refieres?

—Están muy rojos.

—No es nada. No te preocupes, ¿de acuerdo?

Matt asintió, pero sí le preocupaba. Christopher se talló los ojos exhaustos. Luego llevó la mirada hasta los pantalones de Matt y vio el río de orina que había teñido de azul oscuro la mezclilla. El rostro de Matt se puso rojo de vergüenza.

—No digas nada. Por favor —pidió Matt.

—No diré nada —susurró Christopher.

—En serio. Mi hermano nunca dejaría de burlar...

Sin decir nada, Christopher señaló hacia la mancha de pipí en sus propios pantalones.

—¿Tú también tuviste una pesadilla? —preguntó Matt.

—Sí. Así que no te preocupes.

Christopher le sonrió. Y, de algún modo, Matt se sintió mejor.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó Matt.

Christopher lo pensó por un momento.

—Buscando tesoros —dijo al fin.

—¿Te puedo ayudar?

—Claro. Agarra una pala.

—¿Podemos cambiarnos los pantalones primero? No quiero que Mike vea que me oriné, ¿sí?

Christopher sonrió y los dos chicos buscaron en sus mochilas hasta encontrar un par de calzones y pantalones limpios. Se quitaron la ropa interior como si fueran plátanos recién sacados del refrigerador. El frío les dio en sus pilines (palabra de Matt), los cuales se escondieron dentro de sus cuerpos como tortugas asustadas. Luego, rápidamente se pusieron la ropa limpia, que estaba tibia, suave y seca. Christopher buscó entre las herramientas y le entregó a Matt una palita. Y entonces se pusieron a buscar tesoros. Lado a lado.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Matt.

—Conmigo mismo —respondió Christopher—. Apresúrate. No quiero que

nadie más encuentre el tesoro, ¿tú sí?

Pasaron la siguiente media hora cavando. No hablaron mucho. Matt notó que Christopher no dejaba de mirar la bolsa de plástico blanca, pero no le prestó mucha atención. Matt sabía que Special Ed era el mejor amigo de Christopher, pero en secreto, él pensaba que Christopher era el suyo. Y no le molestaba quedar en segundo lugar después de Special Ed. Ya estaba acostumbrado. Siempre había quedado en segundo lugar respecto a Mike. Lo único que lo molestaba era esa pregunta insistente en su cabeza. Eso que lo despertó.

*¿Qué fue ese ruido?*

Lo tenía en la punta de la lengua.

—¿Qué hacen? —preguntó Special Ed antes de que Matt encontrara la respuesta.

Matt y Christopher voltearon para encontrar a Special Ed y Mike, que caminaban hacia ellos tallándose los ojos para espabilarse. Su aliento formaba nubes.

—Buscando tesoros —dijo Matt.

—¿Podemos ayudar? —le preguntó Mike a Christopher.

—Claro, Mike.

—Yo prepararé el desayuno —anunció Special Ed, pues eso era lo suyo.

Mike tomó la pala y usó sus fuertes brazos para abrir la tierra congelada. Matt miró a Christopher para ver si le diría a su hermano que mojó la cama, pero Christopher le sonrió como diciéndole: «Tu secreto está a salvo conmigo».

Más tarde, los chicos desayunaron Froot Loops con leche fría del río. Christopher no dijo nada sobre el terror. Nada sobre el guardia que susurró su nombre. Ni sobre el llanto de bebé que despertó a Matt. Sabía que esa verdad asustaría a su amigo. Y no quería que nadie más que él estuviera asustado. Por eso no mencionó que el hombre amable le explicó lo que le pasaría si no terminaba la casa del árbol a tiempo. Entre menos supieran, mejor. Y era lo más seguro para todos. Él sabía que si les decía, podrían asustarse y huir. Y necesitaba su ayuda.

Cuando terminaron sus Froot Loops, Christopher se aseguró de que a Mike le tocara el azúcar sobrante y a Matt el premio. Luego le agradeció a Special Ed por el excelente desayuno.

Era importante mantener feliz a su tropa.

Cuando amaneció, el sol les calentó los huesos helados. Trabajaron por turnos. Dos chicos construían la casa del árbol. Los otros dos cavaban. Tras una pausa

para comer Oreos y beber lo que les quedaba de leche, Special Ed fue con Christopher a abrir la tierra congelada en busca de tesoros.

No los encontraron.

Pero cerca de las 7:06 a. m., encontraron el esqueleto de un niño.



La llamada se hizo a las 7:30 a. m.

Y la noticia comenzó a circular.

El oficial que ayudaba al alguacil en el turno de la noche fue a la iglesia a rezar. Se lo dijo al padre Tom, quien cambió su homilía para hablar sobre los restos del niño que habían encontrado en el bosque de la calle Mission. Dijo que el niño ya estaba en el Cielo y que, por más que entristeciera al pueblo, deberían regocijarse por el gran perdón de Cristo.

La homilía fue tan poderosa que la señora Radcliffe no pudo contenerse. Pasó toda la comunión limpiándose las orillas de los ojos. ¿Cuántas veces ella y el señor Radcliffe habían orado por un hijo propio? ¿Cuántas veces perdió un bebé? ¿Y cuántas veces el señor Radcliffe la abrazó y le dijo que su cuerpo no estaba descompuesto? Era hermoso.

Mary Katherine rezó por el niño y, en minutos, su cerebro de diecisiete años comenzó a divagar. Pobre pequeño. Debió haber tenido la oportunidad de crecer como ella e ir a la universidad. A Notre Dame, por ejemplo. Se regañó por pensar en su propia vida. Pero le preocupaba no entrar a Notre Dame. Su padre estaría tan decepcionado de ella. Le prometió a Dios orar por el niño y enfocarse en su trabajo en el asilo. Pero la señora Collins era tan mala y su madre estaba tan loca. La anciana se pasó el fin de semana gritándole que «ellos» estaban observando. ¿Cómo iba a escuchar eso durante todo un mes? Especialmente después de que Doug renunció, diciendo que no valía la pena el tormento. Ni siquiera por Cornell. Rápidamente, Mary Katherine se recordó que debía dejar de ser tan narcisista y ponerse a pensar en el niño.

*No quieres atropellar un ciervo con tu auto, ¿verdad?*

Cuando la misa terminó, la gente llamó a sus familiares y buscó a sus hijos que estaban en la universidad. Las madres abrazaron a sus niños con más fuerza de lo normal y tomaron notas mentales de darles bocadillos extra en Acción de Gracias. Los padres decidieron limitar sus juegos de futbol a uno (en vez de tres) para pasar más tiempo con sus familias en lugar de con sus equipos de futbol de fantasía. Y los niños se pasaron todo el día comiendo cuantos dulces quisieron. Algunos se sentían culpables porque sabían que era por las razones equivocadas,

pero, ey... los dulces son los dulces.

La única persona que no parecía agitada era la señora Collins.

Kathleen Collins estaba en la primera fila con su hijo Brady durante la misa. Obviamente ya se había enterado. Por ser el propietario del terreno, su esposo fue la primera persona a la que notificaron después del alguacil. Inmediatamente salió de su casa para ir al lugar. Tenía demasiado dinero metido en el proyecto del bosque de la calle Mission y no dejaría su futuro en manos de los burócratas. La señora Collins estaba mucho más preocupada por la posible bancarrota de su familia que por la situación del niño del bosque. Después de todo, esas cosas pasan por algo.

Por malos padres.

Tan simple como eso. Si eres buen padre, cuidas a tus hijos. Te aseguras de que estén bien. Si fallas, no culpas a una fuerza externa. Te miras en el espejo y asumes la responsabilidad. Ese era el problema con el mundo. Nadie asume su responsabilidad. Algún día la policía iba a atrapar al psicópata que cometió ese horrible crimen. Y, cuando lo hicieran, ella sabía que el monstruo soltaría sus lágrimas de cocodrilo y diría que sus padres abusaron de él. Pues bien, eso era, con perdón de la expresión, pura mierda. Claro que existe la locura. Claro que existe la maldad.

Como no le gustaba meterse en discusiones sobre el huevo y la gallina, la señora Collins se preguntó si en algún lugar del mundo habría un padre abusador que no hubiera sido abusado. Apostaría un millón de dólares a que sí. Y si alguien podía encontrar a una de esas madres o padres para demostrarlo, ella moriría feliz.

Por su parte, el señor Collins se pasó el domingo discutiendo con el alguacil. El proyecto del bosque de la calle Mission estaba dejando de ser su gran sueño para convertirse en su peor pesadilla. Primero, lo de la desaparición del tal Christopher Reese. ¿Y ahora un esqueleto? Mierda. Pisara donde pisara dentro del bosque de la calle Mission, siempre encontraba caca de perro o una trampa de osos. Los grupos ambientalistas se la pasaban quejándose de que los ciervos perderían su hábitat natural. Las sociedades históricas se quejaban de que el pueblo perdería su «centro». Hasta las sociedades de conservación se quejaban y le exigían que convirtiera ese túnel de mierda en un museo sobre minas de carbón. Claro, eso sí que tenía sentido. A todos les encantan los museos. Que se jodan todos. Él sabía que debía comenzar a construir en Navidad porque los préstamos estaban por vencerse. Pero ¿acaso el alguacil (también conocido como «un empleado del gobierno») entendía algo al respecto? Claro que no. El

alguacil le decía que iba a tener que cerrar el bosque porque era una escena del crimen.

—¿Cuándo me va a dejar excavar? ¡¿Cuando esté enterrado bajo cuatro metros de nieve?! Váyase a la mierda, alguacil. ¡Es como si usted y el resto del universo no quisieran que termine esa maldita cosa!

Por su parte, la madre de la señora Collins estaba en la sala del asilo. No podía recordar cómo llegó ahí. Tampoco quién era. Ni quién era su hija. Ni su yerno millonario. Por un momento, pensó que la mujer de las noticias le estaba diciendo que un niño había muerto, pero que no le iban a dar más detalles. Luego, un hombre escandaloso llamado Ambrose entró al lugar y le dijo que no era su hijo. Le dijo que su hija estaba sana y salva, y lista para atormentar a voluntarios adolescentes esa misma tarde. Y que ya se callara. Intentaba escuchar las noticias.

A la madre de la señora Collins no le agradaba Ambrose. Ni siquiera le importaba que estuviera quedándose ciego. Quien es vulgar es vulgar. Volvió a mirar la televisión e intentó recordar algo más. Algo importante. Pero no pudo. Y luego, justo cuando las noticias terminaron y el juego de fútbol americano comenzó, lo recordó.

Todos iban a morir pronto.

Sí. Eso era.

Todos iban a morir.

La muerte estaba en camino.

La muerte ya había llegado.

Moriremos el día de Navidad.

Cuando los niños llegaron a la jefatura de policía, todo el estacionamiento estaba lleno de camiones con equipo de filmación y camionetas de noticieros. Solo habían pasado cuarenta y cinco minutos desde que corrieron a buscar al guardia de seguridad para que llamara a la policía, pero el esqueleto ya era la gran noticia local. Special Ed sonrió al ver los vehículos.

—¡Guau! ¡Vamos a ser famosos!

Luego se dirigió al oficial que iba al volante.

—¿Puedo ver su escopeta? —preguntó.

—No —respondió él.

—¿Sabía que en inglés se llama *shotgun* a quien viaja en el asiento delantero porque esa palabra viene de los tiempos de las carretas cuando el hombre que iba junto al conductor literalmente tenía que ir sosteniendo un arma para proteger la carreta?

—No lo sabía —dijo el oficial con un suspiro, como deseando que cualquiera de los otros tres niños hubiera pedido el asiento del copiloto.

—¿Puedo usar su radio? Mi papá tiene un escáner en su Hummer. Lo usa para saber dónde están los controles de velocidad. Me sé todos sus códigos. Diez-seis significa que va a ir al baño, ¿verdad?

Escortaron a los niños hasta la estación de policía sin que pudieran hablar con los medios. Claro, salvo por Special Ed, quien alegremente gritó a los reporteros: «¡Encontramos un cadáver!». Algunos periódicos locales, en especial el *Post-Gazette*, pudieron obtener algunas imágenes para la portada. Las camionetas de los noticieros se prepararon para las noticias de las cinco. Cuatro niños encuentran un esqueleto en el bosque. Era una excelente historia local.

—La sangre vende —comentó Special Ed, pensativo—. Eso dice mi mamá.

Los chicos entraron a la oficina del alguacil y vieron que sus padres ya los estaban esperando ahí. Por la expresión en sus rostros supieron que habían descubierto su mentira de la pijamada. A los adultos debió tomarles algo así como tres segundos darse cuenta de que los habían engañado a base de mensajes y que sus hijos pasaron una noche entera sin supervisión.

—Estamos muertos —dijo Mike.

Pero Special Ed demostró tener más perspicacia que nadie, pues se puso a llorar y corrió a los brazos de su madre.

—¡Mami, encontramos un esqueleto! ¡Me dio mucho miedo!

Lloró y la abrazó. La rabia que ella pudo haber sentido hacia su hijo se derritió tan rápido como el chocolate en su bolsa.

—¿Dónde diablos estabas, Eddie? Nos moríamos de preocupación —dijo.

—¡Sí! —agregó Big Eddie, revisando el resultado de los partidos en su teléfono.

—Escuchamos que había un tesoro en el bosque. Queríamos encontrar anillos de oro para dárselos a nuestras mamás en Navidad.

—Ay, mi bebé —dijo ella, abrazándolo con más fuerza—. Eres tan considerado.

Mike y Matt siguieron su ejemplo y corrieron a los brazos de sus madres. Se disculparon por mentir y dijeron que en serio querían encontrar el tesoro para darles una sorpresa. Las mamás de los M&M's no era tan indulgentes como Betty, pero de cualquier modo abrazaron a sus hijos como si su vida dependiera de ello y les dijeron que todo estaría bien.

Luego siguió la mamá de Christopher.

Él esperaba que le gritara. O que lo abrazara. O que estuviera enojada. O triste. Pero hizo lo peor que hubiera podido hacer.

Nada.

—Lo siento, mamá —dijo él en voz baja.

Ella asintió y lo miró como si fuera algo que no reconocía del todo. Christopher quería abrazarla y que desapareciera esa horrible sensación de estar en problemas. Pero no iba a ser así. Porque su mamá estaba más que enojada. Estaba herida. Su niño le estaba mintiendo. ¿Cuándo comenzó? ¿Qué fue lo que hizo tan mal que su hijo sintió que ya no podía decirle la verdad? Cuando Christopher vio que su madre estaba más decepcionada de sí misma que de él, la culpa que sintió por mentirle fue casi insoportable.

—Necesito hacerles unas preguntas, chicos —dijo el alguacil, y así terminó ese terrible momento.

Pasaron los siguientes quince minutos «bajo la lupa», como les dijo Special Ed a todos el lunes en la escuela. La verdad fue que el alguacil solo les hizo un par de preguntas a cada uno. No estaba interesado en castigar a unos niños de siete años por meterse en propiedad privada ni por robarse unos pedazos de madera. La disciplina se la dejaba a los padres.

Solo quería saber sobre el esqueleto.

Respecto a eso, los niños tenían muy poca información valiosa. El alguacil repasó una y otra vez las historias con los niños para asegurarse de que contaban lo mismo. Cuando quedó convencido de que así era, concluyó que solo eran unos chicos que fueron al bosque a construir una casa del árbol y encontraron un cadáver. Solamente había una cosa que lo intrigaba.

—Christopher —preguntó al fin—. ¿Por qué decidiste cavar en ese punto?

Christopher podía sentir todos los ojos puestos en él. Especialmente los de su madre.

—No lo sé. Solo estábamos buscando tesoros. ¿Ya podemos irnos, mamá? Me duele mucho la cabeza.

—De acuerdo, hijo —dijo el alguacil, dándole unos golpecitos en el hombro.

Fue ahí cuando Christopher lo notó. El alguacil olía exactamente igual que su madre cuando iba a salir. Su chaqueta tenía el más ligero toque del perfume de su madre. Quizá por un abrazo o por un beso. De cualquier modo, Christopher supo que él era el nuevo «amigo» de su mamá. Pronto ella le mencionaría el nombre del alguacil. Y entonces comenzaría a ir a su casa. Probablemente no para Acción de Gracias. Pero quizá para Navidad. Esperaba que el alguacil fuera un buen tipo, que fuera bueno con su mamá. Pero esta vez, Christopher se prometió que, si era malo como Jerry, él mismo haría algo al respecto.

Esa noche, los amigos de Christopher estuvieron con sus familias. Calientitos en sus cocinas como galletas sobre un plato. Claro que seguían castigados. Las apariencias debían mantenerse. Pero sus madres sentían tanto alivio de que sus hijos no fueran los cadáveres en el bosque que no podían ser duras con ellos.

Especialmente porque sus hijos se estaban portando muy bien.

Las dos mamás de los M&M's hicieron la lasaña favorita de sus hijos y quedaron sorprendidas cuando ellos lavaron sus platos. Los padres de Special Ed no podían recordar la última vez que su hijo se sirvió tan solo una ración de postre... no importó que fuera la delicia de chocolate de su mamá.

Durante las cenas y antes de dormir, las familias platicaron como lo hacen las familias. Diciendo mucho sobre nada, que de alguna manera termina tratándose de todo. Los padres se sorprendieron cuando sus hijos les dijeron que querían leer un libro en vez de ver la televisión. Pero la velada fue hermosa. Y, después de leer los libros, sus hijos se fueron a sus camas y cada padre tuvo la misma idea que nunca se atrevería a pronunciar...

*Mi niño está creciendo. Es como si de la noche a la mañana se hubiera vuelto más inteligente.*

Todos, menos la madre de Christopher.

Claro que Kate se sentía tan orgullosa como los otros padres. Desde que Christopher sacó la calificación perfecta en Matemáticas, vio lo feliz que estaba su hijo. Nunca fue muy bueno para los deportes. Nunca fue muy bueno para la escuela. Y eso lo atormentaba. Pero ella sabía que su hijo era una persona de primera. Si dieran medallas de oro por ser buena persona (y vaya que deberían darlas), Christopher estaría en el podio cantando el himno nacional cada cuatro años. Y ahora era el mismo niño que ella conocía y amaba.

Pero diferente.

No, no estaba poseído ni era un extraterrestre ni un *doppelgänger*. Conocía a su hijo. Y ese era su hijo. Pero ¿cuántas veces lo había visto sufriendo con los libros para el refuerzo para la lectura? ¿Cuánto tiempo se había pasado ayudándolo con los problemas de matemáticas? ¿Cuántos años había visto a su hijo llorando porque no sabía por qué las letras se le mezclaban? Se sentía como un fracaso. Se sentía como un idiota. Y luego, de la noche a la mañana, todo se arregló. Pero no pasó de la noche a la mañana.

Ocurrió en seis días.

Se perdonó por no haberlo notado al principio, porque estaba demasiado emocionada. Estaba tan feliz por tener a su hijo de regreso. Tan feliz de que estuviera bien. Tan orgullosa de su repentina mejoría académica. La lectura. El examen de Matemáticas con la calificación perfecta. La lotería. La casa nueva. La ropa nueva. El librero con el tapiz de patos lleno de los libros que de pronto Christopher leía a toda velocidad. Pero, en lo profundo de su corazón, ella sabía que algo la inquietaba.

*Cuando algo es demasiado bueno para ser verdad, siempre lo es.*

Y eso era. Era más que la lectura. Más que las calificaciones. Era la forma en que su hijo observaba su entorno. La forma en la que veía a la gente interactuar. A ella le recordaba el momento en que los adultos comienzan a deletrear las cosas para engañar a sus bebés. «Oye, cariño, ¿deberíamos llevarla a la j-u-g-u-e-t-e-r-í-a?», «Oye, ¿crees que deberíamos darle un poco de h-e-l-a-d-o?». Y en cuanto los niños tienen la edad suficiente para entender el deletreo, los adultos deben encontrar otra forma de ocultarles el mundo frente a sus narices. Los pecados y los dulces y el sexo y la violencia disimulados con miradas y gestos y movimientos de mano como los que hace un mago para distraer al público.

Christopher no solía notar esas cosas.

Y ahora las notaba todas.

De pronto, su hijo estaba sacando puros dieces cuando antes eran solo seises. Estaba haciendo una lectura veloz de *La isla del tesoro* en vez de batallar para terminar algo del Dr. Seuss. Christopher estudiaba el mundo y lo entendía como nunca había ocurrido en Michigan. Había algo maniaco en su inteligencia.

Igual que pasó con su padre.

Y ahora le estaba mintiendo a ella.

Cuando salieron de la oficina del alguacil, se abrieron paso entre reporteros y cámaras. La madre de Christopher al fin logró meterlo al auto y se quedó en silencio por un rato mientras encendía el motor y dejaba que la ventilación hiciera su magia invisible para borrar las nubes del parabrisas.

El camino a casa fue silencioso a medias.

Christopher no dejaba de disculparse, pero ella no decía nada. No era para castigarlo, sino para recuperar su posición de poder. Su hijo estaba creciendo demasiado rápido y ella necesitaba saber por qué. Ya había perdido a su esposo por culpa de una mente hiperactiva. No estaba dispuesta a perder a su hijo. Cuando llegaron al garaje y al fin estuvieron solos, detuvo el auto.

—Christopher —dijo con voz suave—. Tengo que preguntarte algo.

—Claro —respondió él, aliviado de que al fin su madre volviera a hablarle.

—¿Por qué me mentiste?

—No lo sé.

—Sí lo sabes. Está bien. Dime.

Vio el gesto en los ojos de su hijo. Vio cómo estaba calibrando su respuesta.

—Yo, eh... sabía que no me ibas a dejar ir al bosque.

—¿Por qué?

—Porque hubiera podido perderme de nuevo. Hubiera podido morir de frío.

—Pero de todos modos lo hiciste. ¿Por qué?

—Me duele la cabeza.

—Dime por qué, Christopher.

—Para construir una casa del árbol.

—¿Por qué? ¿Por qué es tan importante la casa del árbol?

—Por nada, creo —respondió él.

—¿O sea que arriesgaste tu vida para construir una casa del árbol que no importa?

De pronto, Christopher se quedó en silencio. Luego hizo la mejor imitación de una sonrisa que su madre hubiera visto en su vida.

—Creo que sí parece un poco tonto ahora que lo dices.

—Me alegra que pienses eso. Porque no tienes permiso de volver al bosque



jamás.

—Pero, mamá...

—Estás castigado hasta Navidad.

—¡Pero, mamá!

—Christopher. Tus amigos pueden mentirles a sus padres. Todos los niños del mundo pueden mentirles a sus padres. Pero tú a mí no me mientes. No hay nada que debatir. No hay concesiones. No hay abrazos ni «sí, te entiendo». Yo soy la jefa, carajo. Y mi trabajo es mantenerte a salvo. Así que ESTÁS CASTIGADO. NUNCA VOLVERÁS A PONER UN PIE EN ESE BOSQUE. ¡¿Entendido?!

—Lo siento —dijo él, desesperado.

—Sentirlo no basta. No para mí.

Los ojos de Christopher se llenaron de lágrimas.

—Lo siento.

—¡VETE A TU CUARTO!

Christopher se fue a su habitación sin saber que, en cuanto cerró la puerta, su madre se sintió mucho peor que él. Odiaba ser tan dura con su hijo, pero como no estaba dispuesta a criarlo a cinturazos como hicieron con ella, eso era el mejor castigo que tenía en su arsenal. No podía permitirle que mintiera. Sus reglas seguían siendo blanco y negro. No podía permitirle que pasara al gris. Y no podía dejarlo que fuera al bosque donde encontraron el esqueleto de un niño.

Lo dejó castigado todo el día. Con excepción de una breve pausa para cenar un sándwich de queso a la parrilla y tomar un Tylenol infantil para el dolor de cabeza, Christopher se quedó en su cuarto. Sin televisión. Sin libros. Simplemente se tendió en la cama, mirando la fotografía de su papá en el marco de plata. Su madre se preguntó si él desearía que su papá estuviera ahí. Quizá él podría explicarle qué le estaba pasando. Quizá a su padre sí le diría la verdad. Justo antes de acostarse, entró a la habitación de su hijo.

—Mira —dijo—, sigo enojada, pero lamento haberte gritado.

—Está bien —le respondió él.

—No, no está bien. Entre nosotros no hay secretos. Y la única manera de que eso funcione es si no nos gritamos. ¿Verdad?

Christopher asintió.

—Puedes decirme lo que sea, Christopher. Eso es algo que debes saber siempre. ¿De acuerdo?

—Lo sé.

Esperó un momento para ver si su hijo le decía algo. Pero Roma no se construyó en un día.

—Te amo —dijo él al fin.

—Yo también te amo.

Luego le dio un beso en la frente, cerró la puerta y fue a su habitación. Puso *The Tonight Show* para distraerse. El conductor contó chistes graciosos, pero Kate Reese no se rio de ninguno. Simplemente miró la pantalla mientras tenía una pelea imaginaria con su hijo.

«Me mentiste. Aún no me lo cuentas todo. Lo sé. Sabes que lo sé. ¿Qué diablos está pasando en tu cabeza, Christopher?».

Y, mientras cerraba los ojos para dormir, casi pudo escuchar su respuesta.

*Eso es algo que solo yo sé y que tú debes descubrir.*

El alguacil fue solo al bosque. Era jueves por la noche. El aire no parecía de Acción de Gracias. Estaba demasiado tibio, demasiado seco, demasiado maravilloso. La única señal del otoño eran las hojas. Amarillas y rojas como la sangre. El camino se sentía suave bajo sus zapatos de cuero. Silencioso como un ratón.

Algo andaba mal.

Habían pasado cinco días desde que encontraron el cadáver y aún no sabía de qué se trataba todo ese asunto. Pensó en el viejo perro policía del capitán de Hill District. En cómo, de vez en vez, Shane se levantaba y comenzaba a ladrar sin razón. El capitán siempre le decía: «Tranquilo. No hay nada». Pero quizá sí había algo. Los silbatos para perros tienen una frecuencia que solo ellos pueden escuchar.

*Quizá también hay algo que solo los perros pueden ver.*

El alguacil no entendía por qué estaba pensando en eso. Era un hombre práctico. Para él, aquella era una investigación como cualquier otra. Sí, se trataba de un niño muerto y eso era una horrible tragedia. Pero no era nada nuevo. En la ciudad, todos los días muere alguien. Incluyendo niños. En su antiguo trabajo vio a niños viviendo entre la mugre y en clósets y sótanos. Había visto cosas tan malas que necesitó varias sesiones obligatorias con el psiquiatra del departamento para sacarlas de su cabeza.

Salvo a la niñita con las uñas pintadas.

A ella nunca la olvidaría.

Pero ¿por qué estaba pensando tanto en ella esa semana?

Eso no lo podía explicar.

Tampoco podía explicar la voz en su cabeza. Algo que le decía que ese caso era importante. Eso es algo que la gente no comprende del trabajo de la policía. Ven un crimen en la televisión y realmente creen que hay los recursos suficientes para mandar a diez detectives de tiempo completo a investigar un solo homicidio. En el mundo real hay que tomar decisiones. Los recursos se reparten. El alguacil era bueno para eso. A veces demasiado bueno. Pero esta vez, algo en su interior le decía que lo apostara todo. Así que, cuando descubrieron el

esqueleto, el alguacil pidió un favor.

Su viejo amigo Carl era tan buen forense como malo para ejercitarse. Y como estaban investigando a un niño, el alguacil le pidió que fuera inmediatamente a la escena del crimen, aunque fuera domingo. Al diablo con el tiempo extra. Quería saber todo lo que se pudiera sobre el esqueleto. Y si alguien podía decírselo, era Carl. A lo largo de los años, los federales de Langley habían intentado llevárselo varias veces, pero la esposa de Carl daba mucho más miedo que el FBI.

—Que se joda el gobierno, Carl. ¡No voy a dejar a mi mamá en Homestead!

Caso cerrado.

Cuando Carl llegó a la escena del crimen, inspeccionaron el lugar y compararon sus notas. Ambos pensaban que se trataba de un niño de entre siete y ocho años, a juzgar por los dientes incisivos que le faltaban. También pensaban que el cuerpo llevaba enterrado mucho tiempo.

¿De qué otro modo podrían explicar las raíces del árbol que envolvían el cadáver como serpientes?

Al final de la tarde, Carl y su equipo se llevaron el cuerpo para hacerle lo más parecido a una autopsia. Carl dijo que tenía mucho que hacer en esos días, especialmente porque su suegra necesitaba que la llevaran a misa tres veces a la semana, pero que intentaría hacerse el tiempo para trabajar y reportarse con el alguacil el viernes.

El alguacil pasó el resto de la semana enfrentando los efectos colaterales. En la ciudad, la gente no deja su vida al enterarse de que se encontró un cadáver. Pero ese era un pueblo pequeño. Y en un pueblo pequeño la gente se asusta.

*Se asusta como la niña con las uñas pintadas.*

El alguacil se sacudió esa idea y miró el camino. Un ciervo estaba comiendo pasto cerca de un pequeño puente que parecía el de «Los tres cabritos Gruff». No había pensado en ese cuento en años. Lo asustaba muchísimo ese trol cuando era niño. Lo asustaba como Hansel y Gretel.

*Lo asustaba como la niña con las uñas pintadas...*

—Basta. Concéntrate —se dijo a sí mismo en voz alta.

No sabía qué estaba buscando exactamente. Después de todo, él y sus hombres habían recorrido casi cada centímetro del bosque esa semana, pese a la furia del señor Collins. No encontraron mucho. Ni objetos ni símbolos extraños. Nada que indicara que ese bosque albergaba algún culto o asesino ritual.

Solo un montón de árboles.

Y algunos ciervos.

Y unas cuantas latas de cerveza.

Pero eso ya se lo esperaba. Cuando la noticia del esqueleto comenzó a correr, los morbosos (o sea, los adolescentes) comenzaron a usar el bosque para beber cerveza y hacer tonterías. Esos curiosos dejaron latas por todas partes. Les dijo a sus hombres que se pusieran a recogerlas para compensar el pago de sus horas extra. Se rieron cuando lo dijo, pero al ver que él no se estaba riendo, comenzaron a recoger las latas.

El alguacil llegó al claro.

Miró las nubes que se extendían por el cielo. Era una tarde de noviembre muy agradable. Resultaba increíble que la Navidad estuviera a menos de un mes. Observó el árbol al centro del claro. Parecía una mano estirándose hacia el cielo. Algunas de sus ramas eran fuertes y otras estaban torcidas como dedos artríticos.

El alguacil se acercó a la casa del árbol de Christopher. Aún no podía creer lo sofisticada que era para un niño de siete años. La escalera. La base. Las vigas. El hijo de Kate Reese era un genio. Parecía una casa de verdad.

Pero de algún modo se veía diferente.

Como si alguien hubiera estado trabajando en ella toda la semana.

Pero cuando miró al suelo, no encontró ni una huella.

Ni una evidencia.

Solo una bolsa de plástico blanca colgada de una rama baja.

El alguacil tocó el árbol. La corteza estaba muy fría y era áspera al tacto. Como los árboles que solía trepar en la primaria. Dio su primer beso bajo un árbol como ese. Justine Cobb tenía frenos, un vestido vaporoso y hermoso cabello rubio.

Igual que la niña con las uñas pintadas.

*Papi.*

Retiró su mano del árbol. Se limpió las telarañas e intentó reponerse. Tomó la bolsa de plástico blanca, con la intención de metérsela al bolsillo y tirarla en la basura. Pero por alguna razón, se acomodó la bolsa sobre la mano como un niño que intenta amoldar su nuevo guante de beisbol. Moviéndola una y otra y otra vez hasta que

Crac.

El alguacil se dio la vuelta y se encontró con un ciervo que lo estaba observando. Miró la bolsa de plástico blanca y de pronto sintió la necesidad de salir corriendo del bosque. Una voz le dijo que tenía que irse. La voz no lo estaba amenazando.

Lo estaba alertando.

Devolvió la bolsa a la rama y se fue corriendo. Pasó a toda prisa por el túnel de la mina que separaba el claro del otro lado del bosque. Encendió su linterna y vio las iniciales grabadas en las vías de metal. Viejos nombres pintados con spray en los marcos de madera como si fueran jeroglíficos. Al salir de la mina vio algo perturbador.

Un refrigerador abandonado.

No sabía por qué sus hombres no lo habían visto y cuando volviera lo iban a oír. Un niño podría jugar ahí, quedarse atrapado y sofocarse.

El alguacil se acercó al refrigerador. Era enorme, blanco y estaba cubierto de óxido en las orillas, como si fueran sienes canosas. Era como un templo. Como al que iba a misa la madre de la esposa de Carl. El refrigerador tenía un nido adentro. No sabía si era de aves o de mapaches. Pero no había señales de ninguno de los dos. Se acercó más y tomó la puerta del refrigerador para cerrarla.

Y fue entonces cuando salió la serpiente.

Era de cascabel y estaba enroscada sobre sí misma. Siseando. Ssssss. Ssssss.

El alguacil dio un paso atrás. La serpiente reptó hacia él. Siseando como la sonaja de un bebé. El hombre se tropezó con un tronco y se cayó. La serpiente fue hacia él con los colmillos de fuera. Lista para atacar. El alguacil sacó su revólver justo cuando el animal se lanzó contra su cara.

Bang.

La cabeza de la serpiente explotó con la bala.

El alguacil se levantó y miró a la serpiente retorciéndose en el suelo. Retorcida como las ramas del árbol alrededor del esqueleto del niño. Después de soltarle otro disparo solo para estar seguro, se volvió a acercarse a la puerta del refrigerador. Al asomarse al nido, vio a varias crías de serpiente retorciéndose entre las cáscaras de sus huevos. Cerró la puerta para dejar a las serpientes encerradas ahí y luego se revisó el cuello para asegurarse de que nada se le hubiera trepado.

Se alejó a toda velocidad, tomando una nota mental de llamar a control de plagas para que enviaran a su equipo. No tenía idea de por qué había crías de serpiente en noviembre. Había pasado mucho tiempo desde la primavera. Nada nace durante el invierno.

Algo andaba mal.

No podía verlo, pero podía sentirlo, tal como el perro de su capitán escuchaba el silbato. Sonaba como el viento, pero no era el viento. El sonido era más como el de una serpiente enredándose en las ramas de un árbol. Como... como...

Siseos invisibles.

Rápidamente bajó la colina hasta la construcción. Había tocones por todos lados. Restos de árboles. Enormes ramas arrancadas de la tierra congelada. Varios bulldozers estaban estacionados sobre la carretera. En las puertas de cada uno de ellos se leía COMPAÑÍA CONSTRUCTORA COLLINS. Los bulldozers yacían ahí, sin vida, pues el alguacil había cerrado el bosque para llevar a cabo la investigación. El señor Collins ya había involucrado a sus abogados en el caso y, si el alguacil sabía algo sobre el poder y la política (y sí que sabía), la construcción se reanudaría pronto. En cualquier momento, el señor Collins convertiría esos árboles en madera para construir casas. El aserrín terminaría en otra compañía para que lo mezclaran con pegamento inflamable para hacer hogueras falsas para Navidad. Era como si el señor Collins estuviera haciendo que el bosque de la calle Mission cavara su propia tumba. Y por más enorme que era el bosque, realmente no podía defenderse.

El alguacil cruzó la cinta de la policía, pasó junto al campo de tocones que el señor Collins ya había cortado en septiembre. Parecían pequeñas lápidas que con el tiempo ya nadie visitaría.

*Igual que a la niña de las uñas pintadas.*

De vuelta a la estación, el alguacil observó las gotitas de lluvia que las nubes iban lanzando sobre su parabrisas. Recordó el buen rato que había pasado con Kate Reese hacía apenas cinco días. Por Dios, se sentían como un año. Quería volver a verla, pero ella pasaría Acción de Gracias con su hijo. Y al día siguiente sería su viernes de películas. Así que tendría que esperar hasta el sábado, cuando quizá Kate podría conseguir una niñera y así él lograría borrar la pesadilla que había sido esa semana pasando dos horas con ella. Se veía tan bonita el sábado pasado. Con ese vestido nuevo del outlet de Grove City. Y el labial.

*Igual que el de la niña con las uñas pintadas.*

*Papi.*

Cuando el teléfono sonó, el alguacil casi se muere del susto.

Era Carl.

—Hola, Carl. Te adelantaste un día. Me sorprende que me llames en el día de Acción de Gracias.

—No te sorprendería si conocieras a mi suegra —le aseguró.

El alguacil no se rio. Ese chiste era tan viejo como su amistad.

—¿Qué me conseguiste? —preguntó.

Carl soltó un discurso con su conocida jerga técnica. El alguacil siempre se preguntaba por qué los genios no podían hablar como gente normal. Pero quizás

era eso lo que los hacía genios. Tras abrirse paso dificultosamente entre información biológica, ADN y datación por carbono durante diez minutos, el alguacil logró descifrar los datos sobre el esqueleto.

Tenía más o menos ocho años de edad.

Era varón.

Llevaba al menos cincuenta años enterrado.

Y lo más impresionante fue que Carl logró descubrir la causa de muerte.

El alguacil quedó en shock cuando lo escuchó. La tecnología había avanzado mucho en las dos décadas que llevaba siendo policía. Pero, aun así, nunca había escuchado que se estableciera la causa de muerte de un esqueleto de hace cincuenta años cuando no había más que huesos para analizar.

Pero así era. La causa estaba ahí.

Carl concluyó que debía haber algo en la tierra. Con suficiente presión, el carbón se convierte en diamante. Así que quizá tenía que ver con la mina. O con las raíces del árbol. O una especie de ajuste térmico que aún no podía comprender. Era un misterio médico que algún día sería tan común como las huellas digitales o el ADN. Fuera lo que fuera, mantuvo gran parte del cerebro bien conservada. La autopsia fue concluyente.

El alguacil estaba preparado para cualquier cosa. Una puñalada. Un disparo. Había visto cosas peores. Mucho peores. Pero cuando Carl le reveló la causa de muerte, lo impactó tanto que se quedó petrificado por un segundo. Luego observó el teléfono en su mano.

—Carl, creo que tengo mala señal —dijo—. Repítelo.

—La víctima fue enterrada viva.



Al otro lado del bosque, Christopher estaba en el comedor con su madre para su primera cena de Acción de Gracias en su nuevo hogar. No era la noche de fiesta que ambos esperaban.

Y todo era su culpa.

Christopher apenas comió. Le dijo a su madre que no tenía hambre porque le dolía la cabeza, pero la verdad era que no quería que le diera sueño. Así que, después de comer suficiente pay de manzana para evitar sospechas, vieron *El Día de Acción de Gracias de Charlie Brown* en silencio y luego ambos se fueron a la cama.

Después de arropar a su hijo, plantarle un beso y fracasar en su intento de iniciar una conversación, la madre de Christopher al fin se fue a su cuarto. Él escuchó que la televisión de su mamá se encendía. Esperó horas hasta que la tele se apagó y ella se quedó dormida. Al fin era seguro. Entonces, se levantó de la cama.

Como lo había hecho durante toda la semana.

Fue a su clóset a buscar ropa abrigadora. Se acomodó varias capas encima de la pijama para asegurarse de poder trabajar cómodamente. Puso una almohada bajo la cobija para que pareciera que estaba ahí.

Luego bajó de puntitas por las escaleras.

Una vez que pasó los escalones que crujían, se puso sus botas y salió por la puerta corrediza de cristal. Miró el cielo negro. Una estrella fugaz pasó entre las nubes. Fue hacia el otro extremo del jardín, hasta la orilla del bosque de la calle Mission. Ese lugar que el alguacil había cerrado por la investigación, lo cual impedía que el señor Collins siguiera destruyéndolo. Eso le daría a Christopher el tiempo necesario para terminar su casa del árbol antes de Navidad.

por eso te mostré el esqueleto  
si no, no lo habría hecho  
no quería asustarte, christopher

Christopher hubiera podido ayudar con la investigación del alguacil. Sabía cómo encontró el esqueleto. Sabía que los huesos llevaban mucho tiempo ahí.

Incluso creía saber el nombre del niño muerto. Pero no podía decirles eso a los adultos. Porque tarde o temprano le preguntarían cómo lo sabía. Y solo tenía una respuesta honesta.

«Mi amigo imaginario me lo dijo».

Había momentos en los que la fe de Christopher iba y venía de la realidad a la fantasía. Se estaba volviendo demasiado inteligente para no entender que o el hombre amable sí existía o él era un niño loco que andaba solo por el bosque.

Pese a todo, siguió construyendo la casa del árbol.

Sentía que la cabeza le iba a explotar si no lo hacía.

A veces el dolor de cabeza era tenue. A veces agudo. Y otras veces podía tomar Tylenol para niños todo el día y no le servía de nada. Los dolores de cabeza ya eran parte de su vida. Como la escuela, los Froot Loops o las caricaturas de Bad Cat los sábados por la mañana. Lo único que lo hacía tolerable era trabajar en la casa del árbol.

Y así lo hizo. La noche de Acción de Gracias. Y la noche siguiente. Y la noche de después.

En la casa del árbol nunca le dolía la cabeza.

Cerca del hombre amable nunca le dolía la cabeza.

Cada noche, durante las siguientes semanas, Christopher esperaba a escuchar que la televisión de su madre se apagaba. Luego, ponía la almohada bajo las cobijas, tomaba su abrigo y sus guantes y corría a la casa del árbol para poner un clavo más o pintar otra pared. Y en todo ese tiempo hablaba con la bolsa de plástico blanca. Se quedaba ahí hasta que las manos se le entumían y le impedían pintar. O le dolían demasiado para dar martillazos. Luego, al amanecer, corría de vuelta a su casa para estar sin falta en su cama cuando su madre se levantara. La fatiga era brutal, al grado de que en algún momento tuvo que usar el maquillaje de su mamá para disimular sus ojeras y que ella pensara que su hijo seguía durmiendo por las noches.

Pero en realidad estaba construyendo.

No se atrevía a parar.

La fatiga al fin lo alcanzó después del viernes de películas. Su madre le sirvió una gran cena de espagueti con albóndigas, pan de mantequilla y helado como postre. Para cuando llegó a la casa del árbol, los ojos ya se le estaban cerrando solos.

Intentó combatir el sueño. Necesitaba mantenerse despierto. Necesitaba subir las ventanas al árbol. Necesitaba terminar el techo. Necesitaba... dormir. No puedo. Pero estás muy cansado. No, no lo estoy. Deberías descansar los ojos. Sí.

Eso es todo. Solo acuéstate aquí en el árbol. Haz que el dolor de cabeza se vaya descansando los

ojozzzzzzzzzzzz.

Cuando al fin despertó la mañana del sábado, estaba de nuevo en su cama. No sabía cómo llegó ahí. Le molestaba haber dejado pasar toda una noche. Pero no había nada que hacer al respecto. Su madre estaría con él todo el día. Así que no podría escaparse al bosque. No podría hablar con el hombre amable. Simplemente tendría que soportar el dolor hasta la noche.

Christopher bajó las escaleras. Fue al gabinete de la cocina y sacó el frasco de Excedrin de su madre. Tomó cuatro aspirinas, que masticó como si fueran chocolates. Su sabor a gis era horrible. Luego tomó la caja de Froot Loops. Era nueva. No tenía azúcar suelta aún. Pero cuando Christopher se sirvió el cereal, salió una sorpresa especial. Era una pequeña figurita de plástico de Bad Cat. Christopher la puso sobre la barra y sonrió. Un raro momento de alegría antes de que el dolor de cabeza comenzara a llamar a su puerta de nuevo. Sacó el cartón de leche, ahogó su cereal y observó la fotografía de Emily Bertovich. Hizo una nota mental de preguntarle al hombre amable por qué su fotografía parecía cambiar un poco cada vez que compraban un cartón nuevo.

Guardó la leche en el refrigerador y se sentó a ver las caricaturas del sábado por la mañana. Recordó cuando era más joven y al apagar la televisión pensaba que cuando volviera a encenderla, la programación seguiría justo donde la dejó. Le tomó un tiempo comprender que Bad Cat y el resto de la televisión seguían avanzando sin él. Eso lo entristeció, pero su mamá lo animó diciéndole que él también hacía cosas y el resto del mundo tenía que ponerse al corriente con él.

Encendió la televisión, que comenzó a transmitir su caricatura favorita del sábado por la mañana.

*Bad Cat.*

Christopher estaba feliz. Quizá las de los Avengers fueran sus nuevas películas favoritas, pero *Bad Cat* siempre sería su programa preferido. Llegó justo a tiempo para ver los créditos iniciales. Un gran desfile de todos los personajes recorriendo Broadway y cantando:

¿Quién es el más unquísimo?

¿Quién nunca está solísimo?

¿Quién es de carne y huesísimos?

¡Bad Cat!

¿Quién es el más loquísimo?

¿Quién es el más gatísimo?  
¿Te lo ibas a terminarísimo?  
¡Bad Cat!  
¡Bad Cat!  
¡Bad Cat!

Luego, Bad Cat corría al frente del desfile y gritaba: «¿Ya van a terminar esa canción? ¡Quiero comer!».

Christopher siempre se reía porque simplemente era muy gracioso. Incluso se rio un poco más ese día porque necesitaba liberar el estrés de la semana de algún modo, como el vapor silbante en la tetera de su mamá.

El episodio comenzó. Christopher se decepcionó un poco porque era la repetición del capítulo donde Bad Cat le roba un pescado al mayordomo de la gatita rica de la que está enamorado. Ya lo había visto una docena de veces, pero tenía una parte muy divertida donde el mayordomo perseguía a Bad Cat gritando: «¡Ven para acá, gato!». Y Bad Cat le decía: «Para ti soy el señor Gato, Raoul», así que de todos modos se quedó a ver el episodio.

Pero esta vez fue diferente.

Bad Cat no dijo esas frases. De hecho, mientras Christopher lo veía, Bad Cat no dejaba de mirar hacia la cámara. Al fin, Bad Cat se detuvo y se dirigió a la pantalla.

—Ah... hola, Christopher. ¿Te está gustando el programa?

Christopher echó un vistazo a su casa vacía. Su mamá seguía dormida en su habitación. Estaba solo.

—No te preocupes por tu mamá. Solo estamos nosotros. No tengas miedo. ¿Cómo te va, amigo? —le preguntó Bad Cat como si nada.

—¿Por qué sabes cómo me llamo? —susurró Christopher.

—¿Lo preguntas en serio? Eres mi fan número uno. Tendría que saber tu nombre, ¿no? Escuché que mi programa es tu favorito de toda la vida. Eso es superamable de tu parte. ¡Gracias! —gritó Bad Cat.

—Shhh. Vas a despertar a mi mamá.

—Claro que no. Tu mamá habló con el alguacil anoche durante varias horas después de que te dormiste. Ese tipo es muy agradable, caray. Mucho mejor que Jerry, ¿no te parece?

A Christopher se le erizaron los vellos de la nuca.

—¿Cómo sabes sobre Jerry?

—Sé todo sobre ti, amigo. Sé que Jerry está buscando a tu madre. Le haría

mucho daño si la encontrara, caray. Así que no podemos dejar que eso pase, ¿verdad?

—No —respondió Christopher.

—Eres muy valiente, caray. Tu madre te crio bien. Debe estar muy orgullosa de ti. No tengas miedo. Te prometo que la mantendremos a salvo. Sin tanto lío.

—¿Cómo? —preguntó el niño.

Bad Cat miró a la derecha y luego a la izquierda. Intentando ver más allá de la tele como si fuera su punto ciego.

—Caray, Christopher. Me temo que ya no tenemos tiempo. Te diré cómo mantendremos a salvo a tu madre, pero primero tengo que preguntarte algo, ¿de acuerdo?

Christopher asintió. Bad Cat entrecerró los ojos.

—¿Cómo encontraste el esqueleto, amigo?

El corazón comenzó a latirle a toda velocidad.

—¿Qué? —preguntó.

—Alguien te dijo dónde estaba el esqueleto, ¿verdad? ¿Quién te está ayudando? Necesitamos saberlo, caray.

—Nadie —mintió Christopher.

—No me parece que esa sea la verdad. Creo que alguien te habló sobre el viejo esqueleto. Necesito saber quién te lo dijo, amigo. Sí lo necesito, caray. Porque las cosas están empeorando. Ella está muy enojada. Está enojadísima, caray.

—¿Quién?

—Disculpa. No tenemos permitido decirte eso, amigo, o nos meteríamos en problemas. Ella empieza a darle de cates a la gente para averiguar quién te está ayudando. Los gritos me lastiman los oídos. Por eso todo sería mucho mejor si nos dijeras cómo encontraste el esqueleto. Confía en tu amigo Bad Cat. Será nuestro secreto.

—Nadie me lo dijo. Estaba buscando tesoros.

—Oh, no. Qué maldita decepción, amigo. Es la misma mentira que les dijiste al alguacil y a tu mamá. No quieres ser como Pinocho, ¿verdad? Las mentiras hicieron que le creciera la nariz. ¿Quieres saber qué harán tus mentiras?

—¿Qué?

—Si no me dices quién te está ayudando, algo malo le va a pasar a tu mamá.

A Christopher se le cerró la garganta como cuando intentó tragarse una canica y casi se ahogó. La cara se le puso roja.

—¿Qué le va a pasar? —preguntó.

—Eso no te lo puedo decir, pero si subes el volumen de la tele, te lo puedo

enseñar. ¿Puedes subirle?

Christopher tomó el control remoto y subió el volumen.

—Caray, no, Christopher. Con el control no. Directo en la tele. Si no, no va a funcionar.

Christopher dudó por un momento, pero necesitaba saber qué le iba a pasar a su madre. Lentamente se acercó a la televisión.

—Eso es, amigo. No pasa nada. No te voy a morder.

Christopher estiró una mano para tocar el botón del volumen. Los ojos de Bad Cat brillaron y se relamió los bigotes.

—Caray, ya queremos verte, amigo. Ella te lo va a mostrar todo.

Bad Cat comenzó a sacar su pata por la pantalla. La acercó al botón de volumen. La acercó a Christopher.

—Lo único que tienes que hacer es tocar la pantalla y salvaremos juntos a tu madre. Te lo juro. Y si no, que me parta un rayoooooooooooo.

Christopher estiró su mano mientras Bad Cat estiraba su pata. Estaban a unos centímetros de distancia. Sus dedos casi se tocaban. El dolor de cabeza comenzó a disiparse. Y Christopher sintió las Zzzzz.

—¡Christopher! —gritó su madre—. ¿Qué te he dicho sobre sentarte tan cerca de la tele?

Christopher abrió los ojos y se dio la vuelta. Su mamá estaba ahí, vestida con su bata. Parecía confundida. La nariz de su hijo estaba casi pegada a la televisión.

—Perdón, mamá.

—Está bien. Acábate tu desayuno en la mesa como una persona normal. No soy madre de un changuito.

Christopher asintió y se volvió hacia la tele. Bad Cat ya no lo estaba mirando, sino que lo estaba persiguiendo el mayordomo.

—¡Ven acá, gato!

—Para ti soy el señor Gato, Raoul —dijo Bad Cat. Luego se fue por la alcantarilla con todo y el delicioso pescado.

Christopher se sentó en la mesa y se comió el cereal mientras su mamá se preparaba unos huevos revueltos. La miró, aterrado por lo que podría pasarle. Habría dicho algo, pero sabía que lo estaban observando.

Era eso o ya estaba completamente loco.

Quería creer que todo eso era solo producto, no pigmento, de su imaginación. Especialmente lo de Bad Cat. Esperaba simplemente ser un loco como su papá. Y el insoportable dolor de cabeza solo era ese relámpago que solía hacer que

papi «bailara raro». Así les decía su mamá a las convulsiones de su padre. Su papá tomaba pastillas para eso y a veces le impedían salir de la cama durante semanas. Mamá lo cuidaba, pero tenía que trabajar hasta tarde en el restaurante.

Fue entonces cuando se murió en la tina.

Esa noche, justo después de que su mamá apagó *Saturday Night Live*, Christopher salió de la casa y fue al bosque de la calle Mission. Ignoró la respiración que jugaba a las escondidas con el viento y se fue corriendo hasta el árbol.

—¿Estás ahí? —le preguntó a la bolsa de plástico blanca.

No hubo respuesta.

—Por favor, contéstame. Tengo miedo —dijo—. ¿Qué fue eso? ¿Quién es ella? ¿Qué le va a hacer Bad Cat a mi mamá?

En ese momento, Christopher se salió de su cuerpo y observó todo como si fuera un espectador. Lo que vio fue a un niño de rodillas rogándole a una bolsa de plástico blanca que le diera respuesta a cosas que nadie podría explicar. Si pudiera elegir entre que eso fuera real o un producto de su locura, Christopher elegiría la locura. Porque, aunque su mamá se entristecería de tener un hijo loco como su difunto esposo loco, al menos nada malo le pasaría.

—¿Estoy loco? —le preguntó a la bolsa de plástico.

Nada.

—Por favor, dime que estoy loco.

Silencio.

Christopher se quedó ahí toda la noche, rogándole a la bolsa de plástico blanca una respuesta que no llegó. El hombre amable había desaparecido. Christopher no sabía adónde se había ido. Quizá se estaba escondiendo. Quizá estaba huyendo de Bad Cat. O quizá solo era una bolsa de plástico blanca.

Fuera como fuera, Christopher estaba solo.

Cuando el alba comenzó a pintar el cielo, volvió a su cama, se acomodó bajo las cobijas y observó la fotografía de su padre en el marco de plata. Entre más lo miraba, sonriendo junto al árbol de Navidad, más se repetía la pregunta en su cabeza como un viejo disco rayado. ¿Estoy loco? ¿Estoy loco? ¿Estoy loco? Veinte minutos antes de que el reloj de su madre los despertara para ir a la iglesia, Christopher al fin cerró los ojos. Y justo antes de dormir, creyó escuchar un susurro muy bajo. Podía haber sido solo un pensamiento. Podía haber sido una voz. Podía no haber sido nada de eso. Lo único que dijo fue...

Termina la casa del árbol y lo sabrás.

—¿Estás chiflado? Mi papá casi me quita el HBO de mi cuarto —susurró Special Ed.

Christopher lo siguió por todo el estacionamiento de la iglesia mientras sus padres se saludaban a la distancia.

—No entiendes. Tenemos que terminarla —dijo Christopher.

—¿Tienes dinero para el HBO? —preguntó Special Ed.

—No.

—Entonces termínala tú solo.

Entraron a la iglesia y, tras haber estado castigados durante todo el fin de semana de Acción de Gracias (y la semana siguiente, para ver si así aprendían), los niños tuvieron que soportar una misa especialmente larga. El padre Tom habló de que Jesús ama a los refugiados del Medio Oriente. Pero lo único que Christopher podía notar eran las miradas de la gente. Y sus susurros.

—Ese es el niño que encontró el esqueleto.

—Esos niños salieron en las noticias.

—Salieron en el periódico.

—Se ganó la lotería hace unos meses.

A Christopher le dolía la cabeza por los susurros. Cada minuto que pasaba lejos de la casa del árbol solo empeoraba el dolor. En cierto momento, el padre Tom dejó de hablar en inglés para hacerlo en latín. El idioma le daba vueltas en la cabeza a Christopher. Y *diem* era «día». Y las palabras tenían sentido. Pero le provocaban una terrible oleada de dolor.

«*O Deus Ego Amo Te*».

«Oh, Dios, te amo», entendió Christopher.

Cuando la misa terminó, la madre de Special Ed fue al estacionamiento y encendió un cigarro. Inhaló profundamente y luego soltó una nube de humo.

—Santo Dios, qué misa más larga —dijo—. ¿Qué el padre Tom no sabe que tenemos que hacer nuestras compras navideñas?

Lo dijo sin ironía, lo cual hizo que la madre de Christopher la quisiera aún más. Luego, después de que Betty arrasó con todas las galletitas de la venta de postres, se ofreció a llevarlos a todos a comer pizza para celebrar la buena



noticia.

—¿Cuál buena noticia? —preguntó la madre de Christopher.

—¡Eddie ya no tiene que ir a las clases para tontos! —respondió Betty.

—¡Oye! —se quejó Special Ed.

—Perdón, cariño. Pero es la verdad. Sí tenías que tomar esas clases —dijo, acariciándole el cabello—. Pero la señora Henderson es un genio porque ya estás leyendo al nivel de los de cuarto. Estamos muy orgullosos. ¿Verdad, Big Eddie?

—Muy, muy orgullosos —reconoció el padre de Special Ed, que estaba viendo las mejores jugadas de los Steelers en su teléfono.

Christopher vio cómo su madre archivaba la información sobre Special Ed en su cabeza. Luego, las dos familias se reunieron con Matt y Mike y sus dos mamás, que acababan de terminar con lo que Betty llamaba «lo que sea que hagan los luteranos» en su iglesia, pasando la Ruta 19.

Podían tener distintas religiones, pero oye... tenían el mismo Dios. Y la misma pizza.

Mientras los adultos se acababan una jarra de cerveza Iron City, los niños jugaban videojuegos.

—Solo necesito que me ayuden con las ventanas y el techo —comentó Christopher—. Yo haré el resto.

—Perdón, Chris. Nuestras mamás nos castigaron —dijo Matt.

—Sí —confirmó Mike, que ya quería que le volvieran a dar el permiso de comer postres.

Pero Christopher no se iba a rendir. El dolor no lo dejaría. Luego de que su madre se durmió esa noche, intentó subir él solo las ventanas por la escalera. Pero estaban demasiado pesadas, así que las dejó a un lado e intentó acomodar el techo, pero era imposible hacerlo solo. Había llegado al límite de lo que un niño podía hacer. En cuanto dejó de construir, el dolor de cabeza le regresó con todas sus fuerzas.

Y el hombre amable no estaba por ninguna parte.

Al día siguiente, en la escuela, Christopher se reunió con sus amigos en el salón.

—El techo se tiene que hacer entre cuatro. No puedo terminarlo solo —rogó.

—Ya te lo dijimos, amigo. Estamos castigados —respondió Mike, harto.

—Sí, Chris. Déjanos en paz. Estás loco —comentó Special Ed—. Y te ves muy mal. Duerme un poco.

Christopher le lanzó una mirada a Matt, la única persona con la que podía contar. Matt bajó la vista sin decir nada.

—¿Matt?

—Deja en paz a mi hermano —ordenó Mike.

—Deja que él responda —le dijo Christopher.

Mike tenía nueve kilos de diferencia a su favor, pero a Christopher eso no le importó. Los dos se pusieron en guardia. Matt no quería que se pelearan.

—Siéntense, chicos. Ya tenemos suficientes problemas —dijo.

Christopher lo miró directo a los ojos.

—¿Me vas a ayudar o no?

Matt se quedó en silencio un rato y luego miró a su hermano.

—No, Chris. Lo siento.

El dolor lo obligó a soltar las palabras antes de siquiera pasarlas por su cabeza.

—Pues entonces jódanse.

Sintió vergüenza en cuanto lo dijo. Ya no sabía qué estaba haciendo. Al final del día ya no soportaba el dolor de cabeza. No funcionó haber llevado a escondidas el Excedrin de su madre a la escuela y que durante todo el día lo hubiera masticado como si fueran dulces. Ni siquiera importó que la última clase se cancelara para que todos los niños pudieran asistir al evento especial. Nada detenía el dolor de cabeza de Christopher.

Ni siquiera el Festival de Globos.

Miró el patio de la escuela, con todos los niños vestidos con sus abrigos y sombreros. Cada uno tenía un globo de distinto color con una tarjetita al final del hilo que lo sostenía. La señora Henderson les dijo que escribieran su nombre en la tarjeta con la información de contacto de la escuela. El globo que viajara más lejos ganaría el premio. El ganador sería anunciado el último día antes de las vacaciones de Navidad. De pronto, Christopher recordó cómo la señora Keizer se le apareció en el hospital gritando: «¡La muerte ya viene! ¡La muerte ya está aquí! ¡Moriremos el día de Navidad!».

*No llores.*

El dolor de cabeza era terrible. Nunca terminaría la casa del árbol. Así que o Bad Cat iba a lastimar a su madre o estaba completamente loco.

*No llores.*

Christopher intentó ignorar el dolor y escribir su nombre. Pero la primera lágrima cayó sobre la tarjeta e hizo que el lápiz se corriera.

*Deja de llorar, bebé.*

Pero no podía dejar de llorar. Se escondió detrás de la resbaladilla, se cubrió la adolorida cabeza con las manos y comenzó a sollozar. Tras un momento, notó una sombra cruzando por delante de sus párpados. Levantó la vista y Matt le

puso una mano en el hombro.

—¿Qué pasa, Chris?

Christopher no podía hablar. Solo seguía llorando. Mike y Special Ed llegaron después.

—¿Qué pasó? —preguntó Mike—. ¿Fue Brady? Lo voy a matar.

Christopher negó con la cabeza. Luego se limpió los ojos con la manga de su chaqueta.

—Lo siento —dijo—. No quería decirles groserías. No quería meterlos en problemas.

—Ni te preocupes por eso —dijo Matt.

—Sí. Nuestras mamás ya no están enojadas —agregó Mike.

—Sí. Mi mamá ahora piensa que soy un genio —exclamó Special Ed—. Y, además, pasamos una noche entera acampando solos. Todos ganamos.

—Entonces, ¿me van a ayudar a terminarla?

—¿Por qué es tan importante para ti? —preguntó Matt.

—Porque es nuestro lugar. Porque somos los Avengers —dijo Christopher, sabiendo que no le creerían si les dijera la verdad.

Todo se quedó en silencio mientras los chicos lo pensaban.

—De acuerdo, Chris —dijo Special Ed—. Te ayudaremos.

—Claro —agregó Matt—. Pero tenemos que ver cómo hacerlo. Seguimos castigados.

—¿Y si nos escapamos a la hora de la escuela? —propuso Mike.

—Yo no puedo —dijo Special Ed, que estaba muy contento con su nuevo éxito académico—. Si saco diez en un examen este año, mi papá prometió que me dejaría tener Showtime en mi cuarto. Showtime tiene muchas chicas desnudas.

—¿Y si fingimos que estamos enfermos? —propuso Matt.

—Sería demasiado sospechoso —comentó Special Ed.

Entre más lo pensaban, más se daban cuenta de que no había un plan que sirviera. Christopher era el único que vivía lo suficientemente cerca del bosque como para escabullirse por la noche. Sus mamás estaban con ellos todo el día después de la escuela y los fines de semana, y nunca les darían permiso para hacer otra pijamada.

—¡Preparen sus globos, niños y niñas! —ordenó la señora Henderson.

—Vamos, chicos —dijo Special Ed—. Tenemos que ganar el Festival de Globos.

Los chicos le pasaron sus globos a Christopher y él los amarró todos juntos. Los cuatro miraron a Brady Collins y Jenny Hertzog, quienes por su popularidad

tenían tantos globos juntos que parecía la película *Up: Una aventura de altura*. Pero a Christopher y a los *Avengers* no les importó. Eran mejores amigos de nuevo.

—A la una. A las dos. ¡A las tres! ¡Suéltelos! —gritó la señora Henderson.

Todos los niños soltaron sus globos. El cielo blanco se llenó de puntitos de colores como en una pintura. Era un cielo hermoso, enorme y silencioso como una plegaria. Christopher levantó la vista hacia una nube. Blanca como la bolsa de plástico. Las palabras le llegaron en ese instante.

*Una nevada.*

El dolor de cabeza se detuvo con la respuesta. Christopher no había notado lo mucho que le dolía hasta que desapareció.

—Chicos, ¿y si cancelan las clases por nevada? —preguntó Christopher.

—¡Eso estaría bien! —exclamó Special Ed—. Lástima que tú no controlas el clima, Chris.

Esa noche, cuando su mamá se quedó dormida, Christopher se fue al bosque, directo hacia la bolsa de plástico.

—No sé si eres real o no. Pero si existes, tienes que ayudarme a terminar la casa del árbol. Y si no existes, voy a dejar de construirla. No me importa si me explota la cabeza. Porque ya no voy a hacer esto solo. Necesito pruebas. Así que hálame. Por favor, hálame.

En el silencio que obtuvo como respuesta, observó la bolsa de plástico blanca, flotando tranquilamente en la rama. La voz de Christopher sonó con más fuerza.

—Es tu última oportunidad. Necesito un día de asueto por nevada para terminar la casa del árbol. Así que más te vale que nieve, o te juro que no volveré a creer en ti.

Una tormenta de nieve.

«Maldita sea», pensó el alguacil. «Lo último que necesito en este momento es una tormenta de nieve».

En el pronóstico del tiempo se anunciaron cinco centímetros de nieve. Pero en realidad fueron treinta y cinco. Las escuelas ya habían cerrado. La primaria Mill Grove. Las dos secundarias. La preparatoria. La nieve fue tanta que hasta el distrito escolar de Mt. Lebanon cerró, en vez de atrapar a sus jóvenes con las clásicas «tres horas de retraso (sin kínder por la mañana)».

Los chicos salieron con sus trineos e hicieron muñecos de nieve. El alguacil hubiera preferido por mucho ser un niño en trineo que un adulto que tenía que ver si el pueblo tenía dinero suficiente para la sal extra que requerirían las calles. Cuando era niño odiaba la sal porque se llevaba la nieve. Ahora la odiaba aún más.

Porque lo alejaba de su caso.

Quizá era el hecho de que involucraba al hijo de Kate Reese. Quizá era el hecho de que el alguacil estaba acostumbrado al ritmo de la ciudad; por más que al principio quería la vida tranquila de un pueblo pequeño, deseaba hacer trabajo de policía real de nuevo.

Fuera lo que fuera, parecía que entre más tiempo pasaba en el bosque, trabajando en la escena del crimen y buscando pistas, más se comprometía, más se concentraba y más se apasionaba. Hasta podría decir que casi se estaba volviendo más inteligente. Porque, pese a todas las distracciones, había logrado reunir cuatro piezas básicas de información...

Niño.

Ocho años.

Hace cincuenta años.

Enterrado vivo.

... que prácticamente le daban la identidad del niño. Necesitaría una prueba de ADN que lo confirmara. Pero estaba casi seguro del nombre de la víctima.

David Olson.

El alguacil fue a su escritorio y abrió el expediente del caso sin resolver para sacar el póster que ya estaba borroso. David Olson era un niño muy lindo. Enormes mejillas. Gran sonrisa. Aunque le faltaban los dientes delanteros.

Los mismos dientes que le faltaban al esqueleto.

El alguacil hizo a un lado el póster y observó las copias de recortes del *Pittsburgh Post-Gazette* y el viejo *Pittsburg Press* antes de que lo cerraran. Incluso se mencionó en el *Pennysaver* local.

De acuerdo con los periódicos, David Olson estaba en casa con su hermano mayor y la novia de este. Sus padres habían salido a disfrutar de un evento en Heinz Hall tras una cena en el Club Duquesne. De acuerdo con el primer reporte de la policía, el hermano mayor dijo que alguien había puesto una carriola en su porche con una grabación de llantos de bebé. El perpetrador (o los perpetradores) debieron usarlo como distracción para sacar a David Olson de su cuarto.

La policía usó todos sus recursos (y se gastó gran parte del presupuesto local, como bien sabía el alguacil) para cerrar las calles y las carreteras. Policías y voluntarios recorrieron todo el pueblo, incluyendo el bosque de la calle Mission. Pero al final no pudieron encontrar ni una huella.

Era como si a David se lo hubiera llevado un fantasma.

Al no poder encontrar a un sospechoso, las sospechas cayeron sobre la familia. Para vender unos cuantos periódicos, algunos reporteros amarillistas acusaron al padre de David Olson de haber matado a su propio hijo. La historia del «padre desquiciado» funcionó por un tiempo, especialmente cuando se descubrió que la familia tenía un seguro de vida para David. Pero, a falta de pruebas, la historia terminó por quedar en el olvido (junto con las ventas del periódico) y los reporteros se enfocaron en el hermano mayor.

Los peores acusaban al hermano del asesinato. Los mejores simplemente le planteaban la pregunta: «¿Qué se siente saber que estabas ahí cuando se llevaron a David?». Para bien o para mal, el hermano estaba muy dispuesto a ayudar a los reporteros a mantener la historia viva. Pero con el tiempo, otras noticias se volvieron más interesantes y la familia se quedó con la carga de ser los únicos que sabían cómo terminó la historia. De saber que el crimen nunca se resolvió. De saber que nunca se atrapó al perpetrador (o a los perpetradores). Que la familia tuvo que encontrarle un sentido en lugar de respuestas. Que el pueblo dejó de buscar porque ya no tenían más pistas y necesitaban el dinero para echar sal en las calles para la seguridad del resto de la población.

El alguacil guardó el archivo con el póster de la desaparición encima. Luego

observó a los desaparecidos actuales en su tablón. Rostros de hombres, mujeres y niños. Los distintos departamentos se compartían las fotos como si fueran niños intercambiando tarjetas de beisbol. Todo con la esperanza (falsa o real) de que, milagrosamente, un niño que desapareció en Hershey fuera encontrado en Filadelfia. O que el anciano con demencia que se perdió en Harrisburg de algún modo hubiera logrado llegar hasta Pittsburgh. A veces, los rostros cambiaban cuando rescataban a un niño, encontraban a un abuelo o a un adolescente fugitivo que había llegado a la conclusión de que el infierno de su casa no era nada comparado con el infierno de las calles. Pero por más que cambiaran los rostros, el tablón nunca lo hacía. Siempre estaba lleno, tal como el inicio de *La tribu Brady*.

El tablón era algo tan constante que el alguacil casi nunca se fijaba en un rostro en particular. Pero una desaparecida llamaba su atención. Quizá por su edad. O por el cabello rubio. O por el hecho de que se parecía a la niña con las uñas pintadas. Fuera lo que fuera, el alguacil siempre notaba a esa niña perdida.

Emily Bertovich.

Llevaba cuatro meses desaparecida, pero sus padres debían tener influencias en su pueblo, Erie, Pensilvania, (o mucho dinero), porque su caso se seguía tratando como si apenas tuviera veinticuatro horas de ocurrido. Nuevas fotografías. Nuevos pósteres. Hasta la vieja campaña de imágenes en los cartones de leche revivió por esa niña. Su póster se veía tan nuevo como el de David Olson se veía borroso y a punto de desintegrarse. El alguacil pudo sentir su mente viajar de Emily Bertovich a la niña con las uñas pintadas, pero se obligó a detenerse.

Tenía trabajo por hacer.

Salió a desenterrar su auto de la nieve. Luego manejó sobre las calles cubiertas de sal, mirando a los niños que estaban jugando en el campo de golf que tenía una increíble pendiente para deslizarse. Vio a los pequeños con sus chaquetas de colores corriendo por la colina blanca.

Como los globos en el cielo.

Abrió un poco la ventana para desempañar el parabrisas. El aire fresco llenó su auto. Escuchó a los niños y sus gritos de alegría mientras se deslizaban por la colina y subían corriendo para lanzarse de nuevo. El sonido lo hizo sonreír. Un instante luminoso en aquel día gris.

El alguacil llegó al fin al asilo. La señora Collins estaba en el porche, parada junto a su madre en silla de ruedas. La anciana estaba diciendo locuras sobre el fin del mundo mientras la señora Collins regañaba a tres adolescentes

voluntarios para que «dejaran de tontear» y palearan toda la nieve del frente. El alguacil se sintió especialmente mal por una.

—No queremos que mi madre se caiga y se rompa la cadera, ¿verdad, Mary Katherine?

—No, señora —respondió la muchacha, con la cara roja y moqueando por el frío.

El alguacil no tenía ganas de hablar con la señora Collins. Recordó cuando comenzó con ese trabajo y la familia Collins lo invitó a cenar en su enorme mansión con un largo camino de entrada, alberca, cancha de tenis y una cava que era un poco más grande que su departamento. Solo fue una cena agradable y casual para recordarle, de la manera más atenta, que la primera palabra de «servidor público» era casi «sirviente». Y si él era el sirviente del pueblo, ellos eran los amos. No se dijo nada, pero todo quedó implícito. El alguacil tuvo que soportar su espectáculo de «Somos normales. Estamos bien». Especialmente cuando Brady derramó su sopa sobre el elegante mantel y se tensó como alguien que es descubierto haciendo tratos con su jefe narcotraficante. El alguacil supo que, en cuanto cerraran la puerta, a Brady le iba a ir muy mal. Pero al menos tenía una mansión de más de tres mil metros cuadrados en la cual sufrir. La niña con las uñas pintadas no tenía ni treinta.

Y la mamá de Brady sí que sabía cocinar. Tenía que reconocerlo.

Todo había estado bien entre sirviente y amos hasta que se encontró el esqueleto y el alguacil ordenó que se cerrara el bosque para hacer la investigación.

—No puedo perder otra semana, alguacil —le dijo el señor Collins—. Pero tengo un equipo de abogados.

—Muy bien. Puede traerlos para que nos ayuden a desenterrar más esqueletos en sus tierras. Está construyendo suburbios familiares. No quiere que los noticieros piensen que no le importa un niño muerto, ¿verdad? —respondió el alguacil.

No fue exactamente el comentario más fuerte, pero bastó para que el señor Collins se pusiera a buscar un nuevo alguacil para la próxima elección. Pero al alguacil no le importó. Mientras pudiera resolver el caso, la comunidad lo apoyaría y no perdería su trabajo. Y si no, pues no. Ya había visto cosas peores que un segundo lugar.

—Hola, señora Collins. ¿Cómo está su esposo? —dijo el alguacil con tono cordial.

—Muy bien. Está feliz de que haya detenido su construcción una semana más.



—Solo intento que el pueblo esté seguro, señora —comentó el alguacil, acomodándose la gorra como si le estuviera pintando dedo.

—Pues lo está haciendo muy bien —dijo ella con una sonrisa.

Cuando el alguacil entró al asilo, vio a Kate Reese al final del pasillo. Estaba desempacando las decoraciones navideñas. Y se veía tan hermosa como la noche de su cita que comenzó a las 6:00 p. m. y terminó cuando el señor Wong dijo con su mal inglés: «Ya cerremos». El alguacil no supo adónde se habían ido esas tres horas, pero ya no estaban y había llegado el momento de abrir sus galletas de la suerte.

—¿Qué dice la suya? —preguntó él.

—Un amigo que te necesita necesita ser tu amigo. ¿Y la suya?

—Encontrarás la felicidad en un nuevo amor.

Diez minutos después ya se estaban besando en el auto del alguacil como si fueran adolescentes. Solo se besaron, pero eso lo hizo aún mejor. No había tenido tiempo de verla desde esa vez.

—¿Qué hace fuera de casa con este clima? —preguntó Kate Reese.

—Soy el alguacil. ¿Usted qué hace?

—Tengo que pagar mi hipoteca. Y Christopher se fue con sus amigos a andar en trineo.

El alguacil pudo sentir el cambio en ella. Cuando se enteró de que el esqueleto llevaba enterrado cincuenta años, bajó la guardia con su hijo. Un poquito.

—¿Ya no lo tiene bajo arresto domiciliario? —preguntó el alguacil.

—Tiene libertad condicional. Si vuelve al bosque... será confinado.

El alguacil podía sentir que había ojos posados en ellos por todas partes. Desde las ancianas que jugaban cartas pese a la artritis, hasta el personal que estaba fumando a escondidas afuera. Así que se acercó a Kate y le susurró la razón por la que estaba ahí. Ella asintió y lo acompañó por el pasillo hasta una de las habitaciones. Luego lo dejó para que hiciera su trabajo. El alguacil vio al anciano sentado en su silla, con la cabeza cubierta de vendas tras la cirugía exploratoria de su ojo.

—Disculpe, señor. Soy el alguacil Thompson.

—Ah, bienvenido, alguacil. Me alegra ver que sí trabaja, pues voté por usted —dijo Ambrose—. ¿En qué lo puedo ayudar?

El alguacil se quitó la gorra por respeto, aunque el anciano ni podía verlo. Luego se sentó frente a él.

—Señor... mis hombres peinaron el bosque y encontraron el cadáver de un niño.

—¿Sí?

—Creo que es su hermano menor, David.

El hermano mayor de David Olson, Ambrose, se quedó tieso como estatua. El alguacil no podía ver sus ojos, pero luego notó que las lágrimas habían comenzado a correr por los bordes de sus vendajes.

Christopher miró el cielo lleno de nubes. No podía recordar haber visto tantas antes. Enormes nubes que iban soltando nieve sobre los niños como confeti en un desfile.

Sus amigos no podían creer la suerte que tuvieron.

¡Cancelaron las clases por la nevada!

Un gran y maravilloso día de asueto por nevada.

—Guau, Chris. Tal vez sí controlas el clima —bromeó Special Ed.

Christopher le ofreció una sonrisa forzada. Sabía que la nieve podía ser una coincidencia.

O no.

Su madre lo dejó en el campo de golf esa mañana para que anduviera en trineo con sus amigos, pero antes de despedirse, le dio un beso, un abrazo y un severo recordatorio.

—Nada de ir al bosque. No es broma.

—Gracias, mamá —dijo él.

—Nada de gracias. La única razón por la que te dejo hacer esto es porque la mitad del pueblo está en la colina. No te vayas de aquí hasta que vuelva.

—Sí, señora —respondió.

Las madres les dijeron a sus hijos que los recogerían cuando salieran de trabajar (o de su día de spa, en el caso de la mamá de Special Ed). De cualquier modo, eso les daba más de ocho horas para ir a la casa del árbol y terminarla.

Era su oportunidad.

Esperaron a que sus madres se fueran y luego cruzaron el estacionamiento con sus trineos de plástico rojo. Pasaron junto a padres quejándose sobre el tráfico y las condiciones de los caminos mientras sus hijos hacían planes con sus amigos para sacarle el mayor provecho posible al día de vacaciones que Dios les había regalado.

Cargados con el termo de chocolate caliente de Special Ed y una mochila llena de comida chatarra, los chicos se abrieron paso entre la nieve hasta el bosque de la calle Mission. Se detuvieron antes de entrar. Los árboles estaban aplastados por el peso de la nieve. Testigos silenciosos de la historia. Christopher pensó que

esos árboles llevaban cientos de años ahí. Quizá miles. Esos árboles eran más viejos que su país. Esos árboles seguirían ahí mucho después de que ellos murieran.

A menos de que el señor Collins acabara con ellos antes.

Christopher llevó a los chicos hasta el punto donde había escondido las ventanas. Mientras las desenterraban, la nieve les envolvió las muñecas e hizo que los brazos les dolieran como cuando el helado hace que te duela la cabeza. Pero Christopher no sintió nada.

Llegaron al claro en cinco minutos, arrastrando las ventanas sobre sus trineos de plástico rojo. Era difícil avanzar a través de la tormenta de nieve. Batallaban para abrirse paso entre el polvo blanco que escondía el claro del resto del mundo. Como una montaña antes de que a alguien se le ocurriera esquiar.

Llegaron al árbol.

Nadie dijo nada. Solo trabajaron en silencio, soltando de vez en vez una palabra para coordinar la cuerda con la que subirían las ventanas. O para conseguir el desarmador correcto. O para sellar las ventanas contra las inclemencias del tiempo.

Los chicos usaron sus músculos para acomodar los tablones del techo en su lugar. Sus martillos enterraron los clavos en la madera como un cuchillo en la mantequilla. El viento arreciaba, dejándoles las mejillas rojas, empapadas y frías. Terminaron el techo en dos horas mientras Matt y Christopher ponían persianas negras en las ventanas. Cuando el techo quedó listo, los cuatro chicos se subieron para clavar las tejas. Una por una. Tan rápido como podían. Tap tap tap como si tuvieran cuatro máquinas de escribir.

Hasta que terminaron.

Cuando llegó a la última teja, Christopher se detuvo. Solo quedaba un clavo por clavar. Preguntó a los chicos quién quería terminarlo.

—Haz los honores —dijo Mike.

—¡Chris! ¡Chris! ¡Chris! —vitorearon sus amigos.

Christopher tomó el martillo y hundió el último clavo. Cuidadosamente se bajaron del techo hasta llegar al suelo. Los cuatro chicos se quedaron ahí, mirando su creación en un respetuoso silencio. Una casita del árbol perfecta con ventanas, persianas y una puerta real con seguro. El suelo con la trampilla y una escalera de cuerda para emergencias. Era hermosa. Exactamente como Christopher se la había imaginado. Era mejor que en sus dibujos. Mejor que cualquier casa que cualquiera hubiera planeado, salvo las que él le hacía a su mamá.

La casa del árbol estaba terminada.

—¿Quién quiere subir primero? —preguntó Matt.

No hubo debate.

Christopher subió.

Sus amigos lo siguieron.

Los chicos treparon por las maderas, que eran como dientes de bebé. Llegaron hasta el pequeño porche. Christopher abrió la puerta como si fuera el portero y dejó pasar a sus amigos. Uno por uno. Special Ed, luego Mike, luego Matt. Los tres chicos se agazaparon en la casa del árbol y comenzaron a hablar de cómo llevarían los muebles, además de sus iPads para ver películas. Quizá hasta una pequeña estufa de propano para derretir malvaviscos.

Mientras sus amigos hacían planes entusiasmados, Christopher miró hacia el claro. Vio unos ciervos asomando sus cabezas entre los arbustos. Alimentándose del poco verdor que quedaba antes de que el invierno amenazara con matarlos de hambre. Escuchó. No había sonidos. No había viento. Solo la caída constante de la nieve desde las nubes en el cielo. Christopher vio que el rostro de nube había regresado. Sonreía y avanzaba lentamente mientras le lanzaba nieve como si fuera algodón de azúcar. La nieve era tan densa que cubrió todas sus huellas.

Era como si nunca hubieran estado ahí.

—Ya, Chris. Cierra la puerta. Está helando —dijo Special Ed.

Christopher fue hacia sus amigos, pero no sin antes observar la bolsa de plástico blanca, que había estado callada todo el día. La miró ahí, colgada de una rama baja. Esperando pacientemente. Luego cruzó la puerta y entró en la casa del árbol. Sabía que en cuanto cerrara la puerta tendría la prueba que necesitaba. O estaba loco o habría algo al otro lado. O no había hombre amable o estaba por conocerlo en persona.

—Pero ¿qué hace la casa del árbol? —le preguntó un día al hombre amable.

no me creerías. tendrás que verlo por ti mismo.

Christopher cerró la puerta.

Tras un momento, un pajarito se posó en el picaporte. Miró a los ciervos que lentamente estaban rodeando la casa del árbol. Cada paso coordinado. Al pájaro no le gustaba ver cosas a las que no estaba acostumbrado, así que se echó a volar. Voló entre los copos de nieve y el aire helado. Voló más allá de las copas de los árboles y siguió volando más y más alto hasta que alcanzó la parte baja de las nubes que parecían rostros.

Luego se dio la vuelta.

El ave miró la tierra desde allá arriba. Vio el bosque, el claro cubierto de nieve con los ciervos y el arbolito con la casa del árbol. Y de haber tenido palabras para describir lo que vio, habría jurado que se veía como un iris blanco con manchas café y la pupila negra de...

Un ojo gigante.

## Parte IV

---

Ver para creer

hola. ¿cómo estás? ¿estás bien? no te preocupes. respira. ya te acostumbrarás. solo recuerda un par de cosas. ¿me estás escuchando? tranquilízate. sé que no puedes ver. no estás ciego. estás pasando al lado imaginario.

tus amigos no están contigo. ellos aún creen que estás ahí, en el lado real. pero no estás solo. yo te estoy esperando. jamás dejaría que vinieras solo. soy tu amigo por siempre.

ay, dios. ya cruzaste. prepárate. puedes hacerlo, christopher. sé que puedes hacerlo. ahí está. ese es el picaporte. estás a punto de verlo. por favor, recuerda esto. haré todo lo que pueda para protegerte. pero si mueres aquí, también morirás en el lado real. así que, pase lo que pase, nunca vengas si yo no estoy. nunca vengas de noche. y si llegamos a separarnos, no te vayas de la calle.

ella no podrá atraparte mientras no dejes la calle.



Christopher abrió los ojos.

A primera vista, todo parecía igual. Estaba en la casa del árbol. Seguía en el claro. La tierra estaba cubierta de nieve. Por un momento pensó que solo era un niño loco en una casa del árbol escuchando su imaginación.

Salvo por ese olor.

Cuando entró en la casa del árbol, el aire estaba helado. Ese tipo de helada que hacía que se le pegaran las aletas de la nariz. Pero al abrir los ojos, el aire olía dulce. Como a algodón de azúcar.

—Oigan, chicos, ¿huelen eso? —preguntó.

No hubo respuesta.

—¿Chicos? —repitió.

Se dio la vuelta y casi gritó. Porque ahí, junto a Special Ed, Mike y Matt, estaba su propio cuerpo. Christopher observó a los cuatro chicos sentados con las piernas cruzadas, frotándose las manos para calentarse. Les habló, pero no los escuchaban. Sacudió una mano frente a sus ojos, pero ni siquiera parpadearon. Estaban ocupados haciendo planes sobre los muebles que podrían llevar a la casa del árbol. Sus voces sonaban distantes. Como cuando la voz de su madre hacía eco mientras él se sumergía en la tina. Christopher luchó por escucharlos hasta que...

toC. toC. toC.

Christopher volteó hacia la puerta. Sentía la vibración del sonido en sus dientes como gis en un pizarrón. Miró a sus amigos. No escuchaban los golpes. Solo seguían hablando sobre cómo iban a tener electricidad en la casa del árbol para sus juguetes y *gadgets*. ¿Quizá con baterías? ¿Los refrigeradores pueden funcionar con baterías?

toC. toC. toC.

Se acercó a la puerta y puso la oreja contra la madera. Al principio, solo hubo silencio. Luego escuchó una voz tan clara como distantes eran las de sus amigos.

christopher. pssst. aquí afuera.

Su corazón latió a toda velocidad. Fue a la ventana. Estiró el cuello para ver, pero no encontró nada.

toC. toC. toC.

Christopher se paró de puntitas intentando ver a la persona, pero solo escuchaba la voz velada tras la puerta.

está bien, christopher. soy yo. abre la puerta.

Tragó saliva y se acercó un poco más a la puerta. No quería abrirla, pero necesitaba saber si realmente había una persona ahí afuera. O si solo era producto de su imaginación. ¿Estaba fuera de su cuerpo? ¿O solo había perdido la cabeza?

Christopher abrió la puerta.

La luz de afuera era enceguecedora. Pero aun así pudo ver el rostro. Las cicatrices de miles de tajos por todas partes. Un joven con alma vieja. O un viejo con corazón de joven. Sus ojos eran tan azules. Su rostro era tan hermoso.

Era el hombre amable.

—Eres real —dijo Christopher, maravillado.

—Hola, Christopher —le respondió el hombre—. Qué gusto conocerte al fin.

El hombre amable le extendió una mano. Christopher la estrechó a manera de saludo. Su piel era suave y lisa. Como el lado fresco de la almohada.

—Solo nos queda una hora de luz solar —dijo el hombre amable—. Tenemos que ponernos a trabajar.

Christopher volteó para ver si sus amigos notaban algún cambio. ¿Podían ver al hombre amable? ¿Podían sentir la puerta abierta? ¿Sabían que había otra dimensión del bosque y del mundo? Pero su conversación no cambió. No vieron nada. Solo una casa del árbol construida por ocho pequeñas manos. Christopher siguió al hombre amable fuera de la casa del árbol y cerró la puerta. Bajó por las maderas que eran como dientes de bebé. Y siguió al hombre amable por el claro, hacia el mundo imaginario.

—¿Qué te pasó en los dedos? —le preguntó su mamá a Christopher cuando lo recogió.

Estaban en el estacionamiento del campo de golf junto a sus amigos y sus madres. El sol al fin se había puesto. El frío se sentía en el aire, como les pasa a los dientes sensibles.

—Nada. Solo son unas astillas —respondió Christopher.

—¿Por el trineo de plástico?

—Un niño de la escuela nos prestó el suyo de madera.

La madre de Christopher lo miró en silencio por un momento. Sospecha era una palabra demasiado fuerte para la expresión en sus ojos. Pero era una prima muy cercana.

—¿Cuál niño? —le preguntó a su hijo.

—Kevin Dorwart. Va en mi salón —respondió él sin dudarlo.

Eso terminó con las preguntas por el momento. Como Christopher sabía que ocurriría. Porque había traído consigo algo más del mundo imaginario junto con las astillas y el recuerdo de la conversación que su cuerpo tuvo con sus tres amigos en la casa del árbol. Su mente solo estuvo una hora en el mundo imaginario, pero desde que salió tenía una...

Comezón.

Una comezón en la nariz que no podía rascarse porque no estaba en su nariz. Estaba en su cerebro. Pero tampoco comezón era la palabra correcta. Porque una comezón no te hace cosquillas, no te susurra ni te araña. Una comezón no te deja sus pensamientos. Pensamientos que eran como sus viejas tarjetas de estudio.

$2 + 2 = 4$

*La capital de Pensilvania es... Harrisburg.*

Pero estas tarjetas eran diferentes. Mientras miraba a sus amigos y a sus madres, la comezón repasó rápidamente las tarjetas, como al hombre al que vio haciendo el truco de las tres cartas en la calle.

*La madre de Special Ed es...*

*La madre de Special Ed es... una borracha.*

*Las mamás de Mike y Matt están...*

*Las mamás de Mike y Matt están... yendo a terapia de pareja.*

—¿Estás bien, Christopher?

Christopher se dio la vuelta. Todas las madres lo estaban mirando. Preocupadas. Christopher les ofreció una sonrisa para tranquilizarlas.

—Estoy bien. Solo me duele un poquito la cabeza —dijo—. Quiero seguir deslizándome en el trineo.

—Sí, ¿podemos? —preguntaron los chicos.

—Ya es tarde, lo siento —dijo su mamá.

—Sí. Despídanse, niños. Tengo una botella de vino blanco que me está esperando en casa —comentó Betty.

Todos se despidieron y Christopher se metió al auto con su mamá. Se acomodó las ventilas del aire acondicionado hacia la cara para que el calor le derritiera las mejillas congeladas. Miró a su madre y la vio arrugando el entrecejo.

—¿En qué estás pensando, mamá? —preguntó.

—En nada —dijo ella.

*Mi madre está pensando en...*

*Mi madre está pensando en... las astillas de mis dedos.*

Cuando llegaron a su calle, un escalofrío recorrió el cuerpo de Christopher. Recordó las cosas que vio en el lado imaginario. Era como uno de esos cristales que por un lado reflejan y por el otro son transparentes, lo que permitía ver a la gente del lado real.

Y saber cosas.

Intentó distraerse de las cosas mirando las casas, pero la comezón solo incrementó. Pasaron junto a la vieja casa de la esquina. La madre de Christopher le dijo que la acababa de comprar una pareja joven. La esposa estaba pintando la puerta roja.

*La casa de la esquina es...*

*La casa de la esquina es...*

Nada. Su mente estaba en blanco. No había respuesta. Solo la comezón y los rasguños. La madre de Christopher llegó al frente de su casa. Apretó el botón del garaje automático en el control remoto y forzó una sonrisa.

*Mi madre está...*

*Mi madre está... preocupada por mí.*

Christopher observó a su madre poniendo la sopa en la estufa. Pollo con los fideos pequeños que a su hijo le encantaban. Y sándwiches de queso. Como los que solía hacerle a su difunto esposo.

*Mi padre tenía...*

*Mi padre tenía... voces en la cabeza. Como yo.*

El susurro que lo rasguñaba se quedó ahí por un momento y luego desapareció. Christopher tuvo un poco de dolor de cabeza y más tarde le dio una fiebre ligera. Pero nada grave. Se sentía bien en la cocina, que se iba llenando poco a poco con los olores de la sopa y del queso. Cuando su mamá le preguntó si quería ver *Avengers* o *Bad Cat*, él le dijo que no. No quería ver ninguna película. No quería ver televisión.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —le preguntó su mamá.

—¿Podemos ver mis fotos de bebé?

La madre de Christopher sonrió, sorprendida. No habían visto ese álbum en años. Y quizá esa era la noche perfecta para hacerlo. Con la nieve en el techo y la sopa en la estufa.

—Claro. ¿Qué te hizo pensar en tus fotos de bebé, cariño?

—No lo sé.

Y de verdad eso no lo sabía. No tenía idea de por qué ese álbum de pronto le resultaba tan interesante. Simplemente quería verlo. Así que, cuando la sopa estuvo lista y los sándwiches perfectamente dorados, cafés y tostados, su madre sacó el álbum.

*Mi madre sabe...*

*Mi madre sabe... que ahora soy distinto.*

Y se sentaron en su nuevo sofá.

*Mi madre sabe...*

*Mi madre sabe... que soy más inteligente de lo que debería ser.*

Con la chimenea encendida.

*Mi madre sabe...*

*Mi madre sabe... que le estoy ocultando secretos.*

—Qué buenos sándwiches de queso, mamá —le dijo, para hacerla sonreír.

—Gracias, cariño —respondió ella, con una sonrisa fingida.

Christopher deseaba darle a su madre el poder que obtuvo del lado imaginario. Deseaba que ella también pudiera conocer los pensamientos que se ocultaban entre las palabras de la gente y que supiera lo que estaba pasando por la cabeza de su hijo.

*No te puedo decir...*

*No te puedo decir... lo que está pasando, mamá.*

*Sería...*

*Sería... aterrador para ti.*

El hombre amable le advirtió que tuviera cuidado. Entre más tiempo pasara en el lado imaginario, más sabría en el real. Pero el poder tenía un precio. Al principio eran los dolores de cabeza. Y luego la fiebre. Y luego algo peor. Christopher tuvo que prometerle que se alejaría de la casa del árbol unos días para recuperarse.

No quería entrenarlo demasiado rápido.

Christopher descansó la cabeza sobre el hombro de su madre e intentó olvidar las cosas que vio en el lado imaginario. El hombre con el uniforme de *girl scout* cerca de los arbustos de la calle cerrada. El otro hombre dentro del tronco hueco cerca del puente. Por suerte, era de día y la gente imaginaria estaba dormida. El hombre amable dijo que de noche el mundo imaginario despierta.

Y es entonces cuando la cosa da miedo.

—Por eso nunca vengas sin mí. Nunca estés aquí por la noche. Prométemelo.

—Lo prometo.

Christopher posó los ojos en sus fotos de bebé, pero su mente se fue hacia el atardecer. Había pasado hacía tan solo algunas horas, pero lo sentía tan distante como Michigan. Cuando llegó el atardecer, el hombre amable regresó a Christopher a la casa del árbol. Se disculpó por no haberle respondido durante tanto tiempo, pero dijo que no podía arriesgarse porque la gente imaginaria había comenzado a sospechar de él. Dijo que debía tener mucho cuidado con las pesadillas porque las pesadillas son el mundo imaginario metiéndose en tu cabeza para ver si sabes que existe. Así que si las cosas se ponían muy aterradoras en un sueño, Christopher simplemente debía correr a la calle.

Ella no puede atraparte si estás en la calle.

—¿Quién?

—Entre menos sepas sobre ella, mejor. No quiero que te encuentre.

Luego Christopher le pidió al hombre amable que lo acompañara al lado real, pero el hombre amable le dijo que no podía. Tenía trabajo por hacer. Después de eso el hombre amable le revolvió el cabello y cerró la puerta.

En un instante, el aroma a algodón de azúcar volvió a ser solo aire frío. Christopher volvió a su cuerpo en el lado real. Vio a Special Ed con la mano en el picaporte de la puerta de la casa del árbol, que estaba abierta.

—Vamos, Chris —le dijo—. Ya son casi las seis. Vamos a llegar tarde.

—Sí —dijo Mike—. Tenemos que volver al campo de golf.

—No queremos que nos vuelvan a castigar —agregó Matt.

Christopher siguió a sus amigos fuera de la casa del árbol. Fue el último en salir. Cerró la puerta y encerró ahí al mundo imaginario como si fuera un ataúd. Luego bajó por las maderas como dientes de bebé. Cuando llegaron al suelo, Christopher miró la bolsa de plástico en la rama.

Y sonrió.

Porque no estaba solo.

—¿Estás bien, Christopher? —preguntó Matt.

—¿Por qué lo dices?

—Te está sangrando la nariz.

Christopher se tocó la nariz y al llevarse los dedos a su campo de visión los encontró manchados de sangre.

*El poder...*

*El poder... tiene un precio.*

—No es nada. Estoy bien. Vámonos.

Luego se arrodilló para limpiarse la sangre en la nieve blanca y pura.

—¿Estás dormido, Christopher? —preguntó su mamá.

Christopher siguió la voz para volver al presente. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero su madre ya había llegado al final del álbum.

—No. Estoy bien despierto.

Entonces le pidió a su madre que volviera al inicio del álbum para ver de nuevo las viejas fotografías. Eso era lo único que detenía la comezón en su cerebro.

No sabía por qué.

Ambrose abrió el álbum de fotos del bebé.

Eran las ocho de la noche. Su habitación estaba en silencio. Abrió la ventana y escuchó la lluvia que caía afuera. Apenas se podía oír. Alguien que no tuviera gasas cubriendo sus ojos probablemente no habría escuchado nada. Pero él sí. Las gotas pesadas y húmedas cayendo sobre el suelo como plumas. A David le encantaba jugar en la nieve. Cómo le gustaba jugar en la nieve a su hermano.

Ambrose abrazó el álbum.

Recordó la vez que David le rogó que lo llevara a andar en trineo en el campo de golf.

—No tienes edad suficiente, pequeño.

Pero David era muy persuasivo. Y esa vez ganó. Fueron a deslizarse. David se puso su gorro favorito. Era un gorro de esquí con el logo de los Steelers de Pittsburgh y una borla amarilla arriba. Eso fue justo antes de la Inmaculada Recepción, cuando los Steelers aún eran un equipo terrible. Pero Ambrose se había ganado el gorro en Kennywood y se lo dio a su hermanito. Era el favorito de David. Eso y el guante de beisbol que Ambrose le compró. Aún recordaba el aroma de ese guante.

Ambrose se puso de pie.

Recordó cómo bajaron por la empinada colina del campo de golf. Con el viento poniéndoles las mejillas tan rojas como la manzana que asustó a David cuando vio *Blancanieves*. Pasaron todo el día deslizándose, con la nieve metiéndose en los guantes de David y haciendo que las muñecas le dolieran por el frío. Cuando al fin se fueron a casa, tenía la nariz cubierta de mocos congelados. Mamá y papá no estaban, así que Ambrose preparó una cena para dos con chícharos que calentó con papel aluminio y puré de papas con grumos. Se sentaron a comer y a ver cómo los Steelers perdían contra los Bears.

—Malditos Steelers —dijo Ambrose.

—Malditos Steelers —repitió David.

—Cuidado con las palabrotas. Y quítate el gorro mientras comemos.

David se quitó el viejo gorro de los Steelers y sonrió cuando su hermano mayor le alborotó el cabello. Ambrose se estaba haciendo viejo y, con el paso de



los años, cada vez se volvía más difícil recordar detalles de su hermano. Pero había cosas que nunca olvidaría.

El cabello de David.

Ambrose aún podía recordar el color. No era exactamente negro. Tampoco castaño. Tenía una textura tan perfecta que era simplemente imposible que le hicieran un mal corte. Ambrose recordaba que su madre le cortó un mechón para ponerlo en la portada del álbum de bebé de David. Solía estar ahí, orgullosamente exhibido junto a la pequeña pulsera de hospital con el nombre D. OLSON impreso en ella. Junto a las huellas de manos y pies. El cabello y la pulsera, pegados con una cinta transparente que con el tiempo se había vuelto amarilla.

Ambrose no podía creer que ese mechón de cabello de su hermanito en el álbum estuviera en una bolsa de plástico para evidencias, camino a un laboratorio forense en Pittsburgh, para confirmar que el esqueleto que encontraron en el bosque de la calle Mission era realmente el de David. De ser así, Ambrose al fin podría enterrar a su hermano después de cincuenta años. Su madre y su padre no permitieron que se hiciera un funeral.

Siempre dijeron que David iba a volver a casa.

Durante años, Ambrose intentó convertir ese sueño en realidad. Buscó a David por todas partes. Durante años, creyó verlo en otros niños. A veces tenía que desviar la mirada para que nadie pensara que era un perverso. Pero con el tiempo, en su interior, Ambrose comprendió que David no iba a volver nunca. Sabía que se lo robaron como hacen con los niños. No para conseguir un rescate, sino para algo mucho más siniestro. Vio cómo sus padres se convencían de que a David se lo llevaron para una familia que quería un hijo. No un monstruo en una camioneta. Ni un desgraciado que hacía películas. Ni un cobarde que necesitaba destruir algo pequeño para sentirse grande. Con el tiempo, Ambrose fue obligado a cambiar la guerra en casa de sus papás por otra guerra en el extranjero. En el ejército, Ambrose vio cosas peores que la desaparición de un niño. Vio pueblos llenos de niños destruidos por las bombas. Vio cómo vendían a niñas para comprar arroz y hombres tan asquerosos que estaban dispuestos a comprarlas. Y cuando volvió de la guerra y su esposa quiso hijos, él le dijo que no podría volver a soportar ese dolor. Le había fallado a su hermanito. Y nunca podría perdonarse por eso. No se merecía tener un hijo.

Ambrose se quitó las vendas de los ojos.

Los entrecerró para ver a través de la bruma. Observó su reflejo en el cristal y la lluvia cayendo al otro lado. Miró su cabeza calva. Y la tira de canas que le

envolvía el cráneo por encima de las orejas como la estola de armiño de la señora Collins. David nunca vio su cabello encanecer. Nunca lo vio desprenderse de su cabeza y dejar restos como agujas de pino sobre la almohada cada mañana. Nunca escuchó a su esposa mentirle sobre lo bien que se seguía viendo.

Ambrose observó el álbum del bebé.

Dio la vuelta a las páginas y vio a su hermanito creciendo de nuevo. Vio la fotografía de un bebé sin dientes convirtiéndose en un bebé que gatea y camina y termina corriendo hasta estrellarse contra la mesa de la sala tantas veces que empezó a referirse al hospital como «la tienda de puntadas». Vio a su hermanito llorando en el regazo de Santa. Un niño sonriendo bajo el árbol de Navidad cuando recibió el guante de beisbol que le regaló su hermano Ambrose. El que olía a cuero nuevo.

—¿Podemos ir a jugar a la pelota, Ambrose?

—Está nevando.

—No me importa.

Ambrose dio vuelta a las páginas. Una y otra vez. Intentando ver tanto como pudiera. Sus ojos no estaban sanando. Pronto se quedaría ciego. Su oftalmólogo le advirtió que podría pasar en Navidad. Pero, mientras pudiera ver entrecerrando los ojos, seguiría mirando ese álbum. Y recordando todo lo que pudiera sobre su hermanito. No las locuras del final. No los dolores de cabeza. Las fiebres. El hablar solo. El mojar la cama. Las pesadillas, que fueron empeorando tanto que, al final, ya no sabía si estaba dormido o despierto.

No.

Recordaría al David de esas fotografías. Al niño que amaba ese viejo gorro de los Steelers y se obstinaba en jugar a la pelota en la nieve porque le encantó el guante de beisbol que su hermano le había regalado. El niño que rogaba por ir a todos lados con Ambrose y que disfrutaba cada minuto que pasaba con su hermano mayor. El niño que se sentaba junto a él en la barbería y sonreía cuando el barbero fingía rasurarlo y le decía: «David... qué buen pelo tienes».

Ambrose llegó al final del álbum. La última fotografía era de David a los ocho años. Luego había docenas de páginas que se quedarían en blanco para siempre. Hace cincuenta años estaban nuevas en Sears. Ahora estaban amarillas y quebradizas como la piel de las manos de Ambrose. Se fue a su cama y se recargó en la almohada. Se quitó los dientes y los puso en el vaso junto a su cama. Echó la tableta de Efferdent para limpiar sus pecados. El siseo del agua lo tranquilizaba como el golpeteo de la lluvia durante una tormenta. Cuando escuchaba un trueno, David abría la puerta de su cuarto.

—¿Puedo dormir en tu cama, Ambrose?

—Solo fue un trueno.

—Tuve una pesadilla.

—¿Otra? De acuerdo. Ven.

—¡Gracias!

Ambrose recordaba la sonrisa en el rostro de David. Los dientes que le faltaban al frente. Parecía tan aliviado de acomodarse en la cama con su hermano mayor. Usaba el viejo guante de beisbol como almohada.

—Ambrose... vamos al bosque mañana.

—Duérmete, David.

—Quiero mostrarte algo.

—Tengo diecisiete. No voy a ir al bosque como si fuera un niño.

—Por favor. Es algo especial.

—Bueno. ¿Qué es?

—No te lo puedo decir porque me escucharían. Tienes que verlo tú mismo. ¡Por favor!

—Bueno. Iré contigo. Ahora, duérmete.

Pero nunca fue al bosque. Sin importar cuánto le rogó David. Porque no quería animar sus locuras. No tenía idea de qué hacía David allá. No tenía idea de qué pasaba en ese bosque. Pero alguien lo sabía. Alguien puso una grabación del llanto de un bebé en su porche y se llevó a su hermanito.

Y alguien enterró vivo a su hermanito.

Una rabia primitiva invadió al anciano. Una furia joven e incansable que volvió a él como una vieja canción en la radio. Vio los rostros de los reporteros que lo acusaban de asesinar a su propio hermano. A los compañeros de la escuela que lo evitaban. A las tropas enemigas que le disparaban. A su madre en su lecho de muerte diciendo que David iba a volver a casa. A su padre en su lecho de muerte sin decir nada porque el cáncer le había comido el cerebro más que su propia negación. Vio al doctor que le dijo que su esposa había muerto. Al juez que le dijo que ya no podía cuidarse solo. Al burócrata mascachicle que al fin le quitó su licencia de conducir. Al gobierno que no podía resolver el problema de los refugiados en el Medio Oriente. Y al Dios que dejaba que todas esas cosas pasaran por razones que solo Él sabía.

Todos tenían el mismo rostro.

El de la persona que enterró vivo a su hermano.

Ambrose respiró profundamente. Luego exhaló y se quedó mirando al techo entre las nubes de sus ojos. Ya no iba a llorar más. Ya no iba a sentir lástima por

sí mismo. Ya no iba a ser un anciano frágil que solo estaba esperando la ceguera antes de la muerte. Había una razón por la que seguía vivo. Y no la iba a desperdiciar. Iba a averiguar qué le pasó a su hermano, aunque fuera lo último que hiciera.

Y, de hecho, seguramente sería lo último que haría.

*¿Quién mató a David Olson?*

Eso era lo que pensaba el alguacil mientras conducía por el túnel de Fort Pitt hasta que la tormenta de nieve casi ocasionó que las llantas derraparan por el puente. Nunca en su vida había visto una nevada así. Dos días sin señales de que fuera a parar. Era como si la Tierra estuviera enojada con ellos o como si el mismísimo Dios necesitara urgentemente Head & Shoulders para su caspa. Había sequías en África, crisis en el Medio Oriente y el oeste de Pensilvania había presentado su candidatura para convertirse en el próximo Polo Norte.

¿Qué diablos estaba pasando?

El alguacil llegó al frente de la comisaría y se estacionó. Observó el edificio viejo y gris donde pasó sus vivaces veinte y sus menos vivaces treinta. El edificio gris donde encerró a mucha gente mala tras las rejas y donde mucha gente inocente se tendió sobre una fría mesa de metal en la oficina del forense.

Gente inocente como David Olson.

El alguacil recibió la llamada una hora antes. Su amigo Carl había analizado el ADN más como un favor personal que como una orden oficial. El cabello del álbum de bebé coincidió con el ADN del cadáver encontrado en el bosque. Los huesos pertenecían a David Olson. El alguacil esperaba que esa prueba definitiva le diera algo de consuelo a Ambrose. Había visto a viejos llorando antes, pero había algo en Ambrose que le provocaba un nudo en la garganta. Algo al ver a ese veterano de guerra llorando bajo la gasa sobre sus ojos que nunca sanarían.

—¿Sufrió? ¿Tenía algún hueso roto? —preguntó Ambrose.

—No, señor.

—¿Lo lastimaron... de otra forma?

—Fuera de la forma en la que murió, no había señales de agresión, señor Olson.

—¿Cómo mataron a mi hermanito? —El alguacil no dijo nada por un momento—. Soy soldado, alguacil. Lo único que no puedo soportar son las malditas mentiras. Dígame la verdad.

—Lo enterraron vivo, señor.

Aun sin verle los ojos, el alguacil nunca olvidaría la expresión en el rostro de

Ambrose. Comenzó como confusión abriéndose paso por su frente y luego se convirtió en rabia pura. El alguacil había entregado las malas noticias a muchas familias a lo largo de los años. Siempre era lo más difícil de decir. Volvía al edificio viejo y gris tras ver a una madre soltera en Hill District. O a una agradable y adinerada pareja en Squirrel Hill. Y la reacción siempre era la misma. Una mezcla de incredulidad, dolor, culpa y desesperación.

Salvo con la niña de las uñas pintadas. Su madre estaba muerta.

El alguacil se reunió con Carl en la cafetería del edificio gris para recoger el mechón de cabello de David y los documentos oficiales, además de organizar que el cadáver fuera enviado a la sala funeraria. Se sentaron en su mesa favorita. La que estaba debajo de la fotografía del dueño estrechando la mano de la leyenda de los Steelers, Terry Bradshaw. La primera vez que se sentaron debajo de esa foto, Carl pasó todo el almuerzo contándole sobre una muchacha católica muy sexy que conoció en el centro comercial de Metropol. Y se rieron con sus historias de chicas como lo hacen siempre los muchachos (y los viejos nunca). El autógrafa ya estaba borroso y también el color, y la chica sexy que conoció en Metropol se había convertido en la gorda católica que le dio tres hijos a Carl y hacía de su vida un infierno feliz. El alguacil sonrió al escuchar a Carl quejarse sobre pasar otra Navidad con su suegra en Homestead.

—Pero esa mujer sí que sabe preparar una sopa de hongos increíble. ¿Quieres cenar con nosotros? —preguntó Carl.

—No, gracias. Tengo mucho que hacer.

—Vamos. Trabajaste todo el día de Acción de Gracias. No pases la Navidad solo otra vez.

El alguacil le mintió diciéndole que lo habían invitado a la casa de uno de sus policías. Luego le agradeció a su viejo amigo y volvió a su auto, que ya estaba cubierto por un par de centímetros de nieve.

¿De dónde salía tanta?

Tras encender el auto y mientras esperaba que el desempañador limpiara su parabrisas, su mente se relajó. Observó la bolsa de evidencia, el mechón de cabello y el reporte oficial antes de dejarlos sobre el asiento del pasajero.

Luego arrancó.

Sabía adónde iba. Lo hacía cada vez que iba al centro. Iba a pasar junto al hospital adonde llevó a la niña con las uñas pintadas. Con todo y la tormenta de nieve y lo peligroso de las calles. Pasaría por ahí porque le prometió a Dios que así lo haría. Su cerebro lógico sabía que daba lo mismo si se estacionaba frente al hospital Mercy o si miraba el árbol de Charlie Brown en la fachada o no. Pero

en un momento de duelo poco común en él, hizo un trato con Dios en el que, si hacía eso, la niña con las uñas pintadas se iría al Cielo. Así que iba a hacerlo por siempre. Si no podía salvarle la vida, al menos podría salvar su alma. Se lo debía.

Se estacionó frente al hospital Mercy. Miró el árbol durante casi una hora. El escape de su auto formaba nubes en el aire helado. El limpiaparabrisas y el desempañador convertían los copos de nieve en chorros de agua. Tomó el reporte de David Olson, que estaba en el asiento del copiloto junto al mechón de cabello del niño.

*¿Quién dejó la carriola en el porche?*

La pregunta revoloteaba dentro de la cabeza del alguacil como una mosca en un frasco. Alguien lo planeó. Alguien se tomó la molestia de limpiar una carriola para dejarla ahí sin ninguna huella. No era el trabajo de unos niños bromistas. Era el trabajo de una persona (o personas) que se llevó a David para hacerle cosas horribles.

Ambrose dijo que no había nadie de quien sospechara. Ni vecinos ni maestros ni padres de amigos de David porque no tenía amigos. Solo era un niño raro y solitario que pasaba el tiempo leyendo en la biblioteca. En ese tiempo, la gente con modales del vecindario le decía «extraño», «especial» o «único» si eran del sur. En la actualidad, David hubiera sido diagnosticado con algo entre espectro autista y esquizofrénico, dependiendo del médico. Cualquiera que hubiera sido su diagnóstico, no le daba al alguacil lo único que necesitaba para resolver el caso.

Un motivo.

David Olson no fue encontrado en una zanja. No estaba al fondo de un lago. Encontraron su cadáver enredado bajo las raíces de un árbol. O sea que, si a David Olson lo mataron, ¿quién diablos lo enterró?

Porque no fueron los árboles.

Christopher observaba los árboles.

Se tendió en la cama a ver la luna brillando entre las ramas desnudas. Le daba miedo quedarse dormido. Le daba miedo soñar. No quería que la gente imaginaria espicara sus pesadillas para ver si sabía de su existencia.

Así que se quedó despierto, leyendo.

Fue al librero con el tapiz de patos tres veces esa noche. Las palabras lo llenaban, silenciaban su mente y lo distraían de la comezón. Y del miedo.

Y de la fiebre.

Comenzó lentamente. Solo un poco de sudor en su nuca. Luego se puso tan caliente que tuvo que quitarse los pantalones de la pijama y tenderse sobre la cobija, leyendo con sus piernas flacuchas desnudas.

Para cuando llegó la mañana, ya casi había terminado *El señor de los anillos*.

La fiebre de Christopher se elevó en cuanto entró a la escuela. Miró a los niños, que se sentían tranzados por solo haber tenido tres días libres por la nieve. Recordó que su madre una vez le dijo a Jerry que *tranza* era una palabra fea. Que no debía decirla.

*Jerry está...*

*Jerry está... buscando a mi madre.*

Christopher sintió que el silencio se asentaba en los pasillos. La comezón le llegaba hasta las orejas. Comenzó a pasar las tarjetas más y más rápido, como una bicicleta de diez velocidades acelerando.

*El intendente está...*

*El intendente está... hablando con su esposa.*

*No hablo español, pero sé qué está diciendo.*

*«Divorciarse es pecado. No te voy a dar la custodia de mi hijo».*

—Hola, Christopher —dijo la voz.

Se dio la vuelta y se encontró con la señorita Lasko, que sonreía tranquilamente.



*La señorita Lasko estaba...*

*La señorita Lasko estaba... haciendo fila en la clínica.*

—¿Estás bien, Christopher? No te ves bien —dijo ella.

—Estoy bien, gracias.

*La señorita Lasko se...*

*La señorita Lasko se... deshizo de su bebé.*

—Entonces, ven. Vamos al auditorio para el examen gubernamental.

*La señorita Lasko...*

*La señorita Lasko... se fue directo de la clínica al bar.*

Christopher la siguió hasta el auditorio. Se acomodó en el lugar que le correspondía alfabéticamente mientras los maestros entregaban los exámenes. Tenían que haberlo hecho la semana pasada, según les explicó la señora Henderson, pero la nevada les desacomodó todo el calendario. Les dijo que tendrían que ponerse al día en la semana que les quedaba antes de salir de vacaciones. Les dijo que no se sintieran presionados. El examen sí influiría en el financiamiento del gobierno, pero ella y los demás maestros estaban muy orgullosos de los progresos que habían hecho los chicos ese año.

*La señora Henderson está...*

*La señora Henderson está... mintiendo.*

*La escuela necesita...*

*La escuela necesita... el dinero.*

Cuando terminaron de repartir los exámenes, Christopher sacó su lápiz del número 2 y se puso a trabajar. La comezón se fue y no quedó nada más que respuestas. Respuestas hermosas y tranquilas. Llenó los circulitos fila tras fila, hasta que parecieron estrellas en el firmamento. Estrellas fugaces que eran o almas o un sol (o un hijo). En ese momento, Christopher no podía escuchar pensamientos. Todos los niños estaban ocupados pensando en el examen. No había tarjetas. No había comezón. Solo las respuestas al examen, que se sentían como un baño caliente. Su mente era el lado fresco de la almohada. Christopher terminó su examen y le echó un vistazo al lugar. Todos los demás niños iban apenas en la página cinco. Christopher era el único que había terminado.

Hasta que Special Ed terminó y soltó su lápiz.

Y Mike soltó su lápiz.

Y Matt soltó su lápiz.

Los cuatro niños se miraron y sonrieron. Orgullosos de que cuatro de los chicos más tontos de la escuela de algún modo se habían convertido en cuatro de los más inteligentes.

—Si ya terminaron su examen, por favor, recuesten sus cabezas sobre el escritorio —dijo la señora Henderson.

Christopher recargó la cabeza sobre su escritorio como le ordenaron. Su mente viajó hasta la casa del árbol. Hasta el hombre amable. Y el entrenamiento que tendría con él. Su mente flotó como las nubes en el cielo. Como los borregos que solía contar cuando no lograba dormir después de que su padre murió.

*Solo descansa los ojos.*

*Como tu papi en la bañera.*

*Como se lo ordenaron las voces.*

*Descansa los ojos y dormirás para siempre.*

—¡Christopher! —gritó una voz—. ¿Qué te dije?

Christopher levantó la cabeza y miró hacia el frente. La señorita Lasko le estaba lanzando una mirada severa, lo cual era raro porque ella nunca se enojaba con los niños. Ni siquiera cuando derramaban pintura en clase.

—¡Christopher! Te dije que vengas al pizarrón.

Christopher miró a su alrededor. Todos los niños lo estaban viendo. Parecía que querían decir cosas...

*Ya la escuchaste, Christopher.*

*Vamos.*

*No tenemos todo el día.*

... pero no podían porque tenían las bocas cosidas.

Christopher buscó a sus amigos, pero Special Ed estaba dormido en su escritorio. Los M&M's también estaban recostados. Miró al frente y se encontró con la señorita Lasko doblando un dedo para indicarle que fuera hacia ella. Tenía mugre bajo las uñas. De su cuello colgaba una llave de plata. El corazón de Christopher comenzó a latir a toda velocidad. Sabía lo que había pasado.

*Me quedé dormido. Dios mío. Estoy soñando.*

—Christopher, si no pasas al pizarrón ahora mismo, todos los que estamos en este auditorio no tendremos más opción que comerte vivo —le dijo la señorita Lasko con voz tranquila.

*Ve a la calle.*

Christopher se dio la vuelta. Todas las salidas eran custodiadas por maestros, que estaban ahí con los ojos y la boca cosidos. No había forma de escapar.

—¡Ven para acá ahora mismo, Christopher! —siseó la señorita Lasko.

Christopher no quería ir con ella. Quería salir de ahí. Así que se alejó del pizarrón. Pero, con cada paso atrás que daba, de algún modo se acercaba más. Era como el mundo al revés. Se detuvo. Respiró para tranquilizarse.

Dio un paso para alejarse del pizarrón.

Y sus pies se acercaron un paso.

—¡No! —gritó.

Dio dos pasos para alejarse.

Y se acercó dos pasos.

Se detuvo y pensó: «De acuerdo. Es el mundo al revés. Si me acerco al pizarrón, me alejaré de él».

Entonces dio dos pasos hacia el pizarrón.

Y se acercó cuatro pasos.

No importaba lo que hiciera.

Siguió caminando hacia el frente del auditorio.

—¡Ayuda! ¡Por favor! —gritó.

Christopher miró a los niños para pedirles auxilio. Tenían las bocas cosidas, pero le estaban sonriendo con la mirada. Christopher avanzó por el pasillo. Cada fila por la que pasaba lo miraba y siseaba.

*No falles en el examen.*

*No arruines la curva.*

Christopher fue hacia el pizarrón donde estaba la señorita Lasko, con su grueso delineado del color correcto. Pero algo estaba mal. Todo estaba mal. No olía a cigarros, como siempre. Olía a piel quemada. La señorita Lasko sonrió y le entregó un trozo de gis blanco. Tenía la forma de un dedo.

—Tómalo, Christopher —dijo, frotándose los dedos empolvados contra su cabello castaño.

Le entregó el gis.

—Ahora escribe en el pizarrón, Christopher.

—¿Qué quiere que escriba? —preguntó él.

—Tú sabes qué escribir.

El gis rechinó sobre el pizarrón cuando Christopher comenzó a escribir.

NO ME QUEDARÉ DORMIDO EN CLASE

Volteó a ver a la señorita Lasko, que sacó unas tijeras.

—Eso no es lo que debes escribir, Christopher.

—¿Qué quiere que escriba? —preguntó.

—Tú sabes qué escribir —respondió ella, tranquilamente.

Christopher se dio la vuelta para ver a la señorita Lasko dirigiéndose hacia la primera fila de estudiantes. Se hincó frente a Jenny Hertzog, tomó las tijeras y lentamente fue cortando el hilo que le cruzaba la boca. Jenny movió la quijada y comenzó a salivar. Como los bebés cuando les están saliendo los dientes. Como los dientes de bebé.

LAMENTO HABERME QUEDADO DORMIDO EN CLASE

—Eso no es lo que debes escribir, Christopher —dijo la señorita Lasko.

—Por favor, señorita Lasko. No sé qué quiere que escriba —suplicó él.

—Sí, sí lo sabes. La campana del almuerzo está por sonar. ¿Alguien quiere ayudar a Christopher en el pizarrón?

Todos los niños levantaron la mano y abrieron la boca para decir: «¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!», pero no salió ni una palabra. Solo el sonido de bebés llorando para recibir la leche de sus madres.

*La leche materna es solo sangre sin los glóbulos rojos.*

*La leche es sangre. Los bebés quieren tu sangre.*

—Gracias, niños. Tú. El de la sudadera roja. ¿Por qué no lo ayudas? —dijo la señorita Lasko.

Una mano levantada se asomaba de una manga roja. Christopher no podía ver el rostro del niño, solo a la señorita Lasko avanzando por la primera fila, cortando los hilos de las bocas de los niños. Clip. Clip. Clip. Los bebés pedían su comida a berridos.

Christopher volvió a mirar el pizarrón. Estaba desesperado. El gis temblaba en su mano. Sabía que no debía escribir nada sobre la casa del árbol, el hombre amable ni el mundo imaginario. Así que empezó a escribir frenéticamente lo único que se le ocurrió.

LAMENTO QUE BEBA HASTA QUEDARSE DORMIDA,  
SEÑORITA LASKO.

—¡ESO NO ES LO QUE DEBES ESCRIBIR, CHRISTOPHER! —siseó ella.

La señorita Lasko llegó a Brady Collins. Clip. Clip. Clip.

LAMENTO LO DEL BEBÉ DE LA SEÑORITA LASKO.  
ESTÁ EN EL CIELO.

—Mi bebé no está ahí —dijo la señorita Lasko con voz de bebé—. ¡AYUDA A CHRISTOPHER A ESCRIBIR LO QUE DEBE ESCRIBIR!

Christopher vio que el niño de la sudadera roja se acomodó junto a él frente al

pizarrón. Vio cómo tomó con su manita un gis y comenzó a escribir. Siguió el camino de la mano al brazo y del brazo al rostro del niño. El niño volteó a ver a Christopher y sonrió. Le faltaban los dientes del frente. Sus ojos brillaban mientras escribía con unas letras enormes:

¿QUIÉN TE ESTÁ AYUDANDO?

—Eso es todo lo que necesitamos saber, Christopher. Solo tienes que escribirlo como un buen chico y saldrás vivo de aquí —dijo la señorita Lasko con una sonrisa alegre.

Sin decir más, la señorita Lasko pasó a la segunda fila. Empezó a cortar todos los hilos con sus tijeras. Clip. Clip. Clip.

—No sé de qué habla —dijo Christopher.

—Sí, sí lo sabes —le aseguró la señorita Lasko—. Ya casi es hora del almuerzo. Tic tac.

El niño con la sudadera roja arrastró su gis por el pizarrón, haciéndolo rechinar en cada letra.

¿QUIÉN TE ESTÁ AYUDANDO?

—¡Nadie! ¡Lo juro! —gritó Christopher.

La señorita Lasko llegó a la fila del fondo, para cortar los últimos hilos que quedaban. Clip. Clip. Clip.

—Ahora, ¿quién quiere comérselo primero?! —gritó.

—¡Ay! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! —chillaron los cerditos.

Christopher volteó a ver al niño de la sudadera roja. Seguía desesperado.

—¿Cómo me despierto? —susurró.

El niño no dijo nada. Solo miró a Christopher con sus ojos brillantes y sonrió. Sin los dientes de adelante. Los mismos dientes que le faltaban al esqueleto. Christopher sintió que se le erizaban los vellos de la nuca.

Esa cosa era David Olson.

—David, por favor, ayúdame a despertar —suplicó Christopher.

David Olson se detuvo, sorprendido al escuchar su nombre en voz alta.

—Por favor. Conozco a tu hermano, Ambrose.

El niño parecía perplejo. Por un momento, sus ojos parpadearon y dejaron de brillar. No era una cosa. Era un niño. Abrió la boca e intentó hablar, pero solo salió su lengua de víbora. Y no se escuchó más sonido que un siseo.

—No sé qué intentas decirme —susurró Christopher.

David Olson fue al pizarrón y escribió con unas letras enormes.

RING.

La campana sonó. Christopher se dio la vuelta. Vio cómo la turba de niños corría hacia él a toda velocidad mostrando los dientes. Él se lanzó hacia la salida donde la señora Henderson estaba haciendo guardia, sosteniendo un montón de libros de la biblioteca.

—El señor Henderson ya no me ama, Christopher. Sale todas las noches.

Soltó los libros y tomó a Christopher. Su mirada estaba perdida y desesperada.

—¿Por qué piensa que soy tan fea? ¡Ayúdame, Christopher!

Brady Collins y Jenny Hertzog se lanzaron contra ellos. Aullando como cachorros que necesitaban ser amamantados. Christopher torció su brazo para liberarse y salió corriendo del auditorio. Pero la señora Henderson no se movió. Solo se quedó ahí, mirándose en el cristal de la vitrina repleta con los trofeos y fotografías de generaciones de hacía décadas.

—¿Cuándo se me llenó el cabello de canas? ¿Cuándo me puse tan vieja y fea? —preguntó mientras la manada de niños se lanzaba sobre ella con dientes feroces. Sedientos. Hambrientos.

Christopher corrió por el pasillo buscando una salida. Alguna forma de llegar a la calle. Simplemente llegar a la calle. Dobló la esquina y vio una salida a lo lejos. A cada lado del pasillo había filas y filas de casilleros. Por las rendijas vigilaban unos ojos. Se escuchaban susurros detrás de las puertas de metal. Christopher corrió a la salida. Las manijas de los casilleros comenzaron a vibrar.

Los casilleros empezaron a abrirse.

Como tapas de ataúdes.

Christopher pasó corriendo junto a ellos tan rápido como pudo. Recorrió el pasillo a toda velocidad. Solo para llegar a la salida. Solo para llegar a la calle. Estaba por abrir la puerta para salir cuando...

Un casillero se abrió y una mano lo jaló hacia la oscuridad.

Christopher comenzó a gritar. La mano le cubrió la boca.

no lo hagas. es una trampa.

Era el hombre amable.

De pronto, la puerta principal se abrió. La señorita Lasko entró corriendo a la escuela. De algún modo había regresado. Recorrió los pasillos con el rostro manchado de sangre.

—Chrisstospher —susurró—. ¿Tu amigo está aquí ahora? Creo que síiiii.

no grites. así es como te encuentra.

Christopher se asomó por la rendija. Vio a la señorita Lasko pasando de casillero en casillero y tocando en cada uno con sus nudillos ensangrentados.

Bang. Bang. Bang.

—De tin. Marín. De do. Pingüé.

Bang. Bang. Bang.

—A carne humana huele aquí.

Bang. Bang. Bang.

—Si no me la das te comeré a ti.

Bang. Bang. Bang.

—De tin marín de do...

Silencio.

Christopher dejó de respirar, esperando que la maestra abriera el casillero. Pero no lo hizo. Se fue al gimnasio al otro lado del pasillo y desapareció por la puerta. El hombre amable esperó un momento. Luego, soltó a Christopher y susurró.

tenemos que llegar a la calle.

Christopher abrió la puerta del casillero.

Todo el pasillo estaba lleno de niños. Demasiado bajos para verlos por las rendijas. Ellos lo señalaron y gritaron al unísono.

—¡PINGÜÉ!

Las puertas del gimnasio se abrieron de golpe. Christopher vio a la señorita Lasko entrar al pasillo. Pero estaba rara. Sus ojos eran de un verde brillante como los lentes de contacto más falsos del mundo. De un color que ningún ojo debería tener. Un verde vómito. Un verde yeso-para-brazo-roto. Lo miró y sonrió, mostrándole sus dientes de perro.

—¡NO ESTÁS EN LA CALLE! —soltó entre carcajadas.

Se lanzó hacia él.

Christopher se cayó en el pasillo. No podía levantarse.

Con cada paso, escuchaba un repugnante crujido mientras el cuello de la maestra se iba rompiendo. Era como si le estuviera saliendo un cuello de jirafa entre los hombros, una vértebra a la vez. Los niños se separaron como el Mar Rojo a su paso conforme se iba acercando más y más a él con un clic. Clic. Clic. Christopher podía oler su aliento. Cálido y podrido. Ya no quedaba nada de la señorita Lasko. Solo era una mujer con su verdadera forma. Cubierta de quemaduras. Con el cabello revuelto y enredado. Con una llave de plata colgando de una cuerda en su cuello.

Se lanzó hacia Christopher y le enterró las uñas en el cuello. De pronto, el hombre amable salió del casillero. Ambos chocaron y cayeron al suelo.

—¡Sabía que eras tú! —siseó ella.

Fue entonces cuando Christopher entendió que era una trampa. Pero la trampa

no era para él. La mujer estiró sus dedos sucios y agarró al hombre amable. Los niños dieron saltos y vitorearon. Todos menos David Olson, que estaba lo más alejado posible de todo y luego se perdió en un casillero. Se escondió. El hombre amable tacleó a la mujer. Ella abrió la boca, mostrando sus afilados dientes de perro. Era la más fuerte. La más rápida. Sus ojos brillaban. Gritaba, lamía y siseaba. Ssss. ¡Ssssssss!

El hombre amable miró a Christopher.

Estaba por decir algo.

—¡DEJA DE AYUDARLO! —gritó la mujer siseante antes de hundir sus dientes de perro en el cuello del hombre amable.



Christopher estaba gritando, incluso antes de abrir los ojos.

Levantó la vista y se encontró con el rostro de la señorita Lasko, que iba a toda velocidad hacia él. No había tiempo que perder. Se levantó y la empujó.

—¡Aléjese de mí!

—¡Cálmate, Christopher! —dijo la señorita Lasko.

—¡Me quiere matar! —chilló el niño y tomó a la maestra del brazo. Su frente ardía por la fiebre. Fiebre que condujo por su brazo hacia sus dedos, que empezaron a arder como pequeños hornos a través de la blusa de algodón de la señorita Lasko.

—¡Basta, Christopher! Me estás lastimando —gritó ella.

—¡Por favor! ¡No deje que me coman!

Fueron las carcajadas lo que al fin lo regresó a la realidad.

Christopher miró a su alrededor. Los niños estaban en sus asientos, aún contestando el examen. Sus bocas ya no estaban cosidas. Las tenían muy abiertas y se estaban riendo de él.

—¡Por favor! ¡No deje que me coman! —se burló Brady Collins.

—¡Cállate, Brady! —dijo Special Ed.

—Si se quisieran comer a alguien, Special Ed es el más jugoso —comentó Jenny Hertzog.

Los niños se rieron con más ganas. Christopher miró a la señorita Lasko. Sus uñas estaban limpias. No tenían mugre. No tenía los ojos verde vómito. Ya no era la mujer siseante. Era la señorita Lasko real. Y se veía...

Aterrada por él.

—Tuviste una pesadilla, Christopher. Por favor, suelta mi brazo.

Christopher la soltó. Ella rápidamente se levantó la manga y observó cómo comenzaban a formársele unas ampollas. Luego se volvió hacia Christopher y notó que estaba aún más aterrado que ella.

—Lo siento, señorita Lasko.

—No te preocupes —respondió—. Solo es una leve quemadura. Vamos a la enfermería.

—No necesito ir a la enfermería. Ya estoy bien.

—Por lo de tu cuello —le aclaró ella.

Christopher no entendió qué quería decir la maestra hasta que notó las manchitas de sangre en su blusa blanca con la forma de sus dedos. Se miró las uñas, que estaban rojas cual hamburguesa cruda. Luego se tocó el cuello. El lugar donde lo arañó la mujer siseante era justo el lugar donde parecía que se había arrancado la piel con sus propias uñas.

—Vamos —dijo ella con dulzura.

En cuanto Christopher se levantó, la risa comenzó de nuevo. Empezó como unas risillas de los niños que estaban cerca de él. Y en un rato ya se había contagiado; los niños reían, lo señalaban y susurraban. Christopher se miró los pantalones y lo entendió.

Una mancha de orina.

Se había extendido por sus pantalones de pana; su color ya no era claro, sino café oscuro. Se había hecho pipí frente a toda la escuela. Miró a la señorita Lasko, quien rápidamente se olvidó del ligero dolor en su brazo para enfocarse en la mirada del niño mortificado. Tomó su mano y lo llevó a la enfermería.

*La señorita Lasko...*

*La señorita Lasko... llena su termo de vodka.*

*La señorita Lasko... masca chicle para cubrir el olor.*

Christopher se tendió sobre la camilla de plástico de la enfermería. Le dolía la cabeza y su frente estaba caliente por la fiebre. Intentó ver el termómetro por encima de su nariz, pero solo terminó haciendo bizcos. Apenas podía ver los números elevándose.

37, 37.5, 38.

Miró a la enfermera, que estaba atendiendo las heridas en el brazo de la señorita Lasko. Con cuidado, le aplicó una crema sobre las ampollas y se las cubrió con una venda sin hacer presión.

—Solo tiene que mantenerlo cubierto —dijo la enfermera—. Las ampollas desaparecerán en uno o dos días.

El termómetro soltó un pitido y la enfermera fue a sacarlo de la boca de Christopher.

—Casi treinta y nueve grados. Quédate aquí. Llamaremos a tu mamá.

*La enfermera cree...*

*La enfermera cree... que me lastimé el cuello a propósito.*

La señorita Lasko y la enfermera se fueron a la oficina de al lado para llamar a

la madre de Christopher, y el niño de pronto entró en pánico. Si su madre se enteraba de que estaba enfermo, no lo dejaría salir de la casa. No iría ni a la escuela ni a la casa del árbol. No habría manera de ayudar al hombre amable. Pero no era solo la fiebre. Su madre vería las manchas de orina en sus pantalones de pana y las heridas en su cuello. Le haría preguntas. Preguntas que él no podría responder. Porque la mujer siseante lo estaba observando.

—¿Señorita Lasko? ¿Puedo ir al baño a limpiarme? —preguntó Christopher.

—Claro —le respondió ella con una sonrisa.

*La señorita Lasko está...*

*La señorita Lasko está... pensando en la bebida de su termo.*

*La señorita Lasko está... borracha, borracha y más borracha todo el día en la escuela.*

Christopher salió al pasillo y corrió hasta el baño de niños del primer piso. No había nadie ahí. No había chicos haciendo «tiros de largo alcance» en los mingitorios. Al fin estaba solo. Miró el reloj. Al examen todavía le quedaban otros cinco minutos. Había tiempo. Rápidamente se quitó los pantalones y abrió la llave del agua fría. Puso los pantalones bajo el chorro y comenzó a tallarlos. Les echó un poco de jabón. Intentaba sacar las manchas de orina. Pero no salían. Talló y talló, limpiando y enjuagando, limpiando y enjuagando frenéticamente. Pero nada servía. Sus pantalones solo se estaban mojando más y más. Y sus mejillas se ponían más y más rojas. Su rostro se tiñó de vergüenza.

*No funciona. Mi mamá va a ver mis pantalones.*

*Va a ver mi cuello.*

*No me dejará ir a la casa del árbol.*

Christopher sabía que debía volver a la casa del árbol. Lo hubiera prometido o no, necesitaba encontrar al hombre amable antes de que la mujer siseante lo matara. ¿Y si ya era demasiado tarde? ¿Y si el hombre amable era como las hojas del otoño en el bosque? Cuando las ramas quedaran desnudas, el hombre amable desaparecería. Y Christopher estaría solo.

Miró el reloj. Le quedaban dos minutos. Cerró la llave y exprimó sus pantalones. Los puso bajo la secadora de manos. Presionó el botón y dejó que el aire caliente inflara los pantalones como si fueran los globos del festival de globos. Se miró en el espejo y se subió el cuello del suéter, como cuando tenía miedo de los vampiros. Encendió de nuevo la secadora y vio que la tela café oscuro se volvía un poco más clara. Pero no se estaba secando lo suficientemente

rápido.

*Necesitan más calor.*

*¿Dónde voy a conseguir más calor?*

Cerró los ojos y sintió cómo el calor le llenaba la frente. Pensó en el bosque de la calle Mission. Las ramas desnudas salvo en los árboles perennes como los de Navidad. Filas de árboles de Navidad.

Y todos estaban en llamas.

Miró el reloj. Los dos minutos se habían pasado en sus ensoñaciones y estaba ahí, en calzones, sosteniendo sus pantalones bajo la secadora de manos. Los pantalones estaban tan secos que se sentían calientes. Brady Collins y su grupo de amigos entraron al baño mientras Christopher intentaba vestirse de nuevo.

—No, ¡nosotros nos quedaremos con eso! —dijo Brady, y le arrebató los pantalones de las manos.

—Devuélvemelos, Brady —exigió Christopher.

—«Devuélvemelos, Brady» —se burló Brady Collins.

Sus amigos se le unieron con un coro de burlas.

—¡Por favor, no me coman!

—¡Por favor, no me maten!

Se le acercaron y lo fueron empujando hasta el pasillo. Christopher cayó al suelo frente a Jenny Hertzog y un grupo de chicas que comenzaron a reírse.

—Sabía lo de los charcos, pero esto es ridículo—dijo ella con tono burlón.

*Jenny Hertzog le tiene miedo...*

*Jenny Hertzog le tiene miedo... a la habitación de su hermanastro.*

—¡Dámelos, Brady! —chilló Jenny—. ¡Charcos! ¡Charcos!

Brady le lanzó los pantalones y ella se los puso bajo la falda. El rostro de Christopher estaba rojo por la fiebre. Casi no tuvo tiempo de pensarlo antes de que la comezón expulsara las palabras por su boca.

—¿Por qué no duermes en tu cuarto, Jenny?

Lo dijo inocentemente. Como un niño que le pregunta a su madre por qué el cielo es azul. Pero ella dejó de reírse. Sus ojos se entrecerraron. Sintió cómo todos los niños dejaban de ver a Christopher para mirarla a ella, esperando una respuesta. Jenny Hertzog miró fijamente a Christopher con los ojos llenos de odio.

—Jódete —dijo.

Brady caminó hacia Christopher y lo azotó contra un casillero. La comezón

volvió y le llenó la mente de palabras.

*Brady Collins le tiene miedo...*

*Brady Collins le tiene miedo... a la casa del perro.*

—¿Qué hay en la casa del perro, Brady? —preguntó.

Brady Collins se detuvo. Todos los niños lo miraron y su rostro se puso rojo de vergüenza. Christopher los miró. Vio que estaban asustados. Y, de algún modo, no podía enojarse con ellos. De algún modo, sabía que ellos tenían más miedo que él.

Brady Collins no dijo nada. Solo miró a Christopher con ojos asesinos.

—Está bien, Brady. Todo va a estar bien —dijo Christopher.

Brady Collins le dio un puñetazo en la boca. No fue un golpe suave. No fue una advertencia. Fue real. Pero lo más raro fue que... cuando Brady lo golpeó, realmente no sintió dolor. Fue más como un cosquilleo. Pero Brady no se detuvo. Estaba tan enojado que quería matarlo. Se lanzó contra él con ambos puños, listo para lastimarlo de verdad. Christopher no levantó los brazos. Solo se quedó ahí, esperando los golpes.

Como una estatua que esperaba la caída de una pluma de ave.

Brady tomó impulso y estaba por golpear a Christopher de nuevo con todas sus fuerzas cuando de la nada apareció un puño que le dio directo en la quijada. Brady se dio la vuelta para encontrarse con Special Ed.

—¡Aléjate de él! —ordenó Special Ed.

Los ojos de Brady se llenaron de ira. Mike se abrió paso entre la multitud junto a su hermanito Matt para apoyar a Special Ed.

—¡Lárgate, Collins! —dijo Mike.

Y, en unos segundos, comenzó la pelea.

Las pandillas de Brady y Jenny Hertzog ganaban tres a uno a los amigos de Christopher, pero no importaba. Special Ed y los M&M's se cuidaron las espaldas como los Avengers. Brady se lanzó primero contra Special Ed, puño a puño. Mike se quitó la mochila y la lanzó contra la panza de Brady, quien cayó al suelo frente a Jenny Hertzog. Jenny se lanzó sobre Mike y le mordió la mano. Matt la jaló de los pelos hasta el piso. Todos estaban mordiendo, pateando y gritando.

Como en la guerra.

Christopher observó todo en silencio, con la cabeza punzándole por esa fiebre que se sentía como la rabia de los otros chicos. Tras un momento, se obligó a ponerse de pie. Luego se acercó tranquilamente a la pelea. Estiró una de sus

manos febriles y tomó a Brady por el brazo.

—Todo va a estar bien —dijo suavemente.

El calor le recorrió el brazo. Se sentía como agujas que iban subiendo hasta sus dedos y directo al codo de Brady.

Hasta que se convirtieron en calor.

—¡Basta! ¡Duele! —dijo Brady.

Christopher lo miró directo a los ojos. El chico estaba aterrado. Lo soltó y Brady vio las ampollas que habían comenzado a formarse en su brazo. Christopher fue hacia Jenny Hertzog, que estaba arañándole la cara a Matt. Tenía los dedos metidos bajo su parche cuando Christopher la tomó del brazo.

—Todo va a mejorar, Jenny. Ya verás —le aseguró.

El calor salió de las yemas de sus dedos y se coló por la blusa de manga larga de la niña, quien retiró el brazo al sentir el dolor. Luego gritó mientras se frotaba las ampollas que se le habían formado.

Christopher ayudó a sus amigos a levantarse.

—Vámonos, chicos —dijo.

Special Ed y los M&M's tomaron su mano. El calor de sus dedos alcanzó los brazos de sus amigos, pero no les formó ampollas. Se sentía más bien como Vick VapoRub untado en el pecho. El calor se extendió a sus rostros, haciendo que se les sonrojaran los cachetes. Special Ed comenzó a sentir su cerebro ligero y efervescente, como un refresco. Mike de pronto sintió su brazo más fuerte. Matt sintió un cosquilleo en su ojo chueco. La frente de Christopher se estaba asando. El dolor ya era insoportable.

—¿Qué está pasando?! —gritó una voz desde la puerta.

Christopher levantó la vista y se encontró con la señora Henderson, la bibliotecaria, que corría por el pasillo. La comezón abrió espacio para las tarjetas en la cabeza adolorida de Christopher a una velocidad impresionante.

*La señora Henderson está... triste.*

*El señor Henderson... ya no la ama.*

*El señor Henderson... sale todas las noches.*

*El señor Henderson... no vuelve hasta el desayuno.*

Christopher la miró y le sonrió.

—Todo va a estar bien, señora Henderson. Se lo prometo —dijo.

Lo último que recordaba fue que tomó el brazo de la señora Henderson con una mano. Hizo su mejor esfuerzo para contener el calor, pero se le escapó como a un globo de agua lleno de agujeros. En segundos, sintió que un líquido le

besaba las yemas de los dedos. Se los puso frente a sus ojos y lo vio.  
Su nariz estaba chorreando sangre.

Cuando la madre de Christopher llegó a la escuela, Betty, la madre de Special Ed, ya estaba afuera, fumándose un cigarro de último minuto antes de tener que soportar la junta de padres y maestros. La señora Henderson estaba junto a ella con gesto impaciente.

—Los otros padres ya están en la oficina del director —dijo.

La insinuación nada sutil pasó desapercibida para Betty, quien le dio una larga calada a su Capri y luego aplastó la colilla con la suela de sus botas Ugg.

—¿Puedes creer esto? —le dijo a la madre de Christopher, y su aliento aún llevaba el dulzor del Chardonnay de su almuerzo—. Estaba a medio masaje.

—¿Dónde está mi hijo? —le preguntó la madre de Christopher a la señora Henderson.

—Está en la enfermería con los otros niños, señora Reese. Pronto podrá verlo —respondió con un tono de gratitud por tener a alguien que pudiera controlar a Betty.

Las dos mujeres la siguieron hasta la oficina del director y se sentaron junto a los otros padres. Las mamás de Mike y Matt se veían acabadas, como si la señora Collins llevara quince minutos gritándoles. Sonrieron al ver que los refuerzos habían llegado.

—... entonces, ¿cómo explica la quemadura en su maldito brazo?! —preguntó la señora Collins.

—Entiendo que esté molesta —dijo el director Small.

—¡No entiende ni un carajo! Cuando los abogados de mi esposo terminen con esta escuela, verá qué tan molesta estoy.

—¿Vas a demandar a la escuela porque tu hijo inició una pelea? —inquirió Betty.

—Mi hijo no inició nada. Fue *su* hijo. —Y señaló a la madre de Christopher.

—Señora Collins... —dijo el director con firmeza—. Como ya le expliqué, Christopher se hizo pipí y Brady lo estaba molestando, le quitó los pantalones.

—¿Y eso le da derecho al hijo de *esta* a quemarle el brazo al mío? —siseó la señora Collins.

—Yo estaba ahí, señora Collins —aclaró amablemente la señora Henderson—.



Cuando Christopher los tomó por el brazo, estaba intentando que dejaran de pelear.

—Mi hijo no pelea, señora Collins —dijo al fin la madre de Christopher.

La habitación se quedó en silencio. Podían ver cómo la señora Collins recorría cada opción en su cabeza. Y, al fin, una voz rompió la tensión.

—Déjame traducírtelo, Collins —dijo Betty—. Tu hijo es un pequeño sociópata que inició una pelea y arruinó mi masaje para tejidos profundos.

Gracias a Dios, la madre de Christopher pudo controlar su risa, porque de lo contrario se habría quedado sin trabajo de inmediato. Pero las madres de los M&M's no tenían ese problema. Ambas soltaron una carcajada tan estruendosa que animó a la mamá de Special Ed y pronto las tres mujeres llenaron la oficina con sus risas descontroladas. El rostro de la señora Collins se puso rojo, pero sus ojos mostraban la realidad. La familia Collins estaba acostumbrada a salirse con la suya. No había un problema que no pudieran desaparecer con un montón de dinero o el contacto correcto. Pero tener a un «niño problema» era otra cosa. Y el silencio que siguió a las risas fue ensordecedor.

—Entonces le debo una disculpa a la señora Reese —dijo la señora Collins—. Hablaremos de eso esta noche en el trabajo.

—Qué amable de su parte, señora Collins, pero no es necesario.

—Sí lo es. Lo hablaremos cuando termine su turno.

—Pediré que me cubran esta noche. Quiero quedarme en casa con mi hijo.

—Me temo que mi madre la ha estado pasando mal. Realmente necesita a la mejor asistente esta noche. Y usted es la mejor.

—Pero mi hijo tiene fiebre.

—Y mi madre tiene Alzheimer.

El silencio volvió a la habitación cuando las demás se dieron cuenta de que, a base de carcajadas, habían enviado a la madre de Christopher directo a los peores días en Shady Pines.

—Ya, Kathleen. No seas perra. Yo hice la broma. Castígame a mí —dijo Betty.

—No es un castigo. Es solo que no todos podemos tener días libres cuando nuestros hijos se enferman.

La señora Collins esperó para ver si Kate Reese decía algo y le daba motivos para despedirla. Pero no dijo nada. Que la lotería hubiera pagado el pasado no quería decir que pagaría el futuro. Aún tenía una hipoteca. Aún necesitaba el trabajo. Aún tenía que mantener a su hijo.

—Kathleen —dijo Betty—. ¿Cómo diablos te sientas en la primera fila de la iglesia y no escuchas ni una maldita palabra?

—Escucho más de lo que crees —le aseguró la señora Collins.

Tras otro tenso minuto de «ella dijo, ella dijo», dejaron que todas las madres fueran a la enfermería para recoger a sus pequeños y llevarlos a casa. Cuando Kate vio cómo la señora Collins arrastraba a su hijo hasta el estacionamiento, su estómago se revolvió. Estaba acostumbrada a odiar a los niños malcriados que molestaban a Christopher, pero esa sensación era distinta. Lo que vio fue a un niño furioso y violento que una mujer harta y furiosa llevaba a empujones hacia un Mercedes.

—Métete, infeliz —dijo la señora Collins.

—Ellos empezaron, mamá. Te lo juro por Dios.

Y por Dios que, si Kate no supiera la verdad, le hubiera creído a Brady. Claro que sabía que el niño era demasiado pequeño y encantador como para hacer un daño real en ese momento. Pero pobres de las chicas que hicieran fila para meterse al asiento trasero de un auto con Brady Collins en la preparatoria. Chicas como Jenny Hertzog en la camioneta de su hermanastro. Chicas que verían algo que valía la pena salvar, pero nunca se detendrían a pensar que el chico no quería que lo salvaran. Chicas que nunca admitirían que algunos chicos son perfectamente felices tratándolas como escoria porque al parecer ellas son perfectamente felices dejando que las traten así. Alguna vez vio una fotografía de Jerry cuando era joven. Tenía el aspecto de un niño encantador e inocente. Y ese niño encantador e inocente creció y le encontró el gusto a golpear cosas más pequeñas que él. Kate Reese se estremeció al comprender la triste realidad: hasta los monstruos son adorables de pequeños.

Luego miró a Christopher, quien se había cubierto los pantalones con la chaqueta de su madre y se había vendado el cuello con el suéter, como cuando era niño y tenía miedo a los vampiros. Le informaron que su hijo se había quedado dormido después del examen y tuvo una pesadilla tan terrible que se orinó en los pantalones y se rasguñó su propio cuello.

Igual que cuando su padre murió.

En ese tiempo, no solo era el cuello. Era un morete en el brazo. O caminar sonámbulo contra una pared y terminar en Urgencias. Kate logró conseguir suficiente dinero para llevarlo a unos cuantos psicólogos. Los doctores tenían distintos métodos, pero el consenso era que Christopher necesitaba tiempo para superar el trauma de la muerte de su padre.

Después de todo, él fue quien encontró el cadáver.

Se requirió tiempo pero, al fin, las pesadillas se detuvieron. Y con ellas, la automutilación. Su madre no tenía idea de por qué todo estaba volviendo. Y cada

vez que intentaba obtener una respuesta directa de su hijo, solo encontraba monosílabos. A veces conseguía hasta tres palabras: «No lo sé».

Kate Reese tenía un millón de preguntas, pero también tenía que trabajar. Además, su hijo no tenía aspecto de poder soportar un interrogatorio en ese momento. Así que tomó la decisión estratégica de darle espacio y solo hacerle la única pregunta que sabía que él quería responder.

—Oye... antes de que me vaya a trabajar... ¿quieres ir por un helado?

La sonrisa de su hijo casi le rompe el corazón.

Christopher no lo sabía, pero su madre ya había hecho varias cosas para descifrar qué le estaba pasando. Incluyendo algunas cosas que se había prometido no hacer nunca. Hurgó en su habitación buscando pistas. Un dibujo. Una carta. Un diario. Cualquier cosa. Pero lo único que encontró fue la fotografía de su padre sobre el librero del tapiz de patos y los libros que se veían como si su hijo ya los hubiera leído varias veces.

Después de que revisar su habitación no diera resultado, Kate Reese se puso una chamarra y salió de la casa. Recorrió el jardín trasero y se paró en la orilla del bosque de la calle Mission. Se quedó viendo los árboles, la brisa que besaba sus ramas.

Luego entró al bosque. No trastabilló ni una vez. Sabía exactamente adónde iba. No estaba segura de por qué le había tomado tanto tiempo hacer eso. Quizá por miedo. Quizá por falta de visión. Después de todo, el alguacil le dijo que el bosque era seguro. Le dijo que lo que le ocurrió al hermano de Ambrose fue una tragedia sin nombre, pero que sucedió mucho tiempo atrás.

Pero eso no significaba que no pudiera volver a ocurrir.

No le tomó mucho tiempo encontrar el camino. Pasó por el puente y el tronco hueco hasta que llegó al corazón del bosque.

El claro.

El árbol.

La casa del árbol.

Estaba impactada. Cuando su hijo le dijo que había construido una casa del árbol, se imaginó una choza con más agujeros que la dentadura de su tío abuelo. Pero aquello era extraordinario. Cada detalle era perfecto. La pintura. La construcción. Esa era la obra de una mente obsesiva.

Como la de su esposo.

Todo tenía que estar bien, de otro modo él se ponía muy mal. Kate agradecía que su esposo fuera amable por naturaleza porque nunca usó su energía maniática en contra de ella.

Pero sí la usó en contra de alguien.

Kate observó la casa del árbol. El árbol. El claro.

—¿Hay alguien aquí? —dijo en voz alta.

Silencio. Tranquilo y lleno de vida. Esperó para ver si algo se movía.

—No sé si estás aquí o no —dijo—. Pero si estás, déjalo en paz.

Se quedó ahí un rato más para dejar que lo que fuera que estuviera al otro lado del viento supiera que su rabia era mucho más grande que su miedo. Luego volvió a casa sin mirar atrás ni una sola vez.

Cuando llegó a casa, de inmediato fue al internet. Dos meses atrás podría haberle parecido ridículo buscar esa frase, pero tras sumar la casa del árbol de Christopher a su talento súbito para las matemáticas y la lectura, se puso a escribir las palabras.

Genio espontáneo.

Cualquier duda que le quedara se disipó al ver los resultados.

La búsqueda le ofrecía casi un millón de *links*. Estudió algunos casos. Cuando estaba por volverse loca hurgando en las páginas médicas, encontró algunas posibles razones para el «milagro». Tumores. Quistes. Y el que la hundió en un ataque de ansiedad de dos horas...

Psicosis.

Tras su búsqueda en internet llamó a todos los pediatras del lugar, pero estaban ocupados. Todos le dijeron que era debido a la temporada de gripe. Así que tendría que esperar un par de semanas. Pero mientras observaba a su hijo devorando su helado de vainilla en la nevería, volvió al teléfono a exigir una cita más próxima. Cuando pusieron su llamada en espera, su intuición de madre le gritó en el oído.

*Ayúdalo, Kate. Está en problemas.*

Mientras escuchaba la horrible versión ambiental de «Blue Moon», recordó algo que su esposo le dijo justo al salir de una de sus peores crisis.

«¿Cuáles son los dos tipos de personas que pueden ver cosas que no están ahí, Kate?».

Y su respuesta llegó como un susurro.

«Los visionarios y los psicópatas».

Esa tarde, cuando llegó la llamada, Mary Katherine estaba en su habitación, lamentándose por su vida. Las vacaciones de Navidad estaban por llegar y ella iba trágicamente retrasada en su ensayo para solicitar entrar a Notre Dame. Y no nada más eso, también tenía el turno de la noche en el asilo. Ya había cumplido con el voluntariado necesario para que le dieran su certificado para la universidad, pero se sentía culpable de solo ser voluntaria por eso, porque en ese caso no era una verdadera obra de caridad. Y, de ser así, Dios la castigaría haciendo que no entrara a Notre Dame como su padre y su madre y su abuelo y su abuela y todos los demás en su familia hicieron. Por eso estaba decidida a seguir con el voluntariado en el asilo, para demostrar que no solo lo hacía para entrar a la universidad y que, con eso, Dios la ayudaría. Era un plan perfectamente razonable, solo había un problema.

Odiaba muchísimo a los ancianos.

—No me malinterpretes —le susurró a Jesús durante sus plegarias—. Algunos son agradables. El señor Olson es dulce y divertido. Y la señora Epstein me enseñó a hacer pasta de malvaviscos y una cosa llamada bolas de matzah. Pero es difícil enfocarse en ellos cuando la madre de la señora Collins grita: «Todos nos vamos a morir» a todo pulmón durante cuatro horas seguidas. Podía soportarlo cuando Doug estaba ahí, pero luego renunció al voluntariado. Ya terminó sus solicitudes para MIT y Cornell. Le pregunté si iría a Notre Dame conmigo y dijo que haría examen para entrar ahí, «por si acaso no lo aceptaban en las otras». Me dieron ganas de matarlo. Sé que está mal preguntarte esto, pero tengo que entrar a Notre Dame. ¿Sí voy a entrar a Notre Dame?

Esperó, pero no hubo ninguna señal. Solo el viento soplando entre los árboles afuera de la ventana de su habitación. Mary Katherine pensó más en su turno de la noche en el asilo. La culpa de no querer ir le revolvía el estómago. Eran tan viejos. Y olían tan mal. Y los dementes le daban miedo. A veces se detenía a mirar el pasillo y pensaba... «Jesús ama a todas estas personas. A cada una de ellas».

—Jesús, ¿cómo se hace para amar a todos? —preguntó—. Dame una señal. Cuando sonó su celular, estuvo a punto de soltar un grito.

—¿Hola? —dijo, casi esperando a que Jesús estuviera al otro lado de la bocina (con buenas noticias).

—Mary Katherine —dijo la señora Reese—. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas cuidar a Christopher esta noche?

Mary Katherine consideró sus opciones. Cuidar al agradable hijo de la señora Reese o escuchar a la madre de la señora Collins gritando que «la bruja» los iba a matar a todos en Navidad.

—Lo siento, señora Reese, pero me asignaron el turno en Shady Pines —respondió con tristeza.

—Yo puedo cubrir tu turno. Necesito que alguien venga a mi casa ahora mismo. Por favor. Me salvarías la vida.

—En ese caso, ¡claro que sí! ¡Me encantaría cuidar a su hijo! —exclamó, feliz.

Anotó la dirección y colgó. Sabía que Jesús tendría en cuenta que primero eligió el asilo. El hecho de que la señora Reese necesitara que ella le cuidara a su hijo estaba fuera de su control. Y la señora Reese sabía mejor que ella lo que el asilo necesitaba. Así que era una situación en la que todos ganaban. Mary Katherine estaba respetando a sus mayores al cuidar a un niño en vez de ir al asilo. Y, mientras hacía de niñera, tendría cuatro horas para trabajar en su ensayo para Notre Dame.

Todo le pareció una muy buena señal.

Mientras conducía a la casa de la señora Reese, lanzó un vistazo al camino buscando ciervos. Sentía que cuidar al niño había sido una buena decisión. Después de todo, Christopher era el pequeño desaparecido al que ella misma salvó; además, el padre Tom dijo que, en algunas culturas, cuando salvas una vida, eres responsable de ella. Pero, pese a todo, era extremadamente cuidadosa.

—Jesús, si cometí un error, haz que atropelle un ciervo.

Como no apareció ninguno, Mary Katherine encendió el radio para disfrutar el resto del viaje. Quería escuchar rock cristiano, pero Doug había dejado sintonizado el 102.5 WDVE. La estación estaba tocando «The End» de The Doors. A ella le incomodaba admitir lo mucho que le gustaba.

This is the end, my only friend, the end

Of our elaborate plans, the end

Llegó a la casa antes de que la canción terminara; no vio ni un solo ciervo.

—Tiene fiebre —explicó la señora Reese—. Así que no tiene permiso de levantarse de la cama. ¿Entendido?

—No se preocupe, señora Reese. En mi grupo de jóvenes impartieron un curso

de primeros auxilios y estoy entrenada como salvavidas. No saldrá de la cama.

—Pero, mamá, aún es de día —gimió Christopher—. ¿Puedo salir?

Tras un no rotundo, su madre le plantó un beso y salió de la habitación. Mary Katherine la siguió hasta el garaje. La señora Reese revisó la lista de contactos de emergencia, instrucciones y reglas.

—Le acabo de dar un Tylenol. Dentro de dos horas, con la cena, puedes darle un Advil. Con suerte se quedará dormido; si no, que se acueste a las ocho treinta. No dejes que te convenza de darle un minuto más después de las nueve —dijo.

—No se preocupe, señora Reese. Soy estricta con la hora de dormir. No la decepcionaré.

Cuando la mamá de Christopher se fue, Mary Katherine se metió a la casa, donde la temperatura era agradable. Recorrió la cocina y la sala, buscando el mejor lugar para trabajar en su ensayo para Notre Dame. Cuando se decidió por la cocina, acomodó sus libros y fue al refrigerador.

Mientras tomaba el cartón de leche, pensó en su ensayo. Querían que escribiera sobre un héroe, pero no había decidido cuál. Su mamá y su papá eran demasiado obvios. Los políticos eran demasiado riesgosos. Sería magnífico escribir sobre Jesús, pero, dado que Notre Dame era una institución católica, le preocupaba que muchos chicos lo eligieran. Si no elegía a Jesús, ¿a quién? ¿Al papa Francisco? ¿A Juan Pablo II?

*La Virgen María.*

La idea le llegó de la nada. La madre de Jesús. Claro. Qué elección más inspirada. ¡Era perfecto!

Terminó de servirse la leche y tapó el cartón. Vio la fotografía de la niña perdida, Emily Bertovich. Pobrecita. Se preguntó si algún día la encontrarían. ¿Acaso Emily lograría hacer examen para la universidad? ¿Quiénes habían sido sus niñeras?

Esa pregunta le heló la sangre.

Mary Katherine se detuvo y echó un vistazo a la casa. De pronto sintió que algo andaba mal. Todo estaba demasiado callado. Demasiado cálido. Como si hubiera algo en la casa. El reloj cucú marcaba los segundos que faltaban para que marcara las 4:00 p. m. Tic tic tic.

—¿Hola? —dijo—. ¿Quién anda ahí?

Esperó una respuesta, pero no hubo nada. Volvió a mirar el cartón de leche. La fotografía de Emily Bertovich le devolvió la mirada. Sonriéndole sin los dientes delanteros. El corazón de Mary Katherine comenzó a latir al máximo. No sabía qué era lo que estaba mal, pero podía sentirlo. Tal como la rodilla de su padre

presentía una tormenta antes de que fuera anunciada en el pronóstico del clima.

—¿Christopher? Si eres tú, más te vale que te vayas a la cama —dijo.

El silencio fue ensordecedor. Rápidamente, Mary Katherine devolvió a Emily Bertovich al refrigerador. Luego recorrió a toda prisa la cocina, el comedor y la sala. Pero no había nada. Solo la sensación. Estaba por subir las escaleras para revisar las habitaciones cuando se asomó por la puerta corrediza de cristal que daba al jardín trasero. Y ahí estaba, en la nieve, mirándola fijamente.

Un ciervo.

El reloj marcó las 4:00 p. m. Cucú. Cucú. Cucú. Cucú. Mary Katherine sabía que algo andaba terriblemente mal. Subió corriendo al cuarto de Christopher.

—¡Christopher! —gritó—. ¡Christopher! ¡Contéstame!

Abrió la puerta de la habitación y vio que el niño no estaba en la cama. Su ventana estaba abierta y la cortina se movía con la brisa. Mary Katherine corrió a la ventana y asomó la cabeza.

—¡Christopher! ¡¿Dónde estás?!

Miró abajo y vio un rastro de huellas en la nieve.

Pasaban junto al ciervo.

Y se perdían en el bosque de la calle Mission.



Algo lo estaba observando.

En cuanto Christopher abrió la puerta de la casa del árbol, pudo sentirlo. Un ojo enorme que lo cubría todo como una manta. Y miraba de un lado a otro. Como buscando algo.

Cazando.

Christopher sabía que era un terrible riesgo ir al mundo imaginario solo. Le había prometido al hombre amable que nunca lo haría, pero no tenía otra opción. El hombre amable estaba atrapado. O ya estaba muerto. Christopher tenía que conseguir información. Pruebas. Una pista. Lo que fuera. Pero no tenía idea de lo que lo estaba esperando al otro lado de la puerta.

*Nunca vengas sin mí. Nunca te quedas aquí de noche.*

Christopher volteó hacia la ventana y vio que el sol comenzaba a ponerse. No tenía mucho tiempo antes de que cayera la noche. Era ahora o nunca. Puso la oreja contra la puerta. Al principio todo parecía estar bien. Luego escuchó un ligero sonido.

sCratch. sCratch. sCratch.

Había algo bajo el árbol.

sCratch. sCratch. sCratch.

De nuevo volteó a la ventana y vio a un ciervo moviéndose por el claro y dejando sus huellas en la nieve. El animal se acercó al árbol y comenzó a arañarlo con sus pezuñas.

sCratch. sCratch. sCratch.

«Recuerda, Christopher —le había dicho el hombre amable—. Los ciervos trabajan para ella».

El animal olisqueó la base del árbol buscando algo. Quizá comida. Quizá a él. Christopher solo tenía una hora más de luz solar. Necesitaba encontrar la forma de esquivarlos. Vio a un ciervo cola blanca comiendo una hoja de una rama baja. Justo al lado de algo que llamó su atención.

La bolsa de plástico blanca.

Christopher estaba tan acostumbrado a ver la bolsa en el lado real que no le había puesto atención. Pero algo en ella se veía distinto en el lado imaginario. La

rama de la que colgaba estaba más inclinada de lo normal. Como la caña que un pescado ya mordió. Al parecer, la bolsa la estaba jalando hacia abajo con su peso. Porque... porque...

*Tiene algo adentro.*

El corazón de Christopher dio un vuelco. Seguramente el hombre amable le había dejado algo. Estaba seguro de eso. ¿Qué era? ¿Un mapa? ¿Una pista? Necesitaba averiguarlo. Esperó a que el ciervo terminara de comer (o de curiosear) y se alejara del claro.

Luego, Christopher abrió la puerta lentamente.

Bajó a toda prisa por los escaloncitos de madera. Esos dientes de bebé clavados en el árbol. Sus botas chocaron con el suelo nevado y se fue de puntitas hasta la bolsa de plástico. Metió la mano y sacó lo que el hombre amable le había dejado.

Una tarjeta de Navidad.

Al frente estaba una imagen de Santa Claus gritándole a Rodolfo, el reno de la nariz roja, mientras este jalaba el trineo entre la nieve.

**¡¿CÓMO QUE SE TE OLVIDARON TUS LENTES?!**

Crac.

Christopher se dio la vuelta. Los ciervos habían regresado. El cola blanca lo miraba fijamente, pero tenía las orejas paradas, como si estuviera alerta a los depredadores. El viento revolvió el cabello de Christopher, luego lo dejó caer como un pájaro a medio vuelo. Contuvo el aliento, esperando a que los ciervos reaccionaran. Pero no lo hicieron.

*Porque no pueden verme.*

Leyó la tarjeta de Navidad. Santa gritándole a Rodolfo.

**¡¿CÓMO QUE SE TE OLVIDARON TUS LENTES?!**

Esa era la pista. Christopher miró hacia la casa del árbol y vio que su cuerpo seguía ahí. Para el ciervo, Christopher seguía en la casita en el lado real. No era más que un niño jugando solo.

Pero aquí era invisible.

«Entre más tiempo pases en el mundo imaginario, más poderoso te volverás — le había dicho el hombre amable—. Pero el poder tiene un precio».

Christopher esperó a que los ciervos siguieran con lo suyo y luego abrió lentamente la tarjeta. Esperaba encontrar una nota del hombre amable, pero lo

único que vio fue el texto que ya venía impreso en la tarjeta.

CUANDO NO PUEDAS VER LA LUZ...  
¡SOLO SIGUE A TU NARIZ!

Christopher comenzó a caminar.

Salió del claro para adentrarse en el bosque. Encontró el sendero, limpio y suave. Lo siguió hasta llegar al tronco hueco cerca del puente. Dentro vio a un hombre, como una salchicha envuelta en tocino. El hombre estaba dormido. Sus ojos se movían y lloriqueaba como un niño.

—Ya basta, por favor. Yo no lo estoy ayudando.

Christopher miró a su alrededor para ver si la mujer siseante estaba por ahí, pero no vio a nadie. Así que, lentamente, se fue alejando del hombre dentro del tronco hueco y luego se echó a correr. Salió a toda velocidad del bosque de la calle Mission con sus botas azotando el camino enlodado hasta que llegó a la calle cerrada frente a su casa.

Observó la calle en busca de alguna pista. Con la luz del sol desvaneciéndose, su calle se veía como los viejos negativos de la foto de su papá. Era su barrio, pero la izquierda era la derecha y viceversa. Y el sol era como un foco que, después de verlo mucho rato, dejaba impresiones de su imagen por todas partes.

Estaba observando el mundo desde el lado de un espejo que le permitía ver sin ser visto.

Vio a Mary Katherine corriendo por el jardín de atrás. Estaba en pánico.

—¡CHRISTOPHER! —gritaba—. ¡¿DÓNDE ESTÁS?!

*Mary Katherine está... viendo a los ciervos.*

*Mary Katherine no sabe... que los ciervos la están viendo a ella.*

La chica entró corriendo al bosque de la calle Mission y dejó atrás al ciervo. Christopher volteó hacia la calle y vio al hombre con el uniforme de *girl scout*. Estaba sonámbulo, dando vueltas y vueltas como el agua cuando se va por el drenaje. Se retorció y decía:

—Ya basta, por favor. Yo no lo estoy ayudando.

Christopher no sabía adónde ir ni qué hacer. La luz del sol agonizaba. Mary Katherine lo iba a encontrar. Se estaba quedando sin tiempo. Abrió la tarjeta de Navidad de nuevo.

CUANDO NO PUEDAS VER LA LUZ...

## ¡SOLO SIGUE A TU NARIZ!

Levantó la vista y vio las nubes que pasaban. Por un momento, recordó un bello rostro hecho de nubes. Christopher sintió el viento en su cabello. Y por debajo del viento, apenas perceptible, notó un olor a sándwiches de queso.

## CUANDO NO PUEDES VER LA LUZ... ¡SOLO SIGUE A TU NARIZ!

Provenía de la cabaña de madera al otro lado de la calle.

Christopher miró hacia allá y vio a la anciana en el ático. Se acercó a la entrada, cauteloso como un ratón. No sabía si encontraría una pista, una trampa o a la mujer siseante, pero el instinto lo hizo seguir avanzando. Abrió la puerta principal. La familia estaba merendando en el lado real. Podía oler la sopa de tomate y los sándwiches de queso que se doraban en la parrilla.

—¿Crees que mamá quiera un poco? —preguntó la esposa.

Las palabras inundaron la cabeza de Christopher y lo hicieron tambalearse. La comezón era aún más poderosa en el lado imaginario. Como el taladro de un dentista cubierto de lija.

De inmediato comprendió que el esposo odiaba a la madre de su mujer. El tipo quería que ya se muriera para que ellos recuperaran su vida. No era un mal hombre. Pero se preguntaba qué pasaría si solo fingiera alimentar a «la cosa en el ático». Nunca lo haría, claro. Pero, a veces, mientras veía un partido de los Steelers, se preguntaba cuánto tiempo le tomaría a su suegra morir de hambre y al fin dejarlos en paz.

—¿Crees que mamá quiera un poco? —repitió la esposa, frustrada.

—Seguro que tiene hambre —respondió él—. ¿Quieres que le lleve su plato?

—No. Yo lo hago, como todo en esta casa —dijo la esposa, con rabia.

«Me ofrecí. ¿Qué diablos quieres de mí?», pensó el esposo, sin decir nada.

«Por Dios, ¿por qué no simplemente me dice que vaya con él?», pensó la esposa, sin decir nada.

Ella se fue a la cocina y Christopher subió rápidamente las escaleras hacia el ático. La anciana estaba viendo por la ventana desde una mecedora. Iba de atrás hacia delante y de adelante hacia atrás. Como un metrónomo sobre el piano. Estaba mirando las nubes. Gruñendo frustrada mientras revolvía un montón de papeles entre sus manos.

Eran tarjetas de Navidad.

Christopher se sobresaltó, pero no retrocedió. Era otro mensaje del hombre

amable. De eso estaba seguro. Se acercó a la anciana. La primera tarjeta era vieja y amarillenta. Las tintas y los colores ya estaban desteñidos.

## FRECIENTEMENTE SUBESTIMAMOS EL PODER DEL CONTACTO...

Christopher tocó el hombro de la mujer. En un instante, cerró los ojos y sintió el derrame cerebral que dejó a la mujer sin la mitad de su mente y casi nada de su habla. Vio a la anciana de joven. Era hermosa. Christopher le miró las manos y vio que sus viejos dedos estaban torcidos por la artritis. Rugosos como las ramas del árbol en el claro. Luego la tomó de las manos. Al parecer, el calor de su cuerpo se estaba transfiriendo al de la anciana.

Christopher la soltó. Ella movió sus dedos como alas de mariposa saliendo del capullo. De pronto recordó cuando podía tocar el piano y cómo el chico guapo en la sala de su madre la halagaba por la canción que eligió. «Blue Moon». Después, durante su luna de miel, encontraron un piano en aquel enorme hotel en las cataratas del Niágara y ella tocó esa misma canción para él. La anciana sonrió. Sus dedos ya estaban lo suficientemente relajados para abrir la tarjeta de Navidad.

## UN ABRAZO, UNA SONRISA, UNA PALABRA AMABLE: TODOS TIENEN EL POTENCIAL DE CAMBIAR UNA VIDA POR COMPLETO.

Christopher vio un mensaje personal escrito con tinta negra debajo de ese texto.

Por eso, ve a ver a tu madre ahora mismo.  
Te necesita.

De pronto, la hija de la anciana entró al ático con un sándwich de queso y sopa sobre una bandeja.

—¿Te acuerdas de cuando tu padre te dio esta tarjeta? —preguntó la anciana con una sonrisa.

—Sí, mamá. Hablamos de eso ayer. ¿No te acuerdas? —dijo la hija.

—Le toqué una canción en el piano. Tu padre era un muchacho tan guapo. Nadamos juntos en el río Ohio.

La esposa retiró la tarjeta de las manos de su madre con cuidado.

—Oye, mamá —dijo la esposa con grata sorpresa—, parece que tus manos están mucho mejor. Y tus palabras son más claras. ¿Cómo te sientes?

—Hay alguien más en la habitación en este momento —comentó la anciana.

—Tranquila, mamá. No debemos descontrolarnos.

—¡Ve a ver a tu madre ahora mismo! ¡Te necesita! —gritó la anciana.

—Cálmate, mamá, por favor —suplicó la esposa.

—¡Ve a tu madre! ¡Te necesita! ¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo!

—¡Gary! ¡Ayuda! —gritó la esposa por las escaleras.

Si la primera tarjeta le dijo a Christopher que siguiera a su nariz, la segunda estaba clara. Tenía que ir a ver a su madre a Shady Pines. Mientras el esposo entraba corriendo al ático, Christopher salió de la habitación y luego de la casa.

Miró su vecindario y casi gritó al verlo. Las calles estaban llenas de personas, todas inmóviles como buzones. En todos los jardines. Una mujer con vestido azul. Un hombre con sombrero amarillo. Un amarillo extraño. Un amarillo enfermo.

Tenían los ojos cerrados.

Algunos con cierres.

Otros con hilos.

Igual que los niños en su pesadilla.

Las personas buzón sostenían una cuerda. Todas. Una cuerda que llevaba a la siguiente persona y a la siguiente. Sin detenerse. Por toda la calle y hasta donde Christopher alcanzaba a ver. ¿De dónde salieron? ¿Adónde iban?

*Nunca vengas sin mí. Nunca te quedas aquí de noche.*

Christopher miró el cielo. El sol ya estaba más cerca del horizonte. Casi a la altura de la bolsa de plástico en la rama. Debían quedarle unos cuarenta y cinco minutos antes de que el sol desapareciera. Tenía que alcanzar a su madre, pero no podría correr hasta Shady Pines lo suficientemente rápido. No sabía manejar. Necesitaba algún tipo de transporte. Echó un vistazo por todo el vecindario hasta que sus ojos se posaron sobre...

Una bicicleta.

Era de tres velocidades. De esas con una canasta al frente. Parecía vieja y estaba oxidada. Descansaba contra un caballete en la entrada de una casa.

La casa en la esquina.

Christopher corrió hacia ella. Pasó junto a una pareja parada a mitad de la calle. Ambos estaban dormidos como maniquíes, besándose, con sangre chorreando de sus bocas.

—Ya basta, por favor. No lo estamos ayudando —susurraban.

Christopher tomó la bicicleta y se detuvo al ver el nombre grabado en la placa del manubrio.

D. OLSON

*La casa de la esquina es...*

*La casa de la esquina es...*

*La casa de David Olson.*

Christopher tragó saliva con dificultad. Sabía que podía ser una trampa. Podía ser un mensaje. La mujer siseante podría estar esperándolo para emboscarlo. Pero el instinto le gritaba que encontrara a su madre en Shady Pines antes del anochecer.

Comenzó a pedalear. Metió primera y avanzó rápidamente por la calle. Cuando comenzó a pedalear colina abajo, metió la segunda velocidad, luego la tercera. Se movió aún más rápido. Iba ganando velocidad. Iba directo hacia la carretera. Sus piernas se volvían más y más fuertes con cada vuelta, y también veía a más y más personas buzón en las banquetas. Dos gemelitas, un anciano asiático, una mujer del Medio Oriente que parecía estar muriendo de hambre.

Todos tenían los ojos y las bocas cosidas.

Andaban sonámbulos.

Por el momento.

*El mundo imaginario despierta por la noche. Y es entonces cuando da más miedo.*

Christopher avanzaba en la bicicleta más y más rápido. Al principio no se dio cuenta de la velocidad a la que iba. Solo pensaba en la luz del día, que se le escapaba, y en su madre en Shady Pines, que lo necesitaba. Pero cuando vio que el suelo ya solo era un borrón que pasaba a toda prisa bajo la bicicleta, no lo pudo entender. La colina no estaba tan inclinada. La bicicleta no era tan ligera. Pero nunca había pedaleado tan rápido en su vida. Dio vuelta en la Ruta 19. Los autos iban a toda velocidad en el mundo real.

Y él avanzaba junto a ellos.

El pavimento se deslizaba a una velocidad sorprendente. El aire helado se le metía a los ojos y los llenaba de lágrimas. El poder le fluía por las piernas. Más adelante, Christopher vio un viejo Mustang lleno de adolescentes. Dirigió su bicicleta para ponerse detrás de él, luego se acomodó a un lado. Después rebasó a los adolescentes, pedaleando como si toda su sangre estuviera en las venas de sus piernas. Christopher se salió de la carretera en dirección a Shady Pines. Vio

el sol acercándose al horizonte y más y más personas buzón en la calle.

Alineadas como si formaran un barandal.

*No me queda mucho tiempo.*

Christopher escondió la bicicleta y corrió el resto del camino hasta Shady Pines. Se asomó por la ventana para asegurarse de que no fuera una trampa. Luego entró sigilosamente al asilo, abriendo la puerta con un...

Crrrrric.

Recorrió de puntitas el largo pasillo hasta el salón. Una enfermera estaba tocando el piano en la esquina. La canción era «Blue Moon». Varios ancianos jugaban ajedrez y damas.

—Las encontré, señor Olson —dijo la voz de una mujer.

Christopher conocía esa voz. Era la de su madre. Se dio la vuelta y la vio subiendo desde el sótano con una cajita.

—Estaban en el almacén, justo donde me dijo que estarían —explicó su madre.

Christopher la observó acercarse a Ambrose Olson, que estaba sentado en una vieja mecedora en el salón. Le entregó la caja de zapatos. El anciano retiró la tapa y sacó un montón de algo atado con una cuerda blanca.

Tarjetas de Navidad.

Una brisa fría recorrió el asilo. Christopher escuchó que algunas de las mujeres mayores se quejaban con las enfermeras sobre la temperatura mientras se envolvían con sus chales. Ambrose Olson sacó una tarjeta de Navidad de su sobre. En el frente había una imagen de Santa Claus gritándole a Rodolfo, el reno de la nariz roja:

**¡¿CÓMO QUE SE TE OLVIDARON TUS LENTES?!**

Todo se quedó quieto y Christopher observó a Ambrose abriendo la tarjeta amarillenta y desteñida. Era la misma tarjeta que habían dejado en la bolsa de plástico blanca.

**CUANDO NO PUEDAS VER LA LUZ...**

**¡SOLO SIGUE A TU NARIZ!**

Y una nota personal escrita con una letra infantil...

Perdón si a veces te doy miedo.

No es mi intención.

Feliz Navidad

Con amor,



David

P. D. Gracias por el guante de beisbol. Pero, sobre todo,  
por los libros.

No era el hombre amable quien le estaba dando las pistas.

CUANDO NO PUEDES VER LA LUZ...  
¡SOLO SIGUE A TU NARIZ!

Era David Olson.

—¿Qué es eso? —preguntó una voz—. ¿Escuchaste algo?

Christopher volteó al pasillo y vio que la mujer siseante estaba entrando al salón. Llevaba a David Olson sobre sus hombros como una estola de armiño. Era su mascota. Un pequeño demonio sin los dientes delanteros. Era aterrador.

Perdón si a veces te doy miedo.  
No es mi intención.

—Qué letra más bonita —dijo la mamá de Christopher.

Feliz Navidad

Con amor,  
David

P. D. Gracias por el guante de beisbol. Pero, sobre todo,  
por los libros.

—Gracias —dijo Ambrose, cerrando la tarjeta—. A David le encantaba leer.

El corazón de Christopher latía a toda velocidad. Movi6 los pies y el suelo chirri6 ligeramente. La mujer siseante volte6.

—¿Qué fue eso? ¿Quién anda ah6? —susurr6, mirando directamente hacia Christopher, quien se qued6 petrificado como un ciervo frente a los faros.

¡¿CÓMO QUE SE TE OLVIDARON TUS LENTES?!

Pero ella no podía verlo.

La mujer siseante ech6 un vistazo por la habitación, olfateando el aire. Presentía algo.

—¿Estás aquí? —susurr6—. ¿Estás aquí, Christopher?

El niño comenz6 a retroceder poco a poco para salir del salón. Pasito a pasito. *No respire. Que no me escuche.*

—Di algo. No te voy a lastimar —susurr6 ella.

Christopher miró hacia afuera. El sol se estaba poniendo. Ya casi no había luz solar. La gente buzón ya llenaba las banquetas. La mujer siseante se acercó a la madre de Christopher.

—¿Estás viendo, Christopher? —preguntó tranquilamente.

La sangre se le agolpaba en las sienes. Sabía que era una trampa. Su madre era la carnada. Se quedó en el pasillo, agazapado. Listo para correr contra la mujer siseante si le hacía algo a su madre. La mujer susurró algo al oído de la madre de Christopher y él vio cómo ella se rascaba el oído sin pensarlo mucho.

—Si no sales, tu mamá se va a morir —siseó.

La mujer frunció los labios y le sopló en el cuello a la madre de Christopher, que inmediatamente se estremeció y revisó el termostato. El corazón de Christopher se estaba desbocando.

—¿Listo? Mira esto, Christopher —dijo la mujer siseante.

La señora Collins entró en la habitación, furiosa como una víbora.

—Tu hijo le quemó el brazo a mi hijo, pero eso no te bastó —bramó la señora Collins, dirigiéndose a la madre de Christopher.

—Perdón, señora Collins. No sé de qué me habla.

—Dejaste a mi madre sola en su cuarto. ¡Y se volvió a perder!

—Perdón, señora Collins. Tenía que ayudar al señor Olson. Ya no hay voluntarios. Esta noche estamos cortos de personal —respondió, cansada.

—Si te dieran un dólar por cada una de tus excusas, ¡ya serías mi jefa!

—¿Por qué no la estaba cuidando usted, señora Collins? —dijo Ambrose—. Es su madre, carajo.

Christopher podía sentir cómo la ira inundaba el lugar.

—Esto es solo el principio, Christopher... —La mujer siseante sonrió—. Seguirá... y seguirá... y seguirá... Y ahora, ¡mira esto!

De pronto, la madre de la señora Collins entró a la habitación en su silla de ruedas.

—Mamá. Gracias a Dios —exclamó la señora Collins.

La anciana se puso de pie sobre sus piernas torcidas y miró directamente a Christopher.

—Ah, hola. Estás aquí. Puedes verme —gritó la anciana.

—¿Quién puede verte?! —preguntó la mujer siseante.

—El niño. Está ahí —dijo, señalando—. Todos creen que digo locuras, pero él sabe. Él sí sabe.

La mujer siseante se inclinó para susurrar algo al oído de la anciana.

—Todos se van a morir.

—Todos nos vamos a morir —repitió la anciana.

—Todo está bien, señora —dijo la madre de Christopher—. Cállese.

—La muerte ya viene. La muerte ya está aquí. ¡Moriremos el día de Navidad!

—¡Vete a tu cuarto, mamá! —ordenó la señora Collins—. ¡Ayúdeme, señora Reese!

Pero la anciana no dejaba de gritar. Lo repetía una y otra vez. Gritándolo a todo pulmón.

—La muerte ya viene. La muerte ya está aquí. ¡Moriremos el día de Navidad!

La mujer siseante la dejó y se volvió hacia Christopher. Sonrió.

—Me sorprende que no hayas hecho ni un ruido. Pero no fue por eso por lo que te mostré todo esto.

El sol se perdió en el horizonte y David Olson se soltó del cuello de la mujer siseante.

Christopher pudo sentir que la habitación se enfriaba. El aroma a algodón de azúcar había cambiado al olor a sangre. Miró a la mujer, quien le sonrió.

—De noche sí podemos verte, amigo. Ahí estás. Qué muchacho más guapo.

La mujer siseante se lanzó contra él.

—¡No estás en la calleeeeeee! —gritó.

Christopher corrió hacia la puerta. La mujer siseante se abalanzó sobre él, pero mientras la abría, una linterna lo deslumbró.

—¡CHRISTOPHER! ¡GRACIAS A DIOS! —exclamó Mary Katherine al abrir la puerta de la casa del árbol.

La linterna del celular lo cegó. Por un momento, Christopher no sabía dónde estaba. Sujetó a la chica por el brazo, creyendo que era la mujer siseante. Lanzó su calor febril desde la frente hasta la punta de los dedos.

—¡Ay! —gritó Mary Katherine—. ¡Basta! ¡Me estás quemando!

Christopher miró a su alrededor y se dio cuenta de que ya no estaba en el asilo. Estaba en la casa del árbol. La mujer siseante no lo sujetaba. Era Mary Katherine. Christopher le soltó el brazo y ella se quitó la chaqueta y se subió la manga del suéter. Tenía la piel roja y con pequeñas ampollas.

—Perdón —dijo Christopher.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Mary Katherine, furiosa y asustada, mientras se frotaba la quemadura del brazo.

—No podía dormir, así que vine a jugar.

—Pues nos pudiste meter en un enorme problema a los dos, ¿sabías?

—Lo siento. ¿Me perdonas?

—Solo Dios puede perdonarte. Pero Él lo haría. Así que sí, te perdono. Vamos.

Hay que volver a casa. Tenemos que curarte la nariz.

Christopher se limpió la nariz con las manos y vio la sangre roja y húmeda en las puntas de sus dedos. Su rostro estaba encendido por la fiebre. Le dolía el cuerpo. Y la comezón se había convertido en un dolor de cabeza insoportable. Nunca en su vida se había sentido tan mal. Ni cuando le daba gripe.

Christopher pensó en la velocidad con la que anduvo en la carretera. La invisibilidad, la claridad mental que le daba con la comezón. Si esos poderes lo hacían sentirse así de enfermo en el lado real, no creía que pudiera soportarlo por mucho tiempo.

Pronto lo mataría.

Mary Katherine lo ayudó a bajar del árbol. Sus articulaciones crujían con cada paso. Miró el cielo. Ya no había luz. Vio una estrella fugaz. Otro sol. Otra alma.

Cuando llegó al suelo, observó la bolsa de plástico colgada de la rama. Instintivamente la abrió, pero adentro no había nada. No había tarjeta de Navidad ni mensajes escondidos. Solo la comezón. Christopher pensó en las pistas que lo llevaron a Shady Pines y en la última línea de la tarjeta de David.

P. D. Gracias por el guante de beisbol.

Recordó los momentos en que le había llegado un aroma a guante. A veces estaba en su habitación. A veces en el autobús. Entre más lo pensaba, más se daba cuenta de lo presente que estaba ese olor. La temporada de beisbol había terminado hacía mucho. No podía recordar a ningún niño con un guante. Solo pelotas de futbol americano, Nerf o de plástico. Pero el aroma a guante de beisbol siempre estaba por ahí.

Perdón si a veces te doy miedo.  
No es mi intención.

Christopher cerró los ojos, permitiendo que la comezón llenara su mente. Vio el rastro de migajas frente a él. Vio el espacio entre las palabras. Los pensamientos jugaban a las escondidas y lo incitaban a seguir el rastro. La primera tarjeta le decía SIGUE A TU NARIZ hacia la señora en el ático, cuya tarjeta le dijo **ve a ver a tu madre ahora mismo. Te necesita.** Y la bicicleta afuera de la casa de David Olson le permitió alcanzar a su madre en el preciso momento en el que le entregaba a Ambrose la tarjeta de David que terminaba con un P.D. Gracias por el guante de beisbol y la última pieza del rompecabezas...

Pero, sobre todo, por los libros.

La comezón se detuvo y Christopher abrió los ojos. Podía sentir la sangre corriendo por su nariz con tanta fuerza que el sabor le llegaba a la boca. Pero no le importó. Porque al fin había encontrado la idea que se le escapaba. David no era un demonio. Era un niño mandando notas. Y solo había un lugar en el pueblo donde un niño podría dejarle una nota a otro. Aunque los separaran cinco décadas. El lugar donde los niños de Mill Grove conseguían sus libros.

La biblioteca de la señora Henderson.

Mary Katherine dirigió la linterna hacia el camino y vio a un par de ciervos petrificados por la luz.

—Ay, Dios mío. Odio a los ciervos —dijo, persignándose—. Y ahora, ¿cómo salimos de aquí?

Christopher guió a Mary Katherine fuera del claro. A lo lejos podía escuchar los bulldozers demoliendo árboles. El señor Collins había ganado la pelea en la corte. La construcción tenía permiso de continuar. Como Christopher ya se lo esperaba. No pasaría mucho tiempo antes de que el señor Collins destruyera casi todo el bosque abriéndose camino hasta su casa del árbol.

—¿Qué hace exactamente la casa del árbol? —le había preguntado al hombre amable.

construiste un portal hacia el mundo imaginario.

Christopher no sabía si habían capturado al hombre amable o si lo estaban torturando.

No sabía si el hombre amable estaba vivo o muerto.

Lo único que sabía era que, mientras el hombre amable estuviera desaparecido, no había nadie que protegiera al mundo de la mujer siseante.

Salvo él mismo.

Special Ed despertó, se rascó el brazo y observó el árbol afuera de su ventana. Estaba cubierto de nieve. Las ramas se doblaban por el peso, lo que hacía que todas parecieran una sonrisa enferma.

*Una sonrisa enferma, Eddie. Eso es una mueca. Una sonrisa que se enfermó.*

Su abuela solía decirle eso antes de que se pusiera toda flaca y se muriera. No sabía por qué estaba pensando en ella. Era como si estuviera ahí con él. Olía a vestido viejo y le susurraba algo.

*Escucha a tu abuela.*

Special Ed se levantó de la cama.

Sus pies no sintieron el frío del suelo de madera. Fue a la ventana. La abrió y miró la nieve que se había acumulado en la orilla. La tomó con una mano e hizo una bola. Perfectamente redonda. Perfectamente suave. Como la Tierra. Por alguna razón, no le enfrió las manos. De hecho, se sentía bien. Como un algodón de azúcar que metiste al congelador.

*No comas mucho, Eddie. Te vas a enfermar del estómago. Escucha a tu abuela.*

Special Ed cerró la ventana. No había notado lo mucho que se le enfrió el rostro con el aire helado, pero ya tenía las mejillas rojas y quería un vaso de agua. No agua del baño. Agua de la cocina. Special Ed recorrió el pasillo. Vio a su padre dormido en el cuarto de huéspedes. La bola se le estaba derritiendo en las manos y soltaba gotitas de agua sobre el piso de madera como un rastro de migajas. Vio a su madre dormida en la habitación principal.

—¿Por qué duermen en camas distintas? —le preguntó una vez a su mamá.

—Porque tu papá ronca, mi amor —respondió, y él le creyó.

Special Ed bajó las escaleras. Fue a la cocina y se sirvió agua en su vaso favorito. *¡Hulk... bebe!* Se la tomó en diez segundos. Aún tenía sed. Se tomó otro. Y otro. Sentía que le estaba dando fiebre, pero no se encontraba mal. Solo caliente. La cocina estaba muy encerrada.

*No puedo respirar, Eddie. Sal de la casa. Escucha a tu abuela.*

Special Ed abrió la puerta corrediza de cristal.

Se quedó ahí, llenando sus pulmones con el aire helado. Por un momento, eso

le ayudó a calmar los sofocos y dejó de sentirse como su abuela con los tubos en la nariz, cuando le hizo prometer que nunca fumaría como ella. Se preguntó si la habrían enterrado viva y no podía respirar en su féretro. ¿Estaría golpeando la tapa de su ataúd en ese momento? Salió al patio trasero y se sentó en el columpio que colgaba de un viejo roble cual adorno navideño. ¿Cómo les decía su abuela a los adornos? Era algo de una canción antigua que le gustaba.

*Frutas raras, Eddie.*

Special Ed se quedó ahí, pensando en su abuela mientras apretaba más y más la bola de nieve. Luego la dejó al pie del viejo roble. E hizo otra. Y otra. Y otra. Pensó que quizá las necesitaría para defender a Christopher y la casa del árbol. Porque la gente toma lo que no le pertenece. La gente mala como Brady Collins.

*Un hombre debe proteger a sus amigos, Eddie. Escucha a tu abuela.*

Cuando Special Ed terminó la última bola de nieve, bajó la vista y se dio cuenta de que había formado un pequeño claro alrededor del roble. El pasto estaba verde y escarchado. Y había un montoncito de bolas de nieve como las balas de cañón que vio en la excursión que organizó la escuela sobre la Guerra de Independencia.

*Los buenos ganan las guerras, Eddie.*

No podía recordar dónde lo escuchó, pero estaba muy seguro de que la palabra *infantería* derivaba de *infante*. Igual que la palabra *kindergarten* venía del alemán *kinder*, que significa *niño*, y *garten*, que es *jardín*. O sea que todos en la infantería eran solo infantes de una madre.

Tenía sentido.

Special Ed volvió a su casa. Cerró la puerta corrediza y dejó afuera el frío. Al echar un vistazo por la cocina, se dio cuenta de que la puerta de la alacena estaba ligeramente abierta. ¿Siempre estuvo así? ¿O alguien acababa de abrirla? ¿Solo un poco? Era como la tapa de un ataúd desde el cual un ojo observaba a los vivos. Un muerto intentando recordar a qué sabe la comida, porque los esqueletos no tienen lengua. Se acordó de cuando le tuvieron que quitar la lengua a su abuela porque tenía cáncer. Como ya no podía hablar, escribía las cosas en papeles.

*Extraño el sabor del pay de manzana holandés, Eddie.*

*Come pay de manzana por mí, Eddie. Escucha a tu abuela.*

Special Ed fue al refrigerador y cortó una enorme rebanada de pay. Observó el cartón de leche con la fotografía de la niña perdida. Emily Bertovich. Cerró el refrigerador y vio su examen de lectura, que estaba pegado en la puerta con cuatro imanes como Jesús en la cruz. Era la primera vez que su examen era lo

suficientemente bueno para pasar del cajón de los cachivaches al refrigerador. Su primer diez. Special Ed sonrió.

Antes de volver a su cuarto, fue al estudio de su padre. Abrió la puerta y lo recibió el olor de años de whisky y tabaco fumado en pipa, ese olor ya estaba pegado a las paredes. Fue al escritorio de su padre. El segundo cajón estaba cerrado con llave, así que abrió el primero. Luego metió la mano y sacó un estuche de cuero que olía como un guante de beisbol nuevo. Con cuidado, puso el estuche sobre el escritorio y lo abrió. A continuación, miró en su interior y sonrió al verla al fin.

La pistola.

La levantó. La calibre 44 se sentía pesada en su mano. Sin decir nada, la abrió y vio que quedaba una bala en la recámara de la pistola. La sostuvo con la misma pose que hacen los héroes en las películas. La luna se reflejó en el metal como cuando a alguien le brillan los ojos.

*Llévatela a tu cuarto, Eddie.*

Subió las escaleras y se detuvo afuera de la habitación principal, viendo a su madre dormida. Luego pasó junto a su papá, que seguía dormido en el cuarto de visitas. Special Ed notó que no roncaba. No sabía por qué le mintieron.

Fue a su habitación y observó el viejo roble afuera. El árbol con la sonrisa enferma. Luego se sentó sobre su cama a comerse el pay de manzana. Cuando terminó, limpió las migajas que habían caído en su cobija y las echó al suelo. Después, puso la pistola bajo su almohada y se acostó. Miró el reloj: 2:17 a. m. Cerró los ojos y pensó en la primera película de los Avengers. Cómo todos se acomodaron en un círculo y ganaron la guerra. Porque eran los buenos. Y los buenos son los únicos que ganan las guerras.

*La guerra ya viene, Eddie. Un hombre debe proteger a sus amigos. Escucha a tu abuela.*



El reloj marcaba las 2:17 a. m.

Brady Collins estaba agazapado, con su espalda recargada en la fría pared de madera. Algo le molestaba. Tenía comezón en el brazo. Por más que se rascaba las ampollas que Christopher le provocó, nada le quitaba esa comezón. Y, sin embargo, seguía rascándose y pensando en lo que pasó durante el día. Su madre lo recogió en la oficina del director y lo llevó a casa. Le gritó por pelearse con esos nuevos ricos corrientes, Christopher y Special Ed. Le gritó que nunca más volvería a avergonzar a la familia. Era un Collins, maldita sea. Cuando llegaron a casa, su madre hizo que se quitara el abrigo y se fuera a la casa del perro en el patio trasero. En el verano no estaba tan mal, pero era invierno. Le rogó que no lo obligara a ir, pero ella le dijo que cuando decidiera comportarse como un ser humano, podría dormir como tal. Llevaba en la casa del perro desde entonces. Todo por culpa de Christopher y Special Ed. Ese par de perdedores hicieron que su madre lo odiara de nuevo. Y él ya no podía soportar que lo odiara más. No podía seguir durmiendo en la casa del perro. Tenía que hacer algo para que ella lo quisiera. Temblando, sacó los brazos de las mangas y los metió dentro de su camisa. El calor de su pecho comenzó a calentarle los brazos, pero no logró deshacerse de la comezón. Siguió rascándose y rascándose, y pensando y pensando. Una misma idea. Una y otra vez. Ese par de infelices pagarían por provocar que su madre lo odiara tanto.

El reloj marcaba las 2:17 a. m.

Jenny Hertzog despertó en su cama. Creía que había alguien en su habitación. Lo escuchaba respirar. ¿O era el viento? Pensó que Scott, su hermanastro, se había metido, pero al revisar el lugar vio que estaba sola. Miró hacia la puerta de su habitación, esperando que él entrara. Scott la había recogido de la escuela ese día porque su mamá estaba en el trabajo. Jenny le rogó que no le dijera a su papá que se había peleado de nuevo, porque quizá no la dejaría ir al campamento de verano. Y el campamento era lo único que podía alejarla de Scott. Así que, cuando su hermanastro le dijo que tendría que bailar para él porque si no lo iba a

contar, a Jenny no le quedó otra opción. La obligó a quitarse la ropa. Estaba desnuda, salvo por la venda que cubría la quemadura en su brazo izquierdo. Le daba mucha comezón. Se rascaba y se rascaba, pero no se le quitaba. Como si tuviera insectos sobre la piel. Se levantó de la cama y fue a la puerta. Quitó la silla de la manija. Luego bajó las escaleras hacia la cocina. Sacó un cuchillo del cajón. Se rascó un poco con él y luego pasó junto a la habitación de Scott. Por un momento pensó en enterrar el cuchillo en el cuello de su hermanastro. Esa idea hizo que la comezón desapareciera por un momento. Volvió a su cuarto y puso el cuchillo bajo la almohada. Por si Scott entraba a su cuarto como lo había hecho la noche anterior. Le dijo que los pantalones de su pijama estaban demasiado cortos mientras los lanzaba hacia un rincón. Le dijo que eran para «charcos, charcos».

El reloj marcaba las 2:17 a. m.

Matt estaba en su cama. Se rascó el brazo. Debía estar feliz por la noticia, pero no lo estaba. Al salir de la escuela, había ido al oculista con sus madres. Estaban enojadas porque él y Mike se habían peleado, pero cuando Mike les explicó que solamente lo hicieron para proteger a Christopher, sus madres se relajaron un poco. Fue a ver al oculista por lo de su ojo malo y el doctor le dio buenas noticias. No tenían planeado quitarle el parche hasta el verano para que su ojo se enderezara, pero por alguna razón, ya se había arreglado. «Es un milagro», dijo el doctor. Lo lógico era que Matt diera de brincos al saber que Jenny Hertzog ya no podría decirle Perico Pirata. Pero algo estaba mal. Recordó cuando Christopher lo tomó del brazo. Cómo el calor lo recorrió y subió y le hizo cosquillas hasta llegar a su ojo. Nunca les diría eso a los chicos. Pensarían que estaba loco. Pero mientras se rascaba el brazo, no podía evitar pensar que, de alguna manera, Christopher lo había arreglado. Esa idea lo asustaba. Porque sabía que si alguien se enteraba, podrían querer matar a su amigo. Por eso se prometió que seguiría usando el parche en la escuela, para que nadie sospechara. Estaba dispuesto a escuchar a Jenny Hertzog diciéndole Perico Pirata por siempre si eso mantenía a salvo a su amigo. Tenía que proteger la vida de Christopher. Sentía que el mundo entero dependía de eso.

El reloj marcaba las 2:17 a. m.

Mike estaba en su cama. La comezón lo volvía loco. Se levantó y fue al baño buscando la loción rosa que sus madres les ponían cuando a él y a Matt les dio varicela. Pero no la encontró. Lo único que vio fueron las vitaminas de una de

sus mamás. Las que las ponían felices. Salió del baño y fue al sótano, donde nadie podía escucharlo. Encendió la televisión y puso su película favorita, *Avengers*. Cualquier cosa con tal de distraerse de la comezón. Estaba disfrutando la película y la comezón casi había desaparecido, pero de pronto, algo ocurrió. A mitad de la película, Thor se detuvo para hablar con Mike. Se pasaron así toda la noche. Thor era muy agradable. Le dijo que Brady Collins era peligroso y que Jenny Hertzog iba a hacer algo terrible. Le dijo que debía proteger a Special Ed y a Matt. Pero en especial a Christopher. Porque Mike era el fuerte de todos ellos. Y la guerra estaba en camino. Y los buenos tenían que ganar la guerra esta vez. O los malos dominarían al mundo. Mike se despertó en el sofá. No sabía si había sido un sueño.

El reloj marcaba las 2:17 a. m.

La señorita Lasko estaba en el bar de Mt. Lebanon. El bar cerraba a las 2:00 a. m., pero conocía muy bien al dueño y le rogó que le permitiera quedarse. No podía ir a casa. Se rascó el brazo y, por un momento, recordó a su madre cuando vivían en la ciudad. Su madre se rascaba todo el tiempo hasta que le dieron medicina. La señorita Lasko le decía: «La medicina para la comezón de mami», porque en cuanto se la untaba en el brazo, dejaba de necesitar rascarse. No había pensado en eso en años. Vio las botellas y los vasos vacíos frente a ella. Contó diecisiete, lo cual por lo general, la hubiera mandado a casa en un taxi para luego no recordar nada. Pero esa noche no importó cuánto bebiera. Botella tras botella. *Shot* tras *shot*. No lograba emborracharse. Solo sentía comezón y más comezón. Y pensaba y pensaba. ¿Y si nunca volvía a emborracharse? Ay, Dios. ¿Por qué no podía emborracharse? Recordó aquel día y pensó en Christopher. Sabía que era una locura. No había forma de que un niño, al tocar su brazo, tuviera el poder de incapacitarla para sentirse alcoholizada. Pero la idea estaba ahí, como la comezón en el brazo. Y necesitaba encontrar su propia versión de la «medicina para la comezón». Tenía que emborracharse antes de que la sobriedad la volviera loca.

El reloj marcaba a las 2:17 a. m.

La señora Henderson estaba en la cocina. Su cocina perfecta. La cocina de sus sueños. Había pasado años creándola. Encontrando cada pequeño detalle. Cada antigüedad. No era rica, pero tenía buen gusto. Y, a lo largo de las décadas, cada domingo se adentró en el mundo de las ventas de garaje y mercados ambulantes para encontrar piezas de diez dólares que en Christie's habrían costado miles.

Poco a poco, con cada pieza, creó el hogar perfecto para ella y su esposo. Era la obra de toda su vida. Durante el día, les enseñaba a los niños a leer y amar los libros. Y por la noche creaba el hogar perfecto para su esposo. Pero ahora él ya nunca estaba ahí. Eran las 2:17 a. m. y seguía allá afuera, en alguna parte. Por eso la señora Henderson estaba en su cocina, con la mirada fija en la puerta principal. Estaba mirando la plaquita antigua de BIENVENIDOS A CASA y las cortinas perfectas en el cortinero de latón. Estaba mirando eso y rascándose y pensando en el día en que se comprometió, en la rueda de la fortuna, en Kennywood. En ese tiempo, el señor Henderson no podía quitarle las manos de encima. Ella le decía que no en su auto, aunque su cuerpo gritaba que sí. Porque no era esa clase de chica. Su madre le había dicho que los hombres no se casan con esa clase de chicas. Pero sentía la comezón en su piel cuando él la besaba. Su piel ardía por él. Como estaba ardiendo en ese momento. Como ardió el primer año en que dio clases en la primaria Mill Grove. Nunca olvidaría a ese niño. Ese niño asustado. Qué inteligente era. Qué triste se puso cuando desapareció. ¿Por qué estaba pensando en él? No tenía idea. Pero pensar en él hacía que desapareciera la comezón en su brazo. Hacía que dejara de preguntarse cuándo dejó de tocarla su esposo. La hacía recordar que ese sería su último año como maestra. Se iba a retirar para tener una gran vida con su esposo. Sí. Él cruzaría esa puerta en algún momento. En algún momento le daría hambre y necesitaría regresar al calor de su cocina.

El reloj marcaba las 2:37 a. m.

Mary Katherine estaba sola en su habitación. Llevaba veinte minutos despierta porque tenía comezón en el brazo. Intentó calmarla poniéndose crema humectante, pero no funcionó. Se tomó un vaso de agua porque a veces sentir comezón en la piel es señal de deshidratación. Pero eso tampoco funcionó. La comezón seguía en su piel.

Lo raro era que la estaba disfrutando.

Su piel estaba tibia. Suave y agradable como sábanas de seda. Y la comezón se sentía bien en ella. Linda y rasposa, como cuando a Doug se le olvidó rasurarse y le dio un beso en la mejilla. El raspón le dolió un poco, pero también le gustó y le dieron ganas de que Doug pudiera dejarse la barba. Una vez lo intentó para su papel en *El violinista en el tejado*. Todos los chicos del elenco lo hicieron. Los resultados fueron trágicos en distintos niveles. ¿Por qué los chicos se comportaban como chicos?, se preguntó Mary Katherine.

¿Por qué no podían apresurarse y convertirse en hombres?

Mary Katherine estaba acostada en su cama con su pijama de algodón y recorrió su cuarto con la mirada. Afuera, el viento soplaba. Un poco más de lo normal. Se imaginó el viento entrando en su habitación para soplar la comezón de su brazo y extenderla por todo su cuerpo. Se lo imaginó recorriendo su brazo hasta llegar a su muñeca y luego a sus dedos.

Cinco deditos en su mano derecha.

Mary Katherine tomó sus dedos y comenzó a mover la comezón. Centímetro a centímetro. Comenzó en su brazo y luego llevó lentamente la comezón en sus dedos hasta su hombro, por su cuello y hacia su boca. Ahí se detuvo. Moviendo sus dedos suavemente de un lado a otro sobre sus labios. Estaban secos y partidos por la caminata en el frío bosque de la calle Mission. Cada vez que los tocaba, la comezón se ponía más caliente e intensa al mismo tiempo. Era como se imaginaba que se sentiría una barba real contra su piel. Una barba real de un hombre real. Un hombre como el alguacil, que mintió por ella la noche en que encontró a Christopher. Mary Katherine sacó la lengua y se lamió las puntas de los dedos. Lentamente se metió un dedo a la boca. Luego lo hundió más y metió

otro, luego otro. Se imaginó al alguacil besándola. Se imaginó llevando al alguacil hasta su...

*BASTA.*

Mary Katherine se incorporó en la cama. La comezón en su piel se había convertido en una sensación de quemadura. ¿Qué diablos estaba haciendo? Eso no estaba bien. Ya sería bastante pecaminoso pensar de esa manera en Doug, teniendo en cuenta que no estaban casados. Y ahora ¿el alguacil? Eso era simplemente asqueroso. Mary Katherine nunca había tenido sexo. Nunca se había masturbado porque sabía que eso la llevaría a tener pensamientos vergonzosos. Conocía las reglas... Pensarlo es hacerlo. Eso le había enseñado la señora Radcliffe en la iglesia durante más de diez años.

*PENSARLO ES HACERLO.*

Mary Katherine se hincó al pie de su cama y rezó para que los pensamientos pecaminosos salieran de su mente. Estaba hincada frente a Dios. Usaba su boca para pronunciar Sus palabras. Pero la comezón solo empeoró. Podía sentirla bajo su pijama de algodón. En la piel de sus pechos podía sentir la comezón de sus dedos. No había más que una delgada capa de algodón entre ellos. No era un pecado frotar su camisón, ¿verdad? Solo es algodón. No es como si fuera su cuerpo. Entonces estaba bien. Eso no era pecado. Así que cambió de posición y frotó el algodón de su pijama. Sus pechos solo recibieron la fricción por accidente. Y fue el áspero algodón. Como una barba. Como la barba que comenzaba a crecer en el rostro del alguacil, quien la tomaba entre sus brazos, la echaba en la cama y...

*BASTA.*

*ESTO ES UNA PRUEBA.*

Mary Katherine se levantó. Le dolía el pecho. Su rostro estaba rojo. Se dijo que no pasaba nada. Que solo había tocado su camisón. No sus pechos. No hizo nada malo. Casi lo hizo, pero no lo concretó. No todavía. Pero aun así estaba aterrada. Tenía que salir de su cuarto antes de pensar en algo que podría enviarla directo al Infierno. Tenía que salir. Eso era. Sí. Saldría al aire helado y eso acabaría con el calor.

Mary Katherine fue a su clóset y se quitó el camisón. Se plantó frente al espejo en calzones. La brisa le recorrió la piel como si la cubriera de besos. El viento soplaba en su nuca. Su piel se erizaba al sentirlo. No sabía por qué el viento tenía permitido tocarla si ella no podía tocarse. Pero no podía. Y aun así quería hacerlo. Una y otra vez. Quería meter sus dedos ansiosos dentro de sus calzones y...

—¡Ya basta, Mary Katherine! —se reprendió con un siseo—. ¡Pensarlo es hacerlo! ¡Deja de pensar!

Tenía que salir de ahí. Cubrirse el cuerpo. Olvidar que lo tenía. Se puso un suéter blanco muy grueso y un overol de mezclilla azul con calcetines de invierno y botas. Salió de su habitación, pasó de puntitas junto al cuarto de sus padres y bajó las escaleras. Salió de la casa, pero hacía demasiado frío para quedarse ahí. Por suerte, su madre estacionaba el auto en la entrada. Mary Katherine no tenía permitido manejar pasada la medianoche. Pero no era pecado meterse al auto, ¿cierto? Cierto.

Se metió al auto.

El frío del asiento traspasó su ropa. Le provocó que la piel se le erizara de nuevo y que sus pezones se convirtieran en piedras debajo de su overol. Pensó en unas manos tibias sobre sus pechos. En pasarse al asiento trasero. En empañar las ventanas.

*ESTO ES UNA PRUEBA. DETENTE.*

Pero no podía. Mary Katherine estaba ardiendo. Ya no lo soportaba más. Sacó su celular e hizo la llamada.

—¿Hola? —dijo Doug, medio dormido.

—¡Doug! ¿Estás en tu casa? —preguntó ella, desesperada.

—Claro. Son casi las tres.

—¿La llave está debajo del tapete?

—Sí.

—Voy para allá.

—Pero mañana tengo examen fin...

Mary Katherine colgó. Encendió el auto. Sabía que se metería en el peor problema de su vida si sus padres se enteraban, pero no sabía qué más hacer. Tenía que deshacerse de esos pensamientos. Tenía que quitarse la comezón de la piel.

Manejó hasta la casa de Doug, atenta a los ciervos durante todo el camino. Se estacionó afuera. Antes de que pudiera bajarse del auto, él apareció en el porche. Fue al auto en bata y botas de nieve. La escarcha sobre el jardín crujía bajo sus pies con cada paso.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, Mary Katherine?

—Hay que entrar.

—¿Estás loca? Mis papás nos escucharían. ¿Qué está pasando?

—Necesito tu ayuda, Doug. Reza conmigo.

—¿Por qué?

—Solo reza conmigo. Por favor.

—Está bien —dijo él.

Mary Katherine abrió la puerta. Doug entró, temblando de frío. Se tomaron de las manos y cerraron los ojos para rezar. Mary Katherine quería hablar. Quería contarle sobre la comezón en su piel y sus pensamientos impuros, pero no podía. Sabía que decirlo era pensarlo y pensarlo era hacerlo, y hacerlo era atropellar a un ciervo y pasar la eternidad en el Infierno.

Pero las manos de Doug estaban tan cálidas.

Y olía tan bien.

—¿Qué estás haciendo, Mary Katherine? —preguntó Doug.

Mary Katherine abrió los ojos y descubrió que había jalado la palanca del asiento de Doug para reclinarlo hasta tener espacio y acomodarse frente a él. Se puso de rodillas y le abrió la bata. Deslizó las manos hacia sus bóxers y se los quitó. Bajó la vista para verlo. Nunca había visto uno. No en persona. Solo en dibujos en su clase de sexualidad.

Pero ahí estaba.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él en voz baja.

Ella no dijo ni una palabra, porque no sabía qué decir. Solo tenía el calor en su cuerpo y la comezón y esa vergüenza que se sentía terriblemente mal de la mejor manera. Lentamente, llevó su mano hacia Doug. *Basta. Es una prueba.* Lo tocó. Pensarlo es hacerlo. Comenzó a subir y bajar sus cinco dedos ansiosos. *Entonces qué más da si lo haces.* De arriba a abajo. De arriba a abajo. No podía creer que eso estuviera pasando. No sabía qué la poseía. Pero lo deseaba. Deseaba que él la tomara. Y que fuera un hombre. Sé un hombre ya, Doug, carajo. Él volteó hacia su casa. Las luces se encendieron.

—Ay, Dios. Mi mamá está despierta —dijo.

Pero Mary Katherine no se detuvo. Se llevó a Doug a la boca. Estaba duro como un diamante. La comezón se detuvo. Las voces se callaron. Las palabras desaparecieron. No supo qué hacer más que dejarlo ahí, en su boca. Pero eso no pareció importar. En tres segundos, Doug se salió y terminó sobre el suéter de Mary Katherine.

Ambos se quedaron en silencio.

Ella lo miró; estaba lleno de deseo y asco, vergüenza y confusión. La expresión en su rostro la aterró. En ese momento, se dio cuenta de que Doug no tenía idea de quién era ella. Y ella tampoco lo sabía. Él se subió la ropa interior y se cerró la bata.

—Tengo que irme —dijo.



Salió del auto y volvió corriendo a su casa. Mary Katherine no sabía qué hacer. No podía creer lo que acababa de pasar. Su abuela le había regalado ese suéter blanco. En su cumpleaños dieciséis. Su abuela ya estaba muerta. Su abuela podía ver lo que acababa de hacer. Igual que Jesús. El suéter estaba sucio. Ella estaba sucia. Como Debbie Dunham o cualquier otra chica de la escuela. Su rostro se tiñó de vergüenza. Volteó hacia la casa y alcanzó a ver a Doug cruzando la puerta sin decirle adiós.

Mary Katherine arrancó y se fue.

Encendió la radio para distraerse. Estaba sintonizada en la estación religiosa favorita de su madre. El padre le dijo a Mary Katherine que Jesús la amaba y lavaría sus pecados. Los pecados del sexo. Los pecados del adulterio. Cambió la estación. Cada una de ellas le hablaba de Dios. Dios la estaba viendo. Dios puede verlo todo.

Un ciervo corrió hacia su auto.

Mary Katherine hundió el pie en el freno y derrapó. El ciervo miró directo hacia los faros y se quedó petrificado. Ella gritó. El ciervo se fue acercando más y más a las luces.

—¡NO! ¡POR FAVOR, DIOS, NO! —gritó.

El auto se detuvo a dos centímetros del ciervo.

Mary Katherine se asomó por el parabrisas. El ciervo la miró. De pronto, una cierva se acercó al ciervo. Y un cervatillo. Era una pequeña familia como la de María y José y el pesebre. El corazón de Mary Katherine se aceleró. Si atropellaba a un ciervo con su auto se iría al Infierno. Esa era una advertencia de Dios. Él le dio un cuerpo para que fuera un recipiente de Su espíritu. No al revés. Más le valía abandonar sus malos pensamientos. Y volver a casa. Ahora mismo, Mary Katherine.

Pero los ciervos estaban bloqueando el camino.

No tuvo más opción que darse la vuelta, por lo que, en silencio, echó el auto en reversa. Retrocedió hasta meterse a una cochera y giró para volver por donde vino. Le tomaría más tiempo llegar a casa, pero si doblaba a la izquierda en la siguiente desviación, estaría allí antes de que sus padres supieran que se había ido.

Sin embargo, al llegar a la desviación, vio más ciervos bloqueando el camino.

Mary Katherine bajó la velocidad al acercarse a la señal de alto. Miró por el espejo retrovisor y vio que la familia de ciervos la había seguido. En cada calle encontraba ciervos. Estaban bloqueando su camino a casa. Solo le dejaban una calle como opción.

La que llevaba al bosque de la calle Mission.

Mary Katherine avanzó. Llegó hasta la zona de la Constructora Collins. Dio la vuelta con su auto y entonces los vio. Docenas de ciervos iban caminando lentamente hacia ella. Amenazaban con arañarle el auto con los cuernos. Mary Katherine presionó la bocina.

—¡Aléjense de mí! —gritó.

Los ciervos no se fueron. No corrieron. Solo se acercaron más y más. Mary Katherine no tenía otra opción. Abrió la puerta del auto y salió al frío de la noche. Los ciervos se lanzaron contra ella; tuvo que brincar la barda de seguridad y cayó sobre el suelo enlodado. Los ciervos se detuvieron en la barda, metiendo sus astas por la malla metálica.

Mary Katherine se echó a correr al bosque de la calle Mission.

No sabía si era un sueño o era real. Suplicaba a Dios que fuera un sueño. Le suplicaba que despertara en su cama sin haber tenido nunca esos pensamientos. Sin haber tomado el auto pasada la medianoche. Sin haberse metido a Doug a la boca. Le suplicaba que todo hubiera sido una terrible pesadilla y que ella siguiera siendo una chica que merecía ser amada.

Podía escuchar que detrás de ella empezaban a correr más ciervos. Se esparcían como cucarachas en el suelo limpio de una cocina. Corrió sin dirección, buscando algún camino que pudiera reconocer. Pasó junto a un refrigerador abandonado y llegó a un túnel.

Se le cayó su celular y el túnel quedó a oscuras. Sus pies chapoteaban en el agua en la que se había convertido la nieve derretida. Mary Katherine se agachó para alcanzar su celular. Lo sacudió. Nada. Rezó pidiendo luz. Secó el teléfono con su overol. De pronto, el celular volvió a la vida.

Y fue entonces cuando vio a los ciervos.

Docenas de ciervos.

En la mina de carbón.

—¡Ahhhhh! —gritó.

Se echó a correr. Iluminó el camino con su celular hasta que al fin encontró la luz de la luna en el claro.

Vio la casa del árbol. Recordó que horas antes había encontrado a Christopher ahí. Él la había tomado del brazo y de sus dedos había salido el calor que le provocó esas ampollas. Las ampollas estaban tibias. Como debía estar la casa del árbol. Sí. Necesitaba entrar ahí. La casa del árbol la mantendría caliente y a salvo de los ciervos. Corrió a la casita justo cuando los ciervos llegaron al claro. Subió por las maderas de 5 x 10. Abrió la puerta y echó un vistazo al interior. La casa

estaba vacía. Mary Katherine se dio la vuelta y vio que los ciervos se movían en círculos a su alrededor, como tiburones en un tanque.

Entonces comenzó a rezar.

Mientras pronunciaba el Padre Nuestro, levantó la vista hasta el hermoso manto de estrellas detrás de las nubes. Una estrella fugaz cruzó el cielo. Recordó cuando la señora Radcliffe dijo que cada estrella fugaz era un alma ascendiendo al Cielo. Ese recuerdo la tranquilizó. Se acordó de cuando era una niña en la catequesis y le enseñaron sobre Jesús. Amaba a Jesús con todo su corazón. Era una niña y no sabía que existía un cuerpo que podía hacer cosas sucias. ¿No sería genial volver a ser esa niña? Ser pura de pensamiento y obra. Susurró el Padre Nuestro y se persignó tras recitar la última línea.

—Y líbranos de todo mal. Amén.

Cerró la puerta de la casa del árbol.

En cuanto lo hizo, se sintió mejor. Tranquila y en paz. Se dio cuenta de que no era demasiado tarde. Dios pudo hacer que atropellara un ciervo, pero no lo hizo. Solo le envió una advertencia y la condujo a la casita del árbol de un niño. Para recordarle que debía amar como un niño. Porque los niños no se van al Infierno.

sCratch sCratch sCratch

Escuchó a los ciervos afuera, pero no podían alcanzarla. Y aún le quedaban unas horas antes de que su madre despertara. Así que podía poner la alarma en su teléfono y simplemente esperar a que los ciervos se fueran. Luego podría volver a casa segura. Sí. Eso haría. Dormiría en la casa del árbol. Y por la mañana estaría segura como un niño en los brazos de su madre.

sCratch sCratch sCratch

Mary Katherine ignoró a los ciervos y puso su alarma para dos horas después. Acomodó su cabeza sobre el suelo de la casita y de pronto se sintió cómoda, como un niño con su mameluco. Calientita y segura, como si Jesús la estuviera abrazando. Por la espalda, acurrucándose, como en las películas. Diciéndole que la perdonaba. Y que era amada. Se acurrucó y, al quedarse dormida, soñó que casi podía escuchar el susurro de Jesús en su oído. Su voz era suave.

Casi como la de una mujer.

Christopher estaba sentado en su cama. Se asomó por la ventana y vio el bosque de la calle Mission moviéndose con el viento. Las ramas desnudas se mecían de un lado a otro, casi como brazos en la iglesia, rindiendo culto. Podía sentir la comezón en la brisa.

Esperaba a que el pueblo despertara.

Respiró profundo e intentó calmar su mente. El último viaje al lado imaginario había hecho mucho más intensa la comezón. Pero con ella vino el dolor. Christopher ya se había acostumbrado a los dolores de cabeza y al sangrado de nariz.

Pero la fiebre sí le daba un poco de miedo.

El calor salía de su cuerpo como vapor en la carretera. Su temperatura siguió subiendo hasta que el pueblo comenzó a dormirse. Le dio la impresión de que podía sentir cuando las luces se apagaban. Las televisiones también. Y, con el silencio, su temperatura bajó un poco. La comezón desapareció. Y las tarjetas de su cabeza desaceleraron porque casi todo el pueblo estaba dormido. Pero sabía que, cuando el pueblo despertara, las tarjetas de información empezarían a taladrarle la cabeza. Y no podía permitir que eso pasara. Tenía que enfocarse en una sola cosa.

Tenía que encontrar el mensaje que David Olson le dejó en la escuela.

Pero llegar a la escuela era otro problema.

No sabía cuánta fiebre tenía, pero sin duda era la suficiente para que su mamá no lo dejara salir de casa. Así que, con mucho trabajo, se obligó a salir de la cama y cruzó el pasillo. Pasó de puntitas junto a la habitación de su madre para ir a su baño. Se subió al lavamanos, abrió el gabinete de las medicinas y sacó el frasco de aspirinas, que estaba en la repisa más alta. Ya se había acabado las de la cocina. También tomó otros frascos. Aleve, Advil, Tylenol y cualquier cosa para el resfriado que dijera: «No produce somnolencia». Tras luchar con las tapas a prueba de niños, sacó unas cuantas pastillas de cada empaque, porque dejar una vacía levantaría sospechas. Luego devolvió todos los frascos a su lugar y regresó de puntitas por donde llegó.

—¿Cariño? ¿Qué haces? —preguntó la voz.

Christopher se dio la vuelta y vio a su madre en la cama.

—Tuve una pesadilla —mintió.

—¿Sobre qué?

—Soñé que te habías ido. Solo quería asegurarme de que sigues aquí.

—Siempre estaré aquí —susurró ella—. ¿Quieres dormir conmigo esta noche?  
Sí.

—No, gracias. Ya me siento mejor.

—Bueno. Te amo —dijo, y se dio la vuelta para seguir durmiendo.

Christopher volvió a su habitación y esperó que llegara la mañana. Hubiera leído sus libros para pasar el tiempo, pero la verdad era que ya los había memorizado todos. Los veía como tarjetas de información en su mente. Páginas que iban pasando como las generaciones, del nacimiento a la muerte. Del principio al fin. De árboles a papel.

Al llegar el alba, la comezón llegó con ella. Y venía acompañada del dolor. Christopher sintió cómo su vecindario iba despertando. Cada bostezo y cada músculo que se estiraba. Podía oler las tazas de café que se estaban sirviendo y el cereal que se masticaba. Se preguntó cómo podía haber suficiente café para que todos estuvieran tomando todo el tiempo. Recordó que su padre amaba el café y las donas azucaradas. Pensó en su funeral. Había lápidas blancas por todas partes. Las tumbas lo pusieron a pensar. Si cada alma que viene al mundo ocupa una tumba, en algún momento...

*¿Toda la Tierra estará cubierta por ellas?*

Media hora antes de que la alarma de su madre sonara, Christopher trituró las treinta pastillas hasta convertirlas en un polvo fino y se las comió como si fuera azúcar del sabor más espantoso.

Luego fue a la cocina.

Puso un tapón en el fregadero y abrió la llave del agua sin hacer ruido. Sacó dos bandejas de hielo del congelador, las torció como quien se truenan los dedos y echó los cubos en el agua. Rellenó las bandejas y las regresó al congelador para cubrir su rastro.

Luego se quitó la parte de arriba de la pijama y hundió la cabeza, el cuello y los hombros en el agua helada. Quería gritar, pero se aguantó dentro de esa sopa helada por veinticinco Misisipis. Luego sacó la cabeza, respiró profundo y repitió la operación. Una y otra vez.

El frío penetró en su piel como agujas, hasta que su cuerpo se adormeció, pero no se atrevía a salir. Era eso o ir al doctor. No había plan B. Christopher conocía a muchos niños que fingían estar enfermos para librarse de la escuela. Recordó

cuando Special Ed le mostró cómo engañar un termómetro con un foco y una bolsa de agua caliente. Pero nunca se le había ocurrido que sería el primer niño en la historia que fingiera estar sano para poder ir a la escuela. Cuando la alarma de su madre comenzó a sonar (gracias a Dios, siempre la aplazaba cinco minutos más), se secó rápidamente con una toalla de manos, quitó el tapón del fregadero y subió corriendo las escaleras para meterse en la cama y fingir que ella lo había despertado.

—Hola. ¿Cómo te sientes? —preguntó su mamá.

—Mucho mejor —dijo él, fingiendo que abría los ojos. No era mentira. Las treinta pastillas habían comenzado a hacer su trabajo. Técnicamente sí se sentía mejor.

—Bien. ¿Cómo dormiste?

—Súper. Ya quiero ir a la escuela. Es martes de tacos —dijo alegremente.

Luego se preparó para el momento de la verdad. La madre de Christopher llevó instintivamente su mano a la frente del niño. Sintió su cabello ligeramente húmedo por el agua. Christopher pensó que lo había arruinado.

Hasta que su mamá sonrió.

—Creo que ya no tienes fiebre —dijo—. Vamos a asegurarnos.

Le puso el termómetro bajo la lengua. Christopher bajó la mirada cuando un sonido avisó que la lectura digital estaba lista.

Decía 37.

—Lo siento, muchachito —dijo su madre—. Me temo que tendrás que ir a la escuela.

Era un milagro.

*Mi mamá quiere...*

*Mi mamá quiere... invitar al alguacil a la cena de Navidad.*

*Mi mamá no lo hará... por mí.*

—¿Mamá? ¿Qué hacen las personas sin familia en Navidad?

—Depende. Algunos van con sus amigos. Otros a la iglesia. ¿Por qué?

—Porque quiero que las personas como el señor Ambrose y el alguacil tengan adónde ir este año —dijo.

—Qué lindo. ¿Quieres invitarlos?

—Sí.

—De acuerdo. Y ahora, apúrate. Vas a llegar tarde.

*Mi mamá está...*

*Mi mamá está... muy feliz en este momento.*

El autobús escolar abrió sus puertas.

En cuanto Christopher puso un pie en el vehículo, las voces comenzaron a acelerarse. Vio a los estudiantes observándolo como si fuera un animal en el zoológico. Para ellos solo era el niño que se orinó frente a toda la escuela.

Para él, ellos eran algo completamente distinto.

*El pelirrojo... se pone la ropa de su mamá.*

*La de los brackets... no come tanto como debería.*

*La niñita de ojos cafés... está preocupada por su familia en Medio Oriente.*

*Están sufriendo. Todo el mundo estará sufriendo pronto, Christopher.*

*Tienes que encontrar el mensaje de David Olson.*

Christopher pasó junto al conductor, el señor Miller. Vio el tatuaje en su brazo. El tatuaje de los *marines*. Podía sentir cómo el señor Miller se preparaba para las fiestas de fin de año. En esos días, siempre pensaba en los hombres que mató en aquel desierto.

*El señor Miller piensa...*

*El señor Miller piensa... que no merece vivir.*

—¿Señor Miller? —dijo Christopher.

—¡Siéntate! —ordenó el hombre.

—Perdón. Solo quería agradecerle por llevarnos seguros a la escuela.

El señor Miller se quedó en silencio por un momento. Christopher sabía que era lo más amable que le habían dicho en cinco años. Y, sin duda, lo más amable que le había dicho cualquiera de esos malcriados en toda su vida. Punto. Le hubiera agradecido a Christopher ahí mismo, pero temía que si hablaba se echaría a llorar y ya nunca más tendría autoridad sobre los niños. Así que dijo lo único que se le ocurrió.

—Es mi trabajo. Así que ya deja de distraerme y ve a sentarte.

Christopher simplemente asintió y fue a sentarse. Esa acción lo ayudó a él también. Tranquilizó su cabeza por el tiempo suficiente para llegar a la escuela sin pensar en cada familia, en cada casa. Cuando el autobús se detuvo frente a la escuela, sonrió.

—Que tenga buen día, señor Miller —dijo.

—Tú también, niño —le respondió el hombre arisco.

*El señor Miller no...*

*El señor Miller no... se matará esta Navidad.*

Christopher miró a los niños que iban entrando a la escuela con sus gruesos abrigos y gorros. Eran cientos. Cientos de bebés que nacieron de cientos de padres. Cada uno de ellos era el héroe de su propia vida. Todas esas voces y secretos y pensamientos. Respiró profundo y agachó la cabeza. Intentó concentrarse en David Olson, pero las voces se le cruzaban en el camino. Sentía como si estuviera parado en una jaula de bateo mientras una máquina lanzapelotas disparaba hacia él. La mayoría de las cosas que escuchaba eran inocentes. A Rod Freeman le preocupaba su examen. Beth Thomas se preguntaba qué habría para comer. Pero de vez en vez aparecía una idea violenta. Un recuerdo. Una fantasía. Algunos niños se preguntaban dónde estaría Brady Collins. Por qué Jenny Hertzog no había venido. Dónde estaban Special Ed y los M&M's. Christopher vio a la señorita Lasko caminando por el pasillo. Iba rascándose el brazo. Se veía muy enferma.

*La señorita Lasko... no durmió anoche.*

*La señorita Lasko se... desnudó con el barista porque no puede emborracharse.*

—¿Está bien, señorita Lasko?

—Claro, Christopher. Solo me siento un poco agripada —dijo, pero su voz sonaba como si estuviera sumergida en miel. Demasiado baja y demasiado lenta.

—Quizá debería irse a casa —sugirió Christopher.

—No. Allá es peor —dijo ella.

La señorita Lasko le dio unas palmaditas en la cabeza y siguió avanzando mientras los niños inundaban (¡Charcos! ¡Charcos!) los pasillos. El padre Tom dijo que Dios estaba enojado y que por ello inundó al mundo. Christopher vio a los niños nadando río arriba, con sus voces mezclándose hasta formar un ruido blanco como el de las olas del mar. Se preguntó si así era como Dios creaba los sonidos del océano. Simplemente tomaba miles de millones de voces y las llevaba al mar. La energía se movía como el agua quieta. La energía se movía en lo que sin ella sería solo carne muerta. Toda esa gente conectada.

*Como la gente buzón.*

Christopher luchó contra las voces lo mejor que pudo, pero su cerebro ya no lograba detenerlas. Así que hizo lo único que le quedaba por hacer. Se rindió. Dejó libre a su mente y las voces lo fueron llevando como un surfista sobre una



ola. Cientos de voces lo llevaban al mar. Lo cargaban por toda la escuela como la sangre de sus venas. En la clase de Ciencias, el señor Henderson dijo que nuestros cuerpos son setenta por ciento agua salada. Como los océanos. Todos estamos conectados.

*Como la gente buzón.*

Christopher siguió las voces, corrió por el pasillo hacia la biblioteca, pasó junto a los casilleros, que flanqueaban su camino como pequeños ataúdes. Por las mañanas no había estudiantes en la biblioteca. Solo estaba la señora Henderson. En cuanto Christopher la vio, se sintió preocupado. Ella estaba parada sobre su escritorio, acomodando un panel de poliestireno en el techo. Una brillante y delgada capa de sudor le cubría la piel pálida, Christopher supo que estaba terriblemente enferma. Igual que la señorita Lasko.

*La señora Henderson... esperó en la cocina toda la noche.*

*El señor Henderson... no llegó a casa hasta el desayuno.*

—¿Está bien, señora Henderson? —preguntó.

Por un momento ella no le respondió. Solamente lo miró y se rascó el brazo. Tenía la piel al rojo vivo. Como si le faltara una docena de capas. Se bajó del escritorio torpemente.

—Sí, Christopher. Estoy bien. Gracias por preguntar.

Su voz sonaba mal. Lejana y distante. Estaba aturdida.

—¿Segura que está bien, señora Henderson? Parece enferma.

Christopher se acercó para tomar su mano.

En un instante, la mujer dejó de rascarse el brazo. Miró el pequeño rostro del niño. Por un momento olvidó que su esposo ya no la quería. Aún tenía cabello rojo. Se casaron en la estación de bomberos. Se apoyaron el uno al otro durante sus estudios universitarios. En ese tiempo ella ni se imaginaba a cuántos niños les daría clases. A lo largo de los últimos cincuenta años, clase tras clase, el tiempo avanzó como la energía en las olas del mar. Había ayudado a miles de niños a convertirse en mejores personas. Cada uno de esos niños se llevó un poco del rojo de su cabello hasta que se volvió gris. Cada año, ellos sostenían en sus manos esas hebras de cabello como las cuerdas de sus globos en el día del Festival de Globos. La señora Henderson no podía dejar de pensar en cómo empezó todo aquel primer año. La primera clase. Y ese primer estudiante. Sonrió al recordar a ese niño. Le pedía otro libro. Y otro. Y otro. Con un niño tan dulce como él siempre había esperanza.

—¿Sabes, Christopher? Me recuerdas a alguien. ¿Cómo se llamaba? Me pasé

toda la noche intentando recordarlo. —El lugar se puso frío y la comezón empezó a subir por el cuello de Christopher—. David Olson —dijo ella—. Eso es. Dios mío, llevaba toda la noche intentando recordar ese nombre. Me estaba volviendo loca. —La señora Henderson suspiró. Aún hablaba lento, como si todo su cuerpo estuviera bajo el agua. Pero sintió mucho alivio al recordar el nombre—. Le encantaban los libros. Igual que a ti.

—¿Qué libros? —preguntó él.

—Oh, Dios. De todo. Sacaba todos los que podía —continuó la mujer, perdida en sus recuerdos—. «¿Tiene *La isla del tesoro*, señora Henderson? ¿Tiene *El hobbit*?». Los leía en un día. Apuesto que si no hubiera desaparecido, habría leído todos los libros de esta biblioteca.

Su rostro cambió de pronto al recordar la desaparición de David. Christopher vio cómo las arrugas volvían a rodear sus ojos y su boca. Esas líneas profundas que se ganó a base de fingir una sonrisa durante toda su vida.

—¿Sabías que, cuando desapareció, en la bandeja de devoluciones había un libro que él había sacado? No tuve el corazón para volver a registrarlo. Sabía que, si lo hacía, David se habría ido para siempre. Dios mío, qué raro suena eso ahora, ¿verdad? Lo guardé sin registrar su devolución durante el resto del año escolar esperando que él volviera. Pero no lo hizo. Y cuando llegó el momento de hacer el inventario de fin de año, al fin me vi obligada a devolverlo.

—¿Qué libro era? —preguntó Christopher, con la voz atorada en la garganta.

La señora Henderson puso su otra mano sobre la de Christopher. La sintió tan tibia y seca. De pronto se sintió muy bien. Llena de paz.

—*Frankenstein* —respondió ella, con una sonrisa—. David sacó ese libro una docena de veces. Era su favorito. Nunca tuve el corazón para reemplazarlo. —La señora Henderson se quedó en silencio por un momento mientras las lágrimas comenzaban a llenarle los ojos—. Esa noche me fui a casa, era el inicio de las vacaciones de verano. El señor Henderson me sorprendió con nuestra primera televisión a color. Había ahorrado todo el año para comprarla. Vimos televisión juntos en el sofá todo el verano. Películas viejas. Partidos de beisbol. Incluso vimos *Frankenstein*. Fue parte de una doble función. Y pensé en David y me acurruqué en el pecho de mi esposo. Y supe lo afortunada que era tan solo por estar viva.

—Aún es afortunada, señora Henderson —dijo Christopher en voz baja.

—Gracias, Christopher. Díselo al señor Henderson.

Con eso, la mujer le soltó las manos. Parpadeó un par de veces y desvió la mirada, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que estaba llorando frente a

un estudiante. Apenada, se disculpó y se fue a toda prisa al baño para arreglarse el maquillaje.

Christopher estaba solo.

Sabía que la soledad era temporal. Sentía las voces atrapadas en los salones, que daban vueltas a su alrededor. Cientos de compañeros ocupados en fantasear o poner atención a sus clases. Maestros con pecados y secretos concentrados en enseñarles a los niños cómo saber lo que ellos ya sabían. Él era una isla en el ojo del huracán.

Igual que la casa del árbol en el medio del claro.

Christopher se recompuso y caminó, tan rápido como se lo permitieron sus piernas temblorosas, hacia la computadora. Entró al buscador para encontrar el libro de David Olson. Rápidamente comenzó a escribir...

F-R-A-N-K-E-N-S-T-E-I-N

Christopher vio en qué sección estaba el libro. Recorrió las estanterías y encontró un ejemplar de pasta dura, maltratado y acabado por los mismos años que se habían llevado lo rojo del cabello de la señora Henderson. Lo abrió y observó la portadilla. No había nada ahí. Ni notas ni nada escrito. Le dio la vuelta a la página. Y a la siguiente. Y a la siguiente. Nada. Solo unos cuantos subrayados. Christopher no entendía. Estaba seguro de que David Olson le había dejado un mensaje en el libro. Si no, ¿para qué fue a la biblioteca? ¿Para qué escuchó la historia de la señora Henderson? Tenía que haber un mensaje en alguna parte, pero no había nada más que aquellos estúpidos subrayados.

Christopher volvió a la portadilla del libro. La observó de nuevo y pensó que quizá David había usado tinta invisible, quizá porque temía que la mujer siseante encontrara sus mensajes, así que los escondió de algún modo. Christopher miró atentamente los pasajes subrayados. Eran extraños. No eran oraciones completas. Eran palabras. A veces, letras dentro de una palabra. Volvió a observar la portadilla.

*Frankenstein* por Mary Shelley.

La frase subrayada era... She, ella

Christopher pasó las páginas hasta encontrar el siguiente subrayado. Vio que la palabra era... cree

La temperatura se elevó y Christopher pudo sentir una presencia en la habitación. Miró sobre su hombro para ver si alguien lo estaba observando. Pero no había nadie. Silenciosamente, volvió al libro y pasó las páginas hasta encontrar los siguientes subrayados.

Los dos primeros eran... Ella cree

Los siguientes eran... que estás

Y luego... leyendo

Y los tres siguientes... en este momento

Y luego... No

Y luego... anotes esto

Y luego... o ella

Y luego... lo sabrá,

Y una serie de letras... C-h-r-i-s-t-o-p-h-e-r

Christopher se quedó en silencio. E inmóvil. Sabía que la mujer siseante lo estaba observando desde el lado imaginario, así que hizo su mejor imitación de estar leyendo un libro mientras pasaba las páginas y no leía nada más que los subrayados de David Olson. Esto era lo que decía:

Ella cree que estás leyendo en este momento. No anotes esto o ella lo sabrá, Christopher. Te está observando ahora mismo. Siempre está escuchando. No puedes decir tus planes en voz alta porque si lo haces matará a tu madre. No contactes a mi hermano Ambrose. Ella lo mataría de inmediato si supiera que te estoy ayudando.

Christopher siguió pasando las páginas a toda velocidad.

Sé que tienes preguntas, pero no podemos hablar directamente o ella sabrá que la traicioné. Lamento asustarte en tus pesadillas, pero tengo que demostrar mi lealtad. Te dejaré pistas cuando pueda, pero si vamos a vencerla, debes rescatarlo a ÉL. Es la única persona que puede ayudarnos. Yo le decía el soldado. Tú le dices el hombre amable. Vino a combatir a la mujer siseante. Sin él, tu mundo está condenado.

Christopher pensó en el hombre amable. El soldado.

Cuando lo veas, dile que la mujer siseante encontró la manera. Ya comenzó. Has visto algunas partes. No has visto otras. Pero ya se está extendiendo más allá del bosque. Más allá del pueblo. Ella se está volviendo más fuerte ahora que él no está para controlar su poder. Y cuando llegue el momento, va a romper el cristal entre el mundo imaginario y el tuyo. Y solo sobrevivirá un mundo. Ella no sabe que yo lo sé, pero puedo decirte el momento exacto en que TODO será revelado.

La muerte ya viene.

La muerte ya está aquí.

Morirán en N-a-v-i-d-a-d.

Las palabras cruzaron la mente de Christopher a toda velocidad. Miró el calendario. Jueves 17 de diciembre. Volvió al libro.

El soldado es nuestra última oportunidad. Si podemos sacarlo del mundo imaginario y devolverlo al real, él podrá detenerla. Pero si no podemos, todo está perdido. Haré lo que pueda para ayudarte, pero tendrás que rescatarlo tú solo. Ella lo tiene encadenado en mi casa. Ve durante el día. No hagas ni un solo ruido. Te pondrá a prueba para ver si estás ahí. NO FALLES ESA PRUEBA. Si te atrapa, no te dejará salir del mundo imaginario jamás.

Llevo cincuenta años aquí, Christopher. No quiero que te atrapen como a mí. Por eso te pido que tengas cuidado. Y si encuentras la manera de sacarlo a ÉL de aquí, POR FAVOR, LLÉVENME CON USTEDES.

Tu amigo,  
David Olson

Christopher dio la vuelta a la página y llegó al final del libro. Ya no había más subrayados. No más palabras. Devolvió el libro a la estantería y salió de la biblioteca como si nada. Luego fue a su casillero, tomó su abrigo y se fue al baño de los «tiros de largo alcance» en el primer piso. Ahí había una ventana abierta que los de quinto usaban para irse de pinta. No sabía si lo había escuchado o simplemente lo leyó en la mente de alguien. Lo único que sabía con seguridad era que nadie lo vería escaparse y podría volver antes de que sonara la campana de salida. Después de todo, solo tenía que caminar dos horas para llegar al árbol.

Y luego otros diez minutos hasta la casa de David Olson.

La casa era más pequeña de lo que recordaba.

Ambrose no había vuelto desde que se mudó a Shady Pines, pero cuando despertó esa mañana, algo lo impulsó a ir. Era más que una corazonada. Era más que el dolor. Simplemente supo que tenía que ver la vieja casa antes de que perdiera la vista por completo.

Y tenía que ir ese mismo día.

Habría salido en la mañana de no haber sido por el funeral. Eso era lo que lo abrumaba tanto. Había pasado toda la semana planeándolo. Al no tener herederos, no tenía que preocuparse por dinero. A su hermano no le había ido bien en la vida y por eso Ambrose se iba a asegurar de que le fuera muy bien en su entierro. El ataúd y la lápida eran lo más fastuoso que pudo comprar sin perder el buen gusto, una cualidad que su madre prefería sobre cualquier otra.

«La clase no se puede comprar», solía decir.

—Tampoco se puede comprar la vida —pensó Ambrose en voz alta.

Kate Reese y el alguacil fueron al funeral. El alguacil tuvo la bondad de decirle a Ambrose en persona que el ADN sí coincidía. Cuando sacó la bolsa de evidencia con el mechón de cabello de David, el anciano lo observó con los ojos entrecerrados y negó con la cabeza. Ambos se miraron. Soldado y policía.

—Déjelo en la bolsa, alguacil. Vamos a resolver este crimen.

Y eso fue todo. El alguacil asintió y se guardó la evidencia en el bolsillo.

—¿Me acompañaría al funeral de mi hermano? —dijo al fin.

—Sería un honor para mí, señor.

Ambrose se portó lo más católico que pudo durante el funeral. Escuchó la misa del padre Tom sobre la paz y el perdón. Recibió la hostia, que sabía a unicel viejo. Se obligó a cargar el ataúd y que su espalda y sus rodillas artríticas lo padecieran. Se hubiera roto la espalda antes de permitir que enterraran a David sin él. El padre Tom dijo unas últimas palabras en el sepelio y Ambrose puso una rosa sobre la lápida.

Pero no hubo paz. No hubo lágrimas.

Solo esa sensación de inquietud.

Aquello no había terminado.

Su hermanito no descansaba en paz.

Y Ambrose tenía que ir a su antigua casa. En ese mismo instante.

Aún tenía un auto, pero el gobierno le había quitado la licencia debido a sus ojos enfermos. Por suerte, Kate Reese se ofreció a llevarlo, pues vivía en su antiguo vecindario. Ambrose agradeció la compañía porque un nuevo sentimiento había comenzado a crecer en su interior mientras se acercaba más y más a la casa.

Era algo cercano al terror.

«No abras la puerta. ¡No es un bebé! ¡Tu hermano estaba diciendo la verdad!».

Ambrose puso un pie sobre el viejo porche. Tocó el timbre. Mientras esperaba, miró el punto exacto donde encontró la carriola. Aún podía escuchar el sonido de los llantos del bebé. Aún podía escuchar a la policía hablando con su padre.

«No encontramos huellas en la grabadora, señor. Tampoco en la carriola».

«Entonces, ¿quién la puso ahí?!».

Y a su madre hablando con él.

«¿Por qué no cuidaste a tu hermanito?!».

Ambrose miró alrededor del vecindario para sacar el dolor de su cuerpo. Por un momento, pudo recordar ese último verano antes de que David comenzara a enfermarse. Todos los padres salían a las aceras a arreglar los autos con sus hijos. Barry Hopkins intentaba hacer algo con su Dodge '42 de mierda. La calle era segura. Las personas se cuidaban unas a las otras. Todos los hombres escuchaban el juego de los Piratas en el radio mientras todas las mujeres estaban en la sala ocupadas en sus juegos de bridge, vino blanco y ginebra. El verano que siguió a la desaparición de David, la gente ya no pasaba tanto tiempo afuera de su casa. Los niños casi nunca salían. Y en cuanto a los juegos de bridge, si es que se hacían, nadie invitaba a los Olson. Eso lastimaba profundamente los sentimientos de su madre, pero Ambrose siempre entendió que las personas temen que la tragedia sea contagiosa. Y, aun así, hubiera sido bueno que su madre no perdiera a sus amigas además de a su hijo.

—¿Hola? ¿En qué lo puedo ayudar?

Ambrose volteó y se encontró con una mujer joven. Debía tener unos treinta años. Agradable y bonita. El anciano instintivamente se quitó el sombrero y sintió cómo el aire del invierno se posaba sobre su calva.

—Sí, señora. Lamento molestarla. Yo solía vivir en esta casa con mi familia. Y, eh...

Ambrose se quedó sin palabras. Quería pedirle que lo dejara echar un vistazo, pero ya estando ahí, no sabía si realmente deseaba entrar. Sintió cómo su pecho

se tensaba. Algo andaba mal. Kate Reese tomó la palabra.

—El señor Olson quería saber si podría echar un vistazo. Soy Kate Reese. Vivo en esta misma calle —dijo, señalando colina abajo.

—Claro. Por favor, pase, señor Olson. Mi casa es su casa. O quizá debería decir: su casa es mi casa —bromeó la mujer.

Ambrose forzó una sonrisa y entró detrás de ella. Cuando la puerta se cerró, instintivamente fue hacia la esquina para colgar su abrigo y su sombrero. Pero, claro, el perchero de su madre no estaba ahí. Y tampoco su papel tapiz. Y tampoco ella.

—¿Quiere café, señor? —preguntó la mujer.

Ambrose no quería café, pero sí quería que lo dejaran solo para organizar su mente. Así que aceptó una taza de vainilla con avellana (lo que sea que fuera aquello) y le agradeció a la mujer por ser tan amable. La señora Reese siguió a su anfitriona, que se presentó como Jill, hacia la cocina, platicando animadamente sobre el precio de las propiedades del vecindario.

Ambrose recorrió la sala. La chimenea seguía ahí, pero habían quitado las alfombras y dejaron descubierto un piso de madera. Recordó cuando tener alfombras por todas partes era señal de estatus. Qué orgullosa estaba su madre cuando el ascenso de su esposo les permitió alfombrar todo. Estaba seguro de que Jill sentía el mismo orgullo por sus pisos de madera, pues había escuchado que lo viejo es lo nuevo. Se preguntó si un día, cuando Jill fuera anciana y vendiera la casa, el estatus ya habría regresado a las alfombras y la nueva pareja se burlaría de esos extraños pisos de madera de los viejos.

Escuchó un rechinido en el suelo detrás de él.

Dio la vuelta rápidamente, esperando encontrar a Jill con el café, pero no había nadie. Solo la casa vacía y el sonido de su propia respiración. Ambrose vio que Jill había elegido la esquina oeste para poner el sofá. Su madre prefería la del este por la luz de la tarde. En esos tiempos lo que se hacía en una sala de estar era eso, estar. Sin televisión. Recordó cuando su padre trajo a casa su primera tele en blanco y negro. Su madre pensó que era el fin del mundo.

«¿Podemos ver una película esta noche, Ambrose?».

«Claro, David. Busca una buena».

Su hermanito tomaba la teleguía y la revisaba minuciosamente. Eso fue años antes de que la gente pudiera ver lo que quisiera cuando quisiera. Los niños tenían que esforzarse para ver una película, por ello, las películas eran más sagradas. David leía hasta la última letra de la teleguía intentando encontrar una buena película para complacer a su hermano mayor. Fue así como Ambrose



Olson vio *Drácula*, *El hombre lobo*, *La momia* y, claro, la gran favorita de David, *Frankenstein*. David veía esa película siempre que tenía la oportunidad. Seguro sacó el libro de la biblioteca unas cien veces. Ambrose al fin accedió y tenía planeado comprarle un ejemplar como regalo de Navidad, pero, por alguna razón, su hermanito solo quería leer la de la biblioteca.

Así que Ambrose le compró el guante de beisbol.

Por lo general, David ya estaba dormido para cuando la película terminaba. Ambrose lo tomaba entre sus brazos y lo subía por las escaleras hasta su cama. Así fue hasta que David comenzó a tener pesadillas sobre cosas que daban mucho más miedo que el monstruo de Frankenstein.

Ambrose escuchó un rechinado en las escaleras. No quería subir. Pero tenía que ver la habitación una vez más. Sus pies comenzaron a moverse antes de que tuviera conciencia de lo que estaban haciendo. Se tomó del barandal y obligó a sus rodillas a olvidarse de su edad.

Luego empezó a subir las escaleras.

El retrato de familia que su mamá pagó a plazos en Sears ya no estaba. En su lugar había fotografías de Jill y su esposo durante unas vacaciones.

«Tengo miedo, Ambrose».

«Tranquilízate. No hay nada en tu cuarto».

Ambrose llegó al último escalón y empezó a andar por el pasillo. El suelo de madera crujía con cada paso. El anciano se detuvo afuera de la habitación de David. La puerta estaba cerrada. Los recuerdos le llegaron de golpe. David gritando, pateando y llorando detrás de esa puerta.

«¡No me obligues a irme a la cama! ¡Por favor, Ambrose, no me obligues!».

«No hay ninguna bruja en tu habitación, David. Y ya basta, antes de que asustes a mamá».

Ambrose abrió la puerta de la antigua habitación de su hermano. Estaba vacía. En silencio. La tenían preparada para que fuera el cuarto del bebé. Aún podía olerse la pintura amarilla nueva. La madera y el yeso de las renovaciones. Ambrose miró la cuna que estaba recargada en la pared. En ese muro David solía dibujar. Ya no había papel tapiz. Ya no había dibujos de aterradoras pesadillas. Ya no estaban los sinsentidos de un niño con una enfermedad mental. Solo era un hermoso cuarto de bebé para el final feliz de Jill y su esposo, y no una habitación cubierta con crayones y locuras.

«¡Necesita un psiquiatra, mamá!».

«No. Solo necesita dormir bien por la noche».

«¡Pasó dos días escondido bajo su cama, papá! ¡Siempre está hablando solo!».

«¡Yo le voy a enseñar a portarse como un hombre!».

Ambrose miró la esquina donde solía estar el librero de David. Ese librero que fue el hogar de las copias de *Frankenstein* y *La isla del tesoro* de la biblioteca. Recordó cuánto trabajo le costaba leer a su hermano cuando era más chico. Mucho antes de que existieran palabras como «dislexia». En ese tiempo solo decían que David era «lento». Pero él siempre se esforzó y terminó por convertirse en un gran lector.

Cuando Ambrose se fue de esa casa, no se atrevió a llevarse el viejo librero, así que se lo vendió a un comerciante de antigüedades. Ahora pensaba que daría todo su dinero por recuperarlo. Lo pondría en su habitación en Shady Pines y acomodaría el álbum de bebé de David en la primera repisa.

Criiiiiccc.

Ambrose se quedó inmóvil. Escuchó el sonido en el suelo detrás de él. Volteó rápidamente. La puerta estaba cerrada. Pero él no la había cerrado.

—¿Jill? ¿Señora Reese?

No había nadie. Pero Ambrose de pronto sintió una presencia en la habitación. El viento en su piel. Susurros en los vellos de su nuca.

—¿David? —susurró—. ¿Estás aquí?

La temperatura bajó de golpe en la habitación. Ambrose percibió el aroma a guante. Entrecerró los ojos para ver a través de las nubes que los cubrían. Las cataratas que lo hacían ver todo como a través de un parabrisas estrellado. Le quedaba muy poco tiempo. Sus ojos dejarían de funcionar y no podría ver el tapiz reemplazado con pintura. La alfombra reemplazada por pisos de madera. El antiguo librero reemplazado por una cuna. Su vieja familia reemplazada por la nueva de Jill. Su hermanito David reemplazado por su bebé. El bebé lloraba en el porche.

«¡Déjame salir, Ambrose! ¡Déjame salir!».

Podía sentir a su hermano en la habitación.

—Lo siento —susurró.

«¡Por favor, Ambrose!».

—Lo siento, David —susurró.

Podía sentir la corriente de aire que atravesaba los pisos de madera. El viento aullaba afuera de la ventana por la que David se fue para no volver jamás. Ambrose siguió la corriente que soplaba entre las maderas del suelo. Llegó a la esquina de la habitación. La esquina donde solía estar la cama de David. La esquina donde leyó *Frankenstein* y dibujó unas imágenes aterradoras en la pared que su madre retapizó con sus promesas de que «Él está bien. Él está bien».

Ambrose dobló sus rodillas artríticas y se hincó en la esquina. Y entonces lo sintió.

Un tablón del suelo estaba suelto.

Sacó su navaja del ejército y la hundió en el hueco. La movió de atrás hacia delante para hacer más espacio. Al fin logró aflojarla lo suficiente para girar su navaja y hacer palanca. Levantó el tablón y se quedó petrificado al verlo. Ahí adentro. Escondido en el pequeño espacio.

El viejo guante de beisbol de David.

Ambrose sacó el guante de su escondite. Lo abrazó contra su pecho como si fuera un niño perdido. Respiró profundamente. El olor a cuero lo fue llenando de recuerdos. Fue entonces cuando notó que el guante estaba demasiado abultado.

Había algo escondido adentro.

Ambrose respiró profundo y lo abrió como si fuera una almeja. Ahí adentro vio un librito cuidadosamente envuelto en plástico. Un librito con tapas de piel. Estaba cerrado con una especie de cinto y asegurado con llave y candado. El anciano nunca lo había visto, pero estaba seguro de lo que era porque su hermano solía hablar de él. Era el secreto mejor guardado de David.

Ambrose estaba viendo el diario de su hermanito.

Christopher se encontraba en la calle, observando la antigua casa de los Olson. El hombre amable estaba ahí, en alguna parte. Tenía que rescatarlo. Se había ido directo de la escuela al bosque. Al entrar a la casa del árbol, sintió como si fuera la cabina telefónica de Superman en las viejas películas. Un lugar de cambio. Cuando cerró la puerta y cruzó al lado imaginario, de inmediato se sintió mejor. Su fiebre y el dolor de cabeza fueron reemplazados por claridad y poder.

Pero la mujer siseante podía estar en cualquier parte.

Christopher se acuclilló y observó a Ambrose en la antigua habitación de David. El anciano tenía un guante de beisbol en las manos. David Olson estaba junto a él, intentando poner su mano sobre el hombro de Ambrose. Pero el viejo no sabía que su hermanito estaba ahí.

*David está...*

*David está... ayudándonos.*

No hagas ni un solo ruido. Te pondrá a prueba para ver si estás ahí.  
NO FALLES ESA PRUEBA.

Christopher llegó al porche. En silencio. Se asomó por la ventanita de cristal en la puerta. La entrada de la casa estaba vacía. Pero la mujer siseante podía estar esperándolo. Podía estar escondida detrás de la puerta. Intentó controlar su miedo recordándose que después de pasar por la casa del árbol, era invisible mientras fuera de día. Pero ella lo había visto en la pesadilla de la escuela y eso fue durante el día. No entendía la diferencia. Necesitaba que el hombre amable le explicara las reglas. Necesitaba rescatarlo. Inmediatamente.

Si te atrapa, no te dejará salir del mundo imaginario jamás.

Christopher se quedó escuchando durante un minuto más. Luego, rápidamente, abrió la puerta de entrada, haciendo el menor ruido posible. La cerró y se quedó quieto por un momento, por si la mujer siseante lo había escuchado. La sala estaba en silencio. En la esquina había un reloj de pie. Los valiosos segundos se iban con un tic tic tic.

Christopher cruzó de puntitas la sala. El piso de madera crujió bajo sus pies.

Se agachó rápido para quitarse los tenis. Se los echó al cuello como una bufanda, se incorporó y se quedó en calcetines sobre la madera. Una corriente de aire se elevó a través de los dedos de sus pies. Podía escuchar el viento allá afuera. En la banqueta de la casa había unas cuantas personas buzón.

Eran como niños jugando a saltar la soga con sus cuerdas.

Tenían los ojos cosidos.

Christopher llegó al pie de la escalera. Echó un vistazo al segundo piso, esperando que ella apareciera. Estaba por subir las escaleras cuando un sonido lo detuvo.

—La escuela es excelente —dijo la voz.

Él sabía quién estaba hablando.

—Elegiste un gran lugar para empezar una familia.

Era su madre.

Christopher se aproximó a la cocina y vio a su madre sentada en la mesita con una mujer.

*Su nombre es... Jill.*

*Compró la casa con su esposo... Clark.*

*Están intentando tener un bebé.*

—Clark y yo estamos tratando de empezar una familia —dijo Jill.

—Eso puede resultar divertido —bromeó la mamá de Christopher.

Jill se rio y le sirvió una taza de café caliente.

—¿Quieres un poco de leche? —preguntó.

—Claro.

*Jill y Clark... casi tuvieron un bebé el año pasado.*

*Ella perdió al bebé. Pero conservaron la cuna.*

*Y cambiaron el color de las paredes para que no importara si era niño o niña.*

Jill llevó el cartón de leche a la mesa. Christopher vio la fotografía de la niña perdida, Emily Bertovich. La niña estaba inmóvil en la imagen. Sonriendo sin los dientes delanteros. De pronto, sus ojos miraron más allá del hombro de Christopher. Su sonrisa se convirtió en terror. Y luego, en un parpadeo, se dio la vuelta, echó a correr y desapareció del cartón.

Christopher se petrificó.

Miró las ventanas de la cocina para ver qué reflejaban.

La mujer siseante estaba detrás de él.

Venía del sótano, con un tazón para perro que olía a comida podrida. Se

detuvo, con la llave al cuello y sus oídos atentos. Esperando. Escuchando. Christopher contuvo la respiración.

*La mujer siseante no puede...*

*La mujer siseante no puede... verme.*

La mujer esperó, con oídos abiertos. Tras un minuto, estuvo satisfecha. Christopher vio que la mujer siseante se iba al fregadero para echar el tazón para perro en el agua estancada. El tazón hizo un horrible sonido metálico.

—¿Qué fue ese ruido? —preguntó la madre de Christopher.

—Son ruidos normales por la remodelación —respondió Jill.

Jill y la madre de Christopher siguieron hablando, sin saber lo que ocurría a su alrededor. La mujer siseante se sentó junto a Jill mientras ella echaba una cucharada de azúcar a su café. Luego le tocó el brazo; ella inmediatamente sintió comezón y empezó a rascarse.

—Este frío me mata la piel —dijo.

—Ni me digas. No hay crema que me humecte lo suficiente.

La mujer siseante miró fijamente a la madre de Christopher y se acercó poco a poco. Christopher quería gritar: «¡MAMÁ! ¡SAL DE AQUÍ! ¡POR FAVOR!», pero sabía que probablemente era una prueba. Así que solo tomó la mano de su madre desde el lado imaginario y sin hacer ningún ruido. Cerró los ojos y le envió un mensaje mental a gritos.

*Mamá. Sal de aquí. Ahora mismo.*

El calor comenzó a llegarle a la frente. El viento afuera sopló con más fuerza. La mujer siseante levantó la mirada. Sabía que algo había cambiado, pero no sabía qué.

*MAMÁ. SAL DE AQUÍ. AHORA MISMO.*

Christopher sentía su mano cociéndose. Sentía como si sus dedos y brazos fueran velas derritiéndose sobre un pastel de cumpleaños.

La mujer siseante le dio un manotazo a la mano con la que Kate sostenía la taza de café. Ella casi tira la taza y se quemó con la bebida.

—¡Ay! —gritó.

—¿Estás bien? —preguntó Jill, mientras iba por un trapo.

La madre de Christopher fue al fregadero a meter la mano bajo el chorro de agua fría. El agua le cubrió la quemadura.

—Déjame ver. Ay, necesitas una curación —dijo Jill.

La mujer siseante seguía en la cocina, esperando alguna reacción. Christopher no dijo nada. Solo siguió a Jill hasta el fregadero para disimular el sonido de sus

pasos. Luego tomó la mano de su madre dentro del agua, cerró los ojos y pensó con todas sus fuerzas.

*¡MAMÁ! ¡SAL DE AQUÍ! ¡AHORA MISMO!*

La madre de Christopher de pronto miró su reloj.

—Dios mío, mira la hora —dijo, alarmada.

—Déjame que te ponga una venda, por favor —pidió Jill.

—No, estoy bien. Gracias. Necesito llevar al señor Olson al asilo porque si no, no llegaré a casa para recibir a mi hijo, que viene en el autobús de la escuela.

La madre de Christopher se preparó para irse. Christopher se quedó sin aliento y con la frente chorreando sudor. Jill la siguió hasta la sala.

—¿Por qué no traes a tu hijo a cenar un día de estos?

—Me encantaría —dijo la madre de Christopher, y luego, dirigiendo su voz hacia las escaleras—: ¡Señor, Olson! Lamento presionarlo, pero ya me tengo que ir. Mi hijo volverá a casa pronto.

Christopher observó a Ambrose bajando las escaleras con el guante de beisbol. Su hermanito David lo seguía, dando saltitos sobre su sombra.

—¡DAVID! ¡¿QUÉ ESTABAS HACIENDO?! —chilló la mujer siseante.

David no dijo nada y subió corriendo las escaleras, asustado. Christopher vio en silencio cómo Ambrose y su madre le daban las gracias a Jill y después salían de la casa. Se fueron al auto. Lejos de la mujer siseante. Lejos del peligro.

Jill volvió a la cocina con su taza de té. La mujer siseante la siguió. Christopher no podía perder ni un minuto más. Callado como un ratón, fue de puntitas con sus calcetines hacia la puerta del sótano. La abrió rápidamente y entró. Podía escuchar a Jill al otro lado de la puerta.

—¿Podrías traerme un ungüento, Clark? Tengo alergia o algo así. No soporto la comezón. Oye, ¿le hablaste al exterminador? El sótano sigue oliendo a mierda.

El sótano estaba oscuro. Christopher se detuvo en el primer escalón. Entrecerró los ojos intentando ver qué había allá abajo, pero no distinguía nada. No escuchaba nada. Pero sabía que lo que fuera que estuviese ahí abajo era algo horrible.

Por el olor.

El olor a comida podrida estaba por todas partes, mezclado con guante de beisbol y lo que daba la impresión de ser cientos de años de «tiros de largo alcance» que no le atinaron al mingitorio. La mujer siseante había salido de ahí con un tazón lleno de comida podrida. ¿Era para un prisionero?

O para un animal.

Christopher escuchó el sonido de una cadena en el sótano. Se asomó por la escalera, cuyos escalones estaban separados. Había el espacio suficiente para que unas manos pudieran agarrarlo.

—Señor, ¿está aquí? —susurró Christopher.

Silencio. Y Christopher no confiaba en el silencio. Algo estaba terriblemente mal. Podía sentirlo. Dio un paso más para ver mejor, pero casi se resbala. Bajó la vista hacia sus pies y vio algo húmedo bajo sus calcetines.

Era sangre.

Un rastro de sangre que corría por las escaleras como un río. Christopher tuvo ganas de vomitar, pero las reprimió. Quería correr, pero podía sentir a la mujer siseante en la cocina y eso dificultaba su escape.

No había más opción que bajar.

Lentamente descendió las escaleras. Hacia la oscuridad. Los escalones de madera crujían bajo sus pies. Casi se resbala con la sangre, pero se sostuvo del pasamanos. Dio otro paso. Escuchó una respiración superficial. Entrecerró los ojos intentando ver si había alguien ahí. No distinguía ninguna silueta. Solo oscuridad. Y esa peste. A podrido y a cobre. Que se intensificaba a cada paso.

Llegó al último escalón.

Christopher puso un pie sobre el frío suelo de cemento. Intentó prender la luz, pero no encendió. Le pareció escuchar a alguien respirando en la esquina. Se movió a tientas entre la oscuridad mientras sus ojos intentaban acostumbrarse. Dio otro paso a ciegas en el sótano.

Y fue entonces cuando se tropezó con el cuerpo.

Era el hombre amable. Estaba encadenado de pies y manos. Nadando en la sangre que olía a óxido.

—¿Señor? —susurró.

El hombre amable no se movió. Christopher buscó en la oscuridad hasta que sus manos encontraron dos cubetas junto a la pared. La primera era el baño. La segunda tenía agua limpia y un viejo cucharón. Christopher lo levantó y acomodó la cabeza del hombre amable con las manos. Metió el cucharón hasta el fondo de la cubeta y llevó el agua fresca a los labios resecaos del hombre. Él intentó dar unos sorbos, pero no podía moverse.

*El hombre amable está...*

*El hombre amable está... muriendo.*

Christopher no sabía qué estaba haciendo, pero por instinto puso sus manos sobre las heridas del hombre amable. Él cerró los ojos. A Christopher comenzó a



dolerle la cabeza y lo atacó la fiebre, que bajaba de su frente por sus brazos y hasta sus dedos. Sintió cómo la sangre corría desde su nariz hasta los labios. Tenía un gusto a óxido, como a tubo de cobre. Era la sangre del hombre amable. La fiebre se volvió insoportable y Christopher tuvo que retirar las manos. Buscó el agua para limpiar las heridas, pero ya no estaban. Ya no había nada más que piel perfecta y sana.

En ese momento, el hombre amable lo tomó entre sus manos.

—¡Déjame en paz! ¡Deja de torturarme! ¡No diré nada!

El sonido pudo haber atraído a la mujer siseante de inmediato, pero el hombre amable estaba tan débil que su voz apenas se escuchaba.

—Tranquilo, señor. Soy yo, Christopher —susurró.

—¿Christopher? —musitó el hombre amable—. ¿Qué haces aquí? Te dije que no vinieras sin mí.

—Tenemos que salir de aquí. Debe haber algo con lo que pueda abrir el candado.

—Pronto caerá la noche, Christopher. Ella podrá verte. Tienes que irte. Ahora mismo.

—No me iré sin usted —dijo Christopher.

El obstinado silencio se plantó entre ellos. Al fin, el hombre amable suspiró.

—La mesa —dijo.

—¿Dónde? No veo.

—La luz está arriba —señaló el hombre amable—. Busca la cadena.

El hombre amable tomó a Christopher de la mano y lo dirigió suavemente en la oscuridad. Christopher gateó hasta chocar con una fría mesa de metal. Buscó a tientas. Sus dedos iban leyendo las cosas sobre la mesa como un libro para ciegos. A su cerebro le tomó un momento procesar qué eran todos esos filos, bordes y puntas.

Cuchillos y desarmadores.

Todos cubiertos de sangre fresca.

*La mujer siseante...*

*La mujer siseante... torturó al hombre amable.*

Christopher se subió a la mesa. Estaba parado sobre la sangre, buscando la luz. Tras un momento, sus dedos encontraron el foco y la cadena que colgaba de él. Como la cuerda que sostenía la llave en el cuello de la mujer siseante. Christopher jaló la cadena y la habitación se bañó con una luz amarilla repugnante.

Lo que vio casi lo hizo gritar.

El lugar no era un sótano terminado. No había pufs ni paredes de madera. Solo había piso de cemento. Una mesa de metal. Y cuatro paredes cubiertas por sierras, cuchillos y desarmadores. Por todas partes escurría sangre.

Era una cámara de tortura.

El hombre amable estaba encadenado en la esquina como un animal. Cubierto de mugre, sangre y heridas. Le habían arrancado y pegado la piel una docena de veces. Su gesto ante la luz fue el de quien despierta de una pesadilla. Christopher ya había visto esa expresión antes, cuando fue a la perrera de Michigan con Jerry. Algunos perros reciben tantos golpes que ya no saben hacer nada más que prepararse para recibirlos.

Christopher se bajó de la mesa sin perder más tiempo. Tomó un cuchillo y un desarmador. Se los entregó al hombre amable, quien comenzó a moverlos dentro de la cerradura del candado en su muñeca. Sus dedos temblaban de dolor.

—¿Cómo me encontraste? —susurró.

—David Olson.

—¿David? Pero él está... con ella.

La forma en la que el hombre amable dijo «ella» hizo que a Christopher lo recorriera un escalofrío.

—No. Él nos está ayudando. Quiere que los lleve a ambos al lado real.

La información fue llenando el rostro del hombre amable. Primero como confusión. Y luego como esperanza. El hombre estaba pálido y acabado, mortalmente enfermo por toda la sangre perdida. Pero, por primera vez, Christopher lo vio sonreír.

La mujer siseante le había arrancado algunos dientes.

El hombre amable abrió uno de los grilletes. El desarmador salió volando de su mano ensangrentada e hizo un ruido al chocar con el suelo de cemento. Un tablón crujió arriba de ellos, en la cocina. La mujer siseante había dejado de moverse. Estaba atenta al sótano.

—Sí, doctor Haskell —dijo Jill—. ¿Me podría recomendar un dermatólogo? No soporto la comezón.

Christopher recogió el desarmador y se lo pasó de nuevo al hombre amable.

—¿Puede hacerlo? —susurró.

—Sí —dijo el hombre amable, casi sin fuerzas.

Mientras él abría los grilletes, Christopher revisó el sótano en busca de una salida. Sus ojos al fin se detuvieron en una sucia ventanita cubierta por una cortina al otro lado de la habitación. La ventana estaba al menos a tres metros del

suelo. Demasiado alta hasta para el hombre amable. Necesitaban algo en que subirse. Una silla. Un librero.

Una mesa de metal.

Christopher fue a la mesa de metal y comenzó a poner en el suelo los instrumentos sin hacer ruido. Cuando la mesa quedó libre de cualquier cosa que pudiera caerse, el niño se puso los zapatos para tener mejor agarre. Tomó unas toallas empapadas de sangre y las acomodó bajo las patas para minimizar el ruido.

Luego esperó a que la voz de Jill lo cubriera.

—No, doctor Haskell. Empezó de repente. No sé qué sea.

Christopher arrastró la mesa como pudo. Un movimiento con cada palabra. Deteniéndose en cada silencio.

—No creo que sean alergias. No me dan en diciembre.

Cada centímetro era como arrancar un diente.

—¿Anda algún virus por aquí?

La tela iba dejando unas manchas rojo oscuro en el concreto. Christopher empujó la mesa hasta la pared. Sus manos se habían marcado en la sangre.

—¿Es temporada de gripe? ¿Eso suele dar salpullido?

Christopher fue corriendo hacia el hombre amable, que ya había logrado deshacerse de tres grilletes.

—Muchas gracias, doctor Haskell. Lo veo mañana —dijo Jill, antes de colgar el teléfono.

Christopher pudo escucharla volviendo a la sala. Pero el suelo de la cocina siguió crujiendo. La mujer siseante estaba esperando en la cocina. El hombre amable luchó desesperadamente con el desarmador en el candado de su tobillo.

—No puedo —susurró, desquiciado por el dolor—. Ya déjame.

—¡No! —susurró Christopher.

—De día eres invisible. Puedes escapar.

—No lo voy a dejar aquí.

Christopher tomó el grillete entre sus manos. El calor volvió a su frente. El poder bajó hasta sus dedos. Christopher comenzó a abrir el grillete como si estuviera partiendo por la mitad un mazo de cartas para barajarlas. Tras arrancar el grillete, lo dejó en el suelo suavemente. El hombre amable estaba impactado.

—¿Cómo hiciste eso? Solo ella puede hacerlo —susurró el hombre amable.

—No lo sé. Vamos.

Christopher recargó al hombre amable contra la pared. Parecía mareado. A punto de desmayarse. Luego le echó agua en la cara. El líquido corrió por su

cuello lleno de mugre como un alud de lodo.

—No me puedo levantar —dijo el hombre amable.

—Sí, sí puede. Levántese.

Christopher lo tomó de la mano y lo jaló para que se pusiera de pie. Las rodillas del hombre se doblaron, pero puso una mano sobre el hombro de Christopher para recuperar el equilibrio.

Con el niño como bastón, se dirigió cojeando hasta la ventana.

El hombre amable llegó a la mesa. Christopher tomó su mano para ayudarlo a trepar. Casi se resbala con la sangre fresca. El hombre abrió la cortina. Vio una docena de gente buzón haciendo guardia alrededor de la casa. Sus cuerdas estaban estiradas como tendedores desquiciados en los que se secaría el mundo.

—Sus guardias —susurró.

Christopher juntó las manos para que el hombre amable apoyara su pie.

—Soy demasiado grande —dijo.

—No para mí —le respondió Christopher.

El hombre amable puso un pie en las manos de Christopher. Se veía escéptico. Como si no pudiera creer que un niño fuera capaz de cargarlo. Hasta que Christopher lo impulsó. El hombre amable subió hasta tomarse del borde de la ventana con las puntas de los dedos. Usó la poca fuerza que le quedaba para impulsarse hacia arriba. Abrió la sucia ventanilla y dejó que el aire fresco llenara el sótano. Sacó la mitad de su cuerpo por la abertura y luego se desplomó. Jadeando como un perro abandonado dentro de un auto.

—¡Levántese! —le rogó Christopher.

Entonces tomó los pies del hombre amable y lo empujó con todas sus fuerzas hasta sacar el resto de su cuerpo por la ventana.

Christopher resbaló en la mesa ensangrentada. Intentó sostenerse, pero la fuerza le ganó y cayó al suelo.

Con él, cayó la mesa de metal.

¡Crash!

El suelo de la cocina crujió. Christopher se puso de pie con mucho trabajo. La mesa estaba volteada como cucaracha muerta. No había manera de trepar por sus patas.

—Quédate aquí, David—dijo la mujer siseante en la cocina.

—Viene para acá —susurró el hombre amable—. ¡Tú puedes!

Christopher miró la ventana. A tres metros del suelo. El hombre amable se estiró lo más que pudo. Christopher corrió. Saltó. Sus manos ensangrentadas se encontraron por un instante y luego se resbalaron. Christopher cayó al suelo.

—¡Apaga la luz! —susurró el hombre amable.

La mujer siseante le dio vuelta a la perilla.

Christopher tomó la cadena que colgaba del foco. El hombre amable cerró las cortinas. En un instante el mundo se volvió negro.

La puerta se abrió.

La luz de la cocina bañó el sótano. Moviéndose como un ratón, Christopher se escondió debajo de la escalera.

La mujer siseante bajó los escalones.

Cric. Cric. Cric.

El corazón de Christopher estaba desbocado. No había adónde huir.

Vio los zapatos ensangrentados de la mujer a través de las rendijas de la escalera.

Cric. Cric. Cric.

Christopher contuvo la respiración. La sangre se agolpaba en sus sienes. Los pies de la mujer siseante se detuvieron a la altura de sus ojos. Se acercó a la abertura y se preparó. Un segundo. Dos segundos. Tres segundos. Cuatro.

*Trágate tu miedo o deja que te devore.*

Christopher le jaló los pies a la mujer siseante y la hizo caer por la escalera hasta que su cráneo se estrelló contra el suelo ensangrentado.

—¡AHHH! —siseó.

Solo tenía unos segundos. Christopher salió corriendo de debajo de las escaleras y saltó por encima de los brazos abiertos de la mujer. Ella los levantó para atraparlo, haciéndolo tropezar. Christopher gritó y cayó sobre las escaleras que estaban encima de ella. La mujer intentó agarrarlo. Sus manos le embarraron el pantalón de sangre mientras iban subiendo por su cuerpo como si escalaran un muro.

—¡Ahí estás! —siseó.

Christopher le dio una patada. La adrenalina corría por sus venas como la sangre del mundo. Le dio en el pecho y la hizo caer de nuevo. La mujer se estrelló contra la pared y gritó. Christopher corrió hasta la parte alta de las escaleras y se dio la vuelta. La mujer siseante ya estaba de pie. Corriendo hacia él. Más rápido que nadie. Christopher cerró la puerta de golpe.

BOOM.

La mujer siseante se lanzó contra la puerta como un animal enjaulado.

Christopher aplastó su cuerpo entre la puerta y la pared de la cocina.

—¿Plomería de Mill Grove? —dijo Jill al teléfono—. ¿Podrían venir inmediatamente? Creo que algo anda muy mal con mis tuberías.

BOOM. BOOM.

Christopher enterró los talones en el suelo. La mujer siseante tomó la perilla. Le dio la vuelta. Christopher se estiró para poner el seguro. Estiró los dedos sobre su cabeza.

—¡VAS A MORIR! —siseó ella.

Christopher se estiró lo más que pudo. Sentía que los tendones de su hombro se movían como chicle. Pero el seguro estaba demasiado lejos. No podía alcanzarlo. Sus piernas luchaban por mantenerla encerrada. Pero era demasiado poderosa. Sus piernas comenzaron a vencerse.

BOOM. BOOM. BOOM. BOOM.

De pronto Christopher vio una mano sangrienta pasando sobre su brazo. Gritó. Hasta que la mano siguió avanzando y puso el seguro.

Era el hombre amable.

Tenía el rostro pálido y demacrado. Parpadeaba, agotado por el dolor.

—Vamos —dijo.

BOOM. BOOM. BOOM.

—¡DAVID! ¡¿DÓNDE ESTÁS?!

La voz de la mujer siseante llenó toda la casa. El hombre amable se agazapó y guio a Christopher por la cocina. Jill estaba en la estufa, cocinando salchichas en una enorme olla de sopa. Pero no eran salchichas.

Eran dedos.

—¡DAVID!

Christopher se dio la vuelta y vio a David Olson, que venía de la sala. La mujer siseante estaba golpeando la puerta. David hizo un gesto de dolor. Aterrorizado. Se estiró hacia el seguro. Christopher estaba por correr hacia él para detenerlo, pero el hombre amable lo detuvo tomándolo por el hombro.

—No puede saber que David nos ayudó. Lo mataría —susurró.

Christopher asintió y siguió al hombre amable para salir de la casa.

—Irás primero a las calles —dijo el hombre—. Sígueme.

El hombre amable iba cojeando, guiando a Christopher hacia el patio trasero. Un enorme ciervo salió de una casa para perro y les aulló como loco. El ciervo se lanzó hacia la yugular del hombre amable. Pero la cadena lo detuvo y cayó sobre el suelo cubierto de aguanieve, lloriqueando.

—Es su perro guardián —comentó el hombre amable—. Vamos.

Christopher lo siguió. Llegaron hasta un patio, junto a un columpio de llanta. Christopher escuchó el golpeteo de unos pies.

Se dio la vuelta y vio a Jenny Hertzog.

Vestida con un camisón.

Escondida en el patio.

Muriéndose de frío.

Se preguntó si Jenny creería lo que estaba pasando en ese patio que ella usaba como escondite. Pronto el frío sería demasiado. Vio cómo Jenny abría la puerta trasera de su casa para meterse a la cocina. El hombre amable dio una señal y Christopher lo siguió para ir detrás de ella. La casa estaba oscura y llena de humo. Jenny avanzó de puntitas, intentando pasar inadvertida. Su madrastra estaba en la sala. Dormida. Su Marlboro rojo humeaba en el cenicero. En la televisión se proyectaba un *talk show* matutino. Estaban haciendo exámenes de paternidad.

«Sí ERES el padre», dijo la conductora.

Jenny subió por las escaleras sin despertar a su madrastra. Pasó junto a la habitación de su hermanastro. En silencio. Estaba por llegar a su recámara cuando la puerta de al lado se abrió. Su hermanastro era mayor. Tenía mucho acné. Y unos frenos que se lamía constantemente.

—No estabas en tu cama, Jenny. ¿Dónde andabas? —preguntó.

Ella solo se encogió de hombros.

—Creí que estabas enferma y por eso no habías ido a la escuela. Me quedé en casa para cuidarte.

Jenny se quedó petrificada.

—Déjame cuidarte —dijo él—. Ese camisón está muy corto. Charcos. Charcos.

—Cállate, Scott —ordenó al fin Jenny, desafiante.

—No me digas que me calle, maldita zorra. Ven para acá.

Derrotada, Jenny fue a la habitación de su hermanastro y cerró la puerta. Christopher puso una oreja contra la puerta, pero no escuchó más que música. Era una vieja canción. «Blue Moon». Christopher tomó el picaporte para ayudar a la chica.

—No lo hagas. Es una trampa —dijo el hombre amable.

Pero ya era demasiado tarde. Christopher abrió la puerta. Adentro encontró una docena de ciervos con los colmillos expuestos. Se lanzaron hacia él, pero el hombre amable la cerró del golpe.

BANG. BANG. BANG. BANG. BANG.

El hombre amable llevó a Christopher a toda prisa por la casa y abrió la puerta de un costado. Y ahí vieron...

... una canasta para bebé.

Una persona buzón lo estaba cargando. No podía abrir ni un poco los ojos por

los gruesos cierres que tenía en ellos, pero las costuras negras de su boca estaban lo suficientemente sueltas para que pudiera dar el aviso. La persona buzón abrió la boca lo más que las costuras se lo permitieron y emitió un llanto de bebé.

—¡Buaaaaaaaaaaaaa!

El hombre amable tomó a Christopher de la mano y lo sacó casi a rastras de la casa, lejos de la persona buzón. Corrieron juntos hacia el jardín. La mujer siseante corrió hacia la casa y empezó a perseguirlos. David Olson iba a cuatro patas detrás de ella, como un perro.

—¡DETÉNGANLO!

Su voz retronó por toda la calle. La gente buzón se extendió por el vecindario. Buscaban a ciegas con los brazos estirados. Cazando al fugitivo. Formaron un muro sólido por toda la calle y así bloquearon ambos lados.

—¡Podemos lograrlo! —dijo Christopher.

—Agárrate bien de mí —ordenó el hombre amable.

El hombre amable reunió todas sus fuerzas. Justo cuando él y Christopher estaban por estrellarse contra el muro de gente buzón, el hombre amable saltó y ambos cayeron sanos y salvos al otro lado.

—¡DEJA DE AYUDARLO! —dijo la mujer siseante, dirigiéndose al hombre amable.

La mujer saltó intentando caer sobre él, pero falló. Aterrizó en la calle. Sus pies comenzaron a quemarse y sacar humo. El pavimento se fue llenando de piel líquida como en un derrame de sustancias tóxicas. La mujer siseante se despegó del suelo y volvió al jardín. Gritando de dolor como un ciervo atropellado.

—Sanará en poco tiempo —dijo el hombre amable—. Apresúrate.

El hombre y Christopher corrieron por la calle. Pasaron junto a la gente buzón, que seguía sosteniendo su cuerda por kilómetros y kilómetros hasta donde alcanzaban a ver. Christopher podía sentir la energía del hombre amable en su piel. La sanación le recorría el cuerpo como electricidad en un suéter de lana. El hombre amable cerró los ojos, que se empezaron a mover bajo sus párpados como si estuviera soñando. En unos segundos, saltó sobre la gente buzón.

—¿Cómo hizo eso? —preguntó Christopher.

—Te lo enseñaré.

Abandonaron la calle y se adentraron en el bosque de la calle Mission. El hombre amable los llevó hasta el camino. Los ciervos los iban siguiendo. Lanzando mordiscos hacia sus pies. Como un grupo de gatos con dos ratoncitos. El hombre amable dobló a la izquierda súbitamente al pasar el puente. El hombre dormido sacó la cabeza del tronco hueco.

—¡Aquí están! —gritó el hombre entre sueños.



El hombre amable saltó el tronco y guio a Christopher por un estrecho sendero de ramas secas y torcidas. Los ciervos que lo iban siguiendo se quedaron atorados. El hombre del tronco hueco gritó mientras los ciervos le lamían la cara como si fuera un cubo de sal. Lo empapaban con su saliva. Después empezaron a comer su cara.

—No los veas —ordenó el hombre amable.

Salieron del sendero estrecho y corrieron al claro. Hacia el árbol. El hombre amable se desplomó, sin poder respirar bien. Exhausto.

—Solo nos quedan unos segundos —dijo—. Ahora ella sabe que me ayudaste. Hará cualquier cosa para traerte de regreso.

—Entonces venga conmigo —dijo Christopher.

—No puedo. La mujer siseante tiene la única llave. No puedo irme sin la llave. Tampoco David.

Un chillido partió el cielo mientras la mujer siseante inspeccionaba el bosque.

—Pues vamos por la llave. Soy invisible. Puedo con ella —dijo Christopher.

—Escúchame. Por muy fuerte que logres ser, ella es más fuerte. Y la próxima vez que te atrape, ya nunca podrás escapar. Tienes que enfocarte. No fantasees ni te quedes dormido. David y yo conseguiremos la llave. Te avisaré cuando sea seguro para que regreses.

—Pero vine a salvarlo.

—Y lo hiciste. Ahora vete.

El hombre amable sujetó a Christopher y lo empujó para que subiera por el árbol. Tablón por tablón. Diente por diente de bebé. Llegó a la puerta justo cuando la mujer siseante apareció en el claro con David y los ciervos.

—¡DEJA DE AYUDARLO!

El hombre amable bajó de un salto y se fue corriendo hacia las sombras. La mujer siseante corrió al árbol. Christopher se arrastró hacia el interior de la casita y rápidamente cerró la puerta.

En segundos, el aire de algodón de azúcar volvió al frío de diciembre. Christopher abrió la puerta y miró el claro. La mujer siseante ya no estaba, tampoco el resto de la gente imaginaria. Se encontraba de vuelta en el lado real.

Y había rescatado al hombre amable.

En cuanto Christopher regresó del lado imaginario, sintió el precio de sus nuevos poderes. Por haber roto la cadena, ahora tenía un dolor insoportable en sus manos. Por haber cargado al hombre amable hacia la ventana, ahora tenía un dolor en los hombros que se sentía como una ruptura de ligamentos.

Pero lo peor era el dolor de cabeza.

Sentía como si un cuchillo le empujara los ojos a través de los párpados. Lo impulsaba a caminar. Da un paso. Da el otro paso.

Tenía que seguir.

Tenía que volver a la escuela.

Bajó por la escalera y tomó la bolsa de plástico blanca, que estaba colgada de la rama. Se la metió en el bolsillo para mayor seguridad. Luego se fue cojeando entre la nieve hacia la escuela y solo se detuvo una vez.

En casa de Jenny Hertzog.

Fue a la puerta, tocó el timbre y se fue corriendo. Sabía que eso bastaría para despertar a la madre de Scott y darle una tarde de paz a Jenny.

Finalmente llegó a la escuela cinco minutos antes de la campana de salida. Se metió por la ventana abierta del baño de hombres. Luego esperó afuera de su salón hasta que sonó el timbre y el pasillo se inundó de niños.

—¿Dónde estuviste todo el día? —le preguntó la señorita Lasko con tono de sospecha.

—Estuve en clase todo el día, señorita Lasko. ¿No se acuerda?

Christopher sonrió y tocó delicadamente su mano, dejando que pasara un poco del calor de sus dedos a los suyos.

—Sí. Estuviste en clase todo el día. Bien hecho, Christopher —dijo, dándole unas palmaditas en la cabeza, y el cerebro de Christopher absorbió todo el estudio del día como una esponja.

*La señorita Lasko va...*

*La señorita Lasko va... a irse directo al bar al salir del trabajo.*

Christopher se fue a su casa en el autobús y se sentó detrás del señor Miller, el conductor.

*El señor Miller llamó... a su exesposa.*

*El señor Miller va... a pasar la Navidad con sus hijos este año.*

—Hola, señor Miller —dijo Christopher con una sonrisa.

—Siéntate. ¡No me distraigas! —ordenó el hombre.

Christopher llegó a su casa, donde su madre ya lo esperaba con pan caliente y caldo de pollo. Se aseguró de no comerse el pan, porque sabía que tenía que mantenerse despierto hasta que el hombre amable le dijera que era seguro.

*A mi mamá...*

*A mi mamá... aún le duele el brazo por el café de la mujer siseante.*

—¿Cómo te fue en la escuela, cariño? —preguntó su madre.

—Estuvo bien.

*No puedo decirle...*

*No puedo decirle... a mi mamá, porque la mujer siseante lo escucharía.*

—¿Qué aprendiste? —preguntó ella.

—No mucho —respondió, y luego le contó unos cuantos detalles de la clase de la señorita Lasko.

*Mi mamá no sabe...*

*Mi mamá no sabe... que haría cualquier cosa para que ella esté segura.*

Esa noche, cuando su mamá se fue a dormir, Christopher bajó a la cocina. Tomó el cartón de leche y se sirvió un gran vaso. Observó la fotografía de Emily Bertovich, buscando alguna pista de si la mujer siseante lo estaba mirando o no.

Pero solo vio a Emily sonriendo.

Guardó a Emily en el refrigerador y luego fue a la alacena por unas Oreo. Las puso en un plato de papel. Después tomó pan blanco y jamón picado para hacerse un sándwich con lechuga y mayonesa. Escondió todas las evidencias y bajó al sótano de puntitas.

El sótano estaba seco y limpio. La caldera en la esquina hacía que el lugar se mantuviera cálido y agradable. Christopher pensaba que el hombre amable no iría ahí. Sería el primer lugar en el que lo buscaría la mujer siseante. Pero quería estar preparado, solo por si acaso. Y la verdad era que a Christopher le daba miedo estar sin él. No quería pasar toda la noche despierto y solo.

Fue al sofá con el enorme vaso de leche, las galletas y el sándwich. Recordó cuando le dejaba galletas a Santa Claus. Su madre horneaba unas de crema de

cacahuete deliciosas, rellenas de un pequeño chocolate. El calor de la galleta derretía el chocolate solo un poquito. Su mamá solía darle un beso en la mejilla y luego le decía que era delicioso como el chocolate. Y él se reía y después ponía las galletas en un plato y lo dejaba bajo el árbol junto con un vaso de leche para Santa.

De pronto recordó esa Navidad en la que se despertó muy temprano. Aún estaba oscuro. Y aunque su mamá le había advertido que si se levantaba de la cama Santa sabría que estaba desobedeciendo, Christopher no se aguantó. Le había pedido un peluche de Bad Cat a Santa y tenía que ver si se lo había traído. Recorrió el pasillo de puntitas y se asomó a la sala.

Y fue entonces cuando vio a su padre.

Comiéndose las galletas y tomándose la leche.

El padre de Christopher dejó la comida de Santa y fue al clóset. Tomó una enorme funda para almohada blanca que estaba escondida detrás de las sábanas. De ahí sacó un montón de regalos envueltos y los puso bajo el árbol. El último era enorme y estaba envuelto en papel de Bad Cat. Después fue a la cocina a terminarse las galletas. Una por una y en silencio. Christopher volvió a su cuarto y se durmió.

A la mañana siguiente, eligió abrir primero el regalo grande envuelto en papel de Bad Cat.

—¿Qué crees que sea, Christopher? —preguntó su madre.

—No lo sé —dijo él en voz baja.

Abrió el regalo y vio su anhelado peluche de Bad Cat.

—Qué buen regalo te trajo Santa, ¿verdad? —preguntó su padre.

Christopher asintió, aunque sabía que su padre era el único que dejaba los regalos bajo el árbol. Ese día fue a la iglesia y escuchó la emoción de los otros niños por los regalos que Santa les había traído. Christopher no tuvo el corazón para decirles la verdad. Nunca le dijo a nadie que Santa era un amigo imaginario. Solo fingió por el resto del día y sonrió cuando su madre le tomó una foto a su papá junto al viejo árbol de Navidad. Era la foto que estaba en el marco de plata sobre el librero de su cuarto. Esa fue la última Navidad de su padre. Murió en la tina una semana después. Y cuando llegó la siguiente Navidad, su mamá hizo galletas con el chocolatito de relleno. Le dijo a Christopher que era tan delicioso como el chocolate mientras colocaba las galletas bajo el árbol. Y a la mañana siguiente, las galletas y la leche habían desaparecido y en su lugar aparecieron regalos. Christopher ya no tenía a su padre. Pero aún tenía a Santa Claus.

Christopher dejó la leche y las galletas en la mesita y fue a la vieja maleta. La

abrió y miró la ropa, que olía un poco a humo de tabaco. Su padre tenía un suéter favorito que era calentito, pero no raspaba. También tenía unos pantalones de algodón que usó por tanto tiempo que ya estaban suaves como pijama. Christopher sacó el atuendo, un viejo saco de dormir y una almohada, y las puso en el sofá. Luego, sin hacer ruido, intentó pensar lo más alto posible para que el hombre amable lo escuchara.

*No sé si es seguro que se esconda aquí. Y sé que no puedo hablar con usted en voz alta porque ella podría estar escuchando. Pero espero que pueda escuchar mis pensamientos. Le traje comida porque debe tener hambre después de todo ese tiempo con comida para perro. Fingiré que se me olvidó aquí por si está viendo. Y le dejaré un saco de dormir para que descanse en el sofá.*

Christopher extendió la vieja ropa de su padre.

*Esta es la ropa de mi papá. No sé si le quede, pero sé que su ropa está cubierta de sangre y mugre. Así que espero que le queden y esté más cómodo. Ah, y una última cosa...*

Christopher se metió una mano al bolsillo y sacó todas las aspirinas que tenía.

*Ya siempre me duele la cabeza, así que tomo esto todo el tiempo. También me bajan un poco la fiebre. Como vi lo mucho que ella lo lastimó, quiero que se las tome para que se le quite el dolor. Yo conseguiré más mañana. Sé que necesita recuperarse para que usted y David puedan conseguir la llave y escapar.*

Christopher sacó la vieja bolsa de plástico que traía en el bolsillo y la puso encima del suéter, donde iría la cabeza, y luego la cubrió con una almohada. Por si acaso. Subió las escaleras para salir del sótano pero, antes, volteó a ver la cama que había preparado para el hombre amable. Observó las galletas y la leche que iba a dejar para su Santa Claus de la vida real. Su amigo imaginario real.

Algo había cambiado. El alguacil podía sentirlo. Había estado en el bosque de la calle Mission desde la tarde. Recorrió la escena del crimen por milésima vez y, de la nada, sintió como si el bosque hubiera despertado. Los roedores que estaban escondidos en sus madrigueras salieron de pronto, haciendo ruiditos en la tierra. Las aves salieron volando de las ramas como si alguien hubiera disparado un arma que solo ellas pudieran escuchar. La temperatura bajó hasta helar el sitio. Era como si alguien hubiera dejado una ventana abierta y estuviera entrando una corriente de aire al mundo.

*Si David Olson fue enterrado vivo, ¿quién lo enterró?*

*Porque no fueron los árboles.*

El alguacil se sacudió esa sensación extraña y retomó su trabajo. Recorrió el sendero una y otra vez, buscando pistas. Claro que el caso tenía cincuenta años, así que sabía que no iba a encontrar nada fresco. No había señales de secuestro ni agujeros en la tierra ni trampillas. Pero quizá sí encontraría algo más. Una idea. Una claridad. Alguna explicación razonable que le permitiera dejar descansar a David Olson en su mente como Ambrose lo había dejado descansar en la tierra esa mañana.

Pero no había nada.

Salvo esa sensación de inquietud.

El alguacil pasó junto al lugar en el que encontraron el cuerpo de David. Observó la tierra revuelta y recordó estar parado junto a Ambrose y Kate Reese en el funeral. Apenas había sido esa mañana y, aun así, se sentía como si hubiera ocurrido hacía dos años. El padre Tom ofreció una hermosa elegía. Ambrose insistió en cargar el ataúd de su hermanito. El alguacil tenía que reconocer la tenacidad del hombre. No conocía a muchos hombres que pudieran hacer eso con dos rodillas artríticas.

Cuando llegaron al cementerio, cargaron el féretro hasta la tumba. Mientras el padre Tom hablaba, el alguacil observó el cementerio. Apenas alcanzó a escuchar las palabras «amor», «perdón» y «paz». Solo podía pensar en las miles de lápidas con generaciones de familias que yacían lado a lado. Esposos. Esposas. Madres. Padres. Hijas. Hijos. El alguacil pensó en todas esas familias.

Todas esas cenas de Navidad y regalos y recuerdos. Y entonces se le ocurrió la idea más extraña.

*Dios es un asesino.*

No tenía idea de dónde salió eso. No lo pensó con saña. Ni malicia. No era algo sacrílego. Solo una idea que pasó por ahí como las nubes que flotaban sobre el cementerio. Una tenía la forma de una mano. Otra, la de un martillo. Y otra parecía un hombre con barba larga.

*Dios es un asesino.*

El alguacil había arrestado asesinos. Algunos aseguraban ser inocentes, lo maldecían o le gritaban que todo era un malentendido. Algunos solo se quedaban ahí, quietos como estatuas, tranquilos y a veces cubiertos aún por la sangre de sus víctimas. Esos eran los que daban más miedo. Salvo la peor de todos. La mujer que mató a su propia hija. La niña con las uñas pintadas. No con un cuchillo ni con un arma. Sino con su negligencia.

*Si arrestaran a Dios por asesinato, ¿qué le haría la gente?*

El alguacil miró las tumbas y pensó en la niña con las uñas pintadas. El suyo fue el último funeral al que había ido antes del de David Olson. Él fue la única persona en aquel funeral, además del sacerdote. El alguacil no soportaba la idea de que la niña fuera enterrada en el sencillo ataúd de pino que proveía el gobierno, así que tomó una parte de sus ahorros y le compró el mejor que pudo pagar con su sueldo de policía honesto. Cuando el funeral terminó, volvió a su casa. Quería tomar el teléfono y llamar a su madre, pero había muerto unos años antes. Quería llevar a su padre por un trago, pero su padre también se había ido, junto con su tía, quien murió justo después de su graduación de preparatoria. El alguacil era hijo único. Y también era el único de su familia que quedaba vivo.

Dios se había llevado a los demás.

*Si arrestaran a Dios por asesinato, ¿la gente pediría que le dieran la pena de muerte?*

El alguacil se despidió de Ambrose y Kate después del funeral y se fue directo al bosque de la calle Mission. La respuesta a David estaba ahí. Eso lo tenía muy claro. Estacionó su patrulla y pasó junto a los bulldozers de la Compañía Constructora Collins. El juez (también conocido como el amigo del señor Collins desde hacía treinta años) le había concedido un permiso «temporal» para reanudar su trabajo siempre y cuando no tocaran la escena del crimen. El permiso «temporal» duraría el tiempo justo para que el equipo de Collins se pusiera al día en su trabajo. Qué suerte. El guardia de seguridad le dijo al alguacil que desde que pasó la tormenta de nieve, ya habían demolido una gran

parte de los árboles. Para Navidad, casi todos habrán desaparecido.

*Si a David Olson lo enterraron vivo, ¿quién lo enterró?*

*Porque no fueron los árboles.*

El guardia de seguridad le explicó que los bulldozers habían sacado mucha tierra fresca y a cada rato se encontraban cosas raras enterradas por ahí. Encontraron una antigua sierra de arco, de las que aún usan los amish. También viejos martillos y clavos oxidados. Un montón de palas rotas, una de ellas con el mango quemado. Algunas herramientas del siglo XVII, cuando Inglaterra le entregó todo el estado de Pensilvania a William Penn para pagar su deuda.

Al menos cien años antes de que a los hombres se les ocurriera tener minas de carbón.

El alguacil observó la colección de herramientas antiguas. Sierras, martillos y palas. Y fue entonces cuando se le ocurrió. Podía sentirlo. Era como una comezón que nacía en su mente. Y se sentía tan bien como rascarse la espalda.

*¿Para qué eran esas herramientas?*

El alguacil repasó la pregunta en su cabeza. La respuesta no estaba ahí.

*¿Eran para la construcción?*

El alguacil recorrió el sendero estrecho.

*¿O eran para enterrar?*

El alguacil llegó al claro.

*¿O eran para matar?*

El claro estaba tranquilo. Era casi como si el bosque estuviera conteniendo la respiración. El alguacil levantó la vista. Y ahí estaba. La casita. Descansando sobre el viejo árbol.

*Si a David Olson lo enterraron vivo, ¿quién lo enterró?*

*Porque no fueron los árboles.*

El alguacil se acercó al árbol. Miró hacia arriba. La luz del sol se abría paso entre las nubes, haciendo que el hielo sobre las ramas brillara con destellos dorados. La idea le llegó de golpe. Clara como el sol.

*Si arrestaran a Dios por asesinato, la gente pediría la pena de muerte.*

El alguacil miró hacia la casa del árbol. El viento le recorrió el cabello como un suspiro.

*Pero la gente no puede matar a Dios, y por eso mataron a Jesús, Su Hijo.*

Unos ciervos se fueron acercando a él.

*¿Jesús murió por nuestros pecados?*

*¿O murió por los pecados de Su Padre?*

Se aferró a ese pensamiento como un fumador al último cerillo.



*La gente no le dio la muerte a Jesús como mártir.*

*Le dio la muerte como cómplice.*

Podía sentir la respuesta en la punta de su lengua.

*Jesús nos perdonó por matarlo.*

*Pero Su Padre no.*

El alguacil se detuvo. Sabía que, en un segundo, entendería cómo todo estaba conectado. David Olson. Las viejas herramientas. El bosque de la calle Mission. El claro. Las nubes. Todo enredado como las raíces de los árboles que rodeaban el esqueleto de David Olson. En un segundo más sabría cómo murió realmente aquel niño.

Y fue entonces cuando escuchó el sonido del llanto de un bebé.

Que llegaba del interior de la casa del árbol.

—¿Hola? Soy el alguacil de Mill Grove —gritó.

Esperó para ver si alguien respondía desde la casa del árbol. No hubo respuesta. Solo el llanto del bebé.

El alguacil sacó su pistola y se acercó a la casita. Pidió refuerzos con su radio, pero nadie respondió. Quizá la señal no llegaba hasta esa parte del bosque. O quizá era lo denso de las nubes.

O quizá era algo más.

El alguacil llegó al árbol. Bajó la mirada y vio huellas de niño. Estaban frescas. Parecía que alguien acababa de estar ahí. Tocó el árbol. No se sentía como corteza. Se sentía como... la piel suave de un bebé.

El bebé estaba dentro de la casa del árbol. Llorando.

—¿Quién está ahí arriba?!

No hubo respuesta. Solo el viento. Como un siseo. El llanto se volvió frenético. ¿Alguien abandonó ahí a su bebé? Había visto cosas peores. El alguacil observó la escalera en el tronco. Pequeños tablones de 5 x 10 que parecían dientes de bebé. Enfundó su pistola y comenzó a subir por la escalera. Poco a poco. El bebé estaba gritando.

*Ambrose estaba en casa con su novia.*

*Escuchó el llanto de un bebé.*

*Alguien dejó una carriola en el porche.*

*No había bebé.*

El alguacil se detuvo. Todo su entrenamiento le decía que siguiera subiendo por esa escalera y ayudara al bebé. Pero sus instintos le decían que se detuviera. Se sentía como un perro reaccionando ante un silbato invisible. Eso eran los llantos del bebé. Eran un silbato de perro. Una campana de condicionamiento. Una emboscada.

Sabía que estaba mal.

En ese lugar había maldad.

Si sus oficiales hubieran hecho lo que él comenzó a hacer después, los habría suspendido. Pero el alguacil no era ningún tonto. Bajó por la escalera para alejarse del árbol. Para alejarse del bosque. Para alejarse de lo que fuera que

fuese ese silbato para perros. Pero entonces escuchó la voz.

—Papi.

La sangre se le heló al escuchar esa voz.

Era la niña con las uñas pintadas.

—Papi.

Sonaba exactamente como ella aquel día en el hospital. El día antes de su muerte. Tocó la mano del alguacil con sus deditos y sonrió con sus dientes rotos y le dijo eso.

—Papi.

El alguacil volvió a subir. Llegó hasta lo alto de la escalera y se asomó por la ventanita. La casa del árbol estaba vacía. Solo había unas pequeñas huellas en el suelo de madera.

—Ayúdame, papi.

El alguacil escuchó la voz justo detrás de la puerta. Sacó su arma con una mano y tomó la perilla con la otra.

—Ayúdame, papi, por favor.

Abrió la puerta de golpe.

La vio escondida en una esquina.

A la niña de las uñas pintadas.

No tenía los dientes rotos. No tenía el cuerpo maltrecho. Era un ángel. Con una llave al cuello.

—Hola, papi. No terminaste el cuento. ¿Me lo quieres leer? —preguntó, sonriendo.

El alguacil sonrió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Claro que sí, cariño —dijo.

—Entonces, ven.

La niña avanzó hacia él, estiró una manita y lo ayudó a entrar a la casa del árbol.

La puerta se cerró detrás de él.

El alguacil miró el lugar y ya no estaba vacío. Parecía el cuarto del hospital. La niña con las uñas pintadas se subió a la cama. Se metió bajo las cobijas y se cubrió hasta la barbilla.

—El libro está en la mesita —dijo.

Cuando el alguacil vio el libro, tuvo una sensación de inquietud. Recordó que la madre de la pequeña nunca le leyó. No le permitía ir a la escuela. Así que los cuentos de hadas que él le leyó en el hospital fue el único libro que conoció en su vida. Era el libro que le leyó en la noche de su muerte. Se quedó dormida

antes de que él pudiera terminar el último cuento. No alcanzó a escuchar el final.

—Quiero saber cómo termina. Comienza a leer desde aquí.

La niña señaló una página. El alguacil se aclaró la garganta y comenzó a leer: «Abuela, ¡qué ojos más grandes tienes! Son para verte mejor, querida».

La niña con las uñas pintadas cerró los ojos. Cuando el alguacil terminó la historia, se dio cuenta de que ella se había quedado dormida. Otra vez no escuchó el final del cuento. El alguacil le acarició el cabello y sonrió. Apagó la luz. Luego la observó descansar hasta que él también se quedó dormido en la silla junto a la cama.

Cuando el alguacil despertó, no recordaba que la casa del árbol se había convertido en el cuarto de hospital. No recordaba haber leído esa historia. No sabía por qué se quedó dormido ahí. Lo único que podía recordar vagamente era a la niña con las uñas pintadas diciéndole «papi».

Al salir de la casa del árbol miró hacia el cielo. Ya no había nubes. El día se había convertido en noche y la luna era una sonrisa de lado. El alguacil sentía que no pasó más de una hora dormido en la casa del árbol.

Pero su reloj marcaba las 2:17 a. m.

Bajó por la escalera de tablones y sus botas hicieron crujir el suelo cubierto de nieve como huesos rotos. Echó un vistazo por el claro y vio que los ciervos ya no estaban ahí. Solo quedaban él y la luna. Solo con sus pensamientos.

*¿Por qué no la salvé?*

El alguacil recorrió de nuevo el bosque de la calle Mission. Observó el camino y sus años de descuido. Viejas latas de cerveza. Condones. Pipas de agua hechas de botes de miel con forma de oso. Aún embarrados de la resina de la marihuana que los chicos cultivaban en los sótanos de sus padres. Junto a cosas mucho peores. Cosas que enloquecen a la gente. A personas como ella. La madre de la niña con las uñas pintadas. Cosas que la llevaron a hacerle cosas terribles a su hija.

*Debí haberla salvado.*

El alguacil se metió las manos congeladas en los bolsillos y siguió caminando por el bosque. El frío le quemaba las orejas y se le iba colando al cerebro. Si el vecino hubiera olido el departamento un día antes, hubiera podido salvarla. ¿Por qué Dios no le avisó un día antes? Se le ocurrían cientos de personas que merecían más la muerte que la niña de las uñas pintadas. Miles. Millones. Siete mil millones. ¿Por qué Dios la mató a ella en vez de a alguien más? Y entonces le llegó la respuesta. Tranquila y directa. Dios no la mató en lugar de otras personas. Al final los matará a todos.

*Porque Dios es un asesino, papi.*

Brady Collins despertó en su cama. Su madre al fin lo dejó salir de la casa del perro cuando amaneció con fiebre y no pudo ir a la escuela. Le preguntó si ya estaba listo para portarse como un ser humano y él dijo que sí. Desayunaron todos juntos en la mesa. Su padre se quejó de «el maldito alguacil», que retrasó su proyecto del bosque de la calle Mission, y de que las fechas de pago de los préstamos se estaban acercando. Si el proyecto se arruinaba, la familia quedaría en bancarrota.

—¿Por qué gastas tanto maldito dinero, Kathleen?!

Mientras su padre se quejaba de ese estanque que confundía con el mundo, Brady terminó su desayuno y luego pasó el resto del día en cama. Durmió todo el tiempo y solo se levantó una vez para liberar una gran cantidad de orina cuyo olor era dulce, como aspirinas para bebé. Luego volvió a la cama y durmió el resto del día. Al despertar, estaba cubierto de sudor. La fiebre ya le había bajado, pero la comezón en su brazo estaba peor que nunca. Brady miró el reloj para ver la hora. La fecha estaba bien. 18 de diciembre. Pero el tiempo estaba mal. Una hora no podía tener más de sesenta minutos. Quizá seguía dormido. Quizá aún estaba dentro de una pesadilla. Esa en la que su madre se lo lleva a la calle y lo mata mientras Special Ed se ríe a carcajadas. Brady cruzó el pasillo hacia la habitación de sus papás. Estaban dormidos. Eran mucho más agradables cuando estaban dormidos. La mesita de noche de su padre estaba repleta de documentos de trabajo. La de su madre estaba cubierta con invitaciones y tarjetas de agradecimiento. Y su abrecartas. Era de plata esterlina. Costaba mucho dinero. Su madre despidió a su vieja ama de llaves por robárselo. Pero resultó que ella misma lo había perdido. Y cuando lo encontró una semana más tarde, no le devolvió su trabajo a la vieja ama de llaves porque la nueva venía del Medio Oriente y trabajaba más por menos dinero. Su madre le dijo por teléfono a una amiga que la gente desesperada hace eso. Brady tomó el abrecartas. Miró el reflejo de la luna sobre la plata. Parecía una fila de dientes sonriendo. Se lo acomodó bajo el fajo de su bata. Luego se arrodilló y tomó una mano de su madre. La comezón en su brazo comenzó a calentarse. Se volvió cálida y suave como la sonrisa de su madre cuando lo quería. Puso la mano de ella en su cabeza

y fingió que lo estaba acariciando y diciéndole que era bueno. Buen chico, Brady. Se sentía mucho mejor que las pesadillas en las que lo mataba y decía lo mismo una y otra vez, mientras Special Ed reía a carcajadas.

«Eres un perrito malo, Brady. Alguien debería dormirte».

2:17

Special Ed sacó el arma que tenía guardada bajo su almohada. Así de aterradora fue la pesadilla. Él y sus amigos estaban en la calle jugando beisbol con unos guantes nuevos. Pero los autos pasaban cada vez más rápido, perseguidos por los ciervos. Su madre estiró un brazo para alejarlos de la calle, pero justo cuando Special Ed tomó su mano, Brady Collins y Jenny Hertzog aparecieron de la nada y la apuñalaron. Su sangre corrió por la calle y Brady sacó su lengua de serpiente para beberla como un perro en el escusado. Fue ahí cuando Special Ed despertó. Estaba bañado en sudor. Ya no tenía fiebre. Todo el día, sin importar cuántas veces volteó la almohada, sintió la fiebre en su frente. Pero ahora lo único que sentía era la comezón en su brazo. Observó las cinco cámaras vacías de la pistola y se rascó el brazo con el cañón. Daba igual cuánto se rascara, porque la comezón seguía. Y él no dejaba de pensar. En una sola cosa.

*Necesitas más de una bala, Eddie. Escucha a tu abuela.*

Special Ed salió de la cama y bajó corriendo de puntitas las escaleras. Fue al estudio, se acomodó en un sillón de cuero y recargó la oreja contra el frío metal de la caja fuerte para armas de su padre. Comenzó a girar la perilla en combinaciones de tres números. 1-1-1-. 1-1-2. 1-1-3. Toda la noche. Porque la guerra estaba por llegar y los buenos tenían que ganarla. Cuando llegó el alba, Special Ed detuvo su misión en el 2-1-6 y fue a ver a su mamá, que estaba dormida en la habitación principal. Sola. Le alegró mucho que siguiera viva. La tomó de la mano y la comezón pasó de sus dedos a los de su madre. Ella abrió los ojos lentamente. Lo miró adormilada y sonrió.

—¿Qué pasa, mi Eddie? —preguntó.

—Nada, mamá. Ya me siento mucho mejor.

—Qué bueno. Te amo. Te dejé una rebanada de pastel en el refrigerador. —Le dio unos golpecitos en la cabeza, cerró los ojos y se volvió a dormir. Special Ed esperó hasta que su madre se volvió a dormir profundamente. Luego le plantó un beso en la frente y susurró en su oído.

—Mamá, ¿cuál es la combinación de la caja fuerte para armas de papá?

2:17

Jenny Hertzog estaba parada frente su hermanastro dormido. La fiebre que le impidió ir a la escuela ya había desaparecido. Y en su lugar no quedó nada más que la comezón, que se iba abriendo paso hasta el cuchillo en su mano. Observó a su hermanastro. Se puso furioso cuando tocaron el timbre de su casa, despertó a su madre y acabó con su diversión vespertina. La luz de la luna hacía que su rostro se viera pálido y enfermo. Su acné sobresalía como las estrellas en el cielo. Jenny pensó que la sangre le vendría bien a esa cara. Podría tomar la sangre de su hermanastro y teñir con ella sus mejillas y labios como las prostitutas de las películas que tanto le gustaba ver en su computadora. O como un payaso. Llevó el cuchillo hasta la palma de la mano de su hermanastro y lo presionó suavemente. Se movió un poco, pero no despertó. Jenny cerró los ojos y dejó que la comezón corriera por su brazo hacia el cuchillo para luego entrar en la piel de su hermanastro. Mientras la comezón penetraba sus asquerosas manos, Jenny pensó en su hermoso sueño. Su madre seguía viva. Y su padre no se había casado con esa horrible mujer con un hijo aún más horrible. En su sueño, vio a su madre corriendo en el jardín trasero, intentando atrapar a Christopher. La madre de Jenny andaba con un niño mascota, pero Christopher era demasiado rápido y desapareció por la calle. La madre de Jenny lo persiguió, pero no logró alcanzarlo. Así que volvió al jardín de Jenny. Trepó la enredadera que conducía a la habitación de su hija. Olía tan bien. Como a Chanel No. 5. Abrazó a Jenny y escuchó sus historias sobre la escuela y las clases de baile. Luego su madre le explicó que no debía acuchillar a su hermanastro Scott. Porque la guerra estaba por llegar. Y su lado necesitaba todos los soldados que pudiera conseguir. Jenny le preguntó si podría matar a Scott cuando la guerra terminara. Su madre le explicó que no sería necesario. Lo único que necesitaría hacer sería mirar la luna sobre la Tierra y hacer una oración.

«Acaba con él, Dios. Acaba con él y que su sangre forme Charcos. Charcos».

2:17

La señora Henderson miró el reloj de su cálida cocina. El señor Henderson al fin había vuelto a casa. Sin explicación. Ni disculpa. Pero aun así estaba en casa. Así que le preparó su comida favorita como había hecho más de mil veces en los últimos cincuenta años. Él no lo notó. No le importaba. La señora Henderson le preguntó si recordaba qué día era. Esperaba que se acordara de cómo levantó el velo que cubría su joven y hermoso rostro. Su cabello rojo cayendo sobre sus hombros en la noche de bodas. Esperaba que recordara que era su aniversario. Pero nunca lo recordó.



*Porque ya no te ama.*

La señora Henderson intentó darle un beso como si fuera su noche de bodas, pero él la alejó. La señora Henderson comenzó a llorar cuando le dijo que ya no quería besarla nunca más. Había besado a su esposo por última vez y ni siquiera lo supo para poder atesorarlo. Le entregó cincuenta años. La señora Henderson fue a la barra de la cocina. Vio su reflejo en el cristal de la ventana. Era algo peor que ser fea. Era invisible. Su esposo se llevó su juventud y odiaba la piel de serpiente que quedó. Ese era su último año como maestra. Al final del año escolar, ya no tendría nada. Ni escuela. Ni trabajo. Ni esposo. Ni hijos. No tendría nada más que esas paredes. Comenzó a rascarse la cabeza. Dios, esa comezón no se iba. ¿Por qué no se iba?

La señora Henderson se paró detrás de su esposo y esperó a ver si se daba la vuelta. Si decía algo. Pero él siguió comiendo como si nada hubiera pasado. Al masticar, soltaba unos soniditos de placer. Qué manera de masticar. Qué horrible manera de masticar. Esos gemidos que emitía al comer su platillo favorito. ¿Acaso no recordaba que su esposa tuvo que preguntarle a su suegra cómo hacer esa comida? ¿Acaso no recordaba que esa joven hermosa con el magnífico cabello rojo trabajó como esclava para perfeccionar ese platillo que él masticaba y masticaba como si fuera un maldito perro? ¿Creía que los hombres con los que andaba iban a aprender a cocinarle ese platillo?

*Más te vale que te des la vuelta. Más te vale que me preguntes cómo me siento.*

El señor Henderson no volteó. La señora Henderson estaba pensando tan a gritos que no entendía cómo él no la escuchaba.

*Si tomas ese periódico, te voy a obligar a que recuerdes cuando levantaste el velo que cubría mi cara.*

El señor Henderson tomó el periódico.

*Bueno, ya tomaste el periódico. Veamos cómo van los Steelers mientras tu esposa llora detrás de ti. ¿Adivina qué? Tu esposa ya dejó de llorar. ¿Notaste que dejé de llorar? ¿Tienes alguna idea de lo que está pasando detrás de ti? ¿Crees que tu tímida esposita está ahí para rogarte por las sobras de eso que llamas amor? Date la vuelta y verás quién es tu tímida esposita en realidad. Date la vuelta y sabrás que no soy invisible. SOY UNA MALDITA MUJER HERMOSA Y MEREZCO TU MALDITO RESPETO.*

—¿Cariño? —susurró dulcemente la señora Henderson.

—Y ahora ¿qué quieres? —preguntó su esposo con tono de queja.

Entonces el señor Henderson se dio la vuelta y ella le enterró el cuchillo de cocina directo en el cuello.

Mary Katherine despertó sudando frío. Ya no tenía fiebre, pero su cuerpo no se sentía bien. De hecho, se sentía peor. Estaba inflamada. Le dolían las articulaciones. Tenía mucha sensibilidad en los senos. La comezón en su brazo la estaba volviendo loca. Y tenía un poco de náuseas. Probablemente era por haber pasado todo el día en cama durmiendo y sin comer.

O quizá fue ese sueño.

Su sueño ocurría tres días atrás. Y ninguna de las cosas horribles que le pasaron le habían sucedido aún. Estaba cuidando a Christopher. Lo encontró en la casa del árbol. Se fue a casa, pero esta vez, cuando los malos pensamientos llegaron a ella, no fantaseó con el alguacil. No se llevó la cosa horrible de Doug a la boca. No despertó en la casa del árbol sin recordar cómo había llegado ahí. No llegó a casa a las ocho de la mañana para encontrarse a sus padres furiosos en la sala. Y no tuvo que pasar dos días contestando sus exámenes finales con casi 39 grados de temperatura por pasar la noche en una casa del árbol helada. En su sueño, nada de eso pasaba.

Porque la Virgen María la detuvo.

En su sueño, Mary Katherine estaba en su habitación. Cuando comenzaron los pensamientos pecaminosos, escuchó que alguien llamaba a la ventana. Volteó y vio a una mujer flotando ahí afuera.

—Por favor, déjame entrar, Mary Katherine —susurró la mujer.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Porque tus papás te pusieron así por mí.

—Creí que me habían llamado así por la Virgen María.

La mujer no dijo nada. Simplemente sonrió y esperó a que dos y dos se convirtieran en cuatro. Mary Katherine estudió su rostro. La mujer no parecía un ángel. No se veía como en esas pinturas y estatuas que Mary Katherine había visto en las iglesias toda su vida. No estaba maquillada. Su cabello no era perfecto. Era una mujer normal. Pobre y digna. Con tierra en la ropa por haber dado a luz en un establo. Era real.

—Por favor, abre la ventana, Mary Katherine —susurró la mujer.

Mary Katherine fue a la ventana y lentamente quitó el seguro. Cuando la

ventana se abrió, el aire helado de diciembre cubrió su camisón blanco de algodón. El frío hizo que toda la piel de su cuerpo se erizara.

—Gracias. Hace mucho frío allá afuera. Y nadie me ayudaba.

La mujer se sentó en la silla blanca de mimbre de Mary Katherine. Estaba temblando. Mary Katherine tomó la cobija extra al pie de su cama y se la dio. La mujer la tomó de las manos. Estaba helada, pero una tibia comezón corría por sus dedos.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó.

—Vine a salvarte, Mary Katherine.

—¿De qué?

—Del Infierno, claro está.

—Sí, por favor. ¿Cómo puedo evitar irme al Infierno?

La mujer sonrió y abrió la boca. Pero cuando comenzó a hablar, no hubo palabras. Lo único que Mary Katherine podía escuchar era el sonido de un bebé llorando.

Y entonces despertó.

Se incorporó en la cama. Por un momento, el sueño llenó su mente. Pero pronto los recuerdos de todo lo que había hecho volvieron a invadirla. Sus horribles pensamientos sexuales. La cosa de Doug en su boca. Despertar en la casa del árbol y correr a casa con sus padres, que nunca en sus vidas habían estado más decepcionados. El rostro de Mary Katherine ardía de vergüenza. Sentía que el hueco en su estómago nunca volvería a llenarse.

Sentía que iba a vomitar.

Corrió al baño, levantó la tapa del escusado y se arrodilló frente a él como si fuera un altar. Comenzó a vomitar, pero de sus arcadas no salía nada. No había comida en su estómago. Solo estaba el hueco. Tras un momento se le pasó la náusea.

Pero el sabor seguía ahí.

Sacó el enjuague bucal del gabinete de medicinas. Llenó la tapa hasta el borde con el líquido azul y se lo echó a la boca como hacía su abuelo irlandés con el whisky en Navidad. El Listerine llenó su boca como un frío océano azul.

Luego comenzó a calentarse.

El calor le cubrió la lengua como la comezón en su brazo. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas mientras los segundos se convertían en minutos, pero ella no se iba a detener. No podía detenerse. El enjuague bucal quemaba como el Infierno, pero no se atrevía a escupirlo. Lo dejó ahí, rogándole a Dios que se lo llevara todo. Que quemara el sabor en su lengua como un

recuerdo que muere a manos del tiempo.

*Hazme olvidar.*

*Hazme una niña.*

*Hazme olvidar la cosa de Doug.*

*Hazme olvidar que me gustó.*

Al fin ganó la carne y Mary Katherine escupió el líquido con un grito ahogado de dolor. Salió del baño y cruzó el pasillo hacia la habitación principal. Vio a sus padres dormidos en la cama *king-size*. Lo único que quería era acurrucarse entre ellos como lo hacía cuando era pequeña. Se hincó frente a su padre y tomó su mano. Cerró los ojos y le pidió perdón. La comezón pasó de sus dedos a la mano de su padre. Él se movió un poco, pero luego se dio la vuelta y comenzó a roncar.

Mary Katherine pasó el resto de la noche escribiendo su ensayo para Notre Dame sobre la madre de Jesús, la Virgen María. Pensó que, si lograba entrar, sus padres la perdonarían.

Por la mañana, su madre bajó las escaleras y preparó el desayuno. Mary Katherine intentó iniciar una conversación, pero su madre estaba demasiado decepcionada para hablar. Lo único que le dijo fue que tenía permitido ir a la escuela y a su voluntariado en Shady Pines. Después de eso, debía volver directo a casa.

—Nada de amigos. Nada de Doug. Nada de nada.

—Sí, señora. Lo siento —dijo Mary Katherine—. ¿Dónde está papá?

—En la cama. No se siente bien hoy.

Mary Katherine se fue a la escuela en autobús. Miró el cielo y vio las hermosas nubes que flotaban sobre ella. Por un momento, recordó una rima que la señora Radcliffe les enseñó en catequesis.

*Las nubes nos dieron lluvia.*

*Dios nos inundó.*

*A su hijo dio María.*

*Jesús su sangre dio.*

Cuando llegó a la escuela, Doug estaba afuera, esperándola. Era la última persona con la que ella quería hablar en ese momento. Tan solo de verlo sentía ganas de vomitar. Así que se coló por la entrada lateral para evitarlo y esperó bajo las escaleras durante diez minutos mientras el mundo entero le pasaba por encima.

Cuando sonó la campana, Mary Katherine corrió por el pasillo. Ya iba tarde

para su primera clase. Se había pasado los últimos tres días tan enredada en su propia vida que olvidó por completo su examen final de Historia. Era su último final antes de las vacaciones de Navidad. Necesitaba esa calificación para mantener su diez de promedio. Necesitaba esa calificación para entrar a Notre Dame. Necesitaba Notre Dame para que sus padres la perdonaran.

Intentó concentrarse en el examen, pero lo único que notaba eran los dolores en su cuerpo. La comezón en su brazo estaba furiosa. Y no entendía por qué le dolían tanto los pechos. ¿Eso les pasaba a las chicas cuando se volvían sexualmente activas de forma oral? No lo sabía. Pero no se atrevería a buscarlo en internet porque sus padres monitoreaban sus búsquedas. Y no podía usar la computadora de la biblioteca porque la dirección monitoreaba todo desde que atraparon a unos chicos descargando porno el año pasado. Deseó tener un consejero al que pudiera preguntarle, pero los consejeros eran para chicas con problemas o malas reputaciones. Como Debbie Dunham. Mary Katherine nunca había tenido problemas. Hasta ese momento.

Sintió que iba a vomitar de nuevo.

De algún modo, logró terminar su examen y sobrevivir el día escolar al no ir a almorzar y espantar los mensajes de Doug como si fueran moscas. Al salir de la escuela se fue a casa a que la recibiera un silencio gélido. Lo único que le dijeron sus padres fue que irían a la iglesia.

—¿Quieres ir con nosotros o prefieres quemarte en el Infierno? —preguntó su papá.

Mary Katherine guardó silencio durante todo el camino a la iglesia. Se sentó diligentemente en la dura banca pese a su incomodidad física. No sabía por qué el padre Tom estaba dando misa un jueves por la noche, pero no se atrevió a preguntar. Había ido a ese edificio durante cincuenta y dos domingos (más nochebuenas, navidades, viernes santos, miércoles de ceniza y catequesis) cada año desde que nació. Y pese a eso, se dio cuenta de que nunca había visto a la gente que iba de noche mientras todos los demás estaban seguros y en casa. Ni siquiera sabía que esas personas existían. Pero ahí estaban, algunos parecían indigentes. Algunos estaban peleando entre ellos. Otros parecían un poco locos. O un poco enfermos. Por eso Mary Katherine puso especial atención a la homilía del padre Tom. Cuando le pidió a su congregación que orara por los refugiados del Medio Oriente antes de que estallara otra guerra, Mary Katherine apagó todo el ruido sobre Notre Dame, Doug y sus padres, y rezó por esas pobres personas.

Cuando comenzaron el credo, vio a la señora Radcliffe con la canasta de la colecta. Mary Katherine se acordó de todos sus años en catequesis. La señora

Radcliffe les dijo a sus padres que era muy buena estudiante. Muy buena niña. Quería ser esa niña de nuevo. La niña con el vestido blanco recibiendo su Primera Comuni3n. La niña que aprendi3 de la se1ora Radcliffe que la hostia es el cuerpo de Cristo y el vino es Su sangre. La ni1ita que le decia a los dem1s que dejaran de burlarse de la se1ora Radcliffe cuando sus pechos rozaron el pizarr3n en catequesis y se pas3 el resto de la clase con dos perfectos c3rculos de gis blanco en la blusa.

Cuando la se1ora Radcliffe pas3 la canasta de la colecta de la fila, Mary Katherine entreg3 casi todo el dinero que tenia.

—Gracias por enseñarme sobre Dios, se1ora Radcliffe —dijo y sonri3.

La se1ora Radcliffe no le devolvi3 la sonrisa.

Solo se rasc3 el brazo.

El rito de la comuni3n comenz3. El padre Tom guio a la congregaci3n en el Padre Nuestro. Mary Katherine se levant3 con sus padres para recibir la comuni3n. De pronto tuvo una sensaci3n horrible en el est3mago. Mary Katherine lleg3 a su turno en la fila. Estaba frente al padre Tom con las manos extendidas.

—El cuerpo de Cristo —dijo 3l.

Mary Katherine se llev3 la hostia a la boca. Hizo la se1al de la cruz y la mastic3 justo como lo habia hecho m1s de cincuenta y dos veces al a1o desde que tenia siete. Pero esta vez la hostia no le supo a unicel.

Le supo a carne.

Mary Katherine dej3 de masticar. Levant3 la vista y se encontr3 con la mirada de sus padres sobre ella. Quería escupir, pero no se atrevi3. Fue hacia la se1ora Radcliffe, que sostenia el c1liz con vino. Por lo general Mary Katherine no lo tomaba, pero necesitaba quitarse ese sabor de la boca. La se1ora Radcliffe le entreg3 el c1liz. Mary Katherine hizo la se1al de la cruz y se bebi3 el vino. Pero no le supo a vino.

Le supo a sangre.

Mary Katherine forz3 una sonrisa, se persign3 y corri3 al ba1o. Fue al lavamanos y escupi3 el cuerpo y la sangre. Pero al mirar el lavabo, solo encontr3 una ostia y vino.

De pronto, sinti3 que el est3mago se le revolvia. Corri3 al ba1o de discapacitados. Siempre era el m1s limpio. Se arrodill3 y vomit3 los huevos que comi3 en la cena. Se qued3 ah3 por un instante, recuperando el aliento. Luego tir3 de la cadena del ba1o y fue al lavamanos.

Se limpi3 la fina capa de sudor que le habia cubierto la frente con una toalla de

papel muy áspera. Luego buscó en su bolsa unos Tic Tacs de menta para deshacerse del sabor asqueroso en su boca. No encontró mentas, pero sí un tampón perdido al fondo de su bolsa.

Y entonces se dio cuenta de que su periodo estaba retrasado.

Mary Katherine se quedó helada. Pensó en los dolores de su cuerpo. En sus pechos sensibles. En la horrible náusea que sintió toda la mañana. El hueco en su estómago. Si no supiera, pensaría que estaba embarazada. Al principio la idea la aterró, pero su mente se tranquilizó pronto. No podía estar embarazada. Era imposible.

Después de todo, era virgen.

Y las vírgenes no pueden embarazarse.

Todos saben eso.

Afuera aullaba el viento. Las luces comenzaron a apagarse. Y ya casi era la hora de dormir de los ancianos. Desde que encontró el diario de su hermano, Ambrose había pasado cada minuto leyéndolo. Varias veces quiso detenerse, pero no podía permitírselo. Sus ojos podían con toda esa información, pero no estaba seguro de que su corazón lo soportara. El sentimiento era más que culpa o arrepentimiento. En los últimos cincuenta años había tenido mucho de eso. Era el diario mismo. Todo en él le recordaba a David. Olía a él. Se sentía como él. Y, claro, tenía su caligrafía.

Parecía las paredes de un asilo psiquiátrico.

La mayoría de los niños tienen la letra fea, pero cuando la mente de David cambió, se sacó el premio. Escribía con la más extraña combinación de mayúsculas, minúsculas, manuscrita y molde que Ambrose había visto en su vida. Todo era un poco raro. Al igual que David era un poco raro. Ambrose creía que acabaría el diario en un par de horas. Pero, de algún modo, un día se convirtió en dos y él no llevaba ni la mitad del cuaderno. Cada página estaba tan llena de esbozos, dibujos y jeroglíficos que las oraciones no alcanzaban a leerse.

Había que desenterrarlas.

Pero si ahí había una pista, él iba a encontrarla. Ambrose se frotó los ojos cansados y abrió el diario de nuevo. El cuero crujió. Siguió leyendo.

#### 1 de abril

Ambrose dijo que estaba muy ocupado para venir al bosque hoy, pero está bien. Está en el equipo universitario de beisbol y tiene cosas importantes que hacer. Es solo que me gustaría poder enseñarle el interior de mi casa del árbol. Me tomó mucho tiempo construirla solo. Pero quizá por eso es especial.

Cuando entras, puedes recorrer todo el pueblo. Pero no es el pueblo real. Es una copia. Las personas creen que están solas, pero no lo están. La gente imaginaria está ahí todo el tiempo. Algunas son muy agradables. Otras son muy malas. Pero nadie puede verme, así que está bien. Durante el día soy invisible como el jet de la Mujer Maravilla. O sea que estoy seguro hasta que cae la noche. Es entonces cuando la mujer con los pies quemados me puede encontrar. Siempre hace ese horrible siseo. Cómo quisiera que Ambrose lo viera por sí mismo.

#### 13 de abril

Me estoy convirtiendo en un superhéroe. Cuando estoy en el lado imaginario, puedo saltar muy alto si lo deseo con todas mis fuerzas. Pero luego, cuando me voy, me siento mal. Hoy desperté con mucho



dolor de cabeza. Pensé que ya no me darían. Pero me siguen dando y ahora tengo fiebre. Mi madre se está empezando a preocupar, pero no le puedo decir qué pasa porque creo que la mujer con los pies quemados me está observando. Así que fingí que estoy bien. Pero no sé si estoy bien. Me está empezando a dar miedo.

23 de abril

Me cuesta trabajo dormir porque estoy muy enfermo. Además, tengo miedo de las pesadillas. Por mucho tiempo creí que eran mías, pero ahora pienso que estoy teniendo todas las pesadillas del pueblo al mismo tiempo. Las cosas que sueña la gente son aterradoras. Todos son muy infelices. La mujer con los pies quemados siempre me encuentra. Tengo miedo de dormir esta noche.

3 de mayo

Los ciervos me están viendo otra vez. Trabajan para la mujer con los pies quemados. Lo sé. Quiero decirle la verdad a Ambrose para que me ayude. Pero sé que parece que estoy loco. Y sé que ella me está escuchando. Quiero huir, pero no puedo dejar a Ambrose.

9 de mayo

No quiero dormir nunca más. Las pesadillas son tan horribles que las veo estando despierto. Ya ni me acuerdo de cuántas he tenido. Varias cada noche, porque siempre me despiertan. Todas son distintas, pero el final es el mismo. Alguien intenta matarme. Por lo general, es la mujer con los pies quemados. Pero a veces manda a otras personas a hacerlo. La de anoche fue la peor. Yo estaba en la calle porque ella no puede caminar ahí sin quemarse los pies, así que fingió que era mi mamá para llevarme al jardín. No me podía despertar. La mujer siseante hizo que Ambrose me apuñalara. Fue tan real que cuando desperté, tuve que ir por el guante que él me regaló en Navidad para recordar que todavía le agrado. Me quedé toda la noche con el guante y esta mañana le pregunté a mi hermano si quería ir a lanzar la pelota conmigo. ¡Dijo que sí! ¡Jugamos durante cinco minutos enteros! Dijo que estaba muy ocupado con sus exámenes finales y no podía jugar más, pero que lo haríamos en el verano. Será genial. Es importante tener planes para el futuro.

Ambrose cerró el diario. Quería seguir leyendo, pero sus cataratas ya no aceptaban ni una palabra más. Cerró los ojos para deshacerse del dolor y recuperar la humedad. En la oscuridad pudo escuchar el mundo que lo rodeaba. El viento sacudía las ramas de los árboles. La señora al otro lado del pasillo tosía. El radiador vibraba. Fuera de eso, Shady Pines estaba cubierto por un escalofriante silencio. A Ambrose le recordó a estar dentro de una trinchera. El silencio nunca era señal de paz. Solo era la antesala de la tormenta.

Ambrose abrió los ojos y miró el viejo guante de beisbol de David, que descansaba sobre su mesita de noche. De pronto sintió mucho miedo y no quería estar solo. Se levantó con sus rodillas artríticas y salió de la habitación con el diario de su hermano.

Al llegar a la sala, Ambrose se sentó en su lugar de siempre cerca de la chimenea. Se acomodó en la enorme poltrona y echó un vistazo a los viejos rostros en el lugar. El señor Wilcox y el señor Russell estaban jugando ajedrez.

La señora Haggerty tejía un nuevo calcetín para la primera Navidad de su nieta. Unas solteronas estaban viendo un *reality show* malo.

Ambrose sacó una lupa y abrió el diario. Le ardían los ojos, pero tenía que obligarlos a leer otra página. Los entrecerró para ver a través de sus cataratas y se enfocó en descifrar la escalofriante letra de su hermano.

#### 20 de mayo

No sé si en este momento estoy dormido o despierto. Me duele mucho la cabeza. Mi familia cree que estoy comiendo cereal por las mañanas, pero en realidad es un tazón de aspirina que pongo en leche para que no se den cuenta cuando las mastico. Pero no sirven de nada. Mi dolor es constante. Estoy muy avergonzado. Ayer me puse tan triste que me quería morir. Así que fui a la casa del árbol, salí al claro y esperé a que llegara la noche. Sabía que la mujer de los pies quemados podría verme y que me mataría de una vez por todas. Pero justo antes del ocaso, un hombre salió de su escondite para salvarme. Me devolvió a la casa del árbol cuando la mujer con los pies quemados me iba a atacar. Y ella se lanzó contra él.

#### 21 de mayo

Volví a la casa del árbol a buscar al hombre que me salvó. Lo encontré cerca del arroyo limpiándose las cortaduras de las manos. Parecía que lo habían azotado mil veces con un látigo. Sentí mucho alivio al ver a alguien dispuesto a hablar conmigo. Dijo que entendía por qué me puse triste ayer, pero que tenía que ser fuerte. Dijo que era un soldado que le prometió a su padre protegernos a todos de ella, y que nunca se iba a rendir. Y que, por eso, yo tampoco podía rendirme. Le pregunté qué sabía sobre la mujer con los pies quemados. Me dijo que ella gobierna el mundo imaginario.

#### 22 de mayo

Ya comenzó el plan de la mujer. Nadie lo puede ver en el mundo real, pero está ahí. Intenté ayudarlos a ver las cosas como realmente son, pero los niños creen que estoy loco. Caminé de regreso de la escuela porque ya no quería que se burlaran de mí en el autobús. Fui al lado imaginario a través de mi casa del árbol. Vi a una mujer gritándole a su hijo en el porche. Lo golpeó muy fuerte. Ella no sabía que la mujer siseante con los pies quemados le estaba moviendo el brazo y le susurraba al oído.

#### 1 de junio

Se está extendiendo a todas partes. El soldado y yo hemos intentado proteger a la gente del mundo imaginario, pero no funciona. La mujer siseante es mucho más fuerte que nosotros. Cada día se vuelve más fuerte. Es como eso que escuché en la clase de Ciencias. La maestra nos contó que, si echas una rana en agua hirviendo, sabe que debe saltar. Pero si echas una rana en agua fría y lentamente la vas calentando, no se dará cuenta hasta que ya es demasiado tarde. Y se queda ahí hasta morir hervida. En este momento, el pueblo cree que es gripe, pero es algo mucho peor. Le pediría a Ambrose que nos ayudara, pero sé que, en el fondo, incluso él cree que estoy loco. Y espero que tenga razón. Espero solo ser un niño psicótico que va al bosque a hablar consigo mismo. Porque si esto es real, el mundo está en una olla de agua fría y ya encendieron el fuego. Y yo soy la única persona en la Tierra que puede detenerlo.

—¡Enfermera! —gritó una voz.

Ambrose cerró el cuaderno y echó un vistazo al salón. Vio que la señora

Haggerty había dejado de tejer el calcetín navideño de su nieta para llevarse una mano a la frente y revisar su temperatura. La enfermera llegó rápidamente.

—¿Qué pasa, señora Haggerty?

—Tengo gripe.

—De acuerdo. Vamos a la cama, querida.

Ambrose estudió el salón. El señor Wilcox y el señor Russell se habían abierto los suéteres y solicitaron que bajaran la temperatura de la calefacción. La señora Webb se rascaba el cuello, que estaba cubierto por una ligera capa de sudor, como spray de cocina sobre un sartén. Ambrose escuchó que una de las solteras tosía mientras seguía viendo su *reality show* de porquería. Las quejas y peticiones de agua, Advil y trapos fríos estaban por todas partes.

La gente se estaba enfermando.

Excepto la madre de la señora Collins.

Ella estaba viendo fijamente a Ambrose desde su silla de ruedas. Ambrose sintió que el frío lo rodeaba. Una brisa le rozó los vellos de su nuca. Como un susurro.

—Esa mujer está parada junto a ti, susurrándote —dijo la mamá de la señora Collins—. ¿La escuchas?

—¿Qué está diciendo, señora Keizer?

La señora Keizer sonrió como el gato de Cheshire y condujo su silla de ruedas por el pasillo hasta perderse de vista entre rechinidos. Squick. Squick.

—La muerte ya viene. La muerte ya está aquí. Moriremos el día de Navidad.

El desfile de Navidad iba a ser maravilloso.

Eso fue lo que todos le dijeron a la mamá de Christopher. El desfile de Navidad era una gran tradición entre Shady Pines y la primaria de Mill Grove que databa de los tiempos antes de que tuvieran que decirle «desfile de invierno» por razones legales. El último viernes antes de Navidad, la primaria Mill Grove enviaba a sus niños a cantar canciones de «invierno» (o sea, navideñas) y hacer galletas para los ancianos. Por su parte, los ancianos les daban distintos premios a los niños por el Festival de Globos. La regla era que el globo que hubiera llegado más lejos para el día del desfile recibiría el mejor premio, pero a todos los niños les daban algo. Todos sabían que los regalos eran en realidad de Navidad y Hanukkah, pero la excusa del Festival de Globos era buena para burlar la separación entre Iglesia y Estado.

—¡Es como sacar a Dios de un Dios mío! —bromeaban las enfermeras.

Sin importar el lado del pasillo en el que estuviera cada quien, a los ancianos les encantaba el desfile porque era una distracción de los juegos de damas y los programas matutinos de televisión. A los niños les encantaba porque los sacaba de la escuela. Pero a nadie le encantaba más que a los empleados del asilo, porque eso significaba que, durante unas horas maravillosas, los viejos no se estarían quejando.

Hay pocas situaciones en la vida en las que todos ganan.

Esa era una de las mejores en Mill Grove.

—¿Ya se enteró la noticia, señora Reese? —le preguntó una enfermera con su mal inglés.

—¿Cuál?

—La señora Collins... se enfermó de gripe. No vendrá en todo el día. ¡Es un milagro de Navidad!

El resto de la mañana, la gente de Shady Pines estuvo tan emocionada por el desfile como los niños la noche antes de Navidad. La madre de Christopher intentó contagiarse del espíritu festivo. Como era el último día de escuela antes de las vacaciones de «invierno» de su hijo, tenía planeado secuestrarlo después del desfile y llevarlo a ver la película que él quisiera, aunque su buen gusto

tuviera que sufrir. Luego pasarían el fin de semana entero decorando su casa para la Navidad.

Pero no podía quitársela de encima.

Esa inquietud.

—Hola, señora Reese.

La madre de Christopher se dio la vuelta y se encontró con Mary Katherine, que iba llegando. La chica parecía asustada. Claro que eso no era nada nuevo. La pobre Mary Katherine era tan asustadiza, tan penosa, tan increíblemente católica que, a veces, recitaba el Padre Nuestro antes del postre pensando que su bendición de los alimentos antes de empezar a comer no duraba lo suficiente. Pero había algo distinto esa vez. La chica estaba pálida.

—¿Estás bien, linda? —le preguntó la mamá de Christopher.

—Eh, sí. Estoy bien —respondió la chica.

Pero no estaba bien. La pobrecita parecía estar a punto de echarse a llorar.

—¿Segura? Puedes hablar conmigo.

—Segura. Solo me siento un poco mal del estómago. Eso es todo.

—Pues vete a tu casa. Ya tienes tu certificado. No necesitas seguir de voluntaria. Nadie te va a juzgar, ¿sabes?

—Sí me juzgarán.

Enseguida, Mary Katherine se despidió con un movimiento de cabeza y se fue a la habitación de la señora Keizer para comenzar su turno de voluntaria. La madre de Christopher la habría seguido, pero la distrajo el ruido del salón.

—¡Ya llegaron! ¡Ya llegaron los niños! —gritaban las voces.

La emoción fue llenando el lugar mientras los autobuses de la escuela se estacionaban afuera. En segundos, las puertas se abrieron y los maestros hicieron su mejor esfuerzo por pastorear a los niños en filas bien formadas. La madre de Christopher instintivamente buscó a los niños que conocía, pero no los encontró en el mar de gorritas tejidas y gorros de los Steelers.

La primera persona en cruzar la puerta fue la señorita Lasko. La madre de Christopher la había visto en la oficina del director cuando su hijo peleó con Brady Collins. Ese encuentro había sido apenas unos días atrás, pero recordaba a la señorita Lasko saludable, llena de vida y con la cara rosada.

La diferencia era impactante.

Ahora estaba pálida y acabada. Las bolsas debajo de sus ojos eran tan negras que parecía que la habían golpeado. Estaba tan cansada que la madre de Christopher pensó que seguramente no había dormido desde que la vio en la oficina del director. Se veía tan cansada como...

Como Christopher.

—¿Está bien, señorita Lasko? —preguntó la madre de Christopher.

—Eh, estoy bien. Gracias, señora Reese. Es solo un dolor de cabeza.

En ese momento, la madre de Christopher lo notó. La señorita Lasko olía a vodka cubierto con enjuague bucal de menta. Conocía bien ese olor. Creció con él. Ese olor le leía a la hora de dormir. Y la molía a golpes cuando algo se le derramaba.

La madre de Christopher estaba lista para decirles a los demás que la maestra de su hijo estaba borracha como cucaracha.

Pero la señorita Lasko no estaba borracha.

Ni siquiera un poco.

Se veía como alguien con síndrome de abstinencia.

La señorita Lasko volteó hacia los niños que iban entrando al asilo. Dio unas palmadas para llamar su atención.

—A ver, niños —dijo—. Vamos al salón.

La madre de Christopher observó a los pequeños marchando por el porche. Al fin encontró a su hijo y sus amigos en el mar de gorros. Los chicos estaban actuando como soldados. Special Ed iba flanqueando a Christopher, observando el entorno para confirmar que no había moros en la costa. Mike iba a unos metros de ellos para asegurarse de que nadie los atacara por la retaguardia. Matt iba al frente como explorador.

Los niños estaban jugando al ejército.

Y Christopher era su rey.

Luego vio a Matt entrando primero al salón para asegurarse de que todo estaba bien y luego hacerle una señal con la cabeza a Special Ed, quien escoltó a Christopher hacia el interior del asilo. Mike se dio la vuelta y observó el lugar. La mamá de Christopher vio al alguacil hacer eso en su primera cita. Había sido testigo de esa necesidad instintiva de corroborar que no hay moros en la costa.

Pero nunca lo había visto en un niño de siete años.

La mirada de Mike encontró al fin a sus enemigos. Brady Collins y Jenny Hertzog vieron a Christopher y luego les susurraron algo a sus amigos. La madre de Christopher hubiera sonreído ante la escena, pero ambos lados estaban tomándose su papel tan en serio que más bien se sintió incómoda. No parecía un juego.

Parecía una guerra.

Ya en el salón, la señorita Lasko se sentó frente al piano de pared y calentó sus dedos tocando unas escalas. De vez en vez, se detenía para rascarse el brazo. Al

principio, la madre de Christopher pensó que solo era ansiedad debido a la abstinencia.

Hasta que vio que Special Ed también se estaba rascando el brazo.

Y Matt. Y Mike.

Todos, menos Christopher.

La madre de Christopher notó que Brady y Jenny también se rascaban el brazo. Igual que algunos de sus amigos. Y un par de maestros. Ya había visto enfermedades y salpullidos recorrer la escuela en otras ocasiones. Pero eso era ridículo.

—Oigan, chicos, ¿cómo se sienten? —preguntó.

—Bien, señora Reese. Bien. —Mike fue el primero en responder.

—¿Seguro? No te has dejado de rascar el brazo.

—Sí. Supongo que Matt y yo tocamos hiedra venenosa o algo —dijo, encogiéndose de hombros.

«¿En diciembre?», pensó ella, pero no lo dijo. Entonces le tocó la frente al niño.

—Pero si estás ardiendo. ¿Quieres que llame a tus mamás?

—No. Están muy enfermas. Es mejor que estemos aquí.

—Mi mamá también —dijo Special Ed.

Normalmente la madre de Christopher habría pensado que era gripe. La misma que hizo que su hijo ardiera en fiebre un par de días antes. Pero nada de lo que sucedía parecía normal. Notó que todos los niños lucían un poco enfermos. Especialmente Christopher.

—¿Estás bien, Christopher? —preguntó, preocupada.

—Sí, mamá. Estoy bien.

Instintivamente le tocó la frente. Lo que sintió la dejó petrificada. Cuando lo revisó en la mañana, le pareció que estaba bien. Su frente incluso estaba un poco fría. Y ahora estaba ardiendo. No quería hacer una escena frente a toda la escuela, así que no dijo nada. Pero en ese momento decidió que no habría película. Solo habría cama y descanso y visitas a cada doctor del área metropolitana hasta que alguno pudiera decirle qué diablos tenía tan enfermo a su hijo.

—Bueno, cariño. Vete con tus amigos.

Christopher y su pandilla fueron hacia el piano mientras la señorita Lasko empezaba con la primera canción. Era una larga introducción musical con sus comentarios sobre la gran tradición del desfile de «invierno» (Navidad y Hanukkah, guiño guiño).

—Señoras y señores, niños y niñas, nos complace estar aquí, en Shady Pines. Soy su directora musical, la señorita Lasko. Pronto entregaremos los premios a los ganadores del Festival de Globos, pero antes... vamos... ¡«En el techo»!

En el techo y sin parar  
Se escucha a Santa andar y andar;

Viene llegando con muchos regalos  
Para los niños que no han sido malos.

El comienzo del canto de los niños llevó al resto de los ancianos al salón. A todos excepto a Ambrose Olson. Él casi no había salido de su habitación desde que volvió de su visita a su antigua casa familiar, después del funeral de David. La enfermera de la noche dijo que Ambrose había pasado toda la velada leyendo y luego se quedó profundamente dormido. Pidió específicamente que lo despertaran antes del desfile de Navidad. Dijo que no quería perderse a los niños por nada del mundo. Pero por alguna razón, cuando fueron a su cuarto, ninguna de las enfermeras pudo despertarlo. Pensaron que solo estaba exhausto por no haber dormido en toda la noche.

O quizá tenía gripe.

Denle una muñeca que ríe y llora  
De esas que son encantadoras.

Mientras las canciones y las risas iban llenando el lugar, la madre de Christopher vio a Mary Katherine empujando a la señora Keizer en su silla de ruedas. La anciana parecía mucho más inquieta de lo usual.

—Tienes algo malo —le dijo a Mary Katherine.

—Por favor, señora Keizer —le rogó la chica.

—Hueles mal. Estás distinta —agregó la anciana.

—Su nieto Brady está ahí. Vamos a buscarle un buen lugar para que lo vea cantar.

—Está sucia. ¡La chica está sucia! —gritó la vieja.

La madre de Christopher rápidamente le quitó la silla de ruedas a Mary Katherine y la llevó al pasillo.

—Señora Keizer, no me importa que su hija sea la dueña de este lugar. No puede hablarle así a nadie. Especialmente a nuestras voluntarias adolescentes. ¿Me entendió?



La anciana se quedó en silencio por un rato, luego le sonrió a la madre de Christopher.

—Todo está mal. Tú también lo sientes —dijo, como si nada.

La madre de Christopher observó a la anciana con Alzheimer y se le puso la piel de gallina.

¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! Es Santa Claus.

¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! Es Santa Claus.

Está en el techo, ¡tap! ¡tap! ¡tap!

Y trae regalos de Navidad.

La madre de Christopher se sacudió el escalofrío. Le puso el seguro a la silla de ruedas de la anciana y se fue con Mary Katherine, que estaba junto a la mesa del ponche y las galletas.

—Está enferma, Mary Katherine. No sabe lo que dice —susurró.

—Sí, sí lo sabe —respondió Mary Katherine.

—¿Qué pasa, linda? Puedes hablar conmigo.

Mary Katherine no dijo nada. La madre de Christopher sabía que la chica sufría debido a un terrible secreto. Ella misma creció con secretos terribles. Estaba por pedirle que fueran a la cocina para hablar seriamente de mujer a mujer.

Y entonces pasó.

La madre de Christopher no supo cómo empezó, pero Special Ed y Brady Collins estaban cara a cara en medio del salón.

—¡Aléjate de él, Brady!

—¡Jódete, gordo!

De la nada, Brady Collins le soltó un golpe justo en la cara a Special Ed, que cayó directo al piso. Mike y Matt fueron a ayudarlo mientras Jenny Hertzog se les echaba encima. Special Ed la empujó y se lanzó contra Brady.

—Si vuelves a tocar a Christopher, ¡te mato, desgraciado!

La madre de Christopher corrió hacia los niños.

—¡BASTA, CHICOS! ¡DETÉNGANSE AHORA MISMO! —gritó.

Pero no se detuvieron. Siguieron golpeándose y mordiéndose y lanzándose unos contra los otros. Todos menos Christopher, que simplemente estaba ahí, paralizado por el dolor de cabeza.

—¡SEÑORITA LASKO... AYÚDEME! —gritó la madre de Christopher, intentando rescatar a los amigos de su hijo de las manos de Brady y Jenny, pero ellos

seguían atacando y mordiendo como perros.

Volteó a ver a la señorita Lasko, que estaba inmóvil, con las manos en la cabeza como si tuviera una resaca sin borrachera.

—¡Dejen de hacer tanto ruido! ¡La cabeza me está matando! —gritó.

La escena era tan caótica que nadie vio a la anciana.

Salvo Christopher.

Christopher estaba petrificado en el suelo. La comezón era más intensa que nunca. Los pensamientos cruzaban su mente a una velocidad tan alarmante que ni siquiera mantenía la esperanza de atrapar alguno. No escuchaba voces. Salvo una.

*Hola, niño.*

Christopher se asomó al pasillo. Vio a la señora Keizer mirándolo desde su silla de ruedas. Se quitó la dentadura postiza y se incorporó sobre sus piernas cenceñas. Dio un paso y se orinó en el suelo. El niño quería gritar, pero la voz no se callaba.

*No existen las personas locas.*

La anciana se encaminó hacia Christopher cojeando. Estaba sonriendo, pero se veía mal. Sin dientes. Como un bebé. Christopher quería moverse, pero estaba anclado al suelo por la voz.

*Solo es una persona que te está observando.*

*Para ella.*

La anciana siguió tambaleándose hacia él.

—Chrisststopher... —siseó. Se volvió a poner los dientes, pero al revés. Lo de arriba hacia abajo. Lo de abajo hacia arriba.

*Está furiosa.*

Christopher quería gritar, pero no encontraba su propia voz. Solo estaba el susurro y la comezón y la anciana que iba hacia él. Las piernas de la mujer se debilitaron, por lo que tuvo que hincarse y comenzó a andar en cuatro patas. Como un perro.

*Le quitaste al hombre amable.*

La mujer arañaba el suelo, se acercaba a él a gatas. Christopher volteó al salón y vio a Jenny Hertzog enterrando sus uñas en la cara de Matt, intentando llegar a sus ojos. Brady Collins y sus amigos estaban pateando en el estómago a Special Ed. Mike derribó a Brady.

*Quiere que se lo devuelvas.*

Los ojos de la anciana estaban perdidos en la demencia.

*Dinos dónde está.*

Christopher no podía moverse. Estaba pegado al suelo. La comezón lo fue carcomiendo hasta que ya no quedó más de él. Se convirtió en todos los ancianos del lugar. Sus dolores. Sus penas. Sus cánceres. Enfermedades. Alzheimer. Locuras. La anciana siguió reptando hacia él, babeando como un perro sin dientes.

—¡Dinos dónde está! —gritó.

Tomó el brazo del niño con sus dedos frágiles. Christopher la miró directo a los ojos. Lo que vio fue a una anciana balbuceando a gritos. Pero no eran balbuceos. Era como un bebé recién nacido que sabe lo que significa, aunque nadie más lo entienda.

—¡La muerte ya viene! ¡La muerte ya está aquí! ¡Moriremos el día de Navidad!

Christopher llevó la comezón a sus manos para pasarla a la piel de la mujer. La vio sentada en su habitación, asomada por la ventana, viendo las nubes. Desde hacía años. La llevó a un tiempo pasado. Antes de que su mente se perdiera en la niebla. Fueron hasta el último día en que estuvo en posesión de todas sus facultades. Parecía tan aliviada. Era como una bolsa de hielos sobre una articulación inflamada. Pero se trataba de su cabeza. La niebla desapareció. La anciana miró a Christopher.

—¿Dónde estoy?

—Está en un asilo de ancianos.

—¿Soy la señora Keizer?

—Sí, señora.

—¿Ese de allá es mi nieto Brady?

—Sí, señora.

—¿Cuánto tiempo llevo enferma?

—Ocho años.

—Perdón por dar tanto miedo —dijo.

—A mí no me da miedo —le respondió él.

Con eso, Christopher llevó la comezón hasta la mente de la mujer. La nariz le empezó a sangrar a chorros. Los niños dejaron de pelear al ver a la anciana tumbada sobre Christopher. El silencio llenó la habitación. La madre de Christopher corrió hacia allá.

—¡Suelte a mi hijo, señora Keizer!

—Claro. Discúlpeme, señora Reese.

La anciana soltó a Christopher y todo el equipo se le quedó viendo. Llevaba

ocho años comida por el Alzheimer, y ahora estaba lúcida, llena de vida y feliz.  
Era un milagro.

Christopher miró a su madre. Tenía la cara ensangrentada. Desde la nariz hasta el cuello. Se miraron fijamente a los ojos.

—Mami —dijo—, creo que me estoy muriendo.

La madre de Christopher tenía tanto pánico al entrar a urgencias que al principio no lo notó. Lo único que veía era el escalón frente a ella. Se había pasado de largo todos los semáforos y señales de alto en el camino. Vio los ciervos a los lados de la carretera, pero ni así bajó la velocidad. Su hijo se estaba desangrando por la nariz. Su piel estaba tan caliente por la fiebre que le ampolló las manos al tocarlo.

Y estaba hablando solo.

No eran oraciones. Solo frasecitas. Palabras en fila como hormigas en un picnic. La madre de Christopher rezó pidiendo que solo fuera una alucinación por la fiebre y no algo más grave. A ella le pasó cuando era más chica. Estaba de excursión con su único tío bueno y metió la mano bajo una roca. La mordió una serpiente y pasó dos días sin distinguir la realidad de la fantasía.

—Aguanta, cariño —dijo.

Pero su hijo seguía mascullando. Delirando. La única frase que tenía sentido era...

«Sueños no».

La madre de Christopher se detuvo en la entrada del hospital y entró corriendo a Urgencias con su hijo en brazos como si fuera un montón de ropa sucia. Fue directo a la recepción. La enfermera Tammy la escuchó atenta, le pidió su tarjeta del seguro y que fuera a la sala de espera.

—De acuerdo. Está bien. ¿En cuánto tiempo podré ver a un doctor?

—En unas diez horas.

—¿Cómo que en diez horas?

La enfermera Tammy señaló hacia la sala de espera. La madre de Christopher se dio la vuelta. Y fue entonces cuando al fin lo vio.

No había ni una silla disponible en Urgencias.

Estaba acostumbrada a que las salas de espera fueran lugares desesperados. Cuando no tenía seguro médico, siempre tenía que ir a Urgencias. Había visto a parejas heridas gimiendo de dolor. Pobres llorando y gritando para que los revisaran de inmediato. Pero ahora tenía seguro médico. Y no estaba en una ciudad. Estaba en un pueblo pequeño.

Y nunca había visto nada igual.

El lugar estaba abarrotado. Los padres esperaban recargados contra la pared para que sus esposas e hijos pudieran sentarse. Los ancianos estaban en el suelo.

—Lo siento, señora Reese —dijo la enfermera Tammy—. Muchos de nuestros doctores y enfermeras se sintieron mal y no vinieron hoy. Yo estoy cubriendo otros puestos. Lo atenderemos lo más pronto posible.

—¿Dónde está el hospital más cercano? —preguntó.

—Es lo mismo en todas partes, señora. La Navidad es época de gripe. Por favor, tome asiento.

Ella quería gritarle, pero solo veía a una mujer cansada que también parecía enferma. No le iba a gritar a una de las pocas enfermeras que sí fue a trabajar. Así que se tragó su rabia y asintió.

—Gracias, enfermera —dijo.

—De nada, señora —respondió la enfermera Tammy, y volvió al teléfono—. Lo siento, papá. No puedo irme. Hay poco personal. Mañana compro el merLOT para la fiesta.

La madre de Christopher recorrió las filas de asientos. Esperaba que al menos una persona le diera su lugar a un niño enfermo. El hecho de que nadie lo hiciera la desconcertó. La gente estaba demasiado ocupada aireando su ropa en un intento por bajarse la fiebre y rascándose los brazos. Un hombre sostenía unas vendas contra su cara.

—Ese maldito ciervo se lanzó directo contra mi camioneta —le dijo al tipo de al lado.

La madre de Christopher pasó junto a una persona apuñalada. Un ama de casa que inexplicablemente se quedó dormida y despertó en su patio trasero a punto de morir congelada. Un par de chicos que se pelearon en un bar por «una mujer de la India» que dijo que podía beber más que cualquiera. Los emborrachó a ambos. De broma, pensó que sería gracioso que pelearan hasta que solo quedara uno vivo, el cual se ganaría el derecho a acostarse con ella. Y por alguna razón que ninguno de los dos se explicaba, rompieron unas botellas de cerveza y lo intentaron.

Cuando el vidrio tocó la piel de los muchachos, salieron de su locura.

—¡Van a atender a mi madre AHORA MISMO!

La señora Collins estaba junto a Brady y su mamá en el escritorio de la recepción. La señora Keizer estaba desmayada en la silla de ruedas. La señora Collins también se veía terriblemente enferma. Su frente brillaba por el sudor, pero se negaba a quitarse el abrigo de piel y las joyas. Se rascó el cuello bajo su

collar mientras seguía gritándole a la enfermera Tammy.

—Lee lo que dice ahí —siseó la señora Collins—. ¿Ves lo que dice el letrero sobre la puerta? Dice: SALA DE EMERGENCIAS COLLINS. Yo soy una Collins. Así que, si no le consigues una cama a mi madre ahora mismo, adivina qué dirá mañana ese letrero: SE SOLICITA ENFERMERA.

A la madre de Christopher le dio la impresión de que la señora Collins no entendía lo que estaba pasando a su alrededor. Su mente viajó hacia María Antonieta justo después de que su «dieta de pastel» demostró no ser exitosa entre la gente. Un par de tipos corpulentos se levantaron y fueron hacia la señora Collins. Unos ancianos tomaron sus asientos rápidamente.

—¿Por qué no espera su turno, señora? —le dijo uno de ellos.

Ella volteó a verlos y les lanzó una mirada de odio.

—¿Por qué no construyes tu propio hospital, imbécil? —respondió.

Un murmullo recorrió el lugar. Nadie sabía qué iba a pasar.

La madre de Christopher vio cómo su ira se extendía igual que un eco. Por un instante, se preguntó si los ecos en realidad se apagan en algún momento, o si solo se vuelven imposibles de escuchar. Como un silbato de perro. Siempre presentes. Siempre a nuestro alrededor. Eternamente.

—Me dan asco las perras como usted —dijo el tipo.

El hijo de la señora Collins, Brady, se acercó a los hombres. Tenía un tercio de su tamaño, pero su rabia le impedía sentir miedo.

—¡Deja en paz a mi madre! —ordenó.

La presencia de Brady tranquilizó las cosas lo suficiente para que los guardias de seguridad alejaran a la familia Collins de la turba iracunda y la llevaran a una agradable y limpia habitación de hospital. Sin la familia Collins a la vista para dirigir su odio, el grupo canalizó su ira hacia los demás. Los hombres enojados volvieron a sus asientos y les ordenaron a los ancianos que se levantaran. Hasta a la mujer. La anciana encontró un espacio en el suelo y miró a las mujeres jóvenes con sus hijos enfermos, juzgándolas descaradamente. Diciendo que deberían cuidar mejor a sus criaturas. Las jóvenes contraatacaron.

—No me diga cómo criar a mis hijos.

—No le hables así a mi esposa.

—Más le vale que se siente o yo lo obligaré a sentarse.

—Súbanle a la tele.

—No, bájenle. Estoy cansado de escuchar tanta mierda sobre el Medio Oriente.

—Cuida tus palabras, hay niños.

—Oblígame, viejo decrepito.

Todo el lugar se estaba llenando de ira, como Jerry.

La ambulancia llegó y los paramédicos entraron a toda prisa con un hombre cuya esposa lo había apuñalado en la garganta con un cuchillo de pan la noche anterior. La mujer le vendó las heridas con las cortinas de su cocina y esperó para llamar a las autoridades. El herido estaba pataleando sin control. La madre de Christopher dio un paso atrás, protegiendo a su hijo de la horrible imagen. Aún tenía fiebre y seguía hablando solo.

—Está aquí. ¿Qué? De acuerdo.

—Aguanta, Christopher —susurró su madre—. Te voy a encontrar un doctor. Te lo prometo.

Se fue a la esquina para ver si alguien se les acercaba. Tenía a su hijo en brazos, esperando un asiento. Se negaba a sentir lástima por su situación.

*La lástima no sobrevive. La gente sí.*

Por eso, pensó en las cosas buenas de su vida porque, en ese momento, eran lo único que tenía. Miró la televisión y agradeció por no estar en un campo de refugiados en el Medio Oriente. Esa gente daría todo por estar en esa sala de emergencias durante diez horas entre máquinas expendedoras llenas de comida.

Para ellos debía ser como si el mundo estuviera llegando a su fin.



*Papi.*

Cuando el teléfono sonó, el alguacil no supo en qué momento se había quedado dormido. Desde que salió del bosque de la calle Mission, le sucedía con frecuencia. Pasó junto a la Constructora Collins y volvió en su auto a la estación. Cambió su patrulla color blanco y negro por su pickup Ford, tal como el señor Rogers se cambiaba los mocasines por unos tenis al volver a casa.

Pero el alguacil no fue a casa.

Apenas podía mantener los ojos abiertos, sin embargo, se obligó a llevarle las viejas herramientas que encontraron en el bosque de la calle Mission a su amigo Carl en el centro. Sabía que habría podido encargarse ese trabajo a uno de sus oficiales, pero algo le decía que él mismo tenía que llevar inmediatamente las herramientas.

*Algo como una voz.*

Tras dejar las herramientas, se estacionó afuera del hospital Mercy. Observó el lugar donde se despidió de la niña con las uñas pintadas. Ella lo tomó de la mano y le dijo «papi». El alguacil miró hacia el desarreglado árbol de Navidad durante lo que le parecieron horas.

Se quedó dormido en el auto.

*Dios es un asesino, papi.*

Cuando despertó, estaba terriblemente enfermo. Primero pensó que era gripe, pero no le dolía nada. No sentía nada. No tenía los ganglios inflamados. Si era gripe, era la más extraña que hubiera visto en su jodida existencia. Porque la gripe no suele hacer que tu piel arda de fiebre mientras es clemente con el resto de tu cuerpo, salvo por la comezón en una pequeña zona de tu mano.

De cualquier modo, lo único que el alguacil quería era irse a casa y descansar. Su abuelo le había dado una excelente receta para cualquier enfermedad: «Tómame unos whiskies, envuélvete en cinco cobijas y sácalo sudando. Durante diez horas es un infierno, pero luego desaparece».

El alguacil estaba por comprar el whisky cuando sonó su teléfono. Vio el identificador de llamadas con la esperanza de que fuera Kate Reese. Pero era de la estación. Sacudió la cabeza para espabilarse y tomó la llamada. Le había dicho

a uno de sus oficiales que tenía gripe y que solamente lo llamara en caso de emergencia.

Pero la emergencia ya había comenzado.

El policía le informó que la mitad del departamento había faltado por enfermedad. Y, encima de todo, una bibliotecaria de la primaria había acuchillado a su esposo. Hubo un par de peleas en bares. Algunos accidentes viales. Era como si todo el pueblo se hubiera levantado con el pie izquierdo.

—Necesitamos que venga lo más pronto posible, alguacil.

Era lo último que quería hacer.

—Voy para allá —dijo.

Mientras conducía de vuelta a Mill Grove, notó lo terrible que estaba el tráfico. Le recordó las mañanas de lunes cuando era niño. Cada vez que los Steelers ganaban el domingo, la gente compartía felizmente las calles. «No, por favor. Después de usted, señor...». Pero, si los Steelers perdían, lo único que estaban dispuestos a compartir eran señas obscenas y el ruido de sus bocinas. Tanto así amaba la ciudad a su equipo. El tráfico de los lunes por la mañana vivía y moría con los Steelers de Pittsburgh.

Pero ese día era viernes.

Y los Steelers llevaban una racha de juegos ganados.

Cuando el alguacil llegó a la estación, su fiebre ya era insoportable. El sudor le corría a chorros por la espalda. Pero cualquier esperanza de ahogar lo que sentía con Nyquil y una siesta se destruyó en cuanto cruzó la puerta. No podía creer todo el alboroto. Mill Grove era un pueblito agradable. Pero al ver ese lugar, hubiera pensado que era Hill District en la víspera de Año Nuevo.

Durante las siguientes horas, el alguacil lidió con asuntos que iban desde la bibliotecaria que apuñaló a su esposo hasta varios accidentes de auto relacionados con ciervos. En cuanto apagaba un incendio, se presentaba otro. Robos. Peleas en bares. Vandalismo. El dueño de una tienda de armas llamó para decir que alguien se había metido a su local aquella noche. Los ladrones ni siquiera intentaron abrir la caja registradora. No le faltaba nada de dinero. Solamente armas.

Era como si el pueblo se estuviera volviendo loco.

El alguacil había visto lo suficiente para saber que, cuando las cosas empiezan a salir mal, la muerte suele estar a la vuelta de la esquina. Pero por suerte, ninguno de los accidentes de auto fue fatal. La gripe no había matado a niños ni ancianos. Y aunque los ciervos habían destruido dos autos, nadie murió. Ni siquiera el hombre apuñalado por la bibliotecaria. El cuchillo le cortó la garganta

y las cuerdas vocales. El señor Henderson no volvería a hablar, pero seguía respirando.

Era un milagro.

Al final del primer turno, el alguacil ya estaba muerto en vida. Sin importar cuántas aspirinas se tomara, no lograba controlar su fiebre. Ya había abandonado la esperanza de que alguna crema pudiera desaparecer la comezón en su mano derecha, que lo estaba volviendo loco. Sabía que si no descansaba un poco, la próxima semana no podría ni moverse. Y no podía estar enfermo la semana de Navidad. Así que esperó a que bajara un poco la actividad y entonces fue a su oficina. Se echó un trago de Nyquil y dejó que el denso jarabe de cereza le recorriera la garganta. Apagó la luz, se acostó en el sofá y cerró los ojos.

Se quedó ahí durante diez minutos, pero no lograba acomodarse. El sudor pegajoso por la fiebre ya había empapado su ropa. Volteó la almohada una y otra vez, pero si acaso tenía un lado fresco, él no lograba encontrarlo. Desesperado, aventó la almohada al suelo y puso la cabeza directamente sobre el cuero del sillón.

Se obligó a quedarse acostado y cerrar los ojos. Pero no sirvió de nada. Echó un vistazo a su oficina y fijó la mirada en el tablón con el póster de la desaparecida Emily Bertovich. Se preguntó si la policía en Erie tendría alguna noticia. O quizá estaban tan distraídos por la gripe, los hospitales, peleas en bares y accidentes de autos que no podían encontrarla. Así como él estaba demasiado distraído para averiguar quién enterró a... quién enterró a... ¿cómo se llamaba? El niño. El hermanito del anciano. Ya se acordaría. Solo necesitaba dormir un rato. ¿Cómo se llamaba? Era un buen niño. Le faltaban los dos dientes delanteros. Como la niña con las uñas pin...

*Papi.*

Cuando el teléfono sonó, el alguacil no supo en qué momento se quedó dormido. Su fiebre había empeorado y la cabeza le punzaba detrás de los ojos. Al ver el identificador de llamadas, su ánimo mejoró de inmediato. Era Kate Reese.

—Hola —dijo él.

—Hola. —Se oía preocupada.

—¿Qué pasa?

—Estoy en el hospital. Christopher tiene gripe.

—Sí. Todos se están contagiando. Yo desperté así.

—¿Tú también? —Sonaba alarmada.

—No te preocupes. Llamé a todos los hospitales. No es mortal. Solo se siente

horrible. Eso es todo.

Esperaba que la noticia la tranquilizara, pero notó que había algo más. El silencio de Kate se sintió como la comezón en su mano.

—¿Podrías enviar un policía a Urgencias? —preguntó ella.

—¿Por qué?

—La gente está demasiado... —Hizo una pausa, buscando la palabra correcta—. Enojada.

—Todos odian los hospitales —dijo el alguacil.

—¿Me vas a tratar como tonta o me vas a escuchar? —soltó ella.

—Escucho —respondió él, humillado.

—He estado en muchas salas de emergencia. Y también en muchos lugares pobres. Esto es diferente. Han estado a punto de estallar un par de peleas. La gente parece realmente furiosa. A veces, solo necesitas ver una patrulla por el camino para bajar la velocidad, ¿sabes?

Él asintió. Qué mujer más inteligente.

—De acuerdo. Enviaré a alguien de inmediato —dijo él—. Y yo mismo iré al hospital en cuanto pueda salir del trabajo.

—Gracias. —Al fin sonaba aliviada—. Tengo que ir con mi hijo. Buenas noches, Bobby.

Su nombre nunca había sonado tan bien.

—Buenas noches, Kate —dijo él, y colgó.

La verdad era que el alguacil no podía prescindir de un policía en la estación, pero de todos modos pidió que enviaran uno a Urgencias. Sentía un deseo tan primitivo de proteger a Kate que no podía ni explicarlo. Simplemente necesitaba mantenerlos a ella y a su hijo a salvo.

Sentía como si el mundo dependiera de ello.

Cuando el alguacil salió de su oficina, notó que había aún más movimiento en la estación que durante la mañana. Más peleas y accidentes y disputas entre vecinos. La gripe se había extendido. Todos los detenidos tenían fiebre. Los habrían llevado al hospital, pero todos estaban llenos.

El alguacil recorrió las celdas para cuantificar los daños del día. Vio a unos cuantos tipos curándose las heridas que se hicieron en peleas de bar. Otros fueron arrestados por negarse a bajar de sus autos o mostrar sus licencias cuando los detuvieron por conducir a exceso de velocidad o irresponsablemente. O por chocar y huir. Todos le gritaban cosas al alguacil. Su ira era desconcertante. Pero no fue nada comparado con lo que vio en la última celda.

En la que estaba la señora Henderson.

La anciana tenía un rostro tan dulce. Era imposible creer que apenas la noche anterior hubiera apuñalado a su esposo en el cuello. En ese momento, lo único que la separaba del homicidio en primer grado era que su esposo siguiera luchando por su vida en terapia intensiva.

La señora Henderson miró al alguacil y le sonrió.

—¿Mi esposo sigue vivo? —preguntó.

—Sí, señora. Está luchando.

—Bien. Espero que sobreviva. —El alguacil asintió y en el rostro de la anciana se dibujó una sonrisa—. Porque tengo muchas ganas de acuchillarlo de nuevo.

Dicho eso, volvió a su lectura de la Biblia.

El alguacil sabía por experiencia que las fiestas decembrinas alteran el carácter de las personas. Algunas sienten una profunda conexión con el amor y la caridad, mientras que otras se sienten homicidas o suicidas. Para el alguacil, la oscuridad era tan común como la Navidad o Santa Claus.

Pero eso era diferente.

Daba miedo.

El alguacil bajó las escaleras. Sabía que no podía contar con que la gripe evitara que se ensuciara las manos de sangre por siempre. Y no le gustaba la idea de que Kate Reese y Christopher estuvieran rodeados de ella en el hospital. Por eso quería revisar los planes de emergencia que hizo cuando empezó a trabajar ahí. Tenía que asegurarse de que estuvieran listos. ¿Para qué? No lo sabía exactamente.

Pero algo le decía que tenía que prepararse para lo peor.

El alguacil siguió avanzando. Escaleras abajo. Hacia el archivo. Le pidió a la señora Russo que le consiguiera todo lo que encontrara sobre epidemias de gripe anteriores mientras él revisaba los planes de emergencia. Sabía que, pasara lo que pasara, debía mantener abierta la Ruta 19. Si la carretera estaba abierta, la policía estatal podría entrar y la gente podría salir. Si ese camino se cerraba, Mill Grove se convertiría en una isla. Un pueblo es como el cuerpo de una persona. Los caminos son las venas y arterias que llevan y traen la sangre al corazón.

Pero, en ese caso, el corazón de Mill Grove era el bosque de la calle Mission.

De pronto, el alguacil se acordó de que estaba investigando algo en el bosque de la calle Mission cuando comenzó el brote de gripe en el pueblo. ¿Qué diablos era lo que iba a hacer? Le tomó un momento recordarlo. Las herramientas. Eso era. Las viejas herramientas. Se las había llevado a su amigo Carl. Pensó que podrían estar relacionadas con... con... ¿cómo se llamaba el niño? El hermanito del anciano. El que desapareció. Cada vez que intentaba recordar el nombre del

niño, volvía la comezón en su mano y la ceja se le llenaba de sudor. Por Dios, estaba muy enfermo. Ya se acordaría.

Volvió al plan de emergencia. Tenía que concentrarse. Tenía una epidemia de gripe en sus manos. No podía pasarse el día entero preocupado por el caso sin resolver sobre el hermanito de Ambrose Olson, que había ocurrido cincuenta años atrás. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Era...

*Papi.*

El alguacil no supo cuándo se quedó dormido de nuevo, pero la señora Russo lo despertó. Él observó el plan de emergencia. Estaba cubierto por el sudor de su frente. Estaba demasiado enfermo hasta para fingir. Se había quedado dormido en el trabajo. Si eso le hubiera ocurrido a cualquiera de sus subordinados, lo habría suspendido sin pago.

—Quizá debería irse a casa, alguacil —dijo amablemente la señora Russo.

El alguacil sí quería irse, pero no podía. Era el perro que sabía que la tormenta estaba por llegar mucho antes que su amo.

—Gracias, señora Russo. Estoy bien. Vamos a trabajar —respondió él.

Ambos se sentaron y revisaron los registros de antiguos brotes de gripe. El peor fue el de la gripe española en 1918, pero hubo otros. Una comunidad amish fue atacada tan brutalmente por la enfermedad en el siglo XIX que los sobrevivientes abandonaron el pueblo y se mudaron a Ohio. Hubo una epidemia mucho más pequeña después de la Guerra de Independencia.

Pero el brote más reciente llamó la atención del alguacil. Ocurrió en verano, no en invierno. La gente se enfermó mucho, pero nadie murió. El alguacil hizo una pausa. La comezón y la fiebre se intensificaron, pero esta vez no lo distraerían. Leyó el sobre manila de cabo a rabo. No encontró información útil sobre cómo el departamento de policía manejó la emergencia en aquella ocasión. Pero sí encontró un dato interesante.

El brote de gripe ocurrió el mismo año en el que desapareció un niño.

El niño se llamaba David Olson.

El alguacil no sabía exactamente por qué, pero ese nombre significaba algo para él.

Christopher no se acordaba de si estaba dormido o despierto. Se miró las piernas. No entendía por qué eran tan cortas. Ni por qué traía una bata de hospital. Ni por qué estaba en un cuarto de hospital. Se miró las manos esperando ver las manos arrugadas de una anciana. Las manos de la señora Keizer. Pero no fue así.

—¿Por qué tengo manos de niño? —se preguntó.

Después de todo, desde el desfile de Navidad hubiera jurado que era la señora Keizer. No sabía por qué. Lo único que hizo fue tocarle el brazo. Quizá eran las medicinas que le dieron. Pero la vida de esa anciana pasó frente a los ojos del niño como una película proyectada en el interior de sus párpados.

*Soy una niñita. Soy una estudiante con honores. Voy a ir a la universidad. Mira a ese chico en el gimnasio. ¿Cómo te llamas? ¿Joe Keizer? Yo me llamo Lynn Wilkinson. Encantada de conocerte. Sí, estoy libre la noche del sábado. Y el siguiente sábado también. Me estoy mirando las manos. Ay, Dios mío. Tengo un anillo de compromiso en el dedo. Estamos tomados de la mano en la iglesia. Ya no soy Lynn Wilkinson. Soy la señora de Joseph Keizer.*

Christopher se incorporó en la cama. Se asomó por la ventana y vio el reflejo de un niño. Pero al cerrar los ojos, el reflejo era el de la película de la señora Keizer.

*¡Joe! ¡Joe! Estoy embarazada. ¡Es niña! Hay que ponerle Stephanie, como mi madre. De acuerdo. Está bien. Kathleen, como la tuya. ¡Ven para acá en este instante, Kathy Keizer! Espera a que tu papá vea lo que hiciste. Joe, basta. Se está helando. Déjala entrar a la cocina. ¡Yo lo haré! ¡Basta, Joe! Me lastimas. Por favor, Joe. Nuestra bebé es una adolescente. Nuestra bebé se va a graduar. Nuestra bebé se casa. Ya no será Kathy Keizer. Será la señora de Bradford Collins. ¡Está embarazada, Joe! ¡Vamos a tener un nieto, Joe! ¡Bradford Wesley Collins III! Vaya nombre de la realeza. ¡¿Qué pasa, Joe?! ¡Joe! ¡Joe! ¡Despierta! ¡Joe!*

Christopher abrió los ojos y vio a esa mujer amable saliendo del baño. ¿Cómo se llamaba? La señora Reese. Sí. Eso era. Kate Reese.

—¿Me escuchas, Christopher? —preguntó ella.

La señora Reese volteó la almohada hacia el lado fresco para que él estuviera

más cómodo. Christopher cerró los ojos y el rostro preocupado de esa mujer fue reemplazado con los recuerdos de la señora Keizer. Dando saltitos como las películas viejas con cada parpadeo.

*No, Brady. El abuelo murió. Lo sé. Yo también lo extraño. Llevábamos casados cuarenta... cuarenta... Dios mío, ¿cuántos años iban? ¿Cuarenta y algo? Lo tengo en la punta de la lengua. Dios, ¿por qué no puedo recordarlo? No me siento bien. No recuerdo dónde puse mi... mi nombre. ¿Cómo que me llamo Lynn Keizer? ¿Desde cuándo? No recuerdo haberme casado. No, te equivocas. No soy la señora Keizer. Mi nombre es... mi nombre es... Lynn... ya no me acuerdo. ¿Quién eres tú? ¿Kathleen qué? ¿Quién es ese niño que traes? No es mi nieto. No conozco a ese niño. ¡Enfermera! ¡Alguien se robó mis recuerdos! ¡Alguien se robó mi nombre! ¡No me digas que me calme! ¿Qué no sabes lo que está pasando? ¿Qué no entiendes? La muerte ya viene. La muerte ya está aquí. ¡Moriremos el día de Navidad!*

La señora Reese le puso un popote en los labios. Él saboreó el jugo de manzana helado. Era lo más delicioso que había probado en su vida. Le gustó más que los Froot Loops. Pero a las ancianas no les gustan los Froot Loops. Entonces no era una anciana, ¿verdad? Era un niño con manos de niño.

—Eso es, cariño. ¿Cómo estás, Christopher?

Se llamaba Christopher. Claro. La señora Reese no era una enfermera. Era su madre. Estaban juntos en el hospital. El doctor tenía unos papeles en las manos. Él creía que era una fiebre, pero Christopher sabía que no. Había tenido Alzheimer durante un par de días. Eso era todo.

—¿Cómo te sientes, hijo? —preguntó el doctor.

—Estoy bien.

—¿Seguro, Christopher? —preguntó su madre.

Quería decirle la verdad a su madre. Quería decirle que aún podía sentir el sufrimiento de la señora Keizer. Que su enfermedad se estaba comiendo sus articulaciones. No estaba seguro de poder caminar. Ni pararse. Pero no podía decírselo con el doctor ahí.

Ese doctor que se estaba rascando el brazo.

—Sí, mamá. Estoy bien.

El doctor pegó el estetoscopio al pecho de Christopher. El frío metal tocó su piel y la comezón lo fue llenando. Toda la educación médica del hombre llegó a la cabeza de Christopher en un instante. El doctor creyó que era la temperatura del estetoscopio. Lo sacudió e intentó de nuevo.

*No entiendo. Los pulmones del niño están bien. Su ritmo cardiaco es normal.*



*Ya le hice todos los exámenes y revisiones. No tiene fiebre de acuerdo con el termómetro, pero parece que este niño está... muriendo.*

Christopher forzó una sonrisa. No podían saber lo enfermo que estaba. La enfermedad implica medicinas y las medicinas implican dormir y dormir implica a la mujer siseante. Pero la comezón era tan intensa que iba a acabar con él. Christopher no tenía dónde ponerla, así que respiró profundo y la hundió en sus pulmones.

—Qué buena respiración, hijo —comentó el doctor, amablemente.

La comezón recorrió todo el cuerpo de Christopher y con ella, cada una de las personas que el doctor había revisado en el día. Sus dolores y sus males. Sus fiebres y dolores de cabeza. Christopher pudo sentir el filo enterrándose en el cuello del señor Henderson. Cincuenta años de matrimonio en esa estocada con el cuchillo de pan.

*¡Te hice diez mil comidas con este cuchillo!*

La gripe estaba por todas partes. Pero no era gripe. Era la mujer siseante al otro lado del cristal. Estaba seguro. Su madre le dio otro trago de jugo frío. Sabía a la sangre del señor Henderson corriendo por la mesa de la cocina. Christopher quería vomitar, pero no podía. Nunca lo dejarían salir. Y tenía que irse de ahí.

—Qué rico, mamá. Gracias.

Christopher podía sentir a la mujer siseante en la habitación. Los observaba. Jugaba con ellos como si fueran marionetas. Con cuerdas como las de la gente buzón. Como las del Festival de Globos. Ya había comenzado a meterse en las mentes de las personas para usar sus ojos. El ojo gigante está creciendo. El mal ya está dentro del doctor. Se está rascando la palma. En la que guardaba los acordeones para sus exámenes de Medicina.

—No hay nada físicamente mal en su hijo, señora Reese.

—Tóquele la frente, doctor...

—El termómetro marca treinta y siete grados.

—Pues debe estar descompuesto...

—Lo revisamos con tres distintos. No pueden estar todos descompuestos. No tiene fiebre.

—Podría freír un huevo en su frente.

—Su hijo no tiene fiebre, señora Reese.

Christopher podía sentir la indignación de su madre creciendo. Pero ella mantenía la tranquilidad en su tono de voz.

—¿Y las hemorragias nasales?

—No es hemofílico, señora Reese.

—Pero no le deja de sangrar la nariz...  
—Le hicimos pruebas. No es hemofílico.  
—Entonces, ¿qué tiene?  
—No sabemos.

Su ira iba creciendo. La ira de todos iba creciendo.

—¿No saben? Lo picaron y magullaron durante dos días... ¡¿y son tan estúpidos que no saben?!

—Por favor, cálmese, señora Reese.  
—No me voy a calmar, carajo. Hágle más exámenes.  
—Ya se los hicimos. Exámenes de sangre. Tomografías. Encefalogramas.

*La mujer siseante se...*

*La mujer siseante se... está volviendo más fuerte.*

—¡Hágle más exámenes, maldita sea!

—¡Ya no hay más exámenes! ¡Los hicimos todos! ¡No tiene nada, señora Reese!

—NO PUEDE SER, ¡VÉALO!

Señaló a su hijo y Christopher se vio a sí mismo a través de los ojos de su madre. Estaba tan pálido como un fantasma. Tenía costras de sangre en la nariz. Quería decirle a su mamá que la mujer siseante estaba en la habitación haciendo que todos se odiaran unos a otros. Pero no se atrevía porque...

—¿Hay historial de enfermedades mentales en su familia, señora Reese?  
... podría quedar como un loco.

—¿Hay historial de enfermedades mentales en su familia, señora Reese? —  
repitió el doctor.

La habitación se quedó en silencio. Christopher observó a su madre quedarse inmóvil. No respondió nada. El doctor pareció agradecer el momento de paz. Comenzó a hablar de nuevo con voz insegura, como si anduviera de puntitas en cada sílaba.

—La razón por la que se lo pregunto, señora Reese, es porque he visto muchas veces enfermedades psicosomáticas en niños. Cuando no encuentro una razón física, la causa suele ser psiquiátrica.

Christopher miró a su mamá, su rostro era inexpresivo. Pero, al tomarla de la mano, pudo ver un poco de la película familiar que ella no compartía con nadie. De rodillas. Limpiando la bañera. Sus manos quemadas por el cloro. La sangre de su esposo nunca se quitó. Por eso se mudó de ahí. Y nunca dejó de mudarse.

—Mi hijo no está loco.

—Usted dijo que se arrancó pedazos de la piel de su propio cuello en la escuela, señora Reese. La automutilación es uno de los signos de...

—Fue una pesadilla. Los niños tienen pesadillas.

El doctor guardó silencio. Por un momento.

*El doctor piensa... el doctor piensa... que tengo algo grave. Ha visto la esquizofrenia en niños. Puede presentarse en niños más chicos que yo. El doctor trabaja... el doctor trabaja... para la mujer siseante. Pero él no lo sabe.*

—Intento ayudar a su hijo, señora Reese. No quiero lastimarlo. Puedo llamar al psiquiatra infantil en este mismo momento. Él puede hacerle una evaluación rápida. Si descarta la enfermedad mental, repetiré todos los exámenes físicos. ¿Acepta?

El silencio se asentó en la habitación. Diez segundos que se sintieron como una hora. Pero al fin, la madre de Christopher asintió. El doctor hizo lo mismo y llamó rápidamente al psiquiatra infantil. Tras colgar el teléfono, intentó darle un giro positivo a la situación.

—Sé que esto parece una nube negra, señora Reese, pero hay un lado bueno —dijo—. Su hijo no tiene ningún problema físico.

Se rascó la palma de la mano y sonrió.

—Demos gracias a Dios por eso.

Mary Katherine miró la imagen de Jesús en su pared y recitó una oración.

Sabía que, si sus papás la atrapaban escapándose, la castigarían de por vida, pero no tenía otra opción. Ya no podía usar el auto. No se le ocurría ninguna buena excusa para ir a la farmacia. Pero no podía sacarse las palabras de la señora Keizer de la mente.

«Hueles mal. Estás sucia. ¡Esta chica está sucia!».

Mary Katherine se puso los jeans debajo del camisón. Cuando se los abotonó, notó que le quedaban un poco apretados. Deseó que fuera simplemente porque subió de peso. *Por favor, Dios. Solo subí de peso, ¿verdad?* Se quitó el camisón y se puso una chaqueta de cuero. La que le dieron por tocar la flauta en la banda escolar.

Fue a su cama y metió una almohada bajo las cobijas para que pareciera que seguía ahí. Luego fue por su alcancía. La que su abuela Margaret le dio antes de morir. Mary Katherine quería dejar de usarla. Después de todo, ya no era una niña. Pero era lo último que le dio su abuela, así que le daba culpa deshacerse de ella.

Sacó todo el dinero, incluyendo las monedas.

Lo sumó al dinero que había ganado como niñera.

Tenía alrededor de cuarenta y tres dólares.

Sería suficiente.

Salió de su habitación. Recorrió el pasillo y se detuvo afuera de la puerta de sus padres. Escuchó el silencio al otro lado hasta oír los ronquidos de su padre. Luego bajó las escaleras, tomó las llaves del auto que estaban bajo una imagen de Jesús y salió de su casa. Encendió la vagoneta. En silencio. No quería esperar a que se calentara. Se metió y las manos casi se le congelan con el volante hasta que su fiebre calentó el cuero.

No sabía adónde ir. No podía ir a la farmacia cerca de South Hills Village porque podría encontrarse con algún conocido. Debbie Dunham trabajaba en la tienda donde estaba la otra farmacia nocturna. Mary Katherine no podía permitir que nadie conocido la viera.

Decidió tomar la Ruta 19.

Y alejarse de Mill Grove.

Cruzó los túneles Liberty y vio las luces del centro a su izquierda y la cárcel a la derecha. Ya había recorrido ese puente de camino al hospital Mercy cuando murió su abuela. Ella le dejó mucho dinero que nunca pudo ver ni tocar. Ese dinero era para Notre Dame, según decía su padre. Lo único que le quedó fue la alcancía. Ni siquiera sabía cuál era el nombre de soltera de su abuela. ¿Por qué estaba pensando tanto en ella? Ya casi nunca la recordaba. Y se sentía muy culpable por eso.

Mary Katherine recorrió la Autopista 376 y salió por la avenida Forbes hacia Oakland, donde estaban las universidades Pitt y Carnegie Mellon. Ahí nadie la reconocería. Manejó hasta encontrar una farmacia 24 horas. Se estacionó y se quedó en el auto, mirando el edificio durante unos cinco minutos para ver si había alguien conocido. No vio nada más que las cámaras de seguridad. Entonces se puso su grueso gorro de lana y unos lentes de sol que aún olían al viaje familiar a la playa de Virginia. Aquellos fueron tiempos muy sencillos. Cálidos y soleados. Y sus padres no estaban enojados con ella. Y nunca había hecho nada malo.

Las puertas automáticas la vieron acercándose y se abrieron como la boca de una ballena.

Mary Katherine entró a la farmacia. El corazón le latía a toda velocidad. No sabía en qué sección podría encontrarla. Nunca había estado en una situación igual.

—¿Te puedo ayudar a encontrar algo, linda? —le preguntó la encargada.

—No, gracias. Estoy bien —dijo Mary Katherine.

Su corazón latió escandalosamente. *Ella lo sabe. Lo sabe.*

Mary Katherine hizo su mejor esfuerzo por recorrer los pasillos como si nada. Se detuvo a mirar una bolsa de dulces navideños. Revisó las tarjetas de temporada. Luego se detuvo en la sección de libros y miró los títulos. Cuando pasó por la sección de medicinas para el resfriado, notó que ya no quedaba ni una. Pensó que seguramente todo mundo tenía gripe, pero no reflexionó mucho en eso. Al fin encontró lo que estaba buscando, justo a un lado de los tampones.

La prueba de embarazo.

No tenía idea de cuáles eran las marcas buenas y no se atrevía a preguntar. Así que tomó las tres más caras. Le dieron ganas de robárselas para que la cajera no se enterara. Pero no podía sumar otro pecado a lo que ya había hecho. Sintió culpa tan solo por pensar en el robo.

*Pensarlo es hacerlo.*

Fue al mostrador. La cajera vio las pruebas de embarazo y luego a Mary Katherine. Su sonrisita tensa lo dijo todo.

—Qué bueno que no necesitas medicina para el resfriado, linda. Ya no tenemos. Es temporada de gripe y todo eso —dijo.

Mary Katherine asintió e intentó decir algo como respuesta, pero sabía que, si hablaba, se echaría a llorar.

—Y ¿qué tal los Steelers hoy? Creo que van a ganar todo este año. —Mary Katherine asintió y miró a la mujer. Era tan amable. Casi tan amable como su abuela—. Gracias, linda. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, señora —respondió Mary Katherine.

La mujer cobró las cosas y las puso en una bolsa. Mary Katherine le entregó el pago en monedas de diez y veinticinco centavos, además de algunos dólares hechos bola. No esperó el cambio.

Cuando iba saliendo de la farmacia, llegaron unos universitarios en un escandaloso Ford Mustang. Mary Katherine alcanzó a escuchar las historias de sus últimas conquistas. Esa «zorra tonta» de la casa Kappa. Y esa «perrita negra y sexy» que estaba tan borracha que se hubiera entregado a cualquiera. Mary Katherine volvió rápidamente a la vagoneta de su madre y cerró todas las puertas con seguro. Se quitó el gorro y los lentes y abrió la primera caja. Las instrucciones eran demasiado pequeñas para leerlas en la oscuridad del auto, pero no se atrevía a encender la luz porque alguien podría verla. Tenía que encontrar un lugar más privado. Así que encendió el auto y regresó por el camino que la llevó hasta ahí desde Mill Grove.

Mientras manejaba, pensó en todas las veces en que volvió a casa después de pasar Nochebuena en casa de su abuela. Riéndose con la canción «A la abuela la arrolló un reno». El hombre de la radio terminaba la canción y luego reportaba el avistamiento de un trineo saliendo del Polo Norte. Mary Katherine le decía a su papá que se apurara para llegar a casa antes que Santa. Si no estaba en la cama, Santa se enojaría y ya no pasaría a su casa.

*Apúrate, papi, por favor.*

Mary Katherine pasó junto a la prisión, cruzó los túneles Liberty, Dormont y Mt. Lebanon hasta llegar de nuevo a Mill Grove. Salió de la Ruta 19 y recorrió los suburbios hasta encontrar un lugar perfectamente escondido.

Justo afuera del bosque de la calle Mission.

Mary Katherine se asomó por su parabrisas empañado para asegurarse de que nadie anduviera por ahí. Lo único que vio fue la cerca que protegía los bulldozers y el resto del equipo de la Compañía Constructora Collins. Pero no

había guardias de seguridad ni cámaras. Estaba a salvo.

Tomó las instrucciones, las desdobló cuidadosamente y leyó todo hasta llegar a la traducción a otro idioma. Cuando entendió lo que tenía que hacer, no podía creerlo.

*¿Hacer pipí en un palito?*

Casi le dieron ganas de llorar. Era tan asqueroso. ¿Por qué todo lo relacionado al cuerpo de una chica era tan denigrante? Los chicos se mantienen limpios y secos. Y las chicas tienen que soportar estar muy sucias y fingir que no lo están.

*Hueles mal. Estás sucia.*

Mary Katherine estaba en la casa de su abuela cuando le llegó su primera regla. Pensó que se había cortado ahí abajo. No sabía qué hacer. Así que usó papel de baño. Y cuando eso no bastó, fue al baño de su madre y le robó un tampón. Sentía tanta vergüenza. Cuando se lo puso, comenzó a llorar. Una parte de ella pensaba que era pecado. Y cuando lo sacó, no podía creer lo que veía. No era el líquido azul sobre papeles absorbentes que había visto en los comerciales. Estaba lleno de grumos. Y ensangrentado. Le dio mucho asco. Era tan sucia.

*Estás sucia. ¡Esta chica está sucia!*

Abrió la puerta del auto. El aire estaba helado. Mary Katherine se bajó los jeans y sintió la marca que le había dejado el botón en la barriga. Se agazapó junto al auto, dobló las rodillas y se acuclilló. Luego soltó su vejiga y orinó sobre el palito, con su mente dando vueltas.

*No pasa nada. Solo tuviste sexo oral una vez. No puedes embarazarte por eso. No puedes, ¿verdad? Nunca nadie se ha embarazado por la boca. No funciona así, Mary Katherine. Lo viste en la clase de sexualidad. Tampoco te embarazaste cuando Doug te tocó un seno. Es lo mismo. ¿Cierto? Cierto.*

*Si estoy equivocada, haz que atropelle un ciervo de camino a casa, Dios.*

Mary Katherine encendió su teléfono para tener un poco de luz. Miró el palito. Azul significa que estás embarazada. Rosa que no. Las instrucciones decían que tardaría unos minutos. Cada segundo era como una eternidad.

*No entres en pánico. Sí, te echó esperma en el suéter, pero no puedes embarazarte por tener esperma en el suéter. No funciona así. ¿Verdad que no? Aunque lo toqué y horas después fui al baño. ¿Te puedes embarazar así? No, claro que no. Fui a las clases sobre sexualidad. No funciona así. Sabes que no.*

*Dios, si estoy equivocada, haz que atropelle un ciervo de camino a casa.*

Echó un vistazo hacia la construcción. Los árboles se mecían en la brisa. Y sentía tanta comezón en el brazo. La sentía en toda su piel. Se subió los jeans sobre la piel helada y se metió al auto. Ni siquiera se molestó en apagar la luz.

Solo se quedó ahí, mirando el palito. Rascándose el brazo. Esperando. Rezando.

*Por favor, Dios. Haz que sea rosa. Haz que no esté embarazada. Te juro que no hice nada. No me toqué. Lo pensé. Y sé que pensarlo es hacerlo, pero ¡no lo hice! ¡Me contuve! Ayúdame, Dios, ¡por favor! Juro que iré más a la iglesia. Juro que trabajaré como voluntaria en Shady Pines por el resto del año. Me confesaré con el padre Tom. Les diré a mis padres que me escapé esta noche. Por favor, Dios. Haré lo que sea. Por favor, que sea rosa.*

Mary Katherine bajó la mirada.

Era azul.

Comenzó a llorar.

Estaba embarazada.



Aripiprazol.

La mamá de Christopher tenía el bote de pastillas en la mano. Ni siquiera sabía cómo pronunciar el nombre del medicamento. Pero después de que el psiquiatra infantil pasó una hora con Christopher, le aseguró que era lo correcto para comenzar. Había sido usado en niños y adolescentes, siempre con excelentes resultados.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Un antipsicótico —explicó el psiquiatra.

—Christopher no es psicótico.

—Entiendo cómo se siente, señora Reese, pero su hijo pasó una hora negándose a hablar conmigo porque... —Buscó sus notas y enfatizó sus palabras textuales—: «La mujer siseante está escuchando». Desde hace tres décadas he tratado las enfermedades mentales en niños y es posible ayudar a su hijo. Solo necesito que me apoye.

La madre de Christopher hizo su mejor esfuerzo por poner atención mientras el psiquiatra susurraba tranquilamente palabras como esquizofrenia, trastorno bipolar y depresión clínica para sugerir que su lealtad a Christopher sí ayudaba, pero la negación de su posible problema no. No obstante, aún estaba convencida de que el doctor se equivocaba.

Hasta que la llevó a la habitación de su hijo.

La imagen fue impresionante. Christopher estaba sentado en la cama, pálido como un fantasma. Estaba casi catatónico, parpadeando lentamente y lamiéndose los labios secos. Sus ojos eran dos pedazos negros de carbón. No parecía que la estuviera mirando a ella. Estaba viendo más allá de ella. A través de ella. A través de la pared detrás de ella. Y, en ese momento, solo pudo pensar en el padre de Christopher. Conoció a un hombre sano y hermoso. Pero cinco años después, cuando volvía a casa después del trabajo, lo encontró hablando solo. Habría dado cualquier cosa por conseguir la medicina correcta que lo ayudara. Quizá si hubiera tenido esa medicina en aquel entonces aún tendría esposo y...

*Christopher aún tendría un padre.*

—¿Qué hace esa medicina? —preguntó, odiando cada palabra que salía de su

boca.

—Ayuda a controlar los episodios maniacos. También ayuda a detener la automutilación, agresividad y cambios rápidos de humor. Si el aripiprazol no funciona, podemos probar con otras. Pero siento que es un buen primer paso porque los efectos secundarios son menores comparados con otras medicinas.

—¿Qué efectos secundarios?

—El más común en niños es la somnolencia.

El psiquiatra infantil se rascó la mano y escribió una receta; inmediatamente después, dio de alta a Christopher. Su madre intentó desesperadamente que se quedara ahí. Quería otro examen. Otra explicación. Pero el hospital ya tenía a cientos de personas en la sala de emergencias y no podían dejarle una cama a un niño loco (y a su madre, quien, a juzgar por su expresión, también estaba loca).

Al salir del hospital, la madre de Christopher quedó impactada por lo mucho que habían empeorado las cosas. El edificio ya se encontraba mucho más allá de su capacidad. Todas las habitaciones estaban a tope. La gente comenzaba a llenar los pasillos. Le preguntó a la enfermera que iba empujando la silla de ruedas de Christopher si alguna vez habían visto algo así. La enfermera le dijo que no, pero que al menos nadie había muerto aún.

—Es un milagro —dijo, con su acento extranjero.

Al llegar al estacionamiento, la enfermera se llevó la silla de ruedas.

Kate Reese estaba sola.

Puso a Christopher en el asiento del copiloto e inmediatamente fue a surtir la receta. Por alguna razón, la farmacia del hospital no tenía el medicamento. El tráfico era casi tan psicótico como su hijo había sido acusado de ser. Las bocinas sonaban con tanta frecuencia que parecían patos en un estanque.

Cuando al fin llegaron al supermercado, Christopher estaba tan mal que apenas podía moverse. Ella le besó el cuello y sintió que ardía en temperatura. Luego abrió la puerta del auto para que el frío de diciembre bajara la fiebre que los doctores le habían asegurado que no tenía.

—¿Puedes caminar, corazón?

Christopher no dijo nada. Solo siguió parpadeando y mirando a través del parabrisas. Así que su madre lo ayudó a salir y lo cargó hasta el supermercado como si fuera un bebé. Era demasiado grande para ponerlo en la parte de adelante del carrito, así que su madre se quitó el abrigo para suavizar el metal y lo acomodó en la canasta. Luego corrió a la farmacia y le entregó la receta al boticario.

—Me tomará unos minutos —le dijo el farmacéutico mientras se rascaba la

mano.

La madre de Christopher sabía que podrían estar encerrados por un buen tiempo, así que rápidamente recorrió los pasillos del supermercado buscando lo necesario para sobrevivir las próximas semanas.

Pero no había nada.

Ya había visto tiendas casi vacías antes. Había viajado lo suficiente por el país para ver lo que pasa cuando un tornado o huracán amenazan con llegar a una comunidad. A veces se preguntaba si los supermercados ponían un poco de presión en las noticias locales para que exageraran el impacto de las tormentas cuando necesitaban sacar productos de inventario.

Pero nunca había visto nada como eso.

Todo el Advil, Tylenol y aspirinas. Todas las cremas para salpullido y erupciones. Todas las sopas enlatadas, la fruta seca, las carnes y pescados enlatados.

No quedaba nada.

Si no fuera por su sentido común, la madre de Christopher habría pensado que el pueblo se estaba preparando para una guerra.

Tomó lo que pudo. Carne seca, cajas de sopa de pasta y cereal. Al menos Christopher tendría sus Froot Loops. Fue a la sección de refrigerados. Se llevó algo de queso porque se conserva bien. Luego fue a la leche. Docenas de fotografías de Emily Bertovich lo observaban todo. Tomó dos botes de dos litros y el último galón que quedaba.

Luego echó una mirada rápida al carrito para asegurarse de que Christopher estaba cómodo. Vio que se encontraba bien y enseguida se dio cuenta de que el resto de la gente en la tienda no lo estaba. Todos andaban de malas. Se peleaban por las sobras. Les gritaban a los empleados por no tener suficientes productos. La madre de Christopher mantuvo la cabeza baja. Después de llenar su carrito, volvió a la farmacia para recoger la receta de su hijo. El farmacéutico estaba en medio de una acalorada discusión con un anciano.

—Pregunté si queda alguna aspirina en la trastienda —dijo el hombre.

—Lo que ve es lo que hay —respondió el farmacéutico.

—Puede revisar la tras...

—Lo que ve es lo que hay —interrumpió el farmacéutico.

—¡Necesito la aspirina para adelgazar mi sangre!

—¡Siguiente!

El anciano se fue furioso. La madre de Christopher notó que se rascaba la pierna. Se dirigió al farmacéutico, quien la miró con gesto de «qué tal ese

imbécil» y puso las pastillas de Christopher en una bolsa de papel blanco.

—¿Debe tomarlas con o sin comida? —preguntó ella.

—Lea las instrucciones. ¡Siguiente!

Después de pagar por las pastillas, llevó los víveres al frente. Había una larga fila y solo una cajera. Era una adolescente muy bonita. Un tipo con las botas sucias estaba haciendo ruidos de impaciencia.

—Llevo veinte minutos aquí. ¿Por qué no abren otra maldita caja?

—Lo siento, señor. Todos faltaron por enfermedad —dijo la adolescente.

—Pues entonces deberías apurarte, pedazo de...

—Oye, ¡¿por qué no dejas en paz a la chica?! —dijo un fortachón detrás de él.

—¡¿Por qué no vas a que te den por el culo?!

—¿Por qué no intentas obligarme, imbécil?

Un guardia de seguridad llegó a calmar la pelea. La madre de Christopher se quedó quieta, esperando que pasara la tormenta. El hombre de adelante se dio la vuelta y comenzó a ver las cosas que ella tenía en su carrito. Sus ojos encontraron la leche y sonrió con un horrible gesto.

—Qué buenas leches —dijo.

La madre de Christopher sabía cómo tratar a los tipos peligrosos. Solo había una forma de manejar a un hombre así.

—Mira, tarado. Si tocas cualquier cosa que esté cerca de mi hijo, te rompo las manos.

El hombre la miró directo a los ojos.

—Putá.

—Y a mucha honra —dijo ella, sin expresión alguna.

El hombre al fin se dio la vuelta, furioso. La madre de Christopher volteó a ver al guardia de seguridad y se encargó de lanzarle una mirada coqueta para que se mantuviera cerca de la fila de pago. Cuando los hombres compraron sus víveres y se fueron, ella llegó a la cabeza de la fila. Mientras la adolescente marcaba los productos, la madre de Christopher vio al tipo de las leches yendo hacia su 4x4. La chica detrás de la caja registradora tosió. Al parecer ella también tenía gripe. La madre de Christopher vio la placa con su nombre. Decía DEBBIE DUNHAM.

—¿Noche difícil, Debbie? —preguntó la madre de Christopher.

—Infernal —dijo la chica sin una pizca de humor—. ¡El que sigue!

La madre de Christopher esperó en la tienda a que todos los hombres de la fila se subieran a sus camionetas y se fueran. Sabía que el tipo de las leches podría estar esperándola en la parte trasera. Lejos de las cámaras de seguridad. Lejos de la luz. Ya había estado antes en situaciones así. Aprendió a la mala.

Pero lo aprendió.

El camino de regreso del supermercado a su casa debía tomarle diez minutos, pero el tráfico, de algún modo, empeoró en lo que estuvo en la tienda. Tenía unos cinco kilómetros de retraso. Muchas personas comenzaron a sonar las bocinas de sus autos. Escuchó las ventanas bajando y las voces gritando en la noche.

—¡Vamos! ¡Avancen!

—¡No tengo toda la noche, carajo!

Cuando al fin llegó al frente del embotellamiento, se dio cuenta de que se debía a un accidente.

—Mirones —pensó en voz alta.

Un ciervo se había estrellado contra una pickup. El animal estaba incrustado en la ventana del conductor. Parecía como si se hubiera lanzado a propósito, intentando matar al conductor, cuyas heridas en la mano ya atendían los paramédicos. El ciervo le había enterrado un cuerno como si fuera una estaca. En algún momento, el conductor levantó la cara. El corazón de la mamá de Christopher se detuvo por un instante al ver que era el tipo de las leches. Sabía que el hombre no podía verla en la oscuridad, pero aun así sintió que estaba viéndola y pensando en la palabra.

*Putá.*

Ella pasó rápidamente junto al accidente y decidió no tomar la Ruta 19. No podía arriesgarse a otro embotellamiento. Así que tomó las callecitas que llevaban a su vecindario.

Pasaron por la vieja casa de los Olson en la esquina. Christopher recargó su cabeza en el frío cristal de la ventana. El calor de su frente derritió lo empañado del vidrio. Llegaron al punto entre la cabaña de madera y su casa. La anciana estaba en el ático, dormida en su silla.

La madre de Christopher llegó a su casa y metió el auto al garaje. Rápidamente salió de su asiento y se pasó al lado de su hijo. Abrió la puerta del auto.

—Vamos, cariño. Ya llegamos a casa.

Christopher no se movió. Solo siguió mirando a través del parabrisas. La única señal de vida era que se lamía los labios secos y partidos. Su madre se inclinó para tomarlo entre sus brazos. Habían pasado años desde la última vez que lo cargó para sacarlo del auto. Entonces era tan pequeño. Ahora estaba tan enfermo.

*No vayas a llorar, maldita sea.*

Llevó a Christopher en brazos hasta la casa y lo subió a su habitación. Le quitó los zapatos que se había puesto para el desfile de Navidad. Dios, ¿cuánto tiempo

había pasado? ¿Dos días? ¿Dos y medio? Se sentían como años. Su ropa estaba cubierta de sudor por la fiebre. Tanto, que tuvo que arrancársela como la piel vieja de una serpiente. Luego lo llevó a la tina y lo limpió como cuando era lo suficientemente pequeño para caber en el fregadero de la cocina. Quería quitarle el hospital del cuerpo. Quitarle los gérmenes. Quitarle la locura. Lo talló de la cabeza a los pies y luego le puso su nueva pijama favorita. La de Iron Man. Por alguna razón, un mes atrás había dejado de usar la de Bad Cat.

La madre de Christopher lo metió bajo las cobijas. Volvió al baño y sacó los analgésicos del gabinete de las medicinas. Esperaba encontrar suficientes para varias semanas, pero, al verlos, quedaban quizá dos dosis de Tylenol infantil y uno de Advil para niños.

—¿Te has estado tomando las medicinas tú solo, Christopher?

Su hijo se quedó inmóvil en su cama, mirando por la ventana el cielo nocturno. No dijo nada. Ella entendió que le estuvo ocultando cosas. ¿Cuánto tiempo llevaba enfermo? Y ¿por qué fingiría estar sano para ir a la escuela? ¿Acaso los niños no suelen hacer lo contrario? La madre de Christopher sentó a su hijo en la cama y le dio el Tylenol. Pudo sentir que la almohada ya estaba caliente bajo su cuello, por lo que instintivamente le dio la vuelta. Luego lo recostó sobre el lado fresco.

—Voy a hacer de cenar para que puedas tomarte tu pastilla, cariño. Tú sólo descansa, ¿de acuerdo?

Christopher no reaccionó. No habló. No se movió. Su madre se fue rápidamente a la cocina. Abrió la caja de fideos con pollo Lipton. Los favoritos de su hijo desde que era pequeño.

«Me gustan los fideos chiquitos, mami».

*Ya basta, Kate.*

Sacudió la cabeza. No se permitiría llorar. Sé fuerte. La debilidad no ayuda. Agregó unas verduras congeladas para que tuviera más vitaminas. Marcó cinco minutos en el temporizador del microondas y lo echó a andar. Luego sacó pan, mantequilla y queso. Comenzó a hacer los sándwiches a la parrilla.

«Yo quiero los míos tostados, mami».

*Detente ahora mismo.*

Mientras la comida se cocinaba, la madre de Christopher sacó el bote de aripiprazol. Rápidamente leyó las instrucciones. Podían tomarse con o sin alimentos, pero estaba tan enfermo que no se iba a arriesgar a que vomitara lo único que podría ayudarlo. Lo único que podría hacer que las voces desaparecieran.

«Papi falleció».

«¿Qué significa fallecer, mami?».

*Deja de llorar, maldita sea.*

Pero no podía. No podía evitar que sus ojos derramaran lágrimas más de lo que Ambrose podía evitar que los suyos se llenaran de nubes. Se obligó a leer las instrucciones. Vio los efectos secundarios en niños. Fatiga. Somnolencia.

—Va a poder dormir. Necesita dormir —se aseguró a sí misma.

Dolores de cabeza. Náuseas. Congestión nasal. Vómito. Movimientos descontrolados e inquietud, temblores debidos a la rigidez muscular.

*Tu hijo está loco igual que tu esposo.*

La madre de Christopher pateó la alacena. Pateó toda la cocina. Llevaba dos días despierta. No se permitió dormir. Estuvo abrazando a su hijo todo ese tiempo, mientras él babeaba, porque nadie sabía qué le estaba pasando. Maldito sistema. Una bola de ambiciosos que le quitaba la cama a un niño solo para poder cobrarle miles de dólares al día al seguro de otra persona por la misma cama y sin darles ni una jodida respuesta.

*¡Deja de llorar, estúpida puta!*

DING.

Sonó el temporizador del microondas. La madre de Christopher miró a su alrededor, confundida. Puso el temporizador hacia cinco minutos. ¿Adónde se había ido el tiempo? Retiró la sopa del fuego. Les dio la vuelta a los sándwiches de queso al ver que estaban con el tostado perfecto. Lo puso todo en una bandeja junto con una pastilla de aripiprazol. Agregó un vaso de leche fría para bajar la comida. Emily Bertovich la miraba fijamente desde el interior del refrigerador cuando cerró la puerta. Luego, se limpió hasta la última evidencia de llanto y subió las escaleras, totalmente lista para alimentar a su hijo como lo hacía cuando era un bebé.

Pero al llegar a su habitación, Christopher ya no estaba.

—¿Christopher? —dijo.

Silencio. Bajó la bandeja de comida y medicina. Corrió a la ventana. Se asomó hacia la nieve en el patio trasero. No había huellas. Solo un par de ciervos alimentándose de los árboles perennes del bosque de la calle Mission.

—¡¿Christopher?! —gritó.

Corrió al baño. Las imágenes de su esposo le llenaron la cabeza. Recuerdos que tenía guardados como un extintor en una caja de vidrio. Rómpase en caso de emergencia. El día en que Christopher desapareció. El día en que volvió a casa y encontró a su esposo inmóvil en una tina y a su hijo llorando junto a él.

Abrió la puerta. Christopher no estaba ahí. Fue a su habitación. Al otro baño. Tampoco. Bajó las escaleras. Fue a la sala. ¿Estaba viendo televisión? No. ¿Estaba en el patio trasero? No. ¿En el garaje? ¿En la cocina? ¿En el jardín de la entrada? No estaba por ninguna parte.

—¡Christopher Michael Reese! ¡Ven ahora mismo!

Nada. Miró la puerta del sótano. Estaba abierta. Corrió hacia la oscuridad. Fue hacia la esquina y encendió la luz fluorescente. Y entonces vio a su hijo hincado frente al sofá. No estaba catatónico. Estaba despierto.

Y estaba hablando solo.

—¿Qué ha podido averiguar? —le susurró al sofá.

La mamá de Christopher no podía hablar. Fue hacia su hijo. Bajó la mirada hacia el sofá y vio el viejo abrigo de su esposo sobre unos viejos pantalones. Una bolsa de plástico blanca simulaba la cabeza. Un espantapájaros plano y aterrador.

—¿Con quién estás hablando, Christopher?

—¿En serio está bien? —le preguntó a la bolsa de plástico.

Tras un momento, Christopher se dio la vuelta y le sonrió a su madre.

—Este es mi amigo, mamá. El hombre amable. —Luego, Christopher se llevó un dedo a los labios—. Y, ahora, shhh. O la mujer siseante sabrá que él está aquí abajo.



La madre de Christopher tenía la pastilla en su mano temblorosa. Observaba a su hijo hablar solo en la mesa de la cocina. La nariz le estaba sangrando de nuevo. Su piel estaba tan horriblemente pálida que parecía que ya no quedaba ni una gota de sangre en su cuerpo. Intentó sacarlo del sótano sin la bolsa de plástico blanca, pero él gritó desesperado y luchó con la fuerza de todos los berrinches infantiles del universo. Al fin, ella se rindió y lo dejó llevarse la bolsa. Y ahora tenía en el rostro una sonrisa reconfortante, como un pescado con dos anzuelos en la boca.

—Te voy a servir leche, cariño. Te sentirás mejor en cuanto tomes la pastilla —dijo ella.

Christopher solo le susurró a la bolsa de plástico.

—¿Ella ya está aquí, señor? ¿Ya viene?

*Tu hijo está loco, igual que tu esposo. No hiciste nada mal, Kate. No es tu culpa. Solo debes enfrentar el problema.*

*Solo debes amarlo.*

La madre de Christopher tomó el vaso de leche. Intentaba que sus manos dejaran de temblar.

—Todo va a estar bien —dijo con voz tranquila.

Puso la pastilla en la boca de su hijo y levantó el vaso de leche. Esperó a que la tragara. Él la guardó en su boca durante diez segundos y luego exhaló con la poca fuerza que le quedaba.

Escupió la pastilla.

—Mamá —dijo con un susurro apenas audible—. El hombre amable dice que no me puedo tomar esas pastillas. Por favor, no me las des.

*Está loco, Kate. Solo dale la pastilla. Lo va a ayudar.*

—Todo va a estar bien, Christopher. Confía en mamá. Yo te voy a ayudar.

La madre de Christopher fue por el bote de pastillas. Sumió la tapadera para desbloquear el seguro contra niños. La tapa crujió. La madre de Christopher se echó otra pastilla en la mano. Miró a su hijo, que estaba susurrando entre dientes.

—Mamá, por favor. Tienes que creerle. No me obligues a dormir.

*¿Quieres que se lo lleven, Kate? ¿Que lo encierren en un manicomio?*

—Tómame la pastilla, cariño.

—¡No!

Christopher empujó el vaso. La leche helada se derramó por toda la mesa hasta alcanzar los jeans de su madre. La ira la fue llenando.

—¡Maldita sea, Christopher! ¡Intento ayudarte! —siseó.

Se odiaba por enojarse. Por gritar. Por no haber visto antes su enfermedad. Se levantó rápidamente y sirvió otro vaso de leche. Se dio la vuelta y vio que su hijo le susurraba a la bolsa de plástico blanca. La sangre corría por su nariz. Ni siquiera se molestaba en limpiársela.

—Sé que no puedo dejar que me la dé, pero cree que estoy loco. ¿Qué puedo hacer? —susurró.

*Míralo, Kate. Esto lo está matando.*

La madre de Christopher se acercó a su hijo. Tendría que meterle la pastilla a la boca y mantenérsela cerrada hasta que se la tragara y pidiera leche. Era la única manera. Ya había perdido a su esposo. No perdería a su hijo.

—No me obligues a tomármela, mamá —suplicó el niño.

—Tienes que tomártela, Christopher. Te ayudará a dormir.

Christopher miró la bolsa de plástico blanca.

—¡Ayúdeme, señor, por favor! ¡Dígame qué decir!

*Se va a hacer daño. Dale la pastilla.*

—¡No hay nadie más aquí, cariño! Solo tómame la pastilla. Todo va a estar bien.

—¡No! —gritó Christopher hacia la bolsa de plástico—. Ya cree que estoy loco. Si le digo me va a dejar de querer.

La madre de Christopher se congeló.

—Siempre te voy a querer, cariño. Dime.

—Mamá... —Christopher la miró. Su voz temblaba por el miedo. Las lágrimas comenzaron a salir de sus ojos. Rodaron por su rostro como agua en un sartén caliente—. El hombre amable quiere que te diga algo.

*No hagas caso a lo que te diga, Kate.*

—Dime qué es, Christopher.

Su hijo respiró profundamente y volteó hacia la bolsa de plástico blanca para darse fuerzas. Luego asintió y habló en voz baja.

—Mamá... sé que la cerveza no se sirve en las rocas. Sé que toda tu familia fue muy mala contigo menos un tío. El tío Robbie murió cuando tenías diez años. Unos hombres lo golpearon por ser diferente.

*Su padre se lo dijo, Kate. Dale la pastilla.*

—En su funeral le prometiste que, si tenías un hijo, siempre le creerías. A ti nadie te creyó cuando eras niña. Les dijiste a tu mamá, a tu tía y a tu abuela. Pero nadie hizo nada. Y cuando eras niña, estabas tan enojada que pensabas que podías cerrar los ojos y destruir el mundo. Pero nunca lo intentaste porque no sabías dónde podrías vivir después.

*Su padre se lo dijo. Lo sabes. Sé fuerte.*

La madre de Christopher podía sentir que la electricidad llenaba su casa. Podía oler el ozono. Como en los relámpagos. Dos nubes chocando. Los vellos de su nuca se erizaron. Su hijo se sentía electrizado como un globo tras frotarlo contra un suéter.

—Está bien. Vamos a superar esto, cariño. Te lo prometo —dijo.

—Conociste a papá cuando huiste de tu casa. Al principio le pediste que te golpeará porque pensaste que sin golpes no hay amor. Él no lo hizo. En vez de eso, te abrazó. Creíste que nunca ibas a dejar de llorar.

*Tu esposo estaba loco, Kate. Él le dijo todo a tu hijo. Dale la pastilla.*

—Mamá... sé que papá se quitó la vida en la tina. Sé que sufriste mucho y me ocultaste casi todo. Te mudaste una y otra vez para huir de la sangre, pero no se iba, así que volvías a mudarte. Cuando conociste a Jerry, estabas muy triste. Sé que Jerry te pegaba, mamá. Y por eso me alejaste de él, para protegerme. Nunca nadie hizo eso por ti.

—¿Cómo sabes todo eso, cariño? —preguntó al fin.

—Porque el hombre amable me lo dijo.

*¿Qué diablos te está pasando, Kate? Está loco. ¡Dale la pastilla!*

—Él me pidió que construyera un portal al mundo imaginario para ayudarlo. Porque la mujer siseante va a romper el cristal que divide su lado con el nuestro. ¡Tenemos que detenerla, mamá! Es peligrosa. Yo estaba en la cocina contigo y Jill. Crees que tú derramaste el café, pero en realidad fue la mujer siseante. Ella quiere que yo me duerma. Quiere que le diga dónde está el hombre amable y luego me va a matar porque soy muy poderoso.

*¿Quieres perder a otro hombre? ¿Quieres quedarte sola de nuevo?*

—Pero cada vez que voy al lado imaginario, me hace daño. Por eso me sangra la nariz. No es mi sangre. Es tu sangre. Es la sangre de papá en la tina. Es la sangre de la señora Keizer. ¡Por favor, mamá! Puedo sentir la quemadura en tu mano. Podía sentir a todos los ancianos en el desfile. A la gente en el hospital. Puedo sentir todo su dolor. Toda su alegría. ¡Lo que sé de la gente me está matando!

*¿Escuchaste eso? ¡Lo está matando, Kate! ¡Dale la pastilla!*

La madre de Christopher se detuvo por un momento. Luego abrazó a su hijo y lo miró directamente a los ojos.

—¿Qué sabes sobre la gente, cariño?

—Todo.

Con esa palabra, Christopher se soltó entre los brazos de su madre y se echó a llorar. Al tenerlo ahí, supo que estaba demasiado débil para resistirse a la pastilla. Era su oportunidad.

*Dale la pastilla, Kate.*

La madre de Christopher siguió abrazando a su hijo mientras él se sacudía entre sollozos. Temblaba por la falta de sueño. Toda una vida de ser madre volvió a su cabeza. Cada almohada que volteó hacia el lado fresco. Cada sándwich de queso a la parrilla preparado justo como a su hijo le gustaba.

*¡Dale la pastilla, Kate! ¡O eres una madre terrible!*

La madre de Christopher se detuvo a escuchar la voz.

*Eres una madre terrible, Kate. Ahora, ¡dale la pastilla!*

Y ahí fue cuando se dio cuenta de que esa no era su voz.

Sonaba como ella. Era casi perfecta. El tono era correcto. Podía ser negativa consigo misma. Tenía un monólogo interno que a lo largo de los años le había dicho algunas cosas despiadadas.

Pero...

Kate Reese no era una madre terrible. Era muy buena. Ser la madre de Christopher era lo único en lo que era muy buena. Y una maldita perra estaba imitándola a la perfección para convencerla de lo contrario. Algo quería que Christopher se tomara las pastillas. Algo quería que su hijo durmiera. Algo quería a su hijo.

—¿Quién eres? —dijo la madre de Christopher en voz alta—. ¿Quién anda ahí?

La habitación estaba en silencio, pero ella podía sentir que había algo más ahí.

—¿Ya me crees, mamá? —susurró Christopher.

Su madre miró el bote de pastillas que aún tenía en la mano. En un solo movimiento, tiró todo el aripiprazol al fregadero.

—Sí, cariño. Ahora ve a empacar tus cosas. Nos vamos a largar de aquí.

Mary Katherine cruzó las puertas de la iglesia. Era tarde y el lugar estaba vacío. La única luz era la del farol de la calle que se filtraba por los vitrales y unas cuantas velas encendidas por los deudos que intentaban mantener a su familia viva a través de la fe. Salvo por eso, solo había oscuridad. Mary Katherine mojó sus dedos en el agua bendita y recorrió el pasillo central hasta el frente. Se persignó y se sentó en la banca que solía estar reservada para la familia Collins. Pero no estaban ahí. En ese momento, solo estaban Mary Katherine y Dios.

Y el bebé.

Mary Katherine rechazó ese pensamiento. Apenas recordaba cómo había llegado hasta ahí. Pensó en cómo la primera prueba de embarazo se volvió rosa. Sabía que no podía estar embarazada. Era imposible. Así que se había convencido de que la primera prueba estaba defectuosa. Sí. Esa era una explicación mucho más razonable que una virgen embarazada. Abrió la otra caja y leyó las instrucciones bajo la luz de su celular. Con esa marca, si aparecían dos líneas, estaba embarazada. Si solo era una, no lo estaba. Se acuclilló y orinó sobre el siguiente palito y esperó como un prisionero frente a la junta de libertad bajo palabra. Los siguientes minutos le parecieron una eternidad. Esperando una línea. Esperando una sola línea.

*Por favor, Dios, que sea solo una línea.*

Cuando las dos líneas aparecieron, trajeron lágrimas con ellas. Inmediatamente, Mary Katherine abrió la última caja y leyó las instrucciones a toda prisa. Un signo de más (+) significaría que estaba embarazada. Un signo de menos (-) significaría que podía despertar de esa pesadilla y volver a su vida como si nada hubiera pasado. Tras orinar en un palito por tercera y última vez, observó la prueba (la prueba de Dios) y prometió estudiar mucho. Entrar a Notre Dame. Casarse. Tener una carrera. Tener hijos con su esposo como cada mujer de su familia había hecho por generaciones. Dios, por favor, que sea un signo de menos (-). Rezó con más fuerzas que su padre mientras estuvo en Notre Dame y en todos los partidos de los Steelers juntos cuando el *quarterback* lanzaba un pase largo al final. ¿Cómo les dicen?

*Un Ave María.*

Miró el palito y vio el signo de más (+) en su mano como la cruz de oro que llevaba al cuello. Y lloró. La prueba de Dios era de tres por tres. Padre. Hijo. Espíritu Santo. Mary Katherine tendría una pancita bajo la toga. Nunca podría volver a ver las fotos de su graduación. Y cuando las personas de las admisiones en Notre Dame se enteraran, rechazarían su solicitud.

No supo cuánto tiempo pasó ahí, en el frío, llorando con la cabeza entre sus manos, pero cuando al fin se levantó, las rodillas le dolían como si hubiera representado la pasión. De alguna manera, logró llegar a su auto. Y de alguna manera, logró llegar a la iglesia. Y ahora estaba hincada en la banca. Cerró los ojos y rezó con todo su corazón.

*Perdóname, Dios. No sé qué hice, pero sé que hice algo mal. Por favor, dime qué hice y lo corregiré. Lo juro.*

Silencio. Enterró las rodillas en la banca. Se rascó el brazo. No podía dejar de rascarse. Su teléfono vibró al recibir un mensaje. El sonido la asustó. No sabía quién podría enviarle un mensaje a esa hora. Quizá Doug se había despertado. Quizá sus padres descubrieron su cama vacía. Sacó su teléfono. El mensaje era de DESCONOCIDO.

El mensaje decía: Orinaste en un palito, puta.

Mary Katherine sintió que el corazón se le atoraba en la garganta. Decir que estaba mortificada se quedaba corto. Alguien la estuvo observando en el bosque.

Su teléfono volvió a vibrar: Oye, Virgen María. Te estoy hablando.

Mary Katherine borró los mensajes. Quería que todo desapareciera. Ella misma quería desaparecer.

*Dios, por favor. No entiendo por qué está pasando esto. Lo que sea que haya hecho que te molestó, lo corregiré. Solo dime qué hacer. Solo necesito que me hables.*

Su teléfono vibró de nuevo: Dije que te estoy hablando, puta.

Mary Katherine miró a su alrededor. No había nadie más en la iglesia. De pronto, sintió un temor enorme en el estómago. Se guardó el teléfono en el bolsillo. Volvió a vibrar. Dos veces. No pudo contenerse y lo miró.

¿Por qué no me contestas?

¿Crees que vales más que yo?

Mary Katherine escribió su respuesta: ¿quién eres?

Su teléfono vibró: tú sabes.

Su teléfono se quedó en silencio y, de pronto, el lugar se enfrió.

Vibró de nuevo: Te estoy viendo ahora mismo.

Mary Katherine soltó un grito. Se dio la vuelta para ver la iglesia completa, pero no encontró nada más que la estatua de Jesús y los santos, para siempre

congelados en los vitrales. De pronto, sus instintos le dijeron que saliera de ahí. Que se fuera a su auto. De inmediato. Mary Katherine se levantó sin persignarse. Corrió por el pasillo central hacia la salida. Algo andaba mal. Podía sentir el peligro a su alrededor. Abrió la puerta de la iglesia.

La señora Radcliffe estaba afuera.

Mary Katherine gritó. La señora Radcliffe se estaba rascando el brazo. Tenía los ojos inyectados de sangre. Su frente estaba cubierta por el sudor de la fiebre.

—¿Qué haces aquí, Mary Katherine? Son casi las dos de la madrugada.

—Perdón, señora Radcliffe. Ya me iba.

La señora Radcliffe se le acercó, rascándose el brazo.

—Tienes algo diferente.

—Solo estoy nerviosa por Notre Dame. Vine a rezar. Feliz Navidad.

Mary Katherine fingió una sonrisa y corrió al estacionamiento. Ya no le importaba lo que le harían sus padres. Solo tenía que volver a casa. Se metió al auto y lo encendió. Se asomó por el espejo retrovisor, donde vio a la señora Radcliffe desapareciendo en la iglesia. Mary Katherine no sabía qué estaba haciendo ahí tan tarde. Quizá estaba triste. Quizá quería prender una vela por su familia. Lo único que sabía con seguridad era que, por alguna razón, la señora Radcliffe andaba sin zapatos.

Mary Katherine echó a andar el auto.

*Ella lo sabe, Mary Katherine. Se va a acordar de que vomitaste después de la comunión. Tenías náuseas matutinas por el embarazo y la hostia te supo al cuerpo de Cristo. Eso es canibalismo. Das asco.*

Su voz interna era implacable. Mary Katherine observó el velocímetro. Iba a treinta kilómetros por hora. Su corazón se aceleró. Tenía que llegar a casa. Llegar con bien. Pisó el acelerador.

*Te vio tomar el vino. ¿En serio crees que bebiste la sangre de Dios? Eso te convierte en un vampiro. Es una locura. La Iglesia no aceptaría el canibalismo ni el vampirismo. La Iglesia es hermosa. Eso no tiene ningún sentido.*

Mary Katherine se asomó por el retrovisor. Vio el campanario de la iglesia alejándose. No se dio cuenta, pero ya iba casi a cincuenta kilómetros por hora. La voz en su cabeza se volvió más fuerte, como si hubiera subido el volumen a la televisión.

*Lo que te está pasando no es culpa de Dios. Sino tuya. Fuiste tú quien pensó en sexo. No importa que no lo hayas hecho. Conoces las reglas... pensarlo es hacerlo. Así que para nada eres virgen. Eres una puta.*

Su teléfono vibró. El mensaje solo decía: Sigo aquí, puta.

Mary Katherine se rascó el brazo. No podía dejar de rascarse y preguntarse quién le estaba escribiendo. Miró el cielo. Las nubes volaban sobre su cabeza. La aguja del velocímetro subió a cincuenta y seis kilómetros por hora. Tenía que llegar a su casa. Sesenta y cuatro kilómetros por hora.

*¿Y ahora quieres que Dios te perdone? Después de que vomitaste su sangre y su cuerpo. Después de que te metiste la cosa de Doug en la boca. Después de que no te importaron todos esos ancianos, porque lo único que querías era entrar a Notre Dame. Después de todo eso, ¿crees que Dios te eligió? Anda, Mary Katherine. Pregúntaselo.*

—Dios —dijo ella en voz baja—, ¿voy a tener a Tu bebé?

Su teléfono vibró. No había nada más que un emoji sonriente, burlándose de ella. Mary Katherine miró a ambos lados de la carretera. Los ciervos comenzaron a salir de entre los árboles. Ochenta kilómetros por hora. Ignoró el mensaje de texto y siguió rezando.

—Te lo pregunto, Dios, porque, pues... estoy pensando cosas muy malas. No puedo dejar de pensar en tirarme por las escaleras. Quiero golpearme en el estómago para provocarme un aborto. Y ya no quiero pensar eso. Así que dime, Dios. Si llevo dentro a Tu hijo, haz que atropelle un ciervo.

Su teléfono vibró. Ese mensaje no tenía palabras. Solo ese emoji sonriente. Mary Katherine comenzó a hiperventilarse. No podía ver la carretera frente a ella. Cada vez había más y más ciervos. Se pasó un alto. Otro y otro. Noventa y seis kilómetros por hora.

—Por favor, solo esta vez. Dímelo. Porque no dejo de pensar en matarme. No lo haría, pero pensarlo es hacerlo. Así que lo acabo de hacer. ¿Lo hice? ¿Me maté? ¿Estoy muerta? ¿Acabo de pecar? ¿Estoy condenada para siempre? Si estoy condenada para siempre, haz que atropelle un ciervo.

Mary Katherine se pasó un semáforo en rojo. Se pasó un señalamiento del límite de velocidad a cuarenta. No podía quitarse el pecado de encima. No podía correr hasta dejarlo atrás. Sin importar qué tan rápido manejara. No podía limpiarse del pecado. Miró el velocímetro: ciento doce kilómetros por hora.

—Dios, por favor. Necesito que me digas en este mismo momento si voy a tener a Tu bebé, porque no dejo de pensar en el aborto. Y eso es un pecado mortal. Pero no dejo de pensarlo, y si no dejo de pensarlo, lo estoy haciendo. Y no quiero hacerlo. No quiero lastimar a Tu hijo. ¡Por favor! ¡Por favor, ayúdame! Dios, si quieres que aborte, haz que atropelle un ciervo. Si quieres que me mate. ¡Si quieres que me muera! ¡Si quieres que tenga a Tu hijo! ¡Solo dame una señal y lo haré! Haré cualquier cosa por ti, Dios.



Mary Katherine vio la luz roja adelante. Los ciervos observaban su auto desde un costado de la carretera. En vez de bajar la velocidad, hundió el acelerador. Cruzó volando la intersección justo cuando la luz se puso en verde. Ciento veintiocho kilómetros por hora. Ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora.

Su teléfono vibró una última vez: *Ahora morirás, puta.*

Al alcanzar los ciento sesenta kilómetros por hora, Mary Katherine sintió que el mundo se quedaba en silencio. No tenía idea de por qué lo estaba haciendo, pero sentía como si alguien más estuviera pisando el acelerador. Alguien más estaba tomando su teléfono. Alguien más estaba respondiéndole furiosamente a esa maldita persona que la estaba acosando.

*¿QUIÉN DIABLOS ERES?!*, escribió Mary Katherine.

Soltó el teléfono.

Iba a más de doscientos kilómetros por hora.

No vio el ciervo a tiempo.

La madre de Christopher corrió por toda la casa echando las cosas importantes en una maleta. Comida. Ropa cálida. Pilas. Agua. Podía dejar todo lo demás. Después podrían volver por el resto. Pero cuando las cosas se ponían peligrosas, sabía que la opción más inteligente era huir. Y eso era más que peligroso. Algo en Mill Grove estaba enloqueciendo al pueblo.

Y estaba matando a su hijo.

—¡Nos vamos en un minuto! —gritó por el pasillo.

Afuera, el viento aullaba. La madre de Christopher deslizó la puerta del clóset para abrirla. Tomó toda la ropa de invierno que pudo encontrar y la empacó en su maleta. Estaba por cerrarlo cuando vio el vestido de diseñador que se compró en el *outlet*. El que usó en su cita con el alguacil.

*El alguacil. No puedes dejar al alguacil.*

De nuevo esa voz. Imitándola. Intentando detenerla.

—Lo llamaré en el camino —dijo en voz alta para asegurarse de que realmente eran sus palabras.

Descartó el vestido de diseñador, los tacones y tomó una bufanda gruesa, botas, guantes y mil dólares en efectivo que tenía escondidos en una lata falsa de aerosol. Lo echó todo en la maleta y luego corrió por el pasillo hacia la habitación de Christopher. Lo encontró sentado en su cama. Su maleta vacía. No había empacado nada. Solo la fotografía de su padre.

Y la bolsa de plástico blanca.

—¿Qué haces?! —preguntó ella.

—Mamá, el hombre amable dice que no deberíamos irnos. Algo malo pasará.

—Dile que lo siento, pero nos vamos.

—Pero, mamá...

—¡Esto no es un debate! —gritó ella.

Luego se puso a llenar la maleta de su hijo. Christopher se llevó la bolsa de plástico a la oreja como si fuera un caracol y escuchó. Tras un momento asintió y volteó a ver a su madre.

—Dice que cuando hablaste en voz alta, la mujer siseante te escuchó. ¡No dejará que me saques de aquí, mamá!

—¡Ya veremos!

La rama de un árbol arañó la ventana.

—Ya viene, mamá.

El viento aulló afuera. Una rama rozó la ventana como si fueran las uñas de un bebé.

—¡Nos vamos ahora mismo, Christopher!

Tras cerrar la maleta de golpe, la tomó con la mano derecha y a su hijo con la izquierda. Christopher miró la bolsa de plástico blanca.

—No podrá ayudarnos si ella lo atrapa, señor. ¡Corra!

Abrió la ventana de su habitación y tiró la bolsa de plástico. El viento se la llevó como un cometa. Había media docena de ciervos en el patio trasero. Dejaron de comerse las plantas para comenzar a perseguir la bolsa hacia el bosque. En la planta baja, se escuchó un golpe seco.

—¡Está en la puerta principal, mamá!

La madre de Christopher lo cargó y bajó corriendo las escaleras. Sacó las llaves de su auto y abrió la puerta del garaje. La casa se enfrió bruscamente. La madre de Christopher corrió y abrió el auto. Acomodó a su hijo en el asiento de enfrente.

—¡Ya está en la casa!

Unas piedritas golpearon la puerta del garaje, impulsadas por el viento embravecido.

La madre de Christopher echó las maletas junto al kit de emergencias de viaje y las cosas del supermercado que no desempacó. Luego se fue al asiento del conductor y se subió. Presionó el botón para abrir la puerta del garaje.

—¡Ya está en el garaje, mamá!

La madre de Christopher volteó, pero no vio nada. Luego miró a su hijo. Sus ojos comenzaron a cerrarse.

—Mamá, tengo mucho... sueño.

—¡No! —gritó ella—. No te duermas. ¿Me oyes? ¡No te duermas hasta que estemos lejos de este lugar!

Le dio la vuelta a la llave. El motor hizo unos ruidos, pero el auto no encendía. Lo intentó de nuevo. La segunda vez, el auto cobró vida con un rugido. La puerta del garaje se abrió. La madre de Christopher se echó en reversa y luego se asomó por el espejo retrovisor.

Fue ahí cuando vio a la anciana de la cabaña de madera.

—¡¿Adónde te lo llevas?! —gritó.

La anciana se lanzó contra el auto. Intentó abrir la puerta de Christopher, pero

su madre puso de inmediato los seguros automáticos.

—¿Dónde está mi esposo? Nadamos juntos en el río Ohio. ¡Era un muchacho muy guapo!

La anciana puso las manos en la ventana de Christopher. La madre pisó el acelerador y se alejó de la casa. La hija de la anciana, que estaba en la cabaña de madera, corrió hacia la ventana del copiloto, persiguiendo el auto como un perro. La madre de Christopher aceleró y se fue a toda velocidad por la calle. Jenny Hertzog salió corriendo de su casa.

—¡Deja de meterte a mi habitación! ¡Te voy a ahogar en un charco! —gritó Jenny.

La madre de Christopher aceleró al pasar por la antigua casa de David Olson en la esquina. Jill estaba afuera con su esposo, Clark. Habían bajado la cuna del cuarto de arriba al porche. Clark estaba abrazando a Jill mientras ella sollozaba sin control.

—¡Te pedimos un bebé! ¡¿Dónde está nuestro bebé?! —gritaba.

La madre de Christopher salió del vecindario a toda velocidad. Lejos de la locura. Lejos del bosque de la calle Mission. Miró el medidor de gasolina. Estaba casi vacío. Sabía que, si habían arrasado con todo en el supermercado, la gasolinera debía estar casi igual. Volteó a ver a su hijo en el asiento de al lado. Sus ojos se estaban cerrando.

—¡Cariño, no! ¡Ella quiere que te duermas! ¡Lucha contra ella!

Abrió las ventanas. El aire estaba helado. Hizo que le dolieran los nudillos, pero funcionó. Los ojos de Christopher se abrieron. Pasaron junto a una gasolinera cerca de la primaria, pero la fila se extendía hasta la Ruta 19. Los clientes furiosos hacían sonar las bocinas de sus autos y se gritaban unos a otros. Tendría que encontrar algo en otra parte. Recordó que había dos gasolineras cerca del restaurante Kings en la carretera McMurray. Solamente la gente local las conocía. Tomó una salida cerca de la preparatoria y fue directo hacia allá. Una estaba cerrada. La otra estaba prácticamente vacía.

Era un milagro.

La madre de Christopher se detuvo en la gasolinera. Bajó del auto y fue a la bomba. Metió su tarjeta. Rechazada. Sacó la Visa. Rechazada. American Express. Rechazada. Abrió la lata de aerosol falsa y sacó cinco billetes de veinte. Fue corriendo a la tienda. Un adolescente estaba al teléfono.

—¿Dónde es la fiesta? —le preguntó a su amigo—. ¿Debbie Dunham ya llegó?

La madre de Christopher tomó un paquete de Coca-Cola y el último galón de

agua. Echó los billetes sobre el mostrador.

—Bomba siete —dijo—. Y quiero un bote de gasolina.

El adolescente encendió la bomba y le dio el último galón rojo de gasolina. Mientras ella salía de la tienda, escuchó las risas del chico al teléfono.

—Esa chica es bien puta.

La madre de Christopher se apresuró al auto y le dio a su hijo una de las latas de Coca-Cola.

—Tómatela, cariño. Te ayudará a mantenerte despierto.

El niño abrió la lata y bebió. Ella comenzó a echar gasolina. Rápidamente sacó su teléfono. Tenía que llamar al alguacil y advertirle. Llamar a todas las madres y a Ambrose y a Mary Katherine y a sus amigos de Shady Pines.

Miró su teléfono. No tenía señal. No tenía servicio.

Intentaría llamarlo en el camino. Intentaría llamar a lo largo de todo el camino hacia el oeste de Virginia. Llenó su tanque y luego el bote rojo de plástico con un galón más de gasolina. Sabía que podría ser su última parada por mucho tiempo. Echó el bote de gasolina en la cajuela y volvió al auto.

—¿Estoy dormido o despierto, mamá?

—Estás despierto, cariño. No te duermas todavía. Ella quiere que duermas.

—No sé dónde estoy, mamá.

—Lo sé, pero yo sí. Y no te voy a perder de vista.

La madre de Christopher encendió el auto. Salió de la gasolinera y se fue por el camino. El viento había derribado un árbol en la carretera de Fort Couch, por lo que tuvo que darse la vuelta y dirigirse al oeste. Pasó junto a la preparatoria. Había un atajo hacia la autopista. Podía tomarlo y llegar al oeste de Virginia en menos de una hora.

—Tómate tu Coca-Cola.

—Ya lo hice.

—Sé que tienes sueño, cariño. Pero ¡tienes que luchar!

—Solo necesito irme al asiento de atrás y dormir.

—Llegaremos a Virginia en una hora. Ahí podrás dormir durante días.

—La mujer siseante no se va a rendir nunca, mamá.

—¡Ponte el cinturón de seguridad!

—No te preocupes. El hombre amable dijo que me encontraría. No estaré solo.

Estaba demasiado débil para pasarse al asiento de atrás. Cerró los ojos. Su madre lo sacudió, desesperada.

—¡NO! ¡DESPIERTA! ¡DESPIERTA!

Tomó el galón de agua y se lo echó a su hijo en la cabeza. Sus ojos se abrieron

de golpe. Ella le dio otra Coca-Cola. Los brazos del niño estaban demasiado débiles para sostener la lata.

—Mamá —dijo.

—¿Qué pasa, cariño?

—Ella va a dar un volantazo para esquivar al ciervo.

—¿Qué?

—No te enojas con ella. Todo esto tiene que pasar.

La tomó de la mano y tranquilamente volteó hacia la ventana de su lado en el momento exacto en que un ciervo corría hacia el auto de Mary Katherine. La chica dio un volantazo para esquivar al animal y la madre de Christopher vio los faros avanzando a toda velocidad contra su hijo en el asiento del pasajero.

La madre de Christopher se quedó viendo los faros. Podía sentir el cosquilleo que su hijo le dejó en la mano mientras el tiempo se detenía.

Christopher tenía razón.

Todo eso tenía que pasar.

Vio cada coincidencia hilada como una serie de palomitas de maíz enroscadas en el árbol de Navidad. Pudo haber guardado las compras del supermercado, pero seguían en el auto. Pudo haber perdido sus llaves, pero seguían en su bolsillo. Un segundo aquí. Dos minutos allá. Pudo haber fila en la gasolinera. O pudo ya no haber gasolina. O una tarjeta de crédito que funcionara en vez del dinero en efectivo de una lata de aerosol falsa.

Pero eso no fue lo que pasó.

Porque aquello no quería evitar que ella se fuera.

Quería que estuviera en la carretera.

En ese punto.

Exactamente a las 2:17 a. m.

Cuando el auto de Mary Katherine diera un volantazo para esquivar el ciervo y se estrellara contra la puerta del copiloto.

Parte V

---

Dormido



—Qué gusto verte de nuevo, Christopher —dijo la voz.

Christopher abrió los ojos. Estaba en una cama de hospital. A su lado, una enfermera tarareaba. Le estaba preparando su baño de esponja. Sus ojos le parecían conocidos, pero el cubrebocas blanco le tapaba el rostro.

La voz tranquila habló de nuevo.

—Eso es. No tengas miedo.

Christopher no lograba definir de dónde provenía la voz. Echó un vistazo por el cuarto. La puerta del baño estaba cerrada. Puso atención, pero no supo si la voz venía de detrás de la puerta. ¿Eso era una respiración? ¿Eso eran arañazos?

—Ah. No estoy en el baño. Estoy acá arriba, amigo.

Christopher levantó la vista y se encontró con Bad Cat, que lo miraba desde la televisión. Era uno de sus episodios favoritos. En él, Bad Cat usaba la boca de incendios para convertir su calle en un parque acuático. Pero el episodio estaba raro. La boca de incendios no lanzaba agua.

Lanzaba sangre.

—Hola, Christopher —dijo Bad Cat—. Ha pasado un buen rato, caray. Te extrañé mucho. ¿Cómo estás, amigo?

Bad Cat sonrió. Sus dientes estaban afilados como cuchillos. Cubiertos de carne. Christopher intentó incorporarse, pero estaba amarrado. Volteó a verse las manos y los pies. Estaban atados a una camilla con cuerdas de globo.

—No te resistas, Christopher. Estamos tratando de ayudarte. Solo necesitamos que nos digas dónde está él, amigo.

Christopher entró en pánico. Buscó alguna salida en la habitación. Las ventanas estaban protegidas por barrotes. ¿Era el lado imaginario? ¿Una pesadilla? ¿Dónde estaba? ¿Cómo llegó ahí?

—Lo siento, Christopher. No nos gusta encerrarte, pero no podemos permitir que te escapes otra vez hasta que lo encontremos. No, caray, no podemos.

Christopher miró el piso. Estaba lleno de huellas ensangrentadas. De todos los tamaños y las formas. Hombres. Mujeres. La mayoría de niños. Pareciera que la gente lo hubiera estado viendo todo el día como si fuera un animal en el zoológico.

—Solo dinos dónde está y te soltamos.

Christopher miró de nuevo hacia la televisión. Bad Cat estaba chascando la lengua como cartas metidas en las ruedas de una bicicleta. Tic toc. Tic toc. Luego, de algún modo, sacó sus garras de la televisión y cambió de canal. Christopher se vio a sí mismo en la pantalla. Amarrado a la cama. La enfermera metió la esponja en la cubeta. Cuando la sacó y la exprimió, Christopher vio que chorreaba sangre como un corazón fresco. En la televisión, la puerta se abrió. Bad Cat venía hacia su cama.

—Hola, amigo —dijo, acercándose—. ¿Sabes dónde estás? ¿Dónde crees que estás?

Christopher creía que estaba en el lado imaginario. ¿Cierto? Ya había estado ahí antes. Pero ¿cómo llegó? ¿O era una pesadilla? ¿O ambos? ¿O ninguno?

—¿Dónde estoy? Eso es lo que estás pensando, amigo. Puedo olerlo. No te quedaste dormido, así que esto no es un sueño. No, no, no. Tampoco fuiste a tu casita del árbol. Pero aun así, aquí estás. Sí, sí, sí. Hay cuatro formas de entrar. Tres de salir. Tú conoces dos. Nosotros conocemos más. Ella tiene la llave. Pero ¿dónde está la puerta? —Bad Cat puso una pata en la frente de Christopher y comenzó a acariciarlo como si él fuera el gatito. No al revés—. Te diré cómo salir, amigo. Pero tú tendrás que decirme primero dónde está él —ronroneó—. Cuatro entradas. Tres salidas.

La mente de Christopher se movió a toda velocidad. La casa del árbol y una pesadilla. Esas eran dos de las cuatro formas de entrar al mundo imaginario. ¿Cuáles eran las otras dos? Intentó recordar cómo llegó ahí. De lo único que se acordaba era de una luz brillante. Y gritos.

—Es tu última oportunidad, amigo. No queremos hacerte daño. No, no queremos, caray. Pero si no nos dices dónde está, tendremos que cortarte para sacar las respuestas.

—No lo sé.

—Yo creo que sí, amigo.

—¡No lo sé! ¡Huyó!

—No. Tú lo ayudaste a escapar. Hay una gran diferencia. Iba a algún lado. Debió decirte adónde iba.

—No lo sé.

—Piénsalo bien, Christopher. Seguro tenían un plan para reunirse. ¿Dónde lo vas a encontrar, amigo?

No había plan para reunirse. Pero tenía que pensar en algo y rápido. Así que mintió.

—En la escuela.

—Eres malo para mentir, amigo.

—¡No estoy mintiendo!

Bad Cat dejó de sonreír y soltó un suspiro profundo y resignado.

—Enfermera, prepárelo para la cirugía, por favor.

La televisión se apagó y se llevó con ella a Bad Cat. La enfermera tomó la esponja ensangrentada y comenzó a frotar con ella los brazos y el pecho de Christopher.

—Ayúdeme, por favor, señora —le susurró él.

La enfermera no respondió. Solo siguió tarareando. Terminó el baño de esponja sangrienta, luego le quitó los seguros a la camilla y lo llevó al pasillo.

—¿Adónde vamos?! —preguntó Christopher—. ¿Dónde estoy?! ¿Es el lado imaginario?!

La enfermera no dijo nada. Solo siguió tarareando la misma canción. «Blue Moon». Siguió avanzando por el pasillo. Las llantas de la camilla se movían. Una de ellas estaba chueca como un pie malformado. Cric cric cric.

Pasaron una habitación. El señor Henderson estaba en la cama, con las manos contra su garganta ensangrentada, intentando gritar. Pero no salían palabras. Solo sangre. Manaba de su cuello en pequeñas burbujas que flotaban como globos en el aire hasta reventarse, dejando escapar unos grititos. De pronto, el altavoz del hospital se activó como una radio vieja al llenarse de electricidad. Hubo un momento de horribles acoples y luego la aterradora voz llenó el pasillo.

—Tic tac, amigo. Ya casi llegas —dijo Bad Cat. La enfermera siguió empujando la camilla. Cric cric cric—. Es tu última oportunidad, amigo. Ay, caray, sí que lo es. Dinos dónde está y no iremos a la siguiente habitación.

—¿Adónde vamos?!

—No quieres saberlo, amigo. Voy a contar hasta tres. ¿Estás listo? Uno. Dos. —La enfermera empujó la camilla hacia una puerta. Cric cric cric—. ¡Tres!

La puerta se abrió. Por un momento Christopher no pudo ver nada. Luego miró a su alrededor, hacia los rostros llenos de dolor y llanto perdidos en el brillo de la luz. Sus ojos se ajustaron lentamente y vio que los rostros eran de niños. No tenían dientes. Los niños estaban en círculo como si fueran a jugar. En el centro no había nada más que una luz brillante colgando sobre una mesa de metal llena de instrumentos.

Estaba en una sala de operaciones.

Un doctor lo esperaba ya vestido para la cirugía y con el rostro cubierto por una máscara blanca. Christopher no podía verle los ojos. La enfermera lo llevó al

centro del círculo hasta que quedó rodeado por los niños, cuyos ojos brillaban.

Christopher se dio la vuelta, aterrado. Los niños comenzaron a aullar y a dar saltitos como monos en el zoológico. Intentaron gritar: «¡Solo dinos dónde está, Christopher!». Pero, al no tener dientes, el sonido era horrible.

—¡Sooo iiiinos nnndeetáaaa chriituuuuuhheer!

La enfermera llevó a Christopher hacia el centro de la sala de operaciones. Puso el seguro en las ruedas de la camilla junto a la mesa de metal. El doctor levantó una mano para pedir silencio a todos. Los niños obedecieron. Lentamente, el doctor se acercó a Christopher. Sus zapatos hacían eco a cada paso en el silencio de la habitación. El doctor empuñó su escalpelo, plateado y brillante.

—Christopher —dijo el doctor con la voz de Bad Cat—. No queremos hacerte daño, amigo, pero necesitamos un gusano para atrapar al pez. Solo dinos dónde está él y todo se acabará. No queremos hacer esto. No, caray, no queremos.

Christopher volteó a la mesa de metal y vio a David Olson. Tenía los ojos cerrados. ¿Estaba dormido? ¿Estaba muerto? ¿La mujer siseante se enteró de que David ayudó a escapar al hombre amable? ¿Ese era su castigo? ¿Estaban torturando a David?

—Se nos acaba el tiempo, Christopher. O sea que, si no nos quieres decir dónde está, tendremos que cortarte la lengua. Quizá ella sí quiera hablar, amigo.

Christopher miró a la gente que lo rodeaba con la esperanza de encontrar a sus amigos. A su madre. Al hombre amable, que quizá había ido a salvarlo. Pero estaba completamente solo.

—Nadie te puede ayudar —dijo el doctor—. No hasta que nos digas dónde está él. —Lo blanco de los ojos del doctor comenzó a cambiar como si se derramara pintura negra en ellos—. Así que usa tu lengua o la perderás.

—¡No sé dónde está! ¡Lo juro! —dijo Christopher.

El doctor soltó un suspiro.

—Muy bien. Enfermera... el gas, por favor.

La enfermera asintió y le acercó un tanque de gas. Tomó la máscara de plástico y abrió la válvula, que soltó el vapor con un largo siseo como de serpiente. Luego la acercó a la boca de Christopher, quien volteó la cabeza.

—¡NO! ¡No me van a dormir! —gritó Christopher.

—Este gas no te hace dormir, Christopher. Hace que estés más despierto. Queremos que lo sientas todo.

La enfermera le colocó la máscara de plástico sobre la boca y la nariz. Los niños dieron saltitos y aullaron. Christopher contuvo la respiración, luchando

contra la máscara. El doctor esperó pacientemente a que respirara. El rostro de Christopher se puso rojo. Sentía que los pulmones le iban a explotar. Al fin, no pudo soportarlo ni un segundo más.

Christopher respiró profundamente.

El gas le llenó los pulmones. En unos segundos se sintió ¡DESPIERTO! Sus ojos se abrieron como si hubiera comido una montaña de azúcar. Intentó detenerse, pero siguió llenando sus pulmones con más y más gas, haciendo que su corazón se sintiera a punto de explotar. Pero podía sentir algo más. El gas le recordaba algo. Olía a... olía a...

Olía a guantes viejos de beisbol.

Christopher echó un vistazo por la habitación y fue entonces cuando la vio.

Era su madre.

Estaba vestida con la misma ropa que llevaba en el auto. *Sí. El auto. Yo estaba en él.* Tenía un corte en la frente y cristales del parabrisas en el cabello. *Por el accidente.* Y ahora estaba arrastrándose por el piso como un soldado. Junto a los niños que gritaban como monos. Aprovechaba las sombras de sus cuerpos para esconderse de la luz.

Justo cuando el doctor acercó el escalpelo a la lengua de Christopher, su madre se levantó de un salto y se lanzó contra él.

—¡Déjalo! —gritó.

La madre de Christopher se aventó con el impulso de todo su cuerpo contra la enfermera, le quitó el escalpelo de la mano al doctor y se lo enterró en el hombro. El doctor gritó mientras su bata blanca se tornaba rojo oscuro por la sangre. La madre de Christopher le quitó los seguros a la camilla. Los niños se lanzaron contra ella, intentando detener su escape, pero ella fue más rápida. Sacó la camilla de la sala de operaciones.

—¿Estás bien, cariño? ¿Te lastimaron? —preguntó.

—Estoy bien —respondió su hijo—. ¡Tenemos que llegar a la calle!

—¿Qué pasó? ¿Qué querían?

—Quieren saber dónde está el hombre amable.

—¿Dónde está?

La madre de Christopher dio vuelta en la esquina, siguiendo los señalamientos hacia la salida. Viró a la izquierda violentamente y corrió por la sala de emergencias. Christopher vio que a Mary Katherine la llevaban en una camilla a Urgencias desde el estacionamiento en el lado real. Estaba cubierta de sangre.

—¿Dónde está el hombre amable? —repitió su mamá.

—No lo sé. Se escapó.

Christopher miró la otra camilla que iba entrando a Urgencias. Se vio a sí mismo, inconsciente. Tenía una herida horrible en el brazo y un golpe en la sien.

—¿Dónde quedaste de verlo?! —preguntó su madre.

—¡No lo sé!

—¡CHRISTOPHER! ¡¿DÓNDE PODEMOS ENCONTRAR AL HOMBRE AMABLE?!

Christopher vio a unos paramédicos empujando la última camilla hacia el hospital. Lo que vio lo confundió. Su madre estaba en ella. Llevaba la misma ropa con la que iba manejando. Tenía un corte en la frente. Pedazos de cristal del parabrisas en el cabello. El recuerdo del accidente le volvió de golpe. El cristal quebrándose. El metal volando por todas partes. Los gritos de su madre mientras él quedaba inconsciente.

*Así llegué hasta aquí, ¿verdad?*

Christopher se había negado a tomarse la pastilla para dormir. No iría a la casa del árbol. Por eso la mujer siseante usó el tercer método para conducirlo al lado imaginario. Y esta vez se llevó a su madre con él. Ambos estaban en el auto. Ambos estuvieron en el accidente. Ambos estaban inconscientes en el hospital. Pero si era así...

*¿Por qué mi mamá está despierta en el lado real?*

La vio ahí. Débil. Ensangrentada. Estirando una mano hacia su hijo, intentando obligar a su cuerpo hecho pedazos a ir hacia él. Luego, cuando su madre al fin se desplomó por el dolor, una terrible pregunta le heló la sangre. Si su madre estaba despierta en el lado real, ¿quién estaba detrás de él en el imaginario?

—¿Mamá? —dijo él, con la piel erizada por el miedo—. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

Christopher volteó la cabeza y estiró el cuello para verla. Y ahí estaba.

La mujer siseante. Sonriendo.

—Supongo que, después de todo, sí tendremos que cortarte la lengua.

La madre de Christopher abrió los ojos. Al principio no podía ver nada con claridad. Había una luz brillante sobre su cabeza. Su visión era borrosa. Parpadeó un par de veces hasta que se dio cuenta de que estaba en una cama de hospital. Un monitor de signos vitales estaba prendido de su dedo índice. Tenía un suero intravenoso en el brazo. Se sentía un poco atontada por los analgésicos que le habían dado.

Se incorporó lentamente. La náusea corrió desde su estómago hasta la garganta. Se sentía mareada, pero no tenía tiempo para eso. Debía encontrar a Christopher. Echó los pies por un lado de la cama y se paró sobre sus piernas temblorosas. De inmediato sintió el aire frío en la parte trasera de su cuerpo, debido a la abertura de la bata del hospital. Estiró un brazo para recuperar el equilibrio. Y fue entonces cuando sintió el dolor.

Los recuerdos volvieron como piezas de un rompecabezas. Su cuerpo contra la puerta del lado del conductor. El crujido de sus costillas. Las fauces de la vida que los arrancaba del auto. Su hijo inconsciente en la ambulancia que se abría paso escandalosamente hacia el hospital.

—Por favor, siéntese, señora Reese. Tuvo un terrible accidente de auto —dijo la voz.

—Mi hijo. ¿¿Dónde está mi hijo?! —le preguntó a la enfermera.

—Está en terapia intensiva. Pero usted necesita descansar.

—¿¿Dónde está terapia intensiva?!

—En el segundo piso, señora Reese, pero usted necesita...

Sin decir más, la madre de Christopher se arrancó el suero del brazo, se aguantó el dolor del costado y salió al pasillo.

—¡Señora Reese! —gritó la enfermera.

La madre de Christopher encontró el elevador y fue al segundo piso. Cuando las puertas se abrieron, quedó impactada. Terapia intensiva estaba a tope. La sala de espera tenía espacio para diez personas sentadas. Debía haber unas cuarenta y cinco personas ahí.

—Christopher Reese —le dijo a la enfermera en la recepción—. Soy su madre.

—Habitación 217 —respondió la enfermera mientras se rascaba el brazo.

La puerta de seguridad zumbó como una avispa furiosa. La madre de Christopher abrió la puerta y recorrió el pasillo. Vio que todas las camas estaban ocupadas. Acuchillados. Baleados. La locura o la ira o lo que fuera había empeorado mientras ella dormía. Se arrastró hasta la habitación 217 al final del largo pasillo. Abrió la puerta sin tocar.

Y fue entonces cuando lo vio.

Su niño estaba tendido en la cama de hospital. Tenía una herida horrible en el brazo. Su cuerpo estaba cubierto de heridas por la explosión de vidrios. Tenía los ojos cerrados. Un enorme tubo, conectado a una selva de monitores, salía de su boca. Las máquinas respiraban por él. Comían por él. Monitoreaban todo, desde su corazón hasta su cerebro. Su madre vio a una enfermera anotando números en el expediente de Christopher, solamente se detuvo una vez para rascarse el hombro.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a la enfermera.

La enfermera volteó hacia ella, sorprendida y, de inmediato, la madre de Christopher notó su expresión. Por un momento se preguntó quién era esa mujer. Cuando comprendió que era la madre, neutralizó su expresión y habló como si estuviera en la iglesia.

—Permítame ir por el doctor, señora.

La enfermera salió a toda prisa. La madre de Christopher se acercó a la cama. Al tomar la mano de su hijo, sintió como si estuviera tocando una estufa prendida. Llevó la mano a su frente. Calculó que debía tener unos 41 grados. Pero al ver el monitor, encontró la temperatura escondida entre todos los números y luces.

De acuerdo con ese aparato, tenía 37.

La madre de Christopher tomó un vaso con hielos de la mesita de noche. Sacó el hielo con las manos y lo puso sobre la frente de su hijo. El hielo se derritió rápidamente, como si lo hubiera echado sobre el asfalto caliente. La piel del niño convirtió el hielo en agua y después en vapor. Tomó más hielos y se los puso en las axilas, cuello y pecho.

—Señora Reese —dijo la voz.

La madre de Christopher se volteó para encontrar al doctor en el pasillo. Su rostro estaba tapado con un cubrebocas.

—Doctor, ¿tiene que despertarlo! —dijo ella.

—Por favor, tome asiento, señora Reese.

—¡No! ¡Necesita despertar! ¡Tiene que despertarlo ahora mismo!

El doctor se quitó el cubrebocas. El gesto inexpresivo en su rostro no fue tan



bueno como el de la enfermera. Fuera lo que fuera lo que tenía que decirle, no eran buenas noticias.

—Lo siento, señora Reese, pero ya intentamos todo. Me temo que nada ha funcionado. No podemos reanimar a su hijo.

—¿Por qué no? —preguntó ella, en pánico.

—Christopher tiene muerte cerebral, señora Reese.

Las palabras chocaron contra su pecho y la dejaron sin aliento por un momento. Luego volvió de golpe a la ira.

—¡Pero claro que no! ¡Tenemos que reanimarlo! ¡TENEMOS QUE HACERLO AHORA MISMO!

—Señora Reese, no entiende que...

—No, ¡usted no entiende! ¡Alguien tiene a mi hijo!

El doctor le lanzó una mirada rápida a los camilleros que esperaban en el pasillo. Entraron a la habitación en silencio.

—¿Alguien tiene a su hijo? ¿Qué quiere decir, señora Reese? —preguntó el doctor con voz tranquila.

Ella estaba por contarle sobre la mujer siseante, que quería que su hijo se durmiera. Y su amigo imaginario, el hombre amable, que se hacía pasar por una bolsa de plástico blanca. Pero entonces notó que el doctor se estaba rascando obsesivamente la oreja. Tenía el rostro cubierto de sudor por la fiebre. Ella podía sentir la presencia de los camilleros detrás. Los elementos de seguridad llegarían pronto.

*Parecerás una loca, Kate.*

Lo pensó de nuevo para asegurarse de que era su voz y no la falsa.

*Parecerás una loca.*

Sí, era ella. Y tenía razón. Observó los rostros en la habitación. Había visto a los médicos reaccionar así con su esposo. Esa extraña mezcla de calma y tensión. Ese resorte a punto de reventar si el paciente demostraba ser inestable o peligroso. Todos se estaban rascando la piel, como si estuvieran en un fumadero de opio. El doctor. La enfermera. Los camilleros. Y ahora, los de seguridad. Todos esperando a que les diera una excusa para lanzársele encima.

Se dio cuenta de que Christopher estaba en el hospital. Inconsciente. Justo como lo quería tener la mujer siseante. Y si tenía el poder suficiente para lograr eso, fácilmente podría manipular a un doctor para que encerrara a una madre abrumada en el ala psiquiátrica para una «evaluación».

—¿Quién tiene a su hijo, señora Reese? —repitió el doctor.

—Nadie. Lo siento. Es solo que... me siento... —Fingió que no tenía palabras

por el dolor.

La habitación inmediatamente se relajó, como si un sargento invisible hubiera dicho: «Descansen».

—Entendemos, señora Reese —dijo el doctor suavemente—. Sé lo difícil que es esto. Por favor, tómese todo el tiempo que necesite. Luego podremos hablar de los siguientes pasos.

La madre de Christopher sabía lo que significaban los «siguientes pasos». Un tanatólogo, un abogado, un pedazo de papel, una pluma, un funeral. Cuando ella firmara su nombre sobre la línea punteada, el doctor Me Siento Mal desconectaría todas las máquinas que mantenían vivo a su hijo. Nunca creería que Christopher no tenía muerte cerebral. Nunca creería que su hijo solo estaba perdido. Justo donde la mujer siseante quería tenerlo.

—Perdón por haber perdido los estribos —agregó ella con tono de resignación—. Sé que han hecho todo lo posible.

—No necesita disculparse, señora Reese. Entendemos. Los dejaremos a solas. Tómese todo el tiempo que necesite.

Los mirones salieron de la habitación, incluido el corpulento guardia de seguridad, que se estaba rascando la pierna con la macana y miraba a la madre de Christopher como a una piñata lista para ser apaleada. Cuando se quedó sola, le besó la frente sudorosa a su hijo y le susurró al oído para que nadie, ni siquiera la mujer siseante, pudiera escucharla.

—Te prometo que te voy a sacar de ahí, Christopher. Te lo prometo.

Ambrose abrió los ojos. Por un momento no podía recordar dónde estaba. Aunque se había quedado dormido, no recordaba cómo ni cuándo sucedió. Varias veces. ¿Por qué diablos estaba durmiendo tanto? Claro que estaba acostumbrado a tomar siestas. Eso era lo normal en un hombre de su edad. Pero ese sueño de Rip Van Winkle era ridículo. Lo último que recordaba era que había dormido durante todo el desfile de Navidad. Despertó unas horas después para cenar. Pero al llegar al comedor, no encontró a nadie. El reloj marcaba las 2:17 a. m. Y, de algún modo, el calendario en la pared tenía una «X» extra que le desapareció un día completo.

Ambrose había dormido treinta y seis horas.

—Buenos días, señor Olson —dijo la voz—. Bienvenido de vuelta de entre los muertos.

Ambrose se dio la vuelta y vio que la enfermera agregaba otra «X» al calendario.

O sea que fueron sesenta.

—Buenos días —respondió él—. Parece que me perdí la cena.

—Y el desayuno. Y el almuerzo. Y la cena otra vez —bromeó ella—. No se preocupe. Le pusimos un espejo debajo de la nariz para estar seguros. Le prepararé algo. ¿Por qué no va a calentarse al salón?

La enfermera le sirvió un tazón de estofado de res y se lo llevó a su silla favorita al frente del salón mientras hablaba de los chismes de Shady Pines, empezando por el desfile de Navidad. Al parecer, Ambrose se había perdido todo un espectáculo. Además de las clásicas y favoritas «Vi a mamá besando a Santa Claus» y «A la abuela la arrolló un reno», daba la impresión de que el desfile de ese año estuvo auspiciado por una nueva división infantil de la WWE. Hubo una pelea épica que terminó con la señora Keizer atacando al hijo de Kate Reese. Al niño le sangró mucho la nariz y su madre se lo llevó al hospital, pero eso no fue todo.

—Y luego ¿qué pasó? —preguntó Ambrose.

—La señora Keizer... dejó de olvidar —respondió la enfermera con su mal inglés.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Ya no tiene Alzheimer. Es un milagro de la Navidad.

O tal vez no.

Ambrose ignoró esa idea y el viento que soplaba afuera mientras abría el diario de su hermano.

#### 7 de junio

Hoy en la escuela diseccionamos ranas. Puse una mano sobre la rana y volví a sentir esa extraña comezón. La maestra dijo que la rana debió estar dormida y no muerta, porque se despertó sobre la mesa.

Fingí que era verdad, pero ayer, al salir de la casa del árbol, vi un pájaro en el camino de vuelta a casa. Estaba en el suelo, muerto. Tenía un ala rota y una serpiente se la estaba comiendo. Alejé a la serpiente y recogí al pájaro. Cerré los ojos y sentí la comezón del lado imaginario. Reviví al ave. Eso provocó que la nariz me sangrara mucho. Me dio miedo. Porque sé que el poder del lado imaginario equivale al dolor en el real. No puedes tener uno sin el otro. Así que entre más cosas reviva, más me voy a morir. O sea que cuando mi nariz sangra, es la sangre del mundo.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Pensó en la historia de la enfermera sobre la nariz de Christopher sangrando después de tocar a la señora Keizer, igual que la nariz de David tras tocar al pájaro muerto. Ambrose tomó una nota mental de llamar a la señora Reese por la mañana y luego volvió al diario. Pero no podía mantener los ojos abiertos. Sentía como si lo tuvieran drogado. Como si algo no quisiera que él siguiera leyendo. Le recordó la vez que sus amigos echaron una pastilla en su whisky y se rieron cuando se quitó la ropa y se robó un jeep. Esa vez despertó y tuvo que enfrentar la ira de su sargento y un mes de trabajo en la cocina del cuartel.

Esta vez despertó y tuvo que enfrentar el horror.

Ambrose escuchó un ruido afuera. El estofado de res ya se había enfriado y seguía intacto frente a él. Había pasado una hora. La televisión seguía encendida y sintonizada en las noticias locales. Hablaban de la epidemia de gripe y el aumento de crímenes con violencia. El anciano se asomó por la ventana y vio a un ciervo corriendo por la carretera. Respiró profundamente. Había algo ahí. Algo malo. Tomó su lupa y se ajustó los lentes. Tenía los ojos secos y cansados, pero debía descifrar la escritura de David. Debía encontrar la verdad.

#### 12 de junio

El soldado está preocupado por mí. Me estoy exigiendo demasiado. Estoy sangrando demasiado. Él dice que la gente del mundo real no debe tener tanto poder, por lo que necesito controlarme. Pero no puedo. En la escuela toqué sin querer el brazo de la señora Henderson. El cerebro me hirvió y mi nariz comenzó a sangrar. En dos segundos supe todo sobre ella. Pero fue más que las cosas que le habían pasado. Supe las cosas que haría algún día. Supe que iba a apuñalar a su esposo. Lo vi una y otra vez. Eran ancianos y estaban en la cocina, y la mujer siseante hizo que tomara el cuchillo y se lo enterrara a

su esposo en la garganta. Grité y la señora Henderson me preguntó qué pasaba. Mentí porque, si le hubiera dicho la verdad, ella me habría mandado a un manicomio.

Ambrose dejó de leer. El apellido le sonaba. Henderson. Pero no sabía de dónde. ¿Por qué conocía ese apellido? Le tomó un rato volver la vista hacia la televisión, donde Sally Wiggins estaba dando las noticias locales.

«... sigue la investigación sobre la señora Beatrice Henderson, quien acuchilló a su esposo en la cocina. Era la bibliotecaria de la primaria de Mill Grove...».

Los vellos del brazo se le pusieron de punta. Ambrose se dio la vuelta. Le pareció que alguien lo estaba observando. Pero la sala estaba vacía. Volvió al diario y pasó la página. La voz intentaba hacerlo dormir de nuevo, pero él se resistió y siguió leyendo.

#### 15 de junio

Anoche no pude dormir porque mi mente no se detiene. Estaba tan inquieto que me levanté y me puse a leer la enciclopedia. Comencé con el tomo de la A a las 10:30 p. m. Para las 5:30 de la mañana ya había terminado el de la Z. Lo que más miedo me dio fue que sabía los errores que cometieron los autores de la enciclopedia. Es gracioso que la gente no se dé cuenta de que el conocimiento no termina en un año en específico. Antes las personas creían que la Tierra giraba alrededor del Sol y que era plana. Hubo un tiempo antes de Cristo en el que la gente creía que Zeus era Dios. A los hombres que pensaban distinto los mataban. No sabían que era la mujer siseante quien les metía miedo de saber más. No sabían que ella siempre estuvo ahí, haciendo que se odiaran unos a otros por cosas triviales.

«... esta noche recibimos tristes noticias del Medio Oriente, pues cuatro misioneros cristianos fueron atacados en su camino a llevar comida y otros artículos de primera necesidad a los refugiados...».

#### 17 de junio

La nariz no deja de sangrarme. Mi madre me ha seguido llevando con distintos doctores, pero ninguno sabe qué me pasa. El soldado y yo estamos intentando encontrar una manera para decirle la verdad a Ambrose y que me crea. Necesito su ayuda. Necesito que él la enfrente si yo fallo. Pero nunca me cree. Piensa que estoy hablando solo cuando me ve hablando con el soldado. Piensa que estoy loco.

Ambrose se quitó los lentes y se talló los ojos que tanto le ardían. De pronto, se sintió somnoliento, pero se dio una bofetada como lo hacía en el ejército cuando le tocaba montar guardia. Nada evitaría que leyera el diario. Sentía que el mundo dependía de ello.

#### 21 de junio

Ya no sé dónde estoy, la verdad. No sé qué es real y qué es imaginario, pero ya no podemos esperar más. La mujer siseante está por todas partes, se hace pasar por la gripe. Tenemos que terminar el entrenamiento ahora, antes de que ella se apodere de la casa del árbol. Le pregunté al soldado por qué la mujer siseante ansía tanto esa casita y él me explicó lo que me está haciendo. Ella quiere ese poder para

sí misma. Era tan simple. Eso explicaba todo lo que me estaba pasando. Quería contarle a Ambrose lo que realmente me sucede, pero no soportaría que me dijera otra vez que estoy loco. Así que esperé a que se quedara dormido y me acosté en la cama con él. Le susurré en el oído muy bajito, por si la mujer siseante estaba escuchando.

«Tengo que decirte algo, Ambrose».

«¿Qué?», me preguntó medio dormido.

«Tengo que decirte lo que hace la casa del árbol».

«Bueno. Dime», me dijo en sueños. «¿Qué hace la casa del árbol?».

Ambrose dio la vuelta a la página.

Y, en ese momento, pasó.

Al principio no entendía. Las páginas estaban tan borrosas que casi parecían grises. Entrecerró más los ojos, pero ya no encontraba las formas. Ya no veía las siluetas de las letras. Se acercó la lupa a los ojos. Nada. Se quitó los lentes bifocales. Nada de nuevo.

Finalmente se había quedado ciego.

—¡ENFERMERA! —gritó.

Ambrose escuchó los crujidos en el suelo detrás de él. Pasitos de bebé. Solo había silencio. Creyó que estaba oyendo una respiración cerca de sus orejas. No sabía qué era, pero podía sentirlo. Algo estaba ahí. Un susurro que le erizaba los vellos de la nuca.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

No hubo respuesta. Solo silencio. Ambrose llamó de nuevo a la enfermera, al fin escuchó que llegaba por el pasillo desde la cocina. Le iba a pedir que le leyera la siguiente frase.

Pero ella comenzó a toser por la gripe.

—¿Está bueno, señor Olson? —le preguntó tranquilamente con su mal inglés.

Había algo en su voz. Algo andaba mal. Si la señora Reese hubiera trabajado esa noche, le habría entregado el diario a ella. Pero su hijo Christopher terminó en el hospital luego de tocar a la señora Keizer y sufrir una hemorragia nasal...

Igual que David.

Ambrose sabía que necesitaba encontrar a Kate Reese. Debía encontrar al alguacil. Lo que fuera que hubiera pasado en los tiempos de su hermano estaba ocurriendo de nuevo. Y el diario podía ser la única pista sobre cómo detenerlo.

—¿Está bueno, señor Olson? —preguntó la enfermera de nuevo, sospechosa.

El anciano se aferró al diario con los brazos, tal como su entrenador de la preparatoria le enseñó a sostener un balón de futbol americano.

«Como si tu vida dependiera de ello, muchacho».

Ambrose se acomodó el diario de su hermano sobre el regazo y se esforzó por

hablar con el tono más casual posible.

—Necesito que me lleve al hospital —dijo.

—¿Por qué, señor? —preguntó la enfermera.

—Porque mis ojos se nublaron por completo.

El alguacil abrió los ojos. Debió quedarse dormido. No sabía dónde estaba. Echó un vistazo por el lugar, pero no logró ver nada. Había escuchado el término «dolor de cabeza cegador», pero no se imaginó que pudiera ser literal. Tuvo que parpadear durante un minuto entero para deshacerse de la niebla.

Intentó calmar su mente y encontrar el camino con sus otros sentidos. Gracias al olor a polvo, estaba bastante seguro de estar en el cuarto del archivo. Debió quedarse dormido mientras revisaba los registros con la señora Russo. Pero no podía escuchar nada.

—¿Hola? ¿Señora Russo? ¿Está aquí? —preguntó.

Silencio. El alguacil intentó recordar cómo había llegado ahí abajo. Se acordaba de que no había salido de la oficina en días pese a tener una fiebre terrible. Sabía que cada vez que intentó ir al hospital para estar con Kate y su hijo, apareció otra emergencia. Otro accidente vial. Otro apuñalamiento. Otra pelea de bar.

Era como si el mundo estuviera conspirando para que no fuera al hospital.

El alguacil no era para nada de los que creía en las teorías conspirativas, especialmente cuando tenían que ver con algo tan intangible como las coincidencias. Pero a la vez tenía un instinto que le avisaba cuando algo lo estaba jodiendo, y ese instinto tenía todos los focos rojos encendidos. Simplemente demasiadas coincidencias evitaban que se reuniera con Kate Reese y su hijo. Demasiadas distracciones evitaban que hiciera su trabajo en el archivo. Demasiado ruido evitaba que recordara...

*ese nombre... el del niño... ¿cómo se llamaba?*

El alguacil no lograba acordarse, pero su instinto le decía que eso estaba mal. La voz le insistía que no podía recordarlo, pero él sabía que su memoria era excepcional. No exactamente fotográfica, pero casi, cuando era necesario. Como ahora... por alguna razón era importante para Kate Reese y Christopher y...

*ese nombre... el del niño... se llamaba...*

La comezón volvió a la mano derecha del alguacil. Dios, qué picazón. Se miró la mano y sus ojos comenzaron a enfocarse. Bajo la tenue luz vio que sus manos estaban en carne viva de tanto rascarse. Tenía la piel roja y cortada. La sangre ya



se había secado en sus uñas. Pero había algo más en su brazo. Escondido bajo su manga. Recordó vagamente haber escondido algo ahí.

*su nombre era... el nombre del niño era...*

El alguacil se levantó la manga y vio las palabras escritas en su brazo con tinta negra.

**David Olson**

De pronto, el alguacil recordó lo que había hecho. Había comenzado a anotar las pistas en el brazo. Al principio usó un marcador normal, pero el sudor por la fiebre lo iba borrando como las aves que se comen el rastro de pan. Así que cambió a tinta permanente. El alguacil se subió aún más la manga.

**El nombre del niño es David Olson.**

**No te vuelvas a quedar dormido. Llama a Carl para hablar de las herramientas AHORA.**

El alguacil marcó el teléfono antes de poder pensarlo. Apenas dos timbrazos después, reconoció la voz de su amigo al otro lado.

—Soy yo, Carl —dijo el alguacil.

—¿Qué demonios te pasa? —respondió Carl con voz adormilada—. ¿Sabes qué hora es?

El alguacil volteó a ver el reloj. Eran las 3:17 a. m.

—Sé que es tarde. Lo siento. Pero esto es muy importante.

—Eso dijiste la última vez.

—¿Qué? —preguntó el alguacil.

—Me hablaste hace una hora.

—¿En serio?

—Por Dios, debes estar muy enfermo. Me hablaste hace una hora para preguntar por las herramientas. Ya no te puedo seguir haciendo favores. ¡Mañana es Nochebuena, por amor de Dios!

—Lo sé. Lo siento. ¿Y las herramientas?

—¿Es broma? Ni siquiera te acuerdas de eso.

—Ya, ¡solo dime!

El alguacil pudo escuchar cómo Carl le pintaba dedo al otro lado del teléfono.

—Bueno, pero es la última vez, así que más vale que lo anotes. Le di las herramientas a mi amigo del museo. Son de hace cientos de años, pero ni los mineros ni los granjeros de esos tiempos las usaban.

—¿Qué quieres decir?

—Esas herramientas eran más bien para niños. Y la piedra gris de 5 x 10 que me diste no era una piedra. Era madera petrificada.

El alguacil tomó la pluma y escribió furiosamente sobre su brazo.

**Las herramientas eran de niños.**

—Y eso es todo. Último favor. Ya no puedo seguir con esto, especialmente no ahora. Mi carga de trabajo se duplicó en una semana.

El alguacil dejó de escribir por un momento.

—¿A qué te refieres con que tu carga de trabajo se duplicó?

—Dios mío. ¿Vamos a repetir exactamente la misma conversación que ya tuvimos?

—Perdón, Carl. Es que estoy muy enfermo.

—Como dije —continuó Carl, imitando lo mejor posible a un cretino sarcástico—, debe ser la luna llena o algo hay en el agua porque toda la ciudad está enferma o volviéndose loca. No he ido a casa en dos días. Mi esposa dice que, si no llego a la cena de Nochebuena de su mamá, no me dará regalo de Navidad este año. No puedo perderme eso. Es la única mamada que recibo en el año.

El alguacil sonrió involuntariamente.

—Agradezco mucho tu ayuda, Carl. Eres un buen hombre.

—Eso díselo a ella. Y ya deja de llamarme. Feliz Navidad —dijo Carl.

—Feliz Navidad.

Ambos amigos colgaron. El alguacil tomó de nuevo el plumón y comenzó a escribir. La comezón le fue invadiendo la mano. Exigiéndole atención. Pero el alguacil no la iba a dejar ganar. No esta vez.

**La piedra era madera petrificada.**

**Toda la ciudad tiene gripe o está enloqueciendo.**

**Igual que...**

Cuando el alguacil despertó, le tomó un momento entender dónde estaba. En el cuarto del archivo. La señora Russo ya se había ido. Debió quedarse dormido de nuevo. A su mente le tomó un tiempo luchar contra el dolor de cabeza, pero al fin recordó que estaba intentando encontrar la conexión entre lo que estaba pasando en el pueblo y ese niño... el hermanito de Ambrose... ¿cómo se llamaba?

*ese nombre... el del niño... su nombre era...*

Tenía muchísima comezón en la mano izquierda. Se rascó despreocupadamente y notó que su uniforme estaba empapado de sudor. En algún momento de la noche le bajó la fiebre. Se levantó la manga del uniforme y

encontró un montón de notas escritas en su brazo con tinta permanente.

**El nombre del niño es David Olson.**

**No te vuelvas a quedar dormido. Llama a Carl para hablar de las herramientas AHORA.**

**Las herramientas eran de niños.**

**La piedra era madera petrificada.**

**Toda la ciudad tiene gripe o está enloqueciendo.**

**Igual que...**

El alguacil recorrió más su manga y vio que las notas seguían y seguían y seguían.

**Igual que el año en que desapareció David Olson. La última epidemia de influenza terminó al día siguiente de su desaparición. ¿David Olson detuvo la gripe? ¿Cómo lo hizo? ¿Él nos salvó?**

El alguacil llegó al final de su brazo. La escritura terminaba ahí. Instintivamente pasó al otro brazo. Ahí había escrito con la izquierda, así que la escritura era menos clara. Pero seguía.

**¡Llama a Ambrose Olson!**

*El pueblo se cae a pedazos. No tienes tiempo para estas estupideces.*

El alguacil asintió. Lo que estaba haciendo era ridículo. Tenía más emergencias de las que podía manejar. ¿Qué diablos hacía leyendo archivos de casos antiguos y reportes de accidentes?

*Aún no has ido al hospital a ver a Kate y su hijo, ¿y vas a hablarle a Ambrose Olson para decirle algo sobre su hermano que lleva cincuenta años muerto? Eso es una locura.*

El alguacil se subió más la manga.

**Deja de escuchar la voz en tu cabeza. Te está mintiendo.**

**Te obliga a olvidar.**

*Eso sí que es una locura. Debes estar delirando para escribir algo así.*

—¿Quién eres? —dijo el alguacil en voz alta.

*Sabes quién soy. Soy tú. Y pareces imbécil hablando solo.*

**No eres imbécil. La voz te está distraendo. Te obliga a dormir.**

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

La voz no dijo nada. La temperatura bajó drásticamente. Al alguacil le pareció que podía escuchar una respiración. Se dio la vuelta. El lugar estaba vacío. De pronto se sintió aterrado. Se subió la manga por encima del codo.

**¡Sabes para qué eran las herramientas! Ve con Kate ya.  
Lo que le pasó a David le está pasando a Christopher. ¡Corre!**

El alguacil despertó en el cuarto del archivo. No entendía cómo se había quedado dormido de nuevo. Pero esta vez no escuchó la voz en su cabeza. No lo distrajo el dolor. Y no le tomó ni un minuto encontrar lo que había escrito. Se miró el brazo. La manga enrollada por encima del hombro. Y supo que había un mensaje más escondido bajo su camisa. El lugar estaba helado. El alguacil contuvo la respiración y se subió la manga por encima del hombro.

**Demasiado tarde, alguacil. Los aplasté con un auto.**

Antes de poner los pies en el suelo, el alguacil ya estaba corriendo. El corazón le latía a toda velocidad mientras salía del cuarto del archivo. No le importaba si había otras cien peleas de bar que requirieran su atención. No le importaba si cientos de personas debían ser detenidas. Solo había una emergencia que realmente importaba. Tenía que ir con Kate y su hijo. Luego, juntos buscarían a Ambrose. Porque, de alguna manera, ellos eran los únicos con la información para detener esa locura o gripe o lo que fuera que estaba destruyendo al pueblo desde adentro. El alguacil subió corriendo las escaleras hacia la oficina principal, pasando junto al póster de Emily Bertovich.

Y entonces vio a la señora Russo y a cuatro de sus policías.

Todos estaban en el suelo, baleados y desangrándose.

El alguacil miró a su alrededor. La oficina estaba vacía. No había nadie en las celdas. Todos los criminales se habían ido. El instinto y su entrenamiento se apoderaron de su cuerpo. El alguacil corrió hacia sus compañeros de equipo. La señora Russo fue la primera.

Le revisó el pulso. Gracias a Dios, seguía viva. El alguacil hizo una venda con la blusa de la señora Russo mientras tomaba la radio.

—Cinco oficiales caídos. ¡Necesito refuerzos!

El silencio crujió en la radio. El alguacil se olvidó de ir con Kate Reese y su hijo mientras revisaba a sus cuatro policías.

—¡Necesito refuerzos en el cuartel! ¡Ahora mismo! ¡Alguien contésteme!

No hubo respuesta. La estática era terrible. Sonaba como un medidor Geiger anunciando que ya no quedaba nadie en las fuerzas policiacas. En algún lugar al fondo de su mente, el alguacil comenzó a hacer planes de contingencia sobre cómo iba a suplir a su gente. Buscar a los criminales. Ir con Kate Reese. Encontrar a Ambrose Olson. La única buena noticia dentro de toda la tragedia era que sus cuatro subordinados, incluyendo a la señora Russo, seguían vivos.

—Hola, alguacil —dijo una voz detrás de él.

El alguacil se dio la vuelta de golpe. Vio a la señora Henderson con el arma de uno de los policías. Su ropa estaba empapada de sangre. Sus pies descalzos iban dejando pequeñas huellas color carmín.

—David Olson me tocó el brazo hace mucho tiempo. Él sabía que iba a acuchillar a mi esposo —dijo la señora Henderson.

El alguacil se protegió detrás de un escritorio.

—¡Suelte el arma! —ordenó.

La señora Henderson dio otro paso hacia él.

—La mujer me dijo que podía hacer que mi esposo me amara de nuevo. Dijo que me llevaría de viaje con él y que si no lo hacía, podría acuchillarlo de nuevo. Una y otra y otra vez.

El alguacil sacó su pistola.

—¡Baje el arma, señora Henderson!

—¿Por qué la bajaría? Nunca se va a terminar, alguacil. ¿Qué no entiende lo que está pasando?

—Baje esa maldita arma, ¡AHORA!

La señora Henderson dejó el arma sobre la mesa como si nada.

—De acuerdo, alguacil, pero esto no cambiará nada. Ella lo tiene atrapado. Y cuando él muera, nunca se va a terminar.

—¿De qué habla?

—El crimen. Nos seguiremos haciendo daño unos a otros hasta que alguien acabe con todo. Y alguien lo hará. ¿Sabe por qué?

El alguacil se quedó en silencio y la señora Henderson sonrió.

—Porque Dios es un asesino, papi.

Tras decir eso, la señora Henderson tomó el arma y se lanzó contra él, gritando. El alguacil levantó su pistola y disparó.

Christopher estaba amarrado a la camilla en la sala de operaciones. La mujer siseante le sonrió mientras él se retorció como un pescado en la cubierta de un bote. Su trofeo. Su premio. La mujer se acercó a David Olson, que estaba inconsciente en la mesa de metal de al lado. Le acarició la frente como si fuera un perrito.

—Necesitamos un gusano para atrapar el pez. Tu lengua será el gusano retorciéndose.

Christopher cerró la boca con todas sus fuerzas.

—Ábrela, Christopher.

Christopher la miró horrorizado. Vio la llave en su cuello, enterrada bajo su piel como un collar fantasma. La llave que les permitiría escapar.

—Cuatro entradas. Tres salidas —tarareó ella—. Ya conoces dos. Nosotros conocemos más. Yo tengo la llave. Pero ¿dónde está la puerta?

Llevó su mano escamosa hacia la cara de Christopher y le apretó la nariz con sus dedos pulgar e índice para dejarlo sin aire.

—Ahora, muéstrame esa lengua. Esto es por tu bien.

Un minuto se convirtió en dos y, al fin, sus pulmones se rindieron. Christopher abrió la boca para tragar aire. La mujer siseante le metió la mano izquierda entre los labios y tomó su lengua. Con la mano derecha tomó el escalpelo.

Y Christopher la mordió.

—¡AHHHHHHHHH! —chilló ella.

Los dientes de Christopher le arrancaron el índice como si fuera un palito de pan. Podía sentir la carne podrida en su boca. Escupió el dedo al suelo. La mujer siseante observó su muñón, que lanzaba chorros de sangre como una fuente. Volteó hacia el niño. El gesto en su rostro era casi de asombro. ¿O era miedo? Se agachó para recoger su dedo cercenado y luego lo reacomodó en su lugar. Se llevó la mano y el dedo a la frente y usó el calor para pegarlos. Su mano quedó como nueva.

—Bueno, Christopher, si quieres conservar tu lengua, está bien. Quédatala.

Luego le cerró la boca con un pedazo de cinta adhesiva.

—Sacaremos las respuestas de donde están escondidas —dijo, dándole unos

golpecitos en la frente—. Enfermera, me pasa la sierra para huesos, por favor.

Christopher gritó por debajo de la cinta. Vio cómo la enfermera le entregaba a la mujer siseante una brillante sierra de metal con unos dienteitos de bebé. Al encenderla soltó un ruido como el del taladro de un dentista. La sierra estaba a unos centímetros de su cráneo. Christopher cerró los ojos, preparándose para la muerte. Y, sin embargo, no sentía miedo. Casi se sentía relajado.

*Mi mamá está...*

*Mi mamá está... conmigo en el lado real.*

Podía sentirla en la habitación, con él. La caricia de sus manos. Sus intentos por encontrar el lado fresco de la almohada.

*Mi madre está...*

*Mi madre está... diciendo que me va a sacar de aquí.*

Justo en ese momento, las luces se apagaron y el hospital se quedó a oscuras. Christopher miró a su alrededor, pero no veía nada. Solo escuchaba los gritos. Y los pasos apresurados. El sonido de un cuerpo estrellándose contra la mujer siseante. La sierra enterrándose en la piel de ella.

Y la voz del hombre amable.

—No te preocupes. Ya estoy aquí —dijo.

Christopher sintió que la camilla se movía a toda prisa en la oscuridad.

—¡ATRÁPENLO! ¡NO ESTÁ EN LA CALLE! —gritó la mujer siseante.

—No digas nada. No le dejes un rastro.

—¡DEJA DE AYUDARLO! —chilló la mujer siseante, dirigiéndose al hombre amable desde la oscuridad.

La camilla dio vuelta bruscamente a la derecha y siguió por el pasillo. Los niños aullaban detrás de ellos. El hombre amable ladeó la camilla como si fuera una patineta y se lanzó hacia la luz tenue al final del pasillo. Christopher sintió la mano del hombre amable liberando sus muñecas de las ataduras de cuero.

—Siéntate, hijo —dijo suavemente—. Necesito tus ojos.

Christopher se arrancó la cinta de la boca y sacudió las manos para terminar de liberarlas. Luego se incorporó y arrancó las correas que ataban sus tobillos. Era libre.

—Dime, ¿qué ves? —le preguntó el hombre amable.

Christopher entrecerró los ojos y, de algún modo, logró distinguir algo entre las sombras. Gente buzón y ciervos. Agazapados en la oscuridad. Esperando a emboscarlos.

—Están bloqueando la salida —dijo Christopher.

—Buen trabajo, hijo.

El hombre amable le dio la vuelta a la camilla y corrió más rápido por otro pasillo. Sus pies iban azotando el suelo. Plas plas plas. Como los besos de la abuela. La camilla chocó contra dos puertas, que se abrieron como contraventanas en una tormenta. El hombre amable se detuvo y amarró su cinturón en los picaportes. La gente buzón se lanzó contra la puerta. El cinturón se estiró como chicle.

Pero aguantó.

Entraron al área de maternidad y, de pronto, la camilla bajó la velocidad lo más posible.

—Silencio —susurró el hombre amable—. No podemos despertarlos.

Christopher entrecerró los ojos y descubrió dónde estaban.

En los cuneros.

Fila tras fila de bebés. Algunos en incubadoras. La mayoría en cunas transparentes. Todos dormidos. El hombre amable empujó la camilla por los cuneros como un barco en un pantano. Un terrible centímetro a la vez. Christopher vio que un bebé se movía como si estuviera teniendo una pesadilla. Luego, otro. Comenzaron a retorcerse como los primeros granos de maíz en la olla. Pop. Pop. Pop. El hombre amable apresuró su paso. Más bebés se movieron. Christopher podía sentir el lugar despertando a su alrededor. Pronto, los bebés empezaban a llorar. Darían aviso. Como si los hubieran abandonado en un porche. Un bebé abrió los ojos. Observó la oscuridad. Comenzó a sollozar. Otro los abrió. Otro. Christopher sintió cómo la camilla aceleraba. Más. Ya iban a toda velocidad hacia el otro extremo. El primer bebé comenzó a llorar.

—Buaaaaaaaaa.

Y despertó a su vecino.

El sonido viajó por el lugar como una pelota de pinball, despertando a vecino tras vecino. Bebé tras bebé. Todos comenzaron a llorar.

—¡BUAAAAAAAAA!

—Es la alarma —dijo Christopher.

—No. Es el campanazo que anuncia la hora de la cena.

Las luces se encendieron y Christopher los vio. Pequeños bebés que los observaban con sus ojos brillantes. Babeando. Con las bocas llenas de afilados dientecitos. Los bebés comenzaron a gatear. Salieron de sus cunas. Quebraron las paredes de sus incubadoras como huevos de serpiente.

No quedaba más opción que correr.



El hombre amable levantó la camilla en dos llantas y corrió hacia la salida. Los bebés bajaron por el cristal y corrieron por el piso como pequeñas arañas. El hombre amable abrió las puertas de salida con un empujón y apuntó la camilla hacia el final de pasillo. Christopher levantó la vista y en la pared vio una rampa para la ropa sucia, abierta como una boca. Sintió cómo el hombre amable aceleraba. Tres pasos más con todo su poder. Luego se subió a la camilla, detrás de Christopher, como si fuera un trineo de carreras.

—Agárrate.

La camilla voló hacia la pared. Christopher se preparó para el impacto. La rampa para la ropa sucia se abrió y, en un instante, la camilla se deslizó por ella como en una resbaladilla acuática. Giró y dio vueltas en la oscuridad. Christopher gritó. En parte por miedo. En parte por diversión. Era como la mejor y la peor montaña rusa. Miró al frente y vio algo bailando.

Un reflejo. De estrellas. En agua.

—Prepárate —dijo el hombre amable, tensando el cuerpo.

Christopher se aferró al hombre amable como solía hacerlo con su madre después de ver *Drácula*. El agua se acercaba. Más y más. Y luego....

¡SPLASH!

La camilla cayó en el agua como una piedrita rebotando en la superficie. Se deslizó sobre el arroyo y fue bajando la velocidad hasta detenerse al fin. El agua helada se sentía muy bien en la piel febril de Christopher. Por un momento pensó que quizá el agua era su madre poniéndole hielos en el cuerpo. Levantó la mirada. Vio las estrellas en el cielo nocturno y las piedras del puente.

Estaban de vuelta en el bosque de la calle Mission.

—¿Qué fue eso? —preguntó Christopher.

—Túnel de escape —dijo el hombre amable. Tenemos que sacarte de aquí. De noche pueden verte.

*El hombre amable está...*

*El hombre amable está... aterrado.*

—Hola, Christopher —dijo la voz.

Era el hombre del tronco hueco. Estaba de pie. Despierto. Sus ojos eran negros como el carbón. Su rostro aún tenía las cicatrices de cuando Christopher vio a los ciervos comérselo.

—He escuchado mucho sobre ti —dijo el hombre.

Y entonces se lanzó contra él.

—¡Sácame de aquí! —gritó.

El hombre amable tomó a Christopher del brazo y se echó a correr. El tipo del tronco hueco se tiró al piso y rodó hacia ellos. El hombre amable dio una vuelta bruscamente hacia un sendero estrecho. El tronco estaba por aplastarlos cuando chocó con un montón de ramas y se quedó atrapado cual mosca en telaraña. El hombre amable saltó con Christopher por un pequeño espacio entre los árboles. Christopher escuchó los gritos del hombre en el tronco haciendo eco por el bosque.

—¡SÁCAME DE AQUÍ!

—Está dando aviso. Otros lo seguirán. ¡Vamos!

Christopher y el hombre amable llegaron al claro. Corrieron hacia la casa del árbol.

—¿Cómo me encontró? —preguntó Christopher.

—Por tu madre —respondió el hombre amable—. Estaba ahí, contigo. Solo seguí su luz. Prometió que te sacaría de ahí. Y eso es lo que estoy haciendo.

El hombre amable ayudó a Christopher a subir al árbol. Estaba caliente, como una taza del café de su madre.

—Pero ¿y usted?

—Yo no importo. Tú sí.

—A mí sí me importa. —Christopher se acercó al hombre amable, que hizo un gesto de dolor al contacto. Y eso le recordó a los soldados que escuchan fuegos artificiales pero solo pueden oír balas—. ¿Usted es mi papá?

—No. No soy tu papá. Tienes que irte, Christopher. Ya.

Christopher asintió y subió por la escalera. Llegó al escalón de arriba y puso una mano en la perilla de la casa del árbol. La giró.

Pero estaba cerrada con seguro.

—Deja de perder el tiempo, Christopher —dijo el hombre amable desde abajo.

—No es eso. Tiene seguro.

—¿Qué?

—La puerta de la casa del árbol. Tiene seguro.

—¡Ay, Dios!

El hombre amable subió por la escalera. Puso la mano sobre la perilla. La giró con todas sus fuerzas. No cedía. Su rostro palideció.

—¡NO! —gritó.

—¿Qué pasa? —preguntó Christopher—. ¿Por qué no abre?

—Sigues en el hospital en el lado real. No puedes volver a tu cuerpo. No puedes despertar.

El miedo empujó la palabra en la garganta a Christopher.

—¿Qué?

El hombre amable golpeó la puerta hasta que los nudillos le sangraron. Luego azotó los puños contra las ventanas. El cristal ni se movió.

—Es una trampa. Ella lo preparó todo. Te encerró aquí.

Al fin, los brazos del hombre amable se rindieron. Dejó de golpear la casa del árbol y quedó derrotado y con los puños llenos de sangre.

—Pero ¿qué significa eso? —preguntó Christopher.

El hombre amable lo miró, incapaz de esconder su dolor.

—Significa que te estás muriendo.

Biiiiiiiiip.

Kate Reese volteó a ver las máquinas que mantenían vivo a su hijo. De pronto se habían llenado de luces rojas.

Biiiiiiiiip.

Antes de que pudiera decir algo, las enfermeras de terapia intensiva y un doctor entraron corriendo.

—¿Qué está pasando?! —preguntó ella.

—Su presión bajó —le dijo el doctor a la enfermera, ignorando a la madre—. Voy a necesitar diez centímetros cúbicos de...

Y así comenzó un round de términos médicos que iban demasiado rápido como para seguirles la pista. La madre de Christopher no entendió mucho, pero sí comprendió muy bien la «amable» solicitud del doctor hacia ella.

—¡Lárguese de aquí!

—¡NO! —gritó como respuesta.

Los camilleros entraron al cuarto.

—Eso no será necesario —dijo la enfermera Tammy—. Ya se va. Por favor, señora Reese.

La madre de Christopher permitió que la enfermera Tammy la hiciera salir al pasillo segundos antes de que los camilleros la sacaran a rastras y entre gritos y patadas. A pesar de sus costillas rotas. Se quedó afuera de la habitación de su hijo, con la esperanza de poder atravesar las paredes.

—Va a estar bien, señora Reese —dijo la enfermera Tammy con suavidad—. Solo le bajó la presión inesperadamente, pero lo van a estabilizar.

Después de tres minutos que se sintieron como horas, el doctor salió y repitió lo que la enfermera Tammy ya le había dicho. Aunque sin la compasión.

—Señora Reese, mientras su hijo esté en el hospital, por ley tenemos que resucitarlo, pero con todo respeto debo decirle...

*Desconéctalo ya.*

—... su hijo no muestra signos de actividad cerebral. No va a despertar —dijo el doctor.

—¿Ya puedo verlo? —preguntó ella, ignorándolo.

Los ojos del doctor se entrecerraron en un gesto de furia.

—No, señora Reese. Las enfermeras están acomodando la cama. Vuelva en media hora —le respondió.

—¿Media hora para una cama?! ¿Es broma?

—... o cuarenta y cinco minutos. Usted elige —dijo, rascándose el brazo.

*Quiere una excusa para llamar a seguridad. Quiere que pierdas el control, Kate.*

La madre de Christopher vio el gesto serio en ese hombre malicioso. Quería golpearlo, pero si lo hacía, la detendrían. Por los golpes, su hijo moriría. Así que se tragó su rabia y se obligó a asentir.

—Gracias, doctor —dijo.

*Te voy a sacar de aquí, Christopher. Te lo prometo.*

Puso una alarma en su reloj dentro de treinta minutos. No quería alejarse ni un segundo, pero tampoco quería desperdiciar ese tiempo. Ignoró el dolor en su costado y recorrió toda el área de terapia intensiva. Al llegar al final del pasillo, esperó a que la dejaran salir. Vio cómo una enfermera le decía algo entre susurros a un camillero. Mirándola. Rascándose. Los ojos de ambos estaban llenos de pensamientos. *Esa es la mujer horrible que no quiere desconectar a su hijo. Necesitamos esa cama para otras personas.* Vio al señor Henderson, el esposo de la bibliotecaria, en una de las habitaciones. Estaba sentado en la cama con las manos en la garganta.

La puerta emitió un zumbido.

Kate salió de cuidados intensivos hacia la sala de espera. Adonde mirara, había personas desesperadas. Gritaban porque la cafetería se estaba quedando sin comida. Discutían sobre qué canal ver en la televisión. Brincaban entre una cobertura de CNN sobre el Medio Oriente y una caricatura de Bad Cat.

—¡Mi hijo quiere ver esto, carajo! —gritó un hombre.

Kate vio a un tipo pateando salvajemente la máquina expendedora.

—¡Esta maldita cosa se robó mi último dólar!

El hombre pateó la máquina tres veces más hasta que rompió el resorte de plástico que sostenía la Coca-Cola. Luego se echó al piso y lloró como un niño.

—Mi esposa está enferma. Y ya no tengo más dólares —dijo.

Kate instintivamente buscó en su bolsillo para darle un dólar al hombre, pero entonces se dio cuenta de que traía la bata del hospital. La parte posterior de su cuerpo estaba expuesta. Se cubrió con una mano y con la otra oprimió el botón del elevador. Unos obreros la miraban desde el otro pasillo. Podía ver sus ojos recorriéndole las piernas desnudas como si estuvieran probando una muestra de

comida en el supermercado.

—Hola, cariño. ¿Cómo te llamas? —preguntó uno de ellos.

Kate llevó la mano hacia su celular. No estaba ahí. No tenía bolsillos.

—Espera. ¡No te vayas, guapa! —gritó el hombre, corriendo hacia el elevador.

Las puertas se abrieron al fin. Kate oprimió el botón. 1. 1. 1. 1. 1. 1. 1.

—¡Perra creída! —gritó el tipo mientras se cerraban las puertas del elevador.

Kate estabilizó su respiración y se enfocó. Debía haber una forma de sacar a Christopher de ese hospital. Miró su reloj. Veintiocho minutos. Las puertas del elevador se abrieron. Volvió a su habitación en el ala este. Los pasillos estaban abarrotados. No había ni una banca sola. Ni una silla vacía. Ni un espacio en el suelo. Las personas se rascaban los brazos. Todas parecían enfermas. Y enojadas. Y con instintos asesinos. Y desesperadas.

—¿Qué diablos quiere decir con que no hay almohadas?! —gritó una voz.

Kate llegó a su habitación. Rápidamente se cambió la bata de hospital por su ropa de calle, que estaba desgarrada y llena de la sangre de su hijo. Encontró su celular en el bolsillo de su abrigo. Le quedaba un poco de batería, pero no había señal en su cuarto. Salió al pasillo. Siguió avanzando y buscando señal. Pasó junto a la habitación de la señora Keizer. La anciana seguía inconsciente en la cama mientras su nieto Brady le leía desde una silla.

—Son para oírte mejor, querida —dijo él.

Aún no había señal en el teléfono.

Pasó junto a una habitación vacía que estaban preparando para otro paciente mientras los camilleros movían a un hombre de unos treinta años que se aferraba a la cama como si su vida dependiera de ello.

—¡Mi seguro no ha expirado! ¡Tengo derechos!

Aún no había señal.

Cruzó la entrada de Urgencias.

—Llevamos cuarenta horas esperando aquí, ¡hijo de perra!

—¡Yo también, infeliz! ¡Así que siéntate y espera tu maldito turno!

Salió al estacionamiento.

Al fin consiguió un poco de señal.

Le marcó al alguacil. Timbró una vez. Dos. Quizá él podría conseguir ayuda. Hacer que una ambulancia sacara a Christopher del hospital. Que lo alejara de Mill Grove. Que lo alejara de la mujer siseante. Miró su reloj. Veinticuatro minutos.

El teléfono siguió sonando. Tres timbrazos. Cuatro. Cinco.

Podían irse de ahí. Huir a un lugar seguro. Vendería la casa. Le podrían enviar

el cheque. Gastaría hasta el último centavo en la atención médica de Christopher.  
*Mi hijo no se va a morir hoy.*

Más timbrazos. Seis. Siete. Ocho.

Buzón de voz.

—Bobby —dijo ella—. No sé cómo decirlo en un mensaje de voz, así que vas a tener que confiar en mí.

Escuchó las sirenas de una ambulancia. Se cubrió los oídos y gritó al teléfono.

—Necesito sacar a Christopher de aquí. ¿Puedes hacer algo? Una ambulancia. Un helicóptero de evacuación. Lo pagaré. No me importa.

La ambulancia entró aullando al estacionamiento y los paramédicos salieron a toda prisa.

—Pero quiero que vengas con nosotros. Quiero que estés a salvo. Porque algo muy malo está pasando aquí. Y en este momento, para mi hijo tú eres la única...

Estaba por decir «esperanza» cuando vio a los paramédicos transportando al alguacil sobre una camilla. Tenía los ojos cerrados. Su camisa estaba desgarrada y su pecho cubierto de vendas ensangrentadas. Sobre su rostro tenía una máscara de oxígeno.

La madre de Christopher se quedó sin palabras.

Miró boquiabierta cómo el doctor de Urgencias corría hacia la camilla. Ente los gritos, ella se enteró de que hubo un tiroteo en la estación del alguacil. La señora Henderson, la bibliotecaria de la escuela, se escapó de la cárcel y le disparó al alguacil en el pecho. Él ya debería haber muerto, pero de algún modo seguía luchando por su vida.

La madre de Christopher corrió hacia él, pero los camilleros la detuvieron. No le permitirían entrar al quirófano. Le tomó un minuto de azorado silencio darse cuenta de que su teléfono seguía grabando un mensaje para él. Colgó y se sentó afuera. Las costillas le dolían como un diente sensible con el frío.

No sabía qué hacer. Así que instintivamente comenzó a llamar a sus amigos. A quienquiera que pudiera ayudarla. Los padres de Special Ed. Las madres de Mike y Matt. Nada. Ni siquiera el buzón de voz. Todos sus mensajes se regresaban. Y los emails no se enviaban.

Estaba completamente sola.

Miró el teléfono entre sus manos. La hora la sacó de golpe de cualquier emoción similar a la autocompasión. Le quedaban quince minutos para poder ver a su hijo. Sus ojos se movieron de un lado a otro, intentando pensar qué hacer. ¿Podía llamar a alguien más? ¿Alguien en quien no hubiera pensado aún? Volteó a ver la sala de Urgencias y encontró a dos hombres peleándose por una silla. En

la televisión, la presentadora rubia decía que los accidentes de tráfico ya habían triplicado la cifra más alta registrada históricamente en diciembre y apenas era veintitrés.

—Y ahora, en noticias más alegres, ya solo faltan dos días para Navidad. Y ¿cuál fue el regalo más pedido por los niños este año? Juguetes de Bad Cat —dijo con una sonrisa.

—Así es, Brittany. ¿Y el regalo más pedido por los adultos? Armas.

Alguien cambió el canal a CNN de nuevo.

—Y ahora, volvemos a las noticias internacionales y la creciente crisis en el Medio Oriente...

—Estoy harto de esta mierda —gritó una voz—. No me importa el Medio Oriente.

—¡Mi familia es de ahí, imbécil!

—Pues regrésese y ayude a su familia.

—Los refugiados están desesperados, Anderson. En el campo se dice que seguirá corriendo sangre.

La madre de Christopher cerró los ojos. No se dio cuenta de que estaba rezando hasta que terminó.

—Por favor, Dios. Ayúdanos.

De pronto, notó algo. No fue una sensación, sino un aroma. Olía a guantes de beisbol.

*Ambrose.*

El nombre le llegó de la nada.

*Ambrose Olson.*

Si estás en la guerra, busca a un soldado. ¿Quién le había dicho eso? Sorprendentemente, Jerry. Borracho y viendo un video mal grabado de los aliados salvando al mundo.

*Ambrose puede ayudarnos.*

La madre de Christopher marcó el número de Shady Pines. Mientras esperaba a que sonara, los paramédicos llevaron al interior del hospital al resto de los empleados del alguacil, todos gravemente heridos. Por un momento se le ocurrió una idea terrible.

*Ya no hay policías. Ya no hay ley.*

—¿Shady Pines? —dijo la voz al otro lado de la línea.

—Sheila... soy Kate. Necesito hablar con el señor Olson.

—No está aquí.

—¿Qué quieres decir?



—Está en el hospital.

—¿Qué?

—Lo siento, debo irme. Los de aquí están imposibles por la maldita gripe.

Clic.

A la madre de Christopher le tomó cinco minutos con la enfermera de Urgencias para averiguar que llevaron a Ambrose Olson al hospital porque se había quedado ciego. Gracias a que los empleados del hospital ya lo conocían y, de hecho, era uno de sus pacientes favoritos, recibió una cama treinta y nueve horas antes de lo esperado. Lo habían acomodado a tres puertas de la habitación de su hijo en terapia intensiva. Kate Reese pensó que quizá era el destino. O podía ser una coincidencia. O quizá era la ayuda del hombre amable. Fuera lo que fuera, no lo cuestionó más. Necesitaba a todos los amigos con los que pudiera contar.

Incluyendo a los imaginarios.

Encontró a Ambrose en su habitación. Unas vendas le cubrían los ojos y estaba aferrado al viejo diario de su hermanito. Kate llamó a la puerta.

—¿Señor Olson? —dijo.

—¿Señora Reese? Gracias a Dios. He estado preguntando por usted.

—¿Por mí? —preguntó ella sorprendida, pero a la vez no—. ¿Por qué?

—Necesito que termine de leer el diario de mi hermano —susurró él.

—¿Por qué susurra?

—¿Me promete no reírse? —le preguntó el anciano.

—Nada me parece gracioso en este momento. Dígame.

Cuando Ambrose terminó de explicarle la experiencia de David con casas del árbol y mujeres siseantes, a Kate Reese no le tomó mucho tiempo darse cuenta de que estaba pasando de nuevo. Pero ahora, con su hijo. Se sentó y tomó el diario.

Ambrose no podía ver a Kate Reese mientras le leía en voz alta como una madre a su hijo. Pero después de todo lo que ella le contó sobre el accidente de auto con Christopher y que el alguacil estaba herido, el anciano se imaginó que esa hermosa mujer de cincuenta kilos se veía más o menos como la última vela a punto de apagarse en el ojo del huracán.

*Protégela, Dios, por favor.*

La oración salió de la nada. Y lo sorprendió. Pero cuando confirmó que era su propia voz, Ambrose la repitió. Porque en lo profundo de su alma creía que, si algo le pasaba a Kate Reese, el mundo se acabaría.

Vaya año de mierda.

En eso estaba pensando Jerry, acostado en su cama. Se asomó por la ventana. Estaba por amanecer. Era 23 de diciembre. No podía recordar la última vez que se había despertado tan temprano. No desde el último sueño. Recientemente había estado teniendo unos sueños rarísimos. Siempre estaba en su casa o en su barrio o pidiendo unas costillas en Bone Yard, cuando veía a Kate Reese. Cada vez estaba un poco distinta, pero siempre hermosa. Con una llave al cuello. Y una sonrisita maliciosa. Kate dejaba que él le hiciera lo que quisiera. Violento. Furioso. Sucio. Lleno de odio. No importaba. A ella le encantaba. Lo amaba. Cada noche, Jerry se dormía para encontrarse con la Kate Reese de sus sueños. Luego, cada mañana, despertaba, se daba la vuelta en la cama y veía el espacio vacío donde solía estar la verdadera Kate Reese. Y esa jodida voz le hablaba al oído.

*La extrañas, Jerry.*

Cada mañana, su mente era como su auto estacionado en el jardín tras una borrachera. El jardín parecía su cochera y los sueños parecían su vida. Pero no lo eran. Kate Reese se había ido para no volver. Jerry intentó olvidarla varias veces, pero luego escuchaba una maldita canción o veía a una maldita chica con shorts y se acordaba de esa única vez que logró que una mujer realmente buena lo amara.

*Hasta que te dejó a mitad de la noche, Jerry.*

El hombre se dio la vuelta en la cama. No tenía que trabajar ese día, así que pensó en ir a 8 Mile. Los bares no estaban abiertos, pero conocía algunos clubes clandestinos que podrían dejarlo entrar por la puerta trasera. Se tomaría algo y quizá buscaría a una chica fácil. Claro, era de día, pero eso qué. Ya no había ninguna perra que le dijera qué podía hacer. El viernes le pagaron. ¿Qué más daba?

Se puso los jeans y se subió a su Chevy. En veinte minutos llegó a 8 Mile. Estacionó su auto afuera del bar de mala muerte y entró. En la rockola sonaba una gran canción: «Hotel California» de Eagles. El lugar estaba lleno de humo de cigarro. Era tan denso que Jerry sintió como si estuviera caminando dentro de

una nube. Se sentó y pidió un gin and tonic. Miró a la chica en la barra y se alegró por su buena suerte.

Sally.

La conocía desde la universidad. Siempre fue una chica buena y católica hasta que un día decidió dejar de serlo. Como la mayoría de los católicos, pasó de cero a cien en unos sesenta segundos en cuanto alguien le encendió el motor. Un año después, la encontraron dándoles servicio a un par de jugadores de futbol en el asiento trasero del Ford de su papi. Desde entonces, era conocida como Mustang Sally. El auto de su papi en realidad era un Focus, pero Ford Focus Sally no sonaba tan bien. Fuera cual fuera el modelo, Sally no era el foco más brillante de la serie, pero sí le gustaba pasarla bien. Y Jerry necesitaba pasarla bien. Tenía unos cuantos dólares en el bolsillo. Estaba libre. Era (más o menos) joven. Podía tomar a Sally, meterse a su viejo Chevy e irse a los casinos en el oeste de Virginia para sacarse a Kate Reese de la cabeza.

—¿Virginia del oeste?! —dijo Sally—. Estás loco. Está nevando horrible. Y hay casinos en Detroit. ¿Por qué carajos irías a Virginia?

Buena pregunta.

Quizá un instinto. Quizá una corazonada. Quizá un gin and tonic. Pero algo dentro de Jerry le dijo que su suerte cambiaría ahí. Algo le dijo que ese podía ser su día de suerte si tan solo escuchaba a la voz en su cabeza.

*No puedes perder, Jerry.*

—¿Vienes o no? —le preguntó a Sally.

Sí iba.

Una hora después, su Chevy iba deslizándose por una carretera cubierta de nieve. Era la peor tormenta de nieve desde la de Acción de Gracias. Qué calentamiento global ni qué nada. Adonde quiera que mirara, había un auto descompuesto o accidentado. Pero para él, fue un viaje sencillo. Sally no dejaba de mover la perilla del radio como un ladrón intentando abrir una caja fuerte. Los 40 principales. Hip hop. Una estación de *oldies* que estaba tocando «Blue Moon». Jerry empezó a arrepentirse de haberla invitado. Al parecer, no hacía más que joder su radio y hablar sobre cómo sus compañeros de trabajo conspiraban en su contra. Por favor, trabajaba en JCPenney. ¿Acaso las mujeres no tienen nada mejor que hacer que fingir que todo el mundo está pensando en ellas?

—Ya elige una jodida estación, Sally.

—Bueno. Bueno. Imbécil —dijo ella.

Al fin se detuvo en una estación de rock clásico de las afueras de Cleveland

que estaba tocando «Hotel California» de Eagles. Por segunda vez en el día.

Jerry lo tomó como un buen augurio.

Cuando llegaron al casino, pasó de largo frente al valet y se estacionó él mismo. Sally lo miró con desprecio por eso. Pues perdón por querer ahorrarse unos dólares. Cruzaron el estacionamiento helado, con el cielo partiéndose por un viento furioso que los iba rodeando de nieve como el torbellino de Dorothy. ¿Cuántas veces vio *El mago de Oz* en esos malditos viernes de películas con Kate Reese y su hijo raro?

*La extrañas, Jerry.*

*Pero ella no te extraña.*

Esa voz. Esa maldita voz. Le decía que siguiera. Que bebiera toda la noche. Que apostara. Que viajara en su auto. Que se fuera de pesca con sus amigos. De caza con sus primos. Que nada de lo que hiciera le quitaría esa idea de la cabeza.

*Ella fue lo mejor que te pasó en la vida, Jerry. Y se fue.*

Sabía que Kate Reese estaba por ahí, en alguna parte. Probablemente con otro tipo. Entregándole su cuerpo. Tocándolo por todas partes. La idea le dio náuseas. Le llenó de rabia el estómago. Tenía que entrar al casino. Pedir una bebida fuerte. Hacer que parara.

—Apúrate, Sally. Carajo —gritó.

—Intenta caminar entre esta mierda con estos tacones —le respondió Sally, furiosa.

Cuando las puertas se abrieron, los recibió una nube de humo que flotaba sobre el ruido blanco de las máquinas tragamonedas y el video poker. Sally tenía que orinar. Claro. Apenas eran las 10:00 a. m., pero Jerry se fue al bar y se bebió un Tanqueray doble con un poco de agua quina. La bebida hizo que el cuerpo le ardiera como después de hacer ejercicio, pero no fue suficiente. Necesitaba una distracción para deshacerse de la voz. Miró alrededor y vio que alguien había dejado un periódico sobre la barra.

Era de Pittsburgh.

De un par de meses atrás.

Jerry buscó la sección de deportes, pero obviamente algún desgraciado ya se la había llevado, así que solo hojeó lo que quedaba. La crisis en Medio Oriente seguía. Por Dios, ¿eso todavía es noticia? Que me digan cuando la crisis se acabe. Entonces sí compraré el periódico. ¿Y los refugiados? Tengo una idea. Usen sus patitas y váyanse al norte. ¿Qué tan difícil es hacer eso? ¿Quién se queda quieto mientras el mundo se acaba a su alrededor? Los malditos idiotas. Ellos.

Jerry pasó la página hacia la sección de comunidad y vio un encabezado: «Niños encuentran un esqueleto en el bosque». Estaba por ver la fotografía cuando Sally apareció junto a él con la cara empolvada y la vejiga vacía.

—Huele horrible aquí —dijo.

Jerry dejó el periódico y se puso a jugar blackjack. Por lo general, no era su juego favorito, pero algo le dijo que se sentara y comenzara con poco. Algo así como una voz. Sacó dos reinas y se acordó de cómo Kate Reese le decía que el rostro de las reinas en la baraja era un retrato de la reina Isabel. Sacó dos ases y ganó cien dólares. Pidió otro gin and tonic. Kate decía que esa bebida la inventaron los soldados británicos en una guerra. El agua quina prevenía la malaria o algo así.

*La extrañas, Jerry.*

*Se está cogiendo a alguien más, Jerry.*

Pidió otros dos tragos ignorando las protestas de Sally sobre que no era ni mediodía aún y él ya estaba emborrachándose. Pero no le importó. Porque esa maldita voz tenía algo diferente ese día. No sabía exactamente qué. Pero tenía algo que lo hacía sentir invencible.

Así que decidió ponerlo a prueba.

Vio las cartas sobre la mesa. El crupier le dio un maldito trece. Pero por alguna razón, él sabía que estaría bien. *A la mierda. Hay cuatro ochos en la baraja, ¿no?* Pidió otra y recibió su ocho. Otro veintiuno. Otros cincuenta dólares. Lo hizo de nuevo con un doce. Y de nuevo con un dieciocho. La gente comenzó a reunirse alrededor. Sabía lo que todos estaban pensando. ¿Quién es este bastardo con gorra de los Lions y su puta barata, que parece que aprendió a maquillarse en la universidad de los payasos?

*Ya van a ver quién soy, imbéciles.*

*Soy el cabrón que hoy no puede perder.*

La voz le dijo que solo apostara diez dólares en la siguiente mano. Y, claro, perdió. Su instinto le dijo que pusiera quinientos en la siguiente. Blackjack. Una chica aplaudió detrás de él. Era una india bonita, nativa de América, no de Bombay, que llevaba su propia copia del viejo periódico de Pittsburgh entre sus afiladas uñas rojas. Jerry se preguntó por qué estaban por ahí todos esos periódicos viejos hasta que una voz lo devolvió a la realidad.

—¡Blackjack!

Siguió así por horas. El supervisor cambió al crupier para acabar con su racha. Cerraron la mesa y lo hicieron cambiarse a otra. Metieron seis barajas en vez de una, pensando que quizá su truco era contar las cartas. Pero hicieran lo que

hicieran, no servía.

*No puedes perder, Jerry.*

A las 5:00 p. m., Jerry se incorporó sobre sus piernas alcoholizadas y se dirigió tambaleándose hasta la ruleta. Sally le dijo que no tentara a su suerte, pero él ya no escuchaba nada más que la voz en su cabeza. El primer número con el que jugó fue el nueve. Cuando salió el nueve, hasta Sally se calló. Los chicos del bar le habían contado sobre esa clase de rachas. Pero él nunca había visto una. Ni siquiera de lejos. Pero en ese momento, él era invencible. La voz le dijo que apostara veinte dólares al negro. Diez al rojo. Que se saltara una ronda. Cayó en verde. La india sexy se acomodó junto a él. Puso el periódico en el suelo y se aferró a su silla, preparada para un buen juego.

—¿Te molesta si leo tu periódico? —preguntó Sally, aburrida como colegiala viendo a su novio jugar videojuegos.

La india sexy se lo pasó. Sally miró el periódico. No había nada sobre Hollywood. Solo una historia aburrida sobre cuatro niños que encontraron un esqueleto en un bosque del oeste de Pensilvania.

—Ay, pero qué niño más lindo —dijo Sally, señalando la fotografía—. Mira, Jerry.

—¿Podrías callarte el hocico, Sally? —respondió Jerry mientras ponía su dinero en el treinta y tres.

—¡Treinta y tres! —gritó la india sexy.

*No puedes perder, Jerry.*

Cerró los ojos mientras la bola rodaba por la ruleta. Vio el rostro de Kate Reese en su mente. El departamento vacío después de su huida. ¿Qué había hecho él esa noche que fue tan terrible? La golpeó, sí, pero le pidió perdón y lo dijo en serio. Que se joda si no le creyó. Que se joda esa zorra.

*La extrañas, Jerry.*

*Quieres encontrarla.*

—¡Cuatro! —gritó la sexy chica india.

Para la medianoche, el supervisor llamó al gerente, quien le ofreció una habitación gratis a Jerry con una sonrisa de político y un saludo de manos de imbécil. La india sexy se levantó para felicitarlo por la mejor racha en la historia. Ella perdía todo el tiempo, pero por alguna razón siguió jugando junto a él. Todo el día. Con una cantidad aparentemente infinita de fichas. Quizá era empleada del casino. Quizá era prostituta. Lo único que Jerry sabía era que estaba bien buena. La mujer se levantó de la mesa y dejó el periódico junto a él. Jerry lo tomó y fue tras ella.

—Disculpe, señorita. Olvidó su periódico.

Ella se dio la vuelta y le lanzó una sonrisa junto con una mirada lasciva.

—Jerry, ¿sabes cuánto suman los números de una ruleta? —preguntó.

—No. ¿Por qué no me lo dices durante el desayuno? —dijo él.

No pudo creer que tuvo las pelotas. Pero ahí estaba. La invitación quedó en el aire como la nube de humo de cigarro. Pensó que Sally le sacaría los ojos con sus uñas de plástico por decirlo, pero, extrañamente, Mustang Sally se quedó callada. La india sexy le sonrió con tantas ganas que casi no le alcanzaron los dientes.

*No puedes perder, Jerry.*

Los tres fueron a la suite de cortesía y abrieron una botella de champaña de regalo. La india sexy encendió la televisión porque dijo que podía ser «un poco escandalosa». Cerca de las 3:00 a. m., la televisión comenzó a transmitir las noticias locales del área metropolitana. Jerry podía escuchar a la presentadora hablando y hablando sobre un terrible accidente de tráfico que involucró a un niño que le ayudó a su madre a ganar la lotería en septiembre y que encontró un esqueleto en noviembre, pero nunca volteó a ver las imágenes. Estaba demasiado ocupado viendo a las chicas lamiendo la champaña del cuerpo de la otra mientras el viento chocaba contra las enormes ventanas con vista al centro de Wheeling. Jerry tuvo tanto sexo esa noche como le fue posible, pero cada vez que se detenía, aunque fuera por un momento, la voz estaba de regreso.

*La extrañas, Jerry.*

*Tienes que encontrarla, Jerry.*

Jerry despertó treinta minutos antes del alba. Debió haber dormido una hora cuando mucho, pero por alguna razón ya no tenía sueño. Se bebió lo que quedaba de la champaña tibia y sin burbujas para deshacerse del terrible dolor de cabeza. Había tenido resacas anteriormente. A veces, mientras seguía borracho. Pero ese dolor de cabeza era distinto. Parecía como si lo odiara o algo. Como si Jerry se hubiera cogido a la esposa del dolor de cabeza. Escuchó a Sally en la regadera, pero la india sexy ya no estaba por ninguna parte. Esperaba que le hubiera robado o al menos que se hubiera llevado unos miles de dólares por sus «servicios» si es que era una profesional, pero no se llevó ni una sola ficha de poker.

Y además dejó su periódico viejo.

*La extrañas, Jerry.*

*Quieres encontrarla, Jerry.*

*Se está cogiendo a otro, Jerry.*

*Esa zorra se está burlando de ti en este mismo momento, Jerry.*

Tras su racha de rachas, la voz volvió como una serpiente furiosa. Lo único que Jerry podía hacer para sacarse a Kate de la cabeza era leer ese periódico viejo. Ojeó el pronóstico del tiempo, que anunciaba un invierno bastante tranquilo. Buen trabajo, Kreskin. Estaba por pasar a la sección de comunidad cuando se le ocurrió buscar la de deportes. Por suerte, el periódico de la india sexy estaba intacto.

A media historia sobre la lucha de los Steelers de Pittsburgh por otro Super Bowl (intenten ser fans de los Lions, imbéciles), Sally salió de la regadera, llorando desesperadamente. Jerry se dio cuenta de que cuando el alcohol se acababa, se llevaba con él la parte Mustang de Sally. Y esa parte suya que era *bicuriosa* no encajaba para nada con su educación católica de Flint.

—Hoy es Nochebuena. Tengo que volver a casa —dijo ella.

—De acuerdo, Sally. Vámonos.

Jerry dejó el periódico en la habitación del hotel. Bocabajo.

Caminando entre la nube de humo de cigarro en el casino por última vez, buscó a la india sexy. Se dio cuenta de que ni siquiera le había preguntado su nombre. Quizá fue un espejismo, como en esa canción de «Hotel California». Jerry tarareó su propia versión. «Bienvenido al hotel West Virginia. Un lugar de mierda. Un rostro de mierda».

Las puertas del casino se abrieron como una boca y los escupieron hacia el exterior. El aire fresco era dulce. Puro, seco y limpio como la luna que se asomaba entre las nubes.

Cruzó el estacionamiento lentamente. El viento sopló en su rostro. Y olía a algo. Probablemente aún tenía resaca. Pero, por alguna razón, se acordó de cuando era niño y fue a cazar por primera vez. Ese olor a madera mezclado con pólvora y cerveza. No podía dejar de pensar en el antiguo novio de su madre, que le enseñó a disparar. Ese hombre horrible que también le enseñó cómo no tenerle miedo a una pelota de béisbol a base de lanzársela contra la cabeza.

Al ver su auto soltó un quejido. Un imbécil le había dejado uno de esos estúpidos volantes bajo el limpiabrisas. Cuando se acercó más, se dio cuenta de que no era un cupón para un cambio de aceite ni la publicidad de un comprador de chatarra. Era un set de cuatro fichas de información. Estaban unidas a algo que colgaba de ellas con unas cuerdas. El viento sopló con más fuerza y Jerry vio que cuatro plásticos de colores chocaban con el costado de su Chevy.

Eran cuatro globos desinflados.

Jerry leyó las tarjetas.



Señor o señora:

Ha encontrado los globos del Festival de Globos de la primaria de Mill Grove. Por favor, póngase en contacto con nosotros a la brevedad posible para que nuestros estudiantes sepan qué tan lejos llegaron sus globos. Muchas gracias.

Jerry volteó las fichas y vio un montón de nombres que no le dijeron nada. Matt algo. Mike algo. Eddie me importa una mierda. Estaba por tirarlas cuando el viento helado se coló por su chaqueta. El olor a caza lo rodeó. Y esa vocecita en su cabeza le decía que viera la última tarjeta antes de tirarlas. Las manos le temblaron mientras le daba la vuelta y leía el último nombre.

Christopher Reese.

*Es tu día de suerte, Jerry.*

El hombre amable guio a Christopher entre unos densos matorrales hacia un viejo camino desgastado por el tiempo. Quitó la maleza del suelo para revelar un sendero fresco que estaba escondido debajo. Christopher miró las nubes sobre el bosque de la calle Mission. La luz de la luna estaba atrapada dentro de ellas como una linterna. La mujer siseante ya estaba por todas partes. Algo terrible se aproximaba.

*Significa que te estás muriendo.*

Las palabras del hombre amable resonaban en la cabeza de Christopher mientras se acercaban al viejo refrigerador abandonado. Enorme y blanco, como los modelos antiguos de las películas que le encantaban a su madre. Su cromó oxidado le recordó al Chevy de Jerry.

*Jerry viene...*

*Jerry viene... a matar a mi madre.*

Christopher tenía que salir del mundo imaginario. Tenía que salir para salvarla.

—Ya llegamos —susurró el hombre amable, luego abrió el refrigerador con un chirrido. El electrodoméstico no tenía fondo. Solo un montón de tierra.

—¿Qué es esto? —preguntó Christopher.

—Mi último escondite —dijo el hombre amable.

Se arrodilló, sacudió la tierra y descubrió una trampilla. La abrió y Christopher vio una larga escalera que llevaba a lo que parecía un refugio antibombas.

—Ella aún no descubre este —susurró el hombre amable—. Lo estaba guardando para una emergencia. Tenemos que esconderte hasta que se haga de día.

Christopher se metió. El hombre amable cerró silenciosamente el refrigerador. Bajaron las escaleras. Cuando llegaron al piso, el hombre amable dobló la escalera como si fuera la puerta de un ático. Los resortes gimieron mientras los escalones se reacomodaban y quedaban escondidos bajo la tierra. El hombre amable encendió una lámpara de keroseno. Luego abrió una hielera portátil. Había botellas de agua, Coca-Cola, fruta, queso y dulces.

—¿De dónde sacó todo eso? —preguntó Christopher.

—De la gente que está a dieta. Sus pesadillas siempre son sobre comida. No les molesta que te la lleves. Créeme. Les estás haciendo un favor —dijo el hombre amable.

Christopher se llenó los brazos como si fueran el carrito de compras de un glotón.

—Los dulces no —advirtió el hombre amable—. Solo nos quedaremos aquí hasta que amanezca. Es la última vez que comerás por un tiempo. Tenemos que sacarte antes de la medianoche. Necesitas estar fuerte.

A regañadientes, Christopher cambió el Snickers por puré de manzana y se sentó en el suelo. Echó un vistazo al refugio del hombre amable. Era sencillo y sin adornos. Un catre. Un casillero. Algo de ropa. Un reloj en la pared. Pero el reloj no medía horas y minutos.

Medía los años.

Christopher observó el número: 2020. El número de meses: 24 240. El número de días: 737 300 días de terror. De tortura. Luego miró las cicatrices del hombre amable. En sus pies y en sus manos. Cómo cojeaba por tantas veces que le habían roto los huesos a lo largo de los siglos.

—¿Cuántos años tenías cuando ella te trajo? —preguntó Christopher.

El hombre amable lo miró, sorprendido por la pregunta.

—Ella no me trajo. Yo me ofrecí a venir. Ahora, come.

El hombre amable abrió una botella de agua y bebió. Luego le puso la tapa y se tragó el agua, que recorrió su cuerpo maltrecho como un río fresco.

—¿Qué pasa a la medianoche? —preguntó Christopher.

El hombre amable no dijo nada. Solo se llevó un dedo a la boca y articuló un «shhh» sin sonido. Señaló hacia arriba. Christopher dejó de hablar y escuchó las voces que lo estaban buscando en el bosque.

—¡Chrissssstopher! ¡Chrissssstopher! ¡¿Dónde estás?!

El hombre amable se puso de pie. Tenso y preparado.

—Ya no lo puedo oler. ¿Tú lo escuchas? —comentaron las voces entre ellas.

Christopher observó al hombre amable en la escalera, listo para atacar si bajaban. Todo en su postura hacía que el niño se sintiera seguro. Estaba listo para defenderlo hasta morir si la noche tomaba ese curso. Christopher había visto a su madre hacer eso. No sabía que los hombres pudieran tener ese sentimiento hacia los niños.

Al fin, las voces se alejaron y solo quedó el silencio. Christopher estaba por hablar cuando el hombre amable levantó un dedo. Luego tomó un pedazo de papel y escribió a toda prisa con un lápiz del número 2.

SIGUEN AHÍ ARRIBA. ES UNA PRUEBA.

Christopher tomó el lápiz y escribió. Luego le entregó la nota al hombre amable.

¿Qué pasa a la medianoche?

Christopher estudió el rostro del hombre amable. Serio y abrumado. Negó con la cabeza sin decir nada y escribió algo más.

NO NECESITO QUE TENGAS MIEDO.  
NECESITO QUE SEAS FUERTE.

El hombre amable siguió escribiendo, pero Christopher podía sentir sus pensamientos escondidos entre las palabras.

*El hombre amable tiene...*

*El hombre amable tiene... miedo de decirme la verdad.*

*El hombre amable sabe... que me llenaría de terror.*

La temperatura en el refugio bajó unos cuantos grados. Christopher tomó el cuaderno de las manos del hombre amable y escribió en el papel.

Si no me dice, simplemente voy a leer su mente.

El hombre amable suspiró y luego tomó el papel. Escribió con letras grandes sin quitarle los ojos de encima a Christopher. Terminó de escribir y Christopher leyó el mensaje de cabeza.

DAME TU MANO.

Christopher miró a los ojos al hombre amable, pero estos no le dijeron nada. Sintió cómo el estómago le daba un vuelco. De pronto, ya no tenía hambre. Ni siquiera quería dulces. Así que tomó el lápiz y comenzaron a pasarse notas como dos niños en clase.

¿Para qué?

SI QUIERES LEER MI MENTE, LA ABRIRÉ PARA TI.

Christopher bajó la mirada para encontrarse con las manos del hombre amable abiertas como un libro. Estudió la piel de sus palmas. Lastimadas y llenas de cicatrices. Lavadas incontables veces. Sintió un peso en el pecho. Las respuestas a todos los acertijos. Cuatro entradas. Tres salidas. Todo estaba escrito en esa

mano como en una lectura de palmas. Christopher escribió una vez más.

¿Qué pasa a la medianoche?

El hombre amable respiró profundo y escribió una sola palabra.

TODO.

Christopher tomó la mano del hombre amable.

hola. christopher. respira. tenemos que hacerlo rápido o tu mente se quemará. estas son las cosas que he visto a lo largo de milenios. no deberías aprenderlas tan rápido. lo siento, pero no se puede evitar. respira. o morirás. ¡respira!

Las palabras del hombre amable fueron subiendo por el brazo de Christopher y recorrieron su cuerpo como grietas en el parabrisas. Sintió que se quedaba sin aire. Pero era más que aire. Era todo. Sus pulmones se petrificaron por el miedo. ¿O era por el conocimiento? Lentamente, pudo respirar de nuevo. Miró el rostro del hombre amable, tranquilo y amigable.

eso es, christopher. ya lo estás viendo. sigue respirando. sin importar lo que veas, sigue respirando.

Christopher parpadeó y miró a su alrededor. De alguna manera, estaba en dos lugares a la vez. Su ojo izquierdo seguía en el búnker con el hombre amable. Su ojo derecho estaba viendo lo que el hombre amable decía. No como palabras, sino como imágenes. Películas caseras y recuerdos unidos como crema de cacahuete y mermelada. Sentía como si todo estuviera pasando frente a él. Ese era el mundo como el hombre amable lo había visto. Y era aterrador.

respira, christopher. está bien. no te puede hacer daño. respira.

Christopher vio a la mujer siseante torturando gente en el lado imaginario. La sangre en las calles. Era la sangre del mundo.

así se veía, christopher. justo antes de la última vez que pasó. ves lo que está haciendo. la ruina y la locura. mira la calle. ve la sangre. eso era. y eso es lo que iba a ser para todos hasta que pasó un milagro.

él nació.

Christopher vio a un bebé en un moisés. Era David Olson. No como lo cononoció su madre o su padre y ni siquiera Ambrose. Así era como lo veía el hombre amable. Como lo amaba.

aquí las cosas habían estado oscuras por décadas. ella estaba buscando las grietas en el cristal entre el mundo real y el imaginario. buscaba maneras de colarse al pueblo mediante susurros. y en los sueños. yo creí que todo había terminado, pero luego vi algo. una luz brillante. era david. lo supe desde el día en que nació. había algo distinto en él. cuando la mayoría de los niños apenas gateaban él ya hablaba. cuando la mayoría de los niños apenas pueden sostener un crayón, él ya dibujaba. le costaba trabajo leer porque las

letras no se quedaban quietas para una mente tan activa. creía que era estúpido hasta que se dio cuenta de que quizá era más inteligente que los demás. lo vi crecer. vi cómo sus compañeros lo atacaban por ser especial. nunca en toda mi vida había visto a un niño más solitario. pero era poderoso. y ella lo sabía. ella lo quería. intenté protegerlo durante el mayor tiempo posible, pero no pude contra ella. lo atrajo al bosque como lo hizo contigo.

El hombre amable escuchó un ruido arriba y se detuvo. Por un momento, se interrumpió el circuito y Christopher solo pudo ver el búnker. El hombre amable miró hacia el techo y esperó otro paso. Pero solo era el viento. Luego, tomó de nuevo las manos de Christopher y le entregó su mente.

al principio intenté ayudar a david. le mostré cómo la mujer siseante podía tomar distintas formas. le enseñé a mantenerse en la calle. le dije que podía usar la casa del árbol para espiarla durante el día tal como te enseñé a ti. pero ella fue más inteligente que yo. sabía lo que estaba haciendo. solo esperaba el mejor momento para atacar.

La percepción de Christopher se partió en dos. Con un ojo vio cómo la oscuridad se posaba sobre los ojos del hombre amable. Con el otro vio el motivo.

estuve ahí la última noche. ella me había atrapado, pero logré escapar. solo que no lo hice a tiempo. intenté salvarlo. david pensó que estaba despierto, pero andaba sonámbulo por un camino que ella preparó. vi a la mujer siseante acercarse a los vecinos de los olson. la familia tenía un abuelo senil. la mujer siseante se aprovecha de los ancianos. el viejo no sabía dónde estaba. así que sin duda no supo por qué se estaba poniendo guantes para ir al ático a sacar una carriola vieja. no supo por qué grabó el llanto de su nieta. no supo por qué llevó todo eso al porche de su vecino y presionó el botón de *play* para que ambrose y su novia lo encontraran. la mujer siseante le prometió al anciano que recuperaría su memoria. al día siguiente, murió.

Christopher pudo ver al anciano muerto en un ataúd. A su familia llorando sobre su féretro abierto. Comenzó a sentir sus lágrimas. Tuvo que controlarlas en su mente para seguir con el hombre amable.

—¿Qué le pasó a David? —preguntó Christopher a través de sus dedos.

al principio no lo entendía. ya había escapado del mundo imaginario a través de la casa del árbol otras veces. de día y de noche. pero ahora la puerta de la casa del árbol estaba cerrada con seguro. no entendió que se estaba muriendo. no podía salir. intentó reconstruir la puerta de la casa del árbol desde el lado imaginario. pero no funciona así. se la pasó siguiendo a ambrose y rogándole que fuera a la casa del árbol en el lado real. «¡solo abre la puerta, ambrose!», le gritaba. pero la mujer siseante susurraba al oído de ambrose y lo llevaba en la dirección incorrecta. para ella era como un juego.

Christopher pudo sentirlo todo. La angustia de David. La pena de Ambrose. Por un momento, se imaginó en la misma situación. Se vio siguiendo a su madre a todas partes. Rogándole que abriera la puerta de la casa del árbol en el lado real. Viéndola llorar noche tras noche y sin poder tocarla. Casi podía sentir el dolor de su mamá. Era insoportable.

intenté darle cosas para que fuera más fácil. comida. agua. le mostré el arroyo para que se bañara en él. le hablé de los lugares seguros a los que podía ir por la noche. lugares como este. si alguien está a dieta, su pesadilla es una rebanada de pastel. pero para un niño, una rebanada de pastel son cinco minutos lejos de este lugar horrible. le enseñé cómo pasarla bien. le enseñé cómo sobrevivir. especialmente por la noche. pero al fin ella me atrapó. me torturó durante años por haberlo ayudado. pero eso no es nada comparado con lo que le hizo a david.

—¿Qué le hizo? —preguntó Christopher.

lo doblégó como a un caballo. y lo convirtió en su mascota.

Christopher vio las lágrimas corriendo por el rostro del hombre amable. Sintió las décadas de tormento. La culpa y el dolor lo llenaron en un instante. Su cerebro no sabía si podría soportarlo más. Hasta que, de pronto, las nubes abrieron un espacio para que la luz encontrara su camino en medio de la oscuridad. Las manos del hombre amable se calentaron.

pensé que ese sería el fin de la historia. pero luego llegaste tú.

Con el ojo izquierdo, Christopher vio el más leve destello de esperanza en el rostro del hombre. Con el derecho, vio el momento en el que su madre llegó con él al pueblo en su viejo tiburón terrestre. Ella llevaba su vieja bandana. Christopher estaba en el asiento del pasajero. Pero brillaba como un fuego artificial. Se veía como algo mágico.

cuando apareciste, fue como si alguien hubiera encendido la luz. había pasado tanto desde lo de david, que tomó un tiempo para que mis ojos se ajustaran a ti. pero cuando parpadeé, ahí estabas. brillante como el sol. tu luz desapareció las sombras de ella. eras tan poderoso que ella te tenía miedo.

—¿Me tenía miedo a mí? Solo soy un niño. No soy poderoso. No soy fuerte.

no eres poderoso porque eres fuerte, christopher. eres poderoso porque eres bueno.

Christopher vio su propia luz iluminando el mundo imaginario. Vio al hombre amable entrecerrar los ojos ante su brillo y luego sonreír. Sus ojos eran tan azules como el cielo.

amo a todas las personas, christopher, pero no espero nada de ellas. aquí vemos lo que realmente piensan. sus deseos secretos. sus sueños. la gente puede ser amorosa. pero también puede ser egoísta. puede ser cruel. algunas personas son peligrosas y otras son buenas. pero nadie es mejor que tú. ella no puede contra tu bondad. la bondad la aterra. no puede controlarla. no puede predecirla. y por eso la QUERÍA. puso a la gente buzón por todas partes para que no pudiéramos ayudarte. yo solo podía hablarte a través de mensajes ocultos. pero david... ella no confiaba en que se mantuviera callado... así que a él le tocó lo peor.

—¿Qué? —preguntó Christopher.



ella le cortó la lengua.

Christopher pensó en la lengua de serpiente que la mujer siseante le dio a David. Pensó en todos los mensajes que David tuvo que ocultar de ella. La idea lo hizo estremecerse.

y si no logramos sacarte de aquí, te va a pasar lo mismo.

Los ojos de Christopher comenzaron a llenarse de lágrimas. Ya ni sabía de quién eran. De David. Suyas. Del hombre amable. O de los tres.

christopher, no tenemos mucho tiempo, así que escúchame con atención. hay cuatro entradas al mundo imaginario, ya conoces dos. la casa del árbol, que tú controlas, y las pesadillas, que controla ella. hay otras dos que nadie controla y ella las usa como su último recurso. el coma y la muerte.

Christopher pudo ver todas las palabras del hombre amable frente a él. Se vio a sí mismo entrando a la casa del árbol. Teniendo la pesadilla en la escuela. Negándose a tomar la pastilla y el auto aplastándolo en la carretera hasta quedar en coma como un pájaro que se estrella contra una ventana. Casi suelta la mano del hombre amable al sentir su propia muerte. El aire abandonó sus pulmones y no regresó. Como un cadáver reptando a través de la tierra. Sal. Ve a la luz.

hay tres formas de salir del mundo imaginario. la primera es la casa del árbol, que ella tiene cerrada. la segunda es despertar, que es mucho más fácil de un sueño que de un coma. y luego está la tercera.

El hombre amable se quedó en silencio por un rato mientras ordenaba sus ideas. Christopher pudo sentirlo sopesando cuidadosamente cada palabra para asegurarse de no asustarlo demasiado.

—¿Cuál es la tercera forma de salir? —preguntó al fin Christopher a través de su piel.

tenemos que matar a la mujer siseante.

Christopher cerró los ojos, horrorizado. De pronto, el búnker en su ojo derecho y las palabras del hombre amable en el izquierdo fueron reemplazados por una sola visión. La mujer siseante. Frente a ellos. Sonriendo con sus dientes de perro. La persona más escalofriante que había visto en su vida.

esa es la única manera de conseguir la llave que tiene enterrada en la piel de su cuello. esa llave te llevará de regreso al mundo real. pero necesitamos hacerlo antes de la medianoche.

Christopher abrió los ojos y vio la pregunta que lo inició todo. Escrita con garabatos en la libreta del búnker. Ni siquiera tenía que repetirla. Solo necesitaba pensarla.

¿Qué pasa a la medianoche?

a la medianoche, el cristal entre el mundo imaginario y el real se quebrará. vas a morir. el pueblo enloquecerá a causa del miedo. y culparán a tu madre por eso. la torturarán y también a ambrose, al alguacil y a tus amigos. ya has visto que muchas de estas cosas comienzan a pasar. el pueblo es como la rana en agua fría y el fuego ha sido encendido. el fuego es ella. disfrazada de gripe. la he visto sembrar la locura cual semilla en los oídos de las personas. he visto crecer esas semillas. y a la medianoche, el jardín florecerá. las ranas hervirán. y el mundo real se ahogará en su propia sombra como en una inundación. ¿qué pasa a la medianoche, christopher?

TODO.

El hombre amable soltó su mano. Christopher parpadeó para controlar el dolor en sus ojos. Lo había visto todo. La muerte azotando contra el pueblo. La gente enloquecida por el miedo, la rabia y el odio. Torturando a su madre, a Ambrose, al alguacil y a sus amigos. Sin saber que todo era culpa de la mujer siseante. Sin saber que solo eran piezas en su tablero de juego. El hombre amable escuchó el bosque arriba de ellos y, cuando se convenció de que toda la gente imaginaria y los ciervos se habían ido, al fin habló en voz alta.

—Recuerda —dijo con tono tranquilizador—. Esto aún no ha pasado. Aún podemos detenerlo. Sé que tienes miedo. Yo también. Entre más fuerte se vuelve ella, más débil me vuelvo yo. Antes podía contactar con la gente en el mundo real. Ahora grito hasta que mi garganta se queda sin voz y la única persona que puede escucharme eres tú. Pero amo demasiado a la gente y me niego a abandonar la esperanza de que se puedan salvar. Simplemente ya no puedo hacerlo solo. Pero podemos hacerlo juntos. Algo va a morir esta noche. Y será la mujer siseante o el mundo como lo conocemos. Sé cómo cree ella que terminará todo esta noche. Pero lo que no entiende es que tenemos un arma secreta.

—¿Cuál?

—Tú. La casa del árbol te ha ido convirtiendo en algo extraordinario. Yo nunca había visto a nadie del mundo real que pudiera ser tan poderoso como tú. Ni siquiera David. Así que, si logramos usar ese poder para salvarte de este lugar horrible, tú salvarás a tu madre y al resto del pueblo. ¿Me ayudarás?

—Sí, señor.

El hombre amable sonrió. Y le dio unas palmaditas en el hombro a Christopher.

—Gracias, hijo.

Christopher le sonrió al hombre amable con sus dientes rotos y su cuerpo hecho trizas.

—¿En qué me está convirtiendo la casa del árbol?

El hombre amable no dijo nada. Se quedó serio.

—Si te lo digo, tienes que prometerme que serás humilde. Porque David no lo fue hasta que ya era demasiado tarde.

—Lo prometo, señor —dijo Christopher—. ¿En qué me está convirtiendo la casa del árbol?

El hombre amable le extendió su mano una vez más. Christopher la tomó y vio la respuesta.

mE eSTá convirtiEndo en Dios.

Kate Reese se detuvo a observar la letra infantil en el papel. No podía creer lo que estaba leyendo. Rápidamente volvió a la página anterior para asegurarse de entenderlo correctamente antes de leérselo a Ambrose. Estaban en la habitación de Christopher. Se quedaron ahí desde que las enfermeras terminaron de acomodar la cama de su hijo. Leyendo los angustiados garabatos del pobre David.

21 de junio

Ya no sé dónde estoy, la verdad. No sé qué es real y qué es imaginario, pero ya no podemos esperar más. La mujer siseante está por todas partes, se hace pasar por la gripe. Tenemos que terminar el entrenamiento ahora, antes de que ella se apodere de la casa del árbol. Le pregunté al soldado por qué la mujer siseante ansía tanto esa casita y él me explicó lo que me está haciendo. Ella quiere ese poder para sí misma. Era tan simple. Eso explicaba todo lo que me estaba pasando. Quería contarle a Ambrose lo que realmente me sucede, pero no soportaría que me dijera otra vez que estoy loco. Así que esperé a que se quedara dormido y me acosté en la cama con él. Le susurré en el oído muy bajito, por si la mujer siseante estaba escuchando.

«Tengo que decirte algo, Ambrose».

«¿Qué?», me preguntó medio dormido.

«Tengo que decirte lo que hace la casa del árbol».

«Bueno. Dime», me dijo en sueños.

«¿Qué hace la casa del árbol?».

«Me está convirtiendo en Dios, Ambrose.

La casa del árbol te convierte en Dios».

—Jesús —exclamó Ambrose.

La madre de Christopher dejó de leer y miró al anciano. No podía ver sus ojos, pero el resto de su rostro estaba petrificado por el dolor. Volteó a ver a su hijo, que seguía inconsciente, junto a ella. Pensó en las cosas que él sabía. Las cosas que sentía. Sus respuestas perfectas en los exámenes. Su genio espontáneo. Sus manos sanadoras.

—Siga leyendo, señora Reese —dijo Ambrose.

La madre de Christopher pasó la página y siguió leyendo en un susurro.

«Bueno. Te estás convirtiendo en Dios. Ya vete a dormir», dijo él.

Luego mi hermano se durmió de nuevo. Seguí explicándole que no me estaba volviendo Dios por

completo. No puedo crear ni destruir mundos ni nada así. Pero lo sé todo y puedo sanar a los demás. El soldado dijo que si seguía con eso la cabeza me iba a explotar. A eso se deben los dolores de cabeza. Es Dios golpeteando dentro de mi cráneo como un pollito intentando quebrar el cascarón. Me sentí bien al decírselo en voz alta a Ambrose. Le di un beso en la mejilla y le dije que lo quiero. Sé que estaba dormido y que no me escuchó. Pero fue maravilloso fingir que me escuchó y no pensó que estoy loco. Me gusta pensar que me quiere porque sé que en tres días voy a ir al bosque a matar a la mujer siseante. Y, si no la detengo, ella va a quebrar el cristal que divide los dos mundos. Todo está en mis manos.

deSPués dE todo, soY dIos.

Un escalofrío le recorrió la espalda a la madre de Christopher. Sentía como si algo los estuviera observando. Normalmente ella habría ignorado la sensación, pero después de leer el diario de David en voz alta para Ambrose, le daba la impresión de que ya nunca podría ignorar nada. Pensó que la mujer siseante podría estar ahí. Acechando a su hijo inconsciente como un gato con una bola de estambre.

—¿Está bien? —le preguntó Ambrose.

—Sí —dijo ella—. Solo necesito un minuto.

Miró las hojas de papel donde iba apuntando sus notas. Si los médicos las veían, sin duda la encerrarían para una «evaluación» psiquiátrica de cuarenta y ocho horas. Palabras escritas deprisa. Un mundo imaginario lleno de mujeres siseantes y gente buzón con la boca cosida y los ojos cerrados con cierres. Su hijo estaba atrapado ahí en ese mismo momento.

22 de junio

antes de matar a La mujer siseante, el soldado dijo que teníamos que hacer una misión de Reconocimiento...

Le tomó un momento ajustar sus ojos a los garabatos ilegibles de David. Nunca había visto una escritura tan perturbadora. Ni siquiera la de su difunto esposo. No era la letra de un niño loco. Era la letra de un niño aterrado. Siguió leyendo para descifrar el mensaje. Y luego se lo susurró a Ambrose.

22 de junio

Antes de matar a la mujer siseante, el soldado dijo que teníamos que hacer una misión de reconocimiento del lugar, como lo hacen en las películas de guerra que le encantan a Ambrose. El soldado teme que me esté excediendo con mi entrenamiento. No quiere que mi cerebro se rinda. Así que no quería que fuera a esa misión, pero de todos modos lo hice. La seguimos durante el día. Vi cómo se pegaba a la gente. Pude ver cómo las personas se enfermaban con su gripe y cambiaban. La vi susurrándoles al oído. Hacía que temieran hasta su propia sombra. La sombra es solo gente sin luz. Este lugar empieza a dar miedo. Incluso durante el día. El pueblo está por volverse loco.

23 de junio

Le pregunté al soldado qué me pasaría si fallamos. Al principio no quiso decirme porque no quería

que me asustara. Pero ahora soy más poderoso que él y lo presioné hasta que me lo contó. Dijo que me convertiré en la nueva mascota de la mujer siseante. Hoy es la última misión de reconocimiento. El soldado dice que no es seguro porque no seré invisible. Pero yo le dije que Ambrose está en peligro y soy Dios, así que sí voy a ir. Encontramos su escondite. No puedo creer dónde es. Estuvo tan cerca todo este tiempo.

### 24 de junio

La mujer siseante capturó al soldado. Cometí un terrible error. Pensé que era invencible. Ahora estoy solo. Soy muy estúpido. Fui al mundo imaginario de noche y la mujer siseante me usó para tenderle una trampa al soldado. Él fue a rescatarme, pero la gente buzón se lanzó contra él y lo atacó con los cierres de sus ojos. Intenté todo lo que se me ocurrió para salvarlo. Pero cada vez que lograba acallar mi mente y acercarme a la respuesta, sentía cómo alguien atropellaba a un ciervo. O golpeaba a un niño. O intentaba suicidarse. No debí ir de noche, como él me dijo. ¿Por qué no lo escuché? Debí ser humilde. Estoy tan avergonzado. Ella lo está torturando ahora mismo. Puedo sentir sus gritos incluso estando en el lado real. Tengo que intentar rescatarlo. Todo esto es mi culpa. Dios, ayúdame, por favor. Por favor, ayúdame a vencerla y salvar a mi hermano mayor porque...

La madre de Christopher dio vuelta a la página y miró a su hijo, inconsciente en la cama. Las máquinas que respiraban por él. Comían por él. Vivían por él. Su rítmico bip bip bip era la única señal de esperanza. Volvió la vista al diario de David Olson. Los dibujos enloquecidos. La letra aterrada. Cada palabra la convencía más de que la supervivencia de Christopher y la del mundo eran lo mismo. Que la locura del diario era la locura de ahora. Pensó en las semillas que plantó la mujer siseante. En las palabras que susurró. En las promesas que hizo. Y en lo que les pasaría a todos si esas semillas de pronto florecieran.

... el mUndo imaginario  
ya casi eStÁ aquí.

Special Ed abrió los ojos justo antes del amanecer. Bajó la mirada y se dio cuenta de que había mojado la cama. Últimamente lo hacía mucho. Luego vio los árboles afuera de su ventana y, por alguna razón que no podía entender, solo había un lugar al que quería ir ese día.

Chuck E. Cheese's

No tenía sentido. Solo era un niño, pero hasta él sabía que pese a todos sus méritos como paraíso de videojuegos y animales robot, la pizza de Chuck E. Cheese's estaba apenas un peldaño arriba de la que daban en la cafetería. Y ese día era Nochebuena. Siempre iban a casa de su abuela en Nochebuena después de que murió su otra abuela. Lo hacían cada año. Pero no podía sacárselo de la cabeza. Simplemente tenía que ir a Chuck E. Cheese's.

*Escucha a tu abuela.*

Fue a la habitación de su padre e intentó despertarlo, pero él le respondió casi dormido.

—Todavía ni amanece, por Dios. Vete a dormir.

Así que Special Ed salió de su habitación, pero antes robó el celular de su padre, que estaba en la mesita de noche, tal como su abuela se lo ordenó. Luego fue a la recámara principal. Su madre estaba dormida en la cama. Siempre le había dicho que necesitaban cuartos separados porque su padre roncaba. Special Ed sabía que se debía a que sus padres pelearon porque su mamá bebía demasiado, ella dijo que podía dejarlo cuando quisiera y él le pidió: «Demuéstralo», así que ella respondió: «Jódete» y le ordenó que fuera a dormir al cuarto de huéspedes, entonces él contestó: «No, tú eres la alcohólica, tú dormirás en el cuarto de huéspedes», cuando ella se echó a llorar, ganó la discusión y al fin él se fue al otro cuarto cuando vio que ella seguía bebiendo de la anforita que parecía una botella de perfume y que llevaba en su bolso para acallar la tristeza en su cabeza.

*Escucha a tu abuela.*

—Mamá, ¿me puedes llevar a Chuck E. Cheese's? —susurró Special Ed.

Su mamá se quitó el antifaz de gel frío. El que la mantenía joven.

—Hoy es Nochebuena, cariño. Vamos a ir a casa de la abuela.  
—Lo sé. Pero es que de verdad quiero ir a Chuck E. Cheese's.  
—¿Qué? Lo siento, bebé, pero eso es una maldita locura. Vete a dormir.  
—Podemos ir a almorzar de camino.  
—Pregúntale a tu padre.  
—Ya lo hice. Dijo que sí.  
—De acuerdo. Bien.

Pero no estaba bien. Cuando el padre de Special Ed despertó, descubrió su mentira y lo castigó. Especialmente después de haberse peleado con Brady Collins en el desfile de Navidad. Ya era suficiente. Iban a desconectar el HBO que habían puesto en su cuarto como premio por sus buenas calificaciones. Nada de HBO por un mes.

—Pero, papá. ¡No entiendes! ¡Tengo que ir! —protestó Special Ed.  
—Deja de decir locuras. Ve a vestirte. Ya nos vamos a la casa de la abuela.

Ya iban tarde porque su padre no encontraba su celular. Le pidió a la mamá de Special Ed que lo llamara para rastrear el sonido, pero ella tampoco pudo encontrar el suyo. No entendían que su hijo se los había llevado para enterrarlos afuera, en la nieve. La abuela muerta de Special Ed le dijo que tenía que hacerlo, porque si no, no iría a Chuck E. Cheese's.

*Escucha a tu abuela.*

La familia se subió a la Ford SUV con el letrero de COMPRA AMERICANO y se fue hacia la casa de la abuela. El clima había estado especialmente terrible por la noche, su ruta normal estaba bloqueada por árboles caídos y unos cuantos accidentes viales. Uno de los accidentes parecía especialmente grave. Una vagoneta se había estrellado con otro auto que se parecía ligeramente al de Kate Reese. Betty pensó en llamar a Kate para ver cómo estaba. Buscó su celular.

Olvidó que lo había perdido.

Sin los mapas en sus teléfonos, la familia tuvo que confiar en el viejo GPS para encontrar una ruta alterna hasta la casa de la abuela. El padre de Special Ed metió la dirección y la señora del GPS le dijo que tomara la Ruta 79. Special Ed sabía que su abuela estaba haciendo la voz de la señora del GPS para ayudarlo, así que se relajó un poco en el asiento trasero.

Su padre tomó el atajo de siempre por Bridgeville para llegar a la 79, pero un ciervo se lanzó a la carretera. Cuando su padre dio un volantazo para esquivarlo, cayó en un enorme bache y los dos neumáticos de la derecha se reventaron. Por suerte, estaban cerca de una gasolinera. El empleado les dijo que casi todos sus compañeros habían faltado por la gripe y que el lugar se había quedado sin



refacciones para vender. Pero si le daban un par de horas, podría pedirle a su primo que les consiguiera unas llantas usadas (por un módico precio). Así que le sugirió a la familia que fueran a comer algo mientras esperaban. Por suerte, la gasolinera estaba junto a un restaurante.

Chuck E. Cheese's

*Lleva tu mochila, Eddie. Vas a ganar premios.*

Cuando la familia entró al Chuck E. Cheese's, Special Ed se sintió muy feliz. El lugar estaba casi vacío porque era la víspera de Navidad, pero en una esquina celebraban un cumpleaños. Para unos gemelos idénticos. Los padres de Special Ed le dieron una tarjeta de veinte dólares para los juegos y pidieron una pizza y una jarra de cerveza. Special Ed paseó entre los juegos y los robots, mirando por encima del hombro. Se preguntaba por qué lo habían llevado ahí.

—Eddie —susurró la voz—. Oye, Eddie. Soy la abuela.

Special Ed se dio la vuelta y vio un robot de Bad Cat, sonriéndole.

—¿Abuela? —preguntó él.

—Sí, Eddie. Escúchame con atención —susurró Bad Cat—. Algo muy malo se acaba de estacionar afuera. Quiero que estés listo, ¿de acuerdo?

Special Ed asintió y miró al frente del restaurante. La puerta se abrió para dejar pasar a un hombre gordo vestido de payaso.

—Aléjate de él, Eddie. Su esposa acaba de dejarlo. Escucha a tu abuela.

Special Ed observó al payaso gordo caminando hacia la fiesta de cumpleaños.

—¡HOLA, NIÑOS! —gritó el payaso.

—¡HOLA, TÍO FELIZ! —respondieron los niños a gritos.

El payaso gordo sacó un globo.

—¿QUIÉN QUIERE AYUDAR AL TÍO FELIZ A HACER ANIMALES CON GLOBOS?!

—¡YO, YO, YO! —dijeron los niños.

El payaso sopló y sopló para llenar los globos largos y elásticos. Infló uno. Y otro. Y otro. Luego giró y torció los tres globos, que parecían fémures, hasta darles la forma de un hermoso animal.

—¿QUÉ ES ESTO, NIÑOS? ¿QUÉ HIZO EL TÍO FELIZ?

—¡UN CIERVO! ¡ES UN CIERVO! —gritaron felices.

El payaso sacó una pistola de juguete. La apuntó hacia el ciervo.

—¡ASÍ ES, NIÑOS! ¡Y ES HORA DE CAZAR AL CIERVO!

Apretó el gatillo y un enorme letrero rojo que decía ¡BANG! salió disparado. El letrero le dio al ciervo y el globo estalló. Los niños se rieron y gritaron.

—¿QUIEREN QUE HAGA OTRO, NIÑOS?! —gritó el payaso.

—¡SÍÍÍ!

—¡De acuerdo! Pero esta vez necesitaré su ayuda. Este es muy complicado.

—Me quiero ir —dijo Special Ed.

—No puedes, Eddie. Estás aquí por una razón.

Special Ed vio al payaso tomando un montón de globos para entregárselos a los niños. Los pequeños soplaron y soplaron como el lobo malo, inflando los globos.

—¡A VER, NIÑOS! ¡DENLE LOS GLOBOS AL TÍO FELIZ!

—Eddie —susurró Bad Cat—. Escóndete detrás del pilar. Ahora mismo.

Special Ed hizo lo que le ordenó. Estaba muerto de miedo mientras veía a los niños corriendo para entregarle los globos al payaso.

—¡MUY BIEN HECHO, MIS PEQUEÑOS AYUDANTES! AHORA VAMOS A VER QUÉ PODEMOS LOGRAR CUANDO TRABAJAMOS EN EQUIPO.

El Tío Feliz comenzó a doblar y a torcer los globos, los raspaba y los hacía rechinar como uñas contra un pizarrón. Cuando terminó de darles forma, levantó la figura como si fuera una cabeza en una estaca.

—¡¿QUÉ ES, NIÑOS Y NIÑAS?!

—¡ES UN PAYASO! —gritaron todos.

—ASÍ ES. ¡HICIMOS UN PAYASO! ¡Y ES HORA DE CAZAR AL PAYASO!

El payaso gordo sacó una pistola nueva de su bolsa.

Apuntó el arma a la sien del payaso de globos.

Los niños dejaron de reír.

—¡ESTE PAYASO ACABA DE PERDERLO TODO, NIÑOS Y NIÑAS!

Special Ed miró a Bad Cat. El robot no dijo nada. Solo le ofreció una horrible sonrisa volteada.

—¡ESTE PAYASO JODIÓ TODO LO QUE INTENTÓ HACER, NIÑOS! ¡POR ESO LA TÍA FELIZ ABANDONÓ AL TÍO FELIZ! ¡Y AHORA EL TÍO FELIZ YA NO ESTÁ PARA NADA FELIZ!

El payaso se llevó el arma a su propia sien.

—¡¿QUÉ LES PARECE SI ACABAMOS CON EL SUFRIMIENTO DE ESTE PAYASO?!

Los padres no alcanzaron a reaccionar a tiempo. La bala estalló en el arma y se enterró en la cabeza del payaso. Los niños gritaron y desviaron la mirada mientras el payaso caía al suelo, sin vida. La bolsa del Tío Feliz cayó a los pies de Special Ed.

Estaba llena de globos.

Y de balas.

—Tienes que hacerlo ahora mismo, Eddie. Nadie está mirando —susurró Bad Cat.

Instintivamente, Special Ed se agachó y tomó tantas cajas de balas como pudo.

Las echó a su mochila (*¡Hulk... guarda!*) mientras sus padres se abrieron paso hacia la escena. Special Ed se sintió muy afortunado, pues no había encontrado balas cuando consiguió abrir la caja fuerte donde su papá guardaba la pistola. Solo un montón de drogas que Big Eddie fingía que no consumía, igual que Big Betty fingía que no bebía demasiado.

—¿Ves, Eddie? —dijo Bad Cat—. Te dije que ganarías algunos premios. Ahora ya puedes proteger a Christopher del terrible Brady Collins. Escucha a tu abuela.

Special Ed sonrió y los ojos de Bad Cat se apagaron de pronto. Luego cerró su mochila de Hulk con más de doscientas rondas de municiones.

—Brady —susurró la voz—. Pssst.

Brady Collins abrió los ojos como un pajarito y vio a su abuela sentada en su cama de hospital. Había estado dormida desde que Christopher la tocó en el desfile de Navidad. Los doctores no sabían si iba a despertar.

—¿Abuela?

—Sí, corazón.

Su voz estaba tan seca y raposa que despertó la comezón en la piel de su nieto.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor. ¿Dónde está tu madre? —preguntó ella.

—En la cafetería.

—¿Y tu papá?

—Trabajando, probablemente.

—Bien. Entonces podemos hablar a solas.

La abuela dio unos golpecitos en la silla junto a su cama. Pat pat. Brady se acercó lentamente y se sentó.

—Mira qué grande estás. Recuerdo cuando eras tan pequeño que tu cabeza cabía en mi mano. No tenías dientes, como un anciano. Y mírate ahora. Estás muy grande, Brady. Déjame ver tus músculos.

Brady flexionó el brazo derecho y su abuela le tocó los bíceps con sus dedos artríticos.

—Vaya —susurró ella—. Eres muy fuerte.

Brady sonrió, lleno de orgullo. La anciana tomó la cabeza del niño entre sus dedos huesudos. Sus manos comenzaron a calentarse como una taza de chocolate recién hecho.

—Tu papá también es fuerte, Brady. ¿Sabes? Me acuerdo de cuando se casó con tu madre. Yo estaba feliz de que tuviera un marido exitoso. Yo tuve un marido fracasado. No fue un buen hombre. Tu abuelo era malo con tu mamá. La obligaba a pasar gran parte del invierno en el patio de atrás. ¿Sabías eso?

—No.

—Yo quería detenerlo, pero él era muy grande. Ella no lo sabe. Cree que no lo intenté. Eso me entristece mucho. Sé que es dura contigo, pero no la culpes, ¿de

acuerdo? Ella sufrió mucho más de lo que parece.

Brady no dijo nada.

—Igual la odias, ¿verdad, Brady?

Brady asintió.

—Lo sé. Es difícil. Pero ella intenta que seas fuerte. Así que trata de no odiarla demasiado, ¿de acuerdo? El odio es muy peligroso. Es como ese niño. ¿Cómo se llama? Con el que te peleaste en el desfile de Navidad.

—Special Ed.

—Sí. Ese niño está lleno de odio, ¿no? —Brady asintió. La señora Keizer echó un vistazo al pasillo y tras comprobar que no había nadie cerca, susurró—: Special Ed intentará matarte. Lo sabes, ¿verdad?

—No si yo lo mato primero —respondió el niño.

—Qué inteligente, Brady —dijo ella con orgullo—. ¿Ves? Eso es lo que tu mamá ha hecho por ti. Te volvió fuerte y valiente. Deja que él sea quien esté lleno de odio. Tú serás el bueno. Eso aplica también para Christopher y sus amigos.

Brady sonrió. El calor en sus manos ardía como una fogata.

—Abuela —dijo—. ¿Ya te acuerdas de las cosas?

—Sí, Brady. Me acuerdo de todo menos de mi nombre.

—¿Qué quieres decir? Eres «abuela».

Ella se rio con su sonrisa sin dientes.

—Sé que para ti soy abuela, pero ese no es mi nombre. Cuando me casé, cambié a la señora de Joseph Keizer. Pero no me acuerdo cómo era antes de eso. Tu abuelo se robó mi verdadero nombre. Lo escondió en alguna parte del bosque. Pero lo voy a recuperar. ¿Me ayudarías?

—Claro.

—Bien, Brady. Eres un chico bueno y fuerte. —Brady sonrió. La anciana se puso la dentadura y le devolvió la sonrisa—. Vamos a ganar esta guerra, Brady. Escucha a la abuela.

—Matt, van a matar a tu hermano —susurró la voz.

Matt abrió los ojos. Estaba por amanecer en la víspera de Navidad. Y su cuerpo temblaba. Llevaba unos días teniendo unas pesadillas horribles, pero esa fue la peor. No sabía si querría volver a dormir de nuevo. Matt comenzó a entrar en pánico al pensar que quizá aún estaba dentro de la pesadilla. No quería que los ciervos volvieran.

—¿Hola? —preguntó hacia la oscuridad—. ¿Mike?

Nada más que silencio. Matt se incorporó en la cama. Estaba cubierto de sudor. Durante todo el fin de semana, sin importar cuántas veces le diera vuelta a la almohada, siguió sintiendo esa horrible fiebre. Pero al fin había bajado. Solo quedaba el sudor y ese aroma dulce a aspirina para bebés. Matt había mojado la cama de nuevo.

—¿Mike? —repitió.

No escuchó nada. Se levantó de la cama y miró las sábanas. Estaban cubiertas de orina. Se sintió avergonzado. No podía permitir que su hermano mayor lo viera así. Entonces, se quitó la pijama y la ropa interior, que estaba fría y pegada a su cuerpo, y fue al baño a limpiarse con una toalla. Cuando estuvo limpio y seco, fue al final del pasillo, al cuarto de su hermano. Abrió la puerta y avanzó de puntitas hasta la cama.

—¿Mike? —susurró.

Su hermano no se movió bajo las cobijas.

—¿Mike? Tuve una pesadilla. ¿Puedo dormir en tu cama?

Ni un sonido. Lentamente, Matt retiró la cobija, pero lo único que encontró fue un saco de dormir enrollado y un guante de beisbol.

Mike no estaba.

Matt revisó el cuarto para ver si notaba algo. Vio el póster de *Avengers* con el favorito de Mike, Thor. El clóset estaba revuelto. El suelo estaba cubierto de pelotitas de la pistola de juguete. No había nada bajo la cama. Nada estaba fuera de lugar. Pero aun así, algo no se sentía bien. Se sentía como la calle que vio en su pesadilla. Simplemente no estaba bien.

Matt salió de la habitación y caminó de puntitas por el pasillo hacia la de sus

madres. Pensó que quizá Mike también había tenido una pesadilla y les pidió dormir entre ellas. Pero las encontró dormidas, cada una a un lado de la cama, y su hermano no estaba por ninguna parte.

Bajó las escaleras. Al llegar a la cocina, vio el cartón de leche sobre la barra. Se acercó a tocarlo. Estaba tibio. Llevaba al menos una hora fuera del refrigerador. Matt miró la fotografía de la niña perdida. Emily Bertovich. Por alguna razón, podría jurar que lo estaba viendo.

Salió de la cocina y fue a la sala. Vio un tazón de cereal a medio comer sobre la mesita de centro. La cuchara seguía en el plato. En la televisión se proyectaba una vieja caricatura de *Avengers*. Thor estaba hablando.

«Iron Man está en problemas, Capitán América», dijo.

Matt salió de la sala y fue al recibidor. Miró el perchero y notó que la chaqueta de Mike no estaba. El seguro de la puerta principal estaba abierto. Matt no podía creer que su hermano hubiera salido de la casa. Aún estaban castigados por la pelea del desfile de Navidad. Si sus madres se enteraban de que Mike había salido, lo castigarían por el resto de su vida. Algo estaba muy mal.

Abrió la puerta.

El aire estaba tranquilo y silencioso. Durante la noche había nevado terriblemente y, por cómo se veían las nubes, les esperaba una tormenta peor para Navidad.

—¿Mike? —susurró—. ¿Estás ahí?

De nuevo, no hubo respuesta. Solo un ciervo observándolo desde el jardín al otro lado de la calle. Matt comenzó a sentirse muy inquieto. Rápidamente se puso abrigo y botas, entonces notó que su hermano había dejado los zapatos. Así que los ató uno con el otro y se los echó al hombro. Luego, justo antes de salir de la casa, algo en su interior le dijo que volviera a la cocina por un cuchillo.

Algo así como una voz.

Matt comenzó a bajar por la calle. Llevaba la cabeza agachada y, pese a la cubierta de nieve, como azúcar sobre una dona, le pareció que podía ver las huellas borrosas de los pies de su hermano. Normalmente no habría podido ver muy bien debido a su ojo. Pero desde que Christopher le tocó el brazo, su ojo siguió mejorando. A la semana había sanado completamente. Pero no se detuvo en el 20/20. Su vista se agudizaba más y más. Podía ver a kilómetros. Del mismo modo que su abuela decía que no veía de cerca, pero si se quitaba los lentes veía las películas del autocinema desde el porche de su casa. No las escuchaba, pero así vio todas las películas hasta que cerraron el cine. Y luego, murió de cáncer de vejiga. Matt no sabía por qué estaba pensando en su abuela en ese momento.

Siguió las huellas por toda la colina.

Hacia el bosque de la calle Mission.

Los árboles estaban cubiertos por una ligera niebla matutina. Como una nube. Matt agachó la cabeza y siguió caminando por la calle hacia el bosque. Seguía las huellas de su hermano. El ojo comenzó a saltarle y a picarle mientras se acercaba.

Matt empuñó con más fuerza el cuchillo al adentrarse al bosque de la calle Mission. Siguió el camino de las huellas, que pasaba junto al puente, el cual, por alguna razón, ya no estaba congelado. Llegó al claro. Podía sentir las miradas de los ciervos entre las plantas perennes, sus alientos salían como humo de una alcantarilla. Matt cruzó la mina de carbón hasta salir por el otro lado. Pasó junto al refrigerador abandonado, que emanaba calor como una fogata. Al fin llegó junto a los bulldozers y los vehículos de la Constructora Collins, estacionados al otro lado del bosque.

Ahí fue donde encontró a Mike.

Su hermano estaba acuclillado sobre el lodo con los pies descalzos y un cuchillo. Matt lo observó mientras tasajeaba la llanta trasera del bulldozer. Luego fue a la llanta delantera y le quitó el tapón. Lentamente le fue sacando el aire con la ayuda del cuchillo. Matt se acercó silenciosamente a su hermano, que le estaba dando la espalda.

—Mike —susurró. Su hermano sacó el cuchillo de la llanta—. Mike, ¿qué estás haciendo?

No le respondió durante un largo rato.

—Hoy es Nochebuena —dijo Mike al fin—. Los bulldozers llegarán a la casa del árbol.

—¿Y?

—Si el señor Collins derriba la casa del árbol, Christopher nunca podrá salir. Tenemos que salvarlo.

—¿Quién te dijo eso?

—Tú.

Matt rodeó a su hermano y se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. Mike estaba sonámbulo.

Con cuidado, Matt le quitó el cuchillo de la mano.

—Tenemos que terminar, Matt —protestó Mike en sueños.

—No te preocupes. Acuéstate en mi abrigo. Yo lo terminaré.

Mike hizo lo que le ordenó. Acomodó su cabeza sobre el abrigo de Matt y comenzó a roncar. Matt tomó los zapatos y le cubrió los pies helados a su



hermano. Luego se dirigió con ambos cuchillos a la flotilla de la Compañía Constructora Collins y en unos cuantos minutos todos los vehículos quedaron inutilizables. Cualquier otra noche, probablemente los hubieran atrapado.

Por suerte, el guardia de seguridad se había ausentado por esa horrible gripe.

—¡Hijos de perra!

La señora Collins observó a su esposo azotando el celular contra la mesa de la cafetería. Su madre seguía inconsciente arriba, en su cuarto del hospital y, de algún modo, el negocio de su esposo había vuelto a entrometerse en su vida. Aunque fuera Nochebuena.

—¿Qué pasó? —preguntó la señora Collins sin pensarlo.

Mantuvo un gesto preocupado y considerado en su rostro mientras fingía que escuchaba la diatriba de su esposo sobre cómo unos «hijos de perra» destruyeron los neumáticos de sus camiones y bulldozers. Apenas lo escuchó decir que debió haber terminado el «maldito proyecto del bosque de la calle Mission» hacía un mes, pero que alguien estaba en su contra. No podía costear tantos retrasos. Estaban al borde de la quiebra. Los plazos para los préstamos se cumplirían pronto. Más le valía a la señora Collins que dejara de gastar como loca.

*Bla bla bla bla bla.*

¿Cuántas veces tenían esa pelea? ¿Cinco al mes? ¿Diez en tiempos de auditoría? La señora Collins bien podría reproducir una grabación para ahorrarse tiempo. «Kathleen, ¿quién crees que paga por todo esto? ¡Porque no es tu maldita labor caritativa!». «Pero, Brad, logré que Shady Pines pasara de ser una forma de evadir impuestos a un negocio exitoso». «¡¿Un negocio exitoso?! ¡Ese asilo de ancianos no pagaría ni por tus zapatos!». ¿Cuándo se acabó el sexo de reconciliación? ¿Cómo soporta él escuchar su propia voz todo el día? Por Dios, ¿sigue hablando? Sí. Sigue hablando.

La señora Collins asintió y se rascó la piel debajo de su collar de diamantes. Esa comezón no se quitaba con nada. Pensaba que la picazón se debía a estar atrapada en el hospital esperando a que su madre despertara. Estaba sudorosa, pegajosa y no podía hacerle nada a su cabello en ese horrible baño de hospital, aunque fuera privado. Y no sabía cuánto tiempo más podría fingir que no odiaba a ese hombre.

—¡¿Me estás oyendo?! —gritó él.

—Claro, Brad. Es terrible. Continúa —dijo ella.

Mientras su esposo seguía quejándose, la señora Collins miró por encima de su

hombro y vio una habitación llena de gente en camillas. Estaban llevando a los enfermos a la cafetería, como los soldados moribundos de *Lo que el viento se llevó*. Pensó en su madre disfrutando de la comodidad de una habitación privada en la que perfectamente cabrían dos camas extra. Se preguntó por qué no quitaban a los pobres de las camillas y simplemente los mataban. Eso sería lo que ella haría. No toleraría tanta mierda ni por cinco minutos. Y suponía que eso fue lo que a ella la hizo rica y a los pobres tan increíblemente estúpidos.

Por un momento, la señora Collins fantaseó con que las personas de las camillas se levantaran y entraran a la cafetería para arrancarle la lengua a su esposo. Cómo le gustaría que eso pasara. Rezó en silencio para que se levantaran y mataran a ese tipo para que ella al fin pudiera dejar de fingir que creía, como él, que el mundo estaba en su contra, aunque una sola mirada a los hechos y a sus numerosas cuentas bancarias demostraría al cien por ciento lo contrario.

Y luego, cuando la turba acabara con él, podría ir a la cómoda habitación de su madre, arrancarla de esa cama con sábanas de mil hilos y ahorcarla con ellas. Ahorcarla por perder los recuerdos que la señora Collins jamás olvidaría. La botella de agua llena de vodka. Las deudas y la pobreza. Aquel hombre inmisericorde que bañaba a su propia hija con una manguera y la echaba al patio en pleno diciembre. Y la madre temerosa que nunca hizo nada para detenerlo, pese a que tuvo docenas de oportunidades.

—Si quieres ser un perro, te quedarás aquí afuera como un perro —decía el hombre.

¿Y su madre? Nada.

*Gracias por los recuerdos.*

Durante ocho años, la señora Collins vio cómo cada uno de los recuerdos de su madre se escapaban. Durante ocho años, la señora Collins trabajó en el asilo para darle un nivel de cuidado que ella nunca le ofreció. ¿Por qué? Porque eso hace una Collins. No una Keizer. Los Keizer se pudren en las camillas del pasillo mientras la familia Collins disfruta de sus habitaciones privadas. Los Keizer beben hasta morir ahogados en vodka mientras la familia Collins se enriquece vendiéndoselo. Ahora era una Collins. Por eso, durante ocho años, hizo todo por su madre y lo único que pedía a cambio era que la vieja muriera. Que muriera para que ella dejara de recordarlo todo. Que muriera para que dejara de estar junto a su madre en el salón, viendo programas matutinos sin fin con desfiles sin fin de víctimas entrevistadas por los presentadores de todos los sexos, colores y credos sobre sus abusos mientras los psicólogos del programa decían cosas sobre cómo seguramente sus padres también habían sufrido abuso. Que muriera para

dejar de ver lágrimas tontas corriendo por los rostros de personas tontas.

Si esos pueblerinos hubieran vivido durante tres meses el duro trabajo de ser Kathy Keizer, sí tendrían algo por qué llorar. Intenta ser el cenicero de tu padre por un día. Intenta que te digan fea diariamente. Intenta que te digan gorda cuando eres anoréxica. Intenta estar empapada en el frío, mirando las paredes de aluminio de tu casa todas las noches. Y entonces ve si puedes hacer que tu mente convierta esas paredes de aluminio en un futuro hermoso.

*Ve la casa, Kathy. Algún día vivirás en una más grande.*

*La casa más grande del pueblo, Kathy. Con un collar de diamantes.*

*Y un marido poderoso. Ve el marido bueno. Ve el hermoso hijo.*

Intenta enterrarte las uñas en las manos cada noche para no morir congelada en el patio. Ve a tu padre bebiendo en su cocina calientita. Y luego háblame de cómo alguien también abusó de ese bastardo. Porque ¿adivina qué? Algunos padres abusan de sus hijos sin haber sido abusados. Hasta viéndolo desde la perspectiva del huevo y la gallina, no todos tienen una excusa. Alguien tuvo que comenzar. Y solo una vez. Solo una vez en los últimos ocho años, habría dado un millón de dólares si alguno de esos estúpidos programas sin fin hubiera tenido a un padre honesto entre sus entrevistados.

«Desperté y dije: “La voy a quemar con cigarros”».

«¿Por qué? ¿Porque abusaron de usted?», preguntaría el entrevistador.

«No. Porque estaba aburrido».

La señora Collins le enviaría un cheque a ese hombre para agradecerle su honestidad y otro cheque a sus hijos, porque quizá ellos sí entendían cómo fue realmente la vida de Kathy Keizer. Todos los demás, intenten ser Kathy Keizer por un día. Vean si al final no están deshechos en el suelo.

—¿Kathleen? ¿Qué diablos te pasa? —preguntó su esposo.

La señora Collins miró el reloj en la pared de la cafetería. Habían pasado diez minutos.

—Lo siento, querido. Es que me siento un poco enferma. ¿Podrías repetir eso último?

—Dije que tengo que ir al bosque de la calle Mission a lidiar con esta pesadilla. Sé que es Nochebuena, pero ya no tenemos tiempo.

Parecía que el hombre esperaba que ella lo atacara salvajemente por sugerir que iba a dejar a la familia en la víspera de Navidad. Pero la señora Collins simplemente sonrió.

—Claro, querido. Te prepararé la mejor cena de Nochebuena cuando regreses del trabajo.

—¿Estás bien, Kathleen? —preguntó su esposo.

—Claro que sí —respondió ella con una sonrisa contenida.

—¿Segura?

—Ve a trabajar. Estaré esperando tu regreso.

Tras aquellas palabras, le dio un beso en los labios a su marido. Él no podría estar más confundido ni aunque ella se la hubiera chupado sin las usuales tres copas de chardonnay en su aniversario. La señora Collins era muchas cosas, pero comprensiva no era una de ellas.

—De acuerdo —dijo él—. Llámame si necesitas algo.

Ella asintió y su esposo se fue. En cuanto lo perdió de vista, la señora Collins bajó la mirada y se dio cuenta de que se había enterrado las uñas en las palmas con tanta fuerza que estaba sangrando. Ni siquiera notó que lo estaba haciendo. Echó un vistazo por la cafetería hacia esos sucios pacientes en las camillas.

Todos la estaban mirando.

Sabía que, sin su esposo, esa gente podría tomarla contra ella. Había estudiado suficiente historia para saber lo que les pasa a las esposas de los ricos durante una revolución. La señora Collins sabía que toda esa gente estaba intentando intimidarla con la mirada, pero no tenía caso.

Para ella eran paredes de aluminio.

El concurso de miradas duró casi un minuto. Cuando la última persona de la cafetería parpadeó y desvió la vista, la señora Collins salió del lugar. Por algo así como sentido común. O por una voz en su cabeza. Pero algo le dijo que tenía que llevar a su hijo a casa. Necesitaba una copa de vino blanco y un baño caliente y prolongado. No podía limpiarse de nuevo en el baño privado de su madre en el hospital. Así que volvió a la habitación y encontró a su madre aún inconsciente y a su hijo leyéndole.

—«Son para verte mejor, querida» —dijo él.

—Brady, tenemos que irnos.

—Me quiero quedar con la abuela —respondió el niño en un susurro.

—La abuela sigue dormida.

Brady se obstinó.

—No. La abuela ya despertó. Estuvimos platicando.

—Deja de mentir. Agarra tu abrigo.

—No estoy mintiendo —dijo él.

La señora Collins miró a su madre, profundamente dormida en la cama. Sabía que su hijo podía hacer unas bromas muy crueles, pero eso era demasiado bajo.

—Brady Collins, voy a contar hasta tres. Si llego al tres, te irás a la casa del

perro.

Pero Brady no se movió.

—Te juro que estábamos hablando —dijo el niño.

—UNO.

—Despierta, abuela.

—DOS.

—¡Por favor, abuela! ¡No hagas que me vaya con ella!

—¡TRES!

La señora Collins sujetó a su hijo y lo volteó de un tirón. Lo miró directo a los ojos.

—Si haces una escenita frente a toda esta gente, te voy a dejar en la casa del perro hasta la mañana de Navidad. Te lo juro por Dios.

Las pupilas de Brady se dilataron y miró a su madre directamente a los ojos tanto tiempo como pudo. Pero al fin terminó por hacer lo que todos hacían con su madre. Incluyendo a su papá.

Él fue el primero en parpadear.

En cuanto salieron de la habitación, la señora Collins empezó a sentirse nerviosa. No fue por recorrer el hospital, aunque las miradas de la gentuza sí la incomodaron. No fue siquiera el camino a casa, aunque los accidentes y los árboles caídos y las filas en las gasolineras sí eran alarmantes.

No. El problema era Brady.

—Mamá, ¿cuál es tu nombre? —le preguntó.

—Kathleen Collins.

—No. ¿Cuál es tu verdadero nombre? El de antes de que conocieras a papá.

—Kathy Keizer. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

La señora Collins no era la madre más amorosa del mundo, pero sí conocía a su hijo. Y Brady no hacía preguntas. Era igual a su padre en ese sentido. Pero en ese momento no podría haber estado más amigable. Extrañamente amigable. Calculadamente amigable. Tenía la más falsa de las sonrisas. Un silencio disfrazado de paz. Al llegar a su propiedad, recorrieron el largo camino hacia su mansión. No estaba ninguno de los autos de los sirvientes. Como el gato no estaba, los ratones hicieron fiesta. La señora Collins y su hijo estaban solos.

—¿Quieres un sándwich, mamá?

—No, gracias. Solo necesito tomar un baño. Y ¿no se te olvida algo?

—¿Qué?

—Conté hasta tres. No me vas a confundir con tu numerito del niño bueno.

Conoces las reglas. Si te portas como un perro, serás tratado como un perro. Fuera.

El silencio se posó entre ellos. La señora Collins no disfrutaba castigar a su hijo. En ese sentido, era lo opuesto a su padre. Jamás bañaría a Brady con la manguera. Jamás lo dejaría toda la noche a la intemperie. Y se aseguró de darle una casa de perro para que no pasara frío. Pero había una razón por la que las reglas eran las reglas. Necesitaba enseñarle a ser mejor que ella. Necesitaba darle su propia pared de aluminio para que pintara sus sueños en ella. Era por su propio bien.

—Una hora, Brady. ¿O quieres que sean dos?

El niño no dijo nada. Solo la miró fijamente, como serpiente.

—Una —dijo él al fin.

—Bien. Salte una hora mientras mamá toma su baño.

—Está bien, madre.

Ella esperaba protestas. Cuando no las había, se sentía culpable. Quizá esta vez su hijo no se lo merecía. Pero no quería que él aprendiera una lección equivocada y terminara en una camilla en la cafetería, ¿verdad? Claro que no. Así que lo llevó a la casa para perro en el patio trasero entre las miradas de los ciervos. Dejó que se quedara con el abrigo.

—Te quiero, Brady —dijo antes de volver al calor de la cocina para tomarse su copa de chardonnay frío.

Brady no dijo nada. Se quedó en la casa para perro vigilando a su madre, como debía. Su abuela le había dicho que eso iba a pasar. Le dijo todo lo que quería que hiciera antes de cerrar los ojos y fingir que aún no despertaba frente a su hija. No quería que se distrajera con algo tan trivial como una madre lúcida.

—Brady, cuando estés en el patio trasero, ¿podrías hacerle un gran favor a tu abuela?

—Claro, abuela.

—La próxima vez que tu madre te mande a la casa del perro, asegúrate de que sea la última. Esta familia necesita sanar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, abuela.

La anciana le mostró su sonrisa desdentada.

—Gracias, Brady. Eres un niño maravilloso. Sé que ha sido difícil. Los ancianos y los niños son invisibles para el resto del mundo. Pero ¿quieres que te diga un secreto?

—¿Qué?

—Eso nos hace invencibles cuando jugamos a las escondidas.

Cuando la señora Collins subió a tomar su baño de burbujas, Brady volvió a la casa y se coló a la cocina. Sacó un enorme cuchillo con sus deditos congelados. Luego subió las escaleras en silencio, justo como le dijo su abuela.



La señora Collins se puso su bata y sus pantuflas y fue a la recámara principal. Abrió la puerta y miró el hermoso cuarto hecho de mármol y cristal. El equipo de construcción de su esposo seguía trabajando en los nuevos armarios y dejaron unos botes de pintura, pero pronto esa habitación de nuevo sería toda suya.

Se preparó un agradable baño tibio. Echó un poco de jabón de lavanda y observó las burbujas. Mientras la bañera se llenaba, limpió el vapor que cubría el espejo como un parabrisas empañado. Se miró el collar de diamantes que llevaba al cuello y sintió el orgullo de que la pequeña Kathy Keizer hubiera logrado salir de ese frío patio trasero. Con pura fuerza de voluntad, había convertido la pared de aluminio en ese hermoso baño con esa hermosa tina sobre este maravilloso piso de mármol.

*Ve la casa, Kathy. Algún día vivirás en una más grande.*

*La casa más grande del pueblo. Ve al marido bueno. Ve al hermoso hijo.*

La señora Collins acomodó su cuerpo desnudo en la tina. No sabía qué era mejor. El agua caliente o el vino frío. Se miró las cicatrices de las manos. Los rastros de sangre rojo manzana que el agua de la tina se llevó como suaves nubes rojas. Cerró los ojos y dejó que el calor del agua le sacara el frío de los huesos. El frío de ese patio trasero del que nunca lograba deshacerse. Ni siquiera en sus viajes familiares a Hawái, cuando intentaba olvidar que tenía unas horribles quemaduras de cigarro y cicatrices en las manos debajo del maquillaje. Siempre estaba ahí.

*Dios, qué fea eres, Kathy Keizer.*

No escucharía a la voz. Esa noche no. Ya no era Kathy Keizer. Recordaba el momento en que el padre le dijo a sus feligreses: «Con ustedes, el señor y la señora Bradford Collins». Desde ese día empezó a llamarse Kathleen. La señora Kathleen Collins.

Para ella, Kathy Keizer estaba tan muerta como su padre.

Cuando volvió de su luna de miel en Europa, lo único que Kathleen Collins quería era construir la casa de sus sueños. Su esposo quería una casa en Deerfield que estaba cerca de la Ruta 19 y de su oficina. Pero la recientemente acaudalada señora Collins no se pasó tanto tiempo muriendo de frío en un patio

para comprar la casa «usada» de alguien más. Quería que todo fuera nuevo. Sería elegante. Moderna. De cristal y acero. Nada de paredes de aluminio. Una enorme chimenea para estar siempre calentita. Un hermoso baño para lavarse los horribles recuerdos. El señor Collins estuvo de acuerdo con todo porque en esos tiempos sí la amaba. Su esposa era tan bella para él como esa casa para ella.

*Qué fea eres, Kathy Keizer.*

—¡Mi nombre es Kathleen Collins, maldita sea! —siseó.

Escuchó el eco de su voz rebotando en el suelo de mármol importado. El suelo que trajo de su tercer viaje a Italia, lugar que su padre no visitó ni una vez. Cerró los ojos y se enfrentó a la voz. Ya lo había hecho antes y siempre ganaba.

*Nunca podrás cubrir las cicatrices, Kathy Keizer.*

*Nunca sentirás el calor, Kathy Keizer.*

*Qué fea eres, Kathy Keizer.*

Logró vencer a la voz hasta en el funeral de su padre. Odiaba al hombre en ese féretro con todo su corazón, pero se aseguró de derramar una lágrima porque eso era lo que haría una Collins. Vio cómo lo hundían en la tierra entre el frío del invierno. Se pasaría el resto de la eternidad enterrado en un patio frío. Enterrado con todos los secretos, porque ella no estaba dispuesta a convertir su pasado en el tema de un *talk show* matutino para venderle comerciales a esa gente en las camillas. No iba a ser otra maldita víctima en un programa, andando por ahí con la idea de que todos los padres que abusan de sus hijos sufrieron abuso. A ella jamás la enterrarían. Sería cremada. Y nunca más tendría frío.

—¿Mamá?

La señora Collins abrió los ojos y vio a su hijo parado en la puerta.

—¡¿Qué haces aquí, Brady?!

—Me dio frío —respondió él.

Brady comenzó a acercársele.

—¿Qué traes en la espalda, Brady?

—Es un secreto.

—Esa no es una respuesta.

—Es la única respuesta que te voy a dar, mamá.

Brady dio otro paso hacia ella.

—Se acabó, jovencito. ¡¿Quieres pasar toda la noche en la casa para perro?! Si te portas como un perro, serás tratado como un perro.

—Tú eres el perro, mamá. Tu gargantilla de diamantes es solo un collar de perro. Y tú solo eres la perra de un tipo rico.

Brady dio otro paso. Ella lo miró a los ojos. Ya había visto a su hijo actuar con

determinación antes. Pero esto era distinto. Esto daba miedo. Algo le dijo que aquel sería el encuentro final con su hijo. Alguien iba a parpadear primero. Era la guerra.

Y ella iba a ganar.

—Óyeme bien, jovencito. Te vas a largar al patio o pasarás toda una semana en esa maldita casa para perro, ¿me entendiste?

Brady no dijo nada. Solo se acercó más. En su rostro se veía tanta tranquilidad. Ya no le tenía miedo a su madre.

—Bradford Wesley Collins, voy a contar hasta tres.

—Bien. Yo haré lo mismo.

Brady dio otro paso. La señora Collins le había ganado en los duelos de miradas a todas las personas que había conocido, pero el rostro de Brad tenía una rabia silenciosa y contenida que nunca había visto. Sentía como si estuviera intentando derrotar a su propio reflejo.

—¡UNO! —siseó ella.

En el rostro de Brady se dibujó una horrible sonrisa.

—¡DOS!

Brady sacó las manos de atrás de su espalda.

—¡TREEEEEEES! —gritó Brady.

Y en cuanto gritó, levantó el cuchillo y se lanzó a la bañera. La señora Collins lo empujó y salió del agua. Cualquier idea de castigar a su hijo desapareció. Se trataba de un tema de defensa personal. Sus pies mojados tocaron el mármol resbaladizo y patinó; su cabeza se estrelló contra el piso. Se quedó tendida sobre el mármol italiano importado. Vio a su hijo acercarse, su imagen iba creciendo hasta ser un gigante. Comenzó a sentirse mareada. Ni siquiera sabía bien si estaba despierta o si seguía dormida en la bañera.

—¿Mamá? —dijo Brady—. La abuela lamenta todas las cosas que te hizo el abuelo, pero tenemos que dejar de pensar en eso. ¿De acuerdo?

Brady le tocó el brazo. Ella sintió el cosquilleo saliendo de los dedos de su hijo como las últimas brasas de una fogata. Él le entregó el cuchillo. Por un momento, ella consideró cortarse el cuello. O quizá apuñalarlo a él. Pero el cuchillo no era para eso. No. Era para otra cosa. Brady abrió el cajón del maquillaje de su madre y le pasó todos sus productos favoritos. Sombra. Corrector. Labial.

—La abuela dice que es hora de que dejes de sentirte fea. Ya no eres Kathy Keizer. Eres Kathleen Collins. Me dijo que te hiciera sentir bonita, ¿de acuerdo?

Brady estiró la mano para ayudarla a levantarse. Aún se sentía un poco

mareada, pero su hijo tomó su mano suavemente para sostenerla. Luego la llevó al espejo. Ambos se miraron en su hermoso tocador con luces personalizadas, como el de una estrella de Hollywood. Brady le puso la bata de seda sobre los hombros para cubrirle las quemaduras de cigarro.

—La abuela dice que no eres un perro, mamá. Escucha a la abuela —dijo Brady.

El niño se acercó a la nuca de su madre para quitarle el collar de diamantes. La señora Collins observó su largo cuello. Esa piel solía estar tan firme cuando era Kathy Keizer. Pero ahora la señora Collins tenía el cuello arrugado. Sintió comezón, así que se rascó. Pero eso no sirvió de nada. Solo sintió más comezón. Y entonces, tuvo otra idea. Tomó el corrector y comenzó a cubrir las feas marcas rojas que habían dejado los diamantes en su piel.

—Eso es, mamá. Es hora de borrar a Kathy Keizer —dijo Brady.

La señora Collins aún podía ver el feo rojo, así que se puso más corrector. Cuando cada centímetro de su cuello quedó cubierto, pasó a su rostro. Necesitaba verse presentable para Navidad. ¿Qué iba a pensar la gente? Ahora era Kathleen Collins. No podía permitir que nadie viera a Kathy Keizer.

*Qué fea eres, Kathy Keizer.*

Se pintó los labios de un rojo brillante, pero no se veía bien. No parecía Kathleen Collins. Parecía la estúpida Kathy Keizer cuando se puso maquillaje por primera vez y quedó como prostituta. Como ramera. Como payaso. El rostro de un payaso.

—La abuela quiere que te sientas bonita —dijo Brady.

La señora Collins se embarró el corrector por toda la piel. Capa sobre capa. Como mantequilla en el pan. Pero no era suficiente. Buscó en su cajón del maquillaje. Sacó un bronzer líquido y lo vertió sobre sus palmas. Por Dios, sus palmas. Las cicatrices en sus palmas. No pertenecían a las elegantes manos de Kathleen Collins. Esas eran las manos de Kathy Keizer.

*Qué fea eres, Kathy Keizer.*

Extendió el bronzer líquido sobre sus manos. Sobre las cicatrices. Sobre los recuerdos. Pero eso tampoco bastó. Aún podía ver a la niñita en la ventana afuera de la cocina tibia. Tomó más cosas. Sombras. Delineador. Todos los colores de labiales. Se los embarró por todas partes. Pero no bastó. Aún podía ver las cicatrices. La señora Collins se embarró en la piel hasta la última gota y pizca de maquillaje que poseía, pero siguió viendo a Kathy Keizer. Miró a su alrededor llena de pánico, buscando más maquillaje.

Pero solo quedaba la pintura de las paredes.

La señora Collins tomó las latas de pintura y las abrió con el cuchillo de su hijo.

—Eso es, mamá.

Fue al espejo a llenarse la cara de pintura. Un bonito primer gris. Una gruesa pintura blanca. Se echó la pintura sobre el cabello. Sobre el cuerpo. No podía detener la comezón en su cuello. No podía sentirse hermosa por más pintura que se pusiera encima.

*Es porque eres fea por dentro, Kathy Keizer.*

La voz había vuelto. Y ella ya no se sentía capaz de ganarle. Quizá la voz tenía razón. Claro, pensó. La voz tiene razón. Mi interior es feo y está lleno de cicatrices. Ahí es donde se esconde Kathy Keizer. Ahí es donde debe ir la pintura.

—Mamá —dijo Brady con voz tranquila.

—¿Sí, Brady?

—¿Te acuerdas de que pensabas que allá afuera existe un padre que abusó de sus hijos sin haber sido abusado?

—¿Sí?

—Dijiste que si alguien te lo decía, podrías morir feliz.

—Sí. —Sus lágrimas fueron borrando la pintura en sus mejillas.

—Pues yo sé que sí existe —dijo con dulzura.

Un enorme alivio la fue llenando. La señora Collins sonrió y revolvió la pintura con el cuchillo de Brady como sopa sobre una fogata. Luego se llevó el bote de pintura a los labios. Pensó que quizá estaba dormida. Debía ser un sueño porque de qué otro modo podría explicar el resplandor en los ojos de su hijo. Negros como el pedazo de carbón en el calcetín navideño de un niño.

—Dime, mamá, ¿te gustaría saber quién fue el primer padre que abusó de sus hijos sin haber sido abusado?

—Sí, Brady. Por favor, dímelo.

Él se paró frente a ella sobre la barra de mármol. Cuando la voz de su hijo cambió, la sangre de la señora Collins se heló tanto como aquel viejo patio. Porque conocía esa voz. Era la voz de su padre. Lenta, como reproducida en su viejo tocadiscos a treinta y tres revoluciones en vez de cuarenta y cinco.

—LA respuesTa Es diOs.

Entonces, la señora Collins levantó el bote y pintó el interior de Kathy Keizer.

Tenían que matar a la mujer siseante.

Tenían que conseguir la llave.

El hombre amable sacó las escaleras del ático y salieron del refugio. Salieron del refrigerador. Hacia la luz del día. Christopher era invisible para todos menos para el hombre amable, pero eso no le quitaba el miedo. La mujer siseante había pasado toda la noche buscándolos en el mundo imaginario. Esperándolos. Poniendo trampas. Preparándose.

—Vamos —dijo el hombre amable—. Tenemos que encontrarla mientras haya luz solar. Es nuestra mejor oportunidad.

Comenzaron por el bosque. Desandaron sus pasos. El camino llevaba al claro, lo cual los llevó a la casa del árbol. El hombre amable subió por la escalera una vez más para asegurarse de que la puerta seguía cerrada con seguro. Encontró dos palabras escritas con sangre sobre la madera.

TIC TAC

El hombre amable intentó ocultar su miedo, pero Christopher podía verlo. Crecía a cada paso. No fue lo que encontraron. Fue lo que no encontraron.

El bosque estaba completamente vacío.

Era como si el mundo imaginario estuviera vacío. O escondido detrás de la esquina. Esperando para atacar. La buscaron en el bosque durante casi una hora, pero no encontraron nada. Salvo huellas de ciervo. Así que las siguieron hasta que el rastro empezó a hacer un círculo como al inicio del camino amarillo. Todo era un truco. Todo era un juego. Christopher podía sentir a la mujer siseante jugando al gato y al ratón a cada paso. Jugando a las escondidas como una niña. Esperando a que pasara la luz del día. Esperando la noche para poder gritar...

«Listos o no, ¡allá voy!».

Salieron del bosque. Christopher iba detrás del hombre amable, quien se movía rápidamente entre los árboles sin hacer ni un sonido. Las calles estaban vacías. No había gente buzón. Pero las huellas estaban frescas. Cientos de huellas humanas sobre el pavimento. Unas pequeñas de tacones. Otras grandes de zapatos o sandalias o pies descalzos. Algunas de niños. Otras con una huella

extra del bastón de algún anciano. Algunas sin un pie. O sin algunos dedos.

—¿De dónde viene la gente buzón? —preguntó Christopher.

—Siempre han estado aquí. Son sus soldados.

—Quizá podamos convertirlos. Quizá podamos cortar las cuerdas que los unen y liberarlos —propuso Christopher.

—Lo intenté una vez. Corté el hilo que mantenía cerradas las bocas de una niña y su hermana.

—¿Y qué pasó?

—Intentaron comerme vivo.

El hombre amable se acercó a la antigua casa de David Olson, en la esquina. No había nadie adentro. Ni la mujer siseante ni David. Tampoco gente buzón. Solo palabras escritas con sangre en la ventana del cuarto de David.

TIC TAC

El hombre amable miró las palabras con amargura. Christopher vio la ventana por donde la mujer siseante había sacado a David Olson hace cincuenta años. Casi podía ver al niño caminando dormido hacia el bosque. Para no volver nunca. El hombre amable estaba en silencio, pero Christopher podía sentir que su piel rezumaba algunos de sus pensamientos como un grifo que gotea. Palabras entrelazadas con culpa y tristeza. La última vez que el hombre amable intentó matar a la mujer siseante, David Olson murió. Christopher podía sentir la carga sobre sus hombros, como una cruz.

*No puedo permitir...*

*No puedo permitir... que esto pase de nuevo.*

El hombre amable miró el sol, que se elevaba en el cielo. Las nubes estaban cada vez más negras y se iban acercando a la tierra.

—Nos vamos a quedar sin luz solar, Christopher. Aquí eres Dios. Tienes que acallar tu mente. Tienes que encontrarla.

Christopher intentó ubicar a la mujer siseante, pero cada vez que cerraba los ojos, lo único que podía sentir era la creciente locura del lado real. Cada vez que parpadeaba, la imagen cambiaba como en las diapositivas de una vacación. Pudo escuchar la bala del payaso entrando en su cráneo. Pudo saborear la pintura bajando por la garganta de la señora Collins. Pudo sentir el camisón empapado de sangre de la señora Henderson mientras conducía el auto del alguacil, escuchando el radio. Ya no había policías que fueran por ella. La sangre del alguacil goteando en la cirugía. Cálida y pegajosa como la sangre de la herida de

bala en la cabeza del payaso. Las balas que cayeron a los pies de Special Ed. Está cargando el arma. Se está preparando para la guerra. Sus amigos estaban en peligro. Tenía que salir. Christopher sintió la mano del hombre amable sobre su hombro.

—No dejes que el mundo real te distraiga. Respira.

Christopher respiró profundamente y al fin sintió la presencia de la mujer siseante. Pero no estaba en un solo lugar. Estaba en todas partes. Susurraba dentro de todas las cabezas. Por un momento le pareció que ella estaba susurrándole a su madre al oído. Podía oler el perfume de su madre y sentir su mano tibia sobre su pecho. Ella estaba ahí. En alguna parte. Mientras, la mujer siseante envenenaba a todo el pueblo a su alrededor. Si él no lograba salir, su madre estaría rodeada.

—Tengo que salir de aquí y salvar a mi madre —dijo Christopher.

—Sigue ese pensamiento —sugirió el hombre amable—. Sigue a tu mamá.

Christopher hizo lo que le ordenó. Cerró los ojos y la luz bailó detrás de sus párpados como estrellas. Esa idea trajo un recuerdo, tibio y suave como el pan. Su madre lo llevaba a su primer día de escuela. Estaban en su viejo tiburón terrestre. Fingieron que su dirección era otra para que él pudiera ir a una buena escuela. Tanto así lo amaba su madre. Haría cualquier cosa por él. Moriría por él. Los párpados de Christopher temblaron y vio la escuela con su mente. Enorme y brillante.

—Tus ojos dieron un salto. ¿Qué acabas de ver? —preguntó el hombre amable con ansiedad.

—Mi escuela.

—Vamos.

—¿Ahí está la mujer siseante? —preguntó Christopher.

—No lo sé. Solo sé que ahí es adonde tenemos que ir.

El hombre amable comenzó a avanzar por la calle. Rápida y silenciosamente. Siempre alerta. Siempre escuchando. Cazándola. O siendo cazado. Christopher vio cómo se agazapaba detrás de los árboles y matorrales, estudiando cada centímetro del camino, buscando una trampa. Pero no había ninguna. Solo las dos palabras escritas con sangre en las puertas y en el pavimento. Las dos palabras grabadas en la pintura de los autos.

TIC TAC

El hombre amable lo guio colina arriba hacia la escuela. Llegaron hasta la ventana del baño de niños. El hombre amable puso la oreja contra el cristal y



escuchó los sonidos al interior de la escuela. A Christopher le pareció que había algo adentro. Algo frío y malvado.

—Quédate detrás de mí —ordenó el hombre amable—. Si es una emboscada, podrás huir.

El hombre amable abrió la ventana con un rechinido. Se deslizó hasta caer sobre las baldosas frías. Entonces estudió la oscuridad como un soldado. Escuchando con sus ojos. Viendo con los oídos. Tras un largo minuto, levantó la vista y le indicó a Christopher que podía seguirlo.

Christopher entró y ambos cruzaron el baño de hombres, que estaba oscuro y con charcos. El hombre amable abrió la puerta y se asomó al pasillo. Tranquilo y vacío. Pasaron de puntitas junto a los casilleros de metal. Quietos y fríos. Como ataúdes verticales en un mausoleo. Christopher recordó la primera pesadilla. Los niños se lo iban a comer vivo. Entonces vio algo conocido al final del pasillo.

La biblioteca.

Fueron hacia allá. Christopher podía sentir el corazón en la garganta. El hombre amable puso la oreja en la puerta de la biblioteca y escuchó. Ni un sonido. Abrió lentamente la puerta. El lugar estaba oscuro y aparentemente vacío. Christopher recordó su plática con la señora Henderson en ese lugar. Ella le contó sobre el libro favorito de David Olson y luego se fue a casa a acuchillar a su esposo. Christopher caminó de puntitas hacia los estantes. Hacia la repisa conocida. Hacia ese libro conocido.

*Frankenstein.*

Christopher abrió el libro y sonrió al ver lo que David Olson les había dejado en el lado imaginario.

Otra tarjeta de Navidad.

Ambos la miraron en silencio. Era otro mensaje. Otra pista de David. El frente de la tarjeta tenía la imagen de una hermosa casa con una cerca blanca de madera, cubierta de nieve. Christopher la abrió, pero no encontró ningún mensaje personal de David. Solo el texto original de la tarjeta.

Cruzando el río

Y a través del bosque

Vamos a la casa de la abuela.

Christopher leyó de nuevo el mensaje. Estaba confundido. No significaba nada especial para él. Estudió la imagen del frente. La cerca blanca. La puerta roja. Luego se volteó para preguntar qué significaba. Y entonces vio la expresión del hombre amable, que lo llenó de miedo.

El hombre amable estaba aterrado.

—¿Qué pasa? —preguntó Christopher.

—Sé dónde es.

—Dígame dónde —pidió Christopher pese al nudo en su garganta.

El hombre amable no dijo nada por un momento, luego habló entre susurros.

—Christopher, ¿alguna vez has despertado de una pesadilla tan aterradora que no puedes recordar nada sobre ella?

—Sí —respondió Christopher, temiendo lo que vendría.

—Pues es un lugar de aquí. Es adonde ella te llevó durante seis días.

Christopher tragó saliva con mucha dificultad, intentando reunir el valor para recordar lo que le pasó. No podía ver nada.

—Entonces, sabemos adónde va la mujer siseante —dijo él, intentando parecer mucho más valiente de lo que se sentía—. Aún podemos conseguir la llave. Aún podemos matarla.

—No entiendes. No es tan fácil como para llegar caminando. El lugar está rodeado por sus guardias. Cientos de ellos. Quizá miles.

—Soy invisible. Puedo hacerlo. Puedo sorprenderla.

—Eso fue lo que dijo David —comentó el hombre amable con gran pena—. Hasta que ella convirtió la casa del árbol en la puerta trasera a este lugar. Fue un juego para ella. Y una advertencia para el resto de nosotros.

—David no nos habría dejado la pista si no creyera que es posible que la matemos ahí —comentó Christopher—. Necesitamos conseguir esa llave. ¿Qué otra opción tenemos?

El hombre amable asintió. No había nada que discutir.

—Vamos —dijo al fin.

El hombre amable guio a Christopher a la salida. Las nubes habían tapado la luz, y el día se veía de un rojo sangre. La temperatura bajó. Y en el horizonte se elevó un terrible grito, que partió el cielo como una bola de billar en un tiro perfecto. Las nubes se dispersaron. Fue como si hubieran echado a miles de personas al fuego para quemarlas vivas.

—¿Qué es eso? —preguntó Christopher.

—Su ejército.

Rápidamente condujo a Christopher hacia el patio de juegos de la escuela. Christopher miró el espacio cuadrado y la cancha de beisbol. El hombre amable se hincó sobre una rodilla.

—Escúchame con atención, Christopher, porque esta podría ser mi última oportunidad para decírtelo. El mundo imaginario es como un sueño. Y en un

sueño puedes hacer cualquier cosa, ¿verdad? Solo tienes que cerrar los ojos, relajar tu mente y usar la imaginación. Así son las cosas aquí. Si puedes verlo en tu cabeza, puedes hacerlo. Puedes volar como Iron Man. Ser más fuerte que Hulk. Más valiente que el Capitán América. Más poderoso...

—¿Que Thor? —preguntó Christopher.

—Que el martillo de Thor —dijo el hombre amable—. O sea que, si vamos a cruzar la puerta, tenemos que hacerlo sin ningún ruido. ¿Puedes intentarlo?

El hombre amable dejó de hablar, pero no dejó de pensar. Christopher podía sentir las palabras vibrando sobre su piel.

*Puedes volar como Iron Man.*

Christopher asintió. Cerró los ojos y calmó su mente. Sintió la comezón recorriéndole el cuerpo como un ejército de hormigas. La fiebre llegó a su frente. El calor se sentía como el fuego bajo un globo de aire caliente. Vio con el ojo de su cabeza y se imaginó flotando como los globos del Festival. El aire de pronto se volvió menos denso. Se imaginó volando a cinco metros del suelo. A diez metros del suelo. Volando como un hermoso globo.

*¡Jerry encontró los globos!*

*¡Jerry va a matar a mi mamá!*

La voz interrumpió sus pensamientos. Christopher abrió los ojos y vio que estaba a diez metros del suelo. Entró en pánico y se cayó, se estrelló contra el suelo con un sonido seco. El hombre amable lo levantó.

—Lo siento —dijo Christopher.

—No pasa nada. No has tenido entrenamiento suficiente y eso es mi culpa. Encontraremos otra manera.

Los dos se quedaron en silencio por un momento. Christopher miró el horizonte y vio un ave cruzando las nubes. Otro pájaro salió de ellas. Christopher volteó a ver los columpios. Se acordó del día en que vio el rostro de nube en el cielo por primera vez. Estaba columpiándose. Saltó y los Piratas ganaron la Serie Mundial. Aún no podía volar como Iron Man.

Pero quizá sí podría aterrizar como él.

—¿Y si probamos con los columpios? —preguntó.

El hombre amable observó la trayectoria de estos.

—Servirán —dijo—. Vamos.

Christopher se subió a uno de ellos. El hombre amable tomó el de al lado.

—Encuentra a la mujer siseante mientras aún haya luz solar.

Christopher asintió. El hombre amable se metió una mano en el bolsillo y puso

una vaina de cuero en la mano de Christopher.

—Mi padre me dio esto —dijo el hombre amable—. Ahora es tuyo.

Christopher abrió la vaina y vio un cuchillo de metal desgastado. No era brillante como los de las películas. Era una daga común. Igual que él.

—Úsala sabiamente, hijo.

Christopher asintió y comenzaron a balancear sus brazos y piernas. Se columpiaba cada vez más y más alto, como lo hizo con Lenny Cordisco cientos de veces en Michigan. En ese tiempo, se mecían tan alto como era posible. Luego soltaban el columpio y saltaban a dos metros sobre la arena. Pero esta vez fueron más de dos metros.

Estaba volando por el horizonte.

Christopher miró al hombre amable. Nunca había visto un gesto tan sereno en un rostro. Tenía algo de orgullo paternal, pero él no era su padre. Con excepción de su mamá, Christopher nunca había visto que nadie lo mirara con tanto amor.

—Cierra los ojos. Calma tu mente —dijo el hombre amable.

Christopher hizo lo que le ordenó. Respiró profundo y cerró los ojos, y así se perdió detrás de sus párpados. Se imaginó aferrado a las cadenas, meciendo las piernas y columpiándose una. Dos. Tres veces.

Adelante.

Christopher imaginó cómo se soltaba de las cadenas y volaba como impulsado por una resortera junto al hombre amable. Se imaginó que el mundo disminuía su velocidad mientras ellos cruzaban las nubes. Más y más alto. La escuela se veía diminuta como una maqueta bajo sus pies. Lo vio todo con su mente. El campo de béisbol. La carretera del lado real. Los autos accidentados. Los ciervos muertos. El camino de la destrucción estaba casi terminado.

Vio su cuerpo entrando en la nube antes de sentirlo.

La nube no era suave y algodonosa. Se sentía como el vapor frío del humidificador que su madre le ponía cuando se enfermaba. Christopher no sabía por qué estaba pensando en ella. Seguramente estaba en el hospital con él. Acariciándole el cabello y diciéndole que todo iba a estar bien. No podía esperar a salir de ahí y contarle sobre las nubes.

«Saben a algodón de azúcar sin el azúcar, mamá».

Subieron más y más. Sus cuerpos se elevaban por encima de las nubes. Christopher bajó la mirada y las vio, enormes y hermosas, viajando lentamente sobre el pueblo. Las nubes chocaban unas con otras como en una pelea de almohadas. Al hacer fricción creaban rayos. En unos segundos, sintió una ráfaga de ozono caliente y oyó el sonido de un trueno. Comenzó a nevar. Y los copos

suaves se llevaron el miedo.

Lo convirtieron en charcos.

Christopher se imaginó avanzando por el cielo. Las estrellas cintilaban como copos de nieve bajo el crepúsculo. Por un momento, pensó que así debía ser el Cielo. Estar sobre una nube, mirando las estrellas. Sintiendo la mano tibia de su madre sobre su frente. Por siempre. Recordó cuando el padre Tom les dijo que la Santísima Trinidad era Dios en tres formas. Así como el agua puede ser agua, hielo o vapor.

O nubes.

No estaban volando, sino más bien nadando en el agua del cielo. Su imaginación era el límite de su poder. Por un momento, pensó que por eso la mujer siseante necesitaba a los niños. Los adultos son malos para recordar lo poderosos que pueden ser porque en algún momento empezaron a sentir vergüenza por su imaginación.

*Pensarlo es hacerlo.*

—Prepárate —dijo el hombre amable.

Sintió cómo comenzaban a bajar, cruzando las nubes a gran velocidad. Christopher no tenía idea de qué tan lejos habían volado. Ni cuánto tiempo llevaban ahí arriba. El tiempo se perdía en su imaginación. Descendía más y más rápido. Salió de las nubes y bajó la mirada. Estaban al otro lado del pueblo.

Sobre el bosque de la calle Mission.

Pero el bosque se veía diferente. Más grande y, de alguna manera, más malo. El sol había derretido la nieve en las copas de los árboles, pero el claro seguía cubierto de blanco. El árbol al centro del claro era como un punto negro. A la mente de Christopher le tomó un momento darse cuenta de qué era lo que estaba mirando.

El bosque era un ojo gigante.

El ojo miraba al cielo, contemplaba las estrellas fugaces. El ascenso de un alma o la muerte de un sol. La muerte de un hijo. El claro era lo blanco del ojo. El árbol era la pupila. Su pupilo. Su estudiante.

Siguieron bajando. El hombre amable era más pesado y por tanto caía más rápido. Se estaban separando.

—¡Prepararé una distracción! ¡Encuéntrela antes de que caiga la noche! —dijo el hombre amable mientras caía del cielo—. ¡Recuerda lo que eres!

Christopher se imaginó cómo el hombre amable caía a la calle mientras él volaba hacia el lado del bosque que el equipo de construcción del señor Collins ya había talado. Vio los enormes árboles tirados en montones alrededor del claro

recién creado. Parecían dientes arrancados de sus encías por manos furiosas. Los tocones como lápidas. Rodeaban un enorme claro de tierra revuelta, lodo y máquinas.

Y ahí fue donde vio a la mujer siseante.

Estaba al centro del claro lodoso, rodeada de cientos de ciervos. No estaba hablando. Solo les tocaba las cabezas y ellos hacían una reverencia en señal de adoración. Miles de personas buzón los rodeaban. Cada una tenía una cuerda que llevaba a la siguiente. La fila se extendía más allá del horizonte.

Era su ejército.

Christopher abrió los ojos y cayó. Su cuerpo se estrelló contra la tierra con un tremendo golpe que lo dejó sin aire. Sintió que su pecho se aplastaba y no lograba respirar, como un pez dorado afuera de su tanque. Pensó que quizá lo habían escuchado, pero los lamentos de la gente buzón ahogaron el sonido del impacto. Christopher miró al cielo. El sol besaba las copas de los árboles.

Christopher estaba al centro del territorio enemigo.

El hombre amable no estaba por ninguna parte.

Les quedaban diez minutos de luz solar.

La madre de Christopher miró a su hijo cuando este de pronto se movió en su cama de hospital. Sus ojos temblaron bajo los párpados cerrados. Ella lo tomó de la mano y deseó con toda su alma y todo su corazón que el niño abriera los ojos. Sus ojos perfectos. Los ojos de su padre. Pero la esperanza se perdió con los sonidos de las máquinas que mantenían vivo su cuerpo con un cruel bip bip bip. Miró por la ventana y vio que el sol comenzaba a ponerse. Un escalofrío la recorrió. Pronto llegaría la aterradora noche. Y su hijo estaría perdido ahí adentro.

La madre de Christopher se volvió hacia Ambrose. Sus ojos seguían cubiertos por vendas. Ella miró el diario que tenía entre sus manos. Todo lo que David había experimentado, lo experimentaba también Christopher. La comezón, los dolores de cabeza, la fiebre. Ambos niños sabían perfectamente las respuestas a todos los exámenes. La mujer siseante los persiguió a ambos. Por eso, ella sabía que lo que fuera que David hubiera hecho, Christopher estaba por hacerlo también. Una sensación terrible la sobrecogió al dar la vuelta a la página.

Era la última entrada de David.

La temperatura bajó en la habitación. Su aliento se helaba en el aire. Casi pudo sentir cómo se le detenía el corazón. La letra ya era casi ilegible.

#### 25 de junio

Ambrose, voy a matar a la mujer siseante. Si lees este diario, significa que no lo logré. Pero quiero que sepas cómo fue mi último día. Cuando me levanté esta mañana, me sentí en paz. Sé que es raro, pero es la verdad. Sentí como si toda mi vida me hubiera traído a este momento. Como si llevara ocho años vivo para esto. Sé lo que tengo que hacer. Tengo que seguirla a través de mi casa del árbol. No sé qué me espera al otro lado. Ese lugar que da tanto miedo que ni siquiera recordamos nuestras pesadillas. Pero si no voy, creo que todos se van a morir. No sé si mañana estaré vivo. Me pregunto cómo se sentirá.

Ambrose, si lees esto, por favor, no seas duro contigo mismo. Entiendo que solo eras un chico de diecisiete años. No te culpes por no escucharme, porque yo tampoco me hubiera creído. Eso pasa al ser

Dios aquí. Sé cosas. Sé que, si estás leyendo esto, significa que no te moriste. Y para mí eso es suficiente. Sé que eres una buena persona. Sé que me extrañarás todos los días. Pero yo estaré ahí, Ambrose. Te estaré viendo desde el lado imaginario. Me aseguraré de que ninguna pesadilla te alcance.

Así que, aunque te sientas triste, siempre podrás descansar al dormir. Y cuando huelas un guante de beisbol, seré yo, Ambrose. Te estaré viendo todos los días hasta que te vayas al Cielo. Siempre te cuidaré. Te amo, hermano.

La madre de Christopher luchó para descifrar la última oración.

erEs mi mejor aMigo.  
DAVID

Cerró el diario. Se quedaron en silencio por un rato. Ella tomó la mano de Ambrose para reconfortarse y miró hacia la ventana. La parte inferior del sol ya tocaba el horizonte. En unos minutos se pondría y su hijo seguía atrapado en el lado equivocado de la noche. Si la historia se empeñaba en repetirse, sabía que la mujer siseante lo estaba llevando a un callejón sin salida. Miró a su hijo, tendido en la cama, con tubos saliendo de su boca. La madre de Christopher quería gritar. Gritarle a través de las máquinas que lo mantenían vivo.

—No la sigas, Christopher —pidió—. No entres a la casa del árbol de David.



El sol se estaba poniendo.

A Christopher le quedaban diez minutos.

Vio a la mujer siseante al centro del territorio enemigo mientras se preparaba para la guerra. Los ciervos se le acercaron y ella les susurró algo al oído. Luego volvieron al bosque de la calle Mission. A sus posiciones.

Esperaban que el espejo que dividía los dos mundos se quebrara.

Christopher se arrastró sobre el lodo para acercarse más. Solo era invisible a la luz del día. Esa era su oportunidad. Tenía que conseguir la llave que la mujer siseante llevaba enterrada bajo la piel de su cuello.

Sacó la daga de plata desgastada de su vaina de cuero.

—¿Qué fue ese ruido? —siseó una voz cercana.

Christopher contuvo la respiración. Vio cómo la gente buzón se acurrucaba cerca de la mujer siseante como gatitos contra una pierna. Eran personas de todas las formas y tamaños. De todas las edades, géneros y colores. Sus soldados. Christopher se preguntó quiénes habrían sido antes de estar en ese claro, dejando que la mujer siseante abriera los cierres de sus párpados y les besara los ojos.

—Chrissstophher —dijeron las voces—. ¿Estás ahí?

La gente buzón y los ciervos recorrieron el área, olfateando, rodeándolo. Rebuscando entre la tierra. Christopher se encogió lo más que pudo. Se acercaron. Él levantó la daga de plata. Un ciervo se paró frente a su rostro y miró a través de él. Nariz con nariz. Un paso más y sabrían que estaba ahí.

De pronto, se escuchó un enorme grito en el campamento. Todos voltearon a ver de dónde provenía el escándalo.

Era el hombre amable.

Estaba sangrando. Corriendo por su vida. Luchando contra los ciervos. Uno por uno. Hasta que al fin un ciervo cola blanca le enterró las astas en las manos y los pies; después, con el cuerno más afilado que le quedaba, lo apuñaló en el pecho. El ciervo arrastró al hombre amable hasta la mujer siseante y dejó su cuerpo como el ratón que un gato ofrenda a su amo.

—¡NO! —gritó el hombre amable.

Su grito fue demasiado escandaloso. Christopher comprendió que esa era la distracción. Se estaba sacrificando. La mujer siseante abandonó su puesto y se acercó al hombre. Christopher se arrastró hacia ellos. La gente buzón levantó al hombre amable. La mujer siseante tomó una de las astas que se había roto en su cuerpo. La arrancó de repente de entre su carne.

—¿DÓNDE ESTÁ?! —gritó la mujer siseante.

El hombre amable no dijo nada. Sus brazos estaban extendidos. Los ciervos le mordían los pies. La gente buzón intentaba arañarlo entre gemidos. Christopher vio cómo el hombre amable sonreía y aceptaba su castigo, sabiendo que él estaba ahí, a salvo e invisible, al acecho de la mujer siseante. Ella tomó la otra asta que salía del pecho del hombre amable. Se la arrancó violentamente y la echó al suelo. El hombre se dobló de dolor. Christopher siguió arrastrándose. Con la daga en su mano. Para conseguir la llave. Salvar al hombre amable. Salvar a su madre. Salvar al mundo.

—¿DÓNDE ESTÁ EL NIÑO?! —siseó de nuevo.

—Puedes hacerme gritar, pero nunca me harás hablar —dijo el hombre amable.

La mujer siseante no respondió. Solo sonrió. Con una sonrisa retorcida. Cruel. Llena de maldad. Levantó los brazos y todo el campamento abrió la boca. Un grito tremendo partió el cielo. El sonido era insoportable. Christopher soltó el cuchillo y se cubrió las orejas mientras la mujer siseante hacía el más ligero movimiento de cabeza y todo su ejército comenzaba a marchar.

Para adentrarse en el bosque de la calle Mission.

Christopher recogió la daga y siguió la procesión, que iba avanzando por un amplio camino. Había una persona buzón en cada árbol. Los ciervos les mordían los tobillos para que no se movieran. Marcaban la ruta como las vallas de contención en una carretera. Christopher miró el cielo entre los árboles. Debían quedarle unos tres minutos de luz de día. Y luego sería visible. Necesitaba conseguir la llave en ese mismo momento.

Vio lo que sucedía frente a él. El hombre amable apenas podía caminar. Tenía la piel llena de agujeros. La sangre corría de todas sus heridas. Se tropezó y cayó. Los ciervos lo mordieron para que siguiera avanzando.

El ejército recorrió un sendero sinuoso que Christopher nunca había visto. ¿O sí? No estaba seguro. La sensación le recordó los sueños que su madre solía tener, en los que de pronto había tres habitaciones más en su departamento que nunca había visto. Ella estaba ahí con él. En algún lugar. De alguna manera.

El grupo avanzó hacia el túnel de la mina, que se abría como la boca de una

cueva. Sus fauces de madera hacían clic. Clic clic clic. Las pezuñas de los ciervos. Clic clic clic. Christopher los siguió de cerca. ¿O lo estaban guiando? Ya no sabía. Podía ser una trampa, pero no tenía adónde ir. La procesión salió de la mina por una salida distinta. Una que él nunca había visto. Una que estaba escondida en el mundo real. Lo que vio lo llenó de asombro.

Era un jardincito hermoso.

Un jardín perfecto con flores, pasto y siemprevivas. Los árboles eran tan densos que la nieve no encontraba la forma de llegar al suelo. Pero la luz sí. El día estaba hermoso. El clima, extrañamente tibio. Era un perfecto día de primavera mezclado con un otoño agradable y templado. Christopher nunca había sentido nada tan perfecto.

La procesión se detuvo.

La mujer siseante se paró frente a un árbol alto. Christopher levantó la vista y vio algo blanco y hermoso, posado en las gruesas ramas del árbol a tres metros del suelo. Vio una escalera que descendía de ahí como dientes de bebé. Y una puerta roja y brillante.

Era la casa del árbol de David Olson.

—¡David! —gritó la mujer siseante—. ¡Sal!

La puerta de la casa del árbol se abrió. David Olson apareció en la entrada. Bajó por el árbol como una serpiente y se deslizó hacia la mujer siseante. Ella le dio unos golpecitos en la cabeza como diciéndole «buen chico». La mujer siseante volteó hacia la multitud y levantó una mano. Se escucharon unos tambores. La gente buzón arrastró al hombre amable hacia la casa del árbol por la escalera. La mujer siseante lo siguió.

El último en entrar a la casa del árbol fue David. Parado en la puerta, lanzó una mirada hacia el bosque. Quizá sabía que Christopher estaba ahí. Quizá pensaba que su mensaje no le había llegado a tiempo. Fuera lo que fuera, sus ojos eran los más tristes que Christopher hubiera visto en su vida.

—¡David! ¡Ahora! —ordenó la mujer siseante.

David la siguió hacia la casa del árbol como un perrito obediente y cerró la puerta.

Christopher miró el cielo rojo entre las ramas.

Le quedaban treinta segundos de luz del día.

Aún había docenas de personas buzón y ciervos alrededor del árbol. Montando guardia. Preparados para la batalla. Adorando a la mujer siseante. Christopher no tenía tiempo que perder.

Corrió a la casa del árbol.

—¿Qué fue ese sonido? —sisearon las voces.

Christopher no se detuvo. Corrió más y más rápido hacia la casa del árbol. Tenía que entrar antes de que el sol se pusiera. Era el único factor sorpresa que le quedaba. Rodeó a la gente buzón y saltó sobre los ciervos.

—¿Está aquí? ¿Dónde está? —gritaron las voces.

Christopher llegó al pie del árbol. Alcanzó la escalera y comenzó a subir por los dientes de bebé. La luz estaba desapareciendo.

Llegó a la casa del árbol.

La ventanita de cristal estaba empañada por el frío. Christopher no lograba ver qué había adentro. Escuchó a través de la puerta. Ni un sonido.

Dio la vuelta a la perilla y abrió lentamente la puerta. Su corazón se aceleró. Miró al interior. No había nadie. Solo una vieja fotografía de Ambrose en la pared. Las únicas decoraciones además de eso eran los rasguños. ¿Intentos de David para salir? ¿Algo intentando entrar? La gente buzón y la mujer siseante no estaban por ninguna parte. No había ni un rastro de David Olson. No había señales del hombre amable. ¿Qué era esa casa del árbol? ¿Un portal? ¿Una puerta a otro nivel? ¿Una trampa?

Christopher miró el horizonte. Vio el último rayo de sol tocando el borde de la tierra. Las nubes flotaban como un mar de rostros. Podía sentir a todo el pueblo. Miles de ranas intentando salir del agua hirviendo.

Entró a la casa del árbol. No tenía idea de qué iba a pasar al cerrar la puerta y entrar al lugar donde las pesadillas dan tanto miedo que no podemos recordarlas al despertar.

El mundo se quedó en silencio. Christopher pensó que quizá estaba dirigiéndose a su propia muerte. Pero no tenía otra opción.

Cerró la puerta justo cuando caía la noche.

bIp.

La madre de Christopher estaba tan concentrada en el diario de David Olson que al principio no escuchó la máquina.

bIp.

Leyó de nuevo la última entrada. Tenía que haber algo que se le pasó. Alguna pista para ayudar a Christopher. David entró en su casa del árbol esa noche. Fue al bosque. Nunca lo volvieron a ver. ¿Qué le pasó a David Olson en el bosque? ¿Cómo murió esa noche?

bIp. bIp.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó Ambrose.

La madre de Christopher lo miró. Pese a los vendajes que le cubrían los ojos, pudo ver el miedo en el rostro del anciano. Un peso horrible le aplastó el pecho. Todo sonaba como si estuviera sumergida en una tina. El mundo debajo del agua.

bIp. bIp. bIp.

El tercer sonido fue inconfundible. Algo había cambiado. Miró las máquinas, buscando la razón. Y entonces lo vio. La temperatura de Christopher. Había estado en 37 grados todo este tiempo. Pero ya no.

38.8 grados

Se incorporó en la silla. Tocó la mano de su hijo. Estaba caliente como un sartén.

—Te voy a sacar de ahí. Te lo prometo. Pero tienes que luchar. ¡Lucha! —dijo.

39.4 grados

Gracias a WebMD y al pánico de madre primeriza, Kate Reese sabía que cualquier temperatura por encima de los 40 grados era peligrosa. A los 41.6 el cerebro se empieza a cocer.

bIp. bIp. bIp. bIp.

40 grados

La puerta se abrió. El doctor y la enfermera entraron a la habitación a toda prisa.

—Necesitamos que salga, señora Reese. Ahora mismo.

—No —dijo ella—. Puedo ayudar.

—¡Seguridad! —gritó el doctor.

Los guardias entraron tan rápido que la madre de Christopher pensó que seguro estaban afuera de la habitación, esperando ese momento. Ambrose le puso una mano sobre el hombro.

—Eso no será necesario, doctor —dijo el anciano—. Ya nos íbamos.

—¡Pero claro que no! —gritó la madre de Christopher.

Ambrose le dio un apretón en el hombro y le susurró al oído:

—No lo podrás ayudar con una camisa de fuerza.

La madre de Christopher miró a los guardias de seguridad. Dos tipos grandes con panzas aún más grandes. Ambos se estaban rascando la cara obsesivamente, cubiertos de sudor por la gripe. Uno llevaba un gas pimienta. El otro una macana.

—El doctor le pidió que saliera... —dijo el más grande, tragándose la palabra perra y obligándose a pronunciar su reemplazo pese a la bilis—... señora.

La madre de Christopher se moría de ganas por enfrentarlos, pero sabía que eso solo ocasionaría que la encerraran.

«Solo denos una razón... perra señora».

—Claro —dijo con toda la cortesía que pudo fingir—. Lo siento.

Luego salió tranquilamente de la habitación junto a Ambrose en su silla de ruedas; echó una última mirada a la máquina, que seguía pitando.

40.5 grados

bIp. bIp. bIp. bIp. bIp.

41.1

Al caer la noche, algo cambió. Nadie dijo nada, pero todos pudieron sentirlo. La temperatura bajó. El viento embraveció y dejó escapar un breve susurro en las nuca de miles.

*es hOra.*

—Es hora, Eddie. Escucha a la abuela.

Special Ed estaba en su cama con el arma de su padre en una mano. Miró el árbol en su patio trasero. Una rama colgaba cual sonrisa enferma. Carga el arma, Eddie. Es hora de ir al bosque, Eddie. Vamos a la casa de la abuela, Eddie. Special Ed cargó el arma. Cada bala se deslizó en la recámara con un clic clic clic. Special Ed la echó en su mochila junto con las demás cosas que la abuela le dijo que empacara. Se cerró el abrigo y abrió la ventana. Saltó, se agarró de la rama sonriente y se deslizó por ella como una víbora. Ve al bosque, Eddie. Brady intentará apoderarse de la casa del árbol, Eddie. No dejes que se apoderen de la casa del árbol, Eddie. Brady. Eddie.

—Escucha a la abuela.

*es hOra.*

—¿Me escuchas, Brady? Es hora. Escucha a la abuela —dijo la señora Keizer.

Brady Collins intentó ayudar a su abuela a incorporarse, pero sus articulaciones artríticas tronaron y se desplomó sobre su cama de hospital.

—Estoy muy vieja para ir al bosque, Brady, pero ¿recuerdas lo que la abuela te dijo que hicieras?

—Sí, abuela.

Brady fue al clóset. Se puso la bufanda y su chaqueta de invierno. Tomó su mochila, que había llenado mientras esperaba que la ambulancia llevara a su madre al hospital. Encontró el cuchillo de caza de su padre y la pistola de colección de la Segunda Guerra Mundial. Brady cerró la mochila y volvió a la cama.

—Espero que encuentres tu nombre de soltera, abuela.

—Lo haré si ganamos la guerra.

Brady Collins asintió, le dio un beso a la mejilla peluda de su abuela y se fue. El hospital estaba tan lleno que nadie le puso atención a un niño de ocho años con una mochila. Brady salió sin problemas del hospital y empezó su largo camino hacia el bosque de la calle Mission. Quería despedirse de su padre, pero él estaba junto a la cama de su madre en terapia intensiva. Brady esperaba que, cuando su mamá despertara, se olvidara para siempre de Kathy Keizer. Se lo merecía. Después de todo, se había sacrificado para distraer al padre de Brady y evitar que terminara de talar el bosque a la medianoche. Brady pensó que era una pena que nada más hubiera funcionado. Pero es hora, Brady. Jenny. Brady.

*es hOra.*

—¿Jenny? —susurró la voz—. Es hora, Jenny.

La voz sonaba como la de su madre. Dulce y suave. Cálida como una manta. Jenny Hertzog metió la mano bajo su almohada y sacó el cuchillo. Observó el reflejo de sus ojos en el metal y sonrió al imaginárselo desapareciendo en la carne de su hermanastro. Luego cruzó el pasillo hacia la habitación de él y abrió la puerta sin tocar. Estaba en su computadora, bajándose el cierre de los pantalones.

—¿Scott? —dijo ella—. ¿Scott?

—¿Qué demonios quieres? —soltó él, sorprendido.

—Voy al bosque. ¿Quieres venir?

—¿Por qué carajos querría ir contigo al bosque?

—Porque te daré lo que quieras.

Su hermanastro de inmediato apagó la computadora. Jenny se acercó y lo tomó de la mano. Le pasó la comezón por la piel. Como lo había hecho cada noche mientras él dormía. Durante días respiró por la boca para no tener que soportar el olor amargo en su habitación. Sus calcetines y el olor de su cuerpo y su medicina para el acné. Durante días tocó esa mano miserable y sudorosa. Se estaba preparando para esa noche. La guerra había llegado y su mamá le dijo que necesitarían soldados. Pero su mamá le prometió que, en cuanto los buenos ganaran la guerra, Jenny tendría permitido cortarle la cara a Scott y obligarlo a comérsela. Al fin podría tomar la sangre de su hermanastro y ahogarlos a él y al resto del mundo en sus charcos.

*es hOra.*

El rostro de la señorita Lasko estaba en el escusado cuando escuchó el susurro,



dulce y húmedo sobre su nuca. Estaba en el baño de mujeres del bar, obligándose a vomitar. No porque tuviera náuseas. No. Sino porque aún se sentía sobria. Pensó que, si se vaciaba el estómago y lo llenaba con una botella entera de Jack Daniels, al menos podría sentirse un poco tomada. Pero no funcionó. Así que se puso a llorar. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que se sintió ebria que ya ni se acordaba de cómo era. Y no era que no hubiera tomado alcohol. Al contrario. Se ahogaba cada noche en él. Pero esa maldita comezón no le permitía sentirlo. Y ahora sentía todo lo demás. La vida se había convertido en una implacable borrachera seca que le hacía recordar cada cosa terrible que había hecho en su vida. Y cada cosa terrible que le habían hecho. Las cosas se pusieron tan mal que se arrodilló frente al escusado y le pidió a Dios que pudiera sentir de nuevo la borrachera. Y de pronto, para su gran alivio, sus oraciones fueron escuchadas al fin. Una vocecita le dijo que podría sentirse ebria de nuevo. Lo único que tenía que hacer era ir a un pequeño bar clandestino en el bosque de la calle Mission.

*es hOra.*

Siguió así por un buen rato. Por todo el pueblo, la gente dejó lo que estaba haciendo para dirigirse al bosque de la calle Mission. Doug estaba a media cena de Nochebuena cuando vibró su teléfono.

*Te está engañando, Doug. A ti no te deja hacerle de todo, pero los demás le hacen lo que quieren. Le encanta, Doug. Está embarazada, Doug. De otro. Pero el bosque sanará tu corazón roto. Es hora.*

Debbie Dunham se estaba cogiendo al guardia de seguridad en el estacionamiento del supermercado después de que se habían vendido todos los productos.

*Deja de cogerte a ese hombre, Debbie. El bosque acabará con tu dolor. Es hora.*

La anciana estaba en el ático, meciéndose en su silla.

*Sabemos que nadaron juntos en el río Ohio. Era un muchacho tan guapo. Y está aquí, en el bosque. Quiere verte, Gladyssss. Es hora.*

Mike y Matt estaban en la mesa con sus madres. La tradición navideña Gabrielson-Scott de pedir comida china y ver una película comenzó un día antes. Cuando el banquete terminó, los niños abrieron sus galletas de la suerte.

*Mike, si toman la casa del árbol, ella va a matar a tu hermano.*

*Matt, ayúdame, por favor. Christopher está atrapado. Es hora.*

El padre Tom estaba preparando su misa de gallo cuando la señora Radcliffe

tuvo la extraña idea de hacerla en el bosque de la calle Mission. Al padre Tom no le gustó para nada la sugerencia. Dijo que era una abominación. Y entonces, el coro se le echó encima; lo mordieron y apuñalaron hasta dejarlo desangrándose en el altar mientras comenzaban a cantar. Nunca habían ensayado esa canción, pero, de algún modo, todos se la sabían.

*es hOra.*

*es hOra.*

*es hOra.*

Pero quizá la idea más rara fue la que tuvo la enfermera Tammy mientras se tomaba un muy necesario descanso para fumar tras hacer sus rondas por terapia intensiva. La idea era tan rara que al principio la achacó a que había trabajado setenta y dos horas seguidas debido a la falta de personal. En las últimas semanas, había visto más balaceras, acuchillamientos e intentos de suicidio que en toda su vida desde que se graduó, hacía diez años. Comenzó cuando una mujer le rajó la garganta a su esposo. Luego, Mary Katherine estampó su auto contra Christopher y su madre. Al alguacil le dispararon en el pecho. Un payaso se disparó en la cabeza. La señora Collins se tragó deliberadamente casi cuatro litros de pintura. Pero hubo otros. Conductores ebrios. Peleas de bar. Accidentes de tráfico. El peor fue el del conductor escolar, el señor Miller, que prácticamente se empaló en los cuernos de un ciervo cuando llevaba su camión de regreso a la terminal, tras dejar al último niño después del desfile de Navidad. Había sido toda una carnicería. Pero eso ni siquiera era lo más raro. No.

Lo más raro era que nadie había muerto.

Por más que quisiera, no podía recordar la última vez que alguien murió. De hecho, el forense había dicho de broma que se sentía un poco culpable de que todos los demás tuvieran tanto trabajo porque el último cadáver que vio fue el esqueleto del niño que encontraron en el bosque. ¿Cómo se llamaba? David algo. ¿Cuándo fue? Quizá hacía un mes. Un mes entero sin una sola muerte. Vaya.

*Es un milagro de Navidad.*

La enfermera Tammy le dio tres caladas más a su cigarro y volvió al hospital. Pero antes le dio gracias a Dios porque su turno terminaría al fin a la medianoche. Faltaban cinco horas para que pudiera volver a su casa y tomarse una copa de merLOT con su padre. Faltaban solo cinco horas para la Navidad.

*Pero, claro. Si la gente dejara de morirse, sería el fin del mundo.*

Mary Katherine abrió los ojos. Miró el atardecer y una sensación terrible se asentó en su estómago. Era la víspera de Navidad, pero no iría a casa de la tía Gerri a comer sopa de hongos. No iría a la iglesia para la misa del padre Tom. Había conducido su auto a doscientos kilómetros por hora. Y en ese momento crucial, cuando el ciervo se apareció frente a ella, Mary Katherine no pensó en nada más que en salvarse a sí misma. Para no ir al Infierno, dio un volantazo y se estrelló contra el niño y su madre.

*Eres egoísta, Mary Katherine. Eres muy egoísta.*

La voz se iba comiendo su estómago mientras los recuerdos la inundaban. El terrible impacto. El violento chirrido del metal y la explosión de vidrios. Las fauces de la vida abriendo ambos autos como si fueran latas de sopa. Los paramédicos sacando a Christopher y a la señora Reese. Eran tan agradables. Eran tan buenos.

*Te estrellaste contra un niño para no irte al Infierno, Mary Katherine.*

Habría dado cualquier cosa por que hubiera sido ella y no él. Pero a ella no le pasó nada que no se pudiera arreglar durmiendo. Llevaba puesto el cinturón de seguridad y su auto tenía bolsa de aire. Estaba bien. Quería que la bolsa de aire la matara. Quería que el cinturón la estrangulara. Merecía morir en ese accidente.

*Mereces todo lo que te está pasando, Mary Katherine.*

Al fin se obligó a mirarse el cuerpo. Vio la bata de hospital. El monitor de signos vitales en su dedo índice. La máquina que registraba su frecuencia cardiaca pitaba y pitaba y pitaba. Cuando la llevaron al hospital, la exhausta enfermera Tammy le dijo que no se preocupara. Solo debía descansar. Estaría bien. De hecho, el doctor la habría enviado directo a casa.

De no haber sido por el bebé.

La puerta se abrió.

—¿Mary Katherine?

Su madre entró a la habitación. Fue corriendo hacia su hija para abrazarla entre lágrimas una y otra vez.

—Mamá, lo siento.

Mary Katherine no lograba entender que su madre no estaba enojada con su

hija de diecisiete años porque estaba demasiado aliviada de que su hija de diecisiete años, a la que aún recordaba alimentándose de su pecho, no hubiera muerto en ese accidente de auto. No tenía forma de saber que, sin importar qué tan mayores se sientan los hijos, siempre serán pequeños para sus padres.

—Gracias a Dios que estás bien —dijo su mamá—. Alabado sea Cristo.

Mary Katherine vio a su padre entrando a la habitación. Tenía la quijada tensa por las horas de rabia. Rabia por su desobediencia. Rabia por su descuido. Rabia por la altísima cuenta del hospital y la colegiatura en Notre Dame, que dejarían a la familia llena de deudas.

—Papá. Lo siento tanto.

Él se quedó en silencio, como una estatua. Se negaba a mirarla. Solo se quedó ahí, rascándose la coronilla. Cuando Mary Katherine era más chica, pensaba que su padre se había quedado calvo a base de rascarse, como el borrador en un lápiz. Esperó a que él hablara, pero no lo hizo, así que ella le preguntó lo único que le importaba en ese momento.

—¿Cómo está Christopher?

—Está en coma —respondió su padre—. Podría morir, Mary Katherine.

Toda la culpa que había sentido fue solo una preparación para ese momento. El rostro de Mary Katherine se puso rojo por la vergüenza. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su voz se quebró.

—Lo siento, papá. Todo es mi cul...

—¿Qué diablos estabas haciendo en la carretera a las dos de la mañana? —preguntó él, interrumpiéndola.

La voz de su padre sonaba distinta. Nunca lo había visto tan enojado. Mary Katherine se quedó en silencio. Miró a su madre.

—No la mires a ella. Mírame a mí. ¿Qué estabas haciendo, Mary Katherine?

Miró a su padre a los ojos. Estaba aterrada.

—Fui a la iglesia —respondió.

En cuanto las palabras salieron de su boca, su estómago comenzó a revolverse. No estaba mintiendo. Sí fue a la iglesia. Pero lo hizo después de comprar tres pruebas de embarazo. Después de orinar en tres palitos. Después de leer tres veces un resultado positivo. Padre. Hijo. Espíritu Santo.

—¿Fuiste a rezar? —dijo su madre con esperanza en la mirada.

—Sí, mamá.

—¿Por qué? —preguntó su padre.

—¿Disculpa? —Mary Katherine intentaba postergar ese momento.

Su padre la miró y su rabia siguió creciendo.

—Sabías que la familia iría a la misa de gallo esta noche, pero ¿tenías que robarte el auto a las dos de la mañana para ir a la iglesia a rezar?

—Sí, papá.

—¿POR QUÉ? —repitió él.

Mary Katherine era un ciervo paralizado por los faros.

—Eh...

—¿POR QUÉ. FUISTE. A. REZAR? —insistió su padre.

Mary Katherine volteó a ver a su mamá.

—Por favor, cariño. ¿Por qué estabas rezando? —preguntó su madre cariñosamente.

—Mami... —dijo Mary Katherine, sintiéndose de pronto diez años menor de lo que era—. No sé cómo pasó esto. Debo haber hecho algo malo, pero no sé qué fue. Quizá lo pensé porque pensarlo es hacerlo, pero no sabía que esto podía pasar, mamá. Te juro que no.

—Dime por qué estabas rezando, cariño. Sea lo que sea, lo resolveremos juntas —le aseguró su madre.

Las lágrimas comenzaron a llenar los ojos de Mary Katherine. Su padre la tomó de la mano.

—¡DEJA DE DARLE VUELTAS Y RESPONDE LA MALDITA PREGUNTA! —gritó él—. ¡¿POR QUÉ ESTABAS REZANDO?!

—Estoy embarazada, papi.

Con la verdad salieron las lágrimas. Su madre la abrazó mientras sollozaba. Por un momento, Mary Katherine pensó que quizá todo estaría bien. Su madre la seguiría amando. Aún podría ir a Notre Dame. Podría conseguir un buen trabajo y pagarle a su padre y ayudar en la recuperación de Christopher. Se prometió que lo haría. Porque su madre la perdonó. Porque cuando ella no merecía nada, recibió amor.

—¿Cuándo comenzaron a tener sexo Doug y tú? —Mary Katherine levantó los ojos y vio a su padre. Al fin la estaba mirando. Parecía tan decepcionado—. ¿Cuándo comenzaron a tener sexo Doug y tú? —repitió.

—No lo hicimos.

—¿Qué? ¿Te estás acostando con otros?

—No, papá.

—Entonces, ¿quién es el padre?

Mary Katherine se quedó en silencio. Su madre la tomó suavemente de la mano.

—¿Quién es el padre, cariño? —le preguntó.

—No lo sé, mamá.

—¿No lo sabes? ¡¿Con cuántos has estado?! —gritó su padre.

—Con ninguno.

—¡¿Qué quieres decir con eso?! —

Nunca he tenido sexo.

—Entonces, ¿cómo es que estás embarazada?

Mary Katherine ya no soportaba la expresión en los ojos de su padre. La confusión que contenía su rabia a punto de desbordarse.

—No lo sé. Eso es lo que digo. No sé qué está pasando.

—¡Dime quién es el padre! —exigió él.

Mary Katherine se dirigió a su mamá.

—No hay padre. Eso es lo que estoy diciendo. No entiendo qué hice. Por favor, mamá, ayúdame.

—Está bien, cariño. No tienes que proteger a nadie. Solo dínos quién es el padre —dijo su mamá con tono amoroso.

—Mamá... no hay un padre. Es una inmaculada concepción.

Mary Katherine se volteó casi en el mismo instante en que su padre le soltó una bofetada.

—¡Deja de blasfemar en este mismo momento! ¿Con quién te acostaste?

—Con nadie, papi —lloró ella.

—¿Quién es el padre?

—Soy virgen.

—¡MARY KATHERINE!, ¡¿QUIÉN ES EL MALDITO PADRE?! —

Mary Katherine se preparó para recibir otra bofetada, pero su padre ya no la golpeó. Solo le lanzó una mirada de máximo desprecio y salió furioso de la habitación. Ella se desplomó entre los brazos de su madre y lloró con tantas ganas que le tomó unos segundos darse cuenta de algo horrible.

Su mamá no la estaba abrazando.

—¿Mamá? ¿Podrás perdonarme?

Buscó apoyo en su madre, pero ella no podía ni mirarla.

—Solo Dios puede perdonarte —dijo su mamá.

Mary Katherine podría soportar que su padre la golpeará todo el día. Pero no era capaz de tolerar ni un segundo la decepción de su madre. En poco tiempo, su papá volvió con un doctor que Mary Katherine no reconoció.

—Hola, Mary Katherine. Soy el doctor Green. Te vamos a dar un calmante ligero.

Luego le hizo una seña a la enferma, que comenzó a limpiarle el brazo con una

torunda de algodón y antiséptico.

—Es para ayudarte con el proceso —continuó el doctor Green.

—¿Qué proceso? ¿Ya me voy a ir a casa?

—No. Te quedarás aquí por un tiempo.

—Papá, ¿qué está pasando?

Su padre no la miró.

—¿Mamá?

Su madre no dijo nada. Entonces Mary Katherine entendió que todos creían que estaba loca. Comenzó a resistirse, pero en segundos llegaron unos camilleros.

—Por favor, mamá. No dejes que me hagan esto.

—Te vamos a conseguir ayuda, cariño —dijo su madre.

—Mamá, es una inmaculada concepción. Tú me lo enseñaste durante toda mi vida.

Los camilleros la agarraron. Ella se sacudió para soltarse, pero eran demasiado fuertes.

—¡NO! —gritó—. ¡POR FAVOR!

El doctor sacó la jeringa.

—¡NO ESTOY MINTIENDO! ¡LO JURO POR MI ALMA! ¡ALGO TERRIBLE ESTÁ PASANDO!

El doctor enterró la aguja en el brazo de Mary Katherine, que en segundos perdió toda la fuerza debido al calmante y, justo antes de quedarse dormida, miró a su madre.

—Mamá —dijo con voz tranquila—. Por favor, no dejes que me lleven.

Vio cómo su madre le daba la espalda mientras los camilleros la sacaban del cuarto.

—Necesitas ayuda, Mary Katherine —dijo el doctor—. Es hora.

La señora Henderson conducía el auto del alguacil hacia la primaria. Dejó el radio encendido, atenta a cualquier señal de que la estuvieran buscando. Pero no hubo ninguna. De hecho, el radio había estado en silencio desde que huyó de la oficina del alguacil, una vez que lo dejó a él y a sus oficiales desangrándose hasta morir. Al principio, el silencio la confundió. Luego la alegró. Se dio cuenta de que había hecho su trabajo. Al menos la primera parte.

Ya no quedaban policías en Mill Grove.

Cuando llegó a la primaria, estacionó el auto del alguacil en su lugar de siempre. Observó el sol abandonando el patio de la escuela. Un sol tan enorme y hermoso. Un hijo. El hijo que el señor Henderson nunca le dio. Le dijo que era culpa de ella, pero cuando fue al doctor, comprobó que ella no tenía ningún problema. Pero ¿su esposo aceptó revisarse? Claro que no. Estaba demasiado ocupado engañándola. En ese momento sintió tantas ganas de acuchillarlo de nuevo. Quería acuchillarlo una y otra vez y que nunca muriera. Solo quería acuchillarlo una y otra vez por toda la eternidad y que su sangre corriera por la resbaladilla del patio escolar, pasando junto a los columpios.

La señora Henderson se asomó a la escuela. Los pasillos estaban vacíos. Las puertas cerradas. Así que tomó vuelo y rompió la ventana de la biblioteca con el puño. El cristal le cortó los dedos, pero no le importó. Mientras sus manos estuvieran lo suficientemente sanas para acuchillar, estaba bien. Se metió por la ventana y fue a la biblioteca.

No estuvo encarcelada mucho tiempo, pero la biblioteca se veía mucho más pequeña de lo que la recordaba. Los pequeños escritorios y mesas. Las estanterías un poco más bajas para que las manos más pequeñas pudieran encontrar palabras más grandes. Los proyectos de arte de la clase de la pobre y alcohólica señorita Lasko. Huellas de manitas remojadas en pintura y convertidas en pavos de Acción de Gracias. Vio que uno era el de Christopher.

Qué lástima lo que estaba por ocurrirle a ese niño.

La señora Henderson se subió a su viejo escritorio. Quitó un panel de poliestireno blanco del techo y sacó una elegante maleta de cuero. La había escondido justo después de la tormenta de nieve. En ese momento no supo por



qué. Le pareció extraño, pero una vocecita le dijo que podría necesitarla. Una vocecita le dijo que era muy romántico esconder una maleta para un fin de semana en la biblioteca solo por si acaso el señor Henderson la sorprendía con un viaje espontáneo.

Durante semanas se imaginó a su esposo diciéndole: «Querida, quiero llevarte a un lugar lindo. Quiero agradecerte por entregarme los últimos cincuenta años de tu vida. Qué lástima que no tengamos las maletas hechas».

A lo que ella respondería: «¡Sí las tenemos!».

Entonces le mostraría la maleta para un fin de semana. Él se sentiría orgulloso de lo bien empacada que estaba. Le conmovió lo considerada que era su esposa. Se daría cuenta de que no podría amarla más al ver lo que había empacado.

1 cambio de ropa

2 pares de ropa interior

1 par de botas de montaña

Y, claro, un cuchillo de carnicero, cinta aislante, soga, cierres, hilo, una docena de agujas y 270 metros de estambre negro que compró de oferta.

Perfecto para una escapada de fin de semana.

Pero, claro, la escapada nunca ocurrió. Los viernes llegaron y se fueron y el señor Henderson nunca le propuso llevarla a un hostel a tomar vino tinto, ver a las aves y hacer el amor. No hubo ni ballet ni sinfonías. No hubo musical de Broadway en Heinz Hall. Ni siquiera una película de estreno. Qué ganas tenía de acuchillarlo. Y, aun así, qué suerte que había preparado la maleta romántica porque necesitaría las cosas para esa noche.

La señora Henderson bajó de su escritorio y se despidió de la biblioteca. Había pasado cincuenta años en ella y sabía que nunca la volvería a ver. Al menos no con sus propios ojos. Recorrió las estanterías y tomó un libro como recuerdo. Un libro para la eternidad. Ese libro era *Frankenstein*. El libro que Christopher había tomado.

*Señora Henderson, Christopher está en la computadora.*

*Señora Henderson, escríbale a Christopher en la computadora.*

*Señora Henderson, llévese el libro de Frankenstein.*

*Señora Henderson, subraye estas letras.*

*Señora Henderson, hágalos creer que David Olson los está ayudando.*

La voz le prometió algo a cambio. Esta vez, su esposo la respetaría. Esta vez, su esposo la apreciaría. Esta vez, su esposo la amaría. Y aún podía pasar si hacía un buen trabajo esa noche.

La señora Henderson se llevó el libro y su maleta a la enfermería. Se quitó la ropa de prisi3n llena de sangre y se lav3 en el fregadero. Se limpi3 y se vend3 la herida que la bala del alguacil le dej3 en un costado. Se limpi3 los dedos cortados. Luego abri3 la maleta y se puso la ropa limpia. Ahhh. El suave algod3n y las botas firmes se sentían muy bien en su piel. Se sentía de nuevo como ella misma. Como la jovencita de veintitr3s que lleg3 a la escuela llena de pasi3n por la enseñanza. La joven que iba a cambiar el mundo un estudiante a la vez. Comenzando con esa primera clase. Y con ese niño especial. David Olson. Y su última clase. Con ese otro niño especial. Christopher Reese. Se acord3 de sus inicios en esta escuela. No podía leer ni un libro de primero. Y ahora era más que un genio. Ahora era casi Dios. Demasiado para un cerebro pequeño. Demasiado para un cuerpo pequeño. Qué lástima lo que estaba por ocurrirle.

Pero todos debían hacer su trabajo.

La señora Henderson dej3 la copia de *Frankenstein* junto al resto de sus cosas y fue hacia la ventana rota. Sali3 para ver la luna. Era luna llena. Enorme y azul. Como ella sabía que sería.

—Disculpe, señora.

Un hombre atractivo estaba recargado en una camioneta detrás de la escuela. La señora Henderson no supo en qué momento había llegado.

—¿Sí?

El hombre se acerc3 a ella. Había algo muy peligroso en él. La señora Henderson se tens3.

—¿Usted trabaja aquí? —pregunt3 el hombre.

—¿Por qué quiere saberlo?

El hombre mir3 la ventana rota y su mano vendada. Entendi3 lo que estaba pasando y sonri3.

—Porque necesito saber dónde están los archivos de esta escuela —dijo.

—Esa es informaci3n confidencial.

—También está la opci3n de sacársela a golpes —coment3 él, como si nada.

—En la oficina del director. Al final del pasillo —dijo la señora Henderson.

—Gracias, señora.

—De nada, Jerry.

—¿Cómo sabe mi nombre?

La señora Henderson sonri3 y se fue sin responderle. Pas3 junto a la camioneta con las placas de Michigan y se fue por el patio, no sin antes echarle un último vistazo a los columpios. Por alguna raz3n, se imagin3 a Christopher saltando de ellos. Y luego le lleg3 una idea, discreta como un susurro.

Christopher era un niño tan agradable. Qué lástima que fuera a morir.  
*es hOra.*

Christopher abrió los ojos.

Al principio no lo entendió. En cuanto cerró la puerta de la casa del árbol de David, esperaba abrirla y ver de nuevo el bosque.

Pero había regresado a su casa.

A su cama.

Por la noche.

Christopher miró su habitación. Todo parecía normal. Volteó hacia el librero antiguo que olía a guantes de beisbol. El que su madre llenó con sus propios libros. Todo parecía estar en orden. La fotografía de su padre estaba en su lugar sobre el librero. La puerta de su clóset estaba cerrada. La puerta de su cuarto tenía seguro por dentro. Estaba en el mundo imaginario. Se suponía que la gente imaginaria despertaba de noche. Pero se sentía completamente seguro. Christopher respiró aliviado. Se quitó la cobija y se incorporó, a punto de echar sus piernas hacia el suelo.

Fue entonces cuando oyó la respiración.

Que venía de abajo de la cama.

Christopher se petrificó. Miró a cada lado de la cama, esperando una mano. Una garra. Algo que saliera a agarrarlo de los tobillos. Pero no hubo nada. La persona simplemente esperó. Respirando. Lamiéndose los labios. Christopher consideró saltar y salir corriendo de su habitación. Pero la puerta estaba cerrada. No para que nada entrara. Sino para que él no saliera.

*Scccratch. Scccratch. Scccratch.*

El sonido lo asustó. Miró por la ventana. El árbol en su patio trasero estaba más cerca de la casa. El columpio de llanta colgaba como una horca. El árbol estiró una rama vieja hacia el cristal. Lo arañó de un lado a otro como un dedo artrítico.

*Scccratch. Scccratch. Scccratch.*

La respiración se intensificó bajo la cama. Christopher tenía que salir de ahí. En ese mismo momento. Se paró sobre su cama y se puso de puntitas. Miró por la ventana hacia el patio trasero. Pensó que podría saltar de su cama y bajar por la ventana.

Pero todo el patio estaba lleno de gente buzón.

Parecían ropa secándose con la brisa. Unos cien ciervos también lo estaban esperando. Muy cerca del suelo. Acechando en la oscuridad.

*Scccratch. Scccratch. Scccratch.*

Christopher miró desesperadamente a su alrededor buscando una salida. La puerta de su cuarto estaba cerrada. El patio trasero estaba lleno. No tenía adónde ir. Entonces calmó su mente. El hombre amable le había dicho que ahí tenía poderes. ¡Que los usara!

Christopher vio que una mano salía de debajo de la cama.

Se bajó de un salto justo cuando la mano intentó atraparlo. Al caer, perdió el equilibrio y se tropezó. Cuando miró hacia atrás, vio manos saliendo de la cama. No estaban pegadas a un cuerpo. Solo eran voces que gritaban desde las sombras.

—¡VEN AQUÍ, CHRISTOPHER!

Lo agarraron por los pies y tobillos y comenzaron a jalarlo hacia la cama. Christopher se retorció, sacudiéndose las manos como si fueran arañas. Una docena de gritos estalló mientras Christopher pateaba las manos para devolverlas a la oscuridad. Se puso de pie como pudo y corrió a la puerta de su habitación. Tomó la perilla.

Y esta comenzó a girar desde el otro lado.

—¿Nos puede escuchar? —susurraron las voces.

Christopher se congeló. Fue a la ventana de su habitación y miró el patio. Las personas buzón se pasaron la cuerda que las unía de la mano derecha a la izquierda. Y luego, como nadadores sincronizados, levantaron sus manos derechas libres y abrieron los cierres de sus ojos, todos al mismo tiempo. El metal brilló bajo la luz de la luna.

La gente buzón estaba despertando.

Christopher se dio la vuelta. La puerta de su habitación estaba abierta. Había gente junto a la cama con los brazos detrás de la espalda. Sonrieron. Aún tenían pedazos de la madera de la puerta entre los dientes.

—Hola, Christopher —dijeron.

Estiraron los brazos. Solo tenían muñones. Carne redondeada. Cortada y cauterizada.

—¿Dónde pusiste nuestras manos? ¡Ladrón!

Se lanzaron hacia él. Christopher abrió de golpe la ventana. Los ciervos daban vueltas en el patio como pirañas en un tanque. Si saltaba, lo harían trizas. No había adónde ir...

... más que al techo.

Christopher se agarró de la orilla de la ventana y trepó justo cuando la gente que estaba detrás de él se le echó encima. Intentaron agarrarlo por los pies, pero sus brazos sin manos los traicionaron y se cayeron al patio.

Los ciervos los atacaron en segundos.

Mordían. Arrancaban. Desgarraban.

Christopher subió al techo y se escondió detrás de la chimenea. El primer destello de la luna azul apareció en el horizonte mientras la noche avanzaba. Miró su vecindario. El concreto gris de la calle lentamente se iba volviendo rojo. El pavimento se veía raro, como si hubiera llovido. Pero no era lluvia. Olía demasiado a moneda de cobre. Y corría por la calle como una cascada hacia las alcantarillas.

La calle estaba sangrando.

Vio al hombre con el uniforme de *girl scout*.

Despertando.

El tipo abrió los ojos. Tenía al menos cuarenta, quizá cincuenta años. Pero había inocencia en su mirada. Y estaba feliz. Bostezó y se frotó los ojos para desperezarse como un bebé. Luego se puso de pie y fue dando saltitos por la calle, chapoteando en los charcos de sangre con sus piernas desnudas. El hombre iba silbando una canción. «Blue Moon». Se agachó para atarse las agujetas cerca de los arbustos. Silbando. Y atando. Y silbando. Y atando.

Hasta que aparecieron dos manos y lo agarraron.

El hombre soltó un grito estremecedor. Cuando Christopher vio quién había jalado al hombre hacia los arbustos, no lo podía creer.

Era el mismo hombre.

Parecían gemelos idénticos. Pero el otro hombre no vestía un uniforme de *girl scout*. Llevaba unos lentes a los que le faltaba el armazón. Y un silbato al cuello. Era calvo y el cabello que le quedaba era demasiado delgado para acomodárselo, pero de todos modos lo hacía. Mientras el casi calvo le quitaba el uniforme de *girl scout* al otro hombre, Christopher al fin entendió lo que estaba gritando.

—¡SÁCAME DE AQUÍ! ¡POR FAVOR!

Christopher vio a otro hombre corriendo por la calle. De la nada, un auto dio la vuelta, lo arrolló y lo aventó al pasto. El auto se detuvo de golpe. La puerta se abrió para revelar que la persona al volante era el mismo hombre. Llevaba una anforita. Cuando vio lo que se había hecho a sí mismo, el conductor volvió a su auto y se fue. Luego, el hombre atropellado se levantó y se sacudió la tierra.

Volvió a correr por la calle. De la nada, el mismo auto dobló la esquina y lo arrolló.

—¡POR FAVOR, HAZ QUE PARE!

Christopher recorrió su vecindario con la mirada. Adonde quiera que volteara, encontraba a alguien haciéndose daño. Una y otra vez. Vio a un hombre engañando a su esposa con una de sus vecinas. El hombre y la mujer se estaban besando, con los brazos unidos como velas que se derretían juntas. No podían dejar de besarse.

—¡POR FAVOR! ¡POR FAVOR! ¡HAZ QUE PARE! —gritó la pareja, con sangre corriendo desde sus labios.

Los gritos retronaban en la mente de Christopher. Era como si alguien le hubiera puesto unos audífonos en su cabeza y empezara a subir el volumen hasta el 10. Luego al 11. Y luego al 12. Subiendo y subiendo hasta el infinito. Sentía que el cerebro se le quemaba. Era algo más que una fiebre. Era algo más que un dolor de cabeza. Era algo más que cualquier dolor que creyera posible. Porque no era su dolor. Era el dolor del mundo. Y no tenía fin. La mente de Christopher buscó respuestas entre toda esa locura.

*Estuve aquí durante seis días.*

Observó el paisaje sangrante. La gente buzón estaba por todo el lugar. Trepano por las chimeneas. En las alcantarillas. Por los cables. Rompiendo ventanas y puertas mientras los ciervos olfateaban el suelo ensangrentado. Buscando a Christopher entre las sombras. Entonces escuchó un grito en la casa de al lado.

—¡Basta! ¡Ya no me pegues, mamá! —se decía a sí misma una mujer una y otra vez con voz de niña—. ¡Un niño que no es nalgueado es un niño arruinado! —respondía con su voz de mamá, mientras se quitaba el cinturón.

Christopher sintió los chillidos de la mujer mientras se azotaba a sí misma una y otra vez. El cinturón contra la carne. Christopher acalló su mente tanto como pudo. Sacó los gritos por sus oídos y pensó rápido.

*Tienes que conseguir la llave.*

*Tienes que matar a la mujer siseante.*

*Tienes que salvar al hombre amable.*

Buscó al hombre amable con su mente, pero los gritos volvieron con más potencia que antes. Justo cuando pensaba que la cabeza se le iba a partir a la mitad, se hizo un profundo silencio. Fue como si alguien hubiera apagado la calle. Todos dejaron de moverse, como si fueran robots de Chuck E. Cheese's. Todas las personas buzón. Todos los ciervos. Christopher se puso de pie sobre el

techo de su casa. Esperando. Sin respirar.

*Algo se acerca.*

*¿Qué es?*

De pronto, un sonido conocido rompió el hechizo. El camioncito de los helados rondaba por la calle. Iba tocando una canción, pero sonaba extraña. Como un disco viejo que dejaron bajo el sol.

Alrededor del arbusto  
el chango perseguía a la gente

Él pensaba que era un juego  
¡Chas! apareció la comadreja.

El camión se acercaba más y más. Las puertas de las casas se abrieron y los niños comenzaron a salir. Se tallaban los ojos como topos. Se trataban de proteger de la luz de la luna. Los niñitos llenaron la calle y corrieron hacia el camioncito de los helados. Todos estaban vestidos con estilos distintos. Algunos lucían como en las viejas películas que Christopher veía con su mamá. Niños con boinas y tirantes. Niñas con faldas abombadas. Otros llevaban sombreros amish. Unas niñas estaban vestidas como los pioneros. Todos fueron hacia el camión, cantando con sus lenguas de serpiente.

Un centavo para comprar hilo  
Otro para la aguja  
Porque así se va el dinero  
¡Chas!, apareció la comadreja.

El camioncito de las nieves se detuvo. Todos los niños lo rodearon, clamando por sus postres con gritos de «¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!».

—A ver, niños —dijo la voz—. Paguen.

Christopher vio cómo los niños buscaban en sus bolsillos hasta encontrar dos dólares de plata. Uno por uno, se acostaron en la calle ensangrentada y se pusieron las monedas sobre los párpados cerrados. El heladero estiró su mano de esqueleto quemada para recoger el dinero. Cuando terminó de tomar las monedas, la mano volvió a las sombras del camión y les lanzó paletas, conos y barquillos. Pero no eran de helado.

Eran patas de ciervo congeladas.

Alrededor del arbusto



El chango perseguía a la gente  
Él pensaba que era un juego  
¡Chas!, apareció la comadreja.

La música se volvió más lenta, como si hubiera caído en una trampa para moscas. Los niños envolvieron las golosinas con sus lenguas de serpiente. A algunos les tocaron conos que en vez de cereza tenían un ojo. A otros, helados con chispas espolvoreadas. Pero no eran chispas. Eran pequeños dientes. Y solo un niño no tuvo monedas que darle al heladero.

Era David Olson.

Estaba lejos del grupo. Solo. Christopher nunca había visto un rostro tan triste. David Olson se acercó al resto de los niños y les hizo un gesto pidiéndoles un poco de helado. Los niños lo echaron de ahí. David fue hacia el camioncito, levantando las manos para suplicar por un poco de nieve gratis. La mano esqueleto se asomó para darle un manotazo. Luego, el camión arrancó y se fue por la calle, llevándose consigo esa horrible música.

Un centavo para comprar hilo  
otro para la aguja

Cuando el camión de los helados desapareció, la calle volvió a la vida. Los otros niños rodearon a David y comenzaron a sisearle. Como una manada de lobos acorralando a un ciervo. Los dientes expuestos. Los ojos brillantes. Christopher sintió el miedo de David. El pánico le subía desde el estómago hasta la garganta. Su corazón latía desesperado en el pecho de David.

Pero no había ni una palabra.

Por más que lo intentaba, Christopher no podía leer los pensamientos de David. Cada vez que trataba, le sangraba la nariz y sentía que sus ojos estaban a punto de salirse de su cráneo. La fiebre comenzó sobre su ceja. El sudor corría como la sangre por las calles, oscura y llena de voces.

Sin previo aviso, los faroles se encendieron. La calle parecía un viejo parque de diversiones justo cuando despiertan los engranes y los sonidos de los juegos. La luz iluminó algo entre las sombras.

Era la mujer siseante.

Estaba parada sobre el techo de la vieja casa de David Olson, como una gárgola. Vigilando su reino. Observando la procesión. Los niños caminaban en círculos, seguían a David como el tornado a Dorothy.

—Más te vale que te des prisa, presa.

Los niños hablaron al unísono. Un coro de voces que repetía la misma frase como en una misa de domingo. David les devolvió la mirada y les siseó. Los demás retrocedieron, temerosos y asustados. Pero el miedo solamente acrecentó el placer de su caza. Comenzaron a dar vueltas a su alrededor como en un carrusel, lo empujaban por el camino hacia la calle cerrada. Sus pies llegaron a la orilla de la calle.

*No dejes la calle.*

*Ellos no pueden atraparte si no dejas la calle.*

La mujer siseante los siguió desde los techos. Observando. Esperando. Christopher se preguntó por qué no intervenía, ya que David era su mascota. Pero tal vez todos eran sus mascotas. Quizá David solo era el más pequeño de la manada y ella iba a permitir que los demás lo destrozaran o lo mataran de hambre.

Quizá esa era su versión de una pelea de perros.

*O quizá todo es una trampa.*

*Para David. O para mí.*

Christopher vio cómo David Olson salía de la calle y empezaba a caminar por el campo. Los niños se reían detrás de él. A cuarenta y cinco metros, escondida entre las sombras, Christopher vio a la mujer siseante recorriendo los patios traseros para entrar al bosque de la calle Mission desde otro lugar. Como si estuviera acechando a su presa.

*Más te vale que te des prisa, presa.*

Christopher sabía que quizá todo era una trampa, pero ya no había rastro de pan que seguir. El hombre amable estaba preso en alguna parte. David Olson era el único amigo que le quedaba en ese lugar. Y solo había una salida para todos ellos.

*Tenemos que matar a la mujer siseante.*

*Tenemos que conseguir la llave.*

Christopher se alejó de la chimenea y miró su patio trasero. Los ciervos comían lo que quedaba de carne en los huesos de la gente. Si bajaba, él sería el siguiente plato. Volteó hacia la cabaña de madera al otro lado de la calle. Tendría que saltar muy lejos, pero era su única opción.

Y ya estaba entrenado.

Cerró los ojos y calmó su mente, preparando su imaginación como una bomba de agua. En su imaginación corrió lo más rápido posible hacia el frente de la casa. Puso un pie en la canaleta y saltó. Vio la calle debajo de él, con sangre corriendo a chorros desde la banqueta. Christopher aterrizó en el techo de la

cabaña de madera, abrió los ojos y retrocedió hacia la sombra. Casi se resbaló en las tejas cubiertas de hielo.

Miró el bosque de la calle Mission, que se extendía frente a él. Las ramas se mecían en la brisa como el viento de un domingo. Lentamente, bajó la vista para asegurarse de que el terreno estuviera despejado. Luego bajó por la canaleta, cayó sin hacer un solo ruido, como una pluma, y corrió tan rápido como pudo por el lugar. Le lanzó una última mirada a la calle en la que el carnaval de locura estaba en su apogeo. La gente se lastimaba una y otra vez. Sus gritos caían como árboles en medio de un bosque en el que nadie los escucharía.

Salvo Christopher.

Escuchó por un momento para asegurarse de que no hubiera una trampa detrás de los árboles. Revisó que la daga de plata desgastada siguiera en su bolsillo. Y luego siguió a David Olson al bosque de la calle Mission.

41.1 grados

bIp.

La madre de Christopher estaba afuera del cuarto de su hijo. Sería capaz de romper el cristal con los puños para estar con él. Se prometió que cuando alcanzara los 41.6 grados y su cerebro comenzara a cocerse, lo haría. Pero los camilleros estaban ahí, como dos guardias a cada lado de la puerta. Se rascaban sus sudorosos y febriles rostros. Buscaban una razón para llevársela.

41.2 grados

bIp.

La puerta de entrada zumbó como un nido de avispas y la enfermera Tammy volvió a la sala de terapia intensiva, con el humo del cigarro adherido a su bata como velcro. La madre de Christopher se le acercó mientras se lavaba las manos y luego les untaba una crema dulce que la dejó oliendo a cenicero de lavanda.

—Disculpe, enfermera —dijo la madre de Christopher con tanta cortesía como fue capaz—. Necesito entrar a ver a mi hijo.

La enfermera Tammy se talló los ojos y se asomó por la ventanilla. El doctor negó enfáticamente con la cabeza. Cualquier niño sabría que la respuesta era un NO definitivo. Además de un VENGA PARA ACÁ AHORA MISMO.

—Lo siento, linda —dijo con su acento amable.

Luego, sintiendo lástima por ella, revisó los signos vitales de Christopher a través de la ventana.

—Sé que su temperatura está alta, señora Reese, pero no se preocupe. No se va a morir.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la madre de Christopher.

La enfermera Tammy habló en un susurro, asegurándose de que ninguno de sus colegas pudiera escucharla.

—Porque nadie ha muerto desde hace un mes. Y no creo que Dios retome las muertes con su hijo.

—¿Qué?

—Sí. Nadie se ha muerto desde que encontraron el esqueleto del niño en el bosque. Es un milagro de Navidad.

—Jesús —dijo Ambrose.

La palabra era correcta, pero la expresión de la enfermera Tammy parecía indicar que el tono del anciano le resultaba extraño.

—Sí, señor —dijo, arrugando la nariz—. Alabado sea Jesús.

Luego la enfermera Tammy entró a la habitación de Christopher y los dejó solos en la sala de terapia intensiva. Su silencio tenía un ritmo propio. La mente de Kate Reese inmediatamente pasó de la lucha por la vida de su hijo a algo de mucho mayor alcance. Tomó la silla de ruedas de Ambrose y empezó a dar vueltas por el lugar. La sensación era casi palpable. En las horas que pasaron leyendo el diario de David, el número de personas en el hospital se había triplicado. Ya no quedaban camillas. Tampoco camas. Solo malestar y gritos. Tanta gente enferma. Tantas almas llenas de ira. Rostros sudorosos. Febriles. Con comezón. La comezón no se detendría. El hospital estaba al borde de un amotinamiento.

—¿Se ve tan mal como suena? —preguntó Ambrose desde su silla de ruedas.

—Peor —dijo Kate Reese—. Ella está por todas partes.

*Sé víctima o sé guerrera, Kate.*

Se sacudió el miedo y se concentró. El miedo no le serviría de nada a Christopher. Las acciones sí. Las respuestas sí. Nadie había muerto desde que desenterraron el esqueleto de David Olson. Quizá había alguna respuesta en el diario. Quizá había alguna respuesta en el bosque donde lo encontraron. Y nadie conocía mejor ese bosque que Christopher o...

*El alguacil.*

No supo si las palabras guiaron su mirada hacia la habitación o al revés. Pero Kate Reese se descubrió con los ojos puestos en la habitación del alguacil en terapia intensiva.

—El alguacil —dijo Ambrose, como si su mente llevara tres segundos de retraso respecto a la de ella.

Kate Reese miró a Ambrose. Podía estar ciego, pero estaba perfectamente lúcido. Kate lo llevó en su silla de ruedas hacia la habitación del alguacil. El hombre estaba terriblemente pálido y sus labios temblaban. Incluso dormido. Kate se acomodó junto a su cama y lo tomó de las manos. Esas mismas manos que sudaron en su primera cita. Y ahora estaban heladas. No por el frío, sino por la sangre perdida.

—¿Cómo está? —preguntó Ambrose.

Ella miró las heridas del alguacil, cosidas con manos expertas, aunque apresuradas. Le habían disparado directo al pecho. Una de las heridas de bala estaba justo arriba de su corazón. Pero este seguía latiendo.

—Vivo —respondió ella.

Observó el tubo intravenoso que llevaba la morfina al brazo del alguacil. El mismo brazo que los cirujanos habían tallado con todas sus ganas. Pero aún se alcanzaban a leer algunas palabras que la tinta permanente había conservado.

—Tiene un mensaje en el brazo —dijo Kate.

—¿Qué dice? —preguntó Ambrose.

Kate pasó una mano sobre las palabras como si fueran escritura en braille mientras las leía en voz alta al anciano.

**David Olson—niño. No—duermas. Llama a Carl—AHORA. Herramientas—niños. Piedra—madera. Toda la ciudad—gripe. La última gripe—terminó—David desapareció. David—¿detuvo la gripe? ¿Él nos salvó?**

De pronto escucharon gritos por el pasillo. Un hombre tenía hambre y no entendía por qué las comidas eran solo para pacientes. Podían escuchar los gritos de las enfermeras de «Tranquilícese, señor» y los de «¡Ayuden a mi esposa!» del hombre. Luego se escuchó un golpe metálico contra el suelo y cómo los guardias de seguridad sacaban al hombre entre patadas y gritos.

—Pronto eso nos pasará a nosotros —advirtió Ambrose—. Sigue leyendo.

Kate Reese continuó descifrando cada palabra borrosa sobre el brazo.

**¡Llama a Ambrose! No escuches—la voz—te miente—te hace olvidar. ¡Sabes para qué eran las herramientas! Ve con Kate. Lo que le pasó a David—pasando a Christopher. ¡Corre! Demasiado tarde, alguacil. Los acabo de aplastar con un auto.**

—Tienen que salir de aquí —susurró la voz. Kate Reese casi gritó. Pero la voz era la del alguacil. Intentaba despertar. Su voz apenas se escuchaba—: Aquí no están a salvo. Ya no hay policías.

El alguacil intentó sentarse, pero estaba demasiado débil. Kate le puso una mano sobre la frente y lo acomodó sobre la almohada con un suave «shhh».

—Christopher está en la habitación de al lado. No te vamos a dejar aquí —le aseguró Kate.

El alguacil se rindió y dejó que su cuerpo se hundiera en la cama. La morfina caía como gotas de lluvia sobre un estanque. Tic. Tic. Tic.

—Bobby —susurró ella—. ¿Para qué eran las herramientas?

—¿Qué? —dijo él, con su voz perdida en la morfina.

—Las herramientas —repitió Kate, desesperada—. ¿Para qué eran?

El alguacil tragó saliva con dificultad e intentó controlar el dolor.

—El equipo de construcción encontró herramientas y madera petrificada. Mi amigo Carl hizo los análisis. Hay docenas de casas de árboles. Los niños llevan cientos de años haciéndolas.

—¿Qué significa eso? —preguntó Ambrose.

—Significa que David y Christopher no están solos allí —dijo Kate Reese.

Se quedó pensando en eso. Había otros niños. No sabía si eso era bueno o malo. La voz de Ambrose rompió el silencio.

—¿Todas las casas estaban en el mismo lugar? —preguntó.

—No —dijo el alguacil—. Estaban en distintas partes del bosque. ¿Por qué?

El viejo soldado frunció las cejas bajo sus vendajes.

—Quizá todas están conectadas —comentó—. Quizá ella las usa para construir algo más grande.

41.3 grados.

bIp.

Christopher recorrió el camino de puntitas, inclinándose para esquivar la maleza. Las ramas. De noche no era invisible. No podía hacer ni un solo ruido. La mujer siseante estaba en el bosque. En alguna parte. Christopher vio a David por el camino, a unos noventa metros. Los niños lo tenían rodeado y le daban vueltas entre saltitos y aplausos. Christopher vio las huellas que dejó David. Lodosas y ensangrentadas. Recordó haber seguido unas huellas cuando entró por primera vez al bosque de la calle Mission. La nube le había hecho un guiño. Siguió la nube y luego las huellas y desapareció durante seis días.

*¿Qué hice aquí en esos seis días?*

*¿Qué me hizo ella?*

CRAC.

Una ramita se quebró bajo sus pies. Los niños voltearon a ver y David aprovechó la distracción para salir corriendo. Los niños fueron a perseguirlo.

—Daaavvviid —siseaban.

David agachó la cabeza y corrió más rápido, intentando ganarles a las voces.

—¿Saaaabeeees dóooondeeee estáaaas?

David corrió con todas sus fuerzas. Dos niñas se aparecieron frente a él.

—David, ¡ya regresaste! ¡Te estábamos esperando! ¡Ya casi está terminado!

David gritó y giró rápidamente a la derecha. Christopher hacía todo lo posible por no perderlo de vista. David se subió al puente y se lanzó al agua fría, intentando perder a las niñas. Tres personas buzón salieron del agua, con los cierres de sus ojos abiertos. Gemían e intentaban agarrarlo. David saltó más allá de los dedos estirados de las personas buzón. Pestilentes y podridos. Aterrizó cerca del viejo tronco hueco. El hombre de adentro asomó la cabeza.

—¡Hola, David! ¡Ya casi está terminado!

David saltó por encima del hombre justo cuando dos ciervos salían del bosque. Otros tres llegaron hasta el sendero. David giró a la izquierda. Tres más. David giró a la derecha. Cinco más. David se detuvo. Estaba rodeado.

—¡¿Sabes dónde estás, DavId?!

De pronto salieron docenas de personas buzón de entre las sombras. Abrieron la boca, luchando contra las costuras. Los ciervos se acercaron, mostrando los



dientes. Christopher tomó una piedra. No le importó que eso revelaría su ubicación. Tenía que ayudar a David. Tomó impulso y estaba por aventarla cuando los ciervos se lanzaron contra la yugular de David.

Y fue entonces cuando sucedió.

El momento apenas duró un parpadeo, pero Christopher pudo ver paso a paso con claridad. Vio a David Olson cerrando los ojos. Sintió cómo la mente del niño se quedaba en silencio. Luego sintió electricidad en el aire mientras su mente se llenaba con cosas imaginarias. De pronto, el sonido que lo rodeaba se calló, como si la quietud de su mente lo hubiera absorbido cual esponja. Y no quedó nada más que imaginación. Christopher no podía escuchar los pensamientos de David, pero los conocía por lo que había visto.

David Olson comenzó a volar.

No fue para nada como Christopher lo habría esperado. David no volaba como Superman. No era un superhéroe. Solo era un niño que de pronto estaba en el aire, como suspendido sobre una idea. Con una nube invisible en vez de capa.

Los ciervos se estrellaron unos contra otros y sus cuernos se quedaron trabados.

*Puedes volar como Iron Man.*

Christopher cerró los ojos y calmó su mente. No tenía el nivel de entrenamiento de David, así que no creía que pudiera volar sin el hombre amable cerca. Pero de todos modos intentó imaginarse ingrávido. Intentó verse flotando con el viento como una hoja. O una pluma.

O una bolsa de plástico blanca.

Christopher sintió sus pies elevarse del suelo por un segundo. Intentó mantener el equilibrio como un funambulista en el circo. Pero esa cuerda floja no iba hacia el frente.

Iba hacia arriba.

Con los ojos bien cerrados, Christopher se imaginó moviéndose hacia una rama y luego otra. Trepaba el árbol con su imaginación en vez de con las manos. Se vio sobre las copas de los árboles. Vio los árboles allá abajo, como enormes nubes verdes. La luna llena y brillante y azul. El cielo lleno de estrellas. Y más allá, el espacio tan amplio y vasto como infinito es el tiempo. El profundo océano y la Tierra como una balsa. Las estrellas inmóviles. Las estrellas quietas.

Las estrellas muriendo.

Con su mente, Christopher miró hacia delante y vio a David volando hacia el claro. Christopher se imaginó posando un pie sobre las copas de los árboles. Corriendo sobre ellos como quien anda sobre agua. Cada vez más rápido. Con

las hojas cayendo bajo sus pies como pétalos. La fiebre abandonando su cuerpo como susurros sobre su piel.

*David Olson está...*

*David Olson está... aterrado.*

Christopher sintió cómo David había comenzado a caer más adelante. Se veía exactamente igual que los pájaros que Jerry mataba al vuelo. Pero no fue una bala lo que derribó a David.

Fue algo en el claro.

Christopher abrió los ojos y se escondió entre las copas de los árboles. Se movió lentamente, de rama en rama. Escuchó movimiento abajo, en el sendero. Pies corriendo. Susurros. Llegó a la orilla del claro y se detuvo. Sus ojos buscaron en la tierra alguna señal de David, pero no había nada más que una marca en el suelo, donde cayó. Unas cuantas huellas. Y luego, nada. Christopher levantó la mirada, pensando que quizá David se había echado a volar de nuevo.

Y fue entonces cuando lo vio.

Por un momento, Christopher no entendió qué estaba viendo. Había estado tantas veces en el claro que daba por hecho lo que iba a encontrar. El sendero entre la hierba. El círculo perfecto. Y el viejo árbol marchito que parecía una mano artrítica.

El árbol seguía ahí.

Pero era gigante.

Como dos rascacielos, uno encima del otro.

En la base del árbol, Christopher vio que había una puerta tallada en el tronco. Con una enorme perilla y una cerradura. Cientos de personas buzón montaban guardia a cada lado. Cuidando que no saliera nada. Y que no entrara nada. ¿Era una prisión? ¿Qué era ese lugar?

Christopher se quedó sin aliento. Encontró la casa del árbol que construyó con Special Ed, Mike y Matt. Pero no era la única. Había cientos de casas del árbol colgando de las enormes ramas, como cadáveres balanceándose en sus horcas. Casitas para aves. Una colmena gigante.

Lo miró fijamente, recordó desde algún lugar de sus entrañas que ya había estado antes ahí. Estuvo en una de esas casitas para aves durante seis días. Lo prepararon. Le susurraron. Lo mantuvieron calentito como a un bebé en una incubadora. Como un huevo listo para abrirse.

*¿Sabes dónde estás?*

41.3 grados  
bIp.

La madre de Christopher estaba junto a la cama del alguacil, mirando hacia el otro lado, donde su hijo estaba indefenso en su cama. Con su cerebro a instantes de cocerse. Los guardias de seguridad y los camilleros estaban ahí para evitar que ella entrara. O quizá para evitar que Christopher saliera. Ya no sabía.

El alguacil y Ambrose estaban ahí con ella, en un silencio expectante. Sus mentes daban vueltas. La gente había dejado de morir. La gente estaba enloqueciendo por la gripe. Pero eso no era gripe. Era ella. Había más niños en el mundo imaginario. Los niños estaban construyendo algo. Llevaban cientos de años construyéndolo. Sus casas del árbol estaban conectadas. También la de David. También la de Christopher. Debía haber una respuesta.

—¿Qué dice el diario? —preguntó el alguacil sin fuerzas.

La madre de Christopher lo abrió y sus ojos recorrieron las páginas a toda velocidad.

—Ya lo leímos de principio a fin. Nada —respondió.

—Ni una palabra sobre alguien muriendo, alguacil. Ni una palabra sobre otros niños —agregó Ambrose.

—¿Puedo verlo? —preguntó el alguacil.

La madre de Christopher le entregó el diario. Las pastas de cuero crujieron un poco cuando abrió sus páginas frágiles y borrosas. Ella escuchó el sonido de la morfina líquida goteando en el suero.

Tic. Tic. Tic.

El alguacil pasó las hojas, revisando las palabras a una velocidad que solo un profesional podría alcanzar. Tras unos minutos, volteó a ver a Ambrose.

—David era un niño inteligente, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, señor —dijo Ambrose.

—Entonces ¿por qué su letra está tan mal? No tiene sentido.

Le devolvió el diario a la madre de Christopher, cerró los ojos y se volvió a quedar dormido. Ella lo miró. Estaba tan débil y frágil. No tenía idea quién

estaba moviendo los hilos en ese momento, pero estaba segura de que el alguacil estaba ahí por una razón. Y también Ambrose. Y también ella. Abrió el diario de David Olson de nuevo.

Tic. Tic. Tic.

Estudió el diario una y otra vez. Sin leer las palabras, solo observando la escritura. Esa escritura perturbadora y aterrada.

después De todo, soy dIos.

Tic. Tic. Tic.

—Señor Olson, ¿David siempre tuvo mala letra?

Ambrose lo pensó, luego frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No —dijo—. Se volvió peor cuando empezó a perder la razón.

—Pero no estaba perdiendo la razón —aclaró ella.

Pasó a la siguiente página y estudió esa extraña combinación de mayúsculas, minúsculas, manuscrita y molde.

antes de matar a La mujer sisEante, el soldAdo dijo que teníAMos que hacer una Breve misión de ReconOcimiento...

—¿Qué significa eso, señora Reese? —preguntó Ambrose.

La madre de Christopher sintió de pronto cómo la recorría un escalofrío. Un susurro que rozó su oreja como un insecto. Volvió a la página anterior.

después De todo, soy dIos.

Pasó a la siguiente.

antes de matar a La mujer sisEante, el soldAdo dijo que teníAMos que hacer una Breve misión de ReconOcimiento...

Tic. Tic. Tic.

La madre de Christopher regresó la página y solo observó las letras mayúsculas.

después De todo, soy dIos. antes de matar a La mujer sisEante, el soldAdo dijo que teníAMos que hacer una Breve misión de ReconOcimiento del lugar en el que eStaría Ella... como las QUe hacEn En las películaS de gUerra que le eNcAnTan a ambrose. la seguimos duRante el díA. vi cóMo se Pegaba a lA gente.

Las letras decían... DILE A AMBROSE QUE ES UNA TRAMPA

Christopher se acercó al árbol.

En lo profundo de su alma, sabía que ya había estado ahí antes. Lo tuvieron en una de esas casas del árbol durante seis días, colgando como adorno navideño en una enorme rama. ¿Qué hizo ahí? ¿Qué le hizo ella?

*¿Sabes dónde estás?*

Christopher examinó el árbol, buscando a David. Lo recorrió con la mirada desde el suelo hasta cada una de las ramas. Casa por casa. Una verde. Una azul. De diferentes colores. De diferentes estilos. De diferentes eras. Un tipi junto a una casa clásica junto a una granja miniatura junto a...

La de la puerta roja.

Le parecía tan conocida. ¿Por qué? ¿Fue ahí adonde se lo llevó la mujer siseante? Christopher al fin encontró a David Olson escondido entre las sombras, sobre el techo de la casita de la puerta roja. Parecía exhausto. La nariz le sangraba como si su propia imaginación lo exprimiera como una esponja. Christopher recordó todas las veces que salió del mundo imaginario. Cómo cada poder del mundo imaginario se convertía en dolor en el real. Recordó también la advertencia del hombre amable.

*El poder tiene un precio.*

Miró a David Olson a punto de agotarse, como una batería. Para David, ese era el lado real. Para David, ese era el único lado. David se fue lentamente hacia la ventana. Los ciervos y la gente buzón se movían abajo. Christopher vio que David abría las cortinas.

El hombre amable estaba dentro de la casa del árbol.

Estaba herido y maltrecho. Tirado en el suelo. Inconsciente. David se acercó más a él. Y de pronto un terrible chillido atravesó el claro. El bosque cobró vida a su alrededor. Las estrellas brillaron sobre las nubes. El cielo ardió y cuando las nubes se separaron, la luna iluminó el claro con su deslumbrante luz blanca. Fue entonces cuando Christopher la vio.

Era la mujer siseante.

Cruzó el claro rodeada de niños que chillaban como cerditos pidiendo leche. Los llevó hacia el enorme árbol. Christopher vio cómo la llave brillaba a la luz

de la luna. Esa llave que seguía enterrada bajo la piel de su cuello.

*Tenemos que matar a la mujer siseante.*

*Tenemos que conseguir la llave.*

—¡Davvvviiddddddd! —gritó la mujer.

Christopher sintió cómo David Olson volteaba en su sitio, aterrado. Cualquier plan de ayudar al hombre amable quedó inmediatamente cancelado. David se alejó de la casa del árbol con la puerta roja y corrió hacia las profundidades del bosque para esconderse.

Ya solo Christopher podría salvarlo.

*Puedes ser más valiente que el Capitán América.*

Christopher cerró los ojos y se imaginó corriendo. Con sus pies sobre las copas de los árboles, tirando hojas. Nunca en su vida había avanzado tan rápido. Ni siquiera en la carretera. Se vio corriendo hacia el enorme árbol rodeado por los ciervos y la gente buzón. No podía hacer ni un sonido o lo verían. Si saltaba con todas sus fuerzas, quizá podría lograrlo. Si fallaba y, en vez de caer en el árbol, aterrizaba en el claro, lo harían pedazos. Avanzó más y más rápido. El claro estaba frente a él. Un paso. Dos pasos. Tres pasos.

Saltó.

En su mente, Christopher volaba sobre el claro como lanzado por una resortera. Estiró su cuerpo lo más que pudo. Vio una rama baja del enorme árbol frente a él. Extendió sus dedos. Podía sentir cómo le crujían los nudillos.

Christopher se aferró de la rama con sus dedos y abrió los ojos.

Se dislocó un nudillo y quiso gritar, pero se aguantó el dolor. Levantó la otra mano y se impulsó para quedar bien asentado sobre la rama. Luego se reacomodó el dedo dislocado.

Bajó la mirada. La mujer siseante estaba abajo y vio cómo caían las agujas de pino a su alrededor. Levantó la vista, le sonrió a Christopher y luego volteó hacia los niños que estaban junto a ella con las cabezas agachadas.

—Ahí está. Suban —susurró.

Los niños comenzaron a trepar.

Christopher tenía que llegar con el hombre amable. Subió tan rápido como pudo, con todo y el dolor de sus dedos. Se jaló a la siguiente rama. Escuchó unos gritos desde la casa del árbol de al lado. Se asomó por la ventanita de la puerta verde y vio a una mujer poniéndose una horca al cuello. La mujer lo miró directamente a los ojos y luego se lanzó hacia él. «¡Ayúdame!», gritó, justo cuando la horca le tronó el cuello. En segundos, ya estaba poniéndose de nuevo la horca para repetir todo una vez más.

Christopher miró hacia abajo. Vio a los niños riendo mientras trepaban. Estaban a treinta ramas de él. Extendiéndose por todo el árbol como arañitas recién nacidas. Christopher obligó a sus dedos adoloridos a trepar. Rama tras rama. Casa tras casa. Vio a un hombre a través de una mirilla. El hombre se acuchillaba una y otra vez. «¿Quién se ríe ahora, perra?!», se gritaba a sí mismo. En la siguiente casa, vio a otro hombre comiendo una enorme rebanada de pastel. El tipo no podía detenerse. Solo siguió masticando y masticando hasta que su quijada se rompió y toda su boca se quedó sin dientes. Pero el pastel no se acababa. «¡Haz que pare! ¡Por favor!».

*¿Sabes dónde estás?*

Su mente estaba dando vueltas. Había algo que le resultaba familiar en todo eso. ¿Qué era ese lugar? ¿El hogar de la mujer siseante? ¿Su cárcel? ¿Su zoológico?

Christopher llegó a la casita con la puerta roja. El hombre amable estaba inconsciente en el suelo. Christopher intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con seguro. Se dirigió a la ventana. Estaba cubierta de barrotes de prisión.

—¡Señor! ¡Despierte!

Los niños estaban a veinticinco ramas de él.

El hombre amable se movió. Christopher metió las manos entre los barrotes y tomó la mano del hombre amable. El calor se encendió en su mente y le dio toda su energía al hombre amable en una sola descarga. Fue como electricidad.

El dolor llegó al instante.

Fue llenando a Christopher mientras sostenía la mano del hombre amable, intentando revivirlo.

*¡Señor! ¡Despierte, por favor!*

Christopher envió sus pensamientos hasta lo más profundo de la mente del hombre amable. Intentando encenderlo como a un auto viejo.

*¡Tenemos que matar a la mujer siseante!*

Sintió el corazón del hombre amable. Latía lentamente y luego más rápido. Y más.

*¡Yo no puedo matarla solo! ¡Por favor!*

De pronto, los párpados del hombre amable se movieron. Se obligó a abrir los ojos y se levantó de un salto.

—Es una trampa, Christopher. ¡Corre!

—¡No! ¡No lo voy a dejar aquí!

—¡Tienes que hacerlo! ¡Tienes que matarla antes de la medianoche!

Christopher miró hacia abajo. Los niños estaban a quince ramas de él.

—¿Puede liberarse? —susurró Christopher, casi sin aliento.

El hombre amable corrió a la puerta. Era imposible abrirla.

—No. ¡Tienes que matarla sin mí! ¡Consigue la llave! —ordenó el hombre amable, empujándolo para que se fuera—. ¡No puedes dejar que te atrapen! ¡Vete!

Christopher miró hacia abajo. Los niños iban subiendo por el árbol como ratas. No tenía más opción. Debía escapar. Dejó al hombre amable y siguió trepando hasta la copa del árbol. Hasta que ya no había adónde ir.

Salvo a su propia casita.

Estaba ahí, sobre las demás. En lo más alto. Como el ángel en un árbol de Navidad. ¿Cómo se movió? ¿Se movió? ¿Qué era ese terrible lugar?

*¿Sabes dónde estás?*

Los niños gimieron, estaban casi a sus pies. Christopher tomó la perilla de la casa del árbol. Abrió la puerta y echó un vistazo al interior. Pero no se veía como siempre.

Parecía el antiguo baño de Christopher.

Lentamente, se llenaba de vapor.

Alguien estaba en la tina, perdido en la nube.

—Hola, Christopher —dijo la voz.

Sonaba exactamente como su padre.



QUERIDO AMBROSE:

ESPERO QUE VEAS ESTO. TENGO QUE ESCONDER ESTE MENSAJE PORQUE TODO EL TIEMPO ME ESTÁN VIGILANDO. Y A TI TAMBIÉN. Y A TODOS. PERO NO ES

LO QUE CREES. ES MUCHO PEOR. NO PUEDO DECIRTE LO QUE HEMOS AVERIGUADO QUE ESTÁ PASANDO AQUÍ PORQUE SI LO HICIERA NOS DESCUBRIRÍAN Y TE TORTURARÍAN PARA SIEMPRE. TE DIJE LO QUE NECESITAS SABER EN EL ÚNICO LUGAR QUE SÉ QUE NO ESTÁ VIGILADO.

SOLO TÚ SABES DÓNDE ES ESO. SOLÍAS ESCONDER REVISTAS AHÍ. POR FAVOR, VE AHÍ AHORA MISMO, AMBROSE. PORQUE SI ESTÁS VIENDO ESTO, SIGNIFICA QUE EL MUNDO SE VA A ACABAR. Y SI NO ERES AMBROSE, POR FAVOR, DILE QUE ENCONTRASTE A SU HERMANITO DAVID. DILE A AMBROSE QUE ES UNA TRAMPA. PERO EL PRÓXIMO NIÑO NO TIENE QUE MORIR. EL MUNDO NO TIENE QUE ACABARSE. ASÍ QUE CORRE. POR FAVOR.

¡YA NO QUEDA MÁS TIEMPO!

DAVID OLSON

La madre de Christopher sostuvo el diario descifrado entre sus manos temblorosas. Luego volteó hacia Ambrose y bajó la voz hasta hablarle en un susurro desesperado.

—Señor Olson, ¿dónde...?

Pero el viejo soldado iba un paso por delante.

—Escondía las revistas bajo el librero de David —dijo.

—¿Dónde está el librero ahora?

El anciano frunció el ceño. Pensando. La madre de Christopher se asomó al pasillo. Los camilleros los observaban con desconfianza. Entraron a la habitación del niño para discutir algo con los doctores.

41.4 grados

bIp.

—POR FAVOR, SEÑOR OLSON —suplicó ella—. ¿DÓNDE ESTÁ EL LIBRERO?

—No lo sé. Lo vendí.

—¡¿En dónde?!

Cuando el personal médico al fin terminó su reunión, el doctor se volteó hacia la madre de Christopher. Les susurró algo a los guardias de seguridad. La luz los hacía verse como fantasmas. Pálidos y verdosos. La miraban fijamente. En ese

momento, ella se sintió tan paranoica como su esposo la noche en que murió.

*¡Puedo escuchar voces, Kate! ¡Haz que paren!*

Los guardias de seguridad asintieron y salieron de la habitación de Christopher para ir con su madre.

—Una tienda de antigüedades —dijo Ambrose como si de pronto hubieran encendido un foco—. David arruinó el librero, pero la dueña de la tienda había conocido a mi madre, así que lo aceptó por cortesía.

—¿Por qué? ¿Cómo lo arruinó?

—Lo cubrió con un tapiz de patos.

La madre de Christopher no pudo decir nada. El único sonido en la habitación era la morfina del alguacil goteando en el suero con su tic tic tic.

—Señor Olson —susurró—, ¿se quedaría con Christopher mientras yo no esté?

—Claro —respondió él, confundido—. ¿Por qué?

—Sé dónde está el librero.

La madre de Christopher miró a su hijo, al otro lado del pasillo. Su pobre cuerpo en ruinas. Su pobre mente febril. Al paso que iba, su cerebro alcanzaría los 41.6 grados y comenzaría a cocerse durante la medianoche. Y la respuesta estaba al otro lado del pueblo.

*«Puedes llevarte el librero que quieras. ¿Por qué quieres ese, cariño?».*

*«Porque huele a guantes de beisbol».*

El librero estaba en la habitación de su hijo.

La figura en la bañera se incorporó, escondida entre las nubes de vapor.

Christopher se quedó inmóvil. Echó un vistazo por el baño. Era exactamente como él lo recordaba. El espejo empañado. El olor a Noxzema en su piel. La camisa de su padre sobre el lavabo. El aroma a tabaco.

—¿Sabes dónde estás? —preguntó la voz.

Christopher no podía hablar. Negó con la cabeza. No.

—¿Quieres saber?

Christopher asintió. Sí.

—Bueno, pero es un secreto. Podría meterme en problemas. Ven. Te lo voy a susurrar.

Christopher no se movió.

—No tengas miedo, cariño. Yo nunca te haría daño. Ven.

La figura le dio unos golpecitos a la bañera, y la sangre corrió desde sus muñecas por la porcelana y se formaron unos diminutos ríos rojos. Christopher quería salir corriendo, pero sus pies se movieron sin él. Comenzó a caminar. Hacia el vapor. Hacia las nubes.

—Eso es, cariño. Ven con tu papá. Pronto todo tendrá sentido.

Christopher dio un paso tímido. Y otro. Y otro más. La figura estiró una mano hacia él. Estaba cálida y suave, y tenía manchas de tabaco entre los dedos.

—Eso es, Christopher. Ven a darme un abrazo.

Christopher sintió una mano sobre su hombro. La figura lo envolvió como una manta.

—¿Dónde estoy, papi? —preguntó. Estaba tan cerca que podía oler el tabaco en su aliento.

—Estás lejos de la calle.

Christopher miró hacia la tina mientras las nubes se abrían para mostrarle una figura sonriente.

Era la mujer siseante.

41.5 grados

bIp.

La madre de Christopher miró a su hijo a través de la ventana, luchando por su vida al otro lado del pasillo. Tenía que ayudarlo. Tenía que salvarlo. Tenía que conseguir el mensaje que David Olson dejó en el viejo librero que ahora ella tenía en su casa.

Pero Mary Katherine había destruido su auto.

Dos guardias de seguridad llegaron corriendo por el pasillo y abrieron la puerta de la habitación del alguacil. Se rascaban las caras enrojecidas, hinchadas y sudorosas, mientras bloqueaban la entrada. Una enfermera que la madre de Christopher no había visto antes entró a la habitación detrás de ellos.

—¿Está todo bien, señora Reese? —preguntó la enfermera.

—Sí. Todo bien —mintió.

La enfermera sonrió y tosió por la gripe que no era gripe. Miró fijamente a la madre de Christopher durante demasiado tiempo.

—¿Qué está leyendo? —preguntó.

La pregunta se quedó sin respuesta durante un tenso segundo. La enfermera se rascó el brazo.

—Me da un poco de pena —dijo Ambrose—. Está leyendo una colección de cartas de mi difunta esposa. Algunas son un poco atrevidas. Si quiere, usted puede leérmelas en voz alta. La señora Reese iba a traerme algo de mi auto.

Entonces, Ambrose buscó en su bolsillo, sacó una llave y la alzó.

—Recuerda dónde lo estaciono siempre, ¿verdad? El Cadillac maltratado de la esquina. Rayado y magullado, como yo.

—Sí, señor Olson —dijo la madre de Christopher.

—Bien. Yo me quedaré con Christopher mientras usted no está.

Le entregó la llave a cambio del diario de su hermano.

—Gracias, señor Olson.

—No. Gracias a usted, señora —respondió el viejo soldado.

La madre de Christopher tomó la llave del auto, salió de la habitación y se

abrió paso entre los desconfiados guardias de seguridad. Fue directo a la puerta de terapia intensiva para esperar a que le abrieran. El dolor en sus costillas estaba creciendo. La medicina iba perdiendo efecto, pero ya no había tiempo para eso.

*Vamos. Ábrete, maldita sea.*

Se dio la vuelta y vio que la enfermera llevaba a Ambrose en su silla de ruedas hacia la habitación de Christopher. Su hijo seguía inmóvil en la cama.

41.6 grados.

bIp.

La puerta zumbó como un enjambre de langostas y la madre de Christopher salió corriendo de terapia intensiva.

La señora Henderson sintió un escalofrío en su interior. Una horrible brisa helada que la recorría desde adentro. Como un dolor de dientes. Sabía que ya iba retrasada. Era inaceptable. La voz se lo dijo.

*Inaceptable.*

La señora Henderson apresuró su paso. Cruzó junto a los bulldozers y grúas de la Constructora Collins, que estaban ahí sin moverse, como su esposo en el hospital. Enormes pedazos de metal como los que mantenían con vida a ese bastardo. Los doctores no tenían idea de por qué no había muerto, pero ella sí. Sabía qué significaba todo eso. Sabía lo que estaba por llegar. Para todos. Especialmente para Christopher.

Estacionó el auto del alguacil y entró al bosque de la calle Mission.

Nunca había estado ahí, pero sabía exactamente adónde ir. La voz se lo dijo. A la izquierda en el árbol. A la derecha en la roca.

*Siga derecho por el sendero, señora Henderson.*

Ella observó la tierra y encontró huellas de distintos tamaños. Todas iban al mismo lugar. A ese mismo sitio al que ella se dirigía.

*Apúrese. Tiene que apresurarse.*

La señora Henderson convenció a sus piernas cansadas de echarse a correr. Era ligeramente incómodo porque cada paso le lastimaba la herida en su espalda, que seguía abierta. Pero, como dicen los chicos, sin sacrificio no hay beneficio. Sus botas de montaña le abrían paso entre la nieve y el lodo. Cruzó corriendo el túnel de la mina y pasó junto a una docena de ciervos que saltaron detrás de ella como cachorritos. La voz sonaba cada vez más fuerte en su cabeza.

*Apúrese. Ya no queda mucho tiempo.*

La señora Henderson se detuvo al llegar al claro.

Era tan hermoso. Más hermoso que su esposo esperándola en el altar el día de su boda. Más hermoso que sus votos. Y que su noche de bodas. La señora Henderson nunca había visto nada tan hermoso en toda su vida. Había un espléndido árbol antiguo y la casita del árbol más hermosa sobre sus ramas.

Había cientos de personas alrededor del árbol.

En silencio, como en la iglesia.

A algunas de esas personas las conocía por la escuela, como a la señorita Lasko, a Brady Collins y a Jenny Hertzog. Otros eran antiguos estudiantes que habían dejado de ser niñitos adorables para convertirse en cuarentones calvos en un parpadeo. Pero había más personas a las que no conocía. Rostros que quizá vio alguna vez en la tienda o en la gasolinera o durante su breve estancia en la cárcel. Pero era como si los conociera a todos. Así de cómoda se sentía.

Así de cómodos se sentían todos.

La señora Henderson recorrió el claro y la multitud le abrió paso como el mar Rojo. Todos los rostros la miraron. Todos sonrieron. Estaban tan felices de estar juntos. Era un día glorioso. Ya no había dolor ni sufrimiento. Nunca, en toda su vida, la señora Henderson había visto un espíritu navideño tan hermoso.

La bibliotecaria se acercó a la señorita Lasko. Ambas mujeres se sonrieron y se saludaron con un movimiento de cabeza antes de reírse por su formalidad innecesaria. Luego se abrazaron como si fueran hermanas perdidas. Y a decir verdad... ¿qué no lo eran? ¿No lo eran todos? La señora Henderson siguió abrazando a la señorita Lasko, luego cada una puso una mano en los hombros de los más pequeños, Brady Collins y Jenny Hertzog. Todos se sintieron mucho mejor. En un momento, se les ocurrió la misma idea.

*Al fin alguien me entiende.*

La señorita Lasko sabía que ya no necesitaba sentirse sobria al igual que Brady Collins sabía que no necesitaba dormir en la casa para perro al igual que Jenny Hertzog sabía que ya no necesitaba desnudarse ante su hermanastro. Y si alguien decía lo contrario, pues la comunidad podía imponerse, ¿verdad? Si interferían algunas personas horribles, como la madre de Christopher o sus amigos o el alguacil o Ambrose Olson, podrían apuñalarlos una y otra vez. El grupo se desharía de cualquiera que no lo entendiera. Y cuando llegara la guerra, ellos ganarían.

Porque los buenos siempre ganan las guerras.

Todos se hincaron y pusieron sus manos en el árbol, que estaba calientito como el trasero de un bebé. La serenidad que sentían era distinta a todo lo que conocían. El lado fresco de la almohada mezclado con un baño caliente. En un momento, todos se curaron de la fiebre. Dejaron de sentir la comezón en sus brazos. Al fin estaban en paz. La calma antes de la tormenta.

La paz antes de la guerra.

—Es hora —dijo la señora Henderson y tomó su maleta.

Sintió el cuero suave entre sus manos. El cierre frío se abrió como vértebras quebrándose. Abrió la bolsa y sacó el afilado cuchillo de carnicero.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Brady Collins.

—Claro, Brady. Gracias. Qué amable eres. Tu abuela debe estar muy orgullosa de ti. ¿Por qué no haces guardia?

Brady Collins sonrió y sacó su pistola. Comenzó a caminar de un lado a otro para protegerlos de Special Ed, pues sabía que estaba escondido en alguna parte del bosque.

—¿Yo también? —preguntó Jenny Hertzog, emocionada.

—Pero, claro, Jenny. Por eso estás aquí, linda.

Jenny sonrió con orgullo y se acercó a la maleta. Sacó una docena de agujas de coser y tanto hilo negro como cupo entre sus bracitos. Luego la señora Henderson volteó hacia la congregación y observó los animados rostros.

—¿Mi hermanastro puede ser el primero? —preguntó Jenny Hertzog en voz baja.

—¿Estás segura de que no quieres dejarlo para el último? —dijo la señora Henderson.

—Sí, señora.

—Muy bien. Scott... pasa al frente.

El hermanastro de Jenny hizo lo que se le ordenó con una sonrisa.

—¿Sí, señora? —dijo, animado—. ¿Qué puedo hacer?

—Puedes sentir todo lo que le has hecho a Jenny por el resto de la eternidad y nunca nadie lo detendrá, desgraciado. ¿Qué te parece?

—Súper —dijo él.

Scott asintió en su trance y su hermanastra Jenny enhebró una aguja con el hilo negro y se la entregó a la señora Henderson. La anciana le dio unas palmaditas cariñosas en la cabeza y luego se acercó a Scott. Con la mano izquierda le apretó los labios y con la habilidad de la derecha comenzó a cosérselos como aprendió en su clase de economía doméstica.

Mientras le cosía los labios a Scott, ni siquiera podía escuchar los desgarradores gritos bajo el ruido blanco de su propia cabeza. La señora Henderson sonrió, bailando al ritmo de un recuerdo. Eran tiempos más simples, aquellos en los que las niñas llevaban clases de economía doméstica y los niños tenían talleres. Cuando los hombres eran fieles a sus esposas y ni pensaban en el divorcio. Cuando los viejos tiempos eran los nuevos y buenos tiempos. Eso era mejor. Y las cosas volverían a ser así. La vocecita se lo prometió. Esta vez, su esposo la respetaría. Esta vez, su esposo la apreciaría.

Ella solo tenía que hacer su trabajo.

Y preparar a los demás para los suyos.



Mientras cosía, miró la casa del árbol. Una casita muy hermosa. Su esposo estaba al otro lado de esa puerta. Casi podía escucharlo susurrando.

«Cariño, tomemos unas vacaciones».

«¿Qué?», preguntó ella, sorprendida.

«Quiero pasar un tiempo con mi esposa. Ojalá hubiera empacado una maleta».

«Yo tengo una. ¡Tengo una maleta! La escondí en la biblioteca. ¡La traje conmigo! ¡Aquí está!».

«Eres la mejor esposa que alguien podría desear».

Esta vez podrían echar la maleta en la cajuela del auto de su marido e irse. No importaba adónde. Porque ella era joven de nuevo. Su cabello era rojo. Su cuerpo era hermoso. Y sabía que viviría eternamente en ese día. Quizá ni siquiera tendría que acuchillarlo.

«¿Adónde iremos, cariño?», preguntó ella al fin.

«A la casa del árbol, claro. Es hermosa».

La señora Henderson estaba tan perdida en las fantasías de su nuevo futuro que ni se dio cuenta de que ya casi terminaba de convertir a Scott en una persona buzón.

—Scott, hoy es Nochebuena. El árbol está muy simple. Deberíamos ponerle algunos adornos —dijo la anciana.

Jenny le entregó a Scott una soga que la señorita Lasko cortó al tamaño correcto con el cuchillo de carnicero. Scott tomó la cuerda y se subió al árbol por los dientes de bebé de 5 x 10. Llegó a la primera rama y avanzó hasta la orilla. Luego ató la soga a la rama y se amarró el otro extremo al cuello. Al saltar, su cuello tronó como un hueso de la suerte, pero no murió. Como la señora Henderson sabía que pasaría. Nadie moriría nunca.

—¿Cuándo podré ahogarlo en un charco? —preguntó Jenny.

—En cuanto ganemos la guerra, Jenny —dijo la señora Henderson, y sonrió—. ¡Siguiente!

La señora Henderson miró al guardia de seguridad de la Constructora Collins, quien pensó en todas las horas extras que le pagarían por cuidar la propiedad tan tarde en la víspera de Navidad. Mientras la anciana le cerraba los párpados con estambre negro, no escuchó los gritos bajo el sonido de sus propios pensamientos llenos de ansiedad. Si toda su vida como educadora pública le había enseñado algo era a sacarle el mayor provecho a todo lo que tuviera. Observó a los cientos de personas que esperaban a que las convirtiera en gente buzón. Le habría encantado coserlos a todos a mano como lo hizo con Scott, pero ya no tenían tiempo para eso. La medianoche se acercaba. Tenían que estar

listos para el sacrificio de Christopher, por lo que sería necesario delegar y que las personas se cosieran sus propias bocas y ojos mientras la señorita Lasko, Jenny y Brady entregaban las agujas, los cierres, el estambre y el hilo.

*Porque si no, nunca voy a terminar de coser todo esto.*

—¡Siguiente!

La mujer siseante se levantó de la bañera. Estaba desnuda. Cubierta de agujeros de bala, heridas de cuchillo y quemaduras. Christopher gritó. Corrió a la puerta. La mujer siseante pisó las losas húmedas del suelo. Christopher tomó la perilla. Cerrada con seguro.

Todo era una trampa.

La mujer siseante tomó a Christopher por la espalda. Lo levantó mientras él se retorció como un pescado. Ella abrió la puerta con una patada y lo aventó a la rama. Christopher intentó irse, pero sus manos estaban pegadas al árbol como si fuera una trampa para moscas.

Christopher miró hacia atrás mientras la mujer siseante salía de la casa del árbol. Se puso su mejor vestido de verano, manchado de sangre y hecho jirones. Luego cerró la puerta detrás de ella. Observó a Christopher con sus ojos de muñeca muerta.

—Chrisstopppheerrrr. Esss hoooraaaaaaaaa —dijo.

La mujer siseante recorrió lentamente la rama hacia él. Christopher gritó.

—¡NO! ¡POR FAVOR!

La mujer siseante sonrió y lo agarró de las orejas. Lo envolvió con sus brazos y bajó deslizándose por el tronco cual serpiente.

S

S

S

S

S

S

S

S

Christopher bajó la mirada hacia el claro. Todo el ejército estaba ahí. Lo observaban en silencio. La mujer siseante seguía deslizándose hacia abajo. Pasaron junto a docenas de casas del árbol. Todas las puertas estaban cerradas. También las cortinas. Christopher no podía ver lo que había adentro, pero sí escuchaba las voces. Eran risas de niños. Una perilla comenzó a girar.

—Aún no. Vamos a sorprenderlo —susurró la vocecita.

La perilla dejó de girar. La mujer siseante siguió descendiendo. Pasaron junto a otra casa. Una con la puerta rosa. Christopher escuchó una respiración detrás de él.

—Será una gran mascota —susurró una niña.

Sus uñas arañaron la puerta como si fuera un pizarrón de escuela. Pasaron junto a otra casita con cortinas blancas y azules como el vestido de Dorothy.

—¿Sabe dónde está? —susurró una voz de hombre.

—Pronto lo sabrá —le respondió la voz de una mujer.

La mujer siseante aterrizó al pie del árbol. Justo enfrente de la enorme abertura en el tronco gigante. Le lanzó una mirada triunfal a su ejército y levantó los brazos de Christopher. La multitud rugió como si estuvieran en Times Square en la víspera de Año Nuevo. Christopher escuchó tambores en la distancia. Cuatro personas buzón lo tomaron de las piernas y brazos, y lo pusieron contra el árbol. No era corteza. Era carne. Sudorosa y cálida. Christopher comenzó a gritar.

—¡Por favor! ¡No me mate! ¡Por favor!

—No te voy a matar —dijo la mujer siseante, como si nada.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Christopher, aterrado.

—Eso no te lo puedo decir —respondió ella con una sonrisa.

La mujer siseante enterró sus largas y sucias uñas en su propia carne y se arrancó la llave del cuello. Luego hundió una mano en la carne del árbol. Parecía que estaba metiendo la mano a un procesador de basura. Sangre. Y carne. Encontró la cerradura dentro de la piel podrida del árbol. Dio la vuelta a la llave y abrió la cerradura con un...

Clic.

Un coro de gritos estalló entre las personas en las casitas del árbol. Las voces se enterraron en la mente de Christopher. Sus ojos revisaron el claro buscando una salida. La gente buzón protegía todas las rutas de escape.

—¡Es hora! ¡Es hora! —cantaron las voces.

La mujer siseante se guardó la llave en el cuello como quien hunde una mano en cemento fresco. En un instante su carne sanó y la llave quedó protegida de nuevo. Abrió la puerta y una luz emanó desde el interior del tronco. Christopher miró la luz. Era cegadora. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—¿Qué es este lugar?! ¡¿Dónde estoy?! —gritó.

—Pensé que te acordarías —dijo la mujer siseante.

Christopher podía sentir la energía del árbol. La estática de un millón de globos. Recordó las huellas. El árbol que se sentía como carne. Lo recordó.

Estuvo seis días en ese árbol. Lo prepararon ahí. Lo incubaron. Lo hicieron inteligente. Lo dejaron sobre la copa de aquel árbol para que lo absorbiera todo.

Pero nunca había estado en su interior.

—Christopher —dijo ella—. Esto es por tu bien.

La mujer siseante lo llevó hacia la luz, que no lo dejaba ver nada. Del interior del árbol salía vapor como nubes blancas. Christopher gritó, se negaba a avanzar. Arañaba. Daba manotazos. La mujer siseante lo tomó de las piernas. Pateaba. Él podía oler cosas dentro de la luz. Una cocina. Cuchillos oxidados. El agua en la tina de su padre. El olor a hospital.

—¡NO! ¡NO! —gritó.

Christopher enterró sus manos en la carne del árbol, que estaba tan caliente como piel febril. La mujer siseante se las sacó. Él se retorció para soltarse y atoró un pie en cada lado de la puerta. La gente buzón se lanzó contra él. Christopher resistió con todas sus fuerzas y logró alejarlas. Era demasiado poderoso para ellas. La mujer siseante tomó al niño entre sus manos, llenas de cicatrices. Raspaban como lijas. Lo apretó contra su cuerpo y pegó su rostro al suyo hasta que sus narices casi fueron una sola. Lo miró directo a los ojos. Furiosa y enloquecida.

—¡¡¡es hora!!!

Christopher miró el claro y vio cómo se iban apareciendo docenas de huellas. Las personas eran invisibles para él, pero ahí estaban. Podía sentirlos. La gente del pueblo del lado real. Les estaban cosiendo los ojos. Los estaban convirtiendo en gente buzón. El mundo gritaba de dolor. Era insoportable. Los mundos se estaban uniendo. El imaginario y el real. El cristal estaba por quebrarse.

Christopher miró al cielo y vio las estrellas fugaces. Constelaciones que se deshacían como un rompecabezas que hubiera caído al suelo, quebrándose en millones de pedazos. Faltaban seis minutos para la medianoche. Seis minutos para Navidad. Christopher cerró los ojos. Calmó su mente. Y susurró:

—Por favor, Dios. Ayúdame.

De pronto, Christopher vio una luz que se acercaba por el horizonte. El rostro en la nube. Tan grande como el cielo. En un instante, Christopher sintió que una enorme tranquilidad le llenaba el cuerpo. Era como si alguien hubiera presionado el botón de SILENCIO a su alrededor. Ya no había más gritos. Solo quedaba el sonido de su propio corazón. Los pitidos de las máquinas de hospital. Y una voz en el viento.

—Christopherrrr —susurró el aire.

La mujer siseante lo empujó. Christopher sintió cómo su pie izquierdo cruzaba

hacia la luz.

—No vayas hacia la luz, Christopher. Lucha contra ella —dijo el susurro.  
*No puedo. Es demasiado fuerte.*

Christopher sentía los brazos tan cansados. Su pie izquierdo cruzó hacia la luz. Solo quería dormir. Tenía tanto sueño.

—¡Tienes que matarla antes de la medianoche! —gritó el viento.  
*No la puedo matar yo solo.*

—Sí, sí puedes. Una pesadilla no es más que un sueño que se enfermó. ¡Dilo, Christopher!

—Una pesadilla no es más que un sueño que se enfermó —dijo Christopher en voz alta.

Christopher vio el movimiento en los ojos de la mujer siseante.

—¿Con quién estás hablando?! —preguntó ella.

—¡Dilo de nuevo! —susurró el viento.

—Una pesadilla no es más que un sueño que se enfermó —gritó Christopher.

—¿Con quién estás hablando?! —gritó la mujer siseante una y otra vez, pero Christopher no podía escucharla.

Los gritos desaparecieron y solo quedó el silencio. Solo quedó la paz. El aire estaba fresco y agradable. Christopher solo escuchaba el susurro del viento.

—¡Y en un sueño puedo hacer lo que sea! —dijo el viento.

—Y en un sueño puedo hacer lo que sea —repitió Christopher.

—Porque aquí... —dijo el viento.

Christopher cerró los ojos. En su mente se imaginó buscando a tientas en la oscuridad detrás de sus párpados hasta encontrar el interruptor. Encendió la luz y ahí, frente a él, encontró más que conocimiento. Encontró poder. Puro y furioso. Christopher abrió los ojos y miró a la mujer siseante. Vio el movimiento en sus ojos. Estaba aterrada.

—... soy Dios —dijo Christopher.

Con todas sus fuerzas, empujó a la mujer siseante, que salió volando por el aire. Cayó en una orilla del claro, a lo lejos. Los ciervos y la gente buzón lo vieron todo, atónitos. Christopher se miró las manos como si fueran de alguien más. No podía creer su propia fuerza.

La mujer siseante se incorporó, llena de rabia. ¿O era sorpresa? Los ciervos y la gente buzón voltearon a ver a Christopher. Mil ojos sobre él. Furiosos porque lastimó a su reina. Pero Christopher ni se inmutó. No corrió. No se escondió. Solo metió una mano en su bolsillo y sacó la vaina de cuero. La abrió para extraer la daga de plata desgastada.

—No estás en la calle —dijo Christopher tranquilamente.

Miró la llave encarnada en el cuello de la mujer siseante y luego alzó la daga sobre su cabeza y se lanzó contra ella.

La madre de Christopher corrió por el pasillo. Tardó quince minutos en llegar a Shady Pines, donde Ambrose tenía su viejo Cadillac. Quince minutos corriendo entre tiendas en llamas y escondiéndose detrás de autos abandonados y destruidos mientras unos tipos aterradores la acechaban entre las sombras. No había taxis. Tampoco policías. Estaba completamente sola en medio de la violencia. Con las costillas fracturadas. El medicamento para el dolor ya no era más que un recuerdo. Miró el reloj en el tablero.

Diez minutos para la medianoche.

Salió de la Ruta 19 y bajó la velocidad. Esperaba encontrar su vecindario lleno de decoraciones navideñas, luces y familias disfrutando un último trago en la víspera de Navidad. Niños que se negaban a ir a la cama ante las advertencias de que Santa podría saltarse su casa si no se iban a dormir.

Pero eso no fue lo que vio.

El lugar estaba escalofriantemente callado. Todos los faroles de la calle, apagados. Miró a ambos lados de la carretera. Había ciervos como postes de teléfonos. Con sus ojos negros brillando a la luz de la luna. La observaban. La esperaban.

Dio la vuelta en la calle Hays.

Se asomó a todas las casas. Las luces brillaban en los árboles de Navidad y se reflejaban en los adornos. Pero no había nadie en las salas. No había nadie viendo los especiales de Navidad en la televisión. No había nadie por ninguna parte.

Solamente los ciervos.

Dio vuelta en su cuadra. Pasó junto a la antigua casa de los Olson en la esquina. No había señales de Jill y Clark. Pasó por la casa Hertzog. No vio a Jenny ni a su hermanastro. No había autos en la entrada. Miró hacia el bosque de la calle Mission y no vio nada.

Pero lo sintió.

En los vellos de su nuca. Imposible de ignorar. Había algo horrible en ese bosque. Algo que iba creciendo. Algo que se extendía a toda velocidad.

Avanzaba por la calle hacia su cochera.



En ese momento, la anciana que vivía al otro lado de la calle salió corriendo de la cabaña de madera. Llevaba un camisón blanco de dormir. Algodón y encaje. No tenía zapatos. Se lanzó frente al auto y los faros le iluminaron el rostro. Tenía los ojos y la boca cosidos con estambre negro. La madre de Christopher gritó y frenó en seco. La anciana gimió a través de las costuras.

—¡Eeeeraaa uuuu uchacho an uapooo!

... y se echó a correr hacia el bosque de la calle Mission como un ciervo a dos patas. La madre de Christopher volteó hacia el bosque por si veía algo más. Pero nada. Solo esa sensación. La muerte ya viene. La muerte ya está aquí. Moriremos el día de Navidad. La madre de Christopher miró el reloj.

Faltaban seis minutos para la medianoche.

Seis minutos para Navidad.

La señora Henderson seguía cosiendo tan rápido como sus dedos se lo permitían. Observó la larga fila de personas buzón que esperaban pacientes a que terminara. Luego miró el cielo nocturno entre las ramas de los árboles. Las ramas, que ya estaban colgadas por el peso de los adornos, pateaban y se retorcían y se raspaban con la cuerda. Pero ninguno moría. Nadie moriría nunca.

—Siguiente —dijo la señora Henderson.

Faltaban seis minutos para la medianoche y solo quedaban unas cuantas almas. Lo iban a lograr. ¡Estarían listos a tiempo! La señora Henderson volteó a ver a la señorita Lasko, que estaba cosiéndole los ojos a Jill y a Clark, una adorable pareja que quería llenar de niños su casa del árbol como si fuera un vientre. Esa noche tendrían lo que siempre quisieron. Esa noche todos tendrían lo que siempre quisieron.

11:54

La señorita Lasko ya podía saborearlo. Cada vez que se lamía los labios, se volvía más fuerte. Era el sabor del alcohol. Pero no de cualquier alcohol. Era el whisky que su madre ponía en una cuchara de metal cuando la señorita Lasko era una bebé y estaba dentando. El whisky hacía que ya no le dolieran las encías. La señorita Lasko se pasó la lengua por los labios. El whisky se convirtió en el vino más delicioso cuando su madre la llevó a comulgar. La señorita Lasko dio un trago al vino tinto, pero para cuando se lo pasó, ya se había convertido en champaña. Su madre brindó en su graduación. «Eres la primera que va a la universidad, cariño», dijo. Su madre estaba esperándola en la casa del árbol. Había una gran fiesta ahí adentro para celebrarla. Podría sentirse ebria de nuevo. Podría volver a sentirse completamente sedada y feliz.

—Siguiente —dijo la señorita Lasko al terminar la última puntada en los ojos de Jill.

11:55

Jenny Hertzog llevó a Jill y a Clark al final de la larga fila de personas que

esperaban al pie de la escalera a que la señora Henderson terminara. Jenny miró a su hermanastro allá arriba, con sus piernas retorciéndose en una rama baja. También miró la hermosa casa del árbol sobre él. Respiró profundo por la nariz, pero ya no olía a bosque. Olía a su madre. A perfume y loción y spray de cabello y su piel suave y tibia. Podía escuchar los susurros de su madre en su oído: «Ven, Jenny. Haremos una pijamada juntas. Haremos palomitas y veremos películas en tu habitación. Scott nunca volverá a molestarte. Estarás a salvo para siempre».

—Siguiente —dijo la señora Henderson.

11:56

Solo quedaban dos personas en la fila. Debbie Dunham y Doug. Doug había estado tan triste antes de ir al bosque. Tristísimo, hasta que vio a Debbie Dunham, que le estaba sonriendo. Era la sonrisa más terrible y deliciosamente provocadora que había visto en su vida.

—¿Qué pasa, Doug? —preguntó ella.

—Mary Katherine me engañó —dijo él. Debbie Dunham asintió, comprensiva.

—A mí me han engañado un montón de veces —susurró—. ¿Quieres engañarla como venganza?

Doug no dijo nada. Pensó en Mary Katherine y la tristeza fue creciendo en su estómago como el bebé que otro había puesto dentro de ella.

—¿Quieres verme desnuda, Doug? —preguntó Debbie.

Él asintió, esperando que eso lo hiciera olvidar. El aire estaba helado, pero ella lentamente se fue quitando el uniforme del supermercado. Él miró su cuerpo desnudo, delicioso como fruta fresca. Ella lo besó con ganas. Su lengua era como una serpiente.

—Doug, ¿no estás cansado de hacer lo correcto con la chica equivocada? —preguntó.

Sus palabras eran tan dulces como su aliento. Y cuando bajó una mano y lo rozó, el dolor que le quedaba a Doug se hizo a un lado para revelar lo que había estado escondiéndose detrás. Rabia.

Tantos años de ser un buen novio. Tantos años de respetar los principios de Mary Katherine. De obedecer sus deseos. De fingir que chocaba por accidente con su seno a través del suéter en vez de hacer lo que realmente quería. Y al final descubrir que todo era mentira. La chica buena de rodillas en un auto. La chica buena embarazada por un desconocido.

—Tenemos que ir a la casa del árbol y luego podrás tomarme completa —dijo Debbie. Luego soltó la mano de Doug mientras la señora Henderson le cosía la

boca.

«Al fin», pensó Debbie. Al fin tenía a un buen chico que la tratara bien. «Al fin», pensó Doug. Al fin tenía a una chica mala que lo tratara mal. A la medianoche, serían uno del otro y él podría olvidarse de Mary Katherine. Para siempre.

—Sigues tú, Doug —dijo la señora Henderson al terminar los ojos de Debbie.

11:57

Brady Collins llevó a Debbie Dunham al final de la fila. Nunca había visto a una chica desnuda, pero lo único que podía pensar era que debía estar congelándose. Él ya había sentido ese frío en la casa para perro muchas veces. Brady se quitó la chaqueta y se la entregó a Debbie. Era demasiado pequeña, pero ella se la acomodó para cubrirse las piernas. La hermosa chica desnuda le dio unos golpecitos en la cabeza e intentó sonreír, pero las costuras se lo impidieron. Brady sentía frío sin su chaqueta, pero no le preocupó. Su madre estaba allá arriba, en la casa del árbol. Podía escuchar su voz llamándolo: «Brady, sal de la casa para perro. Mamá está en la cocina calentita. No te quedes en el frío. Tu madre te ama».

11:58

La señora Henderson terminó la última puntada en los ojos de Doug. Luego soltó la aguja y el hilo. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que su trabajo estaba hecho.

Ya no quedaba nadie más que ellos.

Los cuatro se miraron y sonrieron llenos de orgullo. Habían terminado antes de la medianoche. La señora Henderson le dio aguja e hilo a la señorita Lasko. La joven maestra apenas gritó mientras cosía su propia boca. Pero de cualquier modo, la señora Henderson no la habría escuchado. Tenía que ayudar a Brady Collins y a Jenny Hertzog con sus puntadas.

*Las manos pequeñas trabajan con torpeza.*

Pronto los niños estuvieron listos y a la señora Henderson ya solo le faltaba ella misma. La aguja se deslizó en su piel como el cuchillo en la garganta de su esposo. Sus gritos sonaron como en su noche de bodas. Dolor mezclado con placer. Qué curioso que su madre nunca le dijo lo mucho que dolía y lo mucho que le gustaría.

—Te estoy esperando, corazón —dijo su esposo desde una casa del árbol—. Vámonos de viaje ahora mismo.

Con los ojos y la boca cosidas, la señora Henderson pisó el primer tablón de 5 x 10 de la escalera. El primer diente de bebé.

Y comenzó a subir hacia la casa.

Con su congregación detrás de ella.

Faltaba un minuto para la medianoche.

Un minuto para Navidad.

bIp.

Ambrose estaba en su silla de ruedas, escuchando el sonido de las máquinas que mantenían vivo a Christopher.

bIp.

Le había prometido a Kate Reese que no dejaría a su hijo ni un instante. Y él era un hombre que cumplía su palabra sin importar lo que ocurriera.

*Ayúdalo, David.*

Fue un pensamiento tranquilo y solemne. No se dio cuenta de que la puerta detrás de él se había abierto.

bIp.

Pero sintió el cambio en la temperatura.

—¿Hola? —dijo.

Silencio. Respiración.

—Enfermera, ¿es usted?

bIp.

—¿Doctor? —preguntó—. La mano del niño está ardiendo como un sartén.  
¿Cuál es su temperatura?

Hubo un largo momento de silencio. Y luego...

—Cuarenta y uno punto seis —susurró la voz—. Pero no soy el doctor.

Ambrose frunció el ceño e intentó conservar la calma.

—Su cerebro se empieza a cocer —dijo el anciano—. Llame a alguien.

—Ya lo hicimos, señor Olson —respondió la voz.

Ambrose la escuchó, pero no podía adivinar quién era. Un hombre. Una mujer.

—¿Cuándo va a venir el doctor?

—Pronto —dijo la voz.

Ambrose podía escuchar que la persona daba vueltas a su alrededor. Unos golpecitos con las puntas de sus pies y luego un ligero eco. Había más de una persona en la habitación.

—¿Qué tan pronto? —preguntó Ambrose.

—No sé bien. Hay poco personal. Todos tienen gripe —respondió la voz.

Estaba más cerca. Había más pasos. Lo rodeaban.

bIp.

—Está bien —dijo Ambrose tranquilamente, aferrándose con las manos a la cama de Christopher—. Entiendo.

De pronto escuchó las carcajadas burlonas de una docena de personas.

—Entiende. Está bien. Entiende —repitieron las voces con risa siniestra.

—Supongo que no les falta personal —comentó Ambrose.

La risa se detuvo para revelar un sonido ya conocido. Un siseo.

Era gas.

A Ambrose se le heló la sangre. Al fin reconoció de quién era la voz.

—¿Sí, señora Keizer? —dijo.

—La muerte ya está aquí, Ambrose. No puedes decir que no te lo advertí.

De pronto sintió una docena de manos sobre él. Levantó los brazos para defenderse, pero la multitud lo atrapó. Sintió el frío plástico de la máscara de gas cubriendo su boca. El gas salía del tanque siseando como una serpiente. Sssssss.

—¡Déjenme, carajo! —gritó Ambrose.

El viejo soldado se echó hacia atrás, manoteando sin poder ver. Jaloneó una cabeza tomándola del cabello. Le picó el ojo a otra persona. El ejército de manos intentaba controlarlo. Su silla de ruedas se ladeó y Ambrose cayó al suelo. La turba se le echó encima en unos segundos. Él luchó con todas sus fuerzas, pero eran demasiados. Ambrose sintió cómo sus brazos y piernas se rendían. Era viejo. Ciego. Indefenso. Con todas sus fuerzas, logró quitarse la máscara de gas de la cara. Pero en unos segundos volvieron a ponérsela. Y no quedaba más por hacer que esperar a que sus pulmones no resistieran más.

—Respire y cuente hacia atrás empezando por el diez —dijo la voz.

Faltaba un minuto para la medianoche.

Ambrose tragó una enorme bocanada de aire.

Y escuchó que se detenían los signos vitales de Christopher.

biiiiIIIIII

Christopher se lanzó contra la mujer siseante.

Su ejército lo rodeó como una telaraña. Los ciervos soltaban mordidas mientras las personas buzón le bloqueaban el camino. Sus cuerpos crearon un huracán y Christopher era el ojo.

—¡ATRÁPENLO! —gritó la mujer siseante.

Christopher miró la llave enterrada en su cuello. Empuñó la daga de plata y dio un salto. Cayó sobre uno de los ciervos y plantó los pies sobre su lomo. Luego saltó a los hombros de una persona buzón. Lo persiguieron, pero él los esquivó. Corría cada vez más lejos y más rápido. Podía sentir cómo su cuerpo iba cambiando a cada paso. La luz del árbol de algún modo se había quedado con él. Los dolores de cabeza eran distintos. La fiebre era conocimiento. No podía creer lo rápido que se estaba moviendo.

—¡YA! ¡TENEMOS QUE ATRAPARLO YA! —gritó la mujer siseante.

Los ciervos se le acercaban por todas las direcciones, pero eran demasiado lentos. Christopher se escurría entre sus patas. Saltaba sobre sus cuernos. No podía creer lo rápido que pasaban los árboles junto a él. Se sentía fuera de su propio cuerpo.

Pero no del dolor dentro de él.

Podía sentir cómo crecía a cada paso. Como manos apretándole la garganta. La sangre comenzó a correr por su nariz. Pensó en David, agotado como una batería. ¿Cuánto tiempo le quedaba antes de que se le acabara la potencia y solo quedara el dolor? La medianoche se acercaba. Iba a matar o a morir.

Vio a la mujer siseante más adelante, con su mirada puesta en la daga. Durante un instante, pudo ver miedo en sus ojos. La mujer siseante se cubrió la llave con la mano maltrecha. Luego se dio la vuelta y se perdió en el bosque. Christopher corrió detrás de ella. Bajó la vista y encontró sus huellas en el camino lodoso y ensangrentado.

Siguió su rastro hasta el río, cerca del puente. El agua le empapó las botas y le heló los pies. Por un momento le pareció que estaba frío en el hospital en el lado real. Frío en una bata de hospital.

*¿Sabes dónde estás?*



Christopher corrió en el agua helada. El frío pronto se transformó en adormecimiento y el adormecimiento pronto se transformó en calor. Sus piernas estaban tan calientes como su frente. Salió del río con un salto y volvió al camino. El farol ya se alcanzaba a ver a la distancia. Christopher atisbó una bifurcación más adelante. Bajó la vista para saber cuál dirección tomar.

De pronto, las huellas habían desaparecido.

Christopher se detuvo, en pánico. Era un truco. Una trampa. Otra forma de matarlo al matar el tiempo. Miró a su alrededor. Lo único que vio fueron árboles. La mujer siseante podría estar en cualquier parte. Christopher era presa fácil. Aguzó el oído por si escuchaba alguna señal de ella. Nada. Solo el viento y el sonido de su propia respiración.

Crac.

Christopher levantó la vista hacia los árboles sobre su cabeza. Vio cientos de personas buzón esperando en las sombras. Colgados de las ramas altas como témpanos de hielo. Christopher se dio la vuelta para correr, pero de pronto, toda la gente buzón saltó al camino.

Estaba rodeado.

La gente buzón llenó el bosque. Los ciervos corrieron hacia él. Christopher tomó una rama para huir trepando. Subió por una. Por otra.

Pero la mujer siseante estaba en el árbol como una serpiente.

Tomó su mano, serpenteando.

Christopher gritó y cayó al suelo. Pero los ciervos estaban sobre él. Sus dientes le perforaron la piel. Olían a hospital. A antiséptico. Christopher estaba demasiado cansado para gritar. Sabía que ese era el momento de su muerte. Cerró los ojos esperando lo inevitable, cuando, de pronto, escuchó cómo levantaban y tiraban lejos a un ciervo. Christopher alzó la mirada.

Era el hombre amable.

—¡ALÉJENSE DE ÉL! —gritó el hombre amable.

Los ciervos se lanzaron a morderlo, le arrancaron pedazos de carne de los hombros. La sangre corría por su camisa. Por su brazo. El hombre amable tomó a Christopher de la mano.

—¡VEN CONMIGO! —gritó.

—¡¡¡NO!!! —chilló la mujer siseante—. ¡¡¡DEJA DE AYUDARLO!!!

La mujer siseante bajó de los árboles justo cuando el hombre amable echó a correr con Christopher. Los ciervos y la gente buzón iban detrás de ellos.

—¿Cómo escapó? —preguntó Christopher, sin aliento.

—David.

—¿Dónde está?

—Fue por ayuda. Hay otros que quieren ser libres. ¡Vamos!

Corrieron juntos por el sendero. El farol estaba frente a ellos. Azul como la luna. De un salto, salieron del bosque y fueron hacia el campo. Corrieron a la calle. Christopher vio su vecindario convertido en un circo.

El mundo imaginario se había vuelto completamente loco.

Vio las nubes avanzando hacia el pueblo como un incendio forestal. Cientos de personas gritaban. El hombre con el uniforme de *girl scout* se escondió entre los arbustos. Otro hombre se escondió detrás de una camioneta. La pareja no podía dejar de besarse. Gente que nunca había visto. Todos gritaban lo mismo.

—Sácanos de aquí, Christopher. ¡Por favor!

Christopher y el hombre amable corrieron por la calle. La gente buzón estaba en todos los jardines, los rodeaban. La mujer siseante salió de entre los árboles con los ciervos y corrió hacia ellos a una velocidad impresionante.

—¡DEVUÉLVEMELO! —siseó.

La mujer siseante saltó sobre el hombre amable justo cuando él lanzó a Christopher por encima de la gente buzón, hacia la seguridad de la calle. Christopher cayó en la calle cerrada con un golpe seco, se raspó contra el pavimento. Se levantó de un salto y vio cómo la mujer siseante hacía trizas al hombre amable. Sus manos quemadas le arrancaban la piel como garras.

—¡Deja de ayudarlo! —gritó la mujer siseante.

El hombre amable la empujó y se arrastró hacia la calle. La mujer siseante resbaló sobre el pavimento y su pie comenzó a humear y quemarse. Sobre el concreto dejó piel líquida, que pronto la sangre se llevó. Inmediatamente saltó a la banqueta, gritando y maldiciendo.

La mujer siseante hizo una señal a sus ciervos, que extendieron sus cuerpos sobre el pavimento como fichas en una ruleta. La mujer siseante saltó sobre ellos para avanzar hacia el hombre amable, que se iba arrastrando por la calle. Lo tomó por la cabeza y le hundió los dientes en el cuello. Su garganta tronó como un hueso de la suerte. La mujer siseante se estaba comiendo vivo al hombre amable. Era ahora o nunca. Christopher escuchó las campanas de la iglesia. Faltaban diez segundos para la medianoche. Diez segundos para Navidad.

Los ciervos se echaron sobre el hombre amable y empezaron a morderlo. Christopher sabía que tenía que matar a la mujer siseante ya. Observó el cuerpo de la mujer. Baleado. Apuñalado. Quemado por cientos de incendios.

Prácticamente todo su cuerpo estaba hecho de cicatrices. Pero nada había logrado matarla. Aún.

9

Christopher empuñó la daga de plata desgastada. Cerró los ojos para conjurar su poder, pero lo único que escuchó fueron gritos. Las voces le llenaban la cabeza. La gente que se lastimaba a sí misma. Una y otra vez.

8

Podía sentir los dos mundos mezclándose. El cristal entre el mundo imaginario y el real se estaba rompiendo. Su madre iba corriendo a su habitación.

7

Christopher de pronto sintió el viento recorriendo la calle. «Christopher, mírame». Christopher fijó sus ojos en los del hombre amable. Lo estaban haciendo pedazos, pero tenía una sonrisa tranquila en el rostro. No dijo nada. Pero Christopher podía sentir el roce del viento y los pensamientos del hombre amable en su piel.

La calle.

6

—¡Deja de ayudarlo! —gritó la mujer siseante mientras le arañaba los ojos al hombre amable.

*Ella se quema en la calle.*

5

Las nubes se abrieron y Christopher vio la llave brillando bajo la piel del cuello de la mujer siseante. Resplandecía como un diamante bajo la luz azul de la luna.

4

El hombre amable alejó a la mujer siseante de una patada. Más personas buzón llegaron a la calle para atraparla. Su mano tocó el suelo y ardió en el pavimento.

3

Christopher observó la mano quemada de la mujer siseante. Luego cerró los ojos

y calmó su mente. Un segundo duraba una eternidad. Dios había construido un río de salvación en la pesadilla. Y Christopher bautizaría a la mujer siseante en él.

2

En su mente corrió hacia la mujer siseante, que estaba sobre el hombre amable. Christopher vio que los ciervos se lanzaban contra él. Pero ya no importaba. Para él los animales iban arrastrándose. Así de lento parecía todo.

*Puedes ser más inteligente que Tony Stark.*

Christopher saltó por encima de los ciervos.

*Puedes ser más fuerte que Hulk.*

Christopher saltó por encima de la gente buzón en el suelo.

*Puedes ser más poderoso que el martillo de Thor.*

1

Christopher se aventó con todas sus fuerzas contra la mujer siseante. Sintió cómo los huesos de la mujer se rompían por el impacto. Ella salió volando por los aires y se desplomó sobre la calle.

—¡NOOOO! —gritó.

Christopher vio cómo la mujer siseante comenzaba a arder.

La casa estaba tranquila y en silencio.

La madre de Christopher habría corrido de no ser porque algo andaba mal. Podía sentirlo por todas partes.

Comenzó a subir las escaleras. Lentamente. No hagas ni un sonido.

*¿Adónde vas, Kate?*

La madre de Christopher ignoró la voz. Podía sentir a su hijo. Él luchaba por su vida. El aire estaba frío, como si el mundo hubiera dejado una ventana abierta. Estaba en la casa. Estaba en todas partes. Tenía que ayudarlo. Él la necesitaba.

Llegó a la habitación de Christopher.

*¿Qué estás haciendo, Kate?*

Vio el viejo librero en la esquina. Tapizado de la manera en que un niño envolvería un regalo de Navidad. Con mucha cinta y sin cubrir las esquinas.

Se acercó al librero.

*Dejaste a tu hijo en el hospital. ¿Qué clase de madre eres, Kate?*

La madre de Christopher miró la fotografía de su difunto esposo sobre el librero. La imagen le devolvió la mirada. Congelada en el tiempo. Ella sintió que apenas podía respirar. El peligro estaba cada vez más cerca de alcanzar a su hijo. Podía sentirlo tal como el día en que se tragó una canica. Ella estaba en el otro cuarto, pero lo supo. Fue corriendo hacia él. Si no lo hubiera hecho, su hijo se habría ahogado. Le salvó la vida.

*Christopher se está muriendo, Kate. ¡Tienes que volver al hospital!*

La madre de Christopher quitó la fotografía de su esposo y luego tiró el resto del librero al suelo. Los libros se regaron por todas partes. El reloj hizo un ruido. Faltaban diez segundos para la medianoche.

La madre de Christopher arrancó el tapiz de patos con las uñas. El primer pedazo que desgarró fue el de la base del librero. Ahí encontró tres palabras escritas con la letra de David. Aquí no mezcló minúsculas y mayúsculas. Era la letra real de David. Perfectamente clara.

**NO MATEN**

*¿Qué es eso, Kate?*

**A LA Mujer siseante**

*Deja de leer, Kate.*

**ELLA ES LO ÚNICO QUE MANTIENE**

*En verdad deberías dejar de leer, Kate.*

**AL DIABLO EN EL INFIERNO**

*¿Sabes dónde estás?*

Christopher vio a la mujer siseante quemándose, llorando y soltando gritos de lo que él creía que era su rabia y locura.

Pero algo se sentía terriblemente mal.

—¿Quién es ella? —preguntó Christopher.

Era una pregunta tan sencilla que tomó por sorpresa al hombre amable. Él miró a Christopher mientras la mujer siseante seguía gritando.

—¿Quién es ella? —repitió Christopher.

—Es mala —dijo el hombre amable—. Tenemos que matar a los malos.

Un trueno partió el cielo. Las nubes chocaban unas contra otras como peces koi en un estanque lleno. La gente buzón luchaba contra las costuras en sus bocas, intentando decirle algo, pero solo emitían gemidos.

—Ve por la llave, hijo. Ahora —dijo el hombre amable con voz tranquila.

*¿Sabes dónde estás?*

Christopher empuñó la daga de plata sin brillo. Observó a la mujer siseante intentando arrastrar sus huesos hechos pedazos hacia el jardín. Vio las quemaduras por fricción de una soga en su cuello. Las quemaduras químicas en su piel.

—Pero alguna vez fue un bebé. ¿De dónde salió? —preguntó Christopher.

—Nació aquí.

—Yo creo que no. Mírala.

Christopher señaló de nuevo a la mujer siseante. Sus ojos expresaban agonía. No rabia ni locura. Se arrastraba desesperadamente por la calle, intentando volver al jardín. Y, por alguna razón que Christopher no podía comprender, nadie la ayudaba. Ni la gente buzón ni los ciervos. Parecían petrificados ante la luz de las llamas.

—Christopher, sé que te sientes mal por ella. Pero que no te engañe. Ella me torturó durante siglos igual que ha torturado a David. Igual que lo hubiera hecho contigo y tu madre. Pero la detuviste. Solamente tú.

Christopher miró al hombre amable, sonriendo con sus dientes rotos. Su piel y su ropa hechas trizas por los años de tormento. Había algo tan amable en él.

Algo que a Christopher le recordaba a su papá. Quizá era el olor a tabaco en su camisa. Christopher no recordaba haber visto al hombre amable fumando, pero el aroma ahí estaba.

—No podemos permitir que salga de la calle hasta que esté completamente quemada. Vamos, hijo. Necesitas conseguir la llave —dijo el hombre amable, poniendo una mano sobre la cabeza de Christopher.

La mano del hombre amable se sentía tan bien. Como el lado fresco de la almohada. Todos los gritos a su alrededor desaparecieron y el aire se volvió fresco y limpio. Ya no olía a pesadillas. Olía como el bosque en invierno. Olía como... como...

*Como el Paraíso.*

El hombre amable sonrió y dirigió a Christopher hacia la calle. La mujer siseante estiró sus dedos hacia el jardín. Christopher se hincó para bloquearle el camino. Ella lo sujetó, desesperada, con sus dedos llenos de cicatrices que le rasparon la piel.

—¡DEJA DE AYUDARLO! —le gritó la mujer siseante al hombre amable.

—No le permitas que salga de la calle, Christopher —dijo el hombre amable, con calma.

—Sigue siendo demasiado fuerte. Necesito su ayuda.

—No, hijo. Tienes que hacerlo tú. Solamente tú. Aquí eres Dios.

Christopher empuñó la daga de plata. La mujer siseante seguía quemándose, con sus ojos llenos de miedo. Intentó rodearlo, arrastrándose, pero su cuerpo cedió. Christopher sabía que ella nunca lograría llegar al jardín.

La mujer siseante se iba a morir.

—Nos salvaste, Christopher —dijo el hombre amable—. Tu padre habría estado tan orgulloso de ti. Ahora ve por la llave, hijo.

Christopher sintió las manos del hombre amable acariciando sus hombros. Christopher sonrió. Acercó la daga de plata a la garganta de la mujer. Estaba por sacar la llave de su piel quemada y llena de cicatrices cuando algo en el rabillo de su ojo le llamó la atención.

Una sombra.

Que venía saliendo del bosque.

Se movía sigilosamente hacia el campo, confundida y delirante. Sus manos y piernas temblaban. Christopher observó la silueta bajo la luz del farol.

Era David Olson.

Estaba pálido. Christopher podía ver los rasguños en su cuello. El corte en su mejilla. La sangre que corría de su nariz. Los moretones en sus brazos.



—¡David! —gritó Christopher, triunfalmente—. ¡Se acabó! ¡Estás a salvo! ¡Eres libre! ¡Mira!

Christopher señaló hacia la mujer siseante que se quemaba en la calle. David abrió la boca y desenrolló su lengua de serpiente. Lo que siguió fue un grito tan lleno de angustia que le heló la sangre a Christopher. David corrió hacia la mujer siseante. La tomó por una mano e intentó desesperadamente sacarla de la calle con su cuerpo maltrecho.

—¿David? ¿Qué haces? —preguntó Christopher.

David jalaba con todas sus fuerzas, pero estaba demasiado débil. Christopher miró a la mujer siseante a los ojos, iluminados por el farol. Por primera vez, se dio cuenta de que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Deja de ayudarlo —suplicó la mujer.

Christopher de pronto se dio cuenta de que la mujer siseante no le estaba hablando al hombre amable.

Le estaba hablando a él.

Christopher sintió las manos del hombre amable sobre sus hombros. Los acariciaba. Sus orejas se pusieron rojas y su corazón se desbocó. Se dio la vuelta. El hombre amable estaba vestido con un traje gris. Se veía impecable. Ni una sola marca en su piel. Ni una sola cicatriz en su cuerpo. Con una sonrisa amable, mostró sus dientes perfectamente intactos. Llevaba una corbata de moño. Y tenía los ojos verdes... a veces.

—holA. Christopher.

Su voz era tan agradable. Como una taza de café caliente.

—Tu mamá va a estar a salvo y todo va a eStar bien, hijo.

A Christopher se le erizaron los vellos de la nuca.

—¿Quién es usted? —preguntó Christopher.

—¿A qué te refieres? Soy tu amIgo.

—Pero se ve raro.

—No te preocupes por mi ropa. Rompiste la maldición. eSo es todo. Mientras ella se vuelve más pequeña, yo me hago más grande. Siempre ha sido así.

El hombre amable se acercó a él y sus zapatos perfectamente lustrados fueron dejando huellas entre la sangre de la calle. Cada huella era de un tamaño diferente. Una de niña. Una de adulto.

*¿Sabes dónde estás?*

Christopher comenzó a alejarse del hombre amable. Sentía los gritos del mundo en sus tímpanos. El hombre con el uniforme de *girl scout* que arrastraba algo hacia los arbustos. La pareja que se besaba con tanta fuerza que los rostros

les sangraban. La gente buzón que estaba unida por una cuerda como una fila de esclavos encadenados. Y los gritos. No terminaban.

Eso no era el mundo imaginario.

—¿Dónde estamos? —preguntó Christopher, aterrado.

—Solo es un sueño, Christopher —dijo el hombre amable, como si nada.

—No, no lo es.

—Es una pesadilla. Una pesadilla no es más que un sueño que se enfermó.

—Esto no es una pesadilla.

Christopher sintió la fiebre en su piel. El calor de la gripe dentro de todos. No era fiebre. Era fuego.

—Esto es el Infierno. Estoy en el Infierno.

Christopher recordó sus seis días en el bosque. Los seis días que estuvo sobre el árbol, escuchando los susurros del hombre amable. «Chrissssstopher. Chrissssstopher». Absorbiendo todo el conocimiento que su cerebro de niño pudo contener. Haciéndose poderoso. Convirtiéndose en Dios. O en un soldado. O en un asesino. Con un solo fin. Matar a la mujer siseante. Conseguir la llave. Liberar al hombre amable. Creyó que estaba dormido. Creyó que estaba soñando.

*Estuve en el Infierno durante seis días.*

—Claro que no —dijo el hombre amable, saliendo de la mente de Christopher—. Esto solo es una pesadilla. Una pesadilla es solo unas cuantas horas en el Infierno. Tenemos que sacarte de aquí. Ahora, ve por la llave.

La sonrisa del hombre amable era tan pacífica y reconfortante. Pero sus ojos no sonreían. Christopher dio un paso atrás, acercándose a la mujer siseante y a David Olson.

El hombre amable habló con un tono contenido.

—¿Adónde vas? —preguntó. Se acercó a Christopher con pasos cortos y tranquilos—. Necesitamos la llave, hijo. ¿Quieres que se rompa el cristal entre los dos mundos? ¿Quieres que la mujer siseante escape?

Christopher vio los pensamientos que se habían estado escondiendo detrás de sus palabras. No había un espejo entre los dos mundos. No había un cristal que pudiera romperse. El hombre amable solo quería escapar de la casa del árbol. Solo necesitaba que la mujer siseante muriera y conseguir la llave que llevaba bajo su piel para abrir la puerta.

—Ella no es quien quiere escapar. Es usted.

El hombre amable se acercó un paso más. La sonrisa inmóvil en su rostro. Christopher volteó a ver a David Olson, que seguía jalando desesperadamente la

mano de la mujer siseante. Miró los ojos de la mujer, llenos de lágrimas, enloquecidos por el dolor.

—Deja de ayudarlo —sollozó.

Christopher tomó su mano derecha, herida por los siglos de tormento. Sintió cómo la verdad pasaba como un susurro de la mano de la mujer a la suya. Vio cómo el hombre amable la torturó. Cómo el hombre amable convirtió todas sus palabras en terror. Todo ese tiempo, no intentaba asustar a Christopher. Intentaba prevenirlo. La luz dentro del árbol no era la muerte. La luz dentro del árbol era la vida.

La mujer siseante intentaba salvarle la vida.

Christopher trató de levantarla, pero en ella estaba todo el peso del mundo que protegía. Sin importar cuánto luchara, Christopher nunca podría cargarla solo hasta el jardín. Entonces fue a pararse junto a David Olson y los dos niños empezaron a sacarla a rastras de la calle en llamas.

—No hagas eso, christopHer. Por favOr, no.

En el rostro del hombre amable se dibujó una sonrisa que se enfermó.

—¡Ataquen! —gritó la mujer siseante.

A su orden, cientos de ciervos corrieron hacia el hombre amable, con los colmillos expuestos. En actitud de ataque como un ejército. Listos para hacerlo pedazos.

El hombre amable no se movió.

Simplemente levantó una mano. Los ciervos se detuvieron de inmediato y se pusieron junto a él. Uno por uno. Con los dientes aún expuestos, pero no para morderlo. Le estaban haciendo reverencias. Se frotaban contra sus piernas como gatitos domésticos. Christopher vio cómo la expresión de la mujer siseante pasaba de la esperanza al horror.

—No son tu ejército, querida. Son el mío. ¿Ya se te olvidó?

El hombre amable avanzó tranquilamente hacia la calle. Los ciervos se dieron la vuelta para seguirlo, mostrando los dientes. Christopher y David seguían luchando contra el peso de la mujer siseante.

—Vuelve antes de que me enoje, hijO.

Christopher la arrastró sobre el río de sangre en la calle. El río de sangre en su nariz. Las nubes chocaron y el cielo se partió con un rayo. El hombre amable se acercó aún más.

—Vuelve antes de que tenga que goLpearte.

El corazón de Christopher se aceleró. El hombre amable se acercó más. Christopher bajó la mirada. Las piernas del soldado estaban mal. Tenía patas de

ciervo.

—No quiero hacerlo. No me obligues a hacerlo.

Los pies de Christopher llegaron al jardín. La mujer siseante cerró los ojos. Estaba a unos segundos de la muerte.

—Si la sacas de la calle, te voy a lastimar.

Un paso más.

—Si la salvas, mataré a tu madre.

Christopher y David Olson jalaron a la mujer siseante hasta el jardín. Su piel de inmediato dejó de quemarse. Se levantó sobre sus piernas temblorosas y su cuerpo maltrecho. Se interpuso entre los niños y el hombre amable. Como una leona protegiendo a sus cachorros. El hombre amable se acercó a ellos, temblando de rabia. Los ciervos avanzaban detrás de él. Christopher vio sus sombras bajo la luz de la luna. Ya no eran ciervos. Eran perros de caza. Con ojos brillantes. La mujer siseante se volteó hacia los niños. Se arrancó la llave de la piel y la puso en la mano temblorosa de David. Luego gritó.

—¡Sácalo de aquí!

La señora Henderson subió por la escalera de la casa del árbol. La herida de bala en su costado la hacía trepar con lentitud. Cada paso era un tormento. Habría dejado de subir, pero su esposo la estaba llamando desde el interior de la casa del árbol.

*Ven, cariño. Nos iremos de viaje de fin de semana. Quiero demostrarte lo mucho que te amo.*

La señorita Lasko levantó una mano para ayudar a la anciana a subir más rápido. Tenía que ayudarla porque aquello ya la esperaba dentro de la casita. Podía saborearlo, frío, fuerte y quemándole los labios. Esa maravillosa sensación de mariposas en su estómago y en su sangre. El rubor en su rostro.

*Podrás sentirte ebria de nuevo. Te está esperando aquí.*

Brady Collins se sentía muy agradecido. La señora Henderson le dijo que había hecho un excelente trabajo al mantener a la gente buzón en la fila. Y ahora era su turno de subir las escaleras hacia la casa del árbol. Escuchaba a su madre desde ahí. Estaba en la cálida cocina, rodeada del olor a sopa caliente y pan.

*Sal de la casa para perro, Brady. Mami te ama. Nunca volverás a tener frío.*

Entre las costuras de sus ojos, Jenny Hertzog observó a Brady subiendo la escalera. Pasó la primera rama, donde su hermanastro Scott seguía retorciéndose. Ella estaba muy feliz, pero aún se preguntaba por qué Scott no se moría. Miró la casa del árbol y notó que podía escuchar la dulce voz de su madre llamándola. El bosque olía como la antigua habitación de su mamá. A perfume dulce y palomitas con mantequilla.

*Ven, Jenny. Haremos una pijamada juntas.*

*Prepararemos palomitas y mataremos a tu hermanastro y veremos películas.*

*Y nadie volverá a entrar a tu cuarto para lastimarte.*

*Mataremos juntas a Scott y su sangre correrá en Charcos. Charcos.*

*Por siempre y para siempre.*

Las cuatro almas subían entre las ramas, dobladas por el peso de los cuerpos que pendían de ellas como adornos de Navidad. Solo tenían que llegar a la casa del árbol. Solo tenían que ir hacia la luz.

Y, entonces, serían libres.

La mujer siseante detuvo al hombre amable mientras David y Christopher corrían al bosque de la calle Mission. El hombre amable sonrió y sus dientes eran como dagas. La mujer siseante se puso en guardia, quemada y sangrando. Como un animal agazapado. Lista para atacar.

—Ya no estoy en la calle —dijo con una sonrisa llena de dientes rotos.

—Él me hizo más fuerte —respondió el hombre amable, sonriendo también.

Ambos comenzaron a moverse en un círculo, frente a frente. La mujer siseante sintió cómo los ciervos se le iban acercando. Sabía que la ventana estaba por cerrarse. Se lanzó contra el hombre, gritando con todas sus fuerzas y con sus uñas preparadas para sacarle los ojos.

El hombre amable ni siquiera parpadeó. Se quedó quieto, esperándola como si fuera una hoja de árbol cayendo en cámara lenta. Luego giró y la golpeó como si quisiera espantar a una mosca. El cuerpo de la mujer siseante voló unos cuantos metros y se estrelló en la puerta principal de la casa de Christopher. Las astillas salieron en todas direcciones como esquirlas. En unos segundos, los ciervos ya estaban encima de ella, mordiéndola y arañándola.

Y el hombre amable se dirigió hacia el bosque, tras los niños.

Christopher corría por el sendero con David Olson. La llave en la mano de David. La daga de plata en la suya. Pasaron el puente. Christopher sabía que el claro estaba frente a ellos. Sintió la mano de David sobre la suya, que lo alejaba del camino.

—¡No! ¡Tenemos que ir al claro! —gritó Christopher.

David negó con la cabeza. Tomó la mano de Christopher y giró a la derecha entre ramas muy gruesas. Christopher volteó a ver el sendero justo cuando los ciervos salían del claro como hormigas rojas bajando de una colina. Era una emboscada. David lo sabía. David conocía todos los escondites. Todos los atajos. David llevaba cincuenta años ahí.

Los ciervos corrieron tras ellos como perros persiguiendo conejos mecánicos.

Christopher siguió a David entre los árboles hasta que el camino fue tan denso que solamente los niños podían recorrerlo. Los ciervos perdieron velocidad. Sus

cuerpos eran demasiado grandes para seguirlos. Pero no se detuvieron, empezaron a abrirse paso entre la maleza hasta que su piel se rasgó entre las ramas.

De pronto, el cielo se puso gris. Christopher escuchó ramas quebrándose detrás de ellos. Se dio la vuelta y vio unos ojos verdes llenos de odio en la distancia. Era el hombre amable. Arrancaba los árboles para encontrarlos. Christopher sintió la mano de David tomando la suya. La comezón pasó de la piel de David a Christopher. Junto con la fiebre. Christopher sintió cómo cada vello de su cuerpo se erguía como agujas de pino.

Los chicos cerraron los ojos y calmaron sus mentes. Se imaginaron emprendiendo el vuelo. Los ciervos gritando detrás de ellos. El hombre amable abriéndose camino con las manos para alcanzarlos. Se imaginaron volando cada vez más alto. Más rápido. Hasta las nubes. Con el viento en su cabello.

Como dos cohetes viajando hacia la luna.

Hasta que David comenzó a fallar. La sangre corría por su nariz como un avión con fuga de gasolina. Apenas logró poner la llave en las manos de Christopher.

*El poder tiene un precio.*

Christopher podía sentir el dolor a través de la piel del niño. Los cortes y azotes en el cuello de David. Christopher sintió cómo sucedió todo desde el punto de vista de David. El hombre amable se escapó de la casa del árbol. El hombre amable atacó al niño despiadadamente para que no dijera nada. Lo que tenía en su cuello no eran tajos. Eran mordidas.

David comenzó a caer.

Christopher usó todas sus fuerzas, pero apenas podía mantenerse a sí mismo a flote. Menos aún a ambos. Envolvió el cuerpo de David con el suyo para amortiguar el golpe. Los dos niños cayeron como si estuvieran jugando a aventarse, como balas de cañón a una alberca sin agua.

Descendieron entre las nubes, hacia el cielo justo encima del claro. Christopher bajó la mirada y vio el ojo enojado en medio del bosque de la calle Mission. El árbol gigante estaba al centro como una pupila enloquecida. Los observaba. Llena de rabia. Los ciervos fueron entrando al claro, como pequeñas venas que convertían la nieve blanca en un ojo inyectado de sangre.

Los niños cayeron y se quedaron sin aliento. Estaban a unos treinta metros del árbol. A unos treinta metros de la puerta. A unos treinta metros de la vida. Christopher se levantó de un salto y ayudó a David a ponerse de pie. Ambos corrieron por el claro hacia el árbol. El hombre amable estaba cruzando el bosque, aplastando ramas como si fueran huesos. Al fin llegó a la orilla del

claro.

—Hola, niños —dijo.

Los chicos se dieron la vuelta. David Olson abrió la boca para gritar. Christopher se congeló. El hombre amable sonrió. Tan gentil.

—Christopher, lamento haberme enojado. No quería hacerlo. Es solo que necesito salir de aquí. Por favor.

La voz del hombre amable sonaba tan desesperada. Era suave como el inicio de un trueno.

—Llevo milenios aquí. No puedo despertar de esta pesadilla. Estoy aquí. Todos los días. Todas las noches. Nunca duermo. Dame la llave y te prometo que no voy a lastimar a nadie. Solo necesito salir.

Avanzó hacia Christopher con pequeños pasitos.

—Me conoces. Te salvé una y otra vez, Christopher. Le di una casa a tu mamá. Y lo hice porque eres un buen chico con el corazón más noble. Nunca había visto nada como tú. Puedes salvar al mundo de sí mismo. Por favor, Christopher.

Su voz sonaba tan sincera. Todo lo que decía sonaba cierto y correcto. El hombre amable sí había salvado a Christopher. Sí le dio una casa a su madre. Era el único hombre en su vida que no lo abandonó.

—Eres mi mejor amigo —dijo el hombre amable.

Christopher se sentía fuera de su cuerpo. Como en los sueños que solía tener después de la muerte de su padre, en los que se caía en la calle y no podía moverse. En una mano tenía la llave. En la otra, el cuchillo de plata sin brillo. El hombre amable dio otro paso. Sonriendo.

—Eso es, Christopher. Eso es, hijo.

En ese momento, David Olson le quitó el cuchillo de plata de la mano, cortó una cuerda invisible y aventó a Christopher hacia el árbol. A la corteza que era como carne. La carne del mundo.

—¡No! —gritó el hombre amable y se lanzó contra ellos.

David tomó la llave con sus dedos temblorosos. Acercó su mano al tronco. La corteza estaba empapada de sangre. La sangre del mundo. Metió la mano en la carne podrida del árbol y encontró la cerradura. Introdujo la llave y le dio la vuelta con un CLIC. La puerta comenzó a abrirse y del árbol emanó la luz.

—*La muerte ya viene*—

La señora Henderson seguía subiendo hacia la casa del árbol. Las personas buzón recién hechas gemían detrás de ella mientras su esposo la llamaba.



—¡Sube, querida! ¡Vámonos de viaje de fin de semana! Abre la puerta, querida. Te estoy esperando en la cama. Es hora.

### —*La muerte ya está aquí*—

Christopher miró la luz. Acercó un pie al umbral. Sintió que algo corría hacia él desde el otro lado. No podía ver nada, pero el ruido era ensordecedor. Era una estampida. Ya venían. Las personas del lado real. Se apresuraban a entrar.

Los mundos comenzaron a mezclarse.

Si él no salía, todos iban a entrar. La puerta a los dos mundos quedaría abierta. Las capas del Infierno y la Tierra se revolverían como el agua en los «¡CHARCOS! ¡CHARCOS!».

### —*Moriremos*—

La señora Henderson puso una mano sobre la perilla de la casa del árbol.

—No necesitas acuchillarme, cariño. Solo ven a la habitación del hotel —dijo su esposo desde el otro lado de la puerta—. Te amo más que nunca.

La señora Henderson giró la perilla.

### —*el*—

El hombre amable corría hacia el árbol. Sus ojos se veían exactamente iguales al ojo del claro. Christopher podía sentir el frío a su alrededor. La luz era la vida.

—¡Ven conmigo, David! —gritó Christopher.

David negó tristemente con la cabeza y tocó la mano de Christopher. Los niños se miraron fijamente a los ojos. En un instante, Christopher lo entendió. David no podía irse. No tenía un cuerpo al cual volver. David puso la llave en la mano de Christopher mientras el hombre amable corría hacia el árbol, gritando con todas sus fuerzas.

### —*día*—

La señora Henderson le dio la vuelta a la perilla y abrió la puerta. Se asomó al interior y vio a Special Ed, Mike y Matt agazapados, esperándola.

—Es nuestra. Nosotros la construimos —dijo Special Ed.

Luego sacó el arma de su padre y le disparó a la anciana entre los ojos.  
La señora Henderson cayó de espaldas, llevándose consigo a Jenny, a Brady y a la señorita Lasko en su camino hacia el suelo.

## —de Navidad—

David empujó a Christopher hacia la luz y cerró la puerta en el mismo momento en que el hombre amable llegaba al árbol. Christopher metió la llave al otro lado de la puerta para cerrarla.

Clic.

Había escapado del Infierno.

eL hOmbre amable se quedó viendo el árbol. el momento duró un segundo en la Tierra. pero, para éL, fue otra eternidad. éL tenía razón. el niño era especial. nO había visto nada como ese niño en dos mil años. éL lo necesitaba. sabía que después de doblegar al niño, podría salir. y sabía cómo doblegarlo. sabía cómo conseguir la llave. éL iba a ser libre. al fin.

sE volteó hacia el bosque mientras los ciervos rodeaban a David Olson. suS mascotaS lo mordían y arrastraban como un ratón que llevarían a su dueño. tomÓ el cuello de David con una manO y lo levantó, el niño se retorció como un hombre en la horca. eL hOmbre amable tomó la daga de plata desgastada de la mano de David y se la guardó en eL bolsillo.

—te dije lo que pasaría si me traicionabas, david —dijo éL.

dejó una parte de éL cosiéndole la boca y los ojos a David. luego se dirigió hacia la señora henderson. la dulce señora henderson. ella seguía en el suelo, aturdida por la bala que rebotó en su frente. qué suerte que éL había hecho que la gente ya no muriera; de otro modo, la señora henderson no habría tenido la oportunidad de volver a ver a su esposo.

—levántate, querida —dijo éL con la voz del marido—. aún podemos irnos al viaje de fin de semana.

—¿sí podemos? —dijo ella, esperanzada.

—sí. quiero demostrarte lo mucho que aprecio el hogar que me has dado. el cuerpo que has compartido conmigo. pero necesito que hagas algo primero. ¿está bien, querida?

otra parte de éL sE quedó susurrándole a la señora henderson y fue hacia brady collins. sE convirtió en el aroma a cocina cálida.

—levántate, brady. ven a la cocina. nunca volverás a tener frío.

—¿no? —preguntó el niño.

—claro que no. mami te ama. solo necesito que hagas algo por mí. ¿de acuerdo?

sE quedó con brady collins mientras sE convertía en el aroma de una habitación segura para jenny hertzog...

—¿quieres que la sangre de Scott corra en charcos? —preguntó fingiendo ser

la madre de jenny.

... al mismo tiempo que se convertía en el aroma de la habitación de jenny para su hermanastro scott.

—puedes tenerme, scott —dijo él con la voz de jenny—. solo necesito que primero hagas algo por mí.

sE deslizó por el árbol gigante hacia la casa del árbol de christopher, su más reciente y máspreciado adorno. sE asomó por la ventana para ver a los tres niños, los tres cerditos, agazapados detrás de la pistola del padre de special ed, que seguía humeando en la manita del niño. él sabía que el amor de christopher protegía a esos chicos. ese era el riesgo de convertir a alguien en dios. pero, aun así, lE sorprendió la forma en que ocurrieron los eventos. sE había tomado muchas molestias para conseguirle las balas a special ed. lo había convertido en un centinela devoto para que mantuviera la casa del árbol abierta, no cerrada. y ahora tenía un problema. pero había soluciones. la protección de christopher no duraría para siempre. los que no pudieran ser convencidos, podrían ser engañados. fue tan fácil hacer que los niños jugaran a la guerra. casi tan fácil como hacerlo con adultos. la casa del árbol sería suya en el momento en que realmente importara. solo tenía que seguir susurrando. y esperando. susurrando y esperando.

—los buenos ganan la guerra, eddie. escucha a la abuela.

—van a matar a tu hermano, matt.

—tienes que proteger a los avengers, mike.

él se quedó afuera de la casa del árbol y bajó arrastrándose como serpiente por la escalera.

s

s

s

s

s

él reptó por el resto del claro, por todas partes dejaba un poco de él como volutas de humo. les susurraba a todos como lo hizo con mary katherine mientras dirigía su auto directamente contra christopher. tal como le susurró a la señora henderson que subrayara el libro. tal como le susurró a christopher mientras dormía en el árbol durante seis días. acariciándole el cabello. siempre sonriendo. siempre tranquilo. siempre amable. siempre tocando los brazos de las personas. esa comezón. la gente cree que es piel seca. pero no. soY yO. en los labios de la señorita Lasko, él era el sabor de la bebida, que era tan puro que la

maestra se echó a llorar cuando él le quitó la sensación de estar ebria. él era el éxtasis que debbie dunham siempre sentía antes de que la vergüenza y la soledad regresaran. él era la idea dando vueltas en la cabeza de doug.

*ella te engañó, doug. es una puta y te engañó.*

*¿quieres una virgen? puedes tener una virgen, doug.*

*sabes lo que tienes que hacer. sabes adónde tienes que ir.*

él fue la promesa de setenta y dos vírgenes y el jAjA en la noche número setenta y tres.

ya no había más vírgenes. solo setenta y dos esposas infelices y el tiempo. es hora.

él fue sus recuerdos y sueños y deseos secretos y pensamientos.

como lo había sido por siglos.

pero con christopher fue distinto.

con christopher fue mejor.

al principio, él no lo reconoció. había pasado demasiado tiempo. pero tras unos segundos, fue inconfundible. podía oler de nuevo. y no era el recuerdo de un olor. era un olor real. fresco como hojas de pino y húmedo como el sexo. no se había sentido tan vivo en décadas. no desde david olson. david lo pudo haber sacado de ese lugar. pero él cometió errores y david se le escapó de entre los dedos como arena. por eso tuvo que buscar al próximo niño. no en un lugar. sino buscarlo en el tiempo. observó al mundo real a través del cristal. esperó. susurró. cuánto tiempo había esperado para que llegara este. décadaS. como los niños que esperan el camión de la escuela. y el camión al fin había llegado. ese día. con ese niño.

el hombre amable recorrió el claro. podía sentir el pasto húmedo bajo sus pies. el crujir de la nieve. era glorioso. cruzó el puente. el hombre que escondió el cadáver de la prostituta en un tronco hueco gritaba mientras los ciervos se comían su cara. de nuevo.

—¡por favor! ¡haz que pare! lo siento.

él salió del bosque.

miró el paisaje iluminado por la luna azul. cruzó el campo hacia la calle que él mismo creó para quemarla a ella. la calle le calentó los pies fríos como unos calcetines colgados sobre la chimenea. el hombre con el uniforme de *girl scout* se escondió detrás de los arbustos y gritó. la pareja dejó de besarse el tiempo suficiente para mirarlo a través de la locura de sus ojos.

—por favor. ¡estamos arrepentidos!

él les susurró al oído y los hizo olvidar. siguieron engañándose. sintiendo el

dolor que les causaron a sus parejas moribundas con cada beso. igual que el hombre que le abría la puerta a la policía para escuchar que habían encontrado el cadáver de su hijo asesinado. diez minutos de preocupación. diez minutos de devastación. treinta segundos de alegría en el nacimiento del niño. luego, diez minutos de preocupación. diez minutos de devastación. por siEmpre. según suS cuentas, hasta el momento, el hombre que asesinó a ese niño había experimentado el dolor que les causó a esos padres un millón trescientas catorce mil veces. las personas creían que con el tiempo se acostumbrarían a la eternidad. ¿qué no se daban cuenta de que no puedes acostumbrarte a algo que no recuerdas haber vivido? claro que la respuesta era no. pero él pensaba que alguien ya debería haber entendido cómo funcionaba.

ahí, todos los días eran el primer día.

y pronto sería igual en la tierra.

miró a las personas buzón a cada lado de la calle. esperaban su turno para la eternidad. sin saber qué verían cuando los cierres que los cegaban al fin se abrieran. la parte de arriba de una nube. o ese lugar. para siEmpre.

y entonces él la vio

a ella.

se arrastraba por el jardín. desesperada por volver a la casa de david en la esquina. ya había comenzado a sanar. siempre podía. siempre lo hacía. él podía volverla loca. él podía convertir todas sus palabras de precaución en gritos aterradores. él podía tomar todos sus gestos maternos y gritos de «huye. él es malo. no debes ayudarlo» y convertirlos en siseos y pesadillas y rabia que aterraban al niño que ella intentaba salvar. él podía convertir toda su bondad en terror tan fácilmente como podía convertir el amor de los hombres en guerras. pero no importaba cuántas veces la acuchillara. cuántas veces le disparara.

él no podía matarla.

y ella lo mantenía encerrado ahí.

para siEmpre.

se equilibraban como dos niños en un subibaja. la energía entre ellos se mezclaba como el ir y venir del océano. ninguno de los dos era dueño del poder. simplemente lo canalizaban como la gravedad de la luna en el agua. unas décadas ella. otras él. salvo en esas raras ocasiones en que él podía encontrar a ese niño aún más raro. tan puro. tan bueno. tan confiado. con la suficiente inteligencia para saberlo todo menos aquella única pieza que él mantenía escondida como un conejo ahogándose dentro del sombrero.

cuál de ellos movía realmente los hilos.

él había probado con distintas historias a lo largo de los siglos. y aprendió de sus errores. al final, le resultó irónico que la honestidad fuera la mejor opción. christopher era demasiado inteligente y se daría cuenta de las inconsistencias en la historia. por eso, casi todo lo que él le dijo al niño era verdad. ciertamente había algo similar a un espejo espía entre los mundos. sí había una manera de susurrarles a las personas del lado real. la casa del árbol realmente era un portal entre los mundos. sí había cuatro entradas. tres salidas.

pero

el mundo imaginario no era exactamente imaginario. la tercera forma de salir no requería exactamente nada más que una llave. y la mujer siseante no podría considerarse exactamente la mala entre los dos.

salvo para él.

la levantó, maltrecha y sangrando. ella le escupió. lo maldijo. lo miró fijamente. frente a frente. de tú a tÚ. él sacó la daga de plata sin brillo. la afiló entre sus dientes como una navaja de barbero sobre una tira de cuero. la enterró en el pecho de ella. luego sacó la daga de su carne. la herida sanó al instante. le enterró la daga de plata una y otra y otra vez, picándola como un pájaro carpintero. podía sentir el crujido de sus huesos, cómo se iba desgastando la plata. como siempre. sin falla. por siempre.

—¿por qué no te mueres ya, carajo? —dijo él con un suspiro.

y luego él la besó.

se quedó con la mujer siseante al mismo tiempo que se separó y recorrió el pueblo como una nube. caminó por los pasillos del hospital. se maravillaba de las piezas en el tablero. no había coincidencias. todos estaban donde debían estar. toda esa gente enferma. tanta ira. tanta gripe. tanto calor. las ranas se retorcían en el agua.

*¿sabes por qué todos dejaron de morir?*

recorrió el asilo de ancianos y la iglesia.

*¿sabes qué significa eso?*

pasó junto a los mirones en la ruta 19. se sentó en el asiento del pasajero de cada uno de los autos. susurraba. se frotaba contra la gente como dos palitos para encender el fuego.

*todos dejaron de morir.*

*¿sabes lo que eso significa?*

había estado aislado durante dos mil años. observaba. esperaba. sopesó sus opciones hasta que encontró esta noche. este niño. por un momento, unió todas sus piezas. desde el medio oriente, donde acababa de dispararse otro tiro de la

guerra sin fin, pasando por toda europa y áfrica hasta llegar a ese pueblito irrelevante e inocuo en pensilvania. el lugar perfecto para esconder sU puerta trasera. no lo había hecho en décadas. miró el cielo con sU ojo. más allá de la luna azul, que era como una bola de estambre esperando a un león. miró a sU Padre mientras se escondía dentro de cientos de miles de millones de estrellas. las cientos de miles de millones de personas que habían vivido y muerto. éL siempre perdía a la gente ante su Padre. siempre perdía ante las estrellas. sE las podían quitar cuando morían. porque dioS es un asesino, paPi.

*pero todos dejaron de morir.  
¿sabes lo que realmente significa eso?  
significa que las ranas vivirán.  
hirviendo.  
para siEMPre.*

*eso es la eternidad  
tan solo la ausencia de muerte  
y pronto estaré aHí  
para hacerlos entender a todos  
que el infierno ha llegado a la tierra  
y lo único que le hace falta es un rEy*

estaba tan cerca. éL lo sabía. iba a salir. del bosque. de las sombras. de los escalofríos en las nucaS de las personas. esta era sU oportunidad de al fin mirar a los hijos de dios a los ojos y presentarse ante ellos. al fin tomaría el control del planeta azul de sU Padre. arrancaríA el azul de los malditos ojos de sU Padre. esos ojos llenos de nubes. lo único que necesitaba era hacer que un pequeño grupo de personas pudiera morir.

christopher y todos sus seres queridos.

recorrió el pueblo extendiendo sU palabra como la gripe por todos los medios posibles. un susurro. una pista. un sueño olvidado. un toque familiar, el miedo que mantiene despiertos a los viejos por la noche. la ira que atormenta a los adultos. y, lentamente, en los últimos meses, a través de todos los cartones de leche en los que el padre de emily bertovich había gastado una fortuna para convertirlos en la esperanza de que su hija volvería.

pero éL sabía que ella nunca regresaría.

por todo el pueblo la gente tuvo recuerdos y escuchó susurros de sus difuntos queridos. menos quienes fueron tocados por christopher. para ellos era un



susurro extraño o una advertencia aterradora. pero para todos los demás, el susurro fue creciendo hasta convertirse en un grito en sus oídos. en eso a lo que todos podían culpar. la razón de su infelicidad. la razón por la que sus vidas nunca funcionaban. al fin algo tenía sentido. al fin algo explicaba todos los problemas del mundo. esa era la respuesta a todas sus plegarias. las personas al fin lo reconocieron en voz alta... no sabían por qué... solo sabían lo que tenía que hacerse para al fin convertir a la tierra en el cielo...

—Tenemos que matar a ese niño, Christopher, y a todos los que se interpongan. Porque él es el enemigo. Esto es la guerra. Y los buenos ganan las guerras.

ÉL sonrió tanto que casi no tuvo suficientes dientes de bebé.

## Parte VI

---

Corre por tu vida

bIp.

Christopher abrió los ojos.

Parpadeó para acostumbrarse a la luz fluorescente. Se esforzó por ver dónde estaba. Sus ojos encontraron una máquina que respiraba por él. Adentro y afuera. Arriba y abajo.

Bip.

El sonido lo alcanzó y, con él, el dolor. Todo el poder que sintió en el lado imaginario volvió para aplastarle el cuerpo como una ola. Nunca había sufrido tal agonía. Se sentía como si lo hubiera aplastado un auto... porque así fue. Sus ojos estaban adoloridos como si no los hubiera usado desde el accidente... porque así era. Estuvieron cerrados. Había estado tendido en esa cama de hospital, inconsciente. Estuvo cerca de morir, pero seguía vivo. Por ahora.

Bip.

Christopher tragó saliva con dificultad. Su garganta se sentía como lija. El respirador le pasaba aire frío por la tráquea como un duro vómito de plástico. Tenía que quitarse el tubo. Echó un vistazo a la habitación buscando ayuda, pero lo único que pudo ver fue la cortina blanca que rodeaba su cama.

A su derecha vio el botón para llamar a la enfermera. Se estiró para apretarlo, pero algo lo detuvo.

La llave de la mujer siseante seguía en su mano.

Bip. Bip.

Christopher escuchó voces ahogadas en el pasillo. Sabía qué estaba pasando. Podía sentirlo a su alrededor.

*El hombre amable está...*

*El hombre amable está... empezando la guerra.*

Bip. Bip. Bip.

Su corazón comenzó a latir a toda velocidad. Tenía que tranquilizarse o las enfermeras sabrían que ya había despertado. Estiró el brazo derecho, que seguía adolorido y moreteado por el accidente de auto, y empezó a arrancarse el gel que mantenía pegados los sensores a su pecho.

*Mi madre está... en la casa.*  
*Mi madre está... en peligro.*

Tomó el tubo de respiración y se lo sacó de la boca. Inmediatamente se dio la vuelta y vomitó todo el aire de su estómago. Apestaba a bilis agria. Ácido y repugnante.

Bip. Bip. Bip. Bip.

Christopher se dejó el clip en el dedo y bajó las piernas de la cama. Sus pies descalzos tocaron las losas heladas. Puso una almohada bajo las cobijas para que pareciera que seguía dormido. Luego abrió lentamente la cortina blanca. Vio que había otro paciente en su habitación.

Era la señora Collins.

Estaba inmóvil. Con los ojos cerrados. El ventilador para sus pulmones subía y bajaba, haciendo un sonido como el de la bolita dentro de un bote de pintura en aerosol.

Ssssss.

Christopher quería correr. Ir al clóset. Sacar su ropa. Salir de ahí. Pero tenía el clip en el dedo. Si se lo quitaba, las enfermeras irían de inmediato. Solo había una forma de engañarlas.

Tenía que poner el clip en el dedo de la señora Collins.

Lentamente abrió el velcro que medía la presión en su brazo. Luego fue de puntitas hacia la otra cama. Escuchó voces afuera de su puerta. Solo tenía unos segundos. Estiró los dedos de la mujer y acomodó el índice, grande como una cereza, encima de los demás. Lo único que tenía que hacer era quitarse el clip y ponérselo a ella. Pero debía hacerlo en un instante. Respiró profundo. Era su única oportunidad. Tomó el clip de su dedo y sintió que el corazón se le iba a salir.

Bip. Bip. Bip. Bip. Bip. Bip.

Christopher se lo puso en el dedo índice a la señora Collins.

Bip. Bip.

Ssssss.

Las voces de afuera iban subiendo de volumen. Christopher cerró la cortina alrededor de su cama y fue al clóset, pero antes se robó el celular de la señora Collins de la mesita de noche. Le quedaba media carga. No tenía señal. No tenía servicio. Rápidamente se quitó la bata de hospital y se puso su ropa. Guardó el teléfono en su bolsillo, junto con la llave.

La puerta de la habitación se abrió.

—¿Christopher? ¿Estás despierto?

Christopher se asomó por la rendija en la puerta del clóset. Vio a la enfermera Tammy entrando al cuarto con una bandeja de comida. Fue a su cama y suavemente descorrió la cortina blanca. Vio la almohada bajo la sábana. Al parecer se veía muy convincente. Ella tomó la bandeja de comida y la acomodó con cuidado.

—Acabo de hablar con mi papá, Christopher. Un ciervo lo asustó en el patio trasero y se le cayó la botella de merLOT. Se rompió y la vinatería está cerrada. Ahora ya no va a poder tomarse su merLOT de Navidad. Trabajó muchas noches para pagarme la escuela y tú le quitaste lo que más quería.

La enfermera Tammy sacó un escalpelo de su bolsillo.

—Pude haberle comprado más merLOT, pero tuve que trabajar un turno triple. Tú los enfermaste a todos. E hiciste que no fuera a la cena de Navidad. Tuve que quedarme aquí por tu culpa.

La enfermera Tammy bajó el escalpelo y apuñaló violentamente las sábanas. Al no ver sangre, las levantó y encontró la almohada en lugar del niño. Se dio la vuelta y susurró.

—Christopherrrr, ¿dónde estáaaaas?

Bip. Bip. Bip. Sssss.

Christopher volteó a ver a la señora Collins en la cama. Tenía los ojos abiertos y lo estaba mirando a través de la rendija del clóset. La pintura en aerosol traqueteaba en sus pulmones.

—iiiiiiiizzzzz —gimió, intentando expulsar la palabra «Christopher» por el tubo de respiración.

—¿Qué pasa, señora Collins? —preguntó la enfermera Tammy, mientras corría hacia la cama de la paciente.

Christopher salió del clóset mientras la enfermera estaba de espaldas y se escabulló en silencio hacia el pasillo, que estaba vacío.

Pero Christopher sabía que eso solo era temporal.

Podía sentir a la gente en sus camas.

Despertando para la cacería.

Las puertas de la sala de terapia intensiva comenzaron a abrirse y Christopher vio al señor Henderson sentado en su cama, señalándolo. Gritó para dar aviso a los demás, pero no salió ni un sonido. Se llevó las manos a la garganta. El lugar donde su esposa lo apuñaló. Comenzó a tirar las máquinas y el equipo para llamar la atención de todo el piso.

No había tiempo que perder. Christopher corrió al clóset de almacenamiento al

final del pasillo. Cerró la puerta justo cuando la gente comenzó a llenar la sala de terapia intensiva. Se dio la vuelta y observó el lugar, esperaba encontrarlo vacío. Pero había un enorme objeto negro en medio del piso. Le tomó un momento darse cuenta de qué era.

Una bolsa para transportar cadáveres.

Se inflaba y desinflaba como una bolsa de palomitas en el microondas. Había alguien adentro. Respirando. Christopher estaba atrapado. No podía salir de la habitación. El pasillo estaba lleno de gente.

—Está por aquí, doctor —dijo la enfermera Tammy.

Christopher necesitaba esconderse. Sabía que iban a revisar el clóset. Solo quedaba un lugar. Se acercó a la bolsa negra y lentamente bajó el cierre. El cuerpo al interior emanaba calor. Christopher vio los pequeños charcos de sangre en la bata de hospital y una barba de cinco días.

Era el alguacil.

Se veía pálido. Estaba profundamente dormido. Casi ni respiraba. Christopher tocó su mano y la comezón despertó en su piel.

—Despierte —susurró Christopher.

El alguacil no se movió.

—¿Qué hay en este cuarto? —preguntó la enfermera Tammy.

Los pasos se acercaron. Estaban afuera de la puerta. No había más adónde ir, sólo le quedaba meterse en la bolsa. Christopher se acomodó junto al alguacil y subió el cierre. Podía sentir los latidos del hombre. Su respiración superficial.

—Por favor, alguacil, despierte —susurró.

La puerta se abrió y alguien entró al cuarto.

—¿Está aquí? —dijo una voz.

—No, doctor —respondió la enfermera Tammy.

—Bueno. Sigamos buscando.

Los pasos salieron del clóset y cerraron la puerta. Christopher estaba por abrir la bolsa cuando se dio cuenta de que aún podía escuchar una respiración.

Había más gente en el cuarto.

Tras un largo momento de silencio, un hombre con la garganta cortada gimió.

—Tiene razón, señor Henderson. La bolsa se está moviendo —dijo la enfermera Tammy.

Los pasos se acercaron.

—Hola, Christopher. ¿Estás ahí?

Christopher no respiró. Sintió cómo levantaban la bolsa para transportar cadáveres.

—Qué pesada. El alguacil debió aumentar unos veinte kilos en la última hora. Christopher sintió que dejaban la bolsa sobre una mesa dura. La mesa comenzó a moverse. Estaban en una camilla. Los llevaban a Dios sabe dónde.

Squick. Squick. Squick.

—A ver, todos. Llevemos a Christopher con los demás —dijo la enfermera Tammy.

Christopher escuchó que alguien presionaba el botón en la pared de terapia intensiva. La puerta de seguridad se abrió. Un murmullo recorrió el pasillo. Christopher tomó la mano del alguacil y enfocó su mente. Empezó a sentir la fiebre en su frente. Dejó que el calor de su cuerpo pasara al del alguacil. Que sanara sus heridas. Que le diera color a su piel pálida.

*Despierte, alguacil.*

La camilla entró al elevador.

—¿Puede presionar el botón para el sótano, por favor, señor Henderson?

El señor Henderson gimió con sus cuerdas vocales cortadas. El elevador emitió un pitido y comenzó a bajar.

*¡Por favor! ¡Nos van a matar!*

La camilla se detuvo con un rechinido.

—Ya llegamos —anunció la enfermera Tammy.

Una mano abrió el cierre de la bolsa. El aire frío llenó los pulmones de Christopher. El niño vio instrumentos. Mesas metálicas. Y unos cajones tan grandes que la pared parecía un enorme archivero.

Estaba en la morgue.

La madre de Christopher estaba en el cuarto de su hijo, observando el librero de David Olson y la escritura aterrada del niño.

NO MATEN  
A LA Mujer siseante  
ELLA ES LO ÚNICO QUE MANTIENE  
AL DIABLO EN EL INFIERNO

Sintió un cosquilleo en la nuca. Una energía recorriendo su casa. Los vellos de su brazo se erizaron como si le hubieran frotado un globo contra un suéter invisible.

*hola, kate. ¿te acuerdas de él?*

La madre de Christopher volteó a ver la fotografía de su difunto esposo. Inmóvil en el marco de plata. Su esposo la miró. La misma sonrisa. La misma pose. Congeladas en el tiempo.

Pero algo había cambiado.

Su camisa de franela se estaba mojando.

Sus muñecas se estaban volviendo rojas.

Comenzó a caminar hacia ella.

*Tengo a tu esposo, Kate.*

La sonrisa nunca abandonó el rostro de su esposo. Él avanzó hacia el cristal del portarretratos, creciendo dentro de la fotografía. Estiró los brazos. Golpeó el cristal. Desesperado. ¡Déjame salir! ¡Déjame salir!

*También tengo a tu hijo.*

La madre de Christopher salió corriendo de la habitación. Bajó las escaleras. Tenía que luchar contra la voz. Tenía que ir con Christopher. Pasó junto a las fotografías de las escaleras.

*Has dejado morir a todos tus hombres.*

Su esposo caminaba directo a ella en todas las fotografías. Con las manos estiradas hacia el cristal del portarretratos. Listo para golpearlo. Con las muñecas



tasajeadas. La sangre corría por la superficie interior del cristal.

Toc. Toc. Toc.

La madre de Christopher se detuvo. Había alguien en su porche. Vio a su esposo en las fotografías. Estaba golpeando el cristal al mismo tiempo que alguien llamaba a su puerta.

Toc. Toc. Toc.

Ding dong.

La madre de Christopher se alejó sigilosamente de la puerta. Tenía que salir de ahí. Tenía que ir con Christopher. La perilla giró, pero el seguro la detuvo. Ella siguió retrocediendo hasta llegar a la sala, sin quitar los ojos de la puerta principal.

Hasta que chocó con un cuerpo.

Se dio la vuelta y lo vio ahí parado, con una pistola.

—Hola, Kate —dijo Jerry.

Los niños estaban rodeados.

Matt bajó la mirada hacia el claro y vio a la señora Henderson en el suelo. Su ojo malo comenzó a arderle como si el doctor acabara de ponerle gotas. El mismo ojo malo que Christopher le sanó. Con él pudo ver la sombra de un hombre que se desplazaba en el claro de una persona a otra. Susurrando.

Los movimientos de la multitud comenzaron a unificarse. La gente colgada de las ramas se fue soltando de las horcas. Cayeron al suelo como bellotas y se levantaron para acomodarse alrededor de la señora Henderson, que estaba en el suelo con una enorme herida en la frente que le dejó la bala de Special Ed.

—Por Dios. Sigue viva —dijo Mike.

—Eso es imposible —comentó Special Ed, acercándose a la ventana.

Los chicos observaron en silencio cómo la gente la levantaba con cuidado. La señora Henderson les agradeció a las personas buzón con un movimiento de cabeza. Luego puso una mano cariñosamente sobre los hombros más cercanos a ella y habló con calma.

—Maten a Christopher y tráiganlo al árbol —dijo.

La mitad de la congregación se echó a correr en silencio hacia el bosque. La otra mitad se quedó, esperando la siguiente orden. La señora Henderson cortó el hilo de las bocas de Doug y Debbie Dunham.

—Vayan por Mary Katherine. Se está burlando de los dos. Hagan que pare.

Ambos adolescentes asintieron y corrieron al bosque. La señora Henderson bajó el cuchillo. Tomó una aguja e hilo de su costurero. Levantó la vista hacia la casa del árbol y miró fijamente a Special Ed mientras se cosía la herida de bala que le había dejado en la frente como la marca de un Miércoles de Ceniza.

Luego la señora Henderson ordenó que atacaran escaleras arriba.

—Ay, Dios —dijo Matt.

Special Ed revisó su pistola. Le quedaban cinco balas en el cilindro. Doscientas rondas en su mochila. Abrió la puerta y apuntó el arma. Como en un videojuego enloquecido, había docenas de personas trepando la escalera y otros cientos esperando su turno. Special Ed disparó y por un instante detuvo la marea. Los cuerpos cayeron de espaldas. Pero nadie se moría. Nadie se detenía.

Matt observó la locura con el ardor en su ojo malo. Podía ver al hombre sombra por todas partes. Le susurraba a la gente. Su sombra se iba transformando en una cocina cálida. En una habitación de hotel. En una casa hermosa. En el chico que al fin los quería. En la chica que al fin decía que sí. En el padre perdido y añorado. El hijo pródigo. Susurraba. Lo único que tenían que hacer era abrir la puerta. Tomar la casa del árbol. Atacar a esos tres niños que les bloqueaban el paso y, entonces, podrían ser felices.

Por siempre.

—No tendremos suficientes municiones —dijo Special Ed.

Matt miró hacia abajo. Eddie tenía razón. Doscientas rondas se acabarían y los tipos seguirían subiendo. Mike tomó el martillo y comenzó a bajar por las escaleras.

—Cúbreme —le dijo a Special Ed.

—¡No, Mike! —gritó Matt.

—No pueden subir si no hay escalera. No voy a permitir que te hagan daño.

Mike bajó diez escalones a toda velocidad. El claro enloqueció abajo. Mike soltó un martillazo y zafó la primera tabla de 5 x 10. Matt le quitó el arma de las manos a Special Ed. Esperó hasta que la primera persona buzón se acercara a la pierna de Mike.

Y entonces disparó.

La persona buzón se cayó, llevándose a su paso a los que le seguían, como fichas de dominó. Mike aventó la tabla hacia la casa del árbol para que Special Ed la atrapara. Luego subió otro escalón, arrancó cada madera de 5 x 10. Las lanzó hacia la casa. Y así empezó a llevarse la escalera con él.

—¡Tírenlo del árbol! —ordenó la señora Henderson.

La gente comenzó a arrojar rocas desde el claro. Piedras. Lo que encontraran. Sus tiros golpeaban a Mike, pero nada podía detenerlo. Dio otro paso. Y otro. Llegó a la última tabla. El último escalón. Había unos cuatro metros debajo de él. Nadie podría alcanzar la casa del árbol desde ahí. Los chicos podrían esperar a que Christopher llegara con ayuda. Podrían esperar al alguacil. Habían ganado.

Hasta que Brady sacó su arma.

Matt observó horrorizado cómo el hombre sombra envolvía a Brady como una rama de árbol.

—Eso es, Brady —susurró la voz—. Sal de la casa para perro.

Brady levantó el arma mientras Mike quitaba la última tabla de 5 x 10.

—Saca a ese niño de nuestra cocina.

Mike le entregó el martillo a su hermano menor.

—Nunca volverás a tener frío.  
Brady Collins disparó.

eL hombrE amabLe sonrió mientras el claro luchaba a muerte por la casa del árbol. éL observó la bala entrando en el hombro de mike. éL vio cómo se caía mike. y cómo la señora henderson se acercaba a él con aguja e hilo. éL le susurró a Matt que aún podía salvar a su hermano. éL vio cómo Matt bajaba la cuerda secreta y descendía hacia la niebla. éL vio la expresión de Matt al descubrir que su hermano se había convertido en una persona buzón que corría hacia él con aguja e hilo. un minuto después, eL hombrE amabLe vio cómo special ed escuchaba los gritos en la distancia.

eddie.

—¿Matt? ¿Eres tú?

sí. baja la escalera.

—¿Cuál es la contraseña?

leche con chocolate.

éL observó a special ed bajando la escalera. vio que la cuerda se tensaba. que las manos salían de la oscuridad al bajar por la cuerda. la expresión en el rostro de special ed al ver que no era matt.

era brady collins.

eL hombrE amabLe les sonrió a los dos perros que gruñían ante un silbato invisible. pronto haría que se persiguieran unos a otros por el bosque. con armas en las manos. dos niños jugando a la guerra. es fácil hacer que los hombres se maten entre ellos por un territorio que solo le pertenece al tiempo. tan fácil hacerlos pensar que son los buenos.

y así, la casa del árbol quedó vacía y sin protección. justo como éL la necesitaba. éL no podía ir a la tierra. nO mientras la mujer siseante siguiera viva. pero el portal ya estaba abiertO.

lo único que Le faltaba era christopher.

y la llave que tenía en su bolsillo.

solo necesitaba encargarse de otras personas primero.

—Ayúdame, Jesús.

Mary Katherine estaba de rodillas, mirando hacia la única ventana en su celda con paredes acolchadas. El camisón de algodón blanco dejaba que sus pies se enfriaran. Estaba en el hospital.

*No, estás en un hospital psiquiátrico.*

Ignoró la voz, que había estado presente como un virus desde que sus padres permitieron que los doctores la arrastraran hasta el pabellón de psiquiatría. Los doctores la sedaron y, cuando despertó, estaba dentro de esa habitación acolchada. De tres por tres. Con una sola ventana. Y paredes blancas. Se estaba muriendo de hambre.

*Porque estás embarazada. Tus padres no te creyeron.*

*Ellos te dejaron aquí, Mary Katherine.*

Pidió que le dieran agua y comida. El bebé estaba hambriento en su interior. Pateando las paredes de su estómago. Pero nadie le respondió. Ni una enfermera ni un doctor ni sus padres. Estaba sola.

—Ayúdame, Jesús, por favor.

Contempló la luna azul que brillaba al otro lado de su ventana. Luego se paró de puntitas y miró hacia el pueblo. En el horizonte se veían incendios. Edificios en llamas.

Algo terrible estaba pasando.

*Sí, tus padres te metieron a un asilo mental y nunca vas a salir.*

Mary Katherine intentó respirar para controlar su pánico. Se recordó que «asilo» significa algo más. Significa un lugar seguro. Sus condiciones eran mucho mejores que las que tuvo la Virgen María dos mil años atrás, ¿verdad? Eso lo podía agradecer, ¿verdad? Jesús la ayudó con eso, ¿verdad? Él la amaba, ¿verdad? Tranquilízate, Mary Katherine. Tranquilízate. Estás en un lugar seguro.

*¿Te sientes segura?*

Mary Katherine escuchó pasos por el corredor.

—¿Hola? —dijo.

Esperó una respuesta. Nada. Los pasos se escucharon más fuerte.

—¿Hola? ¿Quién anda ahí? —gritó.

La persona se detuvo justo afuera de la gruesa puerta acolchada. Mary Katherine vio que la perilla giraba. Pensó que debía ser el doctor. La enfermera con otra inyección para su brazo. Quería gritar. La puerta se abrió.

Era su madre.

Mary Katherine se echó a llorar. Corrió a abrazar a su madre. En su cabeza lo dijo todo perfectamente.

—Necesito comer, mamá. El bebé se muere de hambre. Pero te juro que nunca he tenido sexo. No sé cómo me embaracé. Gracias por venir por mí. Gracias por ayudarme. Gracias por salvarme. Gracias por seguir queriéndome.

Pero las palabras salieron completamente ininteligibles entre los mocos y los sollozos. Ante su madre debió sonar como una loca, porque se aferró a ella como al lado fresco de la almohada.

—Ya tenemos que irnos, Mary Katherine —dijo con tristeza.

Ella al fin recuperó el aliento lo suficiente para hablar con claridad.

—¿Adónde vamos, mamá? —preguntó.

—A la iglesia. Es hora.

Jerry dio un paso hacia la luz. Una botella en una mano. Un arma en la otra.

—¿Por qué huiste de mí? —dijo.

Kate retrocedió para alejarse de él. Jerry se tomó el último trago de whisky y con cuidado dejó la botella en la barra.

—No quiero que tengas miedo. Ya me compuse. Lamento lo que pasó antes. Oye, ¿dónde está Christopher? Quiero jugar a la pelota con él.

La mente de Kate daba vueltas. Tenía que escapar. Volver con Christopher al hospital.

Jerry sacó cuatro fajos de billetes, cada uno envuelto con una cinta de papel blanco.

—Sé que no me crees, pero te lo prometo... Ya no soy un perdedor. Puedo cuidar a ambos. Gané más de cuarenta y un mil dólares. Aún tengo casi todo. Lo único que compré fue esta pistola.

Toc. Toc. Toc.

Ding Dong.

—¿Kate, estás aquí?! —gritó una voz desde afuera. Era la madre de Special Ed.

—¡Betty! ¡Aquí estoy! —respondió ella.

Jerry dio un paso más.

—No abras la puerta, Kate —soltó Jerry—. No huyas de nuevo. Lo siento. Estaba loco. Llevo horas aquí. Vine con muchas ideas en la cabeza. Pero los globos me guiaron hasta la escuela. La oficina del director quedó destruida, pero encontré tu dirección.

Toc. Toc. Toc.

Ding dong.

—¡Abre la puerta! ¡Algo anda mal en el pueblo! —gritó Betty.

Jerry se acercó más, con el dinero en las manos.

—Por favor, Kate. Quiero ser un mejor hombre para ti. Tu hijo es maravilloso. Puedo ser su padre. Puedo enseñarle cosas. Y cuando se porte mal, seré mucho más amable que mi padre.

Jerry pesaba el doble que ella; sin embargo, ella tenía una ventaja. La mujer

que Jerry conoció en Michigan ya no existía.

*Sé víctima o sé guerrera.*

Se llevó una mano al bolsillo. ¿Dónde estaba su gas pimienta? En su bolsa. ¿Dónde estaba su bolsa? En el auto. Tenía las llaves del auto. Las llaves del auto.

El botón de pánico.

Jerry dio otro paso y ella presionó el botón de pánico en su bolsillo. La alarma comenzó a sonar. Jerry se dio la vuelta para ver hacia afuera. Ella se echó a correr y abrió de golpe la puerta principal.

La cadena la detuvo.

¡No podía salir! Vio a la madre de Special Ed a través de la abertura. Había más gente detrás de ella. El padre de Special Ed. Las mamás de Mike y Matt.

—¿Dónde están nuestros hijos, Kate? —preguntó Betty.

—Sí. Despertamos y Eddie ya no estaba.

—Tampoco Mike y Matt.

—No lo sé. ¡Ayúdenme! —gritó.

—¿Ayudarte? ¿A ti? Tu hijo se llevó a nuestros niños. ¿Dónde diablos está, Kate?

—Sí. Entréganos a Christopher antes de que haga que maten a nuestros hijos —chilló Betty.

Los padres se acercaron a la puerta. Golpeando y gritando. Empujando contra la cadena. Kate usó todo su peso para contenerlos.

Jerry estaba detrás de ella, mirándola.

Con el arma en mano.

—Te dije que no huyeras y no me hiciste caso —dijo fríamente, frotándose los ojos inyectados de sangre—. ¿Ya estás con otro? ¿Es eso? ¿Es mejor que yo? ¿Se burlan de mí juntos? ¿Eso hacen cuando te está cogiendo? ¿Se están burlando de mí ahora mismo? Dejen de burlarse de mí.

Kate Reese escuchó el cristal de la puerta corrediza que daba al patio trasero. Se dio la vuelta. El patio estaba lleno de gente que salía del bosque. La anciana del ático llevaba un enorme cuchillo de carnicero.

Tin. Tin. Tin. Su cuchillo contra el cristal.

Jerry levantó el arma.

—Sal de mi cabeza, Kate. Deja de burlarte de mí. ¿Quién demonios te crees que eres? Vine desde Michigan solo para estar contigo, ¡¿y crees que eres demasiado para mí?! ¡¿Quieres que te dé una razón para reírte, perra?!

Jerry cortó cartucho.

—¡Tienes razón, Jerry! —gritó ella—. Fui una perra. Te estaba poniendo a



prueba. Hice hasta lo imposible para que no me encontraras. Pero lo hiciste. Vámonos a Michigan.

—¿Qué?

—Creí que no te importaba, pero pasaste la prueba. Eres un verdadero hombre, Jerry. Quiero que me lleves contigo a Michigan, pero tenemos que hacerlo ahora mismo. ¿Dónde está tu camioneta?

Toc toc toc.

Tic tic tic.

—La camioneta está afuera —respondió él, azorado.

—Vamos por Christopher y regresemos a Michigan.

—Me estás mintiendo —dijo Jerry.

—No te estoy mintiendo. Estaba enojada. Me golpeaste. Tenía que hacerte pagar.

La cadena comenzó a zafarse.

La puerta de cristal comenzó a quebrarse.

—Es tu última oportunidad, Jerry. Si no me llevas contigo ahora mismo, nunca volverás a tenerme.

La gente buzón quebró la puerta corrediza y el cristal les lastimó las manos. La anciana corrió entre los vidrios con su cuchillo de carnicero.

¡BANG!

Jerry le disparó a la anciana en la pierna.

La cadena detrás de ellos se rompió y Betty cayó al recibidor porque los otros padres entraron corriendo detrás de ella. Kate tomó a Jerry de la mano, lo llevó hacia el garaje y cerró la puerta tras ellos. Presionó el botón que abría el garaje. Preparada. Lista para correr.

La cadena subió la puerta del garaje con un gemido de dolor. Kate vio piernas en la entrada. La sangre se agolpaba en sus oídos. Christopher estaba solo en toda esa locura. Ella tenía que sobrevivir para que él sobreviviera. Tenía que ir con su hijo.

—Jerry, llévame a casa.

Jerry sonrió mientras la puerta del garaje se elevaba. Sacó a Kate a través de la multitud.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

A un hombre le disparó en la mano. A otros dos, en el pecho. Kate vio el Cadillac de Ambrose en la entrada. Le habían desinflado las llantas y el parabrisas estaba hecho pedazos. Corrió hacia la camioneta de Jerry, estacionada al final de la calle, y abrió la puerta. Jerry subió al asiento del conductor.

—Arranca, Jerry. —Las llaves se le resbalaron de la mano al sacarlas—.

¡Arranca la maldita camioneta!

La señorita Lasko salió corriendo del bosque con una mirada enloquecida por la sobriedad. La camioneta cobró vida con un rugido. Jerry metió primera y fue directo a la calle cerrada. No había tiempo para retroceder. Docenas de personas buzón iban corriendo hacia ellos con la señorita Lasko a la cabeza. Jerry dio vuelta bruscamente. Las llantas de la camioneta derraparon hasta recuperar la estabilidad sobre el pavimento, y salieron de la calle dejando toda esa locura atrás.

La adrenalina abandonó sus cuerpos y los dos examantes se miraron. Jerry reía y reía y reía. Kate mantuvo una sonrisa en el rostro mientras el dolor volvía a su costado. Sus ojos se posaron en la pistola que llevaba Jerry en la mano.

El hospital estaba a diez minutos.

Christopher levantó la vista desde la mesa de autopsias.

Toda la gente en la morgue lo estaba mirando. La enfermera Tammy. El señor Henderson. El doctor con su escalpelo. Los guardias de seguridad con sus armas. Todos esperando en fila, como en la cafetería, para matar a Christopher, cada quien un corte.

Christopher buscó ayuda con la mirada. Las mesas a su izquierda estaban cubiertas de cadáveres. Los empleados de la oficina del alguacil. Algunos ancianos de Shady Pines. Todos con los ojos cerrados. Todos respirando. Aún vivos.

Los ancianos comenzaron a incorporarse y a gemir.

Christopher volteó hacia la mesa que estaba junto a él. Vio el tatuaje de águila borrado en la piel curtida. Las vendas sobre los ojos. Era Ambrose Olson. Parecía que habían acuchillado al anciano.

—¡Señor Olson! ¡Despierte! —gritó Christopher.

Tomó la mano de Ambrose en la suya y la sangre comenzó a correrle por la nariz mientras intentaba sanar al anciano. Pero Ambrose estaba perdido en la profundidad del sueño.

—Chrisstoppheerrrr —susurraron las voces detrás de él.

Los ancianos se levantaron en sus mesas con miradas malas como el cáncer. Los vio ponerse de pie. Uno por uno. Sus pies acabados se posaron sobre el suelo frío. Sus caderas chasqueaban como insectos.

—¿Por qué no nos dejas morir? Nos duele.

Los ancianos se acercaban a él cada vez más. Podía sentir sus cuerpos. Todo el dolor en sus articulaciones. Las masas negras en sus pulmones. Podía sentir su aliento en la nuca. El aroma amargo de la vejez. Unos dedos viejos le abrieron los ojos mientras unas manos acabadas lo separaban de Ambrose. Le dieron la vuelta para que quedara de frente a la habitación.

—¿Cómo debemos proceder, doctor? —preguntó la enfermera Tammy.

—Dejemos que ellos se encarguen de Christopher —dijo él.

—¡Sí! ¡Dénselo a ellos! —corearon los ancianos.

Los guardias de seguridad fueron hacia la pared con los cajones de metal para

los cadáveres. Golpearon los cajones con las culatas de sus armas.

—¡Despiértense! ¡Vamos!

Los ancianos rodearon a Christopher y lo levantaron de la mesa.

—¡NO! —gritó.

Christopher luchó con todas sus fuerzas. Tomó la mano del alguacil con su derecha y la de Ambrose con la izquierda. Desesperado. Se aferraba. Canalizó todo lo que tenía a ambos brazos. La electricidad vibró dentro de las lámparas fluorescentes. La habitación se llenó de olor a ozono. El olor de las nubes al chocar una contra otra.

*¡Tiene que despertar, alguacil!*

*¡Señor Olson! ¡Aún podemos salvar a su hermano!*

Los ancianos retiraron sus dedos uno por uno hasta que él quedó libre y empezó a soltar patadas. Los cajones comenzaron a abrirse y unas manos arañaban el metal. Los cadáveres de adentro se retorcían. Gritaban. «¡Déjanos morir!». Christopher vio un cuerpo en el cajón de en medio. Estaba cubierto por una sábana blanca.

El grupo echó a Christopher en el cajón y lo cerró con llave. El cajón quedó completamente oscuro. Los gritos de Christopher rebotaban contra las frías paredes de metal. No podía ver nada, pero podía sentir el cuerpo dentro del cajón. ¿Se estaba moviendo? ¿Estaba respirando? Christopher se movió y sintió la piel de las manos del cuerpo que salían de la sábana. Estaban frías y sin vida. Sin electricidad. Y ese olor. Recordaba ese olor en el funeral de su padre. Era como el talco de la muerte. ¿Estaba vivo? ¿Muerto? Christopher se concentró en su mente. Tenía que encontrar una manera de salir. Bajó una mano y buscó por su cuerpo.

El teléfono.

Casi lo olvida. El teléfono de la señora Collins. Seguía en su bolsillo, junto a la llave de la mujer siseante. Christopher lo encendió. La luz se reflejó sobre el metal y lo hizo brillar. Miró a los lados y vio unas manos viejas y acabadas. Y ni una barra de señal en el teléfono.

La luz se apagó.

Christopher encendió de nuevo el teléfono. Miró hacia abajo. Las manos estaban con las palmas hacia arriba. El cadáver se había movido en la oscuridad.

El teléfono se apagó. Christopher volvió a encenderlo. Las manos se estaban moviendo.

Se retorcían. Los dedos se estiraron. Rozaron el cuello de Christopher.

—Chrissstopher —susurró la voz.

Christopher gritó y el cadáver se incorporó.

—¿Cómo me llamo? Devuélveme mi nombre, Christopher.

Las manos de la señora Keizer rodearon el cuello de Christopher. Él luchó contra la anciana, pero su fuerza era inhumana. Sintió cómo el aire abandonaba su cuerpo hasta que una voz retronó por toda la morgue.

—¡NO! ¡ÉL ES MÍO!

La morgue se quedó en silencio. Christopher sintió las manos de la señora Keizer soltando su cuello. El cajón se abrió con un clic y lentamente salió hacia la habitación. Christopher miró hacia arriba y vio los ojos que lo observaban desde el centro de la morgue. Negros e inyectados de sangre. Aquel era un rostro lleno de maldad.

Era el alguacil.

—¿Por qué la mataste, Christopher?

Christopher estaba impactado. El alguacil se veía tan lleno de odio. Su piel estaba pálida y cerosa. El susurro le hacía rascarse la mano. Ya se había abierto la piel. Se rascaría hasta llegar al hueso.

—Solo era una niña. ¿Por qué la mataste?

—Yo no fui, señor. Por favor.

—¿Por qué lo mataste? Solo era un niño —dijo otra voz.

Christopher se dio la vuelta y vio a Ambrose Olson levantándose de la camilla. Sus ojos estaban negros por la rabia.

—Yo no maté a David, señor. ¡Aún podemos salvarlo! —suplicó Christopher.

El alguacil y Ambrose estiraron sus poderosos brazos y sacaron a Christopher del cajón. Luchaban por recuperar la cordura.

—La matas cada vez que me voy a dormir. No puedo verla morir otra vez. ¡Tengo que detenerte antes de que la mates de nuevo! —gritó el alguacil.

—Matas a David cada vez que me voy a dormir. No puedo ver a mi hermano morir otra vez. ¡Tenemos que detenerte antes de que lo mates de nuevo! —siseó Ambrose.

El alguacil levantó una mano para llamar al grupo.

—Alguien deme un arma —dijo.

El guardia de seguridad le entregó su pistola. La señora Henderson tomó la mano derecha de Christopher. El doctor y la enfermera Tammy tomaron la izquierda. La señora Keizer salió del cajón con su columna vertebral curvada como la de un buitre. Ambrose cruzó entre la multitud y se paró junto al alguacil, ambos le daban la espalda a la puerta de salida. El resto de la morgue estaba detrás de Christopher. El alguacil elevó su arma.

—Tú te lo buscaste —dijo—. Esto tiene que terminar ya.

Con esas palabras, el alguacil cortó cartucho y disparó cuatro veces. Christopher sintió cómo las balas volaban junto a sus orejas con dirección al doctor, la enfermera Tammy, el señor Henderson y la señora Keizer. Los cuatro cayeron hacia la multitud, por lo que le bloqueaban el paso. El alguacil agarró a Christopher y lo llevó a la salida. Ambrose rápidamente encerró a la gente dentro de la morgue y volteó hacia Christopher para poner una mano amable sobre su hombro.

—Vamos. Tenemos que sacarte de aquí.

Mary Katherine iba en el asiento trasero del Mercedes de su padre, mirando por la ventana. Todo estaba en silencio. Los caminos, vacíos. Las luces navideñas cintilaban en cada casa y tienda. Pero no se sentía como Navidad. La sensación era escalofriante. Ni un alma a la vista. Solo el olor de los incendios a lo lejos. Lo hubiera comentado, pero sus padres no habían hablado desde que la sacaron del hospital y no iba a arriesgarse a decir algo equivocado y hacer que se dieran la vuelta.

—Ya llegamos —dijo su padre con voz tranquila.

El Mercedes entró al estacionamiento de la iglesia.

Mary Katherine observó el edificio. Estaba especialmente hermoso esa noche. Un oasis en medio del espeluznante cielo nocturno. La Navidad siempre fue un momento tan especial para la familia. Era el único día del año en el que sus padres se relajaban. Su mamá tomaba vino tinto. Su papá, rompopé. Y ambos se emborrachaban lo suficiente para darle un abrazo.

El Mercedes se estacionó en el lugar de siempre.

—Vamos —dijo su padre.

—Pero... —protestó Mary Katherine.

—¿Pero qué? —preguntó su padre bruscamente.

Ella quería decir que aún llevaba su bata de hospital. Quería pedir unos zapatos o un abrigo. Pero le daba tanto miedo alborotarlos que no se atrevió a pronunciar otra palabra más que...

—Nada.

Los tres bajaron del auto. Mary Katherine caminó detrás de sus padres. El estacionamiento estaba helado. El pavimento y la nieve sucia le congelaban los pies descalzos.

Sabía que algo estaba terriblemente mal, pero no quería volver al hospital. Solo quería que sus padres la amaran de nuevo. Así que se concentró en la iglesia. No había ni un sonido adentro, pese a que el estacionamiento estaba lleno de autos. Las decoraciones eran hermosas. Recordó cuando era niña e inventaba historias sobre la gente en los vitrales. Eran sus amigos imaginarios.

Llegaron a la iglesia.

Abrieron la puerta.

Mary Katherine se asomó al interior. La iglesia tenía el brillo suave y cálido de las velas. Vio a toda la congregación reunida para la misa de gallo. Pero no estaban hablando entre ellos. No estaban cantando a coro. Ni siquiera estaban hincados en oración.

Solo la miraban.

Mary Katherine buscó un rostro amigable. Reconoció a sus antiguos compañeros del grupo de jóvenes. Niños que conocía desde la catequesis estaban con sus padres. La única persona con la que aún hablaba era Doug, que estaba sentado junto a Debbie Dunham. La tenía tomada de la mano. Había algo raro en su cara. Como marcas de aguja alrededor de la boca. Todo estaba mal. Mary Katherine retrocedió instintivamente hacia la puerta.

Hasta que chocó con alguien.

—Mary Katherine —dijo la voz.

Se dio la vuelta y se topó con su maestra de catequesis, la señora Radcliffe, que sonreía tranquilamente.

—No tengas miedo. Estamos aquí para ayudarte. Incluso te guardamos un lugar —dijo la señora Radcliffe, señalando hacia el frente.

Mary Katherine asintió y forzó una sonrisa. No sabía qué más hacer, así que fue hacia el lugar donde su familia siempre se sentaba, en la segunda fila.

—No. En las bancas no, querida —la corrigió la señora Radcliffe—. En el altar.

Mary Katherine volteó a ver a sus padres buscando consejo. Su padre estaba serio. Su madre desvió la mirada, nerviosa. La señora Radcliffe la tomó de la mano y la guio amablemente hacia el altar. La piel de la señora Radcliffe estaba ardiendo por la fiebre.

—Híncate, querida —dijo la señora.

Mary Katherine volteó a ver a su madre, quien no se atrevió a devolverle la mirada.

—Por favor, híncate, Mary Katherine —le suplicó su mamá.

Mary Katherine se hincó. El agujero en su estómago creció y su piel se llenó de comezón.

—Gracias, Mary Katherine. Ahora... confiésate —dijo la señora Radcliffe.

Mary Katherine comenzó a levantarse, pero la señora Radcliffe le puso una mano afiebrada sobre el hombro para mantenerla de rodillas.

—¿Adónde crees que vas?

—Al confesionario —respondió Mary Katherine.



—No. Lo harás aquí.

—Eh... de acuerdo, señora Radcliffe... pero ¿dónde está...? ¿dónde está el padre Tom? Él necesita escuchar mi confesión.

—No te preocupes por el padre Tom. Puedes confesarte con nosotros.

Mary Katherine asintió. Estaba en un gran peligro. Levantó la vista hacia la hermosa estatua de Jesús en la cruz como lo había hecho cada domingo de su vida.

—Confíesate —dijo amablemente la señora Radcliffe.

Mary Katherine tragó saliva y el agujero en su estómago creció. Por el rabillo del ojo, vio a la señora Radcliffe yendo hacia la entrada lateral de la iglesia. Abrió la puerta. Mary Katherine vio al padre Tom tirado en la banqueta helada. Lo habían acuchillado varias veces. De cada corte salía calor como humo de una alcantarilla.

—¿Quién es el padre, Mary Katherine? —preguntó tranquilamente la señora Radcliffe, y luego tomó la canasta de la colecta de entre las manos del padre Tom. Volvió a la iglesia y pasó la canasta.

—No sé quién es el padre —dijo Mary Katherine.

Luego miró a su madre, que se veía aterrada.

—Por favor, díles, Mary Katherine —le rogó.

—No puedo decirles algo que no sé.

—¡Por favor! ¡Solo díles quién es el padre!

—No lo sé. Soy virgen.

Mary Katherine se volteó mientras la canasta de la colecta recorría el lugar. Pero esta vez la congregación no estaba echando monedas.

Esta vez estaban sacando piedras.

—¡DILES! ¡POR FAVOR! —gritó la madre de Mary Katherine.

—Soy virgen, mamá. Como María.

—¡Blasfemia! —gritó la congregación—. ¡Confiesa!

—¡Solo dales un nombre, Mary Katherine! —gritó su madre.

—No me hagas mentir en la iglesia, mamá. Por favor.

—¡CONFIÉSATE CON NOSOTROS! ¡NO CON ELLA! —ordenó la señora Radcliffe.

Mary Katherine estaba hincada en su bata de hospital. Con la parte trasera de su cuerpo expuesta ante la iglesia. Se estaba congelando como María ante el pesebre. Sin más que un pedazo de ropa interior. Escuchó que la congregación se levantaba de las bancas para colocarse detrás de ella. La canasta seguía pasando de fila en fila. Tomaban las piedras como manzanas.

—Ayúdame, Jesús mío —suplicó.

—¡Confiesa! —gritó la señora Radcliffe, lanzando la primera piedra, con la cual quebró un vitral frente a ella.

—¡CONFIESA! —repitió la congregación.

La palabra se repetía en un cántico una y otra vez. Confiesa. Confiesa. Confiesa. Mary Katherine levantó las manos para indicar que se rendía. Se volvió hacia la congregación. Cada quien tenía una piedra en cada mano. El padre Tom seguía afuera, cubierto de sangre. Los feligreses habían tomado el control. Los locos estaban a cargo del asilo. Listos para lapidarla hasta la muerte.

—¡DE ACUERDO! ¡CONFESARÉ! ¡CONFESARÉ! —gritó Mary Katherine.

La congregación se quedó en silencio. Esperando. Mary Katherine miró a su madre.

—Mamá —dijo con voz temblorosa—. Iba a llegar tarde esa noche.

Cuando la verdad salió de su boca, Mary Katherine se echó a llorar.

—¿Qué? —preguntó su madre.

—La noche en que encontré a Christopher. No iba a llegar a casa antes de la medianoche. Les mentí a ti y a papá. No quería perder mi licencia, por eso les mentí. Pero me equivoqué y por eso me están castigando.

—Ese no es tu pecado. ¡¿Quién es el padre?! —gritó la señora Radcliffe.

—Mamá, si no hubiera mentido sobre no ir tarde, me habrían quitado mi licencia. Y nunca habría manejado en carretera. Y nunca habría tenido que esquivar al ciervo y estrellarme contra el niño en el auto. Lastimé a un niño porque tenía miedo de irme al Infierno. Fui egoísta. ESE es mi pecado. Pero juro que no sé quién es el padre. Juro por mi alma que soy virgen. ¿Me crees?

Miró a su madre entre las lágrimas. El rostro de su mamá se suavizó como si de pronto hubiera recordado a la niña a la que crio. Asintió.

—Sí, cariño.

—¿Papi?

—Te creo, Mary Katherine —dijo su padre.

La presa en su interior se rompió mientras la congregación se acercaba más y más, con las piedras preparadas para su muerte.

—¡DAN! —gritó su madre.

Los instintos de su padre regresaron en un momento. Corrió a proteger a su niña, pero la congregación se le echó encima y lo molió a golpes.

—¡Dejen en paz a mi familia! —gritó su madre mientras la congregación la derribaba.

Mary Katherine corrió para ayudar a sus padres, pero la señora Radcliffe y Debbie Dunham la detuvieron y la acomodaron frente a la cruz.

—Doug —sisearon—. Es hora.

Doug se levantó de la banca. Sus ojos estaban negros y perdidos. Desquiciados. Llevaba dos piedras en las manos.

—¡Doug! ¡Ayúdanos, por favor!

Doug no dijo nada. Solo se acercó a Mary Katherine, quien lo miró con lágrimas en los ojos. Ese rostro que había amado desde que tenían once años. Vio las marcas alrededor de su boca y los pedacitos de hilo que colgaban de su piel. Doug se cubrió la boca, apenado, hasta que se dio cuenta de que ella no lo estaba viendo como si fuera un monstruo.

—¿Qué te hicieron, Doug? —preguntó, preocupada.

—No la escuches. Ella te trató como si fueras un tonto, Doug —dijo Debbie Dunham.

—Apedréala, Doug —ordenó la señora Radcliffe—. ¡Apedrea a la ramera!

—Apedréala. Apedréala. —La congregación habló como una sola voz.

Todos sus amigos de la catequesis y del grupo de jóvenes repitieron su nombre. Doug levantó la piedra y miró a Mary Katherine a los ojos.

—Te amo, Doug —dijo ella—. Te perdono.

Él la observó con lágrimas en sus negros ojos. Levantó la piedra por encima de su cabeza y la lanzó con tanta fuerza como fue capaz.

Directo a la frente de la señora Radcliffe.

—¡CORRE! —gritó Doug, y le aventó la llave de su auto a Mary Katherine antes de darse la vuelta para detener a la multitud.

Mary Katherine corrió al estacionamiento por la puerta lateral. El lugar estaba tan lleno que no podía encontrar el auto de Doug. Un grito horrible salió de la iglesia. Escuchó las piedras quebrando los vitrales. Presionó el botón de pánico. El auto de Doug la llamó con las luces desde el otro lado del estacionamiento.

Mary Katherine corrió hacia el auto mientras las piedras y la grava le herían los pies descalzos. Abrió el auto y lo encendió. El motor estaba congelado. La congregación salió de golpe por las puertas principales hacia el estacionamiento. Corrieron hacia ella. Gritando. Intentó encender el auto de nuevo y el motor cobró vida con un rugido. Lo puso en DRIVE y salió a toda velocidad del lugar. La congregación le lanzó piedras y le quebró el parabrisas. Mary Katherine tomó la carretera y vio a la congregación por el espejo retrovisor. Estaban abriendo sus autos. Los faros se encendieron como horribles y enfermizos ojos.

—Por favor, Jesús —dijo ella—. Ayúdanos.

Ambrose y el alguacil corrían por el pasillo, Christopher iba en los brazos del alguacil. Ambrose podía escuchar a la gente encerrada en la morgue detrás de ellos. Golpeando la puerta. Rompiendo los cristales con los puños. El alguacil sujetó a Christopher con más fuerza mientras corrían más rápido de lo que Ambrose había corrido en toda su vida. Era más que miedo. Más que adrenalina. Ya había corrido por su vida antes. Pero esa velocidad no venía de él.

Venía de Christopher.

Hacía una hora, el alguacil estaba en una cama de hospital con una herida de bala en el pecho. Ambrose estaba inválido y ciego sobre una mesa en la morgue. Ahora se movía como un hombre de la mitad de su edad y el alguacil corría como si nunca se hubiera sentido mejor en su vida. Lo único con lo que habían hecho contacto era la mano de Christopher. Con solo tocarla daba la impresión de que se habían vuelto capaces de enfrentar a un ejército por sí mismos.

Pero Christopher se veía como si estuviera muriendo.

—¡Necesitamos un auto! ¡Sígame! —gritó Ambrose.

El anciano abrió la puerta para que pasara el alguacil con Christopher. Aún no podía creer lo que estaba pasando. Lo último que recordaba era la máscara de plástico en su boca. Y luego sintió la mano del niño en la suya, que generaba un calor que le recorrió el brazo, subió por su cuello y se asentó en sus ojos.

No lo habían operado. Pero aún veía halos de luz tan brillantes como un eclipse. Se sentía como un soldado de nuevo, recorriendo el hospital como una zona de guerra. Nunca pensó que estaría agradecido por todos los viajes al oculista, pero con lo bien que conocía el lugar bien podría haber sido un espía. Las puertas traseras. Los atajos. Los pasillos en el sótano que llevaban a la lavandería. Sus hombres eran menos, pero podía llevar al enemigo a un cuello de botella.

Ya lo había hecho antes.

Ambrose los llevó por la escalera. Bajaron corriendo los escalones hacia el garaje.

La puerta arriba de ellos hizo clic.

El señor Collins estaba ahí, con una pistola de clavos de su constructora. Detrás de él había al menos dos docenas de personas.

La puerta debajo de ellos hizo clic.

La gente de la morgue se asomó por las escaleras, con las manos deshechas tras romper el cristal con ellas.

Ambrose guio al alguacil. Tenían que llegar al garaje primero. Un chirrido aterrador recorrió las escaleras mientras el señor Collins las bajaba a toda velocidad y la gente de la morgue las subía.

Ambrose llegó al garaje y abrió de golpe la puerta de emergencia. La alarma sonó por todo el hospital. Corrieron por el pasillo vacío. Las dos turbas se iban volviendo una sola fila detrás de ellos. Dos frentes convertidos en uno. El cuello de botella perfecto. Ambrose los guio a una bifurcación en el pasillo. Estaba por dar vuelta a la derecha cuando, de pronto, Christopher susurró:

—A la izquierda.

El alguacil giró a la izquierda y Ambrose lo siguió. Miró hacia atrás, vio cómo sus perseguidores aparecían por el pasillo detrás de él. De algún modo, el niño lo sabía. Ambrose volteó hacia Christopher, que tenía sangre corriendo de su nariz y de sus ojos como lágrimas. Llegaron a otra bifurcación.

—A la derecha —dijo débilmente.

Ambrose dio vuelta a la derecha. Christopher los guio por un laberinto de pasillos y puertas laterales. Lograron distanciarse un poco de la turba. Al fin llegaron a la entrada trasera del estacionamiento y cerraron la puerta.

Estaba vacío.

El silencio era aterrador. Sus pasos hacían eco al rebotar contra las paredes de cemento. Instintivamente, el alguacil comenzó a correr por la rampa hacia la salida.

—Nos están esperando abajo —dijo Christopher.

—Entonces vamos al techo —sugirió Ambrose.

—También están arriba —aclaró Christopher.

—Necesitamos una distracción —dijo Ambrose—. Síganme.

Se echó a correr con sus piernas y pulmones a toda potencia. Corrió por el garaje, pateando autos y encendiendo alarmas. ¿Cuántas veces detonó municiones para usarlas como distracción? Nunca pensó que volvería a hacerlo. Especialmente con un Ford. Los llevó a la entrada del ala de maternidad, tras ellos había una docena de alarmas encendidas. Los tres corrieron por el pasillo. Pasaron por las incubadoras, donde todos los bebés estaban llorando. Llegaron a la primera bifurcación.

—¿Para dónde, Christopher? ¿Izquierda o derecha?

Christopher cerró los ojos. Ya no los necesitaba. Simplemente sentía la rabia de la gente como fuego sobre su piel. Los gritos le llenaron la cabeza mientras la multitud volteaba los autos en el estacionamiento con el fin de buscarlos. Su dolor de cabeza punzaba como si la sangre estuviera intentando escapar de sus venas. El mundo imaginario y el real ya eran lo mismo para él. No sabía dónde estaba.

—¿Para dónde, Christopher?! —gritó el alguacil.

Christopher abrió los ojos y no vio más que una oscuridad profunda y llena de ira. Eran demasiadas voces. Cuerpos corriendo por el estacionamiento. Y en distintas partes del hospital. Las turbas eran como tumores en todos los pasillos a su alrededor. Había tanta oscuridad que no sabía hacia dónde correr.

—Lo perdemos —dijo Ambrose, y Christopher alcanzó a escucharlo.

—¿Nos escuchas, Christopher? —preguntó el alguacil.

El niño no podía decir nada. Era demasiada rabia. No podría guiarlos entre ella. Estaban rodeados de oscuridad. Ya no quedaba luz en el mundo.

Salvo una.

En medio de todo ese odio, sintió una luz. Cálida y dulce. Iba corriendo hacia el hospital.

Era su madre.

Podía seguir la luz de su madre.

—Mi mamá viene por nosotros. Vayan a Urgencias —susurró Christopher.

—Pero... —comenzó a advertir Ambrose.

—Confíe en mí —dijo Christopher.

Y así lo hicieron. Dieron vuelta, de regreso a la panza de la bestia. Christopher sintió la luz que se acercaba. Su madre iba en camino. Podía sentir al señor Collins entrando al ala de maternidad detrás de ellos. Dieron vuelta en la esquina hacia Urgencias. Estaba llena de gente furiosa que llevaba una semana esperando una cama que nunca volvería a desocuparse. Las máquinas expendedoras ya no eran más que escombros en el suelo. La gente hurgaba en la basura buscando comida, bebida. Buscando venganza. Cuando vieron a Christopher, la sala de Urgencias estalló en un grito salvaje y se unió a la persecución.

Los tres salieron corriendo al estacionamiento helado. La tormenta estaba por comenzar. El cielo, lleno de nubes furiosas. Enormes rostros que gemían.

—¡Señor Olson! ¡Cuidado! —gritó mientras la señora Keizer se lanzaba hacia ellos.

—¡Ayuda a mi hija a olvidar su nombre! —ordenó.

La anciana blandió un escalpelo. Ambrose la detuvo antes de que pudiera acuchillar a Christopher. La señora Keizer resbaló sobre el hielo negro y cayó sobre su cadera, que tronó como un hueso de la suerte. Un grito se elevó desde otra parte. Era la señora Collins jadeando con sus pulmones cubiertos de pintura.

—¡Mira lo que le hiciste a mi madre! ¡Devuélvele su nombre a mi madre!

El alguacil se dio la vuelta justo cuando la señora Collins se lanzó contra ellos en una silla de ruedas. Movía sus manos sobre las ruedas a toda velocidad, luego se puso de pie y echó a correr. Levantó un escalpelo. El alguacil hizo un gesto de dolor cuando el instrumento se enterró en su costado. Soltó a Christopher y cayó de rodillas. Empezó a sangrar a chorros. La señora Collins se acercó a Christopher, tosiendo y expulsando una baba blanca. Nada podría detenerla.

Salvo la madre de Christopher.

Kate Reese tomó el volante y llevó la camioneta de Jerry hacia el hielo negro. La camioneta se estrelló contra la señora Collins, que salió volando por el estacionamiento congelado. La madre de Christopher abrió la puerta del pasajero y corrió hacia su hijo.

—¡Ayúdame, Jerry! —gritó.

Jerry dejó el motor encendido y bajó de un salto de su camioneta. Corrió detrás de Kate, con el arma cargada y lista. Les disparaba a todos para salvar a Kate Reese mientras ella corría a salvar a su hijo. Kate tomó a Christopher y lo llevó corriendo a la camioneta, con Ambrose y el alguacil detrás de ella. Acomodó a su hijo en el asiento del pasajero y luego saltó al del conductor mientras el alguacil y Ambrose se subían a la caja junto a Jerry. El señor Collins guio a la turba hasta el estacionamiento y corrió hacia la puerta de Christopher con su pistola de clavos preparada.

Bang.

La última bala abandonó la pistola del alguacil. El señor Collins cayó de espaldas junto a su esposa y su suegra. La camioneta avanzó entre el hielo negro y la madre de Christopher alejó a su hijo del hospital.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Christopher levantó la vista y le sonrió a su madre, que no sabía que estaba cubierta por la luz de cien mil millones de estrellas.

El alguacil miró hacia atrás justo cuando el hospital se vaciaba en el estacionamiento como una víbora de cascabel desenrollándose. Luego volteó a ver a Kate Reese, que sostenía el volante con la mano izquierda y a su hijo con la derecha. Ella miró a Christopher, pálido y enfermo.

—Resiste —le dijo.

Kate abrió la guantera y sacó una caja de balas. Se la pasó al alguacil, que estaba en la caja de la camioneta. No dijo nada. Solo asintió con la cabeza a través del espejo retrovisor. El alguacil le devolvió el gesto y ella regresó sus ojos a la carretera.

El alguacil se prometió que, si sobrevivían, le pediría a esa mujer que se casara con él.

De pronto, sintió que Ambrose Olson le apretaba el vendaje improvisado sobre la herida del escabelo en su costado. El alguacil hizo un gesto de dolor y sus dientes cascabelearon.

—¿Tiene frío? —preguntó Ambrose.

—No. De hecho, me siento caliente —dijo el alguacil.

—Está entrando en shock.

Ambrose rápidamente buscó en la camioneta de Jerry y encontró unos overoles y una vieja chaqueta reflejante.

—¿Y usted? —preguntó el alguacil.

—Estoy bien.

El alguacil sabía que el anciano no estaba mintiendo. Ambrose debería estarse helando en su ropa de hospital, pero por alguna razón no sentía el frío. De algún modo, el mundo enloqueció a su alrededor y él y Ambrose eran inmunes a la locura. No sabía si la protección venía de Christopher o de David.

O quizá de los dos.

Fuera lo que fuera, él solo sentía el calor de la ropa y un sentido de lealtad al niño en el asiento del pasajero y a su madre al volante. Ambrose no dijo nada sobre el hermano que no pudo salvar. El alguacil no dijo nada sobre la niña con las uñas pintadas que le decía «papi». Pero sabía que ambos se entendían.

Pese a todos sus fallos, iban a salvar a Christopher y a su madre.



O morirían en el intento.

—Hola, Christopher —dijo la voz.

El alguacil vio cómo Christopher levantaba la mirada hacia Jerry, que iba agazapado al fondo de la caja de la camioneta, con la barbilla apoyada en la ventanita que daba a los asientos y con la pistola en mano.

—¿Te comieron la lengua los ratones? —dijo, riéndose—. No te preocupes. Ya me reconcilié con tu mamá. Vamos a ser una familia. Ella, tú y yo vamos a Michigan ahora mismo. ¿Verdad, Kate?

El alguacil vio que Christopher tragaba saliva, asustado.

—Sí, Jerry, vamos a Michigan —respondió ella, y su cuerpo se tensó al decirlo.

Jerry sonrió. Volteó a ver la turba que los seguía en sus autos y luego al alguacil, temblando bajo la ropa, y a Ambrose, con su bata de hospital.

—Oye, Kate, ¿quién es ese? —preguntó Jerry.

—El señor Olson —dijo ella sin pensarlo.

—No. El viejo no. ¿Quién es ese? —repitió, señalando al alguacil con su pistola.

—El alguacil.

—Ah. ¿Cómo lo conoces?

—Él nos ayudó.

—¿Por qué?

—Porque es su trabajo.

—Mmm —dijo Jerry con una sonrisa perversa—. ¿Los visita mucho?

El alguacil podía sentir el silencio. Escalofriante y negro.

—No, Jerry —respondió ella.

—Christopher, ¿el alguacil va mucho a tu casa? —preguntó.

—No lo metas en esto —ordenó Kate.

Jerry asintió. Sonriendo. En silencio. Luego, volteó hacia el alguacil y Ambrose.

—Qué gran familia, ¿verdad? —dijo.

El alguacil y Ambrose asintieron. El alguacil de inmediato reconoció su rostro. Recordó haberlo investigado como sospechoso cuando Christopher desapareció en septiembre. Recordó el abuso doméstico. La violencia. Ese era el animal que golpeó a la mujer que él amaba. El alguacil miró la pistola en la mano derecha de Jerry. La suya aún estaba vacía.

—La mejor —dijo el alguacil—. ¿Quién eres tú?

—Jerry. Soy el prometido de Kate.

El alguacil le extendió una mano. Jerry se pasó el arma a la izquierda. Los hombres se miraron fijamente a los ojos, sin parpadear.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Jerry con desconfianza.

—Ambrose Olson —respondió Ambrose, metiendo su mano como un vendedor que mete el pie en la puerta.

—No te hablo a ti, viejo —dijo Jerry—. Le hablo a él.

—Soy el alguacil Thompson.

Luego estrechó la mano de Jerry.

—¿Te la estás cogiendo, alguacil? —dijo Jerry.

Antes de que supiera qué lo golpeó, el alguacil se lanzó contra Jerry. Le hundió la culata de su arma en la garganta y Jerry cayó en la caja, retorciéndose de dolor. Furioso, tomó su arma y se levantó.

—¡Sabía que te lo estabas cogiendo! —gritó Jerry.

Entonces el alguacil vio el reflejo de los ojos de Kate en el retrovisor.

—Adiós, Jerry —dijo ella.

Hundió el freno y la camioneta se detuvo, pero Jerry no. Se estrelló contra la cabina, doblándose sobre ella.

—¡Maldita perra!

En menos de un segundo, Kate pisó el acelerador y el alguacil vio a Jerry caer de la caja y rodar por la carretera.

El convoy del hospital pasó junto a él en las docenas de autos que los iban persiguiendo. La calma había terminado.

Y llegaba la tormenta.

La madre de Christopher levantó la vista cuando una furiosa ráfaga de viento extendió las nubes sobre el pueblo. El aire derribó unos árboles, cuyas ramas cayeron como brazos cercenados y bloquearon la carretera. Dio un volantazo a la izquierda en un jardín. Detrás, los autos se atoraban en las ramas, lo que ralentizó la persecución. Su mente daba vueltas. Tenía que llegar a la autopista. Esa era la mejor manera de salir del pueblo. Encendió el radio, buscando desesperadamente el reporte del tráfico.

«... una gran tormenta de nieve recorre el área metropolitana...».

«... *Bad Cat 3D* ya está en video y es el regalo de Navidad purrrrrfecto...».

«... *blue moon I saw you standing alone*...».

«... lo que ahora llaman la guerra de refugiados en Medio Oriente...».

«... el tráfico local cada quince minutos en la hora...».

Dejó de buscar y subió el volumen.

«El tráfico en el túnel de Fort Pitt está atorado. Buen trabajo. No podemos dejar que se escapen. Intentan llegar a la 79, así que búsqúenlos por la preparatoria».

La madre de Christopher rápidamente dio una vuelta de 180 grados para alejarse de la preparatoria. Debía haber un camino y ella tenía que encontrarlo.

«Dieron una vuelta en “U”» —dijo la voz en la radio—. Se están alejando de la preparatoria».

La madre de Christopher se asomó por el parabrisas y vio los autos cada vez más cerca. Estaban por alcanzarla. No podría dejarlos atrás.

—Apaga los faros, mamá —dijo Christopher débilmente.

—¿Qué?

—No te preocupes, yo te diré por dónde ir.

Sin dudarle ni un momento, la madre de Christopher apagó los faros. La voz del DJ volvió a la radio.

«Los perdimos. Es probable que nos estén escuchando. Vayan a la estación alterna».

La radio quedó en silencio. Christopher cerró los ojos y comenzó a describir lo que veía. La madre de Christopher casi podía verlo. Un enorme laberinto de

calles llenas de autos que los buscaban como los fantasmas de *Pac-Man*. Jerry se limpiaba la sangre de los raspones del pavimento. Le pedía aventón a la caravana. Empecinado en encontrarla. Y en matarla frente al alguacil.

—Gira a la izquierda —dijo Christopher, tosiendo sangre sobre su mano.

La madre de Christopher lo hizo. Y luego dio vuelta a la derecha. Lo que él decía, ella lo hacía sin dudar. Se asomó por el retrovisor. Habían comenzado a perder a la turba del hospital. Estaba funcionando. Lo iban a lograr. Volvió la vista hacia el frente. Sus ojos se ajustaron a la luna azul. Hundió el acelerador cuando los ciervos comenzaron a llenar los jardines y las banquetas. Los acechaban detrás de los árboles y arbustos. Esperando la orden de atacar.

Un ciervo corrió hacia el auto.

Ella pisó el freno y la camioneta derrapó en la nieve. La madre de Christopher retomó el camino y se dirigió hacia la Ruta 19. Vio la rampa de incorporación frente a ella. Aún tenían esperanza.

—Sigue derecho, mamá. Más rápido —dijo Christopher.

Los ciervos salieron de los jardines más adelante y la madre de Christopher aceleró todo lo posible, intentando llegar a la rampa de acceso antes de que los ciervos se apoderaran de ella. La velocidad aumentó. El viento aulló. Toda la calle comenzó a llenarse de autos que convergían en esa misma intersección.

La madre de Christopher pisó el pedal con tantas ganas que le pareció que su pie perforaría el suelo. Se lanzaron hacia la rampa, pero los autos les ganaron. Chocaron en una explosión de cristal, metal y carne.

Su ruta de escape estaba bloqueada.

—¿Por dónde seguimos ahora, Christopher? —preguntó.

Su hijo no dijo nada.

—Necesitamos llegar a la autopista. ¿Por dónde seguimos?!

—La autopista ya no existe —dijo él.

La noticia los conmocionó a todos. Sin la autopista, el pueblo prácticamente era una isla. Estaban atrapados en Mill Grove. La mente de Kate Reese se aceleró. Debía haber una manera de salir por las calles comunes. Podían llegar a un pueblo vecino. Las cosas debían estar mejor en Peters Township o Bethel Park o Canonsburg.

*nunca lo dejaré ir, kate.*

Ella ignoró la voz y siguió manejando. La nieve comenzó a caer y las calles se pusieron resbalosas como vidrio. Adonde quiera que iba, encontraba un callejón sin salida. Un auto abandonado. Un árbol caído. Carreteras convertidas en estacionamientos. Adonde quiera que iba, el auto simplemente volvía a las calles

que conocía tan bien.

Iban de regreso a su vecindario.

Iban hacia el bosque de la calle Mission.

*lo voy a matAr, kate.*

—¿Por dónde seguimos, Christopher?!

—No hay más lugares a los que ir, mamá —dijo él, sin fuerzas.

—¡Sí, sí hay!

Christopher tocó la pierna de su madre con una mano que parecía estar a más de 42 grados.

—Él nunca dejará que me vaya, mamá —dijo Christopher.

Los ciervos galopaban como caballos con jinetes invisibles. Docenas de ellos aparecieron en los jardines. Eran demasiados. La madre de Christopher se negaba a aceptar lo inevitable.

Los ciervos iban a vencer al auto.

*voy a matar a tu hijo ahora, katE.*

La madre de Christopher condujo a toda velocidad hacia la intersección. Una estampida de ciervos se lanzó hacia ellos de frente. Una docena más, desde atrás.

No había salida. Era el fin.

No podrían sobrevivir.

Mary Katherine hundió su pie en el acelerador. El motor llegó a su velocidad máxima. No había más fuerza. No había más potencia. Miró por el retrovisor. La congregación la estaba persiguiendo. Sonaban las bocinas de sus autos. Tenían piedras en las manos.

—Por favor, Jesús, sálvame —pidió.

Un ciervo salió corriendo del bosque. Mary Katherine gritó. Dio un volantazo a la izquierda, apenas logró esquivar al animal. Apenas esquivó el Infierno. El terror le aplastó el corazón.

—¿Por qué está pasando esto, Dios?

Las voces en el viento ululaban mientras la nieve caía del cielo. El mundo se estaba acabando. Ella lo sabía. Era el fin. Dio vuelta bruscamente hacia la Ruta 19. La autopista en la que no tenía permitido conducir. Otro ciervo se lanzó frente a ella. Mary Katherine viró a la derecha, apenas logró esquivarlo.

—¿Por qué permites que esto pase, Dios?

Dos ciervos más corrieron a la carretera y le bloquearon el paso hacia la Ruta 19. Dios no le iba a permitir escaparse esta vez. Había pecado demasiado. La obligaría a atropellar un ciervo. La obligaría a irse al Infierno. Mary Katherine llevó el auto colina arriba. La luna azul pendía en el horizonte como un ojo furioso.

—¿Qué hice para merecer esto?

Comenzó como una pequeña y oscura semilla en su corazón. Todas las preguntas que nunca se atrevió a pronunciar. Todas las dudas que había tenido.

—Le dije la verdad a mi madre. ¿Qué más hice? No hice nada. Sé que lo pensé, pero pensarlo no es lo mismo que hacerlo. No es justo. ¿Por qué nos das cuerpos que no podemos usar? Y ni siquiera podemos pensarlo. No lo entiendo. He confesado todos mis pecados. ¿Y aun así no es suficiente?

Los autos iban a toda velocidad detrás de ella, sonando sus bocinas. Mary Katherine vio los ciervos saliendo de detrás de las casas a ambos lados del camino y sus labios se tensaron por la rabia.

—¿De qué diablos se trata entonces? Lo siento, ¿por qué hiciste todas esas reglas que nadie puede seguir? ¿Por qué nos pones pruebas en las que solo

podemos fallar?! ¡¿Quieres saber qué pienso?! Pienso que cuando Eva mordió la manzana, no fue ella quien cometió el pecado original. ¡Fuiste TÚ!

Mary Katherine estaba tan furiosa que no sabía cómo parar. Se sentía peor con cada palabra, pero al mismo tiempo era embriagante.

—¡No tenías que desterrarla! ¡Ella te amaba! ¡Tú eras su Padre! Cuando amas a alguien, no lo pones a prueba. Confías en esa persona. Hablas con ella. ¡Y Tú nunca hablas conmigo! Solo te quedas en silencio y yo tengo que decirlo todo. Yo hago todo el trabajo, ¡y Tú no haces nada! ¡¿Y se supone que yo debo sentirme mal por TI?!

Levantó la vista al cielo. Las nubes parecían caras enojadas.

—¡Hice todo lo que me dijiste! ¡Creí todas Tus palabras! Te recé todos los días y, para agradecerme, ¡¿Tú hiciste que mis padres me llevaran a apedrear?! ¡¿Me hiciste arrodillarme frente a Ti?! ¡¿Por qué me quieres de rodillas?! ¡¿Por qué no me quieres de pie?! ¿A qué diablos le tienes miedo?

Mary Katherine llegó a la siguiente calle.

—Dios, por favor, hazme entender porque estoy empezando a odiarte, ¡y no quiero odiarte nunca! ¡Necesito que me hables esta vez! ¡No puedo hacerlo todo yo! Sé que callas por el libre albedrío, pero ¡esta vez no puedes hacerlo! Lo he perdido todo. A mi madre. A mi padre. A mi novio. Mi sacerdote. Iglesia. Casa. Pueblo. Libertad. Y merezco una respuesta. ¡HÁBLAME, MALDITA SEA! ¡¿POR QUÉ ME HACES ESTO?!

*Porque no te amo, Mary Katherine.*

La voz era tan tranquila. Tan segura. Tan suave.

—¿Qué? —preguntó Mary Katherine.

*No te amo.*

Mary Katherine sintió un escalofrío en la columna. Vio los ciervos saliendo del bosque frente a ella. Listos para lanzarse contra el auto.

—Tú no eres Dios —dijo ella.

*Soy Dios, Mary Katherine.*

—Dios ama a todos, así que no puedes ser Dios. Eres el diablo.

Mary Katherine pensó en su situación y de pronto se dio cuenta.

—Y yo no soy la Virgen María —dijo tranquilamente—. Soy Job.

Mary Katherine miró hacia el frente. Vio una camioneta que iba a toda velocidad por una calle lateral, con un ciervo aferrado al cofre. Docenas de ciervos iban persiguiendo al vehículo. El auto de Mary Katherine iba hacia la intersección a un ángulo de noventa grados. De algún modo, sabía quién estaba dentro de esa camioneta.

Era el niño.

Christopher.

Mary Katherine entendió que todo era una prueba. Tres veces pasó cerca de Christopher en su auto. Tres veces terminó en una encrucijada. La primera vez, se detuvo en el alto. La segunda, se lanzó contra el niño. Y esa era la tercera. La Santísima Trinidad.

Padre. Hijo. Espíritu Santo.

Hielo. Agua. Nubes.

No sabía por qué Dios necesitaba ponerla a prueba, pero sabía que el mundo se estaba acabando y que a Él ya no le quedaban muchos soldados. Ella solo era una gota de pintura en Su enorme lienzo.

Y no se trataba de ella, ¿verdad?

Mary Katherine no seguía viva por ella. Seguía viva por Christopher. En el instante en que lo comprendió, la voz se fue. El impostor había desaparecido.

Y un gran alivio inundó su alma.

Se dio cuenta de que estaba viviendo todo lo que siempre temió. Estaba embarazada. Desterrada. Perseguida. El Infierno había llegado a la Tierra. Estaba en el valle de la sombra de la muerte.

Pero no temía al mal, porque el Señor estaba con ella.

El auto se acercó a la encrucijada. No había salida. Tenía que atropellar a los ciervos o permitir que destruyeran a Christopher. Mary Katherine agachó la cabeza.

—Jesús, soy una pecadora. Soy vana. Soy narcisista. Y mi mayor pecado ha sido tenerte tanto miedo que nunca te amé realmente hasta este momento. Pero ya no tengo miedo porque el infierno y el cielo no son destinos. Son decisiones.

La camioneta de Christopher llegó a la intersección, y el auto de Mary Katherine se lanzó a la calle.

—Te amo, Jesús —dijo.

Giró el volante y se dejó ir contra la horda de ciervos en estampida. El auto se aplastó bajo su peso. Las astas se enterraron en el parabrisas y las ventanas. Y, luego, en su piel. El auto rodó una docena de veces antes de caer al fin sobre sus cuatro llantas destrozadas. Mary Katherine miró a través de la sangre que corría sobre sus ojos hacia Christopher y su mamá, a lo lejos. Por el momento, estaban a salvo.

Ella sonrió.

—Cuídalos, Jesús —dijo.

Antes de quedar inconsciente, pudo sentirlo a Él a su lado. Sus manos eran tan



tibias como la sangre que le corría por el brazo. Se sintió en paz porque creería en Él por el resto de su vida. Y no por miedo, sino por amor.

Mary Katherine era libre.

La madre de Christopher vio por el espejo retrovisor cómo el auto de Mary Katherine se volcaba por la calle. La chica los había salvado de los ciervos.

Aún tenían esperanzas de escapar.

Aceleró la camioneta al máximo. El bosque de la calle Mission iba creciendo en la distancia. Vio puertas abiertas y docenas de personas buzón saliendo de sus casas a la calle. Gritando.

—... Entreéegaaanossloo...

Miró por el espejo retrovisor. La gente buzón iba llegando a la cima de la colina. Estaban por todas partes. Tapaban cada camino como las arterias de un hombre minutos antes de un ataque cardiaco fulminante. Ya no quedaban más calles.

Salvo una.

Monterey Drive.

Por un momento, recordó cuando dio vuelta por esa calle con su agente de bienes raíces en septiembre. Por primera vez iba a tener su propia casa. Al fin podría darle a su hijo un hogar seguro con una buena escuela y buenos amigos. Miró a Christopher. Estaba pálido como un fantasma y la sangre seguía saliendo de su nariz.

—Nunca permitiré que te lleven —dijo.

Levantó la vista hacia el bosque de la calle Mission mientras las nubes se movían como cáncer en el cielo. La niebla iba bajando para apoderarse de la tierra e inundarla. El mundo entero estaba siendo reemplazando su propia sombra. Ella no sentía miedo por nada que no fuera su hijo. Viviría y moriría y mataría por él. Haría cualquier cosa por mantenerlo vivo.

Llegaron a la calle cerrada. Ella pisó el freno a fondo y tomó el cuerpo enfermo de su hijo como una muñeca de trapo.

*Podemos escapar a pie.*

*Aún hay esperanza.*

La madre de Christopher lo bajó en brazos de la camioneta. Ambrose salió de la caja y ayudó al alguacil a levantarse. El alguacil hizo un gesto de dolor, pues la herida se estaba abriendo en su costado. Los cuatro se quedaron en la calle

mientras las nubes volaban hacia ellos como buques de guerra. La niebla más densa que ella hubiera visto en su vida. Los autos aparecieron a la distancia y sus faros iluminaron la calle como una linterna fantasmal. Las puertas de los garajes se abrieron y la gente buzón apareció en el horizonte. Sus gritos viajaron por la calle como si jugaran al teléfono. Empezaron a correr hacia ellos a toda velocidad. Estaban rodeados. Arrinconados.

No tenían adónde ir más que al bosque de la calle Mission.

Salieron corriendo de la calle hacia el campo. Las nubes formaban una densa niebla que brillaba bajo la luz de la luna azul. Era imposible ver algo. La madre de Christopher escuchó que las voces se acercaban. Por todas partes, la gente iba llenando el bosque.

—¿Por dónde nos vamos, Christopher? —preguntó.

Su hijo se aferró más a ella. Aterrado.

—La familia Collins se estacionó cerca de la construcción —susurró—. El señor Henderson entró al bosque por el norte con el doctor y la enfermera Tammy. El auto que recogió a Jerry acaba de detenerse. Él entró corriendo al bosque con una pistola, mamá.

La madre de Christopher corrió con su hijo en brazos. Ambrose y el alguacil la iban flanqueando. Los árboles se mecían a una velocidad impresionante. Ella no podía ver adónde iban. Pero sabía que Christopher sí. Todos los ojos. Toda la gente que los observaba. Las criaturas del bosque. Las aves. El hombre amable tenía ojos en todas partes.

Necesitarían un milagro para escapar.

Ambrose lo observó todo a través del halo en sus ojos. Vio el camino congelado frente a él. Sus pies aplastaban la nieve a cada paso. Algo lo impulsaba a correr. Más rápido. El olor a guantes de beisbol. La voz en su cabeza.

*Mi hermano vino a este bosque hace cincuenta años.*

*Aún puedo salvar a mi hermano.*

La niebla era irreal. Apenas podía ver a un par de centímetros frente a su cara. Pero el viejo soldado sabía que el camuflaje funciona en ambos sentidos. Si él no podía verlos, ellos tampoco podrían verlo a él. Al fin pudo distinguir la silueta de un niño corriendo más adelante. Ambrose se dio la vuelta.

—¿Vio eso, alguacil? —preguntó.

Pero el alguacil ya no estaba ahí.

—¿Alguacil? —repitió.

Ambrose se detuvo. No podía escuchar nada más que los latidos de su corazón. Buscó entre los halos de sus ojos, pero solamente logró ver la niebla a su alrededor.

—¿Señora Reese? ¿Christopher?

Silencio profundo. No podía ver a la señora Reese ni a su hijo. De algún modo, Ambrose se había alejado demasiado. Corrió muy rápido. Los había perdido. Estaba completamente solo. De pronto, sintió el viento en su nuca.

—Ammmbrroooooo —susurró el viento—. ssssoy daaaavviiidddd.

Ambrose escuchó el viento y su corazón se debatió entre el terror y la esperanza.

—¿David?

—ssSsssí —susurró el viento.

—¿Dónde estás?

—AaaaqUuUuúiii —dijo el viento.

Ambrose sintió que un escalofrío le recorría la piel. El rocío de las nubes bailaba sobre el sendero y la niebla flotaba como el humo en la vieja pipa de su padre.

—aaaayúuuudameeee, ammmbrrosseeeee —suplicó el rocío.

Ambrose siguió el sonido. Pese a los halos en sus ojos, lo único que veía era

niebla por todas partes. Escuchó susurros a su alrededor. Había algo ahí. No sabía qué, pero podía sentirlo. Ese suave susurro junto a los vellos de su nuca.

Escuchó un paso.

—yyyaaa viiieneeen ammmbrrossse —silbó el viento entre las ramas.

Otro paso.

Ambrose avanzó más rápido. Se abrió paso en la niebla mientras el viento cobraba fuerza a su alrededor. Sonaba como si el bosque estuviera respirando profundamente con los pulmones llenos de pintura.

Otro paso.

Algo corría hacia él.

De pronto, desaparecieron las ramas. Ya no había árboles sobre él. Solo la luna azul, iluminando la niebla como un farol sobre el enorme claro. Ambrose vio un rastro de algo. Una silueta. Podía ser un ciervo. O una de esas personas. Entrecerró los ojos para ver a través de los halos y al fin supo qué era.

Un niño pasó corriendo junto a él.

—¡David! —gritó.

Pero el niño no se detuvo. No era David. Otro niño pasó corriendo, perseguía al primero y gritaba.

—¡Es nuestra! ¡Nosotros la construimos!

Los niños cruzaron el claro a toda velocidad. Pasaron al lado de una enorme sombra en la niebla. Al principio, Ambrose no lograba distinguir qué era. Se veía imposiblemente grande. Dio unos pasos más y al fin lo reconoció.

Un árbol.

Todos los instintos en el cuerpo de Ambrose le decían que huyera del árbol. Pero sus pies seguían avanzando hacia él. Hacia la voz.

—¿David? —preguntó.

—esstoyyy aaaquíii aaarriiibbaaa —aulló el viento.

Sabía que quizá se estaba dirigiendo a una emboscada. Sabía que probablemente no era verdad. La voz no era David. Pero algo lo incitó a dar el siguiente paso. La idea que Christopher había sembrado en su cabeza.

*Aún puedo salvar a mi hermano.*

El viento sacudió las ramas y Ambrose alcanzó a distinguir la forma de una escalera de cuerda que llevaba a algo que parecía una casa en el árbol.

—¡aaayuuuudaaa! ¡aaayuuuudaaa! —susurró la voz en lo alto.

Ambrose comenzó a trepar. Vio la trampilla arriba. La luz brillaba adentro de la casa del árbol. David podía estar detrás de esa puerta. En algún sitio. Podía estar en esa casita. Ambrose al fin sabría qué le pasó a su hermanito.

—¡ayúuuuddaaaameee ammmmbrosssse! ¡ayúuudaaameee! —gritó la voz.

Ambrose llegó a la casa del árbol y entró por la trampa. Algo jaló la cuerda debajo de él entre risitas. Ese algo iba subiendo. Ambrose cerró la puerta de golpe. La casa se quedó a oscuras. Él no podía ver nada. Tocó la pared, esperando encontrar una linterna o una lámpara.

Escuchó una respiración en el lugar.

—ambbbbbrossse... —susurró la voz en la oscuridad.

—¿David?

La voz no dijo nada. La mano de Ambrose temblaba al recorrer la pared. Al fin encontró algo. Una saliente de plástico. Era un interruptor. Los vellos de la nuca se le erizaron. No tenía sentido. ¿Por qué había un interruptor de luz en una casa del árbol?

—ambbbbbrosssse... —susurró la voz—, ¿¿quieeeeeerees saaabeeer??

Ambrose buscó en la oscuridad. El viento dejó de aullar. Y comenzó a sisear.

—¿quieeresss ver dóondeee esssstá?

Ambrose tragó saliva intentando pasarse el nudo en la garganta.

—ssolooo tienesss queee eencendeer laa luuuzzzz.

Ambrose se preparó. Su rostro estaba rojo por el terror.

—eencieendee la luuuz, ammmmbrosssssSeeeee.

Ambrose encendió la luz. Ya no estaba en la casa del árbol.

Christopher se aferró a su madre mientras lo llevaba en brazos a través de la niebla, hundiendo el lodo en la tierra con sus pies. El alguacil iba corriendo junto a ellos, con un gesto de dolor por la herida en su costado.

—¿Por dónde nos vamos, Christopher? —preguntó ella.

Christopher cerró los ojos y buscó una salida. No vio más que oscuridad. Ambrose estaba perdido. Los tenían acorralados. Eran como ratas en un laberinto. La luz de su madre era lo único que quedaba.

—Cruza el puente, mamá —susurró.

Christopher sintió el puente frente a ellos. Sabía cómo salir del bosque por el puente, aunque no pudiera verlo. Aún podían lograrlo. Aún podía salvar a su mamá. Cruzaron el puente. Christopher vio al interior de la luz de su madre. Había un camino para volver a su casa. Mientras tuvieran la casa del árbol, siempre podría salir del bosque.

pero ahora yo tengo la casa del árbol.

La voz dio golpecitos en el cristal de su mente. De pronto, el mundo se quedó en silencio. Los pasos de su madre desaparecieron.

te estoy esperando.

Christopher miró el camino y notó que estaban cruzando de nuevo el puente.

—Acabamos de pasar ese puente —dijo su madre, confundida.

—¿¿Dónde estamos?! —preguntó el alguacil.

—Date la vuelta, mamá —dijo Christopher.

Corrió de nuevo por el puente. Y siguió corriendo más y más rápido por el camino hacia su casa.

Hasta que volvieron a cruzar el puente.

nunca te irás, christopher.

Adonde quiera que fueran, siempre terminaban de vuelta en el bosque. Más y más adentro. Rodeados por la sombra. Las voces en la niebla. Los estaban cazando. Christopher recordó la primera vez que la nube lo condujo al bosque. Recordó el llanto y las risas del niño. El pequeño iba corriendo a cuatro patas.

Como un ciervo.

Había dos niños en el camino frente a ellos. No se movían. Solo estaban ahí.

—¡Mike! ¡Matt! ¡Soy yo! —gritó Christopher.

Los niños se dieron la vuelta. Tenían los ojos y la boca cosidos. Apuntaron hacia él y gritaron.

—¡... HISTOPHER!

Los M&M's corrieron directo hacia ellos. La madre de Christopher se quitó del camino. Él podía escuchar el golpeteo de los pies acercándose. Cientos de personas del pueblo los cazaban como conejos. Jenny Hertzog y su hermanastro Scott saltaron, cuchillo en mano. La señorita Lasko corrió detrás de ellos con una botella rota, cortándose su propia piel como una adicta. La madre de Christopher corrió, pero no había adónde huir. Solo quedaba el instinto de supervivencia. La gente estaba por todas partes en la niebla. Christopher podía sentir su ira. El bosque ardía con su rabia. Las voces se estaban acercando. El viento llevaba sus cánticos.

—La muerte ya viene. La muerte ya está aquí. Morirán el día de Navidad.

Christopher sintió a Jerry corriendo por el bosque con un arma. La familia Collins llevaba sierras y martillos de la constructora. La voz del hombre amable se había enterrado en sus mentes como un cuchillo. La sangre escurría por los ojos y la nariz de Christopher. Su cuerpo se calentaba más y más con cada nueva voz. Cada nueva persona corriendo por el bosque.

—Mamá —dijo débilmente—. Tienes que salvarte tú.

—¡No! —gritó ella mientras sus piernas ganaban velocidad—. ¡Dime por dónde ir!

—Ya no hay adónde ir, mamá.

Pero ella siguió corriendo. No se iba a rendir. Buscó un árbol para esconderse detrás de él o treparlo, pero de pronto ya no había árboles. Solo luz y niebla. Christopher miró al cielo y vio la luna. Brillante y azul.

Las ramas crujían a su alrededor. Las voces llegaban de todas partes. Seguían cantando.

—La muerte ya viene. La muerte ya está aquí. Morirán el día de Navidad.

Un cuerpo salió de la nada y saltó sobre el alguacil. La madre de Christopher se dio la vuelta y el alguacil ya no estaba. Ella lo llamó gritando.

—La muerte ya viene. La muerte ya está aquí. Morirán el día de Navidad —cantaron las voces. Se acercaban.

Christopher buscó la luz de su madre, pero solo encontró nubes. Solo encontró oscuridad. Los cánticos se volvieron una sola voz en el viento.

la muerte ya viene. la muerte ya está aquí. morirán el día de navidad.

La voz empujó el viento a través de los árboles y se llevó consigo la niebla. Enormes tornados devolvieron las nubes al cielo como una gran exhalación. Ya



no había más ramas. Ya no había más árboles. Solo uno.

Estaban en el claro.

Estaban rodeados por toda la gente del pueblo. Habían aventado al alguacil al suelo junto al árbol. En cada centímetro del claro había una persona.

La casa del árbol estaba perdida.

No había escapatoria.

La gente buzón tenía rocas y cuchillos. Había armas apuntando hacia Christopher desde todos los ángulos. La madre de Christopher se paró frente a él.

—¡Retrocedan! —gritó.

La multitud seguía acercándose. La señora Henderson iba al frente de la manada. La señora Collins caminaba junto a su esposo, sus pulmones cascabeleaban como una sonaja. La señora Keizer cojeaba por su cadera rota. Christopher comenzó a temblar en los brazos de su madre.

—¡Mamá! ¡No te quieren a ti! ¡Solo me quieren a mí! ¡Por favor, corre!

Ella lo abrazó con más fuerza y se plantó en su lugar. La turba se acercó y ella retrocedió un paso hacia el árbol. El alguacil se puso de pie como pudo.

—¡Todos, retrocedan! —gritó—. ¡Sigo siendo la autoridad!

La turba se acercó aún más. Caminaban como si fueran uno. Respiraban como uno. Christopher miró los rostros de la gente, ahogados en su propio miedo y odio. El dolor era demasiado. Al ver la imagen más aterradora de todas, dio un paso atrás, cayó de espaldas y se tropezó con el árbol.

Eran Special Ed y Brady Collins.

Los niños corrieron al centro del claro con las pistolas listas. Sus ojos estaban llenos de instintos asesinos. Cada uno habló con la voz de su propia abuela.

—¡Brady va a matar a tu madre, Eddie! ¡Dispárale! —dijo Special Ed.

—¡Special Ed va a matar a tu madre, Brady! ¡Dispárale! —dijo Brady Collins.

En el último momento, los dos levantaron sus armas y las apuntaron a lo que ellos creían que era el otro.

Pero las armas estaban apuntando directamente hacia Christopher.

—¡Escucha a la abuela! —dijeron al mismo tiempo.

Y los dos niños jalaron sus gatillos.

Christopher cerró los ojos, esperando las balas.

Pero las balas nunca llegaron a él.

Alguien se interpuso.

Era el alguacil.

Se lanzó frente a Christopher y su madre, y recibió las balas, una en el hombro

y otra en la espalda. Cayó al suelo. El alguacil estiró una mano hacia la madre de Christopher, con la mirada perdida como un niño abandonado. Intentó decir su nombre, pero las palabras se ahogaron en la sangre de su boca. Luchó por mantenerse despierto. Mantenerse vivo. Por ella. Por su hijo. Ella gritó su nombre justo cuando el alguacil se desplomó, inconsciente y desangrándose. La multitud gritó al unísono y Jerry llegó corriendo al frente de la turba. Miró a Christopher con el rostro desencajado por los celos.

—Tú me la quitaste —dijo—. Ella solo puede amar a uno de los dos.

Jerry apuntó su arma hacia el niño.

La madre de Christopher se aventó al suelo. El niño sintió que lo envolvía con su cuerpo, como una manta, justo cuando Jerry abrió fuego contra ella. La bala se enterró en su cuerpo.

Pero nada tocó a su hijo.

Nada más que la luz de su madre.

Christopher vio la luz de ella frente a él. Cien mil millones de fotografías de una niña despreciada por el mundo. La niña se convirtió en una joven por pura voluntad. La joven conoció a un hombre que fue bueno con ella. La mujer vio a ese hombre rendirse en una tina. Pero él le dio un hijo.

Su hijo era su luz.

Christopher miró a su madre a los ojos. Con su luz, él pudo ver. Y vio la respuesta. Mientras ella tuviera esa luz, habría esperanza.

Pero la luz comenzó a atenuarse.

—¡No, mamá! —gritó Christopher.

El cuerpo de su madre comenzó a ceder. La sangre le escurría por la nariz.

—¡Por favor, no te vayas!

La vela perdía su luz ante el viento del huracán.

—Te amo, Christopher —susurró ella.

Luego, la luz de cien mil millones de estrellas se apagó.

Christopher cerró los ojos. El único sonido era el de sus lágrimas.

—Despierta, mamá. Por favor, despierta.

Se aferró al cuerpo de su madre, rezando por que el calor de su fiebre alcanzara para sanarla. La turba seguía acercándose. Christopher los escuchó cargar sus armas, una bala a la vez.

—No te vayas —sollozaba—. Por favor, no te vayas.

De pronto, la turba le quitó el cuerpo de su madre de las manos y lo afianzaron contra el árbol. Ya no eran personas. Eran un panal. La rabia movía sus dedos sobre los gatillos. Pero no apuntaban sus armas hacia Christopher. Las apuntaban hacia su mamá. Christopher levantó una mano.

—¡DEJEN EN PAZ A MI MADRE! —gritó.

Su voz retronó por el claro. La turba se paralizó, aterrada. Sus dedos engatillados se detuvieron por un momento. Entonces, Christopher sintió un cosquilleo sobre su cabello, como estática de un globo. Observó horrorizado a la señora Henderson hablar con una extraña calma, como un muñeco de ventrilocuo.

—¿Cómo que la dejemos en paz, Christopher? —dijo ella.

Pero no era su voz.

Era la voz del hombre amable.

—¿No lo entiendes? Esto nunca acabará —dijo el hombre amable a través de Jenny Hertzog.

—Esto es la eternidad —explicó moviendo la boca de Brady Collins—. Puedo obligarlos a hacer cualquier cosa.

Brady corrió hacia la madre de Christopher, luego cortó cartucho en su arma. Estaba por jalar el gatillo cuando se congeló. Todo el grupo habló al mismo tiempo. Cada voz pertenecía al hombre amable. El pueblo era su conducto. Mil bocinas de un estéreo.

—Haré que lo repitan por siEmpre —dijo—. Mataré a tu madre una y otra vez, y jamás se acabarán las balas.

Christopher sintió que su fiebre crecía. Al fin comprendió qué era: el Infierno ardiendo bajo su piel. Vio a Special Ed abriéndose paso entre la multitud con

Mike y Matt. Los tres abrieron la boca al mismo tiempo.

—Tengo a todos tus amigos. Tengo tu casa del árbol. Mira lo que puedo hacer ahora que todo es mío —dijo el hombre amable.

Special Ed se acercó al alguacil y lo ayudó a ponerse de pie. Los ojos del alguacil no se abrieron, pero volteó hacia Christopher, intentando abrirlos con la más absoluta desesperación.

—Por favor, ya no me dejes dormir, Christopher. Cada vez que me duermo, ella me está esperando, pero no la salvo. Siempre llego tarde. Por favor, haz que pare. Ya no la quiero volver a escuchar diciéndome «papi».

El alguacil luchó contra su propio cuerpo, pero no pudo controlarse. Subió por el árbol contra su voluntad. Los pequeños tablones de 5 x 10 volvieron en ángulos torcidos como una sonrisa chimuela.

—¡No! ¡No quiero ir! —gritó el alguacil.

Christopher intentó ayudarlo, pero la multitud se lanzó encima de él.

—¡No! ¡Basta! —gritó Christopher.

Unas manos invisibles movían sus brazos y piernas como si fuera una marioneta. El alguacil subió hasta el último escalón y abrió la puerta de la casa del árbol.

—¡Por favor! ¡No puedo verla morir otra vez!

—¡Suéltelo! ¡Despierte, alguacil! —gritó Christopher.

Pero el alguacil estaba perdido. La casa del árbol resplandeció. El alguacil entró y cerró la puerta tras él. Sus gritos comenzaron de inmediato.

Y luego se hizo el silencio.

A continuación, el hombre amable habló. Su voz fue como un zumbido tan fuerte en la mente de Christopher que sintió la vibración en las raíces de sus dientes.

y ahora ¿quiéN sigue?

Christopher vio al pueblo avanzar hacia su madre. La cargaron como un cadáver y la llevaron al árbol.

—¡NO! —gritó Christopher.

El niño luchó contra la masa para alcanzar a su madre. El señor y la señora Collins lo tomaron de las manos.

—¿Sabes qué verá tu madre cuando despierte? —sisearon.

—¡NO! ¡NO PUEDEN HACERLO! ¡POR FAVOR! —gritó Christopher.

Con un tirón liberó sus manos y corrió hacia su madre, pero Jerry lo derribó en el camino.

—Va a despertar con Jerry. Adivina qué va a paSar después.

Christopher se levantó y luchó por alcanzar a su madre. La fiebre iba en aumento.

—Notará que alguien la eStá viendo desde la tina. Es tu padre. Saldrá de la bañera con el cuchillo.

—NO PUEDEN HACERLO. NO CON MI MAMÁ. ¡POR FAVOR!

—Pero a ella no la va a matar. Te va a maTar a ti.

La multitud arrastró a su madre del cabello para subir la escalera. Ella se mecía como un reloj de bolsillo.

—Ella te verá morIr, y a la mañana siguiente, despertará junto a Jerry. Notará que alguien la está viendo desde la tina. Es tu padre. Saldrá de la baÑera con el cuchillo. Pero en lugar de matarla, te va a maTar a ti. Ella te verá morIr y a la mañana siguiente...

—¡NO!

Christopher corrió hacia el árbol, tomó a su madre de las piernas e intentó bajarla. Pero cayó de rodillas, rendido ante el dolor. No pudo asirse más a ella. Mike y Matt se acercaron. Cada uno puso una mano sobre un hombro de Christopher y abrieron sus bocas al mismo tiempo.

—christopheR. yA mE cansÉ dE perseguirTE. hE esperadO doS miL añoS parA salir dE esta prisiÓN. o mE entregaS LA llavE y mataS a LA mujeR sisEante o convertirÉ a tU madrE eN mi mascotA parA siempre. nO haY más opción. alguieN morirÁ eN navidaD. y serÁ LA mujeR sisEante o tU madrE. ahorA...

»eligE.

El señor y la señora Collins abrieron la puerta de la casa del árbol, listos para meter a la madre de Christopher.

—¡De acuerdo! ¡Deténganse! ¡Lo haré! ¡Solo suéltela! —suplicó el niño.

Hubo un momento de silencio, luego las mil bocas emitieron un susurro.

—graciaS, christopheR...

El pueblo bajó cuidadosamente a la madre de Christopher por la escalera. Christopher la miró ahí, tendida junto al árbol. Se veía tan en paz. Después de todo lo que había vivido. Todo lo que la vida le había hecho.

Se hincó junto a ella y le acarició la frente como ella siempre lo hacía con él cuando tenía fiebre. Tomó su mano. Si tenía pulso, no pudo encontrarlo.

—Mamá, me tengo que ir —dijo en voz baja.

La fiebre comenzó. No se parecía a nada que hubiera sentido antes. Los vellos de su nuca se erizaron. Su estómago se calentó y comenzó a chispear por la electricidad. El susurro le fue calentando todo el cuerpo, pero con su madre no

comenzó en su mente ni en sus manos.

Comenzó en su corazón.

Christopher cerró los ojos y apretó a su madre contra su pecho. El susurro de la comezón avanzó en su interior como las nubes en el cielo sobre ellos. Pudo oler el Vick VapoRub que ella le ponía en el pecho cuando estaba enfermo. La cerveza en las rocas que le servía, como el vino del altar de Mary Katherine, como la sangre que le escurría de la nariz.

Ya no había diferencia.

Christopher sintió que ya no le quedaría ni una gota de sangre, pero no la iba a soltar. Sin importar cuánto doliera. Lo que le quedara, se lo iba a dar a ella. El susurro de la comezón hizo que Christopher sintiera la bala en el cuerpo de su madre. Cada esperanza y cada miedo que jalaron los gatillos. Cada promesa y cada vida rotas.

Su fiebre subió. El dolor de cabeza era insoportable. Sentía que su cráneo iba a partirse por la mitad. Ahora ya sabía todo. Todo lo que su madre había vivido. Todo lo que su madre había hecho por él. Vio la vida de su mamá, y al fin entendió eso que estaba sintiendo dentro de él.

No era dolor.

Era poder.

Christopher era omnisciente. Era omnipotente. Estaba tan cerca de Dios como lo puede estar un mortal. Le sanó las costillas rotas a su madre. Cada cavidad. Cada arruga. Cada mínimo dolor y malestar. Todo lo fue canalizando a través de su cuerpo hasta hacerlo desaparecer entre las nubes.

Su madre abrió los ojos. Estaba viva.

—¿Christopher? —susurró—. ¿Qué está pasando?

—Nada, mamá. Ya estás bien.

Siguió tocándole el pecho a su madre. Le dio más y más vida. Vio todos sus recuerdos. No solo los hechos, sino las sensaciones. Las lágrimas. La rabia. El autodesprecio. Las cicatrices invisibles.

—Mamá, te puedo quitar el dolor para siempre. ¿Me permitirías hacerlo?

—¿Qué? —preguntó ella en voz baja.

—No tienes que volver a sufrir nunca. ¿Me permitirías hacer eso por ti?

—Sí, cariño. Lo que tú quieras —dijo ella.

Christopher puso una mano sobre el hombro de su madre y tocó la piel entre su pecho y su clavícula. Por un momento, ella no sintió ninguna diferencia.

Y entonces comenzó.

Miró a su hijo y notó la sangre que le brotaba de la nariz.

—¿Qué pasa, cariño? —le preguntó a Christopher—. ¿Tienes una hemorragia nasal?

—Voy a estar bien, mamá. Solo espera.

Ella instintivamente comenzó a limpiarle la sangre. Christopher tomó su mano y sonrió. Su calor le llenó la piel y vio su vida pasando frente a sus ojos. Cada vez que escondió sus lágrimas porque no iba a enseñarle a su hijo a tener miedo. Cada vez que sonrió para que él se sintiera seguro y luego fue a la otra habitación a contar los treinta y un dólares que les quedaban. Todos los golpes que recibió por él. Todas las cosas a las que renunció por él. Cada noche que lo arrojó en la cama. Cada vez que se obligó a levantarse de la cama porque no iba a abandonar a Christopher como todas las personas de su vida la abandonaron a ella. Sintió cada momento que pasó con su hijo otra vez.

Pero no como ella los vio.

Sino como él los vio.

Al principio no reconoció la sensación, pero cuando se dio cuenta de qué era, las lágrimas comenzaron a correr por su rostro. Sintió lo que es ser lo más importante. Lo que es ser amado sin condiciones por alguien más grande que puede protegerte y arreglar las cosas. Era su propia madre. Estaba segura. Nunca se había sentido más feliz en toda su vida. Pero era más que felicidad. Era más que seguridad. No era lo que sentía. Era lo que ya no sentía.

Ya no había dolor.

Todo se había ido. Toda la culpa. El miedo. La responsabilidad que cargaba por la dislexia de su hijo. Por su pobreza. Por su situación. Todo se derritió. No había fracaso. Se vio a sí misma como él la veía. Como una heroína. Todopoderosa. La más sabia. La persona más increíble en toda la historia del mundo.

Levantó la mirada hacia a su hijo, que la estaba viendo con una sonrisa, como todos los viernes de películas. Como cada vez que él eligió un libro para ella. Cada vez que fingió que una película le había encantado por ella. Cada vez que le preparó una cerveza en las rocas. Ella sintió su propia sonrisa. Sus abrazos. Su comida. Su belleza. Una eternidad de momentos se extendió frente a ellos mientras contemplaban la luz de cien mil millones de estrellas.

—Mamá —dijo él—. Esto es lo que realmente eres para mí.

En ese momento, Christopher cerró los ojos y le devolvió a su madre todo el amor que ella le había dado a lo largo de su vida.

Su madre estaba en el Cielo.

A Christopher dejó de sangrarle la nariz. Puso una mano tibia sobre la frente

de su madre y ella se acurrucó como una niñita lista para descansar.

—Duérmete, mamá. Solo fue un mal sueño. Mañana todo estará bien.

—Sí, cariño. Buenas noches —dijo ella.

—Buenas noches.

Christopher se inclinó para besar la frente tibia de su madre. Ya debía estar soñando.

—Jamás permitiré que te hagan daño —dijo él.

Luego se levantó. Christopher había absorbido todo el dolor de su mamá. Sus articulaciones estaban inflamadas y las rodillas le crujían. Sus brazos se sentían flacuchos y débiles. Lanzó una mirada al claro y notó que todo el pueblo lo estaba contemplando con sus ojos muertos. El hombre amable se los había llevado a todos. A todos menos a su madre. No quedaba nadie. Christopher estaba completamente solo.

Con su cuerpo maltrecho, fue cojeando hacia el árbol.

La multitud se abrió como el mar Rojo. Cientos de ranas que no entendían por qué de pronto se empezaron a sentir tan mal. Christopher sabía que iba caminando hacia su muerte, pero no tenía otra opción. Por su madre. Por los demás. Por todos. Llegó al pie del árbol. Levantó sus brazos flacos y subió por los tablones como dientes de bebé.

Christopher llegó a la casa del árbol.

Abrió la puerta y se asomó al interior. Solo era una pequeña habitación, fría y vacía. Con nada más que el alguacil y Ambrose tirados en el suelo, retorciéndose inconscientes, mascullando sobre el horror de sus sueños. Oía mal. La luz era demasiado brillante. Algo había cambiado. El hombre amable había tomado el control del portal. Christopher ignoraba qué diferencia habría en cuanto cerrara la puerta. Lo único que sabía era que el hombre amable no podría matar a la mujer siseante sin él.

Y que Christopher era lo único que evitaba que el Infierno se apoderara de la Tierra.

Entró a la casa del árbol con una mano sobre la llave de la mujer siseante en su bolsillo como si fuera un amuleto de pata de conejo. Se dio la vuelta y miró a su madre, que dormía plácidamente en el suelo. La única luz que quedaba en el mundo.

—Te amo, mamá —dijo.

Luego cerró la puerta y entró al Infierno.



## Parte VII

---

### La sombra de la muerte

Christopher abrió los ojos.

Aún estaba en la casa del árbol. Vio su cuerpo físico tirado junto a los de Ambrose y el alguacil, perdidos y retorciéndose. Pero había algo diferente. Algo había cambiado. Christopher fue a la puerta. Puso su oreja contra ella. Escuchó en busca de cualquier señal del hombre amable. Lo único que escuchó fueron susurros. Voces que no había escuchado antes. Siseando su nombre.

—Chrisstopher.

—Sabemos que puedes escucharnos.

Se acercó a las ventanas para ver quién susurraba, pero estaban tan empañadas que no pudo ver nada. Las nubes los tenían rodeados. Cubrían ambos lados del mundo como una venda sobre los ojos.

—Chrisstopher... te estás quedando sin aire.

Las voces tenían razón. El aire dentro de la casa del árbol se había vuelto denso y caliente como la respiración bajo una cobija. Los susurros rasparon la casita.

—Esto es lo que le pasa a la gente en los ataúdes.

—Se quedan sin aire.

—Todos están vivos allá abajo, Christopher.

—Se están retorciendo.

—Si no sales, morirás como ellos —susurraron las voces.

Christopher no tenía más opción. Tomó la perilla y abrió la puerta apenas lo suficiente para que entrara el aire fresco. La brisa de afuera era dulce y ahumada como algodón de azúcar en un asador. Se asomó por la abertura. Lo que vio lo estremeció.

El mundo imaginario era hermoso.

El pasto verde. El cielo azul. Y negro. Y lleno de estrellas. Y despejado. Todo al mismo tiempo. El sol brillaba tanto como la luna junto a él. Una brisa corría entre las hojas de los árboles, verdes y maduras como frutas. El clima era una mezcla perfecta de cálido y fresco. Húmedo y seco. Un hermoso día de primavera mezclado con una fresca noche de otoño. Lo mejor de todas las estaciones. El mejor de todos los momentos. No exactamente de día. No

exactamente de noche. Lo mejor de ambos y lo peor de ninguno.

El bosque de la calle Mission era celestial.

Christopher bajó la mirada a ese hermoso mundo y los vio.

Cientos de ciervos.

En el claro.

Mirándolo fijamente.

Voces escondidas en el viento.

—Hola, Christopher.

—Hola, amigo.

—Baja ya. No te vamos a comer. No esta vez.

Christopher sintió los susurros en su nuca. Se dio la vuelta y vio una rama estirándose como una serpiente de la cabeza de Medusa. La rama le ofreció su mano y lo ayudó a bajar por la escalera. Ligero como una pluma.

—Por aquí, Christopher —dijo la voz amigable.

La voz estaba por todas partes. La voz no estaba en ningún lado. Christopher miró la luna azul junto al sol anaranjado, que iluminaban las nubes sobre el claro como una linterna. Las estrellas en el cielo cintilaban como luces de Navidad.

Christopher se aferró a la escalera. Se sentía húmeda y resbalosa. Blanca y brillante. Los tablones eran dientes de bebé. Comenzó a andar por ellos.

Para bajar del árbol gigante.

El cuerpo le dolía con cada paso. Se sentía débil tras haber curado a su madre. Lo único que le quedaba era su mente. Sabía que el alguacil estaba perdido en alguna parte de ese lugar. Y también Ambrose. Su tiempo se estaba acabando. Miró el claro y vio a los ciervos esperándolo. Intentó no fijarse en las costillas saltadas de los animales por la falta de alimento. Los ciervos se lamían las narices con sus lenguas largas y rasposas.

—Eso es, Christopher. Con cuidado —dijo la voz.

Christopher siguió bajando. Por su madre. Por sus amigos. Por su pueblo. Llegó al suelo y vio cómo los ciervos se acercaban. Y luego le ofrecieron una reverencia, mordisquearon la tierra alrededor de sus pies y le acariciaron las manos con sus hocicos.

Christopher estaba demasiado débil para huir de ellos corriendo. Demasiado débil para volar. Pero se obligó a caminar. Lo rodearon como guardias. Para protegerlo. Para que siguiera caminando. Christopher miró hacia el bosque. Las ramas de los árboles estaban sonriendo, ondeando como colas de gato. Todo aquello se convirtió en un ceño fruncido.

La brisa hizo su mejor esfuerzo por cubrir los sonidos, pero Christopher aún

podía sentir los gritos en la distancia. Las súplicas de «¡Haz que pare!» en el lado imaginario mezcladas con los gritos de «¡Aquí vamos!» en el real. Los mundos se estaban integrando. Las ranas comenzaban a sentir la comezón.

*La señorita Lasko acaba de abrir una botella de whisky. La acercó a su nariz. Olía delicioso. Se la llevó a la boca. Pero tiene la boca cosida.*

Christopher podía sentir que la señorita Lasko lloraba entre las costuras. No le quedaba mucho tiempo. Siguió caminando por el hermoso bosque. Las ramas le acariciaban los hombros, jugaban con su cabello y le daban suaves empujones para que siguiera avanzando.

*Sintió el grito de la señora Collins: «¿Mamá? ¡¿Mamá?! ¡¿Por qué no me dejas entrar a la cocina?! ¡Me lo prometiste! ¡Por favor! ¡Tengo mucho frío!».*

Christopher avanzó cojeando. Al bajar la vista hacia el sendero, vio las huellas. Todas eran distintas. De hombres, mujeres, niños, niñas. Los pies se iban volviendo más pequeños. Como si fueran de humanos que iban desapareciendo.

*Sintió los llantos de Brady Collins: «¡¿Mamá?! ¡¿Mamá?! ¡¿Por qué no me dejas entrar a la cocina?! ¡Me lo prometiste! ¡Por favor! ¡Tengo mucho frío!».*

Christopher cruzó el puente. Sintió que algo caía al agua del arroyo en el lado real.

*Jenny Hertzog acaba de empujar a su hermano Scott al arroyo para que se ahogue en un charco. No entendía por qué el arroyo se convirtió en la cama de él. «¡Mamá! ¡Por favor! ¡Haz que pare!».*

Christopher observó el puente. Todo estaba en sus manos. Tenía que salvar a Jenny. Tenía que salvarlos a todos. Los chapoteos en el agua se escucharon con más fuerza.

*La anciana al otro lado de la calle acaba de irse a nadar con su esposo, pero no entiende por qué él se cansa y se cansa. «¡Tienes que nadar, querido! ¡Por favor! ¡Ay, Dios! ¡Se ahoga!».*

Christopher sabía que si no derrotaba al hombre amable, esa sería la eternidad del mundo. Las personas en el claro se culparían unas a las otras. Se pondrían en contra de las demás. El hombre amable las había reunido para jugar a la guerra. Rudos y técnicos. Se pueden formar tribus con algo tan pequeño como un equipo deportivo. Todo comenzaría en ese claro. Un vecino atacaría a otro vecino. Y ese vecino tendría un primo en alguna parte que se uniría. Y luego otro. Y otro. Hasta que todos conocieran a una madre o a un padre o hermano o hermana o pareja o hijo o hija que fue afectado por otra madre o padre o hermano o hermana o pareja o hijo o hija. Y ambos lados lucharían sin detenerse jamás. Nunca morirían. Nunca escucharían. Solo correría la sangre sin parar. El Infierno

estaría en la Tierra.

Christopher miró las flores que flanqueaban el camino de salida del bosque de la calle Mission.

Llegó a la calle.

Se detuvo en cuanto lo vio. Su vecindario. Su casa. La cabaña de madera. La calle cerrada con la hermosa niebla nocturna mezclada con el rocío de la mañana. Todo intentaba desesperadamente parecer feliz pese al hecho de que estaba en llamas. Christopher escuchó los gritos ahogados que salían de las casas. Miles más atrapados detrás de las costuras. Intentando sonar alegres.

—¡Ya volvió! ¡Ya volvió! Hola, Christopher —decían.

Vio al hombre con el uniforme de *girl scout* saludándolo con una mano en la punta de su visera. La pareja hacía sonidos de placer mientras se besaba hasta que sus dientes rodaron por la calle como piedritas. Las personas buzón estaban apiñadas como pasajeros de un tren lleno. Sin puertas. Sin asientos. Sin esperanza. La calle se extendía sin fin, con las personas buzón flanqueándola para mantener a los condenados en su lugar mientras gritaban bajo sus sonrisas.

—¡Haz que pare! ¡Por favor, Dios!

Solo una persona no sonreía. Estaba tirada en el jardín junto a la calle. Atada de manos y pies. Rodeada por los ciervos.

Era la mujer siseante.

—No estás en la calle —dijo, derrotada.

Christopher saltó a la calle. Los ciervos comenzaron a rodearlo como una serpiente a sus crías. Una figura encapuchada se acercó a él y estiró una mano. Luego, lentamente se fue quitando la sombra como otros se quitan la ropa al final de un largo día.

Era el hombre amable.

Se veía tan apuesto. Tan limpio. Un tipo encantador con un traje gris. Su agradable sonrisa dejaba ver todos sus dientes de bebé.

—Hola —dijo—. Lo siento, pero necesito que la mates ya. es hOra.

Christopher lo miró. El hombre amable no tenía armas en sus manos. Solo una expresión agradable y un gesto paternal.

—porque dios eS un asesino.

*Papi.*

El alguacil abrió la puerta.

Estaba en el pasillo de unos viejos departamentos. Por un momento se preguntó por qué no estaba en la casa del árbol. Estaba seguro de haber abierto la puerta de la casita, pero esos definitivamente eran unos departamentos antiguos. Detrás de él, la puerta se cerró con un fuerte clic.

Ding.

El elevador se abrió al final del pasillo. Una pareja de adolescentes salió del elevador. El chico tenía unos dieciséis. La chica, diecisiete. Él era negro. Ella, blanca. Ella llevaba en brazos a su bebé.

La bebé estaba llorando.

—¡Papi!

El alguacil se quedó quieto por un minuto y sintió que ya había estado ahí antes. Como si eso ya hubiera sucedido. Pero rápidamente se sacudió la sensación.

Tenía trabajo por hacer.

—Disculpen. Recibí una queja sobre un olor que viene de la habitación 217. ¿Saben quién vive...?

La pareja rápidamente desvió la mirada y se metió a su departamento sin decir ni una palabra. El alguacil escuchó que ponían los seguros con un Clic. Clic. Clic. Estaba acostumbrado a que la gente no quisiera hablar con la policía, pero no había escuchado tres candados desde que se mudó a los suburbios. Eso le dio mala espina.

Recorrió el pasillo hacia el elevador. Era uno de los antiguos, con los números en un medio círculo con bordes dorados. Parecía la mitad de un reloj con una manecilla que se movía de las nueve a las tres.

Pero estaba apuntando directo a las seis.

Debía estar descompuesto.

El alguacil presionó el botón. Observó la flecha dorada recorriendo el semicírculo en la dirección equivocada.

Ding.

La puerta se abrió y el alguacil vio a una pareja de adultos en el elevador. El hombre era negro. La mujer era blanca. Iban con su hija, que estaba vestida con un hermoso atuendo blanco para la iglesia. La pequeña estaba llorando porque se había derramado algo encima. Parecía jugo de uva. O sangre.

—¡Papi! —gritó.

—Disculpe —dijo el alguacil—. Recibí una queja sobre un olor que viene de la habitación 217. ¿Saben quién vive ahí?

—No —respondió la madre—. Pero usted sí.

La madre sonrió. No tenía dientes. Su esposo puso una mano sobre su familia y la llevó a toda prisa a su departamento y cerró la puerta. Clic. Clic. Clic.

El alguacil entró al elevador y presionó el 21. Las puertas se cerraron y comenzó a sonar la música ambiental. «Blue Moon». El sonido casi lo distrajo del olor a orina y heces. El alguacil estaba acostumbrado a que los edificios olieran a meados y mierda, pero ese olía como el interior del pañal de un bebé. La bebé lloraba.

Las puertas del elevador se abrieron en el piso veintiuno.

El alguacil salió del elevador y se adentró en la oscuridad. Las luces parpadearon. La alfombra estaba hecha jirones. Se dio la vuelta y vio la habitación 217 al final del largo pasillo.

La puerta estaba entreabierta.

El alguacil caminó hacia allá. Escuchó rasguños detrás de todas las puertas. Buscó el sonido conocido de perros o gatos, pero no encontró nada. Solo rasguños. Y respiraciones.

Llegó a la habitación 217.

El alguacil intentó asomarse al interior, pero el lugar estaba a oscuras.

—Hola. Departamento de policía. Recibimos una queja sobre el olor.

Silencio. El alguacil abrió la puerta y se topó con un olor que lo hizo extrañar el elevador. Humo dulce y carne podrida mezclados con leche echada a perder. El alguacil, que casi vomita, se cubrió la cara. Los ojos se le llenaron de lágrimas a tal grado que sintió que estaba viendo a través de una niebla. ¿No acababa de estar entre la niebla? Le parecía que sí, pero no se acordaba bien.

Encendió la luz.

Examinó la cocina fría. Había un cartón de leche sobre la mesa. Vio algunas cucarachas. Una caja de Cheerios y un tazón.

Y entonces vio a la mujer.

La cabeza hundida en un tazón de cereal. Su cuerpo estaba hinchado y pudriéndose. Tenía una aguja clavada en el brazo. El cinturón seguía alrededor

de su hombro. Al parecer llevaba días ahí sin que nadie se hubiera dado cuenta.

Salvo por el perro de la casa.

El alguacil corrió hacia ella. Alejó al perro famélico de las piernas del cadáver, que había convertido en su merienda. Luego levantó la cabeza de la mujer del tazón de cereal. Rápidamente le revisó el pulso para comprobar que estuviera muerta.

Escuchó algo en la habitación. Squick. Squick. Squick.

El alguacil se incorporó con los pelos de punta.

—¿Hola? —dijo.

Fue hacia la puerta del cuarto.

Squick. Squick. Squick.

—¡¿Hola?! —repitió.

Abrió la puerta lentamente, se asomó al interior y entonces la vio. Atada de manos y pies con una corbata a una cabecera oxidada. Estaba sucia y muriendo de hambre. Debía pesar unos veinticinco kilos. Había luchado tanto por soltarse que sus muñecas y tobillos estaban cubiertos de sangre. Pero, de alguna manera, sus manos y pies seguían limpios.

Era la niña con las uñas pintadas.

Al principio, el alguacil pensó que la habían secuestrado, hasta que una vieja fotografía le dejó claro que era la hija de la adicta muerta en la cocina. No tuvo que esforzarse mucho para suponer que la habían vendido a algunos perversos para que su madre pudiera pagar por la aguja en su brazo.

El alguacil corrió hacia la niña. Casi no tenía pulso. Pero ¡seguía viva! ¡Ahora sí podría salvarla! ¿Ya había estado ahí? Buscó su radio, pero ya no lo tenía. Buscó un teléfono, pero no había. Era imposible llamar al 911. Desató las manos de la niña y se hincó para desatarle los pies. De pronto, sintió una manita sobre su brazo.

—¿Papi? —susurró ella.

El alguacil la miró. Luego echó un vistazo por la ventana de la habitación y vio el desangelado arbolito de Navidad de Charlie Brown afuera del hospital Mercy. Algo andaba mal. Estaban en el cuarto de la niña. ¿O era una habitación de hospital? ¿Dónde estaban?

—¿Papi? —repitió la niña.

—No, linda. Soy un policía. Yo te encontré.

—No me engañas. Siempre supe que me ibas a rescatar, papi —dijo ella.

El alguacil le desató los pies y la cargó. Era como una muñeca de trapo entre sus brazos. La acostó en la cama de hospital y la arropó. Su olor era tan limpio y



cálido.

—¿Me lees un cuento? Nunca nadie me ha leído un cuento —dijo la niña.

El alguacil tomó una copia desgastada de *Caperucita roja* que habían dejado en la habitación del hospital. Mientras leía, la niña levantó la vista hacia la televisión silenciada. Le preguntó al alguacil por qué la imagen estaba tan clara. Nunca había salido de su departamento. Nunca había ido a la escuela. No había aprendido a escribir ni su nombre.

El alguacil escuchó la morfina goteando al brazo de la niña.

Tic. Tic. Tic.

Llegó a la última página del cuento. «Qué dientes tan grandes tienes».

—Papi, ¿me puedes traer leche?

—No, linda. No puedo —dijo él.

—¿Por qué no?

—Porque ahí es cuando te mueres —respondió el alguacil.

—Esta vez no lo haré. Te lo prometo.

—Pero tienes que escuchar el final de la historia. Tienes que saber que el lobo no gana.

—Por favor, papi, tráeme leche.

El alguacil observó esos enormes y hermosos ojos. Escuchó la morfina caer como gotas de lluvia.

Tic. Tic. Tic.

Luego le entregó el libro y salió al pasillo. Rápidamente encontró a una enfermera y le pidió un cartón de leche. Mientras esperaba, decidió lo que iba a hacer. Él era el primer hombre adulto en la vida de la niña que no se había acostado con ella, así que ella pensaba que era su papá. Y ¿por qué no podía serlo? No era religioso, pero por una vez podría hacer que el mundo fuera mejor. Podría llevársela a casa para Navidad. Podría comprarle regalos. Podría adoptarla. Después de todo lo que esa niña había vivido, aún conservaba su inocencia. Era la mejor niñita que él hubiera conocido.

—Aquí está la leche, sEñor —dijo la enfermera.

El alguacil observó el pequeño cartón. Ahí estaba Emily Bertovich, sonriendo desde su fotografía de segundo de primaria.

El alguacil volvió a la habitación.

—Bueno. Hay que terminar esa historia, linda. ¿Linda?

La niñita yacía sin vida sobre la cama.

—¡NO! —gritó él.

Corrió a abrazarla. Pidió a gritos una enfermera, pero nadie acudió.

—¡POR FAVOR!

Comenzó a llorar. De pronto, el alguacil lo recordó todo. Ya había estado ahí. Ya había hecho eso. Ya la había visto morir cincuenta veces esa misma noche.

—¡HAZ QUE PARE!

El alguacil corrió a la puerta. Sabía lo que estaba por venir. Saldría al pasillo a buscar un doctor que salvara a la niña. Pero en vez de eso la puerta se abriría hacia los departamentos. Ya lo había hecho cincuenta veces. Pero esa vez se prometió que lo recordaría. Christopher estaba en un grave peligro. Y su madre también. Y Ambrose también. Tenía que ayudarlos. Tenía que llegar antes. Tenía que salvarla esta vez. Para poder salir de ahí. Y porque no podía verla morir otra vez.

*pero dios es un asesino*

*Papi.*

El alguacil abrió la puerta.

Vio el pasillo de unos viejos departamentos. Por un momento, se preguntó por qué no estaba en la casa del árbol. Estaba seguro de haber abierto la puerta de la casita, pero esos definitivamente eran unos departamentos antiguos. Detrás de él, la puerta se cerró con un fuerte clic.

El alguacil se dio la vuelta para salir del edificio, pero la puerta estaba cerrada.

Ding.

Ambrose encendió la luz. Miró a su alrededor, esperando ver la casa del árbol. Pero ya no estaba ahí.

Estaba en su antigua casa.

En el sótano.

Algo estaba terriblemente mal. Ambrose lo supo instintivamente. Estaba en territorio enemigo. Echó un vistazo por el sótano. Había algo ahí. No podía verlo, ni a través del halo en sus ojos, pero podía sentirlo. Era algo demasiado conocido. Los vellos de su nuca se irguieron como antenas.

Fue a las escaleras.

Subió y la madera crujió bajo cada uno de sus pasos. Podía sentir algo en el sótano detrás de él. Rápidamente, miró hacia atrás, pero no vio nada. Solamente los paneles de madera que puso con su padre un verano. Su hermanito les rogó que lo dejaran ayudar. Su padre dijo que no. Ambrose dijo que sí.

Abrió la puerta del sótano.

Entró a la cocina de su madre. Vio el marco de la puerta donde su mamá iba midiendo su altura con marcas de lápiz. Ambrose medía un metro ochenta y dos. David se había quedado en un metro. Había algo hirviendo en una olla sobre la estufa. Algo que olía como... como... carne de ciervo.

Ding dong.

Alguien estaba en la puerta principal. La sangre se le congeló de inmediato. Fue lentamente a la puerta. Llegó al recibidor de su madre. El viejo tocadiscos RCA estaba en la esquina junto a la máquina de coser.

—¿Hola? —susurró.

Y entonces el bebé comenzó a llorar.

Ambrose fue corriendo a la ventana y abrió las viejas cortinas de su madre con un chirrido sobre el cortinero de latón. Estiró el cuello para ver quién estaba en la entrada, pero lo único que vio fue una carriola de bebé. Su corazón se detuvo al entender qué estaba pasando. No sabía dónde estaba, pero sí sabía en qué día estaba.

Era la noche en que David desapareció.

—¿David? —dijo Ambrose al pie de las escaleras—. David, ¿estás arriba?

No hubo respuesta salvo por un...

Pum. Pum. Pum.

Una pelota de beisbol rodó lentamente por las escaleras.

Ambrose tomó la pelota. Olía como el guante de David. Ambrose subió corriendo las escaleras tan rápido como sus viejas piernas se lo permitieron. Pasó junto a las fotografías familiares y de boda. Cien años de historia de la familia Olson envejeciendo en las paredes como viejos afiches de desaparecidos. No quedaba nadie para recordar. Nadie más que él. Llegó al último escalón y fue a la habitación de David. Abrió la puerta y se asomó a la oscuridad.

—¿David? ¿Estás aquí? —preguntó.

Encendió la luz. El cuarto estaba vacío. Las paredes estaban cubiertas por los rasguños de la locura cuando su padre encerró a David sin nada más que su miedo para hacerle compañía. Ambrose vio un bulto bajo las cobijas en la cama. Tenía el tamaño de un niño.

—¿David? ¿Eres tú? —susurró.

Estudió el bulto en la cama. ¿Se estaba moviendo? ¿Estaba respirando? Se acercó y levantó las cobijas de golpe antes de que el miedo lo convenciera de lo contrario. No había nadie. Solo dos almohadas bajo las sábanas para engañar a un adulto.

Y el álbum de bebé de David.

Ambrose lo tomó lentamente. La cubierta de piel olía a guantes viejos de beisbol. Aún conservaba el aroma de su hermano. Abrió el álbum y pasó los dedos sobre los recuerdos del hospital. D. Olson. Observó la pequeña huella y las fotografías que todas las familias parecían tomar.

David riéndose desnudo en la tina.

David flotando en una alberca con cara de pocos amigos.

David abriendo sus regalos de Navidad.

Ambrose había visto las fotos tantas veces que no necesitaba verlas de nuevo. Sabía cuál era la última foto del álbum. David con el guante de beisbol de su hermano mayor. Ambrose contempló la foto y luego le dio la vuelta a la página.

Pero esta vez el álbum continuó. Había más fotografías.

David saliendo por la ventana.

David corriendo por el bosque.

David gritando en su tumba.

Ambrose volteó a la ventana y vio las huellas de su hermano en el cristal. El viento estaba usando una rama vieja para arañar la ventana. Ambrose la abrió y observó la enredadera que subía por la pared. Su hermanito la usó para bajar por

ahí la noche en que desapareció. Esta misma noche.

*Aún puedo salvar a mi hermano.*

Salió por la ventana y bajó por la hiedra. Sus pies alcanzaron el pasto húmedo. Ambrose miró hacia abajo y encontró las huellas de su hermanito en el jardín. Sabía que posiblemente era una trampa, pero no tenía más opción. Siguió el rastro. Tenía que encontrar a su hermano. Esta vez, tenía que salvarlo.

*Alguien enterró vivo a mi hermano.*

Apuró el paso. No podía ver nada más que las huellas de su hermano impresas en la calle mojada. Le pareció que podía escuchar la voz de David a lo lejos. Estaba llorando. Ambrose corrió tras las huellas de su hermano hasta que vio la calle cerrada más adelante.

Y el bosque de la calle Mission.

El viejo soldado se preparó y recorrió el campo. Podía sentir al bosque cobrando vida frente a él. El viento entrando y saliendo de ahí como si fuera una boca invisible. Haciendo nubes.

Ambrose siguió las huellas hacia el interior del bosque.

De pronto, el camino se oscureció. Ambrose habría quedado a ciegas de no ser por los halos en sus ojos. Tenía el corazón en la garganta. Ahí habían matado a su hermano. Ahí lo llevaron. David estaba por ahí, en alguna parte.

*Aún puedo salvar a mi hermano.*

Ambrose buscó cualquier señal de secuestro. Un agujero en el suelo. Una trampilla. Pero lo único que vio fueron las huellas de su hermano, que lo guiaban hacia la vieja mina de carbón. Ambrose se adentró a la oscuridad, aferrándose a sus recuerdos como un niño a una lámpara de noche. Había escuchado historias sobre esa mina. El abuelo de su abuelo trabajó ahí cuando era niño. Trabajo duro hecho para hombres duros. Y ni hablar de las familias. Ambrose sería el último Olson. A menos de que pudiera salvar a su hermano.

—¡David! ¿Estás aquí?

Su voz rebotó en las paredes. Podía sentir algo en la oscuridad. Una presencia silenciosa. Observando. Esperando. Serpenteando. Ambrose se armó de valor y caminó hasta llegar a la luz al otro lado. El camino lo llevó a un claro escondido. Ambrose siguió las huellas hasta un pequeño jardín. Levantó la vista y se detuvo en seco cuando al fin la vio.

La casa del árbol de David.

Ambrose miró a través de la densa niebla y vio la sombra de un niño llevando algo a la casa.

—¡¿DAVID?! —gritó Ambrose.

Las palabras sonaban bien en su mente, pero cuando salieron de su boca, no hicieron sonido alguno.

El niño no se dio la vuelta.

Ambrose se echó a correr hacia él, pero de pronto sus piernas se volvieron muy pesadas y no podía moverse. No podía hablar. Solo podía observar, congelado en su sitio. El niño se dio la vuelta y Ambrose al fin vio su rostro. Su hermoso rostro. Y ese cabello perfecto. Era David. Dios mío. Realmente era él. Seguía vivo.

Y estaba llorando.

Ambrose intentó gritar, pero las palabras se atoraron en su garganta cual canicas. David no podía escucharlo. David creía que estaba completamente solo. David se limpió la sangre de la nariz con una mano y con la otra tomó un martillo de una pila de herramientas cerca de la casa del árbol. Ambrose miró a su hermano destruir la casita. Tablón por tablón. Echaba la madera en una pila como un perro juntando huesos.

Hasta que no quedó más que la escalera.

El niño intentó quitarla solo, pero era demasiado débil. Levantó el martillo con su manita temblorosa y trató de arrancar uno de los escalones, pero el martillo pesaba demasiado. Al fin se le soltó y cayó al suelo con un golpe seco. El niño se incorporó y se llevó las manos a su cabeza adolorida.

—Alguien ayúdeme —gritó—. Tengo que destruirla completa.

—¡DAVID! —exclamó Ambrose—. ¡AQUÍ ESTOY!

Ambrose gritó hasta sentir que le ardía la garganta, pero solo hubo silencio. Intentó moverse, pero solo pudo observar, sin poder hacer nada, cómo un hombre entraba al jardín. Era un tipo muy apuesto. Y limpio. Con su traje gris y su sonrisa. Lo único raro en él era el hecho de que solo se movía entre las sombras. Y el viento era su voz.

—Hola, David —dijo—. ¿Qué estás haciendo?

David retrocedió hacia el árbol. Aterrado.

—Yo... yo... —tartamudeó David.

—No tengas miedo. Seguimos siendo mejoreS amigos.

El hombre se acercó lentamente a David, que escondió el martillo detrás de su espalda.

—¿Qué tienes ahí atrás, davId? ¿Es un martillo? ¿Estás destruyendo la casa del árbol?

—Sí —dijo David al fin, recuperando su voz.

—Pero si la construimos juntos —comentó el hombre. Parecía herido—. La

caSa del árbol es nuestra caSa. ¿Recuerdas?

David rápidamente se limpió las lágrimas y fingió que nunca estuvieron ahí.

—Nadie en el lado real sabrá que estuvo aquí —dijo con tono desafiante.

El hombre se le acercó cual serpiente erguida, disimulando su sonrisa.

—Pero ¿cómo puedes destruirla? La casa del árbol te convierte en dios. Te di ese poder para que la mataras —dijo el hombre con tono amistoso.

—No voy a matar a la mujer siseante por usted —anunció David—. No lo dejaré escapar.

Entonces, David se acercó al árbol y arrancó la escalera como un dentista que extrae un diente. Echó los tablones de 5 x 10 sobre la pila de madera. La sonrisa del hombre desapareció. Siguió a David, tranquilo y peligroso.

—Conoces las reglaS, david. Alguien va a morir. Y será la mujer siseante o tu hermano. No haY otra opción.

—Sí, sí la hay —dijo David—. Alguien más puede morir.

Ambrose vio que su hermanito lanzaba la última tabla de 5 x 10 a la pila. Y luego tomó una pala.

—Estás en el lado reAl —señaló el hombre, riéndose—. Ni siquiera puedes verme. Solo estoy en tu imaginación. ¿Cómo mE vas a matar con una pala?

—No lo voy a matar a usted —dijo David.

Luego levantó la pala y la hundió en la tierra. La risa del hombre amable se detuvo de golpe. La calma en su voz se quebró.

—¿QuÉ estás haciendO?

David no dijo nada. Solo siguió sacando más y más tierra. El hombre corrió hacia él.

—¡DejA dE haceR esO!

Pero David no se detuvo. Parecía que los huesos de sus brazos iban a romperse por el peso de la pala.

—Si no paras, voy a matar a tu hermaNo.

—No. No lo hará. Si muero, también morirá el poder que toma de mí. Ella volverá a ser la más fuerte. Y no dejará que le haga daño a Ambrose.

Ambrose vio todo sin poder hacer nada. Podía percibir el aroma a guantes de beisbol. Aunque se estaba volviendo más débil. El hombre se acercó a David y le puso una mano amable sobre el hombro.

—Por favor, David —dijo con la voz de Ambrose—. Nunca te encontraría. Y eso me va a destruir. ¿Cómo puedes hacerle eso a tu propio hermano?

—Usted no es mi hermano. Usted no es nada.

El mundo se desplomó como un pájaro que cae del cielo. El hombre cerró los

ojos, lleno de rabia. Unos brillos como luciérnagas le recorrieron la piel. Miles de estrellas se encendieron sobre él y acercó un dedo hacia David, como una aguja.

—Así ha sido la eternidad para la mujer siseante y, si no la matas, así será para ti.

La nariz de David comenzó a sangrar. Y los ojos. Y las orejas. Gritó como si lo estuvieran quemando vivo, pero no dejó de cavar. No hasta que el agujero estuvo listo. Luego tiró la pala sobre la pila de madera y sacó algo de su bolsillo trasero.

Líquido para encendedores.

Abrió la tapa y echó el líquido sobre los huesos de la casa del árbol. Luego llevó un chorro por todo el camino hacia el agujero. El hombre le chilló al oído a David y el niño cayó de rodillas, en agonía. Lo único que pudo hacer fue arrastrar su cuerpo maltrecho hacia la tumba.

Después, sacó una cartera de cerillos de su hermano. Lucky Strike. Encendió uno, que soltó un

Sssss.

El hombre lo miró. La llama tenía el color de sus ojos. Habló como un policía dirigiéndose a alguien a punto de saltar de un edificio.

—David, si te quitas la vida, despertarás aquí y nunca saldrás de este lugar —dijo—. Revivirás esta noche para siempre.

—Y usted también —declaró David y lanzó el cerillo.

El fuego cruzó el jardín hasta la casa del árbol. Las llamas crecieron, lanzaron un brillo que hizo que David se viera como iluminado por el amanecer.

Ambrose observó, sin poder moverse, cómo David iba regresando la tierra a su tumba. Se sacrificó. Por la familia que lo ignoró. Por el pueblo que lo olvidó. El hombre con el traje gris lo vio todo sin poder creerlo, mientras el niño ponía al mundo entero por encima de él.

—¿Por qué lo hiciste, David? —preguntó él.

—Porque amo a mi hermano.

Luego David tomó los últimos puños de tierra y se cubrió los ojos y la boca, se ahogó en la tierra y la sangre del mundo. Ambrose buscó el olor a guantes de beisbol, pero se había ido para siempre.

David se enterró vivo a sí mismo.

—¡¡No!! —gritó Ambrose, pero su voz se ahogó bajo la del hombre que clamaba al cielo.

—¡¡nO!!

El hombre del traje gris hizo pedazos el árbol de David. Enormes pedazos de



madera saltaron contra su cuerpo hasta que no quedó ni rastro del árbol. Solo un espacio vacío que hacía que el claro a su alrededor pareciera mucho más grande.

Una vez que la casa del árbol se había convertido en carbón y la madera del árbol en polvo, el hombre salió arrastrándose del jardín, exhausto. Su belleza había desaparecido. Estaba viejo y acabado. Y a Ambrose le pareció que su traje se veía como un uniforme gris de prisión.

Cuando el hombre se fue, Ambrose al fin recuperó su cuerpo. Corrió hacia la tumba de su hermanito y hundió sus manos en la tierra fresca. Se puso a escarbar como un loco. Su hermano estaba ahí. Aún no era demasiado tarde.

*Aún puedo salvar a mi hermano.*

Ambrose sacó la tierra. Metro tras metro. Buscando el cuerpo de su hermano. Pero no lograba encontrarlo. Siguió cavando. Más y más rápido. Sentía la tierra en su boca. En sus ojos. Los gusanos le recorrían el cuerpo. Sus pulmones pedían aire a gritos. Eso era lo que su hermano sentía. Eso era la eternidad.

por siEmpre y para siEmpre.

De pronto, se hizo la oscuridad. Ambrose buscó entre la tierra y encontró algo duro y frío. Plástico. Un interruptor. Encendió la luz. Miró a su alrededor, esperando ver la casa del árbol. Pero ya no estaba ahí.

Estaba en su antigua casa.

En el sótano.

La madre de Christopher abrió los ojos.

Estaba en una cama cómoda y tibia. Con sábanas recién sacadas de la secadora. Miró el techo blanco con las grietas que la recibían cada mañana. Se estiró y bostezó, sintiendo cómo los dolorcitos se disolvían como la mantequilla sobre el pan.

—¿Jerry? —dijo.

No hubo respuesta. Era de esperarse después de la noche anterior. Si hubiera estado ahí, ella habría visto la misma sonrisa tímida que la recibió la mañana después de la primera vez que pasó. Consideró dejarlo esa primera noche en que él le pegó. Pero su buen juicio la hizo tranquilizarse. Los hombres podían cambiar. Los hombres podían ser salvados. ¿Que su madre no decía eso siempre?

La mamá de Christopher se levantó de la cama.

Miró la almohada, blanca y esponjada como nubes. Por alguna razón, esa primera noche no se le iba de la cabeza, como el coro de una canción molesta. ¿Por qué no lo dejó esa vez? Solo tenía que empacar sus cosas, tomar la tarjeta bancaria de la que él no sabía, el dinero escondido en el cajón e irse.

Porque sí.

Esas palabras se quedaron como el auto de Jerry sobre los ladrillos en la entrada. ¿Qué habría pasado si lo hubiera dejado la primera vez que le pegó? Quién sabe. Su madre siempre decía que cuando algo malo pasa, pienses lo peor. Si se te poncha una llanta, es porque Dios te está salvando de un accidente fatal veinte segundos después. Esa frase ayudó a su madre a soportar (o permitir) dos décadas de hombres entrando y saliendo de su vida tan rápido que ella solía bromear diciendo que iba a instalar una puerta giratoria para ahorrarles tiempo. La madre de Christopher no sabía cuál habría sido el accidente si hubiera dejado a Jerry, pero había algo peor en el mundo que un ojo morado. O dos.

¿Cierto?

Cierto. No era como que el mundo se acabara. Además, se recordó que su propia madre había conocido a hombres peores que Jerry. La pequeña Kate había escuchado muchísimos besos mezclados con golpes a través de las paredes del baño de su departamento de una habitación. De niña odiaba a esos hombres.

Especialmente cuando la dejaban a solas con ellos. Pero la mujer en la que se convirtió odiaba a su madre aún más. Kate podría tener estándares bajos para ella misma, pero nadie iba a tocar a su hijo. Nadie se atrevería.

Si tan solo Christopher se lo reconociera.

Fue a la ventana y miró su reflejo en el cristal. Estaba un poco empañado. Apenas lo suficiente para suavizar las marcas del tiempo en su rostro. Gracias a Dios por sus pequeños favores. Sacó el corrector que tenía en su mesita de noche.

Luego se cubrió el ojo morado con gran práctica.

No se veía tan mal, se dijo. Al menos no en la ventana opaca. Además, no iba a salir de la casa ese día. Jerry lloró anoche después de hacerlo. Con lágrimas de verdad. No era un mal hombre. Su infancia fue casi tan mala como la suya. Quizá eso los hacía entenderse. Quizá eso lo llevó a pedirle matrimonio y a ella a decir que sí todos esos años atrás.

Cuando terminó, Kate se asomó al patio y vio los columpios que Jerry compró después de mucho rogarle. Los columpios ya estaban oxidados, pero se movían con el viento como cuando Christopher y su amigo Lenny Cordisco jugaban en ellos.

Cuando su hijo aún le hablaba.

La madre de Christopher se puso su vestido favorito y salió de la habitación. Echó un vistazo por el pasillo hacia la antigua recámara de su hijo. ¿Hacía cuánto tiempo Jerry insistió en que se deshicieran de sus cosas? Ella se rehusó obstinadamente. Pero él también se obstinó. Esa fue una mala noche. No le gustaba pensar en eso.

Bajó las escaleras y vio las fotografías de una vida juntos destiñéndose, tal como su cabello. Su foto de bodas. La luna de miel en el casino del oeste de Virginia. ¿Cómo se llamaba? No podía recordarlo. Ya no podía recordar nada fuera de esa casa. Se sacudió esa sensación mirando más fotos. La graduación de Christopher. La prepa. Y luego la academia militar. Luego la boda. Luego su primer y único nieto. Y en algún momento de esa línea de tiempo, él o su esposa decidieron que era mejor si Jerry ya no estaba en sus vidas.

—Es él o yo, mamá —le dijo, dos décadas demasiado tarde.

Ella llegó al pie de las escaleras donde habían botado las cosas de Christopher luego de que ella perdiera la discusión.

*¡Nada de discutir! ¡Pelea, mamá! ¡Despierta!*

De pronto, tuvo una sensación horrible. Un escalofrío le recorrió la espalda como si estuviera acostada en el suelo en pleno invierno. Eso se ganaba por

recordar cosas. Olvídalas y ya.

La madre de Christopher evadió el pasado y se preparó una taza de café para sobrevivir a la mañana. Jerry había dejado la sala destruida. Otra vez. Ella le había dicho un millón de veces que no había venido al mundo para recoger su tiradero como si fuera su maldita madre mientras pasaba sus mejores años recogiendo su tiradero como si fuera su maldita madre. Pero eso es el matrimonio. La ropa solo es nueva una vez. También los votos. También los besos. ¿Acaso su madre no le decía eso siempre?

La madre de Christopher se encargó primero de la sala. Luego de la mesa del comedor, que el cheque de la pensión de Jerry seguía llenando con botellas de cerveza vacías y ceniceros llenos hasta el borde. Luego se preparó unos huevos. Vio sus novelas. Por alguna razón, nunca podía recordar lo que había pasado en el episodio anterior, pero era mejor que el silencio. Se terminó sus huevos y, durante el comercial, puso el plato de papel en el bote de basura.

El que estaba junto al cajón.

Se prometió que esta vez no lo haría. No lo abras. Solo te va a hacer llorar. Pero no pudo contenerse. Era lo más cercano que tenía a él. Abrió el cajón de la cocina y miró el montón de cartas. La primera la escribió enojada. La segunda con desesperación. La tercera ofendida.

Todas las emociones de la A a la Z con un mensaje en común.

«Por favor, déjanos volver a estar en tu vida, Christopher».

Todos los sobres sin abrir, desde un amarillo desgastado hasta un blanco prístino, con el mismo sello indiferente.

DEVOLVER AL REMITENTE.

La madre de Christopher cerró el cajón de golpe. No se permitiría llorar. No esta vez. Tenía mucho que hacer. Como quedarse en la cocina calentita viendo el frío de afuera. Y recordar a su hijo como el niño que la adoraba. No como el hombre que la veía con el mismo desdén con el que ella miraba a su propia madre.

Todas esas vidas se repetían en su mente como el final de un viejo disco que daba vueltas sin parar. Que no iba a ninguna parte. ¿No había estado ahí ya? ¿No se había sentado en la cocina, sola, mirando por la ventana, esperando a que su hijo volviera a casa por el frío? Incluso se conformaría con que el cartero le llevara un mensaje. Esperaba. Rezaba. Que por una vez le entregaran un sobre que no dijera DEVOLVER AL REMITENTE. Una carta escrita por su hijo adulto. Lo siento, mamá. Sé que fue difícil para ti, mamá. Diste tu vida por mí, mamá, y ya no te odio por eso. Te entiendo. Y sigues siendo la heroína de un niño.

La madre de Christopher acomodó la cabeza entre sus manos y se puso a llorar. Su voz rebotó en las paredes de la cocina y, por un momento, pensó que sus lágrimas eran como árboles que caían en medio de un bosque donde nadie las escucharía.

Toc. Toc.

La madre de Christopher levantó la mirada y el corazón le dio un vuelco. Fue corriendo hacia la puerta. Había instalado una ranura para el correo en la puerta principal porque ya no soportaba ir hasta el buzón. ¿O era que Jerry no la dejaba salir de la casa sin él? Ya no se acordaba.

—¿Hola? —dijo.

Pero el cartero no dijo nada. Nunca lo hacía. Simplemente echó las cartas por la ranura como un niño pasando recaditos en clase y se fue. Ella nunca le había visto la cara.

La madre de Christopher se hincó para recoger el montón de cartas regadas por el suelo. Fue descartando cuadernos de cupones y catálogos hasta que encontró lo que estaba buscando. Sus sueños y esperanzas se acomodaron en su garganta, como siempre. Le dio la vuelta a una carta y lo vio.

DEVOLVER AL REMITENTE.

El sobre se veía borroso debido a sus lágrimas. Como las cataratas en los ojos de un anciano. ¿Por qué siempre pensaba en un anciano cuando pasaba eso? Se puso de pie con la poca dignidad que le quedaba. Fue a la cocina y abrió el cajón. Estaba por echar otro leño a la chimenea de su historial de decepciones e irse a su cuarto para tomar una siesta, con la esperanza de que esta vez no tendría la horrible pesadilla del padre de Christopher acuchillándolo de nuevo.

Cuando se detuvo.

Se asomó hacia afuera. Al patio frío. El columpio se mecía en la brisa. Le recordaba a Christopher. Le recordaba algo importante. La mano de su hijo sobre su pecho. ¿Cuándo pasó eso? Vio una luz detrás de los columpios. Ya había salido el sol. Por alguna razón le recordó a la mañana de Navidad. A Christopher preguntándole si lo de «el sol naciente» tenía que ver con el nacimiento de un hijo. Y si sí, ¿de quién había nacido el sol?

La madre de Christopher levantó el sobre contra los rayos del sol y vio la sombra en su interior como un niño buscando un cheque dentro de una tarjeta de Navidad. Recordó haberla escrito. Recordó a Jerry diciendo que no valía la pena gastar en un timbre postal justo antes de dejarle un ojo morado en su última discusión.

*¡Nada de discutir! ¡Pelea, mamá! ¡Despierta!*

Recordó haber metido una carta de una página en el sobre.

Pero adentro había dos hojas.

Entonces la madre de Christopher hizo lo único que no se le había ocurrido en tantos años de decepciones.

Abrió el sobre.

Sacó la carta original. Después sacó la segunda y comenzó a llorar cuando vio la letra de su hijo. Como solía ser. Cuando era un niño. Cuando le costaba trabajo leer. Cuando aún la necesitaba. Cuando ella seguía siendo la heroína de su pequeño.

Mamá. Te amo. Ahora, ábrelas todas. Todo lo que necesitas saber está ahí.

Christopher estaba en medio del callejón, con la llave en su bolsillo, mirando al hombre amable. Tan tranquilo. Tan agradable. Tan paciente y cortés. Su rostro no era aterrador. Solo tenía una sonrisa de paz llena de dientes de bebé perfectamente blancos y perfectamente rectos.

—Lo único que tienes que hacer es matar a la mujer siseante y te prometo que todo estará bien —dijo.

Christopher miró la calle. El hombre con el uniforme de *girl scout* se veía feliz e inocente.

—No quiero lastimar a nadie, Christopher —agregó el hombre amable—. Solo quiero mi libertad. Eso es todo.

El hombre con el uniforme de *girl scout* se escondió entre los arbustos.

—Solo quiero salir de esta prisión para hacer el bien. ¿Ves a ese hombre en los arbustos? ¿Sabes lo que le hizo a una niña?

—¡Haz que pare! —gritó el hombre con el uniforme de *girl scout*.

—Fue terrible. Y él lo sabe. Solo quiero que la gente mala deje de hacerle daño a la gente buena. Eso es lo único que intento.

La gente buzón gimió y se jaló las costuras. Había tanto ruido en la calle que Christopher ya no podía escuchar a nadie en el bosque, pero sabía que estaban ahí. Sentía a la señora Henderson en el lado real. Vio a su esposo sentado en la cocina. Lloró de alegría. ¡Estaba en casa! ¡Su esposo al fin había vuelto a casa! Corrió por la cocina y lo abrazó. Luego, por alguna razón, no se pudo contener de tomar el cuchillo y enterrárselo.

—¡NO! ¡No quiero que se muera ahora! ¡Al fin volvió a casa!

Christopher levantó la mirada. La calle se quedó en silencio mientras los ojos del hombre amable cambiaban a un hermoso color verde. Olía a tabaco en pipa. Ese era el hombre amable que Christopher recordaba. El hombre que le dio una casa a su mamá.

—¿Y la gente del pueblo? —preguntó Christopher.

—¿Quieres salvar a la gente que intentó lastimarlos a ti y a tu madre? —dijo el hombre amable.

—Sí, señor.

—Nunca habrá otro como tú. —El hombre amable sonrió y luego observó al niño y asintió.

—Cuando me liberes a mí, podrás liberarlos a ellos.

Christopher miró a los ojos del hombre amable, heridos y sabios.

—¿Cómo puedo confiar en usted?

—No tienes que confiar en mí. Eres todopoderoso. Lo sabes todo. Aquí eres Dios. Puedes salvar a quien tú quieras. Pero alguien tiene que morir para que los demás vivan. Será la mujer siseante o tu madre. No hay otra opción. Lo siento.

Después, se quedó en silencio. Su rostro seguía tranquilo y solemne. Pero Christopher podía sentir los pensamientos que jugaban al escondite. El hombre no permitiría que se matara como lo había hecho David. Solo había una opción.

La mujer siseante o su madre.

Christopher miró al hombre amable y luego a la mujer siseante tirada en el jardín a centímetros de la calle. Estaba jadeando como un ciervo atropellado.

—Lo siento —le dijo a la mujer.

Christopher comenzó a caminar hacia ella, que gritó y se retorció entre sus ataduras. Aterrada. Llena de dolor.

—¡NO! ¡DETENTE! ¡NO LO HAGAS! —rogó.

Christopher llegó al jardín y sujetó a la mujer siseante.

—¡NO ESTÁS EN LA CALLE! —gritó ella.

Christopher sintió el destino del mundo mientras la tenía entre sus brazos, retorciéndose. Sintió el tormento de esa mujer. El tormento del mundo. Todas las mañanas que la mujer siseante intentó alejarlo. Había estado aquí la eternidad. Y estaba agotada. La habían torturado más allá de lo imaginable. Christopher comenzó a arrastrarla hacia la calle.

—¡NO! ¡NO! —suplicó ella.

La calle se encendió como un sartén caliente. El hombre con el uniforme de *girl scout* se escondió entre los arbustos desesperadamente. La pareja se besó con más intensidad hasta que comenzaron a comerse el uno al otro. Las ranas no podían salir de la olla. El pavimento ardía como cien mil millones de soles. Cien mil millones de hijos. Ardiendo.

—¡DEJA DE AYUDARLO! —rogó ella.

Christopher bajó la mirada y vio un reflejo en los ojos de la mujer siseante. Ella iba corriendo por el bosque, buscando algo desesperadamente. Encontró a David Olson enterrado bajo la tierra. Lo sacó con sus manos y lo estrechó entre sus brazos. David estaba aterrado. Ella lo cuidó. Le dio comida. Le mostró dónde esconderse. Dónde dormir. Dónde bañarse. Durante cincuenta años,



siempre estuvieron juntos. Ella era su guardiana. Ahí, David era su hijo.

—¿Quién eres? —preguntó Christopher.

—¡NO ESTÁS EN LA CALLE! —gritó ella.

—Por favor, dime quién eres —suplicó el niño.

—¡DEJA DE AYUDARLO! —Las palabras de la mujer apenas se entendían.

Christopher la llevó a la orilla del jardín. La calle estaba a un par de centímetros.

—¡Tienes que decírmelo! —ordenó Christopher.

Ella estiró un brazo y le tocó suavemente la mano. Ya no tenía palabras. Se las habían sacado a base de torturas. Pero él sintió algo. Se dio la vuelta y vio el vecindario a través de los ojos de ella. No como ese día. Sino como fue dos mil años atrás, cuando no había gente. Ni casas. Nada más que silencio y estrellas brillando en un cielo claro e inmaculado. Las nubes eran puras. En un parpadeo, Christopher vio el mundo creciendo y a la gente extendiéndose por los continentes como árboles.

*Dios tuvo un hijo que vino a servir a la Tierra.*

La mujer siseante lo miró y sus ojos parecieron reconocerlo.

*Pero también tuvo una hija.*

Christopher se aferró a su mano y sintió cómo la verdad le recorría la piel cual electricidad.

*Y ella se ofreció a servir aquí.*

Christopher sintió lo último de su dolor con la fuerza que le quedaba. Que no era mucha. El calor abandonó su cuerpo. Luego, se levantó, vacío y acabado, y miró al hombre amable.

—No —dijo Christopher.

El hombre amable volteó hacia él.

—¿Qué dijiste? —preguntó tranquilamente.

Christopher no dijo nada. El hombre amable fue hacia él.

—La casa del árbol te hizo Dios. Te di el poder para matarla. ¿Te estás negando? —Sonrió, y sus dientes de bebé se esforzaron por no parecer colmillos—. Yo que tú no haría eso, Christopher —dijo amablemente—. Puedo hacer que esto sea mucho peor.

Luego envolvió a Christopher en un abrazo cálido y paternal.

—¡No! —gritó la mujer siseante, sin poder hacer más.

El hombre sonrió y estudió el rostro de Christopher como a una rata diseccionada.

—Crees que has visto este lugar, hijo, pero no. No sabes cómo se ve el mundo

imaginario sin mi protección.

Las arrugas del hombre amable comenzaron a extenderse desde sus ojos, como la tierra resquebrajándose por la sequía, mientras la ira le llenaba las venas.

—¡asÍ eS eN realidaD!

Christopher levantó la vista horrorizado mientras las nubes se llenaban de almas sedientas de sangre y muerte. Nubes que se retorcían hasta convertirse en los rostros de los condenados. Esas personas no gritaban: «¡Haz que pare!», sino: «¡Más! ¡Dame más!».

—tE entregarÉ a lA gentE realmentE mala y leS dirÉ quE ereS uN regalo deL cielO mientras tU madrE lO vE todO. dejarÉ quE tE tortureN hasta quE tE dejeN irreconocible ante loS ojoS de dioS.

El hombre amable sonrió y miró a Christopher. El niño vio que sus ojos tenían distintos colores. Las montañas se derretían. Una eternidad de guerras. Se extendería por todas partes y crecería y nunca nadie iba a morir. Solo matarían y observarían, sin poder hacer nada, cómo cada centímetro de la Tierra se cubría de gente, apiñada como ganado en un tren. La puerta se había cerrado y la fiebre ardería bajo su piel para siempre.

—tE dí eL poder de dioS para matarla. ¡úsalo y sácame de aquí!

—Pero no puedo matar a la mujer siseante, señor. Ya no tengo el poder.

—¿quÉ hiciste?! ¿dónde lo pusiste?!

—Lo regalé, para que usted no pudiera tomarlo —respondió Christopher desafiante.

—¿¿¿dónde está?!?!?! ¿dónde lo escondiste?!

—No lo escondí. Lo usé para hacer algo mucho más poderoso que usted.

El hombre amable rio.

—más poderoso que yo. ¿quÉ es eso?! ¿dios?!

—No, señor —respondió Christopher—. La madre de Dios.

Christopher vio al hombre amable tensarse al percibir la presencia detrás de él. Se dio la vuelta y la vio.

Era la madre de Christopher.

Sus ojos brillaban con la luz de cien mil millones de estrellas. Su voz retronó.

—¡ALÉJATE DE MI HIJO!

*De niña estaba tan enojada que creía que podría cerrar los ojos y destruir el mundo.*

Kate se lanzó contra él.

Su instinto había tomado el control, como esa mujer sobre la que escuchó una vez que volteó los autos que habían aplastado a sus hijos. Pero lo que sentía era más que adrenalina.

Era omnipotencia.

Se lanzó por el aire y los cuerpos chocaron. El hombre amable cayó de espaldas y soltó a Christopher.

—¡Mamá!

—¡Corre! —ordenó ella.

El hombre amable la aventó a la calle. Ambos rodaron sobre el río de sangre entre golpes y arañazos. El cuerpo de Kate se llenó con la furia de una madre leona. Toda una vida de bastardos. Que la golpeaban. Que la abandonaban. Todos los que la decepcionaron. Todos los que la dejaron. Todos tenían un rostro en ese momento.

—Ven, desgraciado —dijo—. Métete con alguien que SABE lo que eres.

Se lanzó contra él. Ya no había palabras. Solo instinto. Abrió las manos con sus uñas afiladas como cuchillos y le abrió surcos en la cara como un granjero arando el campo. El hombre amable gritó. La sangre corría a chorros por su cuello. Se fue contra ella, meciéndose salvajemente. Su puño se estrelló contra la quijada de Kate y le aflojó los dientes. Pero hacía mucho que ella había aprendido a recibir los golpes.

Ahora estaba aprendiendo a darlos.

Christopher se aproximó a ayudar a la mujer siseante mientras el terrible susurro corría por las calles como una hoja flotando en el viento. Era el hombre amable. Su cuerpo estaba luchando contra la madre de Christopher, pero una partecita de su voz susurraba en el viento.

*despierteN...*

Christopher vio que el hombre con el uniforme de *girl scout* dejaba de

apuñalarse.

*despierteN todoS...*

La pareja dejó de besarse. Los niños dejaron sus helados y sus patas de ciervo. El hombre se quedó en la puerta con la reciente noticia de su hijo muerto. Una mujer miró su reloj, esperando a su cita a ciegas. El reloj solo se había movido un segundo en setenta y cinco años.

*¿quiereN quE parE?*

—¡sí! —gritaron todos.

Christopher jaló las cuerdas con las que estaban atados los pies de la mujer siseante. Estaba aterrada.

—¡Estás en la calle! —le advirtió ella.

*¡¿quiereN quE eL tormentO parE?!*

—¡SÍ! ¡POR FAVOR! —suplicaron.

*¿veN a esE niñO dE allÁ?*

Todos voltearon a ver a Christopher. La mujer siseante gritó, jalando la cuerda desesperadamente.

—¡Salte de la calle! —ordenó ella.

*éL eS eL quE loS torturA.*

—¡Corre, Christopher! —gritó su madre.

La madre de Christopher se lanzó sobre el hombre amable. Le puso una mano en la boca para hacerlo callar, pero él hundió los dientes en su carne.

*éL eS eL quE nO loS dejA irsE.*

Christopher vio que la pareja de adúlteros volteaba hacia él.

—holA, christopheR —dijeron.

La madre de Christopher envolvió al hombre amable con sus piernas y apretó. él gritó mientras le salía sangre por la boca. Pero el susurro siguió.

*¡porquE dioS eS uN asesinO!*

El hombre con el uniforme de *girl scout* salió de entre los arbustos con el cuchillo preparado.

—holA, christopheR —dijo.

*¡poR esO tieneN quE matar!O!*

Christopher aflojó el nudo en las manos de la mujer siseante. Ella se liberó y empezó a soltar las ataduras de sus pies.

*¡eL primerO quE matE a dioS serÁ librE!*

El hombre con el uniforme de *girl scout* aventó a la pareja de adúlteros para llegar primero.

—veN parA acÁ, christopheR. quierO mostrartE algo.

El hombre amable miró a la mamá de Christopher directamente a los ojos. Ya no había susurros. Abrió la boca y aulló tan fuerte que la tierra tembló.

—¡mateN a dioS y seráN libreS!

Con un movimiento de mano, el hombre amable tiñó la luna azul de un rojo fuego. La calle se desbordó de sangre. Las ranas salieron de la olla y se lanzaron contra Christopher con los ojos llenos de rabia. De las casas salían gritos. Las manos quebraban las ventanas. Las puertas se abrieron. Todos los condenados salieron a la calle.

—holA, christopheR —dijeron las voces—. ¿podemoS hablaR contigO?

Se echaron a correr tras él, luchando todos por ser el primero.

La madre de Christopher corrió para salvar a su hijo, pero el hombre amable la derribó. Ella se dio la vuelta y le arrancó un pedazo de carne del hombro. Él gritó de dolor y éxtasis. Los ciervos salieron del bosque. Los condenados corrieron hacia Christopher. Solo había un grupo que no se movía.

La gente buzón.

Estaban quietos como una cerca rodeando la calle. Con sus ojos cosidos y sus bocas inmóviles. Cada uno sosteniendo la cuerda que mantenía al siguiente en su lugar. La calle estaba completamente bloqueada.

Christopher estaba rodeado.

La mujer siseante al fin se liberó de las cuerdas y se paró frente a Christopher mientras el ejército del hombre amable se acercaba. Sus ojos miraron hacia todos lados, en busca de cualquier ruta de escape.

Pero no había ninguna.

Salvo hacia abajo.

La mujer siseante se agachó y tomó la tapa de la alcantarilla. Puso un pie en la calle y los músculos de su hombro se estiraron lo más posible mientras su pie ardía. La tapa cedió y cuando ella la abrió, se oyó un rechinado metálico. El aire que salió olía a podrido. Christopher se asomó al interior. Estaba completamente oscuro.

—¡Salte de la calle! —dijo ella, y lo empujó a la negrura.

Los pies de Christopher aterrizaron sobre un charco de sangre con un sonido húmedo. De inmediato, se dio cuenta de que la alcantarilla no era para nada una alcantarilla. Era la mina de carbón. Corría por debajo de la calle como las venas de un cadáver. Levantó la vista y vio que la mujer siseante estaba de espaldas, con el ejército del hombre amable sobre ella. Vio cómo los ciervos y los condenados la atacaban. La mordían. La golpeaban. Ella luchó con todas sus fuerzas. No les permitiría acercarse a Christopher. Pero eran demasiados. Se

abalanzaron sobre ella a montones. Christopher vio que la mujer siseante usaba su última gota de fuerza para poner la tapa de la alcantarilla en su lugar con un ruido metálico. Justo antes de que las manos se la llevaran arrastrando hacia la oscuridad mientras ella gritaba.

Christopher corrió por la mina. Sus piernas casi se rendían. Puso atención a cualquier sonido, pero solo escuchó los pies moviéndose. Estaba en la más absoluta oscuridad. ¿Qué había ahí abajo? Buscó a tientas en la oscuridad como un ciego sin bastón.

Se detuvo cuando tocó la mano.

Christopher gritó y su voz rebotó por las paredes de cemento.

—¡estÁ ahí abajO! —gritaron las voces desde arriba—. eScuchen.

Christopher siguió buscando a tientas en la oscuridad. Sintió otro brazo. Otra mano. Se dio la vuelta. A unos metros de él vio cómo el polvo se revolvía mientras los condenados escarbaban para alcanzarlo. Un rayo de luz iluminó el túnel. Las sombras de los condenados corrían por la mina.

—¡rápidO! ¡estÁ aquí abajO eN algunA partE!

Christopher se internó más en el túnel, con las manos estiradas. Escuchó cuerpos moviéndose. Una pierna desnuda rozaba la pared haciendo un sonido de grillo. Un dedo se estiró para tocarle el cabello. Otro le agarró la mano.

Más ruidos de gente cavando detrás de él. Más sonidos de personas cavando por debajo. El túnel se llenaba de los condenados. Las pezuñas de los ciervos chocaban y salpicaban en la calle sangrienta encima de él. Christopher sintió más manos sobre su cuerpo. Gemidos. Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Y al fin vio quiénes lo estaban tocando.

La gente buzón.

Estaban lado a lado como murciélagos colgados en una cueva. Se mantenían en su lugar con una larga cuerda sostenida por todos.

*La cuerda.*

La idea le llegó de quién sabe dónde. Quizá podría encontrar la salida siguiendo la cuerda. Christopher vio que recorría el túnel en todas direcciones. Túneles que desembocaban en sí mismos. Estaba en un laberinto.

—¿christopheR? —dijeron las voces detrás de él—. ¡poDemoS vertE!  
¡poDemoS olertE!

Miró hacia atrás y vio al hombre con el uniforme de *girl scout* a la cabeza de la turba. Christopher siguió la cuerda entre la oscuridad. Avanzó entre el olor. La descomposición. La tierra, el carbón y la madera mezclados con cemento. Se asomó por las hendiduras del túnel y vio las partes de abajo de las casas. Los

sótanos y tuberías. Huecos escondidos para las ratas y los ojos que brillaban en la oscuridad. Luego las casas fueron reemplazadas por raíces de árbol que colgaban como estalactitas en los techos de las cavernas. Estaba debajo del bosque de la calle Mission. Se hundía más y más en el laberinto. Más adelante vio algo que parecía una salida. Corrió hacia allá y vio una habitación dentro del túnel subterráneo. Estaba sucia. Era asquerosa. Había fotografías de mujeres y hombres desnudos con quemaduras de cigarrillos en donde estarían sus partes privadas.

Un hombre estaba dormido en el colchón.

Junto a una lamparita de noche de niño.

Christopher vio una puerta al otro lado de la habitación. El hombre debía ser un guardia. Había algo al otro lado de esa puerta y Christopher tenía que llegar hasta ahí. Era su única salida. Pasó de puntitas junto al colchón. Miró su reflejo cuando pasó junto a un espejo. Pero no vio su rostro. Vio su nuca. El hombre en la cama comenzó a moverse detrás de él.

—ahorA estoY cazandO aL alguaciL, christopheR —dijo el hombre entre sueños—. ambrosE sE estÁ enterrandO vivO dE nuevO. y dE nuevO. ¡adivina quÉ tE vA a pasaR a tI! ¡aquÍ voooooooooY!

Christopher se dio la vuelta y vio las sombras de los condenados que corrían, cada uno buscando ser el primero en matarlo.

Necesitaría un ejército para escapar.

Christopher llegó a la puerta al otro lado de la habitación del guardia. La abrió y el pesado metal rechinó. Cerró la puerta de golpe y le puso el seguro con un escandaloso clic.

Luego se adentró en el lugar más oscuro que había visto en su vida.

El aire a su alrededor cambió de pronto. Era como si estuviera dentro de un horno. Por un momento, dejó de respirar y se puso a escuchar. Oyó un ruido como de insectos contra un mosquitero. Habló para tener algo de perspectiva, pero solo escuchó el sonido rebotando en las paredes como un eco gigante. Le recordó las viejas películas de guerra cuando los hombres estaban lejos del campo de batalla. A kilómetros de distancia había gente en agonía. Pero, para él, el mundo estaba en silencio.

Hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad.

Y cuando levantó la mirada, fue testigo de lo más horrible que había visto en su vida.

Un enorme panal de gente buzón.

El panal era tan grande como el claro. Christopher miró más arriba y se dio

cuenta de que estaban debajo del árbol gigante. Esas personas eran sus raíces. Resguardaban la única puerta hacia la superficie. Estaba atrapado. Sus ojos siguieron la cuerda que mantenía unida a la gente buzón. Tenía que encontrar a la primera persona que la sostenía. ¿Dónde comenzaba todo? Eso podría sacarlo de ahí.

Christopher recorrió la fila. Persona tras persona de las que sostenían la cuerda. Sus cuerpos se mecían como árboles y sus brazos eran ramas que bailaban con la repugnante brisa. Eran marionetas con sus cuerdas. Todos estaban conectados. Christopher corrió y vio la siguiente mano que la sostenía y a la persona después de esa y a la que le seguía. Adultos. Niños. De todas las edades. De todos los sexos. Tenía que encontrar al titiritero. A aquel que sostenía a todas las demás marionetas. Siguió corriendo. Más y más rápido. Desesperado por encontrar la salida. Escuchó los golpes en la puerta cerrada detrás de él y se dio cuenta de que estaba de nuevo en la entrada.

Era un círculo.

Una cadena.

No había un primero.

Todos sostenían la cuerda.

Christopher miró entre la oscuridad. No había vida ahí. No había muerte. Solo la eternidad. Una condena de vida en la que ya nadie muere.

Estaba en el valle de la sombra de la muerte.

Christopher cerró los ojos y se arrodilló. Juntó sus manos y rezó. Por su madre. Y por la mujer siseante. Y por David Olson. Y por el alguacil. Y por Ambrose. La lista de nombres se extendía tan lejos como la fila de gente buzón. La señora Keizer. La señora Collins. El señor Collins. Brady. Jenny. Eddie. Mike. Matt. Hasta Jerry. En especial Jerry.

—Por favor, Dios. Si me necesitas, tómate a mí, pero sálvalos a ellos.

De pronto, surgió una mano de la oscuridad que tomó a Christopher por el brazo. Él gritó y se dio la vuelta, pero la mano no lo soltaba. Le tomó un momento darse cuenta de que había algo diferente en ella. No lo estaba atacando. Era un contacto suave. Christopher encontró la mano y la muñeca con las cicatrices. Recorrió el cuerpo con la mirada hasta llegar al rostro de la última persona buzón en el panal.

Era su padre.



Tenía los ojos cosidos.

El padre de Christopher estaba en una tina de porcelana vestido con ropa de hospital. Tenía el pantalón de la pijama mojado. No de agua. Sino de sangre.

tU papI estÁ locO

Christopher dio un paso más hacia él. Las cicatrices en las muñecas de su padre seguían húmedas. Seguían chorreando. Llenaban la bañera por siempre.

CLANC. CLANC.

Estaban golpeando la puerta de metal detrás de él. Los condenados se acercaban.

—¿Papá?

Christopher estiró una mano y tomó la de su padre. Recordó su funeral. El lugar. La habitación con los ceniceros. Besó la frente muerta de su padre. Tan sin vida. No tenía electricidad. Sus manos estaban muy frías.

Pero en ese momento su mano estaba tibia.

—¿De verdad eres tú, papá? —preguntó Christopher.

Su padre se movió. Gemía entre las costuras que le impedían abrir los labios. Christopher sintió la advertencia del hombre amable ardiendo en sus oídos.

*Corté el hilo que mantenía cerradas las bocas de una niña y su hermana.*

*Intentaron comerme vivo.*

Christopher se llevó la mano al bolsillo, buscando algo con qué cortar la cuerda. Lo encontró: un objeto duro y dentado.

La llave de la mujer siseante.

Se paró de puntitas y puso la llave en la boca de su padre. Cortó los hilos que mantenían su boca cerrada. Su padre movió la quijada, adormecida por los años de no abrirla.

—¿Christopher? —preguntó débilmente—. ¿Eres tú?

—Sí, papá.

—¿Estás vivo?

—Sí.

El hombre comenzó a llorar.

—Te he visto morir mil veces. Siempre te ahogas en la tina.

—No, papá. No fui yo.

Su padre lo pensó por un momento con el ceño fruncido hasta que encontró el recuerdo.

—¿Fui yo quien se murió en la tina?

—Sí, papá.

—Lamento haberte dejado.

—Lo sé.

—Déjame verte, corazón.

Christopher llevó la llave hacia los ojos de su padre y cortó el grueso estambre que lo cegaba. Lo jaló para sacarlo de sus párpados y lo tiró al suelo. Su padre abrió los ojos, desorientado, y su gesto parecía indicar que esa oscura cueva para él era el sol más brillante. Parpadeó como un recién nacido hasta que sus ojos se adaptaron a la luz. Luego miró a su hijo y sonrió.

—Has crecido muchísimo.

Su padre intentó abrazarlo, pero la cuerda le impedía mover el brazo. Christopher movió sus manos para ayudarlo. Cuando al fin tocó la cuerda que su padre sostenía entre las manos, se sorprendió. No había nada especial en ella. No estaba hecha de acero. Le recordó cuando vio una vieja película sobre el circo con su madre. Vio a un bebé elefante atado a un poste con una cadena de hierro. El bebé luchaba por liberarse, pero la cadena no se rompía. Luego vio a un elefante adulto atado a un poste con nada más que una cuerda común. Le preguntó a su madre cómo era posible que la cuerda mantuviera al elefante en su lugar y ella le explicó que los encadenan de bebés hasta que se dan por vencidos.

Los elefantes creen que ese pedazo de cuerda sigue siendo una cadena.

Christopher lo pensó por un momento. No sabía si funcionaría o no, pero tenía que intentarlo.

—Papá —dijo—. Creo que puedes soltar la cuerda.

—¿Puedo?

Christopher tomó suavemente la mano de su padre. Sintió el momento de su muerte. El segundo final cuando cambió de opinión. Quería vivir. No podía soportar la idea de estar lejos de su familia. Pero ya era demasiado tarde. Aunque no era demasiado tarde. Nunca es demasiado tarde.

El padre de Christopher soltó la cuerda.

Se quedó inmóvil por un momento, esperando que el cielo se desplomara. Pero eso no sucedió. Salió de la tina ensangrentada. Se hincó y abrazó a su hijo. Su camisa olía a tabaco. Christopher le devolvió el abrazo a su padre mientras miraba a las miles de personas buzón a su alrededor. Todos estaban conectados.

El pueblo y los túneles. Todos estaban conectados por una cuerda invisible. Nadie tenía atadas a las personas buzón. Ellas se ataban solas. Las personas buzón no eran soldados del hombre amable.

Eran sus esclavos.

Christopher escuchó los gemidos. Toda la gente buzón estaba pidiendo que los salvaran. Christopher al fin entendió los gritos. La ira. La locura. Lo único que podía escuchar era la palabra «ayúdame». Sintió que el calor subía. Las ranas en la olla hirviendo no entendían que el fuego era la fiebre bajo su piel. Estaban dentro del valle de la sombra de la muerte, pero el valle no era un lugar afuera de ellas. Estaba en su interior.

El valle somos nosotros.

Christopher tomó la cuerda de su padre y la apretó entre sus manos. Se la llevó a los labios, respiró profundo y habló a través de ella. Como un niño jugando al teléfono con dos latas.

—Ya eres libre.

El alguacil sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Vio a la niña con las uñas pintadas muerta en su cama de hospital. Se dio la vuelta para correr a buscar un doctor, como ya lo había hecho cientos de veces. Era un hámster dentro de una rueda, intentando huir de un pasado que siempre estaba frente a él. Nunca se le había ocurrido que no necesitaba correr.

Hasta ahora.

—Ya eres libre.

No supo de dónde salió la voz. Pero ahí estaba, en su mente, como una semilla en tierra fértil. El alguacil dejó de correr. Se dio la vuelta y volvió a la cama de hospital. Miró a la niña. Sintió un nudo en la garganta. Se arrodilló. Un hombre enorme que de pronto se sentía tan pequeño. El alguacil cerró los ojos y la abrazó como un padre. En el interior de sus párpados, vio una luz danzando.

Cuando abrió los ojos, vio a la niña con las uñas pintadas. Pero ya no era una niña. Era una mujer. De unos treinta años. Con una sonrisa cálida y brillo en la mirada. Llevaba una bata de hospital y tenía un bebé entre sus brazos. El bebé estaba dormido.

—¿Dónde estamos? —preguntó el alguacil.

—Estamos en el hospital Mercy —respondió ella—. Ya eres abuelo.

—¿Lo soy?

Ella sonrió pacientemente. El alguacil vio el azul de sus ojos y los destellos de luz que se extendían por todo su universo personal.

—¿No te acuerdas? —preguntó ella—. Volviste a mi habitación con la leche y terminaste de leerme el cuento. Me llevaste a tu casa para mi primera Navidad de verdad. Nos fuimos de la ciudad para que estuviera segura. Crecí en esa casita en Mill Grove. Fui a una escuela real. Participé en las obras escolares. Incluso logré ser Anita la Huerfanita una noche en que Mary Kosko se enfermó. Me gradué de la preparatoria. Fui a Pitt. Lloraste en todas mis graduaciones. Me llevaste hasta el altar. Bailamos en mi boda. ¿No te acuerdas?

Ella le acarició el brazo. Su piel estaba suave y cálida, como un ángel.

—Ya me acordé —dijo él—. Ahora lo recuerdo todo.

—Entonces te acuerdas de cuando te dije que ibas a ser abuelo. Y te acuerdas

cuando te dije que era niño. Y que mi esposo y yo decidimos ponerle Bobby... en honor al hombre que me salvó la vida.

El alguacil miró a su nieto, que dormía plácidamente. Toda una vida de recuerdos lo fue llenando. Toda esa vida que ella hubiera tenido. Vivió cada día. Por siempre. El alguacil volteó a ver a su hija, que le estaba sonriendo. Ella puso una mano sobre la suya. Lo acarició suavemente donde se había rascado hasta que el hueso quedó expuesto. En un instante, la comezón desapareció y su carne quedó sanada.

—Dios no es un asesino, papi —dijo ella.

El alguacil asintió y notó que las lágrimas le empapaban el rostro. No se había dado cuenta de que estaba llorando.

—¿Puedo quedarme aquí contigo? —preguntó.

—Todavía no, papi. Tienes que vivir tu vida antes de vivir tu Cielo.

El alguacil la abrazó, sollozando.

—Necesitamos tu ayuda, papi. Estamos en guerra. Y los buenos tienen que ganar esta vez. Tienes que despertar ya. Tienes que ayudarla. Está junto a ti. Tienes que abrir los ojos.

—Están abiertos.

—No, papi. Yo estoy detrás de tus párpados. Tienes que abrir los ojos.

El alguacil se llevó una mano al rostro y sintió el hilo que mantenía sus párpados cerrados. También el de sus labios. Y la cuerda entre sus manos.

—Suelta la cuerda, papi. Ella está junto a ti. Sálvala.

El alguacil asintió y le sonrió a su hija adoptiva. Soltó la cuerda y se quitó el hilo de los ojos.

—Ya eres libre.

Los ojos del alguacil se abrieron. Sus ojos reales. Observó el bosque a su alrededor y vio a miles de personas buzón en una fila aparentemente infinita. Todos gemían y se retorcían. Intentaban encontrar la manera de liberarse. Él soltó la cuerda y se dio la vuelta esperando encontrar a Kate Reese.

Pero en su lugar, vio a una niña con los ojos y la boca cosidos. Se hincó y suavemente le quitó la cuerda de las manos. Le sacó el hilo de la boca y luego los de los párpados.

—Soy un policía, linda. Vine a ayudarte.

La niña abrió los ojos y se dejó caer en sus brazos, llorando. El alguacil la abrazó. Habría reconocido a esa pequeña en cualquier lugar.

Su nombre era Emily Bertovich.

Ella lo abrazó y el calor de sus manos lo fue llenando. En un instante, lo vio

todo. El hombre que se la robó en la banqueta. El miedo que ella sintió. El dolor. El lugar donde estaba enterrado su cuerpo. Y, al fin, la paz.

—¿Le puede contar todo eso a mis papás? —preguntó ella.

El alguacil asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, Emily —dijo—. Ya eres libre.

Las manos de Ambrose seguían sacando tierra de la tumba de su hermano menor. Sintió cómo se iba perdiendo en el suelo frío. La tierra en su boca. En sus ojos. Los gusanos recorriéndole el cuerpo. Se estaba enterrando vivo, pero no podía detenerse. Tenía que encontrar el cuerpo de su hermano. Esta vez sí podría salvar a David. Al fin podría abrazarlo de nuevo.

—Ya eres libre.

Ambrose no supo de dónde salió la voz. ¿Estaba en el bosque, arriba de él? ¿O en la tierra debajo de él? ¿Estaba en su mente? No lo sabía, así que la ignoró. Sus manos siguieron cavando en la tierra. No podía permitir que su hermano muriera de nuevo. No podía permitir...

—Ya eres libre.

Esta vez fue inconfundible. La voz fue tan clara, se abrió paso entre las ramas. Era la voz de un niño. Suave e inocente. Le pedía que hiciera lo único que no había logrado en los últimos cincuenta años.

Soltar.

Ambrose dejó de cavar. Se hincó en silencio en la tierra y, en vez de usar sus manos para hundirse más, las puso sobre su cabeza y se echó a llorar. El dolor y la culpa inundaron su cuerpo mientras volvían los recuerdos. El bebé que su madre trajo del hospital. «Se llama David». Su hermano gateando y luego caminando y luego corriendo y luego bajando por la enredadera. Yendo al bosque para salvar al mundo que le había fallado.

—Perdón por no haber podido salvarte, David.

El anciano se levantó y la tierra rodó por sus hombros. Su rostro salió a la superficie y se llenó los pulmones de aire fresco. Miró a través del halo en sus ojos y vio que algo salía de entre las sombras.

Una luz.

Se detuvo frente a él y flotó como una nube llena de relámpagos. Ambrose se llevó los dedos temblorosos a la boca y se arrancó un hilo que tenía en la orilla. Sintió cómo sus labios reaccionaban ante el dolor. Luego su quijada se soltó y entonces se dio cuenta de que sus labios estaban cosidos. Ambrose levantó la mano y se tocó los ojos. También estaban cosidos con el mismo hilo de maldad.

Jaló el hilo y al fin liberó sus párpados. Vio dónde estaba en realidad. No había ningún jardín. Ni la casa del árbol. Ni la tumba. Solo el bosque junto a lo que parecían miles de personas más. Todos se estaban liberando de esa cuerda. Una enorme manta que se deshacía hasta volver a ser puro hilo. Y la luz frente a él no era una luz.

Era David.

Seguía siendo un niño. Flacucho. Sin los dos dientes delanteros. Pero una lengua de serpiente había reemplazado la suya. Ambrose vio cómo su hermanito se cubría la boca, avergonzado. Igual que los hombres con los que estuvo en el ejército que habían perdido sus extremidades y más tras la explosión de una granada que los convirtió en extraños frente al espejo. Ambrose negó con la cabeza y suavemente le quitó la mano de su boca.

—No tienes nada de qué avergonzarte. Eres un héroe.

David sonrió. Ambrose extendió sus brazos y dejó que su hermano se derritiera en ellos. Olía a guantes de beisbol. Y seguía teniendo el mismo magnífico cabello.

—Lo siento, David. Lo siento.

David se separó de él y negó con la cabeza. No. Luego se arrodilló y escribió con un dedo en la tierra. Habría reconocido la letra real de su hermano en cualquier parte.

YA ERES LIBRE



Las palabras flotaban en el viento. Avanzaban entre las nubes y sobre el claro, se extendían desde el mundo imaginario hasta el real.

La señora Keizer estaba en el centro del claro. Creyó ver a su esposo en la niebla.

—Por favor, dime —le rogó—. ¿Cuál era mi nombre antes de conocerte? No puedo vivir sin saber mi nombre.

—¿Estás segura de que ya no quieres ser la señora KeiZer? —preguntó la voz.

—¡Sí! —gritó ella.

—De acuerdo. Ya no eres la señOra KeiZer.

En un instante, él le quitó el apellido Keizer y la dejó sin nombre alguno. Ella nunca se casó. Nunca tuvo a su hermosa hija Kathy. Su cuerpo comenzó a arrugarse. Sus manos se llenaron de artritis y sintió su cadera rota. Envejeció cincuenta años en cincuenta segundos. El oído comenzó a fallarle. También su mente. Y su memoria. La señora Keizer estaba en el centro del claro. Creyó ver a su esposo en la niebla.

—Por favor, dime —le rogó—. ¿Cuál era mi nombre antes de conocerte? No puedo vivir sin saber mi nombre.

—¿Estás segura de que ya no quieres ser la señora KeiZer? —preguntó la voz.

Pero esta vez, la señora Keizer no escuchó eso. Escuchó algo más. Unas palabras en el viento. ¿O estaban dentro de su cabeza?

—Ya eres libre.

La señora Keizer se detuvo. Había algo muy familiar en ese momento. Estaba segura de que lo había hecho apenas hacía cinco minutos. Había dicho que sí y su esposo le quitó el apellido Keizer. No se había casado. No había tenido a su hermosa hija Kathy.

—¿Estás segura de que ya no quieres ser la señora KeiZer? —repitió su esposo.

La señora Keizer se dio la vuelta y vio en el claro a su niña, congelándose en el patio trasero.

—No. Quiero ser la señora Keizer —dijo—. Mi hija tiene frío.

Luego se levantó y fue hacia Kathy.

—¿¿quÉ?! sI lA dejaS entraR a lA cocinA, ¿tE romperÉ eL cuellO, lynN!

La señora Keizer no escuchó a su esposo. Podía golpearla todo lo que quisiera. Ya no le importaba. Su hija estaba congelándose en el patio trasero. Su hija no volvería a tener frío.

—sI lA dejaS entraR a lA cocinA, tE vaS dE estA casaA. puedeS volveR a seR lA perrA inútiL quE eraS, lynN...

—Wilkinson —dijo ella en voz alta—. Mi nombre era Lynn Wilkinson.

Abrió la puerta y metió a la niñita, que estaba muriendo de frío, a su cocina tibia.

—Kathy —dijo—. Ya eres libre.

La señora Collins observó a su madre. De pronto se sintió como una niña. Recordó cómo se sentía cuando su madre la envolvía con una toalla después de un baño caliente. El vapor de la regadera, que cubría el espejo como niebla. La señora Collins ya no tenía frío. Pero había alguien que sí. Alguien en su propio patio trasero.

Se dio la vuelta y vio a su hijo Brady en la casa para perro, temblando de frío. Abrió la puerta y metió a su hijo a la cocina calentita. Su esposo fue a su lado. Eran una familia de nuevo.

—Perdóname, Brady —dijo ella—. Ya eres libre.

La noticia se fue esparciendo por todo el claro. La señora Henderson soltó el cuchillo y abrazó a su esposo. La señorita Lasko dejó su bebida. Jerry dejó de mover los brazos para golpearse a sí mismo.

Jenny Hertzog escuchó la dulce voz de su madre.

—¡Basta, Jenny! ¡Deja de ahogarlo!

Jenny dejó de sumergir a su hermanastro y usó sus manos para arrancarse el hilo de sus labios. En un instante, la verdad salió de su boca a borbotones e inundó a su padre. Su padre se quitó los hilos de los ojos. El silencio se acabó. La sanación comenzó.

La noticia se difundió de Special Ed a Matt, a Mike, a sus padres y a todo el pueblo. Sus mentes se liberaron y luego sus cuerpos. La fiebre bajó. La comezón se detuvo. El miedo se diluyó junto con la locura. Las ranas se alejaron del agua hirviendo que cada una llevaba bajo la piel. La gripe desapareció.

—Ya eres libre.

La madre de Christopher y el hombre amable cayeron a la calle. Ella enterró las manos en los ojos del hombre. Él le desgarró la piel con los dedos. Ella se defendía, pero se estaba quedando sin fuerzas.

*El poder tiene un precio.*

Ella se tambaleó hacia atrás y el hombre amable se enredó a su alrededor como una serpiente. Le cubría la boca con su piel mientras preparaba aguja e hilo para la eternidad. Le susurró al oído y ella sintió la locura del mundo. El mal que hacía llorar a Dios cada noche. Con cada palabra, ella se debilitaba más y más.

—Están a punto de comerse vivo a tu hijo, Kate. Solo haY una manera de salvarlo.

Kate vio a la mujer siseante. Los ciervos la rodeaban como tiburones enloquecidos por el hambre. Los condenados se lanzaban sobre su espalda. Uno tras otro. La mordían. La arañaban. La destrozaban.

—Christopher te dio su poder. Si lo usas para matarla, te dejaré ir.

La madre de Christopher podía sentir el interior de sus párpados lamiéndole los ojos. Sus ojos que ardían por la fiebre. Con visiones. Ella era omnipotente, pero ese era el mundo del hombre amable. Ella podía verlo. Él estaba aterrado. Y era aterrador. Ardía de rabia contenida.

—He conocido a demasiados hombres como tú —dijo ella.

—No es verdad, Kate. —Luego él le cosió la boca—. Nunca has conocido a nadie como yo.

Después, el hombre amable le arrancó un pedazo de cuello a la madre de Christopher. Estaba en todas partes y en ninguna. Era todos los hombres y ninguno.

—Así que, si no la matas, te convertirás en ella.

La madre de Christopher luchó con todas sus fuerzas. Maltrecha y sangrando. Hasta que él le exprimió la sangre como si fuera una esponja húmeda y la aventó a la calle cual basura. Su piel se desgarró sobre el pavimento y cayó en el jardín junto a la mujer siseante. Los ciervos y los condenados comenzaron a rodear a ambas mujeres. No podían combatir a todo el Infierno solas. Necesitarían un ejército. Pero al menos su hijo había podido escapar. Eso era lo único que

importaba.

—Mamá.

La madre de Christopher se dio la vuelta y vio a su hijo.

Saliendo del bosque.

Solo.

—¡NO! —gritó ella, arrancándose los hilos de la boca—. ¡DÉJAME! ¡HUYE!  
¡CORRE!

Los ciervos corrieron hacia él.

—Todo está bien, mamá —dijo Christopher.

—¡ALÉJATE DE LA CALLE! —gritó la mujer siseante.

—No te preocupes —dijo él—. Aquí estoy.

La madre de Christopher se movió como pudo mientras el hombre con el uniforme de *girl scout* salía del túnel con el resto de los condenados para lanzarse contra su hijo.

Christopher no les prestó atención. Simplemente salió del bosque. Sin miedo. Sintió cómo las voces lo alcanzaban a través de la cuerda. Y esas voces ya no le perforaban la cabeza. Ya no había dolor. Ya no había fiebre. Lo único que tenía que hacer era escuchar a las voces en la cuerda. El pasado de todos. Los secretos. La inocencia perdida. El dolor. La identidad. La decepción. La rabia. La confusión. Los arrepentimientos. Las culpas. El amor. Las pérdidas. De toda la humanidad. No era dolor. Era poder. El miedo no es miedo. Es emoción que le teme a su propia luz. Todo el mundo se extendió frente a él. Toda la gente de la Tierra. Christopher nunca había sentido tanto amor. Tanta esperanza. Tanta gratitud. Cada alma en esa fila. Conocía sus nombres y sus amores y esperanzas y sueños. Los conocía y era ellos. Así como ellos eran él.

—Ya eres libre.

Christopher sintió que la gente buzón rompía la cuerda como elefantes que de pronto recuerdan que una soga no es una cadena. Abrieron los ojos como mineros que ven el sol tras cien años debajo de la tierra. Se quitaron los hilos de las bocas y las palabras llenaron el valle. El bosque. El claro. La lucha no había terminado. El hombre amable no había ganado. Los buenos seguirían peleando hasta que ya no quedara ni uno de ellos. No necesitaban un ejército.

Ellos eran el ejército.

Christopher salió del bosque con Ambrose, David, el alguacil y miles de personas buzón detrás de ellos. Miraron hacia la calle, donde más gente buzón se enfilaba más allá del horizonte. Los hilos de sus bocas ya descansaban a sus pies. Los cierres de sus ojos estaban abiertos. Al fin podían ver.

En silencio, voltearon hacia el hombre amable. En sus rostros ardía una rabia de siglos. Por toda su miseria. Por los millones de veces que él los obligó a ver a un ser querido morir. A una madre sufrir. A un niño siendo lastimado. Christopher se aferró a la cuerda en su mano y la energía lo fue llenando mientras hablaba.

—Ya somos libres —dijo.

La cuerda cayó al suelo.

Y la gente buzón se lanzó contra el hombre amable.

Comenzando por el padre de Christopher.

Kate se quedó sin palabras. Por un momento, se le olvidó dónde estaba. Pese a todo lo que había visto, aún no sabía si él era real. Hasta que sus miradas se cruzaron y ella sintió los susurros viajando de él hacia ella. Supo que él lamentaba haber olvidado lo que tenía con ella. Supo que él pensaba que el alguacil era un buen hombre. Supo que él le estaba diciendo adiós. Por ahora.

—Espera. ¿Adónde vas? —preguntó ella.

—Esta vez sí voy a proteger a mi familia —dijo él—. Te amo, Katie.

Y, tras decir eso, besó a su esposa. Todo el arrepentimiento y el dolor de Kate desaparecieron en ese instante de paz. Luego, él se dio la vuelta y corrió hacia el hombre amable, mientras alentaba al resto de las personas buzón.

—¡SÍGANME HACIA LA LUZ!

Se lanzó contra el hombre amable. En cuanto tocó su piel, el padre de Christopher se transformó en luz. Que ardía como el sol. El hijo. La estrella. El alma ascendiendo al Cielo.

El hombre amable gritó mientras su piel ardía.

Las fichas de dominó comenzaron a caer. La gente buzón siguió al padre de Christopher, corrieron hacia el hombre amable a toda velocidad. Saltaron sobre su espalda como pulgas hacia un perro y explotaron en luz. Subieron al cielo

como chispas de fuego en una hoguera. El mensaje los fue alcanzando a todos.

—¡Somos libres!

La gente buzón siguió llegando. En su estampida, aplastaban a los condenados en su camino. El hombre amable se defendió. Con cada golpe de sus poderosos brazos, docenas se convertían en chispas. Pero seguían llegando. Más y más rápido. La luz dentro de ellos los hacía abrirse como cascarones y los jalaba al cielo. Libres por siempre. El hombre amable soltó puñetazos, pero ellos eran demasiados. Saltaron sobre su cuerpo, y lo quemaron con su luz. El cielo empezó a llenarse de estrellas fugaces.

El hombre amable se debilitaba con cada alma. Con cada sol. Hijo. Hija. Padre. Madre. Emily Bertovich le sonrió al alguacil y luego corrió directo al corazón del hombre amable, rompiéndose en un millón de pedazos de luz. El cielo brilló tanto que los ciervos se petrificaron ante ese faro gigante. Los cuerpos iban apilándose cada vez más rápido hasta que el hombre amable ya no se alcanzaba a ver. Estaba gritando de dolor, enterrado en una pila de luz.

Christopher elevó la mirada al cielo y vio que una nube había comenzado a formarse.

—¿Mamá? —dijo, aterrado.

El alguacil vio que los ciervos parpadeaban para acostumbrarse a la luz. Comenzaron a sisear mientras los condenados iban poniéndose de pie. Ambrose sintió que su hermano lo estaba jalando de la manga.

—¿Qué pasa, David?

David señaló hacia el cielo. Ambrose miró a través de los halos de sus ojos hacia las nubes, que se estaban convirtiendo en un rostro. Parecía que estaba sonriendo. Tenía unos dientes enormes. Era el hombre del traje gris.

—¡MAMÁ! ¡TENEMOS QUE IRNOS AHORA MISMO! —gritó Christopher.

Antes de que el niño pudiera terminar su frase, la madre de Christopher lo cargó y se echó a correr al bosque. El alguacil los siguió. David y Ambrose corrieron con la mujer siseante mientras unas nubes furiosas comenzaban a girar detrás de ellos.

—¡chrisSstopheR! —retronó la voz.

Christopher echó un vistazo sobre el hombro de su madre y vio unos tornados de fuego, girando a una velocidad imposible. Cada tornado parecía un colmillo de la boca del hombre amable.

—¡nunCA mE dejarÁS!

Una pared de fuego cayó como una ola, empezó a quemar todo el vecindario como si fuera una casita de paja. Se escuchó un chirrido y luego un

impresionante BOOM mientras el hombre amable se levantaba de entre los cuerpos de la gente buzón y los echaba a volar como luciérnagas en el ocaso. Vio a Christopher, a su madre, al alguacil, a David, a Ambrose y a la mujer siseante corriendo hacia el bosque. Hundió sus pies sobre su hermosa calle y bajó a su túnel.

Hacia ese pasadizo que nadie más conocía.



La madre de Christopher corría con su hijo en brazos. Los ciervos y los condenados iban detrás de ellos. Christopher sintió el pánico de la mujer siseante mientras sus ojos se posaban en los distintos caminos. Algo estaba mal. Ella lo sabía. El bosque estaba distinto.

*¿Dónde está la puerta?*

Christopher sintió el terror de David. En cincuenta años, nunca había visto el bosque así. Los árboles despertaron. Las ramas intentaban agarrarlos. Eran como brazos violentos que habían estado atrapados durante siglos. Christopher podía sentir a David intentando calmar su mente y volar con Ambrose sobre las copas de los árboles, pero las ramas les habían creado un túnel para cerrarles el espacio. Los estaban arreando como ganado hacia el matadero.

Christopher miró hacia atrás. Las nubes ya no solo eran nubes. Eran el humo de un horrible incendio. Sintió que el calor se acercaba a ellos. Intentó encontrar el ojo de su mente, pero la cuerda y la gente buzón lo habían vaciado; estaba indefenso en los brazos de su madre. Sintió que ella también estaba débil por la lucha contra el hombre amable. Solo su instinto maternal impulsaba a sus piernas a correr tan rápido como podían.

—¿DÓNDE ESTÁ LA PUERTA?! —gritó su madre.

Christopher miró el camino y vio una pared de árboles más adelante. El bosque los había encerrado. Iban corriendo hacia un callejón sin salida. Sintió el suelo temblando debajo de ellos.

—¿sAaabeEs pOr quÉ entIerrAn a lOs cadÁverEs a sEis meTros baJo tieRa?  
—preguntó la voz.

Christopher vio la tierra moviéndose bajo los pies de su madre.

—parA quÉ nO lOs escUcheMos cuAndO deSpieRtan, chrIstopheR. ¡yA esTán dEspeRtandOoOoO! ¡yA viEnennnn!

Podía sentir a toda la gente allá abajo. Como raíces, abriéndose paso a través de la tierra.

—¿DÓNDE ESTÁ LA PUERTA?! —gritó su madre.

Christopher calmó su mente. Y encontró el recuerdo. Ya había estado antes ahí. Estuvo ahí durante seis días. Conocía ese lugar.

—Sigue corriendo —dijo.

El grupo levantó la mirada hacia la pared de árboles. Las ramas eran como espadas gigantes listas para empalarlos.

—¡Es un callejón sin salida! —dijo su madre.

—No. Es un truco. Confía en mí.

La madre de Christopher lo hizo sin dudar. Corrió directo a la pared de árboles, lista para que las ramas la atacaran.

Pero los árboles no estaban ahí.

Solo eran reflejos en la bruma. Una ilusión dentro del laberinto del hombre amable. El grupo cruzó la niebla como si fuera una cascada y llegó al claro al otro lado, que brillaba bajo la luz de la luna rojo fuego. Todos levantaron la vista y lo vieron.

El árbol gigante.

El árbol de la sabiduría. Roto y torturado. Las ramas se movían como marionetas. Había una casita en cada rama. Adentro de ellas, las sombras arañaban y golpeaban las puertas. Eran como pequeñas semillas retorciéndose en sus vainas. Listas para nacer.

—¡LLAVE! —gritó la mujer siseante.

Christopher sacó la llave de su bolsillo. Ella la tomó y los llevó hacia la puerta tallada en el tronco. Las nubes bajaron, llenas de rostros como fantasmas.

El viento le arrancó la llave de la mano a la mujer siseante.

—¡NO! —gritó ella.

La llave se fue flotando con el viento, que se arremolinó alrededor del árbol. Christopher sintió cómo David Olson cerraba los ojos y se abría paso a través del dolor hasta encontrar el ojo de su mente. Se imaginó volando tras la llave. Saltando de rama en rama. Las puertas de las casas se abrían a su paso. Las sombras salían de las casas del árbol y bajaban por el tronco reptando, siguiéndolo.

—dvvvvviidddd...

Más puertas se abrieron y más sombras salieron a las ramas. Algunas subían hacia David. Otras bajaban.

—chrissttoppherrr...

Un banco de niebla se escurrió por todo el bosque como un camuflaje. Los ciervos y los condenados jugaron al escondite entre la bruma. Lo que quedaba del ejército del hombre amable. El tipo del tronco hueco. La pareja. El hombre con el uniforme de *girl scout*. Todos con los ojos brillando como carbón encendido. Christopher los sintió llegar por todas partes del claro.

Estaban completamente rodeados.

Los adultos hicieron un círculo para proteger a Christopher mientras los ciervos y los condenados atacaban. Las dos mujeres estaban espalda con espalda. Christopher entre ellas. Los ciervos se agolparon para arrancarle la piel a la mujer siseante con sus dientes afilados. El hombre con el uniforme de *girl scout* saltó sobre la espalda de Kate. Le lamía el cuello. Ambrose observó entre los halos de sus ojos cómo las sombras caían del árbol hacia el suelo con un sonido de gotas y luego se arrastraban hacia ellos.

—¡Alguacil! —gritó.

El alguacil se dio la vuelta justo cuando el suelo comenzó a abrirse. Unas manitas cadavéricas salieron de la tierra. Las almas perdidas que construyeron las casas del árbol a lo largo de los siglos. Los huesos de los niños se fueron acercando al alguacil.

—alguacilllll... —dijeron entre risitas.

Los niños se lanzaron sobre él, lo mordieron y le enterraron sus dientes de esqueleto en la piel. El alguacil cayó al suelo mientras más manos salían de la tierra y comenzaban a hundirlo.

*¡Ayúdame, Christopher!*

Christopher sintió la súplica de David en el viento. Levantó la vista y vio la llave flotando en el viento, más rápido que David. Christopher tenía que atrapar la llave, pero estaba demasiado débil para seguirla. Necesitaba unos brazos de seiscientos metros. Necesitaba manos.

Necesitaba al árbol.

Christopher le había dado todas sus fuerzas a su mamá.

Pero aún tenía su mente. Cerró los ojos y dejó que el susurro se apoderara de su cuerpo. Tocó el árbol, que latía como si tuviera corazón. No se sentía como piel. Se sentía como carne.

*Estuve aquí durante seis días.*

Christopher llevó el susurro desde su mente hasta la carne del árbol. Abrió los dedos e hizo que las ramas de arriba se movieran como guantes. Christopher vio la llave volando sobre las ramas y a David Olson detrás de ella. Las sombras seguían persiguiéndolo. Todo se volvió más lento. El viento. El aire. Las ramas sobre ellos. La llave volaba en el viento. Ya casi llegaba a la copa. Era ahora o nunca. Christopher estiró la rama más alta como si fuera una caña de pescar.

Y atrapó la llave en el aire.

Se la entregó a David, quien la tomó de la rama con las sombras detrás de él. Christopher abrió los ojos y vio a David en la copa del árbol.

Donde el hombre amable estaba flotando.

—holA, davId.

El hombre amable bajó la mano como un trueno y azotó con ella a David Olson, quien cayó del cielo como un pájaro de barro. David aterrizó a los pies de Ambrose. Le salía sangre de la boca y de los ojos.

—¡NO! —gritó la mujer siseante llena de angustia, al mismo tiempo que David soltó la llave.

La llave estaba en el suelo. Ambrose observó horrorizado cómo descendían las nubes. Vio al hombre amable a través de los halos de sus ojos, escondido en la niebla. El hombre amable saltó por los aires y aterrizó en el suelo sin hacer ni un sonido. Se inclinó para tomar la llave. Ambrose golpeó con toda su rabia al hombre que le quitó a su hermano. El hombre que lo torturó durante cincuenta años.

Pero no podía contra él.

El hombre amable lo tomó de los brazos y le enterró sus pulgares en los ojos. Ambrose sintió que su cuerpo se vencía. Sus dedos se torcieron por la artritis. También su espalda. Y sus rodillas. Sus pies lastimados debido al tiempo que pasó en las trincheras. Lo que Christopher había sanado se perdió. Volvió a ser un anciano, ciego e inútil.

El hombre amable se agachó de nuevo para tomar la llave.

Ambrose escuchó que la mujer siseante se liberaba de los ciervos, se lanzaba sobre el hombre amable y lo derribaba. Ambos lucharon sobre el piso y los gritos de la mujer llenaron la noche de rojo. Lo único que Ambrose podía hacer era escuchar a los condenados atacar a Christopher y a su madre. Y las risitas de los esqueletos de los niños que iban arrastrando al alguacil hacia su tumba.

Ambrose buscó la llave a ciegas. Sus manos hurgaron en la tierra hasta que la encontró hundida en sangre. Tomó el cuerpo de su hermano y fue hacia la puerta con sus rodillas quebradizas. Sostuvo la llave con su mano artrítica y buscó la cerradura entre las nubes en sus ojos.

—nunCA IA encontrarÁS, viejO —se burló el viento.

—Sé cómo ser ciego, hijo de perra —dijo Ambrose.

Sus manos encontraron la cerradura. Metió la llave y le dio la vuelta con un clic. Ambrose abrió la puerta que daba a...

La luz.

—¡Vamos, David! —gritó.

Ambrose tomó a su hermanito y lo jaló hacia la luz. Con cada paso, los halos en sus ojos iban volviendo. Además de la alegría. Había encontrado a su hermano. Lo iba a rescatar. Lo iba a sacar de ese lugar horrible. De pronto,

Ambrose sintió que chocaban con una pared invisible. Una cerca invisible. Su hermano se soltó de sus brazos. El anciano se dio la vuelta y encontró a David luchando por ponerse de pie. Desesperado.

—¡Vamos, David!

David negó con la cabeza. No.

—¿No puedes irte? —preguntó Ambrose.

David asintió y comenzó a empujar a su hermano, queriendo enviarlo hacia la luz para que se salvara.

—Me tomó cincuenta años encontrarte. No te voy a dejar —dijo Ambrose.

David comenzó a llorar. Empujó a su hermano como quien empuja un árbol, pero Ambrose no se movió ni un centímetro.

—Basta, David. No voy a volver a dejarte jamás.

Suavemente, el anciano fue bajando las manos de David hasta que el niño dejó de empujarlo. Ambrose se arrodilló y puso una mano sobre el hombro de su hermano. Sintió la luz en su interior. Lo miró a través de los halos en sus ojos.

—David... ¿puedes ir al Cielo? —preguntó Ambrose.

David asintió. Sí.

—Y entonces ¿por qué no estás ya ahí?

David miró a su hermano.

—¿Te quedaste aquí por mí? —preguntó Ambrose.

David asintió. Sí.

—¿Me estabas protegiendo?

David asintió de nuevo. Ambrose volteó hacia el claro. Vio que el hombre amable estaba destrozando a la mujer siseante. Las sombras y los esqueletos sobre el alguacil. Los condenados arrancando a Christopher de los brazos de su madre mientras los ciervos la atacaban a ella. Todo estaba perdido.

—David, ¿quieres ver a mamá y a papá?

David se quedó quieto por un momento. Sabía lo que Ambrose le estaba preguntando. El niño asintió. Sí.

—Vamos, David —dijo Ambrose—. Vámonos a casa.

Tomó la mano de David y se lanzaron contra el hombre amable. Con cada paso, el cuerpo de Ambrose se iba sintiendo más y más como esa noche cuando tenía diecisiete años. Sus rodillas enfermas. La artritis. Las cicatrices de las guerras. Todos los dolores y molestias. Desaparecieron. Ya nada le dolía porque ya no tenía un cuerpo que pudiera dolerle.

Los dos chicos Olson corrieron por el claro.

Y luego... el impacto.

Se estrellaron contra el hombre amable, quien cayó al suelo, agonizando. La luz de los Olson estalló como un perdigón por toda su piel. Era tan brillante que las sombras se evaporaron. Los ciervos que estaban atacando a la madre de Christopher quedaron ciegos. Los esqueletos y los condenados que no dejaban en paz al alguacil y a Christopher salieron volando como una casa hecha de cartas.

El tiempo pareció volverse más lento. Ambrose abrió los ojos. Ya no había halos. Todo era un halo. Toda la pena. La angustia. Los cincuenta años de una habitación vacía. Todo se había ido. Ambrose al fin había encontrado a su hermanito. Ya podía dejar de estar perdido. Vio cómo David volteaba hacia la mujer siseante. Su guardiana. Su protectora. La mujer que lo mantuvo a salvo durante el medio siglo en que Ambrose no pudo hacerlo. Se despidió de ella ondeando una mano y le sonrió sin los dos dientes delanteros. Ella lloró de alegría al ver que se iba de ese lugar para siempre. Su David al fin regresaría a casa. Los dos chicos Olson se levantaron. Dos hijos. Dos soles. La luz era más brillante que ninguna otra que Ambrose hubiera visto en su vida, pero no le lastimaba los ojos. Las luces se encendieron en su habitación. Ambrose levantó la mirada desde su cama y vio a su hermanito junto al interruptor.

—Hola, Ambrose. ¿Quieres ir a aventar la pelota? —le preguntó David.

Christopher vio lo que quedaba de la luz de los hermanos Olson irse con el viento, luego la oscuridad descendió. El bosque volvía a cobrar vida. Corrió hacia su madre, que estaba sangrando en el suelo. La ayudó a levantarse. Ella apoyó el peso sobre su pierna, devorada hasta el músculo por los ciervos. Christopher la ayudó a cruzar sobre las tumbas abiertas que dejaron los esqueletos mientras la mujer siseante acomodaba un brazo del alguacil sobre su hombro como si fuera un soldado.

Los cuatro fueron cojeando hacia el árbol.

La puerta se abrió hacia la luz. La mujer siseante echó al alguacil al tronco. Lo regresó a la vida. Lo regresó al lado real. Luego volteó a ver a la madre de Christopher. Había toda una vida en su mirada.

—¡Corran! —dijo.

La madre de Christopher llevó a su hijo a la luz. Christopher volteó hacia la mujer siseante y de pronto vio que el hombre amable iba a toda velocidad contra ellos. Christopher sabía que no podían salir ambos. Eran él o su madre. Así que la aventó hacia la luz.

—¡No! —gritó su mamá.

El hombre amable tomó a Christopher y lo jaló hacia el claro. La mujer siseante se le echó encima. Lleno de rabia, él la aventó como un juguete para los ciervos.

—chrissssStopherrrr —dijo él—. sI yO nO mE puedO ir, tÚ nO tE puedeS iR.

El hombre amable aventó a Christopher contra el árbol.

—mE quitastE a todaS miS mascotaS.

El hombre amable cerró la puerta y luego le mostró la llave a Christopher.

—empezarÉ dE nuevO contigO.

Se puso la llave en la boca y se la tragó. Christopher vio el metal quedarse bajo la piel de su garganta. La puerta estaba cerrada. La llave estaba perdida. Christopher estaba atrapado.

—nuncA tE iráS dE mi ladO.

Christopher buscó una salida, pero no había adónde correr. Le había dado todo su poder a su madre. David ya no estaba. Los ciervos y los condenados se



aventaban a la mujer siseante unos a otros. El hombre con el uniforme de *girl scout* sacó un cuchillo. La pareja que se besaba recuperó sus dientes al doble de su tamaño normal. El tipo del tronco hueco reía como un niño. Estaban todos ahí, esperando su turno.

Christopher miró hacia el horizonte y vio una suave luz que se abría paso por encima de los árboles. El sol estaba saliendo. Algo cambiaría al alba. Lo podía sentir a su alrededor. Las voces canturreaban.

*La muerte ya viene.*

*La muerte ya está aquí.*

*Moriremos el día de Navidad.*

Christopher vio que el sol salía del horizonte y de pronto sintió una voz. Una vocecita que se imponía sobre todas las demás. Habría reconocido esa voz donde fuera.

Era la suya.

—Lo perdono —dijo.

—¿quÉ? —preguntó el hombre amable.

Christopher observó al hombre amable a la luz del alba y se dio cuenta de que era un mago. Siempre hacía que la gente mirara una mano mientras movía las cosas con la otra. Ese era su único poder real.

Christopher miró su mano y vio una cuerda. Invisible. La había tenido toda su vida. Nunca supo que estaba ahí. No le dio todo su poder a su madre porque el poder de Dios no es la omnisciencia. El poder de Dios no es la omnipotencia.

El poder de Dios es el amor.

—Lo perdono —repitió.

Christopher se hincó frente al hombre amable. Él los amaba a todos. A todas las personas de arriba y a todas las personas de abajo. Sabía que era su destino morir en ese bosque. De esa forma evitaría que el hombre amable se diera cuenta de que, para salir, solo necesitaba mirar en su interior. Porque adentro es afuera. Conservar el poder es entregarlo. Para matar a la maldad no se necesita la violencia. Se necesita bondad.

—Lo perdono —repitió Christopher.

El hombre amable se lanzó contra él como un perro rabioso.

—¡dejA dE deciR essSssO! —siseó.

—Puede matarme —dijo Christopher—. Yo ocuparé los lugares de los demás. Christopher agachó la cabeza, listo para morir.

—¡nO tE dejarÉ moriR! ¡nO vaS a escapaR! yA cerrÉ lA puertA.

—No puede cerrar la puerta —señaló Christopher.

—¿poR quÉ?! —se burló el hombre amable.

Christopher volteó a ver a la mujer siseante y sonrió. Todo estaba silencioso y en calma.

—Porque no hay ninguna puerta.

Christopher levantó las manos y se tocó los ojos. Era tan fácil verlo en lo demás y tan difícil verlo en sí mismo. Sus ojos también estaban cosidos. En ese momento se arrancó las costuras y lo vio todo a plena luz del día. El claro. Lo pequeño que parecía. Como volver a su antigua escuela y ver los diminutos casilleros. Las sombras no daban miedo. Eran prueba de que la luz existe. El fuego y el azufre solo eran un espejismo. Las nubes no eran más que vapor en el baño. Lo único que tenía que hacer era limpiar el espejo.

No necesitaba una llave.

Él era la llave.

Christopher volteó a ver al hombre amable con sus ojos reales. Y, por primera vez, lo vio...

Era el diablo.

Tranquilo. Quieto. Listo para atacar. Abandonado. Desquiciado. Dentro de una trampa que él no podía ver. él estaba solo. sus ojos estaban cosidos. su boca tenía un cierre. él sostenía la cuerda en su propio cuello. él no hacía más que mirar el reflejo de su propio humo y sus espejos y llamarlos nubes. él no era un Dios. él era un cobarde.

Christopher estiró una mano y abrió el cierre de su boca. Aflojó su quijada y habló por primera vez en voz alta.

—Ya soy libre.

Christopher soltó la cuerda. La puerta dentro del árbol se abrió.

—¡nOOO! —gritó el diablo.

El árbol se abrió por todas partes. La luz salió de las grietas en su piel, corriendo como una cascada desde el enorme tronco. Los ciervos y los condenados huyeron de ella con los ojos llenos de pánico. Lo único que Christopher escuchaba era una palabra dentro de toda su locura, dentro de todos sus gritos.

—Ayúdame.

La luz los absorbió y se los llevó como una inundación. Algunos lloraron. Otros gritaron. Y en un instante todos desaparecieron. La mujer siseante se quedó a salvo en el suelo, donde la luz ya había comenzado a sanarla.

Christopher miró al hombre amable.

—Lo amo.

Luego se dio la vuelta y avanzó hacia la luz.

El hombrE amablE corrió tras él. Con sed de muerte.

—nO vaS a iR a ningunA partE... —Sin pensarlo, corrió hacia la luz e intentó sacar a Christopher, pero sU piel comenzó a arder al chocar con la pared invisible. éL la empujó con toda sU rabia—. ¡¿dónde estÁ lA puertA?!

La pared lO quemaba, pero éL no iba a detenerse. Christopher dejó una salida. En alguna parte. éL podía sentirla. ¡¿Dónde estaba?! ¡Aún podía salir! Se arrancó la llave de la garganta. Siguió buscando por toda la cerca, a pesar de que su cuerpo se quemaba. Buscaba la puerta. ¡¿Dónde está?! ¡¿Dónde está?!

—¡sáquenmE de aquí!

Vio a Christopher volviendo a la Tierra. Estaba en su casa del árbol en el lado real. éL podía oler el fresco aire invernal. Los pinos. Christopher salió de la casita. éL lo vio.

¡La puerta de la casa del árbol estaba abierta!

—¡déjamE saliR!

éL podía sentir la energía allá afuera. El pasto húmedo y el invierno. ¡Podía salir! Aplastó sU cuerpo para pasar por una abertura en la cerca, pero sE quemó la piel. Estaba adentro de la casa del árbol en el lado real. Christopher cerró la puerta de golpe. éL se asomó al mundo real por las ventanas con la mirada enloquecida. La libertad estaba al otro lado de esa puerta. Corrió hacia allá. ¡Al fin iba a escapar!

—¡ya soY librE! —gritó éL.

Christopher apoyó todo el peso de su cuerpo contra la puerta. El hombrE amablE empujó desde el otro lado. Golpeando la madera. Arañándola. Atrapado como un criminal enjaulado.

—¡déjamE saliR! ¡déjamE saliR!

El alguacil fue a pararse junto a Christopher. Todo el pueblo detuvo la puerta. El hombrE amablE gemía y arañaba las ventanas.

—¡todoS ustedoS vaN a arderrRRR!

De pronto, éL vio cómo el agua comenzaba a caer en las ventanas con gran fuerza. Pensó que era lluvia, pero éL no había llamado a las nubes. No sabía qué era hasta que inhaló profundamente por la nariz. Otro olor reemplazó al de los pinos frescos y el aire invernal.

Gasolina.

éL vio a la madre de Christopher bajando del techo hacia la escalera con el bote de gasolina, que tenía tres palabras grabadas en un costado: COMPAÑÍA

CONSTRUCTORA COLLINS. La madre de Christopher llevaba un cerillo en la mano. El hombre amable arañó las ventanas con desesperación para apagar la llama. Christopher puso una mano contra el cristal y el susurro encontró la mano del hombre amable.

—Ya eres libre —dijo.

La madre de Christopher echó el cerillo a la casa del árbol.

El diablo gritó.

Christopher miró al hombre amable sin malicia. Sin odio. Sin nada más que compasión y perdón. Tomó sus manos y le devolvió al diablo todo lo que él le había dado al mundo. Él era la señora Henderson en la cocina, sola y sin nadie que la amara. Él era Mike cosiéndole los ojos a su propio hermano. Él era Scott y Jenny ahogándose. Él no podía beber lo suficiente por la señorita Lasko. Él no lograba calentarse en ese patio helado con Brady Collins y su madre. Él era el primer padre que abusó de su hijo y de todos los hijos que vinieron después de ese.

—¡háZ quE parE!

El fuego se comió los marcos de las ventanas. Las puertas. Él corrió por todas partes intentando liberarse de esa sensación. Gritó por las ventanas. Cada palabra con una voz distinta.

—¡apagA eL fuego! los buenoS ganaN laS guerraS. ¡escuchA a lA abuelA! — Y una voz tranquila de siglos atrás—. Matar en nombre de Dios es servir al diablo.

La luz le fue llenando los ojos hasta dejarlo ciego. El hombre amable sintió cómo la luz lo iba rodeando. La casa del árbol era una camisa de fuerza de madera. El incendio era demasiado grande. La mujer siseante lo sacó de la luz. Lo devolvió al enorme árbol en el claro cubierto de sangre.

El diablo estaba de regreso en el Infierno.

Miró a la mujer siseante, quien se inclinó para tomar la llave de su mano carbonizada. Cerró la puerta con un clic. Luego se puso la llave sobre el cuello. Ya no había más puertas. Ya no había más formas de escapar. Ya no había más ciervos. No más condenados. No más sombras.

Solo quedaban el hombre amable y la mujer siseante.

—No estás en la calle —dijo ella sonriendo.

Él la miró. Derrotado. Maltrecho. Con la mirada borrosa por una rabia bautizada con lágrimas. Corrió hacia ella con todo el odio de su corazón. La mujer siseante se quedó inmóvil, tranquila. Estaba en paz.

—¡muéretE! —gritó él, y le soltó un golpe con toda la fuerza del Infierno.

Ella no sintió dolor. Solo escuchó una voz. Dulce y suave.

—Vuelve a casa. Lo siento. Tu Padre te ama.

Su hermano murió en la Tierra. Y ella eligió morir ahí. La mujer siseante estalló en millones de puntos de luz. El hombrE amable vio cómo la mujer siseante ascendía al Cielo y llenaba el firmamento de estrellas. Todos nos convertiremos en el océano. Todos nos convertiremos en estrellas.

—Por favor, ven a casa. Ya has hecho suficiente. Tu Padre te extraña tanto.

La mujer siseante se acercó a la casa de su Padre, como una mujer adulta congelándose en el patio trasero. Llamó a la puerta y esperó a que Él le abriera. Sintió el calor de la cocina. La mujer siseante miró a su Padre. Él abrió Sus brazos y la envolvió con ellos.

—Lamento lo que hice —dijo ella.

—Lo sé. Yo también lo lamento —dijo Él.

—Te amo, Padre —dijo ella.

—Yo también te amo, Eva —dijo Él, besándole la frente—. Bienvenida a casa.

## EPÍLOGO

eL hOmbre Amable miró a través de la ventana de la cocina desde el patio helado. Sentía tanto odio en ese momento que pensó que podría tirar la puerta y matarlos a los dos. sE lanzó contra la puerta y la golpeó.

—¡déjenmE entraR! ¡déjenmE entraR!

Silencio. Golpeó la puerta una y otra vez hasta que suS manos quedaron maltrechas y ensangrentadas. Pero nadie lO escuchó. Estaba en medio de un bosque. Lo único que podía hacer era contemplar las estrellas fugaces. Cada estrella un sol. Cada sol un alma. En un instante, todas las estrellas desaparecieron. Los planetas alrededor de la Tierra ya no tenían luz.

Y éL se quedó solo.

El hombrE amable de pronto se sintió aterrado.

sE dio cuenta de que había estado ahí cien mil millones de veces.

Los rostros siempre cambiaban, pero el final era el mismo. Dios lo abandonaba en su trampa. Tenía que encontrar una forma de salir de ese tormento. Miró la vastedad del universo y no vio más que una pequeña celda de seis por seis. Observó suS paredes blancas sin notar que éL mismo sostenía una cuerda. Nunca levantaría las manos para sentir las costuras en suS ojos. Nunca tocaría el cierre en sU boca.

—Ya eres libre —dijo la voz.

Pero éL no podía escucharla. Solo podía quedarse en sU celda de aislamiento. Observando el pueblo. Esperando al próximo niño.

Recorrió el claro, mirándolas. Las ranas seguían despertando, se tambaleaban, recuperaban la sobriedad. Miró sU casa del árbol arder hasta convertirse en humo que desaparecía en

las nubes.

Sabía que algunos tomarían la experiencia como un mal sueño. Algunos incluso se obligarían a olvidar. Pero éL siempre estaría ahí. En sus oídos. En sus sueños.

*señorA henderson... oiga... señorA henderson...*

Susurró al oído de la anciana, tan cerca que ella confundió sU aliento con la brisa. Se rascó la oreja, pero no lO escuchó. Estaba demasiado concentrada en su

esposo, quien miraba el árbol mientras sostenía su mano. Ahora que la pesadilla había terminado, lo único que deseaba era llevarla de viaje un fin de semana. Por suerte, ella ya tenía una maleta empacada.

*jennY, queridA. scotT siguE ahÍ. haY quE ahogarLO eN loS charcoS.*

Pero Jenny no podía escucharlo. Estaba segura entre los brazos de su padre, que la llevaba lejos de su hermanastro. Jenny se prometió que denunciaría a Scott con la policía porque ella merecía justicia más que silencio. Lo que no sabía era que Scott iba a confesar ante el alguacil esa misma noche. Era la única forma de evitar seguir ahogándose en ese arroyo. En los charcos.

*bradY... matA a esE niñO... escuchA a lA abuelA.*

Pero Brady Collins estaba muy ocupado escuchando a su abuela real. Lynn Wilkinson se disculpó con su hija por no haberle puesto un alto a su difunto esposo y la señora Collins le prometió a su hijo que nunca lo volvería a echar al patio.

*eddiE... oyE... eddiE... escuchA a lA abuelA...*

Special Ed se rascó la oreja y luego siguió recibiendo los besos y las promesas de HBO y Showtime en su habitación para siempre. Esa noche, devolvería el arma a la caja fuerte de su padre. Luego se metería bajo las cobijas para observar el árbol con las ramas que parecían una sonrisa diabólica. El árbol lo asustaría, así que iría a la habitación de su madre solo para descubrir que de nuevo la estaba compartiendo con su papá. Special Ed dormiría esa noche entre ellos y, al cerrar los ojos, soñaría con su abuela. Su abuela verdadera.

—Estoy tan orgullosa de ti, Eddie. Ganaste la guerra.

El hombrE amablE recorrió el claro, se enojaba más cada vez que una familia se llevaba a sus niños. Vio cómo las madres de Mike y Matt los envolvían en un abrazo. él sabía que los gemelos crecerían juntos. Que siempre se apoyarían entre sí. Matt siempre tendría su ojo mágico puesto en su hermano. Y nunca nadie volvería a separar a los M&M's.

*esSscúchamE...*

Le susurró a la señorita Lasko sobre la maravillosa sensación de mariposas sobre su piel, pero ella ya no necesitaba eso. Así quedaría más merLOT para la enfermera Tammy, quien tenía un vago recuerdo de haberse quedado dormida en el trabajo antes de despertar en medio de la nada con el doctor, quien supuso que debió tratarse de una alucinación por la gripe. La enfermera Tammy llamó a su padre y le dijo que iría a casa a celebrar la Navidad en cuanto ella y el doctor ayudaran al pueblo a recuperarse. «¿Es el doctor guapo del que siempre hablas?», bromeó su padre. «Cállate, papá».

*¡esScúchamE!*

Gritó en todos los oídos, pero lo único que la gente hacía era rascarse para alejarlo y tener paz en sus vidas. Jill y Clark volvieron a casa. La anciana volvió a la cabaña de madera. Esa noche, en su habitación, miraría las hermosas estrellas brillando como el sol sobre el río Ohio. Vería a su esposo llamándola al agua para que pudieran estar juntos por siempre. Pronto se reuniría con él. Era un muchacho tan guapo.

*¡jerrY! ella sE vA a cogeR aL alguaciL, jerrY. esA perrA sE estÁ riendO dE tI.*

Pero hasta Jerry estaba fuera de sU alcance. Luego de que élL había movido Infierno y Tierra para llevarlo hasta ahí, lo único que lE quedaba era ver cómo Jerry pronunciaba dos sencillas palabras...

—Adiós, Kate.

Jerry se despidió de Christopher con un movimiento de cabeza y luego volvió a Michigan con lo que había ganado en el casino. Volvió con Mustang Sally.

*perO dioS siguE siendO uN asesinO, alguaciL. dioS matarÁ a lA mujeR quE amA...*

El alguacil miró a Kate Reese, cubierta de lodo y sangre. Nunca en su vida había visto a una mujer tan hermosa. Sabía que no tenían todo el tiempo del mundo, así que no quería desperdiciar ni un minuto. Quería crear recuerdos con ella. Quería tener un hijo con ella. Quería pasar todas las Navidades y todos los días festivos del resto de su vida con ella y Christopher.

*tE vA a abadonaR, katE. iguaL quE tU esposO.*

Kate Reese volteó a ver al alguacil y le hizo una seña para que se uniera a la familia. Por un momento, pensó en su difunto esposo. Los recuerdos de su vida volvieron, pero sin el dolor. Miró a Christopher, sereno y lúcido. Su fiebre ya había desaparecido. Y también la suya. Los niños no lloran en los finales felices y su hijo no lo iba a aprender de ella. Besó al alguacil y supo que se casarían. Supo que serían una familia. Hay un final para todos. Que sea feliz o no depende de cada uno.

*tE estoY viendO.*

élL vio cómo el alguacil y Kate Reese se daban un beso de despedida antes de que él volviera a su trabajo para ayudar a la gente a volver a casa sin más incidentes. El alguacil se prometió que por la mañana iría a Erie, Pensilvania, para darle algo de paz a la familia de Emily Bertovich. Pero, por ahora, lo necesitaban justo ahí, donde estaba. El hombrE amablE vio cómo el alguacil ayudaba a la multitud a dispersarse y volver a casa de forma segura. Le sorprendía que la gente siempre hiciera eso. Sin importar cuán grande hubiera



sido la guerra. Cuán sangrienta la batalla. Al final, las ranas siempre seguían con sus vidas. Como semillas que florecen en la tierra después de un incendio. Siempre volvían a casa.

Mirones.

*tE estoY vigilandO.*

éL vio cómo el pueblo salía del claro y del bosque de la calle Mission. Echó un vistazo alrededor de sU mundo. Vacío. En silencio. El árbol había caído en medio del bosque y ya no quedaba nadie para escucharlo.

Solo Christopher.

Estaba mirando directo hacia él.

—tE estoY vigilandO, chrisSstopher —dijo él.

Christopher miró a través de él. Hacia la nube. Hacia el rostro. La luna azul. El eclipse. El final de los días. Las estrellas fugaces sobre el cielo frágil. Otra. Y luego otra. Cada una de ellas, una hija. Un hijo. Un sol. Un alma. Un punto de color en los ojos de Dios.

—Yo también lo estoy viendo —dijo Christopher.

éL vio cómo la madre de Christopher se daba la vuelta para mirarlo directamente a los ojos con toda la furia del Cielo.

—Y yo también —agregó ella.

Luego tomó la mano de su hijo y ambos salieron del bosque de la calle Mission. El hombrE amablE se quedó junto al árbol por un momento. La última casa ahora era carbón en el suelo. El humo se perdía en el aire, y él lo siguió.

Flotó hacia la nube, por encima de los árboles. Más y más alto. Hasta que vio el claro y el árbol mirándolo con sU enorme ojo lleno de ira.

Vio el horizonte. El sol. La Tierra era la cabeza del gigante. Y los humanos eran los insectos que le recorrían la cara. él observó el mundo. Vigilando. Vigilando. A la espera de la próxima alma.

Voló sobre el pueblo, siguió a las sirenas. Vio la ambulancia recorriendo la carretera a toda velocidad. La siguió hasta el hospital y vio cómo los paramédicos llevaban la camilla por el pasillo hacia la sala de operaciones.

Mientras los doctores se esforzaban al máximo jugando a ser Dios, él flotó por el pasillo. Vio al padre Tom descansando en una cama. La señora Radcliffe lo tenía tomado de la mano. él escuchó las oraciones de la señora. Gracias a Dios que sigue viva. Gracias a Dios que todos siguen vivos. La madre. El padre. La adolescente. Era un milagro de Navidad.

Cuando terminó la operación de la chica, él flotó suavemente hacia su habitación y se acomodó en el techo. La observó dormir. Profunda y

tranquilamente. Todo el día y toda la noche mientras el mundo seguía girando.

Cuando Mary Katherine despertó, volteó a ver la brillante luz sobre su cabeza. Luego se miró los vendajes y las gasas que le cubrían brazos y piernas. De pronto recordó el accidente. Los cuernos de los ciervos partiéndole el cuerpo. Pero le había salvado la vida a Christopher. De algún modo, lo sabía en su corazón, sabía que Christopher seguía vivo.

La puerta se abrió.

Mary Katherine vio a un doctor y a una enfermera. Su visión aún estaba un poco borrosa, pero alcanzó a leer el nombre de la enfermera: TAMMY. Detrás de la enfermera, entraron su madre y su padre con Doug. Habían logrado escapar de la iglesia. La pesadilla había terminado.

—¿Estoy en el Cielo? —preguntó ella.

Todos en la habitación se rieron.

—No, cariño —dijo su madre con tono amable—. Estamos en el hospital.

—Estuviste muy cerca, linda —comentó su padre—. Todos lo estuvimos.

Su padre contuvo las lágrimas y la tomó de la mano. De pronto, Mary Katherine sintió un calor como si estuviera en la cocina de su madre. El doctor se acercó y comenzó a explicarle la operación, pero la mente de Mary Katherine se perdió entre la nube de analgésicos. Escuchaba una voz por aquí y por allá, pero estaba demasiado concentrada en su familia (*pérdida de sangre*) para poner su atención (*ruptura*) en otra parte. Simplemente estaba tan agradecida de seguir viva. De estar ahí con su familia y con Doug. Tan apuesto Doug. Quizá, después de todo, sí entraría a Notre Dame. Las posibilidades de vida de pronto le parecieron (*recuperación total*) infinitas. Mary Katherine cerró los ojos y comenzaba a quedarse dormida cuando sintió la mano amorosa de su madre.

—Te vamos a ayudar, Mary Katherine —dijo.

—Así es —confirmó su padre—. Estamos juntos en esto, como familia.

—Yo también estaré presente, Mary Katherine. No estás sola —agregó Doug. Mary Katherine estaba confundida. Abrió los ojos y miró a su madre.

—¿Sola en qué, mamá? —preguntó.

Su madre lloró de alegría.

—Lograron salvar al bebé. Sigues embarazada.

Él vio cómo la noticia llenaba el rostro de la jovencita. Vio cómo abrazaba a su madre. Vio cómo el chico le juraba su amor y le prometía criar al niño como si fuera suyo. Vio cómo el padre se preguntaba qué sería aquel bebé que lo haría abuelo.

Una hija

Un hijo

Un sol

Un alma

Tras unos minutos, el doctor sacó a la familia de la habitación para que Mary Katherine pudiera descansar todo lo necesario. Después de todo, ahora tenía que dormir por dos. Mientras se acomodaba sobre la almohada, sintió un ligero cosquilleo en la nuca que atribuyó al aire acondicionado. Se rascó y se acurrucó dentro de las cobijas. Cerró los ojos, y justo antes de quedarse dormida, podría jurar que escuchó un susurro en su oreja.

—Mary Katherine... —dijo esa dulce voz.

—Vas a tener un Hijo.

## AGRADECIMIENTOS

Solo quiero decirles a todos los que aparecen en esta lista que no habría libro sin ellos y les doy las gracias de todo corazón.

Liz, Maccie y Theo Chbosky

Wes Miller

Karen Kosztołnyik

Ben Sevier

Emad Akhtar

Luria Rittenberg

Laura Jorstad

Laura Cherkas

Eric Simonoff

Jeff Gorin

Laura Bonner

Kelsey Nicolle Scott

Ava Dellaira

Randy Ludensky

Jill Blotevogel

Robbie Thompson

Stacy, John y Drew Dowdle

Los hermanos Dowdle

Fred y Lea Chbosky

Y, finalmente...

A Emma Watson, quien inspiró el final de esta novela en el set de *Las ventajas de ser invisible*, y a Stephen King, quien inspiró todo lo demás.

## Acerca del autor

**STEPHEN CHBOSKY**, autor, director y guionista, es conocido por su galardonada adaptación al cine de su novela debut, *Las ventajas de ser invisible*, misma que se mantuvo dos años en la lista de libros más vendidos del *New York Times*, alcanzando ventas de más de cinco millones de ejemplares en el mundo. Es coguionista de la versión *live-action* de *La Bella y la Bestia* de Disney y de la adaptación de la novela de R. J. Palacio, *Extraordinario*, la cual también dirigió. Su primer largometraje, *The Four Corners of Nowhere*, se estrenó en el festival de Sundance. Escribió el guion de la adaptación al cine del musical *Rent* y es cocreador de *Jericho*, serie televisiva posapocalíptica de gran impacto. *Amigo imaginario* es su segunda novela.

Portada: © 2019 Hachette Book Group, Inc.  
Diseño de portada: gray318  
Fotografía del autor: © Meredith Morris

Título original: *Imaginary Friend*

© 2019, Stephen Chbosky  
Derechos mundiales reservados para Stephen Chbosky

Traducido por: Graciela Romero Saldaña

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2  
Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: octubre de 2019  
ISBN: 978-607-07-6151-5

Primera edición en formato epub: octubre de 2019  
ISBN: 978-607-07-6167-6

El editor no es responsable de los sitios web (y de su contenido) que no son propiedad del editor.

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

## TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma  
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros  
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

**Planetadelibros.com**

 **Planeta**



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE